LOS
SERAB
4
PQ2286
.M5
S62
V.4
c.1
N
H895m

1080043297

Núm. Clas N
Núm. Autor HR95m
Núm. Adq. 30360
Procedenci 5
Precio
Fecha
Clasificó SR
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

# LOS

D. FERNANDO CASTO CÁRDENAS
MONTERREY, N. L.
ASSTOJES 19

# MISERABLES

POR

## VÍCTOR HUGO.

*Edición ilustrada con profusión de grabados hechos en los talleres de "El Mundo," y reproducidos de los dibujos más notables de reputados artistas.*

GOBIERNO DEL ESTADO DE N. LEON - MONTERREY
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

## TOMO IV.

110672

MÉXICO.

CASA EDITORIAL DE RAFAEL REYES SPÍNDOLA.
2a de las Damas núms. 3 y 4 y Puente Quebrado núms. 3 y 4.
1901

30360

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA
PQ 2286
.M5
S62
v.4
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

# CUARTA PARTE.

**El idilio de la calle de Plumet y la epopeya de la calle de San Dionisio.**

## LIBRO PRIMERO.

### ALGUNAS PÁGINAS DE HISTORIA.

I

***Bien cortado.***

Los dos años que siguen inmediatamente á la revolución de Julio 1831 y 1832, son uno de los momentos históricos más particulares y más notables. Estos dos años, enmedio de los que los preceden y de los que les siguen, aparecen como dos montañas: tienen la grandeza revolucionaria; descúbrense en ellos precipicios. Las masas sociales, los mismos asientos del edificio de la civilización, el grupo sólido de los intereses sobrepuestos y adherentes, los perfiles seculares de la antigua formación francesa, aparecen y desaparecen á cada instante al través de las nubes tempestuosas de los sistemas, de las pasiones y de las teorías. Tales apariciones y desapariciones han sido calificadas de resistencia y movimiento. A intervalos se ve brillar entre ellas la verdad, luz del alma humana.

Esta época notable está muy circunscrita, y principia á alejarse bastante de nosotros, para que puedan apreciarse desde ahora sus líneas principales.

Vamos á probarlo.

La Restauración había sido una de esas fases intermedias, difíciles de definir, en que se encuentra cansancio, zumbido, murmullos, sueño y tumulto; que no son más que la llegada de una gran nación á una etapa. Estas épocas son singulares, y engañan á los políticos que quieren explotarlas. Al principio, la nación no pide más que el reposo; no tiene más que sed de paz, ni más ambición que ser pequeña. Lo cual es la traducción de permanecer tranquila. Los grandes acontecimientos, las grandes casualidades, las grandes aventuras, los grandes



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres, á Dios gracias, se han visto tanto, que llega á fatigarnos. Hay ocasiones en que se daría á César por Prusias, y á Napoleón por el rey de Ivetot. "¡Qué buen reyezuelo era aquél!" Cuando se ha caminado desde el amanecer, cuando se ha andado una jornada larga y penosa, cuando se ha hecho la primera parada con Mirabeau, la segunda con Robespiérre, y la tercera con Napoleón, se encuentra uno derrengado del todo, y cada cual pide su cama.

La fidelidad cansada, el heroismo envejecido, las ambiciones satisfechas y las fortunas adquiridas, buscan, reclaman, imploran y solicitan, ¿qué? Un lugar de descanso. Y le tienen; toman posesión de la paz, de la tranquilidad, del ocio; y catadlos satisfechos. Entre tanto, surgen ciertos hechos, se dan á conocer, y llaman á la puerta cada uno por su lado. Estos hechos salen de la revolución y de las guerras, y existen, viven, tienen el derecho de instalarse en la sociedad, y se instalan; y la mayor parte del tiempo los hechos son aposentadores y furrieles, que no hacen más que preparar la habitación á los principios.

He aquí entonces lo que se presenta á los filósofos políticos.

Al mismo tiempo que los hombres cansados piden el reposo, los hechos consumados piden garantías. Las garantías para los hechos son como el reposo para los hombres.

Es lo que Inglaterra pedía á los Estuardos después del Protectorado; lo que Francia pedía á los Borbones después del Imperio.

Estas garantías son una necesidad de los tiempos, y es preciso concederlas. Los príncipes las "otorgan", pero en realidad las da la fuerza de las cosas; verdad útil y profunda que ignoraron los Estuardos en 1662, y lo que los Borbones no entrevieron tampoco en 1814.

La familia predestinada que volvió á Francia cuando cayó Napoleón, tuvo la inocencia fatal de creer que era ella la que daba, y que lo que había dado lo podía volver á tomar; que la casa de Borbón poseía el derecho divino; que la Francia no poseía nada, y que el derecho político concedido en la Carta de Luis XVIII no era más que una rama del derecho divino, separada por la casa de Borbón, y concedida graciosamente al pueblo, hasta el día en que el rey quisiera recogerla de nuevo.

Sin embargo, la casa de Borbón podía haber conocido por el mismo disgusto que le causaba el otorgarle, que no procedía de ella esta concesión. Presentóse esquiva en el siglo XIX; puso mala cara á las expansiones de la nación; y para servirnos de una palabra trivial, es decir, popular y verdadera, regañó los dientes. El pueblo lo vió.

Creyó que tenía fuerza, porque el Imperio había desaparecido delante de ella como una decoración de teatro, sin conocer que ella había venido de la misma manera. No vió que estaba en las mismas manos que habían quitado de allí á Napoleón.

Creyó que estaba arraigada en el pueblo, porque era lo pasado; y se engañaba. Era una parte de lo pasado; pero todo lo pasado era Francia. Las raíces de la sociedad francesa no estaban en los Borbones, sino en la nación; aquellas raíces profundas no constituían el derecho de una familia, sino la historia de un pueblo, y estaban en todas partes, menos debajo del trono.

La casa de Borbón era para la Francia el nudo ilustre y sangriento de su his-



toria; pero no el elemento principal de su destino, ni la base necesaria de su política. Podía pasar perfectamente sin los Borbones, como había ya pasado sin ellos veintidós años. Había habido una solución de continuidad, pero ellos lo dudaban. ¿Y cómo no habían de dudarlo ellos, que se figuraban que Luis XVII reinaba el 9 de termidor, y que Luis XVIII reinaba el día de Marengo? Nunca; desde el origen de la historia, había habido príncipes tan ciegos en presencia de los hechos y de la parte de la autoridad divina que esos hechos contienen y promulgan; nunca esa pretensión humana, que se llama el derecho de los reyes, había negado hasta tal punto el derecho de lo alto.

Error capital que condujo á esta familia á poner mano en las garantías "otorgadas" en 1814, en las concesiones, como ella las calificaba. ¡Triste cosa en verdad! ¡Llamar concesiones suyas á lo que eran nuestras conquistas; llamar usurpaciones á lo que eran nuestros derechos!

La Restauración, cuando le pareció llegada la hora, cuando se creyó victoriosa sobre Bonaparte, y arraigada en el país; es decir, cuando se imaginó fuerte y profunda, tomó bruscamente su partido, y se arriesgó á dar un golpe. Una mañana se levantó encarándose con Francia, y alzando la voz, disputó el título colectivo y el título individual; á la nación la soberanía, y al ciudadano la libertad. O en otros términos, negó á la nación lo que la hacía nación, y al ciudadano lo que le hacía ciudadano. Esta es la esencia de esos actos célebres, que se llaman los Decretos de Julio.

La Restauración cayó.

Y cayó con justicia, aunque debamos decir aquí que no fué absolutamente hostil á todas las formas del progreso. Hiciéronse grandes cosas, estando ella al lado.

Bajo la Restauración, la nación se había acostumbrado á discutir en calma, lo cual faltó en tiempo de la República; y á la grandeza en la paz, de lo cual careció durante el Imperio. El espectáculo de la Francia, libre y fuerte, había sido estímulo para los demás pueblos de Europa; la Revolución había tenido la palabra en tiempo de Robespiérre, el cañón en tiempo de Bonaparte; pero en tiempo de Luis XVIII y Carlos X le llegó su turno á la palabra de la inteligencia.

Cesó el viento, y resplandeció nuevamente la antorcha; viéndose á la sazón brillar en las serenas alturas la luz del pensamiento. Espectáculo magnífico, útil y agradable.

Vióse trabajar durante quince años en plena paz, en medio de la plaza pública, á esos grandes principios, tan antiguos para el pensador y tan nuevos para el hombre de Estado: la igualdad ante la ley, la libertad de conciencia, la libertad de la palabra, la libertad de la prensa, la accesibilidad de todas las aptitudes á todos los empleos. Esto duró hasta 1830.

Los Borbones fueron un instrumento de civilización que se rompió en manos de la Providencia.

La caída de los Borbones resultó rodeada de grandeza, no por su parte, sino por la de la nación.

Dejaron el trono lleno de gravedad, pero desautorizado, su caída, en medio de la noche, no fué una de esas desapariciones solemnes que dejan una emoción sombría en las páginas de la historia; no fué ello ni la tranquilidad espectral de Carlos I, ni el grito de águila de Napoleón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se fueron; esto fué todo.

Depusieron la corona, y no conservaron la aureola. Fueron dignos, pero no augustos; faltaron hasta cierto punto á la majestad de su desgracia.

Carlos X, en el viaje de Cherburgo, haciendo cortar una mesa redonda para cuadrarla, pareció más cuidadoso de la etiqueta en peligro que de la ruinosa monarquía. Esta pequeñez entristeció á los hombres fieles que amaban sus personas, y á los hombres graves que honraban su raza.

El pueblo estuvo admirable; la nación, atacada una mañana á mano armada por una especie de insurrección real, se sintió tan poderosa, que no tuvo ni siquiera cólera; se defendió, y se contuvo; volviendo sencillamente las cosas en su lugar; el gobierno á la ley, y los Borbones al destierro; pero ¡ah! se detuvo.

Tomó al viejo Carlos X debajo del dosel que había cobijado á Luis XIV, y le dejó en tierra suavemente; no tocó á las personas reales, sino con tristeza y precaución.

Tomó al viejo rey Carlos X debajo del dosel que había cobijado á Luis XIV, y le cia, la Francia entera, la Francia victoriosa y embriagada con su victoria, que parecía recordar, y que practicó á los ojos del mundo entero estas graves palabras de Guillermo Du Vair, después de la jornada de las barricadas:

"Es muy propio de los que se han acostumbrado á desflorar los favores de "los grandes, saltando como los pájaros de rama en rama, de una situación aflic- "tiva á otra floreciente, manifestarse insolentes contra su príncipe de la adversi- "dad; pero por mi parte, la suerte de mis reyes será siempre venerable, y princi- "palmente la de los afligidos".

Los Borbones se llevaron el respeto, pero no el sentimiento. Como hemos dicho, su desgracia fué más grande que ellos. Desvaneciéronse en el horizonte.

La revolución de Julio tuvo inmediatamente amigos y enemigos en el mundo entero. Los unos se precipitaron hacia ella entusiasmados y alegres, los otros le volvieron la espalda, cada cual según su naturaleza.

Los príncipes de Europa, en el primer momento, como buhos de aquella aurora, cerraron los ojos, heridos y estupefactos, y nos los abrieron sino para amenazar: temor que se comprende; cólera que se disculpa.

Aquella extraña revolución apenas había sido un choque; no había hecho al realismo vencido ni siquiera el honor de tratarle como enemigo y verter su sangre.

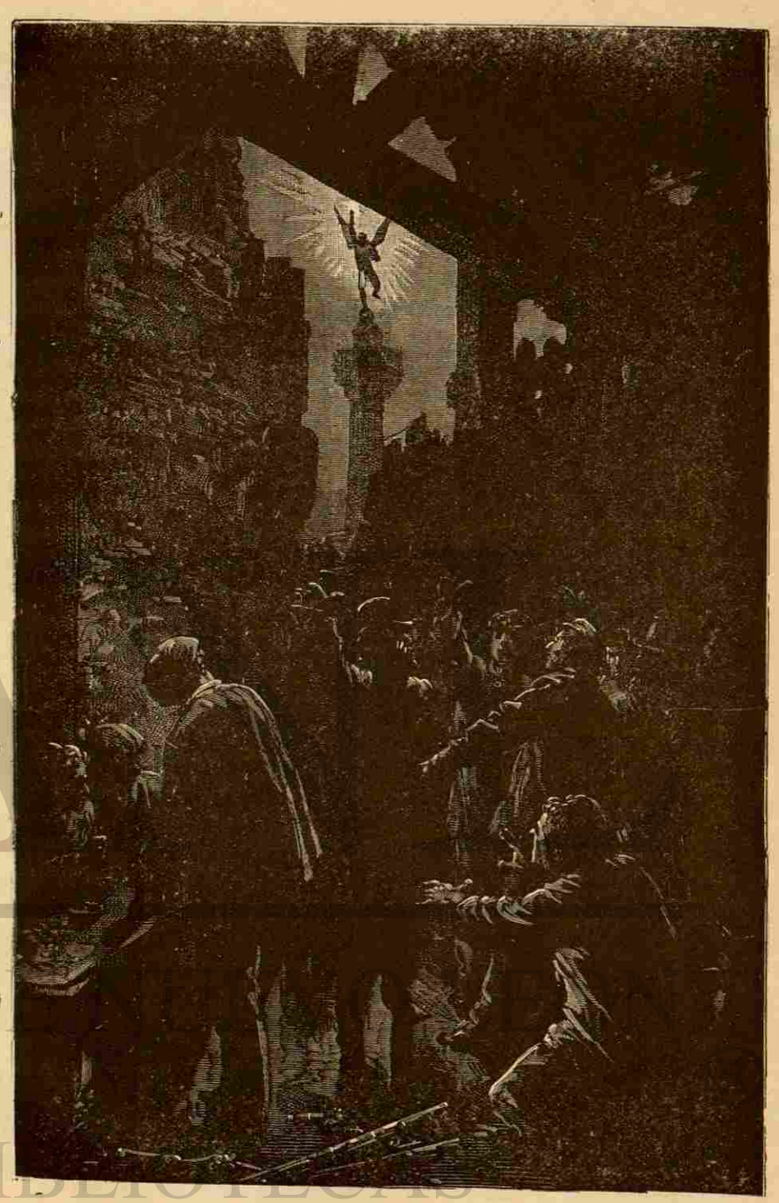
A los ojos de los gobiernos despóticos, siempre interesados en que la libertad se calumnie á sí misma, la revolución de Julio había cometido la falta de presentarse formidable y ser benévola.

Por lo demás, nada se intentó ni maquinó contra ella. Los más descontentos, los más irritados, los que más se estremecieron, la saludaban.

Sean lo que fueren nuestro egoísmo y nuestros rencores, siempre sale un respeto misterioso de los sucesos, en que se descubre la colaboración de alguien que trabaja más alto que el hombre.

La revolución de Julio es el triunfo del derecho derrocando el hecho; un algo lleno de esplendor.

El derecho derrocando el hecho. De ahí el éxito de la revolución de 1830, y de



Algunas páginas de historia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ahí también su benevolencia. El derecho que triunfa no tiene ninguna necesidad de ser violento.

El derecho es lo justo y lo verdadero.

Lo propio del derecho es permanecer constantemente hermoso y puro. El hecho, aún el más necesario en apariencia, aún el mejor aceptado por los contemporáneos, si no existe más que como hecho, si no contiene en sí más que poquísimo ó nada de derecho, está destinado infaliblemente á ser, con el tiempo, deforme, inmundo, y tal vez monstruoso.

Si se quiere conocer de una mirada hasta qué grado de miseria puede llegar el hecho, visto á la distancia de los siglos, mírese á Maquiavelo.

Maquiavelo no es el genio del mal, ni es un demonio, ni un escritor cobarde y miserable; no es más que el hecho; y no es solamente el hecho italiano, es el hecho europeo, el hecho del siglo XVI. Parece horrible, y lo es realmente, comparado con la idea moral del siglo XIX.

Esta lucha del derecho y del hecho, existe desde el origen de las sociedades. Terminar el duelo, amalgamar la idea pura con la realidad humana, introducir pacíficamente el derecho en el hecho, y el hecho en el derecho, he aquí el trabajo de los sabios.

## II

### *Mal cosido.*

Pero el trabajo de los sabios es uno, y otro el de los débiles. La revolución de 1830 se detuvo muy pronto.

En cuanto se calma la tempestad revolucionaria, los hábiles se apoderan del buque.

Los hábiles, en nuestro siglo, se han concedido á sí mismos el calificativo de hombres de Estado; si bien esta palabra "hombre de Estado" ha acabado por tener algo de germania. No se olvide, que allí donde no hay más que habilidad, hay necesariamente pequeñez.

Decir los "hábiles", equivale á decir: "las medianías".

Del mismo modo que decir: "los hombres de Estado", equivale algunas veces á decir: "los traidores".

A creer, pues, á los hábiles, las revoluciones, como la de Julio, son arterias cortadas, y es preciso hacer pronto la ligadura.

El derecho, proclamado en toda su grandeza, estremece; y una vez afirmado el derecho, es necesario afirmar el Estado. Asegurada la libertad, es preciso pensar en el poder.

En esto, los sabios no se separan aún de los hábiles, pero principian á desconfiar. El poder, sea; pero ante todo, ¿qué es el poder? Y luego, de dónde procede!

Los hábiles aparentan no comprender esta objeción, y prosiguen su maniobra.

Según estos políticos ingeniosos, para cubrir las ficciones utilizables con una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

máscara de necesidad, lo que primero hace falta á un pueblo, después de una revolución, cuando este pueblo forma parte de un continente monárquico, es proporcionarse una dinastía. De este modo, dicen, puede tener la paz después de su revolución; es decir el tiempo necesario á curar sus heridas y reparar su casa.

La dinastía oculta el andamiaje, y cubre los hospitales de sangre.

Pero no siempre es fácil encontrar una dinastía.

En rigor, basta el primer hombre de genio, ó el primer hombre de fortuna para hacer de él un rey. En el primer caso, resulta un Bonaparte; en el segundo, un Iturbide.

Mas para hacer una dinastía no basta una familia cualquiera. Debe haber necesariamente cierta cantidad de antigüedad en una raza; y las arrugas de los siglos no se improvisan.

Colocándonos bajo el punto de vista de los "hombres de Estado", hechas todas las reservas convenientes, preguntamos: después de una revolución, ¿cuáles son las cualidades del rey que de ella sale...?

Puede ser, y es útil que sea revolucionario, es decir, partícipe personal de esta revolución, por haber puesto en ella la mano, ó haberse comprometido ó distinguido en ella, ó haber tocado el hacha ó manejado la espada.

¿Cuáles son las cualidades de una disantía...?

Debe ser nacional, es decir, revolucionaria á cierta distancia; no por sus actos consumados, sino por las ideas aceptadas; debe componerse de lo pasado, y ser histórica; componerse del porvenir, y ser simpática.

Todo esto explica por qué las primeras revoluciones se contentan con encontrar un hombre, llámese Cronwell ó Napoleón; y por qué las segundas quieren, absolutamente, encontrar una familia, la casa de Brunswic ó la de Orleans.

Las familias reales se asemejan á esas higueras de la India, cuyas ramas se encorvan hasta la tierra, hechan raíces, y se convierten en nuevos troncos. Cada rama puede ser una dinastía; con la única condición de bajarse hasta el pueblo.

Tal es la teoría de los hábiles.

He aquí, pues, el arte sublime: hacer que un acontecimiento suene algo á catástrofe, para que los que se aprovechen de él tiemblen; sazonar con un poco de miedo un paso de hecho; aumentar la curva de la transición hasta el retardamiento del progreso; endulzar la obra; denunciar y apartar las molestias del enutsiasmo; cortar los ángulos y las uñas; acolchar el triunfo, arropar el derecho; envolver al gigante pueblo con mantillas de bayeta y acostarle presto; imponer dieta á ese exceso de salud; tratar á Hércules como convaleciente; desleír el acontecimiento en el expediente; ofrecer á los ánimos sedientos del ideal ese néctar aguado con tisana; tomar sus precauciones contra el éxito demasiado grande; tapar la revolución con una pantalla.

En 1830 se practicó esta teoría, aplicada ya en Inglaterra en 1688.

La de 1830 fué una revolución detenida á media cuesta; progreso á medias; casi derecho. Pero la lógica ignora el casi, absolutamente lo mismo que el sol ignora que haya velas.

¿Y quién detiene la revolución en mitad de la pendiente? La burguesía.

¿Por qué?



Porque la burguesía es el interés satisfecho; ayer era el apetito, hoy es la plenitud, mañana será la saciedad.

El fenómeno de 1814, después de Napoleón, se reprodujo en 1830, después de Carlos X.

Se ha querido equivocadamente hacer de la burguesía una clase. La burguesía es buenamente la parte satisfecha del pueblo. El burgués es el hombre que tiene ahora tiempo para sentarse; y una silla no es una casta.

Mas por querer sentarse demasiado pronto se puede detener la marcha del género humano; y ésta ha sido casi siempre la falta de la burguesía.

No constituye una clase el cometer una falta. El egoísmo no es ninguna de las divisiones del orden social.

Por lo demás, debemos ser justos, aun con el egoísmo; el estado á que aspiraba, después de la conmoción de 1830, esa parte de la nación que se llama burguesía, no era la inercia, que se complica con la indiferencia y la pereza, y que es algo vergonzosa; no era la somnolencia, que supone un olvido momentáneo, accesible á los ensueños: era un alto.

Hacer alto es una frase que tiene un doble sentido singular, y casi contradictorio; tropa en marcha, quiere decir movimiento; alto, quiere decir reposo.

Hacer alto es reparar las fuerzas; es el reposo armado y despierto; es el hecho consumado que pone centinelas y se mantiene en guardia. El alto supone combate ayer, y combate mañana.

Este es el intermedio de 1830 á 1848.

Lo que aquí llamamos combate puede también llamarse progreso.

Necesitaba, pues, la burguesía, como los hombres de Estado, un hombre que representase esta palabra: ¡Alto! Un Sin embargo, un Por qué, una individualidad compuesta que significase revolución y estabilidad; ó, en otros términos, afianzamiento del presente por medio de la compatibilidad evidente del pasado con el porvenir.

Este hombre "se encontró fácilmente". Llamábase Luis Felipe de Orleans.

Los 221 hicieron rey á Luis Felipe; Laffayete se encargó de la consagración, llamando á la nueva monarquía "la mejor de las repúblicas". La casa Ayuntamiento de París reemplazó á la catedral de Reims.

Esta substitución de un medio trono á un trono completo, fué la "obra de 1830".

Cuando los hábiles hubieron concluído, apareció el vicio inmenso de su solución: todo se había hecho fuera del derecho absoluto.

El derecho absoluto gritó: ¡Protesto! Y después, y esto fué lo más formidable, se volvió á la sombra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III

### Luis Felipe.

Las revoluciones tienen el brazo terrible y la mano buena; pegan firme y escogen bien. Aún incompletas, aún bastardeadas y prematuras, aún sofocadas y reducidas al estado de revolución menor de edad; como la revolución de 1830, les queda casi siempre bastante lucidez providencial para no caer mal.

Su eclipse no es nunca abdicación.

Sin embargo, no nos envanezcamos demasiado; las revoluciones se engañan también, y se han visto grandes equivocaciones.

Volvamos á 1830. 1830 en medio de su extravío tuvo acierto. En el establecimiento, que se llamó orden después de la revolución, detenida de súbito, el rey valía más que el realismo. Luis Felipe era un hombre raro.

Hijo de un hombre, á quien la historia juzgará seguramente con circunstancias atenuantes, y tan digno de aprecio, como lo fué su padre de censura, tenía todas las virtudes privadas, y algunas públicas; era cuidadoso de su salud, de sus bienes, de su persona y de sus negocios.

Conocía el valor de un minuto, y no siempre el de un año; sobrio, sereno, pacífico, sufrido; buen hombre y buen príncipe.

Dormía con su mujer, y tenía en su palacio lacayos encargados de enseñar el lecho conyugal á los ciudadanos; había alhajado su alcoba con un lujo regular, útil después de las antiguas ostentaciones ilegítimas de la rama principal.

Poseía todas las lenguas de Europa, y lo que es más notable, sabía y hablaba el idioma de todos los intereses; admirable representante de la "clase media"; pero siempre superior á ella, y más avanzado que ella.

Tenía el singular talento, sin dejar de apreciar la sangre de su familia, de medirse por su valor intrínseco; y en cuanto á la cuestión de raza, declararse Orleans y no Borbón, primer príncipe de la sangre mientras no había sido más que alteza serenísima; pero hombre campechano desde el día en que fué majestad.

Difuso en público, conciso en la intimidad; avaro señalado pero no probado; económico en el fondo pero fácilmente pródigo con relación á su fantasía ó su deber; literato, poco sensible á las letras; hidalgo, pero no caballeresco; sencillo, sereno y fuerte; adorado de su familia y de su casa; de conversación seductora; hombre de Estado desengañado; frío interiormente, dominado por el interés inmediato; gobernando siempre lo más preciso; incapaz de rencor ni de agradecimiento; gastando sin compasión los talentos superiores en cosas medianas; hábil en quitar la razón, por medio de las mayorías parlamentarias, á esas unanimidades misteriosas que murmuran sordamente bajo los tronos; expansivo, y á veces imprudente en su expansión, pero de maravillosa destreza en esta imprudencia; fecundo en expedientes, en fisonomías, en máscaras; dando miedo á la Francia con Europa, y á la Europa con Francia.

Amante seguramente de su país, pero mucho más de su familia.



Apreciando más la dominación que la autoridad, y la autoridad más que la dignidad; disposición que tiene algo de funesta, porque dirigiéndose únicamente al éxito, admite la astucia y no repudia absolutamente la bajeza; pero que tiene también algo de útil, porque preserva á la política de los choques violentos, al Estado de las rupturas, y á la sociedad de las catástrofes.

Minucioso, correcto, vigilante, atento, sagaz, infatigable; contradiciéndose alguna vez y desmintiéndose otras; arrogante contra el Austria en Ancona; tenaz contra Inglaterra en España; bombardeando á Amberes, y pagando á Pritchard; cantando con convicción la Marsellesa; inaccesible al abatimiento, al cansancio, al gusto de lo bello y de lo ideal, á las generosidades temerarias, á la utopia, á la quimera, á la cólera, á la vanidad y al temor.

Poseyendo todas las formas de la intrepidez personal; como general en Valmy, como soldado en Jammapes; probado ocho veces por el regicidio, y siempre sonriente; valiente como un granadero, animoso como un pensador; inquieto solamente ante las eventualidades de una conmoción europea, é incapaz para las grandes aventuras políticas; siempre dispuesto á arriesgar su vida, pero jamás su obra; disfrazando su voluntad con la influencia, á fin de ser obedecido, antes que como rey como inteligencia: dotado de observación, y no de adivinación; parándose poco en los talentos, pero conocedor de los hombres, es decir, necesitando ver para juzgar; buen sentido, pronto y penetrante; sabiduría práctica, palabra fácil, memoria prodigiosa; haciendo uso constante de esta memoria: su único rasgo de semejanza con César, Alejandro y Napoleón.

Sabiendo los hechos, los pormenores, las fechas, los nombres propios, é ignorando las tendencias, las pasiones, los talentos diversos de la multitud, las aspiraciones interiores, los levantamientos ocultos y obscuros de las almas; en una palabra, todo lo que podría llamarse las corrientes invisibles de las conciencias. Aceptado superficialmente, pero poco acorde con la Francia inferior; saliendo adelante con su habilidad, gobernando demasiado y no reinando bastante, siendo él su propio primer ministro; excelente para hacer de la pequeñez de las realidades un obstáculo á la inmensidad de las ideas; mezclando con una verdadera facultad creadora de civilización, de orden y de organización, cierto extraño espíritu de procedimientos quisquillosos; fundador y procurador de una dinastía; teniendo algo de Carlomagno, y algo de abogado. En suma, grande y original figura: príncipe que supo consolidar el poder, á pesar de las inquietudes de la Francia, adquiriendo fuerza exterior á pesar de los recelos de Europa.

Luis Felipe será calificado como una de las eminencias de su siglo; y sería colocado entre los gobernantes más ilustres de la historia, si hubiese amado un poco la gloria, y hubise tenido el sentimiento de lo grande, como tenía de lo útil.

Luis Felipe había tenido muy buena figura; y viejo ya, era todavía gracioso; no siempre había sido bien acogido por la Francia, pero lo había sido por la multitud; agradaba porque tenía el dón de seducir.

Su majestad no se le adaptada; era rey, y no llevaba la corona; era anciano, y no tenía el cabello blanco.

Sus modales eran del antiguo régimen, y sus costumbres del moderno; mezcla de noble y de burgués que convenía á 1830.

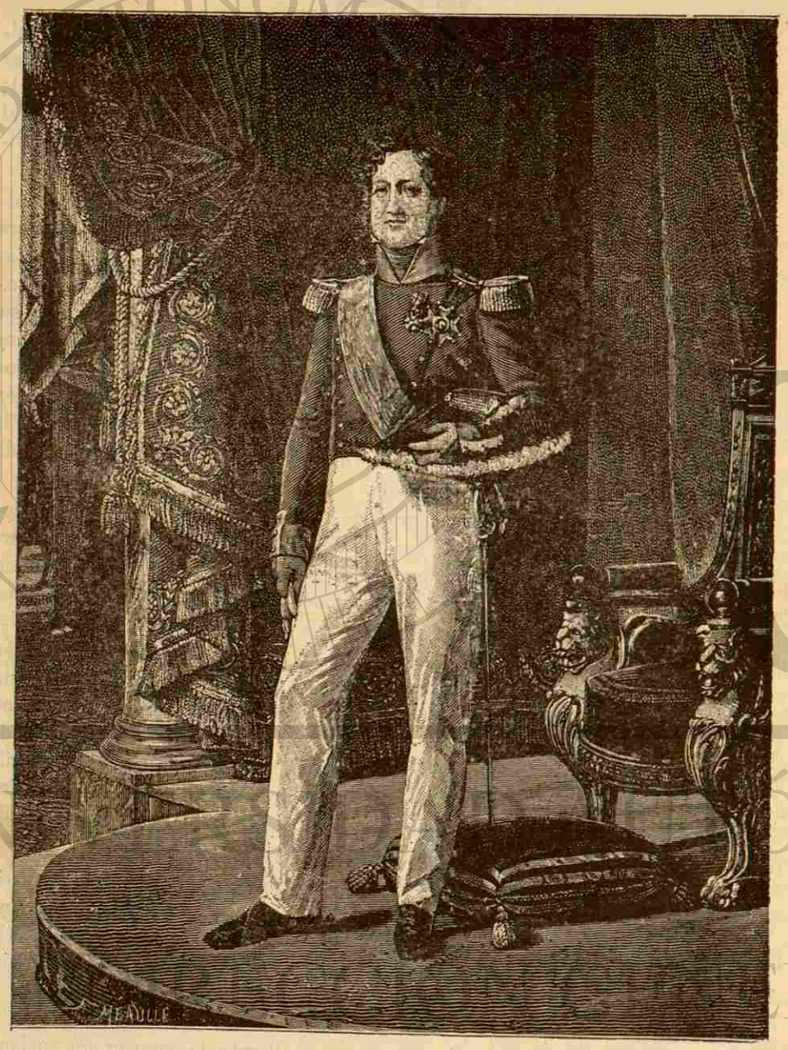
Luis Felipe era la transición reinante; había conservado la antigua pronun-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ciación y la ortografía antigua, poniéndolas al servicio de las opiniones modernas.

Amaba la Polonia y la Hungría; pero escribía "los poloneses" ("polonois"), y pronunciaba "los húngaros" ("hongrais").



Vestía el uniforme de la guardia nacional como Carlos X, y llevaba el cordón de la Legión de Honor, como Napoleón.

Iba poco á la iglesia; nunca de caza; jamás á la ópera. Incorruptible á los sacristanes, á los monteros y las bailarinas; lo cual contribuía algo á su popularidad menestral.



No tenía la menor corte.

Salía con su paraguas bajo el brazo; paraguas que ha formado por mucho tiempo parte de su aureola.

Entendía algo de albañilería, un poco de jardinería y no ignoraba del todo la medicina; sangró á un postillón que se cayó del caballo: porque Luis Felipe no iba nunca sin lanceta, como no iba nunca Enrique III sin su puñal.

Los realistas se reían de este rey ridículo, el primero que ha derramado sangre para curar.

Entre los cargos de la historia contra Luis Felipe, hay algo que descontar. El que acusa al realismo, el que acusa al reinado y el que acusa al rey, tres columnas diversas que dan cada una su total diferente.

El derecho democrático confiscado; el progreso mirado como un interés secundario; las protestas de la calle reprimidas violentamente; la ejecución militar de las insurrecciones; el motín pasado por las armas; la calle Transnonain, los Consejos de guerra, la absorción del país natural por el país ficticiamente legal; el gobierno de cuenta y mitad con trescientos mil privilegiados: representan el hecho del realismo.

La Bélgica rechazada; la Argelia rudamente conquistada como la India por los ingleses, con mayor suma de barbarie que de civilización; la falta de fe con Abd el Kader; Blaye, Deutz comprado, Pritchard pagado: son el hecho del reinado.

Y la política, más de familia que nacional, es el hecho del rey.

Como se ve, deducido el descuento, disminuye el cargo del rey.

Su gran falta fué esto: Haber sido modesto en nombre de Francia.

¿De dónde provino esta falta?

Vamos á decirlo.

Luis Felipe fué un rey demasiado padre; y esta incubación de una familia que quiere hacerse dinástica, tiene miedo de todo, y no quiere aventurarse mucho; de ahí la timidez excesiva é importuna al pueblo que cuenta un 14 de Julio en su tradición civil, y un Austerlitz en su tradición militar.

Por lo demás, si prescindimos de los deberes públicos que exigen el prirmer lugar, la profunda ternura de Luis Felipe hacia su familia, la familia se la merecía.

Aquel grupo doméstico era admirable; las virtudes se hermanaban con el talento.

Una de las hijas de Luis Felipe, María de Orleans, introducía el nombre de su raza entre los artistas, como Carlos de Orleans lo había inscrito entre los poetas. Habiendo ella hecho de su alma un mármol, al cual había llamado Juana de Arco.

Dos de los hijos de Luis Felipe habían arrancado á Metternich este elogio demagógico: "Son jóvenes como se ven pocos, y príncipes como no se ven".

He ahí, sin disimular ni agravar, la verdad sobre Luis Felipe.

Ser el príncipe "igualdad", encarnar la contradicción de la Restauración y de la Revolución; tener la parte inquieta del revolucionario que se convierte en confiada en el gobernante; fué esta la fortuna de Luis Felipe en 1830. Jamás hubo una adaptación más completa entre un hombre y un acontecimiento. Penetró el uno en el otro, y resultó la encarnación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luis Felipe en 1830 hecho hombre.

Además, tenía una gran circunstancia para el trono, el destierro. Había estado proscrito, errante, pobre; había vivido de su trabajo.

En Suiza, aquel heredero de los dominios más ricos de Francia, había tenido que vender un caballo para comer. En Reichenau había dado lecciones de matemáticas, mientras su hermana Adelaida bordaba y cosía.

Estos recuerdos, unidos á un rey, entusiasmaban á los menestrales.

Había demolido por su mano la última jaula de hierro del monte de San Miguel, construída por Luis XI, y utilizada por Luis XV.

Era compañero de Dumouriez, y amigo de Laffayette.

Había pertenecido al club de los jacobinos.

Mirabeau le había dado golpecitos familiares en el hombro.

Dantón le había dicho: ¡Hola, joven!

A los veinticuatro años, en 1793, siendo duque de Chartres, había asistido desde el fondo de una obscura tribuna de la Convención al proceso de Luis XVI, tan bien calificado con el nombre de "aquel pobre tirano".

La ciega previsión de la Revolución, rompiendo la majestad en el rey, y el rey con la majestad, sin echar de ver siquiera al hombre en la feroz destrucción de la idea; la vasta tempestad de la asamblea tribunal, la cólera pública interrogando. Capeto no sabiendo qué responder, la terrible vacilación estupefacta de aquella cabeza real bajo aquel álito sombrío, la inocencia relativa de todos en aquella catástrofe, así de los que condenaban como de aquél que era condenado. Luis Felipe había visto todo aquello, había contemplado aquellos vértigos; había visto comparecer los siglos á la barra de la Convención; había visto, detrás de Luis XVI, infortunado transeunte responsable, alzarse en las tinieblas á la formidable acusada, la monarquía; y habíasele quedado en el alma el espanto respetuoso de aquellas inmensas justicias del pueblo, casi tan impersonales como la justicia de Dios.

La huella que en él había dejado la Revolución era prodigoisa. Su recuerdo era como una marea viviente de aquellos grandes años, punto por punto.

Un día, ante un testigo de que nos es imposible dudar, rectificó de memoria toda la letra A de la lista alfabética de la Asamblea constituyente.

Luis Felipe fué un rey en plena luz.

En su reinado, la prensa fué libre, la tribuna libre, la conciencia y la palabra libres. Las leyes de Septiembre eran transparentes.

Conociendo como conocía el poder roedor de la luz sobre los privilegios, dejó su trono expuesto á la luz. La historia le tendrá en cuenta esta lealtad.

Luis Felipe, como todos los hombres históricos que han salido ya de la escena, está sujeto al juicio de la conciencia humana; su proceso está aún en primera instancia.

Aún no ha sonado para él la hora en que la historia habla con acento venerable y libre; aún no ha llegado el momento de pronunciar sobre este rey el juicio definitivo; hasta el austero é ilustre historiador Luis Blanc ha modificado hoy su primer veredicto.

Luis Felipe fué el elegido de esos dos "oasis" que se llaman 221 y 1830; es decir, de un casi parlamento, y de una casi revolución; y en todo caso, desde el punto de vista superior en que debe colocarse la filosofía, no podríamos juzgarle



aquí, como se ha podido descubrir en lo que llevamos dicho, sino con ciertas reservas en nombre del principio democrático absoluto.

A los ojos de lo absoluto, fuera de los dos derechos, el del hombre primero y el del pueblo después, todo es usurpación.



Pero hechas estas reservas, lo que podemos desde ahora decir es que, en resumen y de cualquier manera que se le considere, Luis Felipe, examinado en sí mismo y bajo el punto de vista de la bondad humana, será, sirviéndonos del lenguaje de la historia antigua, uno de los mejores príncipes que se han sentado en el trono.

¿Qué tiene, pues, contra sí? El mismo trono.

Quitad de Luis Felipe el rey, dejando el hombre, y el hombre es bueno; bueno, algunas veces, hasta admirable.

Con frecuencia, en medio de los más graves cuidados después de un día de lucha contra toda la diplomacia del continente, volvía por la noche á su cuarto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y allí, abatido por el cansancio, rendido por el sueño, ¿qué hacía? Tomaba un proceso, y pasaba la noche revisando una causa criminal, creyendo que era algo hacer frente á la Europa, pero que era asunto más importante todavía arrancar un hombre al verdugo.

Disputaba con el ministro de Justicia; defendía palmo á palmo el terreno de la guillotina contra los procuradores generales, "esos charlatanes de la ley", como él les llamaba.

Algunas veces, un montón de procesos cubría su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar aquellas pobres cabezas condenadas.

Un día decía al mismo testigo que hemos citado hace poco: "Esta noche hemos ganado siete".

En los primeros años de su reinado, estuvo como suprimida la pena de muerte; y la elevación del cadalso fué como una violencia hecha al rey.

Habiendo desaparecido la plaza de Greve, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Greve ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago; los "hombres prácticos" conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima; y en esto fué donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba la parte mezquina de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba la parte liberal.

Luis Felipe había anotado por su mano á Beccaria; y escribía después del atentado de Fieschi: "¡Qué lástima que yo no haya sido herido! Hubiera podido perdonar".

Otra vez, aludiendo á la resistencia de sus ministros, escribía á propósito de un condenado político, que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: "Su perdón está concedido, no me falta más que obtenerlo".

Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, donde la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno, pasa casi antes que el que ha sido grande.

Habiendo sido Luis Felipe juzgado severamente por los unos, y duramente tal vez por los otros, es muy natural que un hombre que es hoy también un fantasma, y que ha conocido á este rey, venga á deponer en su favor ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es evidente, y sobre todo desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participación de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza, y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: "Esta ha adulado á aquella".



## IV

### Grietas en la base.

En el momento en que el drama que vamos narrando va á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no es necesario equívoco alguna, y es preciso que este libro dé explicaciones acerca de aquel rey.

Luis Felipe había adquirido la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del verdadero fin de la revolución, pero en el cual el duque de Orleans no había tenido ninguna iniciativa personal.

Había nacido príncipe, y se creía elegido rey.

No se dió á sí mismo este poder, no lo tomó; se le ofrecieron, y lo aceptó; convencido, equivocadamente, es cierto, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era conforme á derecho, y de que la aceptación era un deber. De ahí nació una posesión de buena fe.

Pues bien: debemos decir en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesión, y la democracia de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia.

El choque de principios se parece al choque de elementos.

El Océano defiende al agua; el huracán defiende al viento; el rey defiende la dignidad real; la democracia defiende al pueblo; la monarquía, que es lo relativo, resiste á lo absoluto, que es el pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto; pero lo que es hoy sufrimiento, será salud mañana, y en todo caso, no debe culparse á los que luchan; uno de los dos partidos se equivoca evidentemente, porque el derecho no está, como el coloso de Rodas, sobre dos riberas á la vez, con un pie en el pueblo y otro en el trono; es indivisible, está todo de una parte; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es un culpable, como un vendeano no es un bandido.

No imputemos, pues, más que á la fatalidad de las cosas, estas colisiones terribles.

Cualesquiera que sean estas tempestades, siempre está entre ellas la irresponsabilidad humana.

Acabemos esta explicación.

El gobierno de 1830 tuvo desde el principio una vida difícil. Nació ayer, y tuvo que combatir hoy.

Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción el aparato de Julio, tan recientemente armado, y tan poco sólido.

La resistencia nació al día siguiente; quizá había nacido ya á la víspera.

Cada mes crecía la hostilidad; y de sorda se trocó en patente.

La revolución de Julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, había sido interpretada en Francia diversamente, como hemos dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y allí, abatido por el cansancio, rendido por el sueño, ¿qué hacía? Tomaba un proceso, y pasaba la noche revisando una causa criminal, creyendo que era algo hacer frente á la Europa, pero que era asunto más importante todavía arrancar un hombre al verdugo.

Disputaba con el ministro de Justicia; defendía palmo á palmo el terreno de la guillotina contra los procuradores generales, "esos charlatanes de la ley", como él les llamaba.

Algunas veces, un montón de procesos cubría su mesa; los examinaba todos, porque era angustioso para él abandonar aquellas pobres cabezas condenadas.

Un día decía al mismo testigo que hemos citado hace poco: "Esta noche hemos ganado siete".

En los primeros años de su reinado, estuvo como suprimida la pena de muerte; y la elevación del cadalso fué como una violencia hecha al rey.

Habiendo desaparecido la plaza de Greve, en que se ajusticiaba en tiempo de la rama primogénita, se instituyó una Greve ciudadana, bajo el nombre de Barrera de Santiago; los "hombres prácticos" conocieron la necesidad de una guillotina casi legítima; y en esto fué donde obtuvo una de sus victorias Casimiro Perier, que representaba la parte mezquina de la clase media, contra Luis Felipe, que representaba la parte liberal.

Luis Felipe había anotado por su mano á Beccaria; y escribía después del atentado de Fieschi: "¡Qué lástima que yo no haya sido herido! Hubiera podido perdonar".

Otra vez, aludiendo á la resistencia de sus ministros, escribía á propósito de un condenado político, que es una de las más generosas figuras de nuestro tiempo: "Su perdón está concedido, no me falta más que obtenerlo".

Luis Felipe era afable como Luis IX, y bueno como Enrique IV.

Ahora bien, para nosotros, en la historia, donde la bondad es una perla rara, el que ha sido bueno, pasa casi antes que el que ha sido grande.

Habiendo sido Luis Felipe juzgado severamente por los unos, y duramente tal vez por los otros, es muy natural que un hombre que es hoy también un fantasma, y que ha conocido á este rey, venga á deponer en su favor ante la historia; esta declaración, cualquiera que sea, es evidente, y sobre todo desinteresada; un epitafio escrito por un muerto es sincero; una sombra puede consolar á otra sombra; la participación de las mismas tinieblas da el derecho de alabanza, y no es de temer que se diga nunca de dos tumbas en el destierro: "Esta ha adulado á aquella".



## IV

### Grietas en la base.

En el momento en que el drama que vamos narrando va á penetrar en el espesor de una de las nubes trágicas que cubren los principios del reinado de Luis Felipe, no es necesario equívoco alguna, y es preciso que este libro dé explicaciones acerca de aquel rey.

Luis Felipe había adquirido la autoridad real sin violencia, sin acción directa por su parte, por un giro revolucionario, evidentemente muy distinto del verdadero fin de la revolución, pero en el cual el duque de Orleans no había tenido ninguna iniciativa personal.

Había nacido príncipe, y se creía elegido rey.

No se dió á sí mismo este poder, no lo tomó; se le ofrecieron, y lo aceptó; convencido, equivocadamente, es cierto, pero convencido de todos modos, de que el ofrecimiento era conforme á derecho, y de que la aceptación era un deber. De ahí nació una posesión de buena fe.

Pues bien: debemos decir en conciencia, que estando Luis Felipe de buena fe en su posesión, y la democracia de buena fe en su ataque, la cantidad de espanto que se desprende de las luchas sociales no recae sobre el rey ni sobre la democracia.

El choque de principios se parece al choque de elementos.

El Océano defiende al agua; el huracán defiende al viento; el rey defiende la dignidad real; la democracia defiende al pueblo; la monarquía, que es lo relativo, resiste á lo absoluto, que es el pueblo; la sociedad vierte sangre en este conflicto; pero lo que es hoy sufrimiento, será salud mañana, y en todo caso, no debe culparse á los que luchan; uno de los dos partidos se equivoca evidentemente, porque el derecho no está, como el coloso de Rodas, sobre dos riberas á la vez, con un pie en el pueblo y otro en el trono; es indivisible, está todo de una parte; pero los que se engañan, se engañan sinceramente; un ciego no es un culpable, como un vendeano no es un bandido.

No imputemos, pues, más que á la fatalidad de las cosas, estas colisiones terribles.

Cualesquiera que sean estas tempestades, siempre está entre ellas la irresponsabilidad humana.

Acabemos esta explicación.

El gobierno de 1830 tuvo desde el principio una vida difícil. Nació ayer, y tuvo que combatir hoy.

Apenas instalado, sentía ya por todas partes vagos movimientos de tracción el aparato de Julio, tan recientemente armado, y tan poco sólido.

La resistencia nació al día siguiente; quizá había nacido ya á la víspera.

Cada mes crecía la hostilidad; y de sorda se trocó en patente.

La revolución de Julio, poco aceptada fuera de Francia por los reyes, había sido interpretada en Francia diversamente, como hemos dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dios manifiesta á los hombres sus voluntades visibles en los acontecimientos, texto obscuro escrito en una lengua misteriosa.

Los hombres le traducen en seguida, y hacen traducciones apresuradas; incorrectas, llenas de faltas, de vacíos y de contrasentidos.

Son escasísimas las inteligencias que comprenden la lengua divina.

Las más sagaces, las más serenas, las más profundas descifran lentamente, y cuando llegan con su texto, todo se ha verificado hace tiempo; hay ya veinte traducciones en la plaza pública.

De cada traducción nace un partido; de cada contrasentido una facción; y cada partido cree tener el único texto verdadero, y cada facción cree poseer la luz.

Frecuentemente el poder mismo es una facción.

Hay en las revoluciones nadadores contra la corriente; son los partidos viejos.

Por aquellos de éstos que se refieren al derecho hereditario por la gracia de Dios, se cree que habiendo nacido las revoluciones del derecho de insurrección, tienen también el derecho de rebelión. Esto es un error; porque en las revoluciones, el insurrecto no es el pueblo; es el Rey. Revolución es precisamente lo contrario de insurrección.

Siendo todo revolución, el cumplimiento de una función moral, contiene en sí su legitimidad; legitimidad que algunas veces deshonran los falsos revolucionarios; pero que persiste, aún deshonrada; que sobrevive, aún ensangrentada.

Las revoluciones surgen, no de un accidente, sino de la necesidad. Una revolución es la vuelta de lo ficticio á lo real; existe, porque debe existir.

Los antiguos partidos legitimistas no por eso dejaron de atacar la revolución de 1830 con todas las violencias que brotan del falso raciocinio.

Los errores son excelentes proyectiles.

Hiriéronla diestramente por donde era vulnerable; en el vacío de su coraza, en su falta de lógica; atacaban á la revolución en su majestad real, y gritaban: "Si eres Revolución, ¿por qué tienes rey? Las facciones son ciegos que apuntan en lo cierto.

Los republicanos daban este mismo grito; pero en ellos era lógico.

Lo que era ceguedad para los legitimistas, era lucidez en los demócratas.

La revolución de 1830 había hecho bancarrota para el pueblo, y la democracia indignada se lo echaba en cara.

Entre el ataque del pasado y el ataque del porvenir, rebatíase el establecimiento de Julio.

Representaba al momento, luchando por un lado con los siglos monárquicos y por otro con el derecho eterno.

Además, con respecto al exterior, no siendo ya revolución, y trocándose en monarquía, 1830 se veía obligado á seguir el paso de Europa. Debía, pues conservar la paz, y esto aumentaba la complicación. Una harmonía descada contra el sentido natural, es muchas veces más onerosa que una guerra.

De este sordo conflicto, siempre amordazado, pero gruñiendo siempre, nació la paz armada, ese ruinoso expediente de la civilización, recelosa de sí misma.

La monarquía de Julio, á pesar de ser monarquía, se encabritaba enganchada entre los arreos de los gabinetes europeos



Metternich le hubiera echado de buena gana las correas. Impulsada en Francia por el progreso, impulsaba en Europa á las monarquías retrógadas; siendo remolcada, remolcaba.

Entretanto, en el interior, pauperismo, proletariado, salario, educación, penalidad, prostitución, suerte de la mujer, riqueza, miseria, producción, consumo, repartición, cambio, moneda, crédito, derecho del capital, derecho del trabajo, todas estas cuestiones se multiplicaban sobre la superficie de la sociedad; terrible gravámen.

Por fuera de los partidos políticos propiamente dichos, se manifestaba un nuevo movimiento.

A la fermentación democrática respondía la fermentación filosófica. La parte más culta, estaba conmovida como la turba; de otra manera, pero tanto.

Los pensadores meditaban, mientras que el suelo, es decir, el pueblo, atravesado por las corrientes revolucionarias, temblaba á sus pies por no sé qué vagas sacudidas epilépticas.

Estos pensadores, aislados unos, otros reunidos en familias y casi en comunión, removían las cuestiones sociales, pacífica, pero profundamente; mineros impasibles, que abrían tranquilamente sus galerías en las profundidades de un volcán, distraídos apenas por las sordas conmociones y los fuegos lejanos que se entreveían.

Aquella tranquilidad, no era por cierto, uno de los peores espectáculos de aquella época agitada.

Aquellos hombres dejaban á los partidos políticos la cuestión de los derechos, ocupándose de la cuestión de la felicidad.

El bienestar del hombre: he aquí lo que pretendían extraer de la sociedad.

Llevaban las cuestiones materiales, las cuestiones de agricultura, de industria y de comercio, casi hasta la dignidad de una religión.

En la civilización, tal como se va produciendo, un poco por Dios y un mucho por el hombre, los intereses se combinan, se agregan, se amalgaman hasta formar una verdadera roca dura, según una ley dinámica, pacientemente estudiada por los economistas, que son los geólogos de la política.

Aquellos hombres que se ocupaban bajo distintos nombres, pero que puede uno designarlos á todos con el título génerico de socialistas, trataban de horadar esta roca y hacer salir de ella el agua viva de la felicidad humana.

Desde la cuestión del patíbulo, hasta la cuestión de la guerra, sus trabajos lo abrazaban todo. Al derecho del hombre proclamado por la revolución francesa, añadían el derecho de la mujer y el derecho del niño.

Nadie extrañará que, por varias razones, no tratemos aquí á fondo, bajo el punto de vista teórico, las cuestiones promovidas por el socialismo. Nos limitamos á indicarlas.

Todos los problemas que los socialistas se proponían, prescindiendo de las visiones cosmográficas, los delirios y el misticismo, pueden reducirse á dos problemas principales.

Primer problema:

Producir la riqueza.

Segundo problema:

Repartirla.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El primer problema importa la cuestión del trabajo.

El segundo, la cuestión del salario.

En el primer problema se trata del empleo de las fuerzas.

En el segundo, de la distribución de los goces.

Del buen empleo de las fuerzas, resulta el poder público.

De la buena distribución de los goces, resulta la felicidad individual.

Por buena distribución, debe entenderse, no la distribución igual, sino la distribución equitativa. La primera igualdad es la equidad.

De estas dos cosas combinadas, poder público en el exterior y felicidad individual en el interior, nace la prosperidad social.

Prosperidad social, esto quiere decir: el hombre dichoso, el ciudadano libre, la nación grande.

Inglaterra resuelve el primero de estos dos problemas. Produce almirablemente la riqueza, pero la distribuye mal; y esta solución, que sólo es completa por un lado, la lleva fatalmente á estos dos extremos; opulencia monstruosa, miseria monstruosa. Todos los goces para algunos; todas las privaciones para los demás: es decir, para el pueblo; el privilegio, la excepción, el monopolio, el feudalismo, nacen del trabajo mismo.

Situación falsa y resbaladiza que asienta el poder público sobre la miseria particular, y que arraiga la grandeza del Estado en los padecimientos del individuo.

Grandeza mal compuesta en que se combinan todos los elementos materiales, y en la cual no entra ningún elemento moral.

El comunismo y la ley agraria, creen resolver el segundo problema. Pero se engañan.

Su repartición mata la producción; la distribución igual, mata la emulación, y por consiguiente, el trabajo; es una repartición de carnicero, que mata lo que reparte.

Es, pues, imposible detenerse en estas falsas soluciones: Matar la riqueza, no es repartirla.

Ambos problemas exigen una solución común para estar bien resueltos; las dos soluciones deben estar combinadas de manera que formen una sola.

No resolviendo más que el primer problema, sereis Venecia, ó sereis Inglaterra; tendreis, como Venecia, un poder artificial, ó como Inglaterra, un poder material; tendreis el mal del rico y moriréis por la vía del derecho, como ha muerto Venecia, ó por la bancarrota, como caerá Inglaterra.

Y el mundo os dejará morir y caer; porque el mundo deja caer y morir todo lo que no es más que egoísmo, todo lo que no representa para el género humano una virtud ó una idea.

Entiéndase bien que con las palabras Venecia é Inglaterra, designamos, no los pueblos, sino las construcciones sociales, la oligarquía sobrepuesta á la nación, y no la nación misma.

Las naciones tienen siempre nuestro respeto y nuestra simpatía. Venecia, como pueblo, renacerá; Inglaterra, como aristocracia, caerá; pero Inglaterra como nación, es inmortal.

Dicho esto, prosigamos.



Resolved los dos problemas: animad al rico y protejed al pobre; suprimid la miseria; poned término á la explotación del débil por el fuerte; poned freno á los inícuos celos del que está en camino, contra el que ya ha llegado; ajustad matemática y fraternalmente el salario al trabajo; mezclad la enseñanza gratuita y obligatoria, con el desarrollo de la infancia, y haced de la ciencia la base de la virilidad; desarrollad las inteligencias, ocupando al mismo tiempo los brazos; sed á la vez un pueblo poderoso y una familia de hombres felices; democratizad la propiedad, no aboliéndola, sino universalizándola, de manera que todo ciudadano, sin excepción, pueda ser propietario, cosa más fácil de lo que se cree; en una palabra, sabed producir la riqueza y sabed repartirla, y tendreis entonces reunidas la grandeza material y la grandeza moral, y entonces sereis dignos de llamaros Francia.

He aquí lo que, fuera y por encima de algunas sectas que se extraviaban, decía el socialismo: eso era lo que buscaba en los hechos, lo que bosquejaba en los espíritus.

¡Esfuerzos admirables! ¡Tentativas sagradas!

Estas doctrinas, estas teorías, estas resistencias, la necesidad inesperada para el hombre de Estado, de contar con los filósofos, confusas evidencias vislumbradas, una política nueva que crear, de acuerdo con el mundo antiguo y sin grandes discordancias con el ideal revolucionario, una situación en la cual era preciso emplear á Lafayette, en defender á Polignac, la intuición del progreso trasparente bajo el motín de las cámaras y la calle, las competencias para equilibrarse en torno suyo, su fe en la revolución, tal vez cierta resignación eventual, nacida de la vaga aceptación de un derecho definitivo superior, el deseo de continuar siendo como los de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honradez, preocupaban á Luis Felipe, casi dolorosamente, y por momentos; y por más fuerte y animoso que fuese, le anonadaban bajo la dificultad de ser sey.

Sentía bajo sus piés, una desgregación temible, que no era, sin embargo, un puñado de polvo, porque la Francia era más Francia que nunca.

Tenebrosos nubarrones cubrían el horizonte.

Una sombra extraña que iba aproximándose, se extendía poco á poco sobre los hombres, sobre las cosas, sobre las ideas; sombra que procedía de la cólera y de los sistemas.

Todo lo que había sido ahogado precipitadamente, se removía y fermentaba.

A veces la conciencia del hombre honrado retenía su aliento; tal era el malestar que había en aquel aire, donde los sofismas se mezclaban con las verdades.

Los ánimos temblaban en la ansiedad social, como las hojas cuando se aproxima la tempestad.

La tensión eléctrica era tal, que en ciertos momentos un cualquiera, un desconocido, iluminaba; y después volvía á caer la obscuridad crepuscular.

A intervalos, profundos y sordos murmullos, podían hacer juzgar de la intensidad del rayo que encerraba la nube.

Apenas había trascurrido veinte meses desde la revolución de Julio, y ya el año 1832, había empezado con aspecto amenazador.

La miseria del pueblo, los trabajadores sin pan, el último príncipe de Condé, que había desaparecido en las tinieblas; Bruselas expulsando á los Nassau, como París á los Borbones; Bélgica, ofreciéndose á un príncipe francés y entregada á un príncipe inglés; el ódio ruso de Nicolás; detrás de nosotros dos demonios del Medio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia. Metternich, extendiendo la mano sobre Bolonia, Francia, haciendo frente al Austria en Ancona, en el Norte, cierto ruído siniestro del martillo que remachaba los clavos de Polonia en su ataúd, en toda Europa miradas irritadas que acechaban á Francia; Inglaterra, aliada sospechosa pronta á empujar lo que cayese, y á echarse sobre lo que hubiera ya caído; la cámara de los Pares, apoyándose en Beccaria para negar cuatro cabezas á la ley; las flores de lís, borradas del coche del rey, la cruz arrancada de la catedral de Nuestra Señora, Lafayette en decadencia, Laffite arruinado, Benjamín Constant, muerto en la indigencia, Casimiro Perier, muerto en la decadencia del poder, la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento, y la otra en la del trabajo; en París la guerra civil, en Lyón la guerra servil; en ambas ciudades el mismo resplandor de un horno; un cráter de púrpura en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado, el Occidente turbado, la duquesa Berry en la Vendée, los complots, las conspiraciones, los levantamientos y el cólera, añadían al sombrío rumor de las ideas el tumulto de los acontecimientos.

## V

### *Hechos de los que sale la historia y que la historia ignora.*

Hacia fines de Abril, todo se había agravado. La fermentación se había trocado en ebullición.

Desde 1830, había habido aquí y allá, pequeños tumultos parciales, fácilmente reprimidos, pero que retoñaban enseguida; señal de una vasta conflagración subyacente.

Algo terrible se estaba formando.

Entreveíanse bosquejos, aún poco marcados y mal iluminados, de una revolución posible.

La Francia se fijaba en París, y París en el arrabal de San Antonio.

El arrabal de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne, estaban graves y tempestuosas por más que la unión de estos dos adjetivos parezca singular aplicada á las tabernas.

El gobierno era allí, pura y simplemente, el objeto de la cuestión; discutíase públicamente "la cosa para combatir ó para permanecer tranquilos."

Había trastiendas en que se hacía jurar á los obreros que saldrían á la calle al primer grito de alarma, y "que pelearían sin contar el número de los enemigos."

Una vez admitido el compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna, "alzaba una voz sonora" y decía: "¡Lo oyes! ¡Lo has jurado!"

Algunas veces subíase al primer piso, á un cuarto cerrado, y allí pasaban escenas casi masónicas. Se hacía prestar al iniciado, juramentos "para socorrerle como á los padres de familia." Tal era la fórmula.

En las salas bajas se leían folletos "subversivos." "Fustigábase al gobierno," dice un informe secreto de aquel tiempo.



Oíanse frases como éstas: "Ignoro los nombres de los jefes. Nosotros no sabremos el día sino con dos horas de anticipación."

Un obrero decía: "Somos trescientos; demos cada uno diez sueldos, y se reunirán ciento cincuenta francos para hacer balas y pólvora."

Decía otro: "No digo seis meses; no digo ni aún dos: antes de quince días nos pondremos al igual del gobierno. Con veinticinco mil hombres ya se le puede hacer frente."

Otro decía: "No me acuesto, porque durante la noche hago cartuchos."

De cuando en cuando, algunos hombres, vestidos "de caballero y con buenos trajes," venían dándose "importancia," y con aire de "mando" daban apretones de manos "á los más principales," y se iban. Nunca estaban más de diez minutos.

Se cambiaban en voz baja palabras significativas: "el complot está maduro; la cosa está rebosando."

"Y todos los que estaban allí, murmuraban esto mismo," según la frase de uno de los concurrentes.

La exaltación era tal, que un día, enmedio de la taberna, exclamó un obrero: ¡No tenemos armas!

Y uno de sus camaradas respondió: "Los soldados las tienen," parodiando así, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.

"Cuando tenían algo más secreto, añade un informe, no se lo comunicaban." Apenas se comprende lo que podían ocultar después de decir lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas; y á ciertas de ellas sólo asistían ocho ó diez, siempre los mismos.

En otras, entraba el que quería, y la sala se llenaba de tal modo, que tenían que estar de pie.

Unos asistían por entusiasmo y pasión; otros porque "era su camino para ir al trabajo."

Lo mismo que durante la gran revolución, había en estas tabernas, mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

Observávanse con frecuencia otros hechos expresivos.

Un hombre entraba en una taberna, bebía, y salía diciendo: "Tabernero, la Revolución pagará lo que debo."

En una taberna situada enfrente de la calle de Charonne, se elegían agentes revolucionarios. El escrutinio se hacía en las gorras.

Otros obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima, que laba asaltos en la calle de Cotte; allí había un trofeo de armas, formado con espadones de madera, estoques, garrotes y floretes.

Un día quitaron los botones á los floretes, y decía un obrero: "Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me miran como una máquina." Esta máquina fué después Quenisset.

Las cosas que se premeditaban tomaban poco á poco una extraña notoriedad. Una mujer, estando barriendo en el portal, le decía á otra: "Hace mucho tiempo que trabajan sin descanso en hacer cartuchos."

Se leían en medio de la calle proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por "Burtot, comerciante en vinos."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

día, Fernando en España y Miguel en Portugal; la tierra temblando en Italia. Metternich, extendiendo la mano sobre Bolonia, Francia, haciendo frente al Austria en Ancona, en el Norte, cierto ruído siniestro del martillo que remachaba los clavos de Polonia en su ataúd, en toda Europa miradas irritadas que acechaban á Francia; Inglaterra, aliada sospechosa pronta á empujar lo que cayese, y á echarse sobre lo que hubiera ya caído; la cámara de los Pares, apoyándose en Beccaria para negar cuatro cabezas á la ley; las flores de lís, borradas del coche del rey, la cruz arrancada de la catedral de Nuestra Señora, Lafayette en decadencia, Laffite arruinado, Benjamín Constant, muerto en la indigencia, Casimiro Perier, muerto en la decadencia del poder, la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una en la ciudad del pensamiento, y la otra en la del trabajo; en París la guerra civil, en Lyón la guerra servil; en ambas ciudades el mismo resplandor de un horno; un cráter de púrpura en la frente del pueblo; el Mediodía fanatizado, el Occidente turbado, la duquesa Berry en la Vendée, los complots, las conspiraciones, los levantamientos y el cólera, añadían al sombrío rumor de las ideas el tumulto de los acontecimientos.

## V

### *Hechos de los que sale la historia y que la historia ignora.*

Hacia fines de Abril, todo se había agravado. La fermentación se había trocado en ebullición.

Desde 1830, había habido aquí y allá, pequeños tumultos parciales, fácilmente reprimidos, pero que retoñaban enseguida; señal de una vasta conflagración subyacente.

Algo terrible se estaba formando.

Entreveíanse bosquejos, aún poco marcados y mal iluminados, de una revolución posible.

La Francia se fijaba en París, y París en el arrabal de San Antonio.

El arrabal de San Antonio, sordamente caldeado, entraba en ebullición.

Las tabernas de la calle de Charonne, estaban graves y tempestuosas por más que la unión de estos dos adjetivos parezca singular aplicada á las tabernas.

El gobierno era allí, pura y simplemente, el objeto de la cuestión; discutíase públicamente "la cosa para combatir ó para permanecer tranquilos."

Había trastiendas en que se hacía jurar á los obreros que saldrían á la calle al primer grito de alarma, y "que pelearían sin contar el número de los enemigos."

Una vez admitido el compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna, "alzaba una voz sonora" y decía: "¡Lo oyes! ¡Lo has jurado!"

Algunas veces subíase al primer piso, á un cuarto cerrado, y allí pasaban escenas casi masónicas. Se hacía prestar al iniciado, juramentos "para socorrerle como á los padres de familia." Tal era la fórmula.

En las salas bajas se leían folletos "subversivos." "Fustigábase al gobierno," dice un informe secreto de aquel tiempo.



Oíanse frases como éstas: "Ignoro los nombres de los jefes. Nosotros no sabremos el día sino con dos horas de anticipación."

Un obrero decía: "Somos trescientos; demos cada uno diez sueldos, y se reunirán ciento cincuenta francos para hacer balas y pólvora."

Decía otro: "No digo seis meses; no digo ni aún dos: antes de quince días nos pondremos al igual del gobierno. Con veinticinco mil hombres ya se le puede hacer frente."

Otro decía: "No me acuesto, porque durante la noche hago cartuchos."

De cuando en cuando, algunos hombres, vestidos "de caballero y con buenos trajes," venían dándose "importancia," y con aire de "mando" daban apretones de manos "á los más principales," y se iban. Nunca estaban más de diez minutos.

Se cambiaban en voz baja palabras significativas: "el complot está maduro; la cosa está rebosando."

"Y todos los que estaban allí, murmuraban esto mismo," según la frase de uno de los concurrentes.

La exaltación era tal, que un día, enmedio de la taberna, exclamó un obrero: ¡No tenemos armas!

Y uno de sus camaradas respondió: "Los soldados las tienen," parodiando así, sin saberlo, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia.

"Cuando tenían algo más secreto, añade un informe, no se lo comunicaban." Apenas se comprende lo que podían ocultar después de decir lo que decían.

Las reuniones eran algunas veces periódicas; y á ciertas de ellas sólo asistían ocho ó diez, siempre los mismos.

En otras, entraba el que quería, y la sala se llenaba de tal modo, que tenían que estar de pie.

Unos asistían por entusiasmo y pasión; otros porque "era su camino para ir al trabajo."

Lo mismo que durante la gran revolución, había en estas tabernas, mujeres patriotas que abrazaban á los neófitos.

Observávanse con frecuencia otros hechos expresivos.

Un hombre entraba en una taberna, bebía, y salía diciendo: "Tabernero, la Revolución pagará lo que debo."

En una taberna situada enfrente de la calle de Charonne, se elegían agentes revolucionarios. El escrutinio se hacía en las gorras.

Otros obreros se reunían en casa de un maestro de esgrima, que laba asaltos en la calle de Cotte; allí había un trofeo de armas, formado con espadones de madera, estoques, garrotes y floretes.

Un día quitaron los botones á los floretes, y decía un obrero: "Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me miran como una máquina." Esta máquina fué después Quenisset.

Las cosas que se premeditaban tomaban poco á poco una extraña notoriedad. Una mujer, estando barriendo en el portal, le decía á otra: "Hace mucho tiempo que trabajan sin descanso en hacer cartuchos."

Se leían en medio de la calle proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada por "Burtot, comerciante en vinos."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un día, á la puerta de un licorista del mercado Lenoir, un hombre con barba corrida y acento italiano, se subió á un guarda cantón, y leyó en alta voz un escrito singular, que parecía emanar de un poder oculto.

Los grupos que se habían formado á su alrededor, le aplaudían, y los pasajes que impresionaron más á la multitud fueron recogidos y anotados.

"....Nuestras doctrinas son perseguidas; nuestras proclamas se hacen pedazos; nuestros fijadores de carteles son acechados y encarcelados."

"La baja que acaba de verificarse en los algodones ha traido hácia nosotros á muchos partidarios del justo medio."

"....El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras obscuras filas."

"....Hé aquí la cuestión clara: acción ó reacción; revolución ó contrarevolución. Porque en nuestra época no se cree ya en la inercia ni en la inmovilidad. Por el pueblo ó contra el pueblo; esta es la cuestión y no hay otra.

"....El día en que no os convengamos ya, rechazadnos; pero hasta entonces, ayudadnos á marchar."

Todo esto en pleno día.

Otros hechos, más atrevidos aún, eran sospechosos al pueblo á causa de su misma audacia.

El 4 de Abril de 1832, un transeunte subía en el guarda cantón situado en la esquina de la calle de Santa Margarita y gritaba: "¡Soy babuvista!" Pero bajo la máscara de Babeuf, el pueblo adivinaba á Gisquet.

Entre otras cosas, decía aquel transeunte:

—"¡Abajo la propiedad! La oposición de la izquerda es infame y traidora. "Cuando quiere tener razón predica la revolución; es demócrata para que no se le "ataque, y realista para no combatir. Los republicanos son animales de pluma; des- "confiad de los republicanos, ciudadanos trabajadores."

—¡Silencio, ciudadano polizonte!—gritó un obrero.

Y este grito puso fin al discurso.

Sucedían algunos incidentes misteriosos.

Al anochecer un obrero se encontraba junto al canal con "un individuo bien vestido," que le decía:

—¿Adónde vas, ciudadano?

—Señor,—respondió el obrero,—no tengo el honor de conoceros.

—Yo te conozco mucho.

Y el hombre añadía:

—No temas. Soy el agente del comité. Se sospecha que no eres muy fiel: sabes que si descubres algo se te vigila.

Y después daba al obrero un apretón de mano y se iba diciendo:

—Pronto nos volveremos á ver.

Los escuchas de la policía recogían, no sólo en las tabernas, sino en la calle, diálogos singulares:

—Haz que te reciban pronto,—decía un tejedor á un ebanista.

—¿Por qué?

—Habrá fuego que hacer.

Dos transeuntes cubiertos de harapos cambiaban estas respuestas notables, llenas de aparente "jacquería:

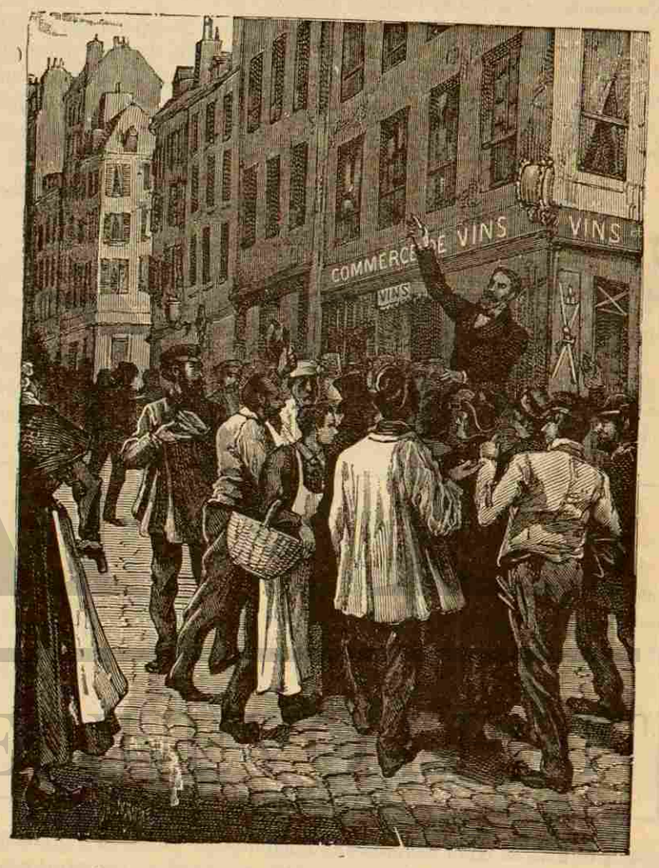


—¿Quién nos gobierna?

—El señor Felipe.

—No, la burguesía.

Se equivocará el que creyese que usamos la palabra "jacquería" en mal sentido. Los "jacques" eran los pobres.




Otras veces oíase al pasar un hombre que le decía á otro:

—Tenemos un buen plan de ataque.

De una conversación íntima entre cuatro hombres acurrucados en una zanja de la rotonda de la barrera del Trono, no pudo sacarse en claro más que eso:

—Se hará lo posible para que él no se pasee ya más por París.

—¿Quién era este "él"? Obscuridad amenazadora.

"Los principales jefes," como se decía en el arrabal, se mantenían al paño; y se creía que se reunían para ponerse de acuerdo, en una taberna junto al ángulo de San Eustaquio.

Uno llamado Aug—jefe de la sociedad de socorros á los sastres, en la calle Mon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detour, pasaba por intermediario central entre los jefes y el arrabal de San Antonio. Sin embargo, hubo siempre mucha obscuridad acerca de las personas de estos jefes, y no hay ningún hecho cierto que pueda debilitar la altivez singular de la siguiente respuesta dada posteriormente por un acusado ante el tribunal de los Pares.

—¿Quién ha sido vuestro jefe?

—"No conocía á ninguno ni reconocí á nadie."

Mas todo esto no pasaba todavía de ser sino palabras transparentes, pero vagas; y algunas veces frases al aire, rumores, noticias. Otros indicios iban sobreviniendo.

Un carpintero, que estaba en la calle de Ruelly clavando las tablas de una empalizada alrededor de un terreno en que se alzaba una casa en construcción, encontró en dicho terreno un fragmento de carta rota, en el que aún se podían leer estas líneas:

"....Es preciso que el comité tome medidas para impedir el reclutamiento en las secciones para las diversas sociedades...."

Y en una postdata:

"Hemos sabido que había fusiles en la calle del Faubourg Poissonniere, núm. "5 (bis), en número de unos cinco ó seis mil, en casa de un armero. La sección carece de armamento."

Lo que hizo que el carpintero se asustase y enseñase la carta á sus vecinos, fué que á pocos pasos recogió otro papel rasgado también, y más significativo aún, cuya configuración reproducimos, á causa del interés histórico de estos raros documentos:

| Q | C | D | E | |
|---|---|---|---|---|
| | | | | *Aprended esta lista de memoria; después rompedla. Los individuos admitidos harán otro tanto luego que les hayais trasmitido órdenes.* |
| | | | | *Salud y fraternidad.* |
| | | | | *L* |
| | | | | *u og a¹ fe* |

Los que estuvieron en el secreto de este hallazgo no pudieron comprender hasta mucho después la significación de estas cuatro mayúsculas: "quinturiones, centuriones, decuriones, exploradores;" y el sentido de estas letras "u og a1 fe," que era un fecha, que quería decir "el 15 de Abril de 1832."

En la columna de cada mayúscula estaban inscritos nombres seguidos de indicaciones muy características.

Por ejemplo: Q. "Bannerel. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro.

C. "Boubiére." 1 pistola. 40 cartuchos.

D. "Rollet." 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora.

E. "Tessier." 1 sable. 1 canana. Exacto.

"Terreur." 8 fusiles. Valiente, etc.



Por último, el carpintero halló también en el mismo recinto de la empalizada un tercer papel, en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy claramente, esta especie de lista enigmática:

Unidad. Blanchard: Arbre Sec. 6.
Barra. Soize. Sala del Conde.
Kosciusko. ¿Aubry le Boucher?
J. J. R.
Cayó Graco.
Derecho de revisión. Dufond. Four.
Caída de los Girondinos. Derbac. Maubuée.
Washington. Pinzon. 1 pistola. 86 cart.
Marsellesa.
Souver. del pueblo. Miguel. Quincampoix. Sable.
Hoche.
Marceau. Platón. Arbre-Sec.
Varsovia. Tilly, vendedor del "Popular".

El honrado paisano en cuyas manos fué á parar esta lista, supo al fin su significacón. Parece que era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y habitaciones de los jefes de sección.

Hoy, que todos estos hechos han quedado en la sombra, ya no pertenecen más que á la historia, y pueden publicarse.

Es preciso añadir que la fundación de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior á la fecha en que fué encontrado este papel. Quizá no fué más que un esbozo.

Mientras tanto, tras los propósitos y las palabras, tras los indicios escritos, comenzaban á despuntar hechos materiales.

En la calle Popincourt, en casa de un prendero, se cogieron en el cajón de una cómoda siete pliegos de papel gris, todos doblados del mismo modo, á lo largo, en cuatro partes; estos pliegos contenían veintiséis cuadrados del mismo papel gris, en forma de cartucho, y una tarjeta, en la cual se leía:

Salitre, 12 onzas
Azufre, 2 onzas
Carbón, 2 onzas y media
Agua, 2 onzas

El proceso verbal de embargo hacía constar que el cajón despedía un fuerte olor á pólvora.

Un albañil, al volver á su casa después del trabajo, se dejó olvidado un paquetito en un banco cerca del puente de Austerlitz. Este paquete fué llevado al cuerpo de guardia: le abrieron, y encontraron dos diálogos impresos, firmados por "Lahautiére", una canción titulada: "Obreros asociaos", y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero, bebiendo en compañía de un camarada, le hacía tentar su cuerpo para que viese cuánto calor tenía; el otro tentaba una pistola bajo la blusa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En una zanja en el camino de ronda, entre el cementerio del Padre Lachaise y la barrera del Trono, en el paraje más desierto, jugando unos chicos, descubrieron bajo un montón de virutas y mondaduras un saco que contenía un molde de hacer balas, otro de madera para hacer cartuchos, una cazuela con granos de pólvora de caza, y una marmita pequeña de hierro, cuyo interior ofrecía señales evidentes de plomo fundido.



Los agentes de policía entraron de repente á las cinco de la mañana en casa de un tal Pardón, que perteneció después á la sección de la Barricada Merry, y murió luego en la insurrección de Abril en 1834, encontrándole de pie junto á su cama, con cartuchos en la mano, que estaba haciendo todavía.

A la hora en que descansan los obreros, se había visto encontrarse dos hombres entre el portillo Picpus y el de Charentón, en un caminito de ronda entre dos tapias, cerca de una taberna que tiene un juego de bolos delante de la puerta.

Uno de ellos sacó de bajo la blusa una pistola y se la dió al otro.



Pero en el momento de dársela, notó que la traspiración de su pecho había humedecido algo la pólvora. La cebó, añadiendo pólvora á la que tenía en la cazoleta.

Después se separaron.

Un tal Gallais, muerto después en la calle Beaubourg en los sucesos de Abril, se envanecía de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de fusil.

El Gobierno recibió un día aviso de que se acababan de distribuir armas en el arrabal y doscientos mil cartuchos.

La semana siguiente se repartieron treinta mil cartuchos; y es de notar que la policía no pudo coger ninguno.

Una carta interceptada decía: "No está lejos el día en que en el término de "cuatro horas se pongan sobre las armas ochenta mil patriotas".

Esta fermentación era pública, y casi puede decirse que tranquila.

La insurrección inminente preparaba la tempestad con calma frente del Gobierno.

Ninguna singularidad faltaba á esta crisis, subterránea todavía, pero ya perceptible.

Los burgueses hablaban pacíficamente á los obreros de lo que se preparaba, y les decían: "¿Cómo va el motín?" Del mismo modo que podrían haber dicho: "¿Cómo está vuestra mujer?"

Un almacenista de muebles de la calle Moreau preguntaba:

—¿Y cuándo atacáis?

Otro tendero decía:

—Se atacará muy pronto, ya lo sé. Hace un mes erais quince mil; ahora sois veinticinco mil.

Este ofrecía su fusil, y un vecino suyo ofrecía un cachorrillo, que quería vender en siete francos.

Por lo demás, la fiebre revolucionaria adelantaba. Ningún punto de París ni de Francia estaba ya libre de ella.

La arteria latía en todas partes. Lo mismo que esas membranas que nacen en ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba á extenderse sobre el país.

De la asociación de los Amigos del Pueblo, pública y secreta á la vez, nacía la sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba así una orden del día: "Pluvioso, año 40 de la era republicana", y la cual debía sobrevivir aún después de las sentencias de los tribunales de jurados ordenando su disolución, y que no vacilaba en dar á sus secciones nombres tan significativos como éstos:

—"Picas".

"Somatén".

"Cañón de alarma".

"Gorro frigio".

"21 de Enero".

"Mendigos".

"Truhanes".

"Adelante".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Robespiérre".

"Nivel".

"Esto marcha".

La sociedad de los Derechos del Hombre engendraba la sociedad de Acción. Eran éstos los impacientes que se separaban y corrían adelante.

Otras sociedades trataban de reclutarse en las grandes sociedades madres. Los seccionarios se quejaban de verse atraídos. De ahí nació "la sociedad gálica" y "el comité organizador de las municipalidades". De ahí las asociaciones para "la libertad de imprenta", para "la libertad individual", para "la instrucción del pueblo contra los impuestos indirectos"; además la sociedad de los Obreros Igualadores", que se dividía en tres fracciones: los niveladores, los comunistas y los reformistas.

Luego había el Ejército de las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, que tenía para cada cuatro hombres un cabo, para cada cuarenta un teniente, y en la cual no había más de cinco que se conociesen; creación en que la precaución estaba combinada con la audacia, y la cual parece llevaba el sello de Venecia.

Del comité central, que era la cabeza, nacían esos dos brazos, la sociedad de Acción y el Ejército de las Bastillas.

Una asociación legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, se movía en medio de estas afiliaciones republicanas; pero había sido denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenían ramificaciones en las principales ciudades: Lyon, Nantes, Lila y Marsella, tenían su sociedad de los Derechos del Hombre, la Carbonaria, y los Hombres Libres, Aix tenía una sociedad revolucionaria, que se llamaba la Cougourde. Ya hemos escrito otra vez esta palabra.

En París, el arrabal de San Marcelo no estaba menos conmovido que el de San Antonio, y las escuelas no menos entusiasmadas que los arrabales.

Un café de calle de San Jacinto y el fumadero de los Siete Billares, calle de Mathurins Saint Jacques, servían de punto de reunión á los estudiantes.

La sociedad de los amigos del A B C, afiliada á los mutualistas de Angers y á la Cougourde de Aix, se reunía, como ya se ha visto, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se reunían también en una hostería cerca de la calle Mondetour, llamada Corinto.

Estas reuniones eran secretas; otras eran tan públicas como podían serlo; y puede juzgarse de su atrevimiento por el siguiente trozo de un interrogatorio en uno de los procesos ulteriores:

—¿Dónde se celebró esa reunión?

En la calle de la Paz.

—¿En casa de quién?

—En la calle.

—¿Qué secciones asistieron?

—Una sola.

—¿Cuál?

—La sección Manuel.

—¿Quién era el jefe?

—Yo.



—Sois muy joven para haber tomado solo la grave resolución de atacar al Gobierno. ¿De dónde recibíais instrucciones?

—Del comité central.

El ejército estaba minado al mismo tiempo que el paisanaje, como lo probaron después los movimientos de Beford, de Lumeville, y de Espinal. Se contaba con el quincuagésimo segundo regimiento, y con el quinto, el octavo, el trigésimo tercero y con el vigésimo ligero.

En Borgoña y en las ciudades del mediodía se plantaba "el árbol de la Libertad"; es decir, un mástil con un gorro encarnado.

Tal era la situacón.

Entonces el arrabal de San Antonio, más que ningún otro grupo de población, como hemos dicho ya al principio, aparecía temible y caracterizaba la situación. Allí era donde se sentía el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso, animado y colérico como una colmena, se estremecía esperando y deseando la conmoción. Todo se agitaba en él, sin que por esto se interrumpiese el trabajo.

Nada podría dar idea de aquella fisonomía viva y sombría. En aquel arrabal hay dolorosos infortunios bajo el techo de una buhardilla, y hay también inteligencias ardientes y raras. En materia de infortunio é inteligencia, es precisamente más peligroso el que los extremos se toquen.

El arrabal de San Antonio tenía además otras causas conmovedoras; porque allí se siente la reacción de las crisis comerciales, de las quiebras, de la carestía, de la falta de trabajo, inherentes á los grandes estremecimientos políticos.

En tiempo de revolución, la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que le hiere, rebota.

Aquella población, llena de altiva virtud, capaz del mayor grado de calórico latente, siempre dispuesta á tomar las armas, pronta en las explosiones, irritada, profunda, minada; parecía que sólo aguardaba la caída de una chispa.

Siempre que flotan en el horizonte algunos resplandores impulsados por el viento de los sucesos, no puede uno desviar el pensamiento del arrabal de San Antonio, y en la temible fatalidad que ha colocado á las puertas de París aquel polvorín de padecimientos y de ideas.

Las tabernas del "arrabal Antonio", mencionadas más de una vez en el bosquejo que acaba de leerse, tienen celebridad histórica. En tiempo de turbulencias embriaga en ellas, menos que el vino, la palabra. Una especie de espíritu profético, un efluvio de porvenir, circula allí, llenando los corazones y engrandeciendo las almas.

Las tabernas del arrabal Antonio se parecen á aquellas otras del monte Aventino, edificadas sobre el antro de la Sibila y en comunicación con los profundos soplos sagrados; tabernas cuyas mesas son casi trípodes, y donde se bebía lo que Emilio llamaba el "vino sibilino".

El arrabal de San Antonio es un depósito de pueblo.

La conmoción revolucionaria hace allí grietas, por donde se filtra la soberanía popular.

Esta soberanía puede hacer daño; engañarse como otra cualquiera; pero aún

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

engañada, sigue siendo grande. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: "Ingens".

En 1793, según era la idea que flotaba buena ó mala, según era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partían del arrabal de San Antonio, ora legiones salvajes, ora falanges heroicas.

Salvajes. Expliquemos esta palabra. Aquellos hombres de erizado cabello que en los días genesiacos del caos revolucionario se lanzaban haraposos, feroces, blandiendo la cachiporra, levantada la pica en alto, aullando contra el viejo París trastornado, ¿qué querían?

Querían el fin de la opresión, el fin de la tiranía, el fin del sable; querían el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la dulzura social para la mujer; la libertad, la igualdad, la fraternidad; el pan para todos, la idea para todos, la conversión del mundo en Edén: el progreso.

Y esa cosa santa, buena y dulce, el progreso, la reclamaban terriblemente, medio desnudos, con la mano en la maza y el rugido en la boca. Eran los salvajes, sí, pero los salvajes de la civilización.

Proclamaban furiosos el derecho; querían obligar al género humano á entrar en el paraíso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

Parecían bárbaros, y eran salvadores; reclamaban la luz con la máscara de la noche.

Enfrente de estos hombres feroces y espantosos, convenimos en ello, pero feroces para el bien, hay otros hombres, risueños, bordados, dorados, engalonados, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos, botas de charol, que apoyando los codos en una mesa cubierta de terciopelo al lado de una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservación y permanencia de lo pasado, de la Edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando, á media voz y con finura, el sable, la hoguera y el cadalso. Por nuestra parte, si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Pero á Dios gracias no nos hallamos en esta alternativa; no es necesaria ninguna caída brusca ni hacia adelante ni hacia atrás.

Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso por una pendiente suave.

Dios provee á él. La suavización de las pendientes constituye la política divina.



## VI

### Enjolrás y sus tenientes.

Poco más ó menos hacia dicha época, Enjolrás, previendo la posibililadad de los sucesos, hizo una especie de recuento misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain. Enjolrás, mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, decía así:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quieren combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué herir, no puede estorbar.

"Los que caminan tienen más riesgo de recibir una cornada cuando hay bueyes al paso, que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos?

"No se trata de dejar esto para mañana. Las revoluciones deben ir siempre de "prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado, y no nos dejemos cojer desprevenidos. Se trata de planchar las costuras que hemos hecho, y ver si están firmes; y este negocio debe quedar apurado hasta el fondo hoy mismo.

"Courfeyrac, tú verás á los politécnicos; hoy miércoles es día de salida. Feuilly, tú verás á los de la Glaciére. Combeferre me ha prometido ir á Picpus; allí hay un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapada.

"Prouvaire, los masones se entibian; tú nos traerás noticias de la logia de la calle Grenelle Saint Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la Escuela de Medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia y hablará con los pasantes de abogado. Yo me encargo de la Cougourde.

—Vedlo, todo arreglado,—dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Qué falta pues?

—Una cosa importantísima.

—¿Qué es ello?—preguntó Combeferre.

—El portillo de Maine,—respondió Enjolrás.

Quedóse Enjolrás un momento como absorto en sus reflexiones, y añadió:

—En el portillo de Maine hay marmolistas, pintores, los prácticos de los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta al enfriamiento, y no sé lo que tienen hace algún tiempo; piensan en otra cosa y se entibian; pasan el tiempo en jugar al dominó. Sería urgente ir á hablarles un poco y firme. Se reunen en casa de Richefeu, donde se los encontrará entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas; yo había pensado para esto en el distraído de Mario, quien en el fondo es bueno; pero ya no viene. Necesito uno para el portillo de Maine, y no lo tengo.

—¿Pues y yo?—dijo Grantaire.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡Tú volver el calor, en nombre de los principios, á los corazones enfriados!

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

engañada, sigue siendo grande. Puede decirse de ella como del cíclope ciego: "Ingens".

En 1793, según era la idea que flotaba buena ó mala, según era la luz del fanatismo ó del entusiasmo, partían del arrabal de San Antonio, ora legiones salvajes, ora falanges heroicas.

Salvajes. Expliquemos esta palabra. Aquellos hombres de erizado cabello que en los días genesiacos del caos revolucionario se lanzaban haraposos, feroces, blandiendo la cachiporra, levantada la pica en alto, aullando contra el viejo París trastornado, ¿qué querían?

Querían el fin de la opresión, el fin de la tiranía, el fin del sable; querían el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la dulzura social para la mujer; la libertad, la igualdad, la fraternidad; el pan para todos, la idea para todos, la conversión del mundo en Edén: el progreso.

Y esa cosa santa, buena y dulce, el progreso, la reclamaban terriblemente, medio desnudos, con la mano en la maza y el rugido en la boca. Eran los salvajes, sí, pero los salvajes de la civilización.

Proclamaban furiosos el derecho; querían obligar al género humano á entrar en el paraíso, aunque fuese por medio del terror y del espanto.

Parecían bárbaros, y eran salvadores; reclamaban la luz con la máscara de la noche.

Enfrente de estos hombres feroces y espantosos, convenimos en ello, pero feroces para el bien, hay otros hombres, risueños, bordados, dorados, engalonados, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos, botas de charol, que apoyando los codos en una mesa cubierta de terciopelo al lado de una chimenea de mármol, insisten templadamente en la conservación y permanencia de lo pasado, de la Edad media, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando, á media voz y con finura, el sable, la hoguera y el cadalso. Por nuestra parte, si nos viéramos obligados á elegir entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, escogeríamos á los bárbaros.

Pero á Dios gracias no nos hallamos en esta alternativa; no es necesaria ninguna caída brusca ni hacia adelante ni hacia atrás.

Ni despotismo, ni terrorismo. Queremos el progreso por una pendiente suave.

Dios provee á él. La suavización de las pendientes constituye la política divina.



## VI

### Enjolrás y sus tenientes.

Poco más ó menos hacia dicha época, Enjolrás, previendo la posibililadad de los sucesos, hizo una especie de recuento misterioso.

Todos estaban en conciliábulo en el café Musain. Enjolrás, mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, decía así:

—Conviene saber dónde estamos y con quién se puede contar. Si se quieren combatientes, es preciso hacerlos. Tener con qué herir, no puede estorbar.

"Los que caminan tienen más riesgo de recibir una cornada cuando hay bueyes al paso, que cuando no los hay. Contemos, pues, el rebaño. ¿Cuántos somos?

"No se trata de dejar esto para mañana. Las revoluciones deben ir siempre de "prisa, porque el progreso no tiene tiempo que perder. Desconfiemos de lo inesperado, y no nos dejemos cojer desprevenidos. Se trata de planchar las costuras que hemos hecho, y ver si están firmes; y este negocio debe quedar apurado hasta el fondo hoy mismo.

"Courfeyrac, tú verás á los politécnicos; hoy miércoles es día de salida. Feuilly, tú verás á los de la Glaciére. Combeferre me ha prometido ir á Picpus; allí hay un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrapada.

"Prouvaire, los masones se entibian; tú nos traerás noticias de la logia de la calle Grenelle Saint Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la Escuela de Medicina. Bossuet dará una vuelta por la Audiencia y hablará con los pasantes de abogado. Yo me encargo de la Cougourde.

—Vedlo, todo arreglado,—dijo Courfeyrac.

—No.

—¿Qué falta pues?

—Una cosa importantísima.

—¿Qué es ello?—preguntó Combeferre.

—El portillo de Maine,—respondió Enjolrás.

Quedóse Enjolrás un momento como absorto en sus reflexiones, y añadió:

—En el portillo de Maine hay marmolistas, pintores, los prácticos de los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero sujeta al enfriamiento, y no sé lo que tienen hace algún tiempo; piensan en otra cosa y se entibian; pasan el tiempo en jugar al dominó. Sería urgente ir á hablarles un poco y firme. Se reunen en casa de Richefeu, donde se los encontrará entre doce y una. Es preciso soplar en aquellas cenizas; yo había pensado para esto en el distraído de Mario, quien en el fondo es bueno; pero ya no viene. Necesito uno para el portillo de Maine, y no lo tengo.

—¿Pues y yo?—dijo Grantaire.

—¿Tú?

—Yo.

—¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡Tú volver el calor, en nombre de los principios, á los corazones enfriados!

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Por qué no?

—¿Acaso puedes tú servir para algo?

—Tengo la vaguedad de la ambición,—dijo Grantaire.

—Tú no crees en nada.

—Creo en tí.

—Grantaire, ¿quieres hacerme un favor?

—Cuantos quieras; hasta limpiarte las botas.

—Pues bien; no te mezcles en nuestros asuntos. Bebe tu ajenjo.

—Eres un ingrato, Enjolrás.

—¡Serías tú hombre para ir al portillo de Maine! ¡Serías capaz!

—Soy capaz de bajar por la calle de Grés, atravesar la plaza de San Miguel, torcer por la calle de Monsieur le Prince, tomar la calle de Vaugirard, pasar los Carmelitas, volver á la calle de Assas, llegar á la calle de Cherche Midi, dejar atrás el Consejo de Guerra, medir la calle de las Viejas Tullerías, pasar de una zancada el boulevard, seguir la calzada de Maine, salir del portillo y entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de todo esto; mis zapatos son capaces de lo mismo.

—¿Conoces algo á nuestros camaradas de Richefeu?

—No mucho. Nos tuteamos únicamente.

—¿Y qué vas á decir?

—Les hablaré de Robespiérre, pardiez; de Dantón; de los principios.

—¡Tú!

—¡Yo! Veo que no me haceis justicia; cuando me comprometo, soy terrible. He leído á Proudhomme, conozco el Contrato social, sé de memoria la Constitución del año dos. "La Libertad del ciudadano concluye allí donde empieza la Libertad de otro ciudadano." ¿Me tienes acaso por un bruto? Tengo un antiguo asignado en mi gabeta. Los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo, ¡caramba! Soy además un poco hebertista; y puedo estar hablando seis horas de reloj, con reloj en mano, de cosas soberbias.

—Sé formal,—dijo Enjolrás

Soy terrible,—respondió Grantaire.

Enjolrás pensó algunos segundos, é hizo el gesto del hombre que ha tomado una resolución.

—Grantaire,—dijo gravemente,—consiento en ponerte á prueba. Irás al portillo de Maine á hablar con los artistas.

Grantaire vivía en una casa de huéspedes cerca del café Musain. Salió y volvió á los cinco minutos; había ido á ponerse un chaleco á la Robespierrre.

—Rojo,—dijo al entrar,—mirando fijamente á Enjolrás.

Y después, con enérgico ademán, cruzó sobre el pecho las dos solapas escarlata del chaleco.

Y aproximándose á Enjolrás, le dijo al oído:

—Queda tranquilo.

Se puso el sombrero resueltamente, y salió.

Un cuarto de hora después, la sala interior del café Musain estaba desierta. Todos los amigos del A B C se habían ido, cada uno por su lado, á cumplir su misión. Enjolrás que se había reservado la Cougourde, partió el último.

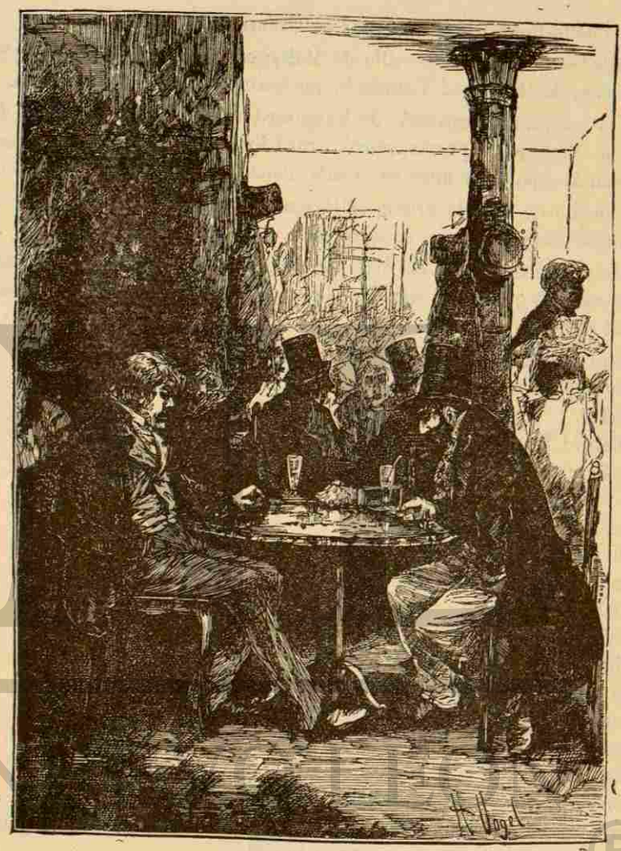
Los de la Cougourde de Aix, que estaban en París, se reunían entonces en el



llano de Issy, en una de aquellas canteras abandonadas, tan abundantes por aquel extremo de París.

Enjolrás, caminando hácia aquel lugar de la cita, iba pasando revista á la situación.

La gravedad de los sucesos era visible. Cuando los hechos, precursores de una especie de enfermedad social latente, se mueven con torpeza, la menor complicación



los detiene y enreda, fenómeno de donde salen los hundimientos y los renacimientos.

Enjolrás descubría un levantamiento luminoso bajo los tenebrosos velos del porvenir. ¿Y quién sabe? Se aproximaba el instante tal vez.

¡El pueblo reasumiendo el derecho! ¡Qué hermoso espectáculo! La Revolución volviendo á tomar majestuosamente posesión de la Francia, y diciendo al mundo: "Se continuará."

Enjolrás estaba contento. El horno ardía.

En aquel mismo instante tenía un reguero de pólvora de amigos extendido por



30360

París. Componía en su imaginación, con la elocuencia penetrante y filosófica de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, la verbosidad de Courfeyrac, la risa de Bahorel, la melancolía de Juan Prouvaire, la ciencia de Joly y los sarcasmos de Bossuet, una especie de chisporroteo eléctrico que comunicaba á la vez el fuego en todas partes.

Todos á la obra. De seguro el resultado correspondería al esfuerzo. Aquello marchaba.

Pero aquello mismo le hizo pensar en Grantaire.

—¡Calla!—se dijo.—El portillo de Maine está casi en mi camino. ¡Si yo llegase hasta casa de Richefeu! Veamos lo que hace Grantaire, y donde está.

Daba la una en el campanario de Vaugirard cuando Enjolrás llegó al fumadero de Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzó los brazos, dejando cerrarse la hoja que le dió en la espalda, y miró en la sala, llena de hombres, de mesas y de humo.

De enmedio de aquella bruma salía una voz vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire disputando con su adversario.

Grantaire estaba sentado enfrente de otro, al lado de una mesa de mármol jaspeado sembrada de granos de salvado y llena de fichas de dominó, y golpeaba el tablero con el puño.

Hé aquí lo que oyó Enjolrás.

—Seis doble.
—Cuatro.
—¡Diablo! No tengo.
—Estás muerto, con dos.
—Seis.
—Tres.
—Un as.
—Me toca á mí.
—Cuatro puntos.
—Difícilmente.
—Ahora tú.
—He cometido una falta enorme.
—Vas bien.
—Quince.
—Siete más.
—Con estos son veintidos. (Pensando). ¡Veintidos!
—¿No esperabas el doble seis? Ya lo creo. Si le hubiese puesto al principio habría cambiado todo el juego; y perdía la partida.
—Dos otra vez.
—As.
—¡As! Pues bien, cinco.
—No tengo.
—¿No tienes, eh? Buena te espera.
—Allá veremos.
—¿Has puesto tú, creo?
—Sí.



—Blanca.
—¡Tienes suerte! ¡Mucha suerte! (Larga meditación). Un dos.
—Un as.
—Ni cinco, ni as.
—Ni cinco, ni as. Esta es la tuya.
—Dominó.
—Nombre de perro.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Eponine

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO SEGUNDO.

## EPONINE.

### I

### *El campo de la Alondra.*

Mario había asistido al inesperado desenlace de la emboscada que había dado á conocer Javert; pero apenas hubo Javert abandonado la casa, llevándose sus presos en tres coches de alquiler. Mario salió también. No eran más que las nueve de la noche, y se dirigió á casa de Courfeyrac.

Courfeyrac no era ya el imperturbable habitante del barrio latino: se había mudado á la calle de la Vidriería "por razones políticas;" aquel barrio era uno de los que servían entonces de asiento á la Revolución.

Mario dijo á Courfeyrac:

—Vengo á dormir á tu casa.

Courfeyrac sacó uno de los dos colchones de su cama, le extendió en el suelo y dijo:

—Ahí tienes donde.

Al día siguiente, á las siete de la mañana, Mario volvió á la casucha, pagó el alquiler y lo que debía á la tía Bougón, hizo cargar en un carretón de manos sus libros, su cama, su mesa, su cómoda, y sus dos sillas, y se fué sin dejar las señas de su nueva habitación; de modo que, cuando Javert volvió por la mañana para preguntar á Mario sobre los sucesos de la víspera, no encontró más que á la tía Bougón, que le respondió:

—¡Se ha mudado!

La tía Bougón quedó convencida de que Mario era cómplice en parte de los ladrones presos por la noche.

—¿Quién lo hubiera creído?—decía á las porteras del barrio,—¡Un joven que tenía el aire de una señorita!

Mario había tenido dos razones para mudarse tan deprisa.

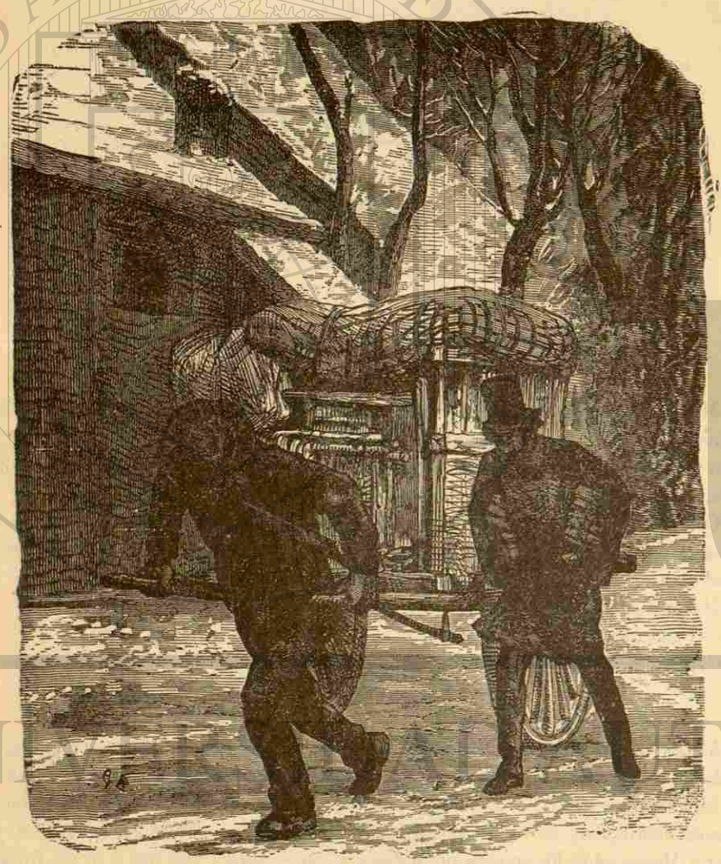
Primera, por el horror que sentía hácia aquella casa en que había visto de tan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerca, y en todo su desarrollo, lo más repugnante y feroz: una fealdad social más horrible aún que el rico malvado; el malvado pobre.

Segunda, porque no quería figurar en el proceso que se seguiría probablemente, y verse obligado á declarar contra Thénardier.

Javet creyó que el joven, cuyo nombre había olvidado, había tenido miedo, y había huído, ó no vuelto quizá aún á su casa en el momento de la emboscada. Hizo, sin embargo, algunos esfuerzos para encontrarle, mas no le dieron resultado.



Pasóse un mes, y luego otro.

Mario seguía en casa de Courfeyrac. Había sabido por un pasante de abogado, visitante habitual de las antesalas de la Audienci, que Thénardier estaba incomunicado, y mandaba cada lunes, al Alcaide de la cárcel de la Fuerza, cinco francos para su mujer.

Mario, no teniendo ya dinero, pedía los cinco francos á Courfeyrac; era la primera vez en su vida que pedía prestado.



Aquellos cinco francos periódicos eran un doble enigma para Courfeyrac que los daba, y para Thénardier que los recibía.

—¿A quién se los mandará?—pensaba Courfeyrac.

—¿De dónde pueden venirme?—se preguntaba Thénardier.

Mario estaba desconsolado. Todo había vuelto á desaparecer por escotillón.

No veía nada delante de sí; su vida estaba sumergida en aquel misterio, donde vagaba á tientas.

Había visto muy de cerca, durante un momento, en aquella obscuridad, á la joven á quien amaba, al viejo que parecía su padre, á aquellos séres desconocidos que eran su único interés y su única esperanza en este mundo; y en el momento en que había creído poder asirlos, se los había arrebatado un soplo desvaneciéndolos como sombras.

Ni un rayo de certidumbre y de verdad había resultado de aquel choque horrendo. No había coyuntura posible.

No sabía ni aún el nombre que creyó antes saber. Seguramente no era el de Ursula, y el de la Alondra era un apodo.

¿Y qué-pensar del viejo? ¿Se ocultaba, en efecto, de la policía?

El obrero de cabellos blancos que Mario había encontrado en las cercanías de los Inválidos, se le venía á la memoria. Antes le había confundido su aparición hasta dudar de ella; pero ahora era probable que este obrero y el señor Leblanc fuesen la misma persona. ¿Se disfrazaba, pues?

Aquel hombre tenía su parte heróica y su parte dudosa. ¿Por qué no había gritado en su auxilio? ¿Por qué había huído? ¿Era el padre de la joven? ¿Era realmente el hombre que Thénardier había creído conocer? ¿Podía haberse equivocado Thénardier?

Estas preguntas eran otros tantos problemas sin resolución. Pero nada de esto amenguaba los encantos angelicales de la joven del Luxemburgo.

¡Punzadora desgracia! Mario sentía apasionado su corazón, y anublados sus ojos. Se veía impulsado y atraído, y no podía moverse; todo se había desvanecido, excepto el amor, y aún del amor mismo había perdido los instintos y las iluminaciones súbitas.

Ordinariamente, esa llama que nos quema nos alumbra también un poco, dándonos cierta claridad útil exteriormente.

Estos sordos consejos de la pasión, Mario no los escuchaba ya; nunca se decía: ¿Si yo fuese allí? ¿Si probase hacer esto?

Aquella joven, á quien no podía ya llamar Ursula, estaba evidentemente en alguna parte; pero nada indicaba á Mario por qué lado debía buscarla.

Toda su vida se resumía á la sazón en dos palabras; una incertidumbre absoluta en una bruma impenetrable.

Aspiraba siempre á volver á verla; pero ya no lo esperaba.

Para colmo de desgracia volvía á visitarle la miseria; sentía ya cerca de sí, por detrás, un soplo glacial.

Durante estos tormentos, y desde hacía algún tiempo, había abandonado su trabajo; y nada es más peligroso que la interrupción del trabajo; es una costumbre que se pierde. Costumbre fácil de perder y difícil de adquirir nuevamente.

Cierta cantidad de meditación fantástica es buena, como á narcótico y en dis-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

creta dósis; adormece alguna vez las fiebres dolorosas de la inteligencia que trabaja, y produciendo en el espíritu un vapor suave y fresco, que corrije los contornos demasiado ásperos del pensamiento puro, llena aquí y allá vacíos é intérvalos, une las masas y difunde los ángulos de las ideas.

Pero mucha cantidad de esos ensueños fantásticos sumerge y ahoga.

¡Desgraciado el obrero de espíritu que se deja caer por entero desde el pensamiento á semejante ensueño! Cree que volverá á subir fácilmente, y se dice que al fin y al cabo es lo mismo pensar que soñar. ¡Error!

El pensamiento es el trabajo de la inteligencia; la meditación fantástica es la voluptuosidad. Reemplazar aquél por ésta, es confundir un veneno con un alimento.

Recuérdese que Mario había empezado por ahí. Había sobrevido la pasión y acabado de precipitarle en las quimeras sin objeto y sin fondo.

No salía de casa sino para soñar. Costumbre perezosa, abismo tenebroso y malsano.

A medida que el trabajo disminuía, las necesidades crecían. Esto es una ley.

El hombre en el estado de meditación, es naturalmente pródigo y muelle: el espíritu espaciado no puede tener una vida concreta. Hay en este modo de vivir una mezcla de bien y de mal, porque si la molicie es funesta, la generosidad es sana y buena. Pero el hombre pobre, generoso y noble que no trabaja, está perdido; se le agotan los recursos, y surgen las necesidades.

Pendiente fatal, en que los más honrados y firmes son arrastrados como los más débiles y viciosos, y que llega á uno de estos dos abismos el suicidio ó el crimen.

A fuerza de salir para ir á meditar, llega un día en que se sale para tirarse al agua.

El exceso de meditación crea los Escousse y los Lebrás.

Mario bajaba esta pendiente á paso lento, fijos los ojos en aquella á quien ya no veía.

Lo que acabamos de decir parece extraño, y es sin embargo verdadero.

El recuerdo de un sér ausente se ilumina en las tinieblas del corazón, y cuanto más completamente va desapareciendo, más brilla; el alma desesperada y obscura ve esta luz en su horizonte como una estrella nocturna interior.

Todo el pensamiento de Mario era "ella"; no pensaba en otra cosa; conocía confusamente que su traje viejo se quedaba inservible, que su traje nuevo se hacía viejo, que sus camisas se gastaban, que se rozaba su sombrero, que se descosían sus botas; es decir, que se agotaba su vida; y decía: "¡Si pudiese verla solamente antes de morir!"

Sólo una idea grata le quedaba: que ella le había amado, que su mirada se lo había dicho, que ella no sabía su nombre; pero conocía su alma, y tal vez en el lugar en que estaba, por más que pudiese ser misterioso, le amaba todavía.

¿Quién sabe si ella pensaba en él, como él en ella?

A veces, en esas horas inexplicables que tiene todo corazón que ama, no encontrando más que razones dolorosas, y sintiendo, sin embargo, un temblor desconocido de alegría, decíase: "Estos son sus pensamientos que vienen á mí". Y después añadía: "Mis pensamientos llegarán á ella tal vez del mismo modo".



Esta ilusión que Mario deshacía en seguida, conseguía sin embargo infundir en su alma rayos de luz, que se asemejaban alguna vez á la esperanza.

De cuando en cuando, sobre todo á esa hora de la noche que más entristece á los pensadores fantásticos, estampaba sobre un cuaderno, en que no había sino esto, lo más puro, lo más impersonal, lo más ideal de los sueños, con que el amor llenaba su cerebro; á esto llamaba él "escribirle".

Pero no debe creerse que su razón estaba desordenada. Al contrario, había perdido la facultad de trabajar y de moverse con firmeza hacia un fin determinado; pero tenía más que nunca perspicacia y rectitud.

Mario seguía viendo con luz clara y real, aunque singular, lo que pasaba á su vista, incluso los hechos ó los hombres más indiferentes; en todo adivinaba la verdad con una especie de abatimiento noble y desinteresadamente cándido. Su juicio, casi desprendido de la esperanza, se mantenía elevado y dominaba.

En esta situación de ánimo, nada se le escapaba, nada le engañaba, y descubría á cada instante el fondo de la vida, de la humanidad y del destino.

¡Dichoso, aun en medio del dolor, aquel á quien Dios ha dado un alma digna del amor y del infortunio! El que no ha visto las cosas de este mundo y el corazón de los hombres á esta doble luz, no ha visto nada verdadero ni sabe nada.

El alma que ama y padece, se encuentra en un estado sublime.

Por lo demás, sucedíanse los días, y nada nuevo se presentaba; parecíale solamente que el espacio sombrío que debía atravesar se iba limitando á cada momento, y creía entrever ya distintamente el borde del principio sin fondo.

—¡Qué!—se decía.—¿No volveré á verla?

Cuando se sube la calle de Santiago y se deja á un lado la barrera, siguiendo luego un poco á la izquierda el antiguo boulevard interior, se llega á la calle de la Salud, después á la de Glaciére, y poco antes de llegar al arroyo de los Gobelinos, se encuentra una esplanada que es en toda la ronda larga y monótona de las tapias de París el único sitio donde el pintor Ruysdael se atrevía á sentarse.

No se sabe ciertamente cómo definir la gracia que de él se desprende; un prado verde atravesado de cuerdas tendidas, en que secan al aire algunos pingajos; una quinta edificada en tiempo de Luis XIII, con su gran empizarrado interpolado de buhardillas; empalizadas rotas, un poco de agua que corre entre algunos álamos; mujeres, risas y voces; en el horizonte el Panteón, el árbol de los Sordo-Mudos, el Val de Grace, negro, achaparrado, fantástico, divertido, magnífico, y en el fondo el severo remate cuadrado de las torres de Nuestra Señora.

Como aquel sitio no vale la pena de ser visto, nadie le visita. Apenas le atraviesa cada cuarto de hora una carreta ó un traginero.

Llegó un día que los paseos solitarios de Mario le llevaron á este terreno cerca de aquel arroyuelo. En tal día hubo una rareza en el boulevard, un transeunte.

Mario, gratamente sorprendido por el encanto casi salvaje del sitio, preguntó al transeunte:

—¿Cómo se llama este sitio?

El transeunte respondió:

—El campo de la Alondra.

Y añadió:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Aquí fué donde Ulbach mató á la pastora de Ivry.

Pero después de la palabra "Alondra", Mario no había oído nada más.

En el estado de ensueño hay congelaciones súbitas que produce una sola pala-



bra. Todo el pensamiento se condensa bruscamente alrededor de una idea, y no es ya capaz de ninguna otra percepción.

La Alondra era el nombre que en las profundidades de la melancolía de Mario había reemplazado á Ursula.

—¡Toma!—dijo en el estupor irracional propio de esos apartes misteriosos.—Este es su campo. Aquí sabré dónde vive.

Aquello era absurdo, pero irresistible.

Y desde entonces fué todos los días al campo de la Alondra.



## II

### Formación embrionaria de los crímenes en la incubación de las cárceles.

El triunfo de Javert en la casucha de Cuervo había parecido completo, pero no lo había sido.

En primer lugar, y esta era su principal inquietud, Javert no había preso al preso.

El asesinado que se evade es más sospechoso que el asesino; y es probable que este personaje, tan preciosa captura para los bandidos, no hubiera sido peor presa para la autoridad.

Además, Montparnasse se había escapado de Javert; era preciso esperar otra ocasión para echar la garra á aquel "lechugino endiablado".

En efecto; había encontrado Montparnasse á Eponina, que estaba acechando bajo los árboles de la alameda, se había ido con ella, prefiriendo ser Nemorino con la hija, á ser Schinderhanes con el padre.

Y lo había acertado, porque estaba libre.

En cuanto á Eponina, Javert la había hecho "trincar", lo que era un mediano consuelo, enviándola á hacer compañía á Azelma en las Magdalenas.

En fin, en el trayecto de la casucha de Cuervo á la cárcel de la Fuerza, uno de los principales presos, Claquesous, se había perdido.

Nadie sabía cómo había sucedido esto; los agentes y los polizontes "no comprendían nada".

Se había convertido en humo, se había deslizado por entre las cuerdas, se había escapado por las rendijas del carruaje, que estaba roto, y había huído.

No sabían qué decir, sino que, al llegar á la cárcel, Claquesous había desaparecido.

Había en ello algo de magia ó de policía.

¿Se había derretido Claquesous en las tinieblas, como un copo de nieve en el agua?

¿Había habido connivencia con los agentes?

¿Pertenecía este hombre al doble enigma del desorden y del orden público?

¿Era concéntrico en sus evoluciones á la infracción y á la represión?

¿Tenía este esfinge las manos en el crimen y los pies en la autoridad?

Javert no aceptaba estas combinaciones, y se hubiera enfurecido ante tales compromisos; pero en su ronda había otros inspectores más iniciados quizá que él, á pesar de ser subordinados suyos, en secretos de la prefectura, y Claquesous era tan malvado, que podía ser un buen agente de policía.

Estar en relaciones tan íntimas de escamoteo con la noche, es cosa excelente para el bandolerismo y admirable para la policía. Hay, en efecto, bribones de esa especie de dos filos.

Pero fuese lo que fuere, lo cierto es que Claquesous extraviado no fué vuelto á encontrar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Javert pareció más irritado que asombrado.

En cuanto á Mario, "ese pazguato de abogado que había tenido miedo probablemente", y cuyo nombre había olvidado Javert, era poco importante. Por otra parte, á un abogado se le halla siempre. Pero, ¿era siquiera abogado?

Había empezado la sumaria.

El juez que la instruía había creído conveniente no poner incomunicado á uno de los hombres de la banda de Patrón Minette, esperando que cantase. Este hombre era Brujón, el cabelludo de la calle del Petit-Banquier. Se le había dejado suelto en el patio de Carlomagno, sin que se apartasen de él un momento los ojos de los vigilantes.

Este nombre de Brujón es uno de los recuerdos de la cárcel de la Fuerza.

En el patio repugnante, llamado por el vulgo el Edificio Nuevo, por la Administración el patio de San Bernardo, y por los ladrones la cueva de los Leones, sobre aquella tapia cubierta de escamas y de lepra, que subía por la izquierda hasta la altura de los tejados, cerca de una puerta vieja de hierro, enmohecida ya, que conducía á la antigua capilla del palacio ducal de la Fuerza, convertida en dormitorio de bandidos, se veía aún hace doce años una especie de castillo, groseramente dibujado en la piedra con la punta de un clavo, y debajo esta firma:

BRUJON, 1811

El Brujón de 1811 era el padre del Brujón de 1832.

Este último, á quien apenas hemos podido entrever en la emboscada de la casucha de Cuervo, era un zagalón muy astuto y muy listo, de aspecto encogido y lastimero.

A causa de aquel aspecto entrecortado le había escogido el juez, creyéndole más útil en el patio de Carlomagno, que incomunicado en el calabozo.

Los ladrones no interrumpen el ejercicio de su profesión, aunque estén en manos de la justicia.

No se incomodan por tan poca cosa, y estar preso por un crimen no impide comenzar otro crimen; son como los artistas que tienen un cuadro en la exposición, y no por esto dejan de trabajar en alguna obra nueva en su taller.

Brujón aparentaba haberse quedado estupefacto con la prisión.

Se le veía muchas veces horas enteras en el patio de Carlomagno, de pie, cerca del tragaluz del cantinero, contemplando como un idiota la sórdida lista de los precios de la cantina, que empezaba:

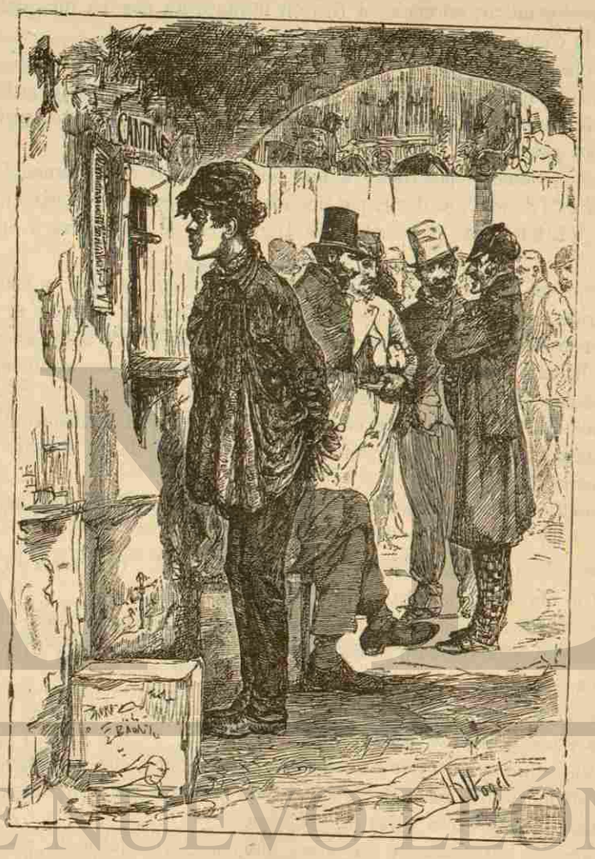
"Ajos, 62 céntimos". Y concluía: "Cigarros cinco céntimos". O se pasaba el tiempo tiritando, rechinando los dientes, diciendo que tenía calentura, y preguntando si estaba vacante alguna de las veintiocho camas de la sala de los calenturientos.

De pronto, hacia la segunda quincena de Febrero de 1832, se supo que Brujón el atontado había mandado hacer á los mozos de la cárcel, no bajo su nombre, sino bajo el nombre de tres de sus camaradas, tres comisiones distintas, las cuales le habían costado en junto cincuenta sueldos, gasto exorbitante, que llamó la atención del inspector de la cárcel.

Hiciéronse averiguaciones y consultando la tarifa de encargos clavada en la pared de la sala de los detenidos, se llegó á saber que los cincuenta sueldos se descomponían así: tres encargos; uno al Panteón, diez sueldos; otro á Val de Grace, quince sueldos; y otro á la barrera de Grenelle, veinticinco sueldos. Este último era el precio más alto de la tarifa.



Ahora bien: precisamente en el Panteón, en Val de Grace, y de la barrera de Grenelle estaban los domicilios de los tres rateros más temibles de la ronda:



Kruideniers, llamado Bizarro, Glorieux, presidiario cumplido, y Barre Carrosse, sobre quienes se dirigió por este incidente la mirada de la policía.

Creyóse adivinar que estos hombres estaban afiliados á la banda de Patrón Minette, de la cual habían sido puestos á la sombra los dos jefes Babet y Gueulemer.

Supúsose que los recados de Brujón, enviados, no á una casa, sino á personas que esperaban en la calle, debían ser avisos para algún crimen tramado.

Había además otros indicios; echóse la garra á los tres vagos y se creyó haber desvanecido la maquinación de Brujón, cualquiera que fuese.

Como una semana después de tomar esas medidas, una noche, un vigilante de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ronda que recorría el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, al tiempo de echar en el buzón de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio á Brujón sentado, escribiendo algo en la cama á la luz de la lámpara.

El inspector entró; encerróse á Brujón durante un mes en un calabozo, pero no se le pudo coger lo que había escrito.

La policía no supo más.

Lo cierto es, que al día siguiente tiraron un "postillón" desde el patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman "postillón" á una bolita de pan artísticamente amasada, que se envía á "Irlanda", es decir, por encima de los tejados de la cárcel de un patio á otro. (Etimología: por encima de Inglaterra, de una tierra á otra, "á Irlanda").

Al caer, pues, la bolita en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido á algún preso de los de allí. Si en efecto es un preso el que la coge, le da su destino, y si es un carcelero ó uno de los presos secretamente vendidos, que se llaman "borregos" en las cárceles, y "zorros" en los presidios, el billete es llevado á la alcaldía, y luego á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel momento el que debía recibirle estaba "en el apartado"; era nada menos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron Minette.

El "postillón" contenía un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas:

—Babet. Se puede hacer negocio en la calle Plumet. Una verja en un jardín. —Esto era lo que había escrito Brujón durante la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medio de hacer llegar el billete desde la fuerza á la Salpetriére á una "buena amiga" que allí tenía, y que estaba encerrada.

Esta á su vez transmitió el billete á otra conocida suya, á una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero no presa aún.

Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con los Thénardier relaciones que explicaremos más adelante, y podía yendo á ver á Eponina, servir de puente entre la Salpetriére y las Magdalenas.

Pero sucedió precisamente en aquel momento, que faltando pruebas en la sumaria formada contra Thénardier respecto á sus hijas Eponina y Azelma, fueron éstas puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnon, que la esperaba á la puerta de las Magdalenas, le dió el billete de Brujón á Babet, encargándole que "alumbrase" el negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espió, acechó, y algunos días después llevó á Magnon, que vivía en la calle Cheperce, un bizcocho, que Magnon transmitió á la querida de Babet en la Salpetriére.



Un bizcocho en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: "no hay nada que hacer".

Tan bien salió todo, que menos de una semana después, Babet y Brujón, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno "á la instrucción" y viniendo el otro:

—Y bien,—preguntó Brujón,—¿la calle P?

—Bizcocho,—responde Babet.

Así abortó este feto de crimen, engendrado por Brujón en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al proyecto de Brujón, que ya se verán.

Muchas veces se cree uno anudar un hilo, y ata otro.

## III

### La aparición del señor Mabeuf.

Mario no iba á ver á nadie; solamente algunas veces solía encontrar al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendía gravemente por estos lúgubres peldaños, que podrían llamarse la escalera de las cuevas y de los lugares sin luz, donde se oye á los dichosos caminar por encima, el señor Mabeuf por su parte descendía también.

La "Flora de Cauteretz" no se vendía ya absolutamente.

Los experimentos sobre el añil no habían dado resultado ninguno en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal situado; allí sólo podía cultivar algunas plantas raras que necesitan humedad y sombra. Pero no por esto se desanimaba.

Había podido lograr un rincón de tierra en el Jardín Botánico, bien situado para hacer "á su costa" los ensayos sobre el añil, para lo cual había llevado las láminas de su "Flora" al Monte de Piedad.

Había reducido su almuerzo á dos huevos, y dejaba uno de ellos á su vieja criada, á quien no había pagado el salario hacía quince meses. Muchas veces, su almuerzo era su única comida.

Ya no se reía con su natural risa infantil; se había vuelto huraño, y no recibía visitas.

Mario hacía muy bien en no ir á verle.

Algunas veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, se encontraban el viejo y el joven en el boulevard del Hospital; no se hablaban; solamente se saludaban tristemente con la cabeza.

¡Triste cosa por cierto! Hay momentos en que la miseria rompe hasta la amistad. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeuntes.

El librero Royol había muerto.

El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; estas eran las tres formas que había tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; esto le bastaba para vivir, y se decía: "Cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico; sacaré mis láminas del Monte de Piedad, volverá á estar de moda mi "Flo-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ronda que recorría el dormitorio inferior del Edificio Nuevo, al tiempo de echar en el buzón de contraseñas su contraseña, es decir, la pieza de metal con su número, que sirve para indicar que el inspector cumple el servicio exactamente, de modo que cada hora cae en los buzones de las puertas de los dormitorios una contraseña; un inspector, decimos, vió por la rejilla del dormitorio á Brujón sentado, escribiendo algo en la cama á la luz de la lámpara.

El inspector entró; encerróse á Brujón durante un mes en un calabozo, pero no se le pudo coger lo que había escrito.

La policía no supo más.

Lo cierto es, que al día siguiente tiraron un "postillón" desde el patio de Carlomagno á la Cueva de los Leones por encima del edificio de cinco pisos que separaba ambos patios.

Los presos llaman "postillón" á una bolita de pan artísticamente amasada, que se envía á "Irlanda", es decir, por encima de los tejados de la cárcel de un patio á otro. (Etimología: por encima de Inglaterra, de una tierra á otra, "á Irlanda").

Al caer, pues, la bolita en el patio, el que la recoge la abre, y encuentra un billete dirigido á algún preso de los de allí. Si en efecto es un preso el que la coge, le da su destino, y si es un carcelero ó uno de los presos secretamente vendidos, que se llaman "borregos" en las cárceles, y "zorros" en los presidios, el billete es llevado á la alcaldía, y luego á la policía.

Esta vez el billete llegó á su destino, aunque en aquel momento el que debía recibirle estaba "en el apartado"; era nada menos que Babet, uno de los cuatro jefes de Patron Minette.

El "postillón" contenía un papel arrollado, en el cual estaban escritas estas dos líneas:

—Babet. Se puede hacer negocio en la calle Plumet. Una verja en un jardín. —Esto era lo que había escrito Brujón durante la noche.

A pesar de los registradores y registradoras, Babet encontró medio de hacer llegar el billete desde la fuerza á la Salpetriére á una "buena amiga" que allí tenía, y que estaba encerrada.

Esta á su vez transmitió el billete á otra conocida suya, á una tal Magnon, muy vigilada por la policía, pero no presa aún.

Esta Magnon, cuyo nombre ha visto ya el lector, tenía con los Thénardier relaciones que explicaremos más adelante, y podía yendo á ver á Eponina, servir de puente entre la Salpetriére y las Magdalenas.

Pero sucedió precisamente en aquel momento, que faltando pruebas en la sumaria formada contra Thénardier respecto á sus hijas Eponina y Azelma, fueron éstas puestas en libertad.

Cuando Eponina salió, la Magnon, que la esperaba á la puerta de las Magdalenas, le dió el billete de Brujón á Babet, encargándole que "alumbrase" el negocio.

Eponina fué á la calle Plumet, reconoció la verja y el jardín, observó la casa, espió, acechó, y algunos días después llevó á Magnon, que vivía en la calle Cheperce, un bizcocho, que Magnon transmitió á la querida de Babet en la Salpetriére.



Un bizcocho en el tenebroso simbolismo de las prisiones, significa: "no hay nada que hacer".

Tan bien salió todo, que menos de una semana después, Babet y Brujón, al encontrarse en el camino de ronda de la Fuerza, yendo uno "á la instrucción" y viniendo el otro:

—Y bien,—preguntó Brujón,—¿la calle P?

—Bizcocho,—responde Babet.

Así abortó este feto de crimen, engendrado por Brujón en la Fuerza.

Este aborto tuvo, sin embargo, consecuencias completamente extrañas al proyecto de Brujón, que ya se verán.

Muchas veces se cree uno anudar un hilo, y ata otro.

## III

### La aparición del señor Mabeuf.

Mario no iba á ver á nadie; solamente algunas veces solía encontrar al señor Mabeuf.

Mientras Mario descendía gravemente por estos lúgubres peldaños, que podrían llamarse la escalera de las cuevas y de los lugares sin luz, donde se oye á los dichosos caminar por encima, el señor Mabeuf por su parte descendía también.

La "Flora de Cauteretz" no se vendía ya absolutamente.

Los experimentos sobre el añil no habían dado resultado ninguno en el pequeño jardín de Austerlitz, que estaba mal situado; allí sólo podía cultivar algunas plantas raras que necesitan humedad y sombra. Pero no por esto se desanimaba.

Había podido lograr un rincón de tierra en el Jardín Botánico, bien situado para hacer "á su costa" los ensayos sobre el añil, para lo cual había llevado las láminas de su "Flora" al Monte de Piedad.

Había reducido su almuerzo á dos huevos, y dejaba uno de ellos á su vieja criada, á quien no había pagado el salario hacía quince meses. Muchas veces, su almuerzo era su única comida.

Ya no se reía con su natural risa infantil; se había vuelto huraño, y no recibía visitas.

Mario hacía muy bien en no ir á verle.

Algunas veces, á la hora en que el señor Mabeuf iba al Jardín Botánico, se encontraban el viejo y el joven en el boulevard del Hospital; no se hablaban; solamente se saludaban tristemente con la cabeza.

¡Triste cosa por cierto! Hay momentos en que la miseria rompe hasta la amistad. Antes eran dos amigos; ahora eran dos transeuntes.

El librero Royol había muerto.

El señor Mabeuf no conocía más que sus libros, su jardín y su añil; estas eran las tres formas que había tomado para él la felicidad, el placer y la esperanza; esto le bastaba para vivir, y se decía: "Cuando haya hecho mis bolitas azules seré rico; sacaré mis láminas del Monte de Piedad, volverá á estar de moda mi "Flo-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra" con el charlatanismo, pondré anuncios en los periódicos, y compraré, ya sé yo donde, un ejemplar del "Arte de navegar", de Pedro Medina, con grabados en madera, edición de 1559".

Entre tanto trabajaba todo el día en su sembrado de añil, y por la noche volvía á su casa para regar el jardín y leer sus libros.

El señor Mabeuf contaba entonces muy cerca de los ochenta años.

Una noche tuvo una singular aparición.

Había vuelto á su casa mucho antes de anochecer. La tía Plutarco, cuya salud se quebrantaba, estaba enferma y acostada.

El señor Mabeuf había comido un poco de carne, que quedaba sin roer de un hueso, y un pedazo de pan que había encontrado en la mesa de la cocina, y estaba sentado en un recantón tumbado, que le servía' de banco, en el jardín.

Junto á este banco había, según la moda de los antiguos huertos, una especie de cajón alto, hecho de listones y tablas muy estropeadas ya, que era jaula de conejos en la parte inferior y frutero en la superior.

No tenía conejos en la jaula; pero aún conservaba algunas manzanas en el frutero, restos de la provisión del invierno.

Se había puesto á hojear y á leer, con ayuda de los anteojos, dos libros de que estaba apasionado, y que, cosa rara á su edad, le tenían pensativo.

Su natural timidez le hacía á propósito para aceptar ciertas supersticiones.

El primero de estos libros era el famoso tratado del presidente Delancre:

"De la inconstancia de los demonios".

El otro, que era un volumen en cuarto de Mutor de la Rubaudiere:

"Sobre los diablos de Vauvert y los gobelinos de la Biévre".

Este último librote le interesaba tanto más cuanto que su jardín había sido uno de los sitios antiguamente frecuentados por los gobelinos.

El crepúsculo empezaba á blanquear los objetos más elevados, y á ennegrecer los que están bajos.

Al propio tiempo que leía mirando por encima del libro que tenía en la mano, el señor Mabeuf contemplaba sus plantas, y entre otras, un rhododendron magnífico, que era uno de sus encantos.

Los cuatro días últimos de bochorno, de viento y de sol, sin una gota de lluvia, habían hecho encorvar sus tallos, inclinarse los botones y caer las hojas.

Era preciso regar; el rhododendron, sobre todo, estaba triste.

Mabeuf era de esos hombres para quienes las plantas tienen alma.

El anciano había trabajado todo el día en su sembrado de añil, y estaba rendido de cansancio; se levantó, sin embargo, dejó los libros en el banco, y se dirigió encorvado y con vacilante paso al pozo; pero cuando cogió la soga no pudo ni aún tirar para desengancharla.

Entonces se volvió dirigiendo una triste mirada al cielo que se iba cubriendo de estrellas.

La noche tenía esa serenidad que disminuye los dolores del hombre bajo una alegría lúgubre, eterna y desconocida, y anunciaba que iba á ser tan árida como el día.

'—¡Estrellas por todas partes!—pensaba el anciano.—¡Ni una pequeña nube! ¡Ni una lágrima de agua!



Y dejó caer la cabeza sobre el pecho que había levantado un momento. Luego volvió á levantarla, y miró al cielo, murmurando:

—¡Una lágrima de rocío! ¡Un poco de piedad!

Trató de nuevo de desenganchar la soga del pozo, pero no pudo.

En aquel momentó oyó una voz que decía:

—Señor Mabeuf, ¿queréis que os riegue yo el jardín?

Y al mismo tiempo sintió como el ruido de un animal salvaje que corre, viendo salir de entre los matorrales una especie de muchacha demacrada, que se puso delante de él mirándole desenvueltamente. Parecía mejor que un sér humano, un aborto del crepúsculo.

Antes que Mabeuf, que se asustaba fácilmente, hubiese vuelto de su asombro, aquel sér, cuyos movimientos tenían en la obscuridad cierto atrevido desenfado, había desenganchado ya la soga, sumergido y sacado el cubo, y llenado la regadera.

El buen hombre veía esta aparición que llevaba los pies desnudos y un zagalejo completamente destrozado; veía, decimos, cómo corría por las calles del jardín derramando la vida á su alrededor. El ruido de la regadera en las hojas encantaba al señor Mabeuf. Le parecía que el rhododendron era ya feliz.

Vaciado el primer cubo, la muchacha sacó otro, y después un tercero; así regó todo el jardín.

Andando así por entre los árboles en que aparecía su perfil enteramente negro, agitando sobre sus largos y angulosos brazos su desgarrada pañoleta, tenía cierto aspecto de murciélago.

Cuando hubo acabado, se aproximó á ella el señor Mabeuf con lágrimas en los ojos y le puso la mano en la frente:

—Dios te bendiga,—dijo;—eres un ángel, pues tienes cuidado de las flores.

—No,—respondió ella;—soy el diablo, pero es igual.

El anciano exclamó sin esperar ni oir la respuesta:

—¡Qué lástima que yo sea tan desgraciado y pobre, que no pueda hacer nada por tí!

—Algo podríais hacer,—dijo ella.

—¿Qué?

—Decirme dónde vive el señor Mario.

El viejo no entendió.

—¿Qué Mario?

Y alzó su vidriosa mirada como buscando algo que hubiera desaparecido.

—Un joven que venía aquí hace algún tiempo.

El señor Mabeuf había ya hecho memoria, y contestó:

¡Ah!— sí... Ya sé lo que quieres decir. ¡Espera! Mario... el barón Mario de Pontmercy. ¡Pardiez! Vive... ó por mejor decir, no vive ya... Vaya, no sé.

Y así diciendo, se había encorvado para sujetar una rama del rhododendron.

—Espera,—continuó;—ahora me acuerdo. Pasea mucho el boulevard, por la parte de la Glaciere, calle Croulebarbe, Campo de la Alondra. Si vas por allí, no será difícil que le encuentres.

Cuando Mabeuf se enderezó ya no había nadie; la muchacha había desaparecido.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entonces tuvo miedo de veras.

—Por cierto,—dijo,—que si no viese el jardín regado, creería que había sido un espíritu.

Una hora después, al acostarse, volvió á pensar en ello, y al dormirse, en ese momento confuso en que el pensamiento, como el pájaro de la fábula que se convierte en pez para pasar el mar, toma poco á poco la forma del desvanecimiento para atravesar el sueño, decíase á sí mismo confusamente:

—En verdad que esto se parece mucho á lo que Rubaudiere cuenta de los gobelinos. ¿Habrá sido uno de ellos?

## IV

### Aparición de Mario.

Algunos días después de aquella visita de un "espíritu" al señor Mabeuf, llegó la mañana de un lunes del día en que Mario pedía á Courfeyrac cinco francos para Thénardier.

Mario se había guardado la moneda en el bolsillo, y antes de llevársela al carcelero había ido á "pasearse un poco", esperando tener ganas de trabajar á la vuelta. Era lo que hacía siempre.

En cuanto se levantaba sentábase delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción; tenía entonces que hacer la versión al francés de una célebre querella entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny.

Cogía á Gans, cogía después á Savigny; leía cuatro líneas, trataba de escribir una, y no podía; veía una estrella entre sus ojos y el papel, y se levantaba de la silla, diciendo:

—Voy á salir. Esto me encauzará.

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veía aún más la estrella y mucho menos á Savigny y Gans.

Volvía á su casa, trataba de reanudar el trabajo, y no lo conseguía; no podía coger un solo cabo de los hilos rotos de su cerebro. Entonces decía:

—Mañana no salgo, porque así no se puede trabajar.

Y no obstante salía todos los días.

Vivía en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Sus señas eran verdaderamente estas: Alameda de la Salud, séptimo árbol, después de la calle Croulebarbe.

La mañana de que venimos hablando había abandonado el árbol y se había sentado en el parapeto del arroyuelo de los Gobelinos.

Un sol alegre penetraba por entre las brillantes hojas recién abiertas.

Pensaba en "Ella", y su pensamiento, convirtiéndose en reconvención, recaía sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que se apoderaba de él, y en aquella noche, cuyas tinieblas se aumentaban por momentos ante su vista, hasta el punto de que ya no veía ni aún el sol.

Sin embargo, al través de este penoso desprendimiento de ideas diversas que no eran un monólogo; tanto se debilitaba en él la actividad, y tan escasa era su



fuerza, que ni aún para desconsolarse le bastaba; al través de esa absorción melancólica le llegaban las sensaciones del exterior.

Oía detrás de sí, debajo de sí, en ambas orillas del arroyo, batir la ropa á las lavanderas de los Gobelinos y encima de su cabeza cantar los pájaros en los olmos.

Por un lado, el ruido de la libertad, del descuido feliz, del placer alado; por otro, el rumor del trabajo. Estos dos ruidos le parecían alegres, lo cual le hacía pensar profundamente y casi reflexionar.

De repente, en medio del éxtasis que le dominaba, oyó una voz conocida, que decía.

—¡Toma! ¡Ahí está!

Levantó los ojos, y reconoció á aquella infeliz criatura que había ido una mañana á su casa, la mayor de las hijas de Thénardier, Eponina, puesto que ya sabía como se llamaba.

Cosa rara; estaba empobrecida y embellecida; dos pasos que parecía imposible que pudiera darlos, y sin embargo, había realizado ese doble progreso hacia la luz y hacia la desgracia.

Llevaba descalzos los pies, é iba vestida de harapos, como el día que había entrado tan resueltamente en su cuarto; solamente que sus harapos tenían dos meses más; los agujeros eran mayores, y los andrajos más miserables.

Tenía la misma voz ronca, la misma frente atezada y arrugada por el aire, la misma mirada suelta, extraviada y vacilante.

Además, tenía en la fisonomía ese algo atónito y lastimero, sello particular que añade el sello de la carcel á la miseria.

Tenía algunos restos de paja y de heno entre los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar.

Y á pesar de todo era hermosa. ¡Cómo eres radiante, oh juventud!

Se había parado delante de Mario con cierta alegría en su lívido rostro, y como sonriendo.

Permaneció algunos instantes como si no pudiese hablar.

—¡Por fin os he encontrado!—dijo.—Tenía razón el señor Mabeuf, ¡en este boulevard! ¡Cuánto os he buscado! ¡Si supiérais! ¿Lo sabéis? He estado en la cárcel. ¡Quince días! Ya me han soltado viendo que no había nada contra mí. Además, no tenía edad de discernimiento; me faltan dos meses. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas. ¿Ya no vivís allí?

—No, dijo Mario.

—¡Oh! Ya comprendo. Por aquello. Son muy desagradables esos lances. Os habéis mudado. ¡Calle! ¿Y por qué lleváis ese sombrero tan viejo? Un joven como vos debería llevar un buen traje. ¿No lo sabéis, señor Mario? El señor Mabeuf os llama el barón Mario de no sé cuántos. ¿Verdad que no sois barón? Los varones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio, donde hay más sol y leen "La Cotidiana" por un sueldo. Yo estuve una vez á llevar una carta á casa de un barón así. Tenía más de cien años. Decid: ¿dónde vivís ahora?

Mario no respondió.

—¡Ah!—continuó ella.—Lleváis rota la camisa. Será menester que os la cosa

Y añadió con acento cada vez más sombría:

—Parece que no os alegra mucho el verme.

Mario callaba; ella guardó silencio por un momento, y después exclamó:

—Y sin embargo, si quisiera os obligaría á estar contento.

—¡Cómo!—preguntó Mario.—¿Qué queréis decir?

—¡Ah! ¡Antes me llamábais de tú!

—Pues bien: ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio; parecía dudar como presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

—Tanto peor; es igual. Tenéis el aire triste, y quiero que estéis contento. Prometedme solamente que os reiréis. Quiero veros reir y deciros: "¡Bien, así me gusta!" ¡Pobre señor Mario! Ya sabéis que prometísteis darme todo lo que yo quisiera.

—¡Sí, pero habla de una vez!

Ella miró á Mario fijamente á los ojos, y le dijo:

—¡Sé la dirección!

Mario se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazón.

—¿Qué dirección?

—La que me mandásteis averiguar.

Y añadió como haciendo un esfuerzo.

—Las señas... ya sabéis.

—¡Sí!—balbuceó Mario.

—¡De la señorita!

Y al pronunciar esta palabra, suspiró ella profundamente.

Mario saltó del parapeto en que estaba sentado, y le tomó violentamente la mano.

—¡Pues bien! ¡Llévame! ¡Dime! ¡Pídeme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo,—respondió ella.—No sé bien la calle ni el número; es al otro extremo, pero conozco bien la casa; voy á enseñárosla.

Retiró entonces la mano, y dijo con un tono que habría desgarrado el corazón de un observador, pero que no llamó la atencin de Mario embriagado y conmovido:

—¡Ah! ¡Qué contento estáis ahora!

Una nube cruzó la frente de Mario.

—¡Júrame una cosa!—dijo, cogiendo á Eponina del brazo.

—¡Jurar!—dijo ella.—¿Qué quiere decir eso? ¡Calle! ¿Queréis que jure?

Y se echó á reir.

—¡Tu padre! ¡Prométeme, Eponina; júrame que no dirás á tu padre esas señas!

Eponina se volvió asombrada hacia él.

—¡Eponina! ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

—¡Prométeme lo que te digo!

Ella pareció no oir.

—¡Es gracioso! ¡Me habéis llamado Eponina!

Mario le cogió los dos brazos á la vez.



—¡Pero respóndeme en nombre del cielo! ¡Atiende á lo que te digo; júrame que no dirás esas señas á tu padre!

—¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! No temáis. Está incomunicado. Y además, ¿me ocupo ya para algo de mi padre?

—¡Pero no me lo prometes!—exclamó Mario.



—¡Pero soltadme!—dijo ella, echándose á reir.—¡Cómo me zarandeáis! ¡Sí, sí; os lo prometo! ¡Os lo juro! ¡Qué me importa eso! No diré las señas á mi padre. ¿Os acomoda así?

—Ni á nadie,—prorrumpió Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora llévame,—dijo él.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Vénid... ¡Oh, qué contento va!—dijo la muchacha.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A los pocos pasos se detuvo.

—Me seguís muy de cerca, señor Mario. Dejadme ir adelante, y seguidme como si tal cosa. No hay necesidad de que se vea á un joven como vos junto á una mujer como yo.

No hay lengua que pueda expresar todo lo que encerraba esta palabra, mujer, pronunciada por aquella criatura.

Dió unos diez pasos, y volvió á pararse; Mario la alcanzó.

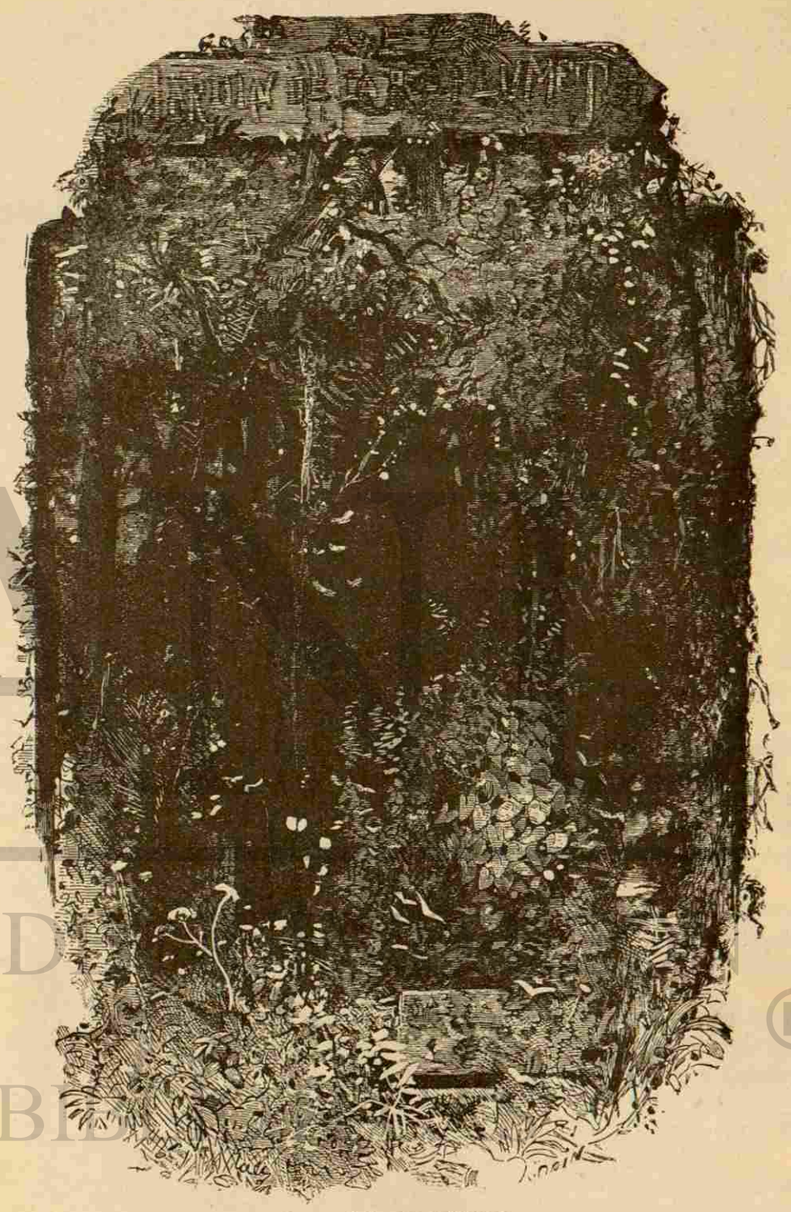
Dirigióle ella la palabra al soslayo y sin volver la cabeza.

—A propósito: ¿recordáis que me prometisteis algo?

Mario registró el bolsillo. No poseía en este mundo más que los cinco francos destinados á Thénardier; los sacó, y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y mirando fijamente á Mario con aire sombrío:

—No es vuestro dinero lo que quiero,—dijo.



La casa de la calle de Plumet



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO TERCERO.

## LA CASA DE LA CALLE DE PLUMET.

### I

### *La casa del secreto.*

Hácia mediados del último siglo, un presidente togado del Parlamento de París, tenía una querida, y queriendo ocultarlo, porque en aquella época los grandes señores manifestaban sus queridas, y los pequeños las ocultaban, hizo "una casita" en el arrabal de San Germán, en la calle desierta de Blomet, llamada hoy de Plumet, y no lejos del sitio que se llamaba entonces "La lucha de animales".

Se componía dicha casa de un pabellón de un solo piso; tenía dos salas en el bajo, y dos cuartos en el principal; una cocina en aquél, y un gabinete de tocador en éste, y debajo del tejado un granero; este todo precedido de un jardín, con una gran verja que daba á la calle.

El jardín tenía cerca de una fanega de tierra, y era lo único que los transeuntes podían ver; pero por detrás del pabellón había un patio pequeño, y en el fondo una habitación baja, compuesta de dos piezas sobre sótano, especie de secreto destinado á cobijar, en caso necesario, un niño y una nodriza.

Dicha habitación comunicaba por la parte de detrás por medio de una puerta secreta, con un largo pasadizo, empedrado, tortuoso, á cielo abierto, entre dos elevadas tapias; cuyo pasadizo, disimulado con arte prodigioso, y como perdido entre las cercas de los jardines y sembrados á lo largo de sus vueltas y recodos, terminaba en otra puerta, también secreta, que se abría á medio cuarto de legua de allí, casi en otro barrio, á la extremidad solitaria de la calle de Babilonia.

El señor presidente entraba por allí; de tal modo, que aún los que le hubiesen espiado y seguido, y observado que iba todos los días misteriosamente á alguna parte, nadie hubiera sospechado que ir á la calle de Babilonia era ir á la calle de Plumet.

Por medio de hábiles compras de terreno, el ingenioso magistrado había po-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dido hacer este trabajo de camino secreto en sus posesiones, y por consiguiente, sin obstáculo.

Después había dividido en pequeños trozos, para jardines y huertas, los terrenos lindantes con el pasadizo, y los propietarios de estos terrenos creían mirar una pared medianera por ambos lados, y no sospechaban ni aún la existencia de aquella vereda, que serpenteaba entre dos tapias en medio de sus platabandas y vergeles.

Sólo los pájaros veían aquella curiosidad, siendo muy probable que las currucas y gorriones del último siglo charlasen mucho á costa del señor presidente.

El pabellón era de piedra, al estilo de Mansar; artesonado y amueblado al gusto de Watteau; grotesco por dentro y pelucón por fuera; circunvalado de un triple seto de flores. Tenía algo de discreto, de elegante y de solemne, como corresponde al capricho amoroso de un magistrado.

La casa y el pasadizo, que han desaparecido ya, existían aún hace cosa de quince años.

En 1793, un calderero compró la casa para derribarla, pero no habiendo podido pagar los plazos, la nación le declaró insolvente. De modo, que la casa fué la que le derribó á él.

Quedó después deshabitada, y fué desmoronándose poco á poco como todo edificio á que no comunica la vida la presencia del hombre.

Había continuado amueblada con los antiguos muebles, y siempre anunciada en venta ó alquiler, y las diez ó doce personas que pasaban al año por la calle Plumet eran las únicas que veían ese anuncio en un cartel amarillo é ilegible, colgado de la verja del jardín desde 1810.

A fines de la Restauración estos transeuntes pudieron notar que había desaparecido el cartel, y que estaban abiertos los postigos del primer piso. En efecto, la casa estaba ocupada; las ventanas tenían "cortinillas", señal de que había una mujer.

En el mes de Octubre de 1829 se había presentado un hombre de cierta edad, y había alquilado la casa tal como estaba, incluyendo, por supuesto, la habitación de atrás y el pasadizo que terminaba en la calle de Babilonia.

Había hecho restaurar las aberturas secretas de las dos puertas del dicho pasadizo.

La casa, como acabamos de decir, tenía casi los mismos muebles antiguos que en tiempo del presidente; el nuevo inquilino había mandado hacer algunas reparaciones, poniendo aquí y allí lo que faltaba, adoquines en el patio, baldosas en los suelos, peldaños en la escalera, planchas en los tablados y cristales en las ventanas, y últimamente, se había instalado allí con una jovencita y una criada vieja, sin el menor ruido, más bien como quien se escurre, que como quien entra dentro de su casa.

Los vecinos no chismeaban, por la sencilla razón de que no los había.

Este inquilino silencioso era Juan Valjean, y la joven Cosette.

La criada era una solterona llamada Santos, á quien Juan Valjean había sacado del hospital y de la miseria; era vieja, provinciana y tartamuda; tres cualidades que habían determinado á Juan Valjean á tomarla consigo.

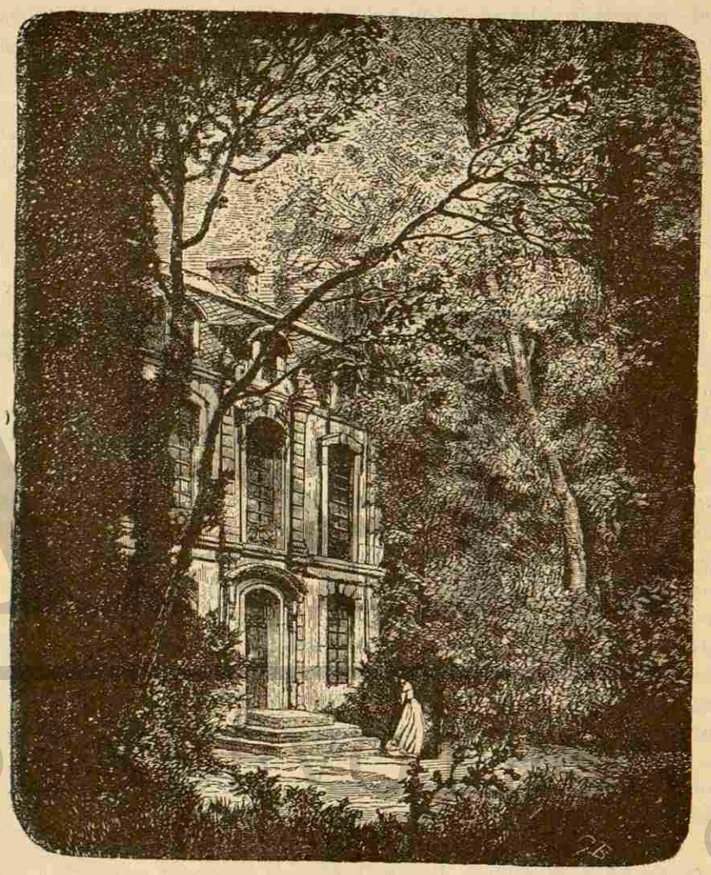
Había alquilado la casa con el nombre del señor Fauchelevent, rentista.



En cuanto llevamos ya referido, el lector habrá tardado menos que Thénardier en reconocer á Juan Valjean.

¿Por qué había abandonado Juan Valjean el convento del Pequeño Picpus? ¿Qué había pasado?

Nada extraordinario.



El lector recordará que Juan Valjean era feliz en el convento, tan feliz, que su conciencia acabó por alarmarse.

Veía á Cosette diariamente; sentía nacer y desarrollarse en él poco á poco el sentimiento paternal; cubría con su alma aquella niña, y se decía que era suya, que nadie podía quitársela, y que así sería siempre; que Cosette se haría monja, viéndose dulcemente solicitada todos los días, de modo que el convento sería siempre el universo para él y para ella; que él envejecería allí, y ella crecería, y envejecería, y moriría; y por último, ¡consoladora esperanza! que no sería posible ninguna separación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero al propio tiempo que pensaba esto, vino á caer en nuevas perplejidades.

Preguntóse á sí mismo si toda aquella felicidad se componía sólo de su felicidad, ó también de la de otra persona; es decir, de la felicidad de aquella niña de quien se apoderaba, y á la que confiscaba él, viejo ya, las alegrías de la juventud.

¿No era esto un robo?

Decíase que aquella niña tenía derecho á conocer el mundo antes de renunciar á él; que privarla de antemano, y en cierto modo sin consultarla, de todos los goces, bajo el pretexto de salvarla en todas las pruebas, aprovecharse de su ignroancia y aislamiento para hacer germinar en ella una vocación artificial, sería desnaturalizar una criatura humana, y engañar á Dios.

¿Y quién sabe si Cosette reflexionando algún día sobre todo esto, y viéndose monja á su pesar, no llegaría hasta odiarle? Ultima idea casi egoísta y menos noble que las otras, pero que le era insoportable.

Resolvióse, pues, á abandonar el convento.

Se decidió; conoció, aunque con pesar, que no era necesario, y no tenía objeciones que hacerse.

Cinco años de encierro y de desaparición entre aquellas cuatro paredes habían destruído ó dispersado necesariamente los elementos de temor; podía volver tranquilamente á vivir entre los hombres; había envejecido y estaba muy cambiado. ¿Quién había de conocerle ya?

Y aún en el peor caso, sólo corría peligro por sí mismo, y no tenía derecho para condenar á Cosette al claustro, por la razón de que él había sido condenado á presidio.

Por otra parte, ¿qué es el peligro ante el deber? En fin, nada le impedía ser prudente, y tomar sus precauciones.

En cuanto á la educación de Cosette, estaba casi terminada y completa.

Juan Valjean, después de decidirse, sólo esperó una ocasión; y no tardó ésta en presentarse: el tío Fauchelvent murió.

Juan Valjean pidió audiencia á la reverenda priora, y la dijo que, habiendo recibido á la muerte de su hermano una modesta herencia que le permitía vivir sin trabajar, pensaba dejar el servicio del convento y llevarse á su nieta; pero como no era justo que Cosette, no pronunciando los votos, hubiese sido educada grátis, suplicaba humildemente á la reverenda priora le permitiese ofrecer á la comunidad una suma de cinco mil francos como indemnización de los cinco años que allí había pasado Cosette. Así salió Juan Valjean del convento de la Adoración Perpetua.

Al abandonar aquella casa, llevó en sus brazos, sin querer entregarle á ningún mozo, el baulito cuya llave tenía siempre consigo.

Aquel baulito traía inquieta á Cosette por el olor embalsamado que despedía.

Debemos consignar que el baulito no se separó nunca de él; siempre le tenía en su cuarto. Era lo primero, y alguna vez lo único que trasladó en sus mudanzas.

Cosette se reía, y llamaba al baulito el "inseparable", diciendo: "Me da celos"

Juan Valjean, por su parte, no salió al aire libre sin experimentar una profunda ansiedad.



Descubrió la casa de la calle Plumet, y se quedó con ella; además estaba en posesión del nombre del último Fauchelvent.

Al propio tiempo alquiló otras dos casas en París, con objeto de llamar menos la atención que viviendo siempre en el mismo barrio; de poder ausentarse á la menor inquietud que sintiese, y de no encontrarse desprevenido, como la noche en que se escapó tan milagrosamente de Javert.

Estas otras dos casas eran dos edificios feos y de pobre aspecto, en dos barrios muy separados uno de otro; uno en la calle del Oeste, y otro en la del Hombre Armado.

Iba de cuando en cuando, ya á la calle del Hombre Armado, ya á la del Oeste, á pasar un mes ó seis semanas con Cosette, sin llevarse á la tía Santos.

Le servían los porteros, y pasaba por un rentista de las cercanías que tenía un apeadero en la ciudad.

Aquella gran virtud necesitaba tres domicilios en París para escapar de la policía.

## II

### Juan Valjean guardia nacional.

Por lo demás, y francamente hablando, Juan Valjean vivía en la calle de Plumet donde había arreglado su existencia del modo siguiente:

Cosette con la criada ocupaba el pabellón, tenía la alcoba principal de entrepaños pintados, el gabinete de molduras doradas, el salón del presidente adornado de tapicería y grandes sillones, y el jardín.

Había mandado colocar en el cuarto de Cosette una cama, con colgadura de damasco antiguo de tres colores, y una hermosa alfombra de Persia, antigua también, comprada en la calle de Figuier Saint-Paul, en casa de la tía Gaucher; y para corregir la severidad de estas magníficas antiguallas de prendería, había combinado con ellas todos los muebles graciosos y elegantes de las jóvenes, el estante, el armarito con libros dorados, el pupitre, la cartera con papel secante, el costurero incrustado de nácar, el neceser sobredorado, y el tocador con servicio de porcelana del Japón.

Grandes cortinajes de damasco de fondo rojo de tres colores, iguales á los de la cama, colgaban sobre las ventanas del primer piso; en el bajo había colgaduras de tapicería.

Durante el invierno estaba la casita de Cosette caldeada de arriba abajo.

El ocupaba la especie de portería que había en el fondo del patio, con un colchón sobre una cama de tijera, una mesa de madera blanca, dos sillas de paja, un jarro de loza, algunos libros en una tabla, y su predilecta balija en un rincón. Allí nunca había lumbre.

Comía con Cosette, y se ponía pan moreno para él en la mesa.

El día que entró la tía Santos la dijo:

—La señorita es el ama en esta casa.

—¿Y vos, señor?—había replicado la tía Santos estupefacta.

—Yo soy mucho más que el amo, soy su padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette en el convento había aprendido la ciencia doméstica, y llevaba la cuenta del gasto que era muy modesto.

Todos los días Juan Valjean sacaba á Cosette á pasear dándole el brazo.

La conducía al Luxemburgo, á la alameda más solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santiago de Haut Pas, porque estaba muy lejos.

Como aquel era un barrio pobrísimo, daba muchas limosnas, y los menesterosos le rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el título que Thénardier le había dado al dirgírsele por escrito: "Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut Pas".

Iba gustoso en compañía de Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos.

En la casa de la calle de Plumet no entraba ningún extraño; la tía Santos llevaba las provisiones, y Juan Valjean traía por sí mismo el agua de una fuente cercana del boulevard.

Guardaba la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babilonia, y que había servido en otro tiempo de gruta al señor presidente; porque en tiempo de las Locuras y de las Casitas no había amor sin gruta.

En la puerta excusada de la calle de Babilonia había una de esas cajas buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes del pabellón de la calle de Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, mediadora en otro tiempo de amorcillos y confidente de un golilla almibarado, para los avisos del cobrador de contribuciones, y las papeletas de guardia: porque el señor Fauchelvent, rentista, era guardia nacional; no había podido escapar á las apretadas mallas del censo de 1831.

El empadronamiento municipal había llegado en aquella época hasta el convento del Petit Picpus, especie de concha impenetrable y santa, de donde Juan Valjean había salido venerable á los ojos del alcalde del distrito, y por consiguiente, digno de montar la guardia.

Juan Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres ó cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un verdadero disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole sin embargo solitario.

Juan Valjean acababa de cumplir los sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; y por otra parte no tenía deseo alguno de librarse de su sargento mayor y andar en discusiones con el conde de Lobau. No tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y, como hemos dicho, era un guardia nacional de buena fe.

Toda su ambición consistía en asemejarse á cualquiera que pagase sus contribuciones.

El ideal de este hombre era, en lo interior, ser ángel, y en el exterior, contribuyente.

Hagamos notar aquí alguna cosa: cuando Juan Valjean salía con Cosette, se vestía como hemos dicho y parecía un militar retirado.

Cuando salía solo, que era comunmente por la noche, iba siempre vistiendo blusa y pantalón de obrero y una gorra que le ocultaba el rostro.

¿Era esto precaución ó humildad?

Ambas cosas á la vez.



Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su querido padre.

En cuanto á la tía Santos, veneraba á Juan Valjean y le parecía bien todo lo que hacía.

Un día el carnicero, que había visto á Juan Valjean, le dijo: "¡Vaya un hombre particular!" Y ella respondió: "Es un santo".

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tía Santos entraban ó salían más que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que á no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle de Plumet.

Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean había dejado inculto el jardín para que no llamase la atención.

Pero en esto tal vez se engañaba.

## III

### *Foliis ac frondibus.*

Aquel jardín, completamente abandonado hacía más de medio siglo, había llegado á ser extraordinario y hermoso.

Los transeuntes de hace cuarenta años se paraban á contemplarle, sin sospechar los secretos que se escondían detrás de sus verdes y frescas espesuras.

Más de un individuo reflexivo dejó penetrar varias veces en aquella época sus ojos y su pensamiento indiscreto al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un frontón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón un banco de piedra y una ó dos estatuas cubiertas de musgo; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrían contra la pared; no había calles ni céspedes, sólo abundaba la grama.

Había desaparecido la jardinería, habiendo reaparecido la naturaleza.

Abundaba la mala yerba, admirable fortuna para un pobre rincón de tierra.

Los alelíes nacían faustosos y espléndidos.

Nada contrariaba en aquel jardín el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; nada impedía su venerable desarrollo.

Los árboles se habían inclinado hasta las zarzas, y las zarzas habían subido hasta los árboles; la planta había trepado, la rama se había encorvado; lo que se arrastra por el suelo buscaba lo que se extiende por el aire, lo que flota en el viento se había inclinado hacia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado, enlazado, confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y realizado, á la vista del Creador satisfecho, en aquel espacio de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana.

Aquello no era ya un jardín; era una maleza colosal, es decir, una cosa impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, som-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette en el convento había aprendido la ciencia doméstica, y llevaba la cuenta del gasto que era muy modesto.

Todos los días Juan Valjean sacaba á Cosette á pasear dándole el brazo.

La conducía al Luxemburgo, á la alameda más solitaria, y los domingos á misa, siempre á Santiago de Haut Pas, porque estaba muy lejos.

Como aquel era un barrio pobrísimo, daba muchas limosnas, y los menesterosos le rodeaban en la iglesia, lo que le había valido el título que Thénardier le había dado al dirgírsele por escrito: "Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut Pas".

Iba gustoso en compañía de Cosette á visitar á los pobres y á los enfermos.

En la casa de la calle de Plumet no entraba ningún extraño; la tía Santos llevaba las provisiones, y Juan Valjean traía por sí mismo el agua de una fuente cercana del boulevard.

Guardaba la leña y el vino en un espacio medio subterráneo, tapizado de conchas, que estaba cerca de la puerta de la calle de Babilonia, y que había servido en otro tiempo de gruta al señor presidente; porque en tiempo de las Locuras y de las Casitas no había amor sin gruta.

En la puerta excusada de la calle de Babilonia había una de esas cajas buzones que sirven para recoger cartas y periódicos; pero como los tres habitantes del pabellón de la calle de Plumet no recibían ni periódicos ni cartas, utilizaban esta caja, mediadora en otro tiempo de amorcillos y confidente de un golilla almibarado, para los avisos del cobrador de contribuciones, y las papeletas de guardia: porque el señor Fauchelvent, rentista, era guardia nacional; no había podido escapar á las apretadas mallas del censo de 1831.

El empadronamiento municipal había llegado en aquella época hasta el convento del Petit Picpus, especie de concha impenetrable y santa, de donde Juan Valjean había salido venerable á los ojos del alcalde del distrito, y por consiguiente, digno de montar la guardia.

Juan Valjean se ponía el uniforme y entraba de guardia tres ó cuatro veces al año, y lo hacía con gusto, porque el uniforme era para él un verdadero disfraz que le mezclaba con todo el mundo, dejándole sin embargo solitario.

Juan Valjean acababa de cumplir los sesenta años, edad de la exención legal, pero no aparentaba más de cincuenta; y por otra parte no tenía deseo alguno de librarse de su sargento mayor y andar en discusiones con el conde de Lobau. No tenía estado civil; ocultaba su nombre, ocultaba su edad, ocultaba su identidad, lo ocultaba todo; y, como hemos dicho, era un guardia nacional de buena fe.

Toda su ambición consistía en asemejarse á cualquiera que pagase sus contribuciones.

El ideal de este hombre era, en lo interior, ser ángel, y en el exterior, contribuyente.

Hagamos notar aquí alguna cosa: cuando Juan Valjean salía con Cosette, se vestía como hemos dicho y parecía un militar retirado.

Cuando salía solo, que era comunmente por la noche, iba siempre vistiendo blusa y pantalón de obrero y una gorra que le ocultaba el rostro.

¿Era esto precaución ó humildad?

Ambas cosas á la vez.



Cosette estaba acostumbrada ya al aspecto enigmático de su destino, y apenas notaba las rarezas de su querido padre.

En cuanto á la tía Santos, veneraba á Juan Valjean y le parecía bien todo lo que hacía.

Un día el carnicero, que había visto á Juan Valjean, le dijo: "¡Vaya un hombre particular!" Y ella respondió: "Es un santo".

Ni Juan Valjean, ni Cosette, ni la tía Santos entraban ó salían más que por la puerta de la calle de Babilonia; de modo que á no verlos por la verja del jardín, era difícil adivinar que vivían en la calle de Plumet.

Esta verja estaba siempre cerrada, y Juan Valjean había dejado inculto el jardín para que no llamase la atención.

Pero en esto tal vez se engañaba.

## III

### *Foliis ac frondibus.*

Aquel jardín, completamente abandonado hacía más de medio siglo, había llegado á ser extraordinario y hermoso.

Los transeuntes de hace cuarenta años se paraban á contemplarle, sin sospechar los secretos que se escondían detrás de sus verdes y frescas espesuras.

Más de un individuo reflexivo dejó penetrar varias veces en aquella época sus ojos y su pensamiento indiscreto al través de los hierros de aquella antigua verja en forma de cadena torcida, movediza, sostenida por dos pilares verdosos y enmohecidos, y coronada caprichosamente por un frontón de indescifrables arabescos.

Había en un rincón un banco de piedra y una ó dos estatuas cubiertas de musgo; algunos encañados, deshechos por el tiempo, se pudrían contra la pared; no había calles ni céspedes, sólo abundaba la grama.

Había desaparecido la jardinería, habiendo reaparecido la naturaleza.

Abundaba la mala yerba, admirable fortuna para un pobre rincón de tierra.

Los alelíes nacían faustosos y espléndidos.

Nada contrariaba en aquel jardín el esfuerzo sagrado de las cosas hacia la vida; nada impedía su venerable desarrollo.

Los árboles se habían inclinado hasta las zarzas, y las zarzas habían subido hasta los árboles; la planta había trepado, la rama se había encorvado; lo que se arrastra por el suelo buscaba lo que se extiende por el aire, lo que flota en el viento se había inclinado hacia lo que vive entre el musgo; troncos y ramas, hojas y fibras, tallos y zarzas, sarmientos y espinas se habían mezclado, atravesado, enlazado, confundido; la vegetación, en un estrecho y profundo abrazo, había celebrado y realizado, á la vista del Creador satisfecho, en aquel espacio de trescientos piés cuadrados, el santo misterio de su fraternidad, símbolo de la fraternidad humana.

Aquello no era ya un jardín; era una maleza colosal, es decir, una cosa impenetrable como un bosque, poblada como una ciudad, temblorosa como un nido, som-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bría como una catedral, olorosa como un ramillete, solitaria como una tumba, y viviente como la muchedumbre.

En la primavera, aquel enorme matorral, libre dentro de sus cuatro tapias y de su verja, entraba, como todo, en el sordo trabajo de la germinación universal; temblaba al salir el sol casi como un sér animado que aspira los efluvios del amor cósmico y que siente la savia de Abril subir y bullir en sus venas; y sacudiendo al viento su prodigiosa cabellera de verdura sembrada en la tierra húmeda, en las rotas estatuas, en la desvencijada escalinata del pabellón, y hasta en el empedrado de la casa desierta, las flores en estrellas, el rocío en perlas, la fecundidad, la belleza, la vida, la alegría, los perfumes.

Al medio día refugiábanse allí mil blancas mariposas, y era un espectáculo sublime ver revolotear en copos, y á la sombra, aquella viviente nieve del estío.

Allí, entre las alegres tinieblas de verdor, una multitud de voces inocentes hablaban dulcemente al alma, y lo que dejaba de decir el gorgeo de los pájaros, lo completaba el zumbido de los insectos.

Por la noche, un vapor de meditación se desprendía del jardín, envolviéndolo en un manto de bruma; una tristeza celestial y tranquila le cobijaba; el perfume embriagador de las madreselvas y jazmines salía de todas partes como un veneno exquisito y sutil; oíanse los últimos cantos de los pitirojos y de las nevatillas, durmiéndose bajo las ramas; manifestábase la intimidad sagrada del pájaro y el árbol. De día las alas prestan alegría á las hojas; por la noche las hojas dan protección á las alas.

En el invierno, la maleza estaba negra, mojada, erizada, tomblorosa, y dejaba ver parte de la casa al través de su seco ramje.

En vez de flores en las ramas, y en lugar de rocío en las flores, distinguíanse los largos hilos de plata de los caracoles sobre el frío y esposo tapiz de las amarillentas hojas; pero siempre, bajo cualquier aspecto, en cualquier estación, en primavera, en invierno, en verano y en otoño, aquel pequeño cercado respiraba melancolía, contemplación, soledad, libertad, ausencia del hombre, presencia de Dios. La antigua verja cerrada parecía decir: "Este jardín es mío".

En vano el empedrado de París se extendía á su alrededor; en vano se veían á dos pasos los palacios clásicos y espléndidos de la calle de Varennes, cerca de la iglesia de los Inválidos, y no lejos de la Cámara de los Diputados; en vano las carrozas de la calle de Borgoña y Santo Domingo rodaban fastuosamente por las cercanías; en vano los ómnibus amarillos, negros, blancos y rojos se cruzaban en el crucero próximo; todo esto no impedía que en la calle de Plumet existiera el desierto.

La muerte de los primitivos propietarios, el transcurso de una revolución, el hundimiento de las antiguas fortunas, la ausencia, el olvido, cuarenta años de abandono y de vacío al rededor, habían bastado para reproducir en aquel lugar privilegiado los helechos, los gordolobos, la cicuta, las aquileas, las yerbas altas, las grandes plantas rastreras de anchas hojas y de verde pálido, los lagartos, los escarabajos, los insectos bulliciosos y veloces, para hacer salir de las profundidades de la tierra y reaparecer entre aquellas cuatro paredes cierta grandeza hosca y salvaje; y para que la naturaleza, que desconcierta los mezquinos trabajos del hombre, y que donde se manifiesta, se manifiesta por completo, lo mismo en la hormiga que en el



águila, se desarrollase en un mezquino jardinillo parisiense con tanta rudeza y majestad como en un bosque virgen del Nuevo Mundo.

En efecto; nada hay pequeño, bien lo saben todos aquellos en quienes la naturaleza penetra profundamente.

Aunque la filosofía no puede de un modo absoluto, ni circunscribir la causa, ni limitar el efecto, el pensador cae en un éxtasis sin fondo cuando contempla los diferentes modos de descomposición de las fuerzas que convergen todas hacia la unidad.

Todo trabaja para todo.

El álgebra se aplica á las nubes; la irradación del astro aprovecha á la rosa, y ningún pensador se atreverá á decir que el perfume del espino es inútil á las constelaciones.

¿Quién puede calcular el trayecto de una molécula?

¿Sabemos acaso si no se crean nuevos mundos por medio de la caída de granos de arena?

¿Quién conoce el movimiento de flujo y reflujo recíproco de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, el eco tonante de las causas en los precipicios del sér y las avalanchas de la creación?

El arado es insectillo importante; lo pequeño es grande, lo grande es pequeño; todo está en equilibrio en la necesidad; aterradora visión para el espíritu.

Hay entre los séres y entre las cosas relaciones de prodigio; en este inagotable conjunto, desde el sol hasta al pulgón, ninguna cosa desprecia á la otra; cada una de ellas tiene necesidad de las demás.

La luz no lleva á la región azul los perfumes terrestres sin saber lo que hace, y la noche reparte convenientemente la esencia estelar á las dormidas flores.

Todas las aves voladoras llevan atado á la pata el hilo de lo infinito.

La germinación se sirve igualmente del estallido de un meteoro, como del picotazo de la golondrina, para romper el huevo; conduciendo á la par el nacimiento del último gusano y el advenimiento de Sócrates.

Donde acaba el telescopio empieza el microscopio. ¿Cuál de los dos tiene mayor alcance? Escoged.

Un poco de moho es una pléyade de flores; una nebulosa es un hormiguero de estrellas.

Es igual, y más inaudita todavía, la promiscuidad de las cosas de la inteligencia con los hechos de la substancia.

Los elementos y los principios se mezclan, se combinan, se unen, se multiplican unos para otros, hasta el punto de hacer terminar el mundo material y el mundo moral en la misma luz.

El fenómeno está perpétuamente replegado en sí mismo.

En las grandes transformaciones cósmicas, la vida universal va y viene en cantidades desconocidas, arrastrándolo todo en el invisible misterio de los efluvios, empleándolo todo, no perdiendo ni el delirio de un sueño, sembrando un gérmen animal aquí, desmenuzando un astro allá, oscilando y serpenteando, haciendo de la luz una fuerza y de la imaginación un elemento, diseminado é indivisible; disolviéndolo todo, excepto ese punto geométrico que se llama el "yo"; refiriéndolo todo el átomo-alma; desarrollándolo todo en Dios; acumulando y agregando, desde la más alta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta la más inferior, todas las actividades en las negruras de un mecanismo vertiginoso; relacionando el vuelo de un insecto con el movimiento de la tierrra; subordinando, ¿quién sabe? aunque no sea más que por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento al vértigo del infusorio en la gota de agua.

Máquina hecha de espíritu. Engranaje enorme, cuyo primer motor es el mosquito, y es el zodíaco su última rueda.

## IV

### Cambio de reja.

Parecía que aquel jardín, creado en otros tiempos para ocultar los misterios libidinosos, se había transformado, trocándose en abrigo natural de misterios castos.

Ya no había mecedoras, cenadores cubiertos, ni grutas; había una magnífica sombra que caía como un velo por todas partes.

Pafos se había convertido en Eden.

Cierto remordimiento había purificado aquel retiro; era un ramillete que ofrecía sus flores al alma.

Aquel jardín de coquetería, tan comprometedor en otro tiempo, había entrado en la virginidad y en el pudor.

Un magistrado ayudado por un jardinero, un buen hombre que creía ser la continuación de Lamoignon, y otro buen hombre que creía ser la continuación de Lenôtre, le habían contorneado, tallado, encuadrado, compuesto y aderezado para la galantería; la naturaleza se lo había apropiado después; le había llenado de sombra y arreglado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón dispuesto.

El amor no tenía que hacer más que manifestarse; tenía allí un templo compuesto de verdor, de yerba, de musgo, de suspiros, de avecillas, de suaves tinieblas, de ramas agitadas, y un alma llena de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusiones.

Cosette había salido del convento niña casi; llegaba apenas á los catorce años, y estaba "en la edad crítica".

Ya sabemos que exceptuando los ojos, parecía más bien fea que hermosa; no tenía, sin embargo, ninguna facción desgraciada; pero era delgada, sosa, tímida y atrevida á la vez; en fin, una niña grande.

Su educación estaba terminada; es decir, le habían enseñado religión y sobre todo, devoción; "historia", es decir, lo que se llama así en los conventos; geografía, gramática, los participios, los reyes de Francia, algo de música, delinear una nariz, etc.; pero por lo demás lo ignoraba todo; esto es un encanto, pero al mismo tiempo un peligro.

No debe dejarse el alma de una joven tan completamente á obscuras, porque más adelante se producen en ella imágenes demasiado bruscas y demasiado vivas, como en una cámara obscura. Debe iluminársela suave y discretamente, mejor con el reflejo de la realidad, que con su luz directa y penetrante. Media luz suave, útil y graciosamente austera, que disipe los temores pueriles y evite las caídas.



No hay más que el instinto materno, intuición admirable en que entran los recuerdos de la virgen y la experiencia de la mujer, que sepa cómo y de qué manera debe ser esta semi-luz.

Nada puede suplir ese instinto.

Para educar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen una madre.

Cosette no había tenido madre; había tenido muchas madres, en plural.

En cuanto á Juan Valjean, poseía toda la ternura, todos los cuidados posibles; pero no era nada más que un viejo que nada sabía.

Ahora bien; en esta obra de la educación, en este grave asunto de la preparación de una niña para la vida, ¡cuánto saber se necesita para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara á una joven para las pasiones como el convento; el convento encamina el pensamiento á lo desconocido.

El corazón replegado en sí mismo se socava no pudiendo dilatarse, y se profundiza no hallando expansión.

De ahí provienen las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la obscuridad interior del espíritu: sombrías y secretas moradas, donde las pasiones encuentran pronto donde alojarse luego que, abiertas las rejas, se les permite entrar.

El convento es una compresión que, para triunfar del corazón humano, necesitaba durar toda la vida.

Cosette, al salir del convento, no podía hallar nada más grato ni más peligroso que la casa de la calle de Plumet, la cual era la continuación de la soledad con el principio de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza vigorosa, rica, voluptuosa, llena de perfumes; los mismos sueños que en el convento, pero viendo á los jóvenes; una reja, pero una reja que daba á la calle.

Sin embargo, repetimos, cuando entró en esta casa no era más que una niña. Juan Valjean le entregó aquel jardín inculto.

—Haz lo que quieras,—la dijo.

Esto entretenía á Cosette, que ponía en movimiento todas las flores y todas las piedras, buscando "animalejos"; jugaba mientras llegaba el tiempo de meditar; amaba aquel jardín por los insectos que encontraba bajo sus piés, entre la yerba, en tanto que llegaba el tiempo de amarle por las estrellas que pudiera ver por entre las ramas sobre su cabeza.

Además, amaba á su padre, es decir, á Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasión filial, que hacía del buen viejo un compañero siempre deseado y siempre querido.

El lector recordará que el señor Magdalena leía mucho; Juan Valjean continuaba haciendo lo mismo; había llegado á hablar bien; tenía la secreta riqueza y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera que se ha cultivado expontáneamente.

No le había quedado más aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad; era un ingenio rudo y un corazón sauve.

En las alamedas del Luxemburgo, en sus paseos, en sus conversaciones con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette, hacía largas explicaciones de todo, tomadas, ya de lo que había leído, ya de lo que había sufrido.

Cuando Cosette le escuchaba, sus miradas erraban vagamente.

Este hombre sencillo tenía el pensamiento todo entero de Cosette, del mismo modo que aquel jardín inculto bastaba á su vista.

Cuando había perseguido á las mariposas, se acercaba á él sofocada y le decía:

—¡Ah, cuánto he corrido!

Y él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre, y siempre iba detrás de él; donde estaba Juan Valjean, allí estaba su felicidad.

Como Juan Valjean no habitaba ni en el pabellón ni en el jardín, Cosette se encontraba más á gusto en el patio empedrado que en el recinto lleno de flores; y en el cuartito amueblado con sillas de paja, mejor que en el gran salón cubierto de alfombras y de sillones tapizados.

Juan Valjean le decía algunas veces sonriendo, ante la dicha de verse importunado:

—¡Pero vete á tu cuarto! ¡Déjame solo un rato!

Cosette entonces le reñía, dirigiéndole una de esas reprensiones tan tiernas y llenas de gracia, cuando las dirige una hija á su padre:

—Padre, tengo mucho frío en vuestro cuarto. ¿Por qué no ponéis aquí una alfombra y una estufa?

—Hija mía, ¡hay tantos que valen más que yo, y que no tienen siquiera techo que les cobije!

—Entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—¡Bah! ¿Pues qué, los hombres deben sufrir el frío y pasarlo mal?

—Ciertos hombres.

—Pues bueno; vendré aquí con tanta frecuencia, que os veréis obligado á encender lumbre.

También solía decirle:

—Padre, ¿por qué coméis pan tan malo como ese?

—Porque sí, hija mía.

—Pues bien, si vos coméis también lo comeré yo.

Y entonces, para que Cosette no comiese pan negro, Juan Valjean comía pan blanco.

Rezaba mañana y noche para su madre, á quien no había conocido.

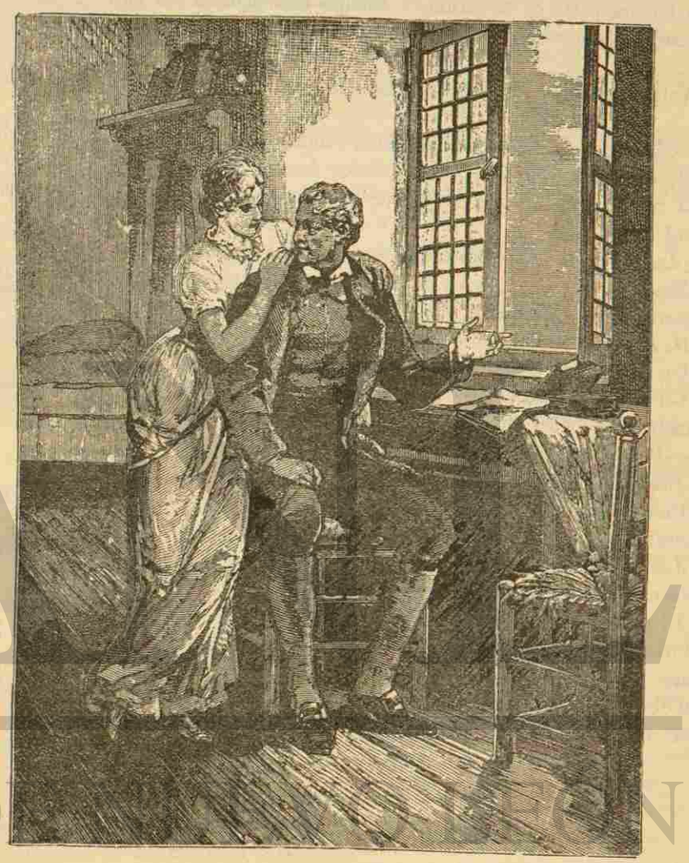
Los Thénardier habían quedado en su memoria como dos figuras repugnantes que se le hubiesen aparecido en sueños; recordaba que había ido "un día por la noche" á buscar agua á un bosque; creía que muy lejos de París; le parecía que había empezado á vivir en un abismo, y que Juan Valjean la había sacado de él.

Al pensar en su infancia, sentía lo mismo que si recordase un tiempo en que no hubiera habido á su alrededor más que cienpiés, arañas y serpientes; y cuando meditaba sobre todas estas cosas por la noche, antes de dormirse, como no tenía seguridad de ser hija de Juan Valjean, pensaba que el alma de su madre se había trasladado al cuerpo de aquel hombre, y había ido á vivir á su lado.



Cuando él se sentaba, ella apoyaba su cabeza en sus blancos cabellos, y dejaba caer silenciosamente una lágrima, diciéndose: "¡Tal vez este hombre es mi madre!"

Cosette, por más que esto parezca extraño, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, había concluído por figurarse que había tenido la "menor cantidad" de madre posible.



No sabía ni aún el nombre de esta madre; siempre que preguntaba sobre el particular, Juan Valjean guardaba silencio; y si repetía su pregunta, respondía con una sonrisa. Una vez insistió, y la sonrisa concluyó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubría con un velo opaco á Fantina.

¿Era esto prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de entregar este nombre á otra memoria que no fuese la suya?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mientras Cosette había sido niña, Juan Valjean había hablado con gusto de su madre; cuando llegó á ser joven, le fué imposible hablarle de ella.

Creyó que no debía atreverse á tanto.

¿Hacía esto por Cosette ó lo hacía por Fantina?

Experimentaba una especie de terror religioso ante la idea de hacer penetrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y de introducir entre el destino de ambos la tercera parte de la difunta. Cuanto más sagrada era para él esta sombra, más temible le parecía; pensaba en Fantina, y se sentía subyugado por el silencio.

Veía vagamente en las tinieblas algo que se parecía á un dedo sobre una boca.

Todo aquel pudor que había tenido Fantina, y que durante su vida había salido de ella violentamente, ¿había vuelto después de su muerte á posarse sobre ella, á velar indignado por la paz de aquel cadáver, y á guardar fieramente su tumba?

¿Juan Valjean experimentaba sin saberlo la presión de ese pudor?

Nosotros, que creemos en la muerte, no pertenecemos al número de los que rechazarían esta explicación misteriosa.

De ahí la imposibilidad de pronunciar, aún para Cosette, este nombre: Fantina.

Un día le dijo Cosette:

—Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños; tenía dos grandes alas.

Mi madre debe haber sido, en vida, casi una santa.

—Por el martirio,—respondió Juan Valjean.

Juan Valjean, por otra parte, era dichoso.

Cuando Cosette salía con él, se apoyaba en su brazo, orgullosa y feliz en toda la plenitud del corazón.

Juan Valjean, á todas estas demostraciones de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha hácia él, sentía su pensamiento anegarse en delicia.

El pobre hombre se estremecía inundado de alegría angelical; creía que aquello duraría toda su vida, y se decía que verdaderamente no había padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y dando gracias á Dios en las profundidades de su alma, por haber permitido que fuese amado de tal modo, por aquel ser inocente, un miserable.

## V

### *La rosa descubre que es una máquina de guerra.*

Un día Cosette se miró al espejo por casualidad, y se dijo. ¡Toma! pareciéndole que era bonita; lo cual la turbó singularmente.

Hasta entonces no había pensado en su figura.

Se veía en el espejo, pero no se miraba.

Y además, había oído decir muchas vecez que era fea.

A lo cual sólo Juan Valjean decía con amabilidad: ¡No! ¡No!



Sea como fuese, lo cierto es que Cosette se había creído siempre fea, y había crecido en esta creencia con la facil resignación de la infancia.

Pero hé aquí que de un golpe, su espejo le decía como Juan Valjean: ¡No! ¡No!

En toda la noche no pudo dormir.

—¡Si yo fuese bonita!—pensaba.—¡Cómo me gustaría ser bonita!

Y se acordaba de aquellas de sus compañeras cuya hermosura causaba efecto en el convento, y se decía: "¡Cómo! ¡Seré yo como fulanita!"

Al día siguiente se miró también al espejo; pero no por casualidad, y dudó.

—¿Dónde tenía yo la cabeza?—se dijo.—¡No; soy fea!

Había dormido mal; tenía los ojos encendidos, y estaba pálida.

El día anterior no había tenido gran alegría al creer en su belleza, pero entonces experimentó gran tristeza al no creer ya en ella.

No se miró más, y por espacio de más de quince días trató de peinarse y vestirse vuelta de espaldas al espejo.

Por la noche, después de comer, solía bordar en el salón ó hacer alguna laborcilla de convento, y Juan Valjean leía á su lado.

Una vez alzó los ojos de su labor, y quedó sorprendida al observar la manera inquieta con que su padre la miraba.

Otra vez, yendo por la calle, le pareció oir á uno, á quien no pudo ver, que decía detrás de ella:

—¡Linda muchacha, pero mal vestida!

—¡Bah!—pensó ella.—No lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida.

Llevaba entonces su sombrero de felpilla y su vestido de merino.

Un día, por fin, estando en el jardín, oyó á la tía Santos que decía:

—Señor, ¿no habéis observado qué guapa se va poniendo la señorita?

Cosette no oyó la respuesta de su padre, pero las palabras de la tía Santos la produjeron una conmoción, un desasosiego indefinible.

Dejó el jardín, subió á su cuarto, corrió al espejo, al que hacía tres meses que no se miraba, y lanzó un grito.

Acaba de deslumbrarse á sí misma.

Era linda y graciosa; no podía menos de ser del parecer de la tía Santos y del espejo.

Su talle se había formado, su cutis había emblanquecido, sus cabellos se habían vuelto lustrosos; un fulgor desconocido se había encendido en sus ojos azules.

Adquirió completa conciencia de su belleza, en solo un minuto, como cuando penetra de lleno la luz del día. Los demás lo notaban, la tía Santos lo decía, á ella se había referido evidentemente el transeunte; ya no podía dudarlo.

Bajó al jardín creyéndose reina, oyó cantar á los pájaros; era verano, miró al cielo dorado, al sol en los árboles, á las flores en las matas, conmovida, loca, entre una embriaguez inefable.

Juan Valjean, por su parte, experimentaba una profunda é indefinida opresión de corazón.

Era que, en efecto, desde hacía algún tiempo, contemplaba con terror aquella hermosura, que se presentaba cada día más brillante en la simpática fisonomía de Cosette; aurora de alegría para todos, y lúgubre para él.

Cosette había sido bella mucho antes de descubrirlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mientras Cosette había sido niña, Juan Valjean había hablado con gusto de su madre; cuando llegó á ser joven, le fué imposible hablarle de ella.

Creyó que no debía atreverse á tanto.

¿Hacía esto por Cosette ó lo hacía por Fantina?

Experimentaba una especie de terror religioso ante la idea de hacer penetrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y de introducir entre el destino de ambos la tercera parte de la difunta. Cuanto más sagrada era para él esta sombra, más temible le parecía; pensaba en Fantina, y se sentía subyugado por el silencio.

Veía vagamente en las tinieblas algo que se parecía á un dedo sobre una boca.

Todo aquel pudor que había tenido Fantina, y que durante su vida había salido de ella violentamente, ¿había vuelto después de su muerte á posarse sobre ella, á velar indignado por la paz de aquel cadáver, y á guardar fieramente su tumba?

¿Juan Valjean experimentaba sin saberlo la presión de ese pudor?

Nosotros, que creemos en la muerte, no pertenecemos al número de los que rechazarían esta explicación misteriosa.

De ahí la imposibilidad de pronunciar, aún para Cosette, este nombre: Fantina.

Un día le dijo Cosette:

—Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños; tenía dos grandes alas.

Mi madre debe haber sido, en vida, casi una santa.

—Por el martirio,—respondió Juan Valjean.

Juan Valjean, por otra parte, era dichoso.

Cuando Cosette salía con él, se apoyaba en su brazo, orgullosa y feliz en toda la plenitud del corazón.

Juan Valjean, á todas estas demostraciones de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha hácia él, sentía su pensamiento anegarse en delicia.

El pobre hombre se estremecía inundado de alegría angelical; creía que aquello duraría toda su vida, y se decía que verdaderamente no había padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y dando gracias á Dios en las profundidades de su alma, por haber permitido que fuese amado de tal modo, por aquel ser inocente, un miserable.

## V

### *La rosa descubre que es una máquina de guerra.*

Un día Cosette se miró al espejo por casualidad, y se dijo. ¡Toma! pareciéndole que era bonita; lo cual la turbó singularmente.

Hasta entonces no había pensado en su figura.

Se veía en el espejo, pero no se miraba.

Y además, había oído decir muchas vecez que era fea.

A lo cual sólo Juan Valjean decía con amabilidad: ¡No! ¡No!



Sea como fuese, lo cierto es que Cosette se había creído siempre fea, y había crecido en esta creencia con la facil resignación de la infancia.

Pero hé aquí que de un golpe, su espejo le decía como Juan Valjean: ¡No! ¡No!

En toda la noche no pudo dormir.

—¡Si yo fuese bonita!—pensaba.—¡Cómo me gustaría ser bonita!

Y se acordaba de aquellas de sus compañeras cuya hermosura causaba efecto en el convento, y se decía: "¡Cómo! ¡Seré yo como fulanita!"

Al día siguiente se miró también al espejo; pero no por casualidad, y dudó.

—¿Dónde tenía yo la cabeza?—se dijo.—¡No; soy fea!

Había dormido mal; tenía los ojos encendidos, y estaba pálida.

El día anterior no había tenido gran alegría al creer en su belleza, pero entonces experimentó gran tristeza al no creer ya en ella.

No se miró más, y por espacio de más de quince días trató de peinarse y vestirse vuelta de espaldas al espejo.

Por la noche, después de comer, solía bordar en el salón ó hacer alguna laborcilla de convento, y Juan Valjean leía á su lado.

Una vez alzó los ojos de su labor, y quedó sorprendida al observar la manera inquieta con que su padre la miraba.

Otra vez, yendo por la calle, le pareció oir á uno, á quien no pudo ver, que decía detrás de ella:

—¡Linda muchacha, pero mal vestida!

—¡Bah!—pensó ella.—No lo dice por mí. Yo soy fea, y voy bien vestida.

Llevaba entonces su sombrero de felpilla y su vestido de merino.

Un día, por fin, estando en el jardín, oyó á la tía Santos que decía:

—Señor, ¿no habéis observado qué guapa se va poniendo la señorita?

Cosette no oyó la respuesta de su padre, pero las palabras de la tía Santos la produjeron una conmoción, un desasosiego indefinible.

Dejó el jardín, subió á su cuarto, corrió al espejo, al que hacía tres meses que no se miraba, y lanzó un grito.

Acaba de deslumbrarse á sí misma.

Era linda y graciosa; no podía menos de ser del parecer de la tía Santos y del espejo.

Su talle se había formado, su cutis había emblanquecido, sus cabellos se habían vuelto lustrosos; un fulgor desconocido se había encendido en sus ojos azules.

Adquirió completa conciencia de su belleza, en solo un minuto, como cuando penetra de lleno la luz del día. Los demás lo notaban, la tía Santos lo decía, á ella se había referido evidentemente el transeunte; ya no podía dudarlo.

Bajó al jardín creyéndose reina, oyó cantar á los pájaros; era verano, miró al cielo dorado, al sol en los árboles, á las flores en las matas, conmovida, loca, entre una embriaguez inefable.

Juan Valjean, por su parte, experimentaba una profunda é indefinida opresión de corazón.

Era que, en efecto, desde hacía algún tiempo, contemplaba con terror aquella hermosura, que se presentaba cada día más brillante en la simpática fisonomía de Cosette; aurora de alegría para todos, y lúgubre para él.

Cosette había sido bella mucho antes de descubrirlo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero, desde el primer día, aquella luz inesperada que se elevaba lentamente, y envolvía por grados toda la persona de la joven, hirió la sombría pupila de Juan Valjean.

Conoció que aquello era un cambio en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevía á alterarla en nada, por temor de perder algo en ella.

Aquel hombre, que había pasado por todas las miserias, que aún estaba manando sangre por las heridas que le había inferido el destino, que había sido casi malvado, y que había llegado á ser casi santo; que después de haber arrastrado la cadena del presidiario, arrastraba á la sazón la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; aquel hombre á quien la ley no había perdonado aún, y que podía ser preso á cada instante, y sacado de la obscuridad de su virtud á la luz del oprobio público; aquel hombre lo aceptaba todo, lo disculpaba todo, lo perdonaba todo, lo bendecía todo, tenía benevolencia para todo, y no pedía á la Providencia, á los hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza, al mundo, más que una cosa, ¡que Cosette le amase!

¡Que Cosette siguiese amándole! ¡Que Dios no impidiese llegar á él y permanecer en él al corazón de aquella niña! Si Cosette le amaba, ya se sentía curado, tranquilo, recompensado; era feliz. No deseaba nada más.

Si le hubieran preguntado: "¿Quieres estar mejor?" habría respondido: "No".

Si Dios le hubiera dicho: "¿Quieres el cielo?" habría respondido: "Saldría perdiendo".

Todo lo que pudiera modificar aquella situación, aunque no fuese más que en la superficie, le hacía temblar como el principio de otra cosa desconocida.

Nunca había sabido lo que era la hermosura de una mujer; pero por instinto comprendía que era una cosa terrible.

Juan Valjean miraba asustado aquella belleza que se desarrollaba cada día más triunfante y soberbia á su lado, á su vista, sobre la frente pura y temible de la joven, desde el fondo de su fealdad, de su vejez, de su miseria, de su reprobación, de su abatimiento.

Y se decía: ¡Qué hermosa es! ¿Qué va á ser de mí?

En esto estaba la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre; lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con placer.

No tardaron mucho en manifestarse los primeros síntomas.

Desde el día siguiente á aquel en que Cosette se había dicho: "¡Decididamente, soy hermosa!" se esmeró en su tocado.

Recordó lo que había dicho el transeunte: "Bonita, pero mal vestida"; soplo de oráculo que había pasado á su lado, y se había desvanecido después de haber dejado en su corazón uno de los gérmenes que llenan más tarde la vida de la mujer: la coquetería.

El otro gérmen es el amor.

Con la fé en su hermosura se desarrolló en ella el alma de la mujer.

Odió al merino y se avergonzó de la felpilla.

Su padre no la había negado nunca nada.

En seguida aprendió la ciencia del sombrero, del vestido, de la manteleta, del calzado, de los manguitos, de la tela de viso, del color que mejor sienta; esa ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan seductora, tan profunda y peligrosa.



La frase "mujer espiritual" ha sido inventada para designar á la parisiense.

En menos de un mes, la doncellita Cosette, en aquella soledad de la calle de Babilonia, fué una mujer, no sólo de las más bonitas, lo que es algo, sino de las "mejor puestas" de París, lo que es mucho más todavía.

Hubiese querido encontrar á "su transeunte" para ver lo que diría y "¡darle una lección!"



El hecho es que estaba verdaderamente encantadora, y que distinguía con una mirada asombrosa un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean contemplaba estos estragos con ansiedad.

El, que comprendía que nunca podría sino arrastrarse, andar por la tierra todo lo más, veía que Cosette iba adquiriendo alas.

Por otra parte, con sólo ver el traje de Cosette, una mujer hubiera conocido desde luego que no tenía madre.

Hay ciertas exigencias del decoro, ciertas conveniencias especiales que Cosette

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no observaba. Una madre, por ejemplo, le habría dicho, que una joven soltera no se viste de damasco.

El primer día que Cosette salió con su vestido y su manteleta de damasco negro, y su sombrero de crespón blanco, se cogió del brazo de Juan Valjean, alegre, radiante, sonrosada, orgullosa, esplendente.

—Padre,—le dijo,—¿qué os parezco?

Juan Valjean respondió con acento amargo, semejante al de un envidioso:

—¡Encantadora!

Fueron á paseo, como siempre, y al volver preguntó á Cosette.

—¿No piensas volver á ponerte tu vestido y sombrero, ya sabes?

Pasaba esto en el cuarto de Cosette.

La joven se volvió hacia la percha del guardarropa donde estaba colgado su uniforme de colegiala, y exclamó:

—¡Ese disfraz! Padre, ¿qué queréis que haga de él? ¡Ah! Nunca volveré á ponerme esos guiñapos horribles. Con ese adefesio en la cabeza parezco la señora Sincholla.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde aquel instante observó que Cosette, que antes deseaba siempre quedarse en casa, diciendo: "Padre, me encuentro aquí mejor con usted", quería entonces salir continuamente.

En efecto, ¿de qué sirve tener la cara linda y un traje rico, si no se han de enseñar?

Observó también que Cosette no tenía ya tanta afición al patio interior; ahora le gustaba más estar en el jardín y pasear por delante de la verja.

Juan Valjean, esquivo, no ponía los piés en el jardín; se quedaba en su patio de detrás como el perro.

Cosette, al saber que era hermosa, perdió la gracia de ignorarlo, gracia exquisita, porque la belleza realzada por la sencillez es inefable, y no hay nada más digno de adoración que una inocencia deslumbradora que lleva en la mano, sin saberlo, la llave de un paraíso.

Pero lo que perdió en gracia ingenua, se lo ganó en encanto reflexivo y serio.

Toda su persona, penetrada por las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, respiraba una melancolía espléndida.

En esta época fué cuando Mario, después de pasados seis meses, la volvió á ver en el Luxemburgo.

## VI

### Comienza la batalla.

Estaba Cosette en su sombra, como Mario en la suya, siendo materia dispuesta para el incendio.

El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, acercaba lentamente estos dos seres, uno á otro, ambos desfallecidos y cargados de la tempestuosa electricidad de la pasión; estas dos almas que llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y



que debían encontrarse y mezclarse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Se ha abusado tanto de las miradas en las novelas amorosas, que se ha acabado por desacreditarlas; apenas se atreve hoy un novelista á decir que dos séres se han amado porque se han mirado; y sin embargo, así es como se ama, y únicamente así.

Lo restante no es más que lo restante, y viene después.

Nada hay más real que esas grandes sacudidas que dos almas se producen mutuamente al cambiar una chispa.

A cierta hora en que Cosette dirigió, sin saberlo, aquella mirada que turbó á Mario, éste no sospechó que dirigió otra mirada, la que turbó también á Cosette.

Haciale el mismo mal é igual bien.

Pasóse algún tiempo en que le veía y le examinaba, como ven y examinan las jóvenes, mirando á otra parte.

Mario encontraba aún fea á Cosette, cuando Cosette encontraba ya bello á Mario.

Pero como él no se fijaba en ella, el joven aquél le era bien indiferente.

Sin embargo, no podía ella dejar de decirse, que tenía hermoso pelo, buenos ojos y blanquísimos dientes, un timbre de voz seductor cuando le oía hablar con sus compañeros; que vestía mal, si se quiere, pero con gracia especial, que no le parecía tonto; que toda su persona era noble, dulce, sencilla, altiva, y que, por fin, si tenía aspecto de pobre, tenía buen aspecto.

El día en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente aquellas primeras cosas obscuras é inefables que balbucea una mirada, Cosette no las comprendió al pronto.

Entró pensativa en la casa de la calle del Oeste, en que Juan Valjean, según costumbre, había ido á pasar seis semanas.

Al día siguiente, al despertar pensó en aquel joven desconocido, por tanto tiempo indiferente y glacial, que parecía entonces poner su atención en ella, y no creyó remotamente que ésta le fuese agradable.

Tenía más bien algo de cólera contra aquel bello joven desdeñoso.

Movióse en su interior un principio de guerra.

Creyó que iba en fin, á vengarse, y experimentó por esto una alegría enteramente infantil.

Creyéndose hermosa, conocía naturalmente, aunque de un modo vago, que tenía un arma.

Las mujeres juegan con su belleza como los niños con un cuchillo; y á veces se hieren.

Recuérdense las vacilaciones de Mario, sus excitaciones, sus temores. Se quedaba en su banco, y no se aproximaba, lo cual disgustaba á Cosette.

Un día dijo ésta á Juan Valjean:

—Padre, paseemos un poco por este lado.

Viendo que Mario no se le dirigía, dirigióse ella.

En semejante caso, toda mujer se parece á Mahoma.

Y además, esto es lo raro, el primer síntoma del verdadero amor en un joven es la timidez, y en una muchacha la osadía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto asombra, y sin embargo nada tan sencillo y natural.

Son los sexos que tratan de aproximarse, tomando cada uno las cualidades del otro.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco á Mario, y la mirada de Mario puso temblorosa á Cosette.

Mario se fué contento, Cosette inquieta.

Desde aquel día se adoraron.

Lo primero que Cosette experimentó fué una tristeza confusa y profunda; le parecía que desde aquel día al siguiente su alma se había vuelto negra; ella misma no la conocía.

La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y alegría, se parece á la nieve; se deshace al amor, que es su sol.

Cosette no sabía lo que era el amor. Jamás había oído pronunciar esta palabra en el sentido terrenal.

En los libros de música profana que entraban en el convento se reemplazaba la palabra "amor" con "tambor" ó "pandour" (panduro), lo cual daba motivo á enigmas que ejercitaban la imaginación de las "grandes", como: "¡Ah, qué agradable es el tambor!" ó bien: "¡la piedad no es más que panduro!"

Pero Cosette había salido aún muy joven para haber pensado mucho en el "tambor".

No sabía, pues, qué nombre dar á lo que sentía.

¡Pero no se está menos enfermo por ignorar el nombre de la enfermedad!

Amaba con tanta más pasión cuanto que amaba con ignorancia; no sabía si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó mortal, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido: amaba.

Se habría asombrado mucho si la hubieran dicho: "¿Dormís?" ¡Pues eso está prohibido! ¿Coméis? ¡Pues eso está muy mal hecho! ¿Tenéis opresión y latidos de corazón? ¡Pues eso no se hace! ¿Os ruborizáis, palidecéis cuando un sér vestido de negro aparece al extremo de cierta alameda? ¡Pues eso es abominable!

De seguro no lo hubiese comprendido, y habría respondido: "¿Cómo he de tener la culpa en una cosa en que no puedo nada, y ni nada sé!"

Sucedió que la especie de amor que sentía era precisamente el que más convenía al estado de su alma.

Era aquella una especie de adoración á distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido; era la aparición de la adolescencia, el sueño de las noches, convertido en novela, sin dejar de ser sueño, el fantasma deseado, realizado en fin y hecho carne, pero sin nombre aún, sin culpa, sin mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra, el amante lejano y envuelto en lo ideal, una quimera con forma.

Otro cualquier encuentro más palpable y más próximo hubiera asustado en aquella época á Cosette medio sumergida aún en la espesa bruma del convento.

Tenía todos los temores del niño, y todos los miedos de la religiosa confundidos.

El espíritu del convento, de que se había penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba lentamente todavía en todo su sér, y hacía que todo temblase en derredor suyo; en semejante situación, lo que necesitaba no era un amante, no era ni aún un sér enamorado, sino una visión.



Púsose á adorar á Mario como una cosa encantadora, luminosa é imposible.

Como la extremada sencillez linda con la extremada coquetería, dirigíale sonrisas francas.

Cada día esperaba con impaciencia la hora de paseo; encontraba á Mario, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento diciendo á Juan Valjean:

—¡Qué jardín más delicioso es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la obscuridad el uno para el otro.

No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; se veían; y como los astros en el cielo, separados de millones de leguas, vivían de mirarse.

Así era como iba Cosette haciéndose mujer poquito á poco, y desarrollándose bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor.

Coqueta, en alto grado, por inocencia.

## VII

### A tristeza, tristeza y media.

Todas las situaciones tienen sus instintos.

La anciana y eterna madre naturaleza advertía sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario; Juan Valjean temblaba allá en lo más obscuro de su pensamiento. Juan Valjean no veía nada, no sabía nada, y contemplaba, sin embargo, con obstinada atención, las tinieblas en que estaba como si sintiese por un lado algo que se erigiese, y por otro algo que se derrumbara.

Mario, avisado también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse "del padre."

Pero acontecía á veces que le veía Juan Valjean.

La conducta de Mario no era del todo natural.

Tenía accesos de prudencia miope, y de simple temeridad. No se le acercaba tanto como antes; se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis; llevaba un libro y hacía como que leía: ¿por qué hacía tal cosa?

Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días su levita nueva; no podía asegurarse que no se rizase el pelo; tenía ojos picarescos, y calzaba guantes.

En una palabra, Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada.

Sin saber en realidad lo que pasaba por ella, tenía el sentimiento de que debía ocultárselo á su padre.

Había entre el gusto del tocador que había adquirido Cosette y la costumbre de usar levita nueva de aquel desconocido, un paralelismo importuno para Juan Valjean.

Era casualidad, tal vez, sin duda, seguramente, pero una casualidad peligrosa.

Jamás abría la boca para hablar á Cosette de aquel desconocido.

Un día, sin embargo, no pudo contenerse, y con la vaga desesperación que introduce de súbito la sonda en su desgracia, la dijo:

—¡Qué aire tan pedantesco tiene ese joven!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto asombra, y sin embargo nada tan sencillo y natural.

Son los sexos que tratan de aproximarse, tomando cada uno las cualidades del otro.

Aquel día la mirada de Cosette volvió loco á Mario, y la mirada de Mario puso temblorosa á Cosette.

Mario se fué contento, Cosette inquieta.

Desde aquel día se adoraron.

Lo primero que Cosette experimentó fué una tristeza confusa y profunda; le parecía que desde aquel día al siguiente su alma se había vuelto negra; ella misma no la conocía.

La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y alegría, se parece á la nieve; se deshace al amor, que es su sol.

Cosette no sabía lo que era el amor. Jamás había oído pronunciar esta palabra en el sentido terrenal.

En los libros de música profana que entraban en el convento se reemplazaba la palabra "amor" con "tambor" ó "pandour" (panduro), lo cual daba motivo á enigmas que ejercitaban la imaginación de las "grandes", como: "¡Ah, qué agradable es el tambor!" ó bien: "¡la piedad no es más que panduro!"

Pero Cosette había salido aún muy joven para haber pensado mucho en el "tambor".

No sabía, pues, qué nombre dar á lo que sentía.

¡Pero no se está menos enfermo por ignorar el nombre de la enfermedad!

Amaba con tanta más pasión cuanto que amaba con ignorancia; no sabía si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó mortal, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido: amaba.

Se habría asombrado mucho si la hubieran dicho: "¿Dormís?" ¡Pues eso está prohibido! ¿Coméis? ¡Pues eso está muy mal hecho! ¿Tenéis opresión y latidos de corazón? ¡Pues eso no se hace! ¿Os ruborizáis, palidecéis cuando un sér vestido de negro aparece al extremo de cierta alameda? ¡Pues eso es abominable!

De seguro no lo hubiese comprendido, y habría respondido: "¿Cómo he de tener la culpa en una cosa en que no puedo nada, y ni nada sé!"

Sucedió que la especie de amor que sentía era precisamente el que más convenía al estado de su alma.

Era aquella una especie de adoración á distancia, una contemplación muda, la deificación de un desconocido; era la aparición de la adolescencia, el sueño de las noches, convertido en novela, sin dejar de ser sueño, el fantasma deseado, realizado en fin y hecho carne, pero sin nombre aún, sin culpa, sin mancha, ni exigencia, ni defecto; en una palabra, el amante lejano y envuelto en lo ideal, una quimera con forma.

Otro cualquier encuentro más palpable y más próximo hubiera asustado en aquella época á Cosette medio sumergida aún en la espesa bruma del convento.

Tenía todos los temores del niño, y todos los miedos de la religiosa confundidos.

El espíritu del convento, de que se había penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba lentamente todavía en todo su sér, y hacía que todo temblase en derredor suyo; en semejante situación, lo que necesitaba no era un amante, no era ni aún un sér enamorado, sino una visión.



Púsose á adorar á Mario como una cosa encantadora, luminosa é imposible.

Como la extremada sencillez linda con la extremada coquetería, dirigíale sonrisas francas.

Cada día esperaba con impaciencia la hora de paseo; encontraba á Mario, sentía una felicidad indecible, y creía expresar sinceramente todo su pensamiento diciendo á Juan Valjean:

—¡Qué jardín más delicioso es el Luxemburgo!

Mario y Cosette estaban en la obscuridad el uno para el otro.

No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; se veían; y como los astros en el cielo, separados de millones de leguas, vivían de mirarse.

Así era como iba Cosette haciéndose mujer poquito á poco, y desarrollándose bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor.

Coqueta, en alto grado, por inocencia.

## VII

### A tristeza, tristeza y media.

Todas las situaciones tienen sus instintos.

La anciana y eterna madre naturaleza advertía sordamente á Juan Valjean la presencia de Mario; Juan Valjean temblaba allá en lo más obscuro de su pensamiento. Juan Valjean no veía nada, no sabía nada, y contemplaba, sin embargo, con obstinada atención, las tinieblas en que estaba como si sintiese por un lado algo que se erigiese, y por otro algo que se derrumbara.

Mario, avisado también, y lo que es la profunda ley de Dios, por la misma naturaleza, hacía todo lo que podía por ocultarse "del padre."

Pero acontecía á veces que le veía Juan Valjean.

La conducta de Mario no era del todo natural.

Tenía accesos de prudencia miope, y de simple temeridad. No se le acercaba tanto como antes; se sentaba lejos, y permanecía en éxtasis; llevaba un libro y hacía como que leía: ¿por qué hacía tal cosa?

Antes iba con su levita vieja, y ahora llevaba todos los días su levita nueva; no podía asegurarse que no se rizase el pelo; tenía ojos picarescos, y calzaba guantes.

En una palabra, Juan Valjean detestaba cordialmente á aquel joven.

Cosette no dejaba adivinar nada.

Sin saber en realidad lo que pasaba por ella, tenía el sentimiento de que debía ocultárselo á su padre.

Había entre el gusto del tocador que había adquirido Cosette y la costumbre de usar levita nueva de aquel desconocido, un paralelismo importuno para Juan Valjean.

Era casualidad, tal vez, sin duda, seguramente, pero una casualidad peligrosa.

Jamás abría la boca para hablar á Cosette de aquel desconocido.

Un día, sin embargo, no pudo contenerse, y con la vaga desesperación que introduce de súbito la sonda en su desgracia, la dijo:

—¡Qué aire tan pedantesco tiene ese joven!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette un año antes, es decir, cuando era una niña indiferente, hubiera respondido:

—No, es un joven simpático.

Diez años después, con el amor de Mario en el corazón, se limitó á contestar con suprema calma:

—¿Este joven?

Como si le mirase por primera vez en su vida.

—¡Qué torpe soy!—pensó Juan Valjean.—Cosette no se había fijado aún en él, y yo soy quien se la enseño.

¡Oh inocencia de los viejos! ¡Oh penetración de las criaturas!

Es también la ley de esos frescos años de padecimientos y cuidados, de esas violentas luchas del amor contra los primeros obstáculos, que la joven no se deje cojer en ningún lazo, y el joven caiga en todos.

Juan Valjean había empezado contra Mario una guerra sorda, que éste, con la sublime estupidez de su pasión y de su edad, no adivinó.

Juan Valjean le tendió una porción de emboscadas; cambió de horas, cambió de banco, olvidó su pañuelo, fué sólo al Luxemburgo.

Mario cayó de lleno en todos esos lazos; y á todos estos interrogantes plantados en su camino por Juan Valjean, respondió ingénuamente:

—Sí.

Entre tanto, Cosette continuaba encerrada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad; tanto, que Juan Valjean sacó esta conclusión: "Ese necio está enamorado locamente de Cosette; pero Cosette ni siquiera sabe que existe".

Pero no por ello era menor la agitación dolorosa de su corazón.

De un momento á otro podía sonar la hora en que Cosette empezase á amar.

¿No empieza todo con indiferencia?

Sólo una vez cometió Cosette una falta, y le asustó.

Al levantarse del banco para marcharse después de haber estado allí tres horas, Cosette le dijo:

—¿Ya?

Juan Valjean no había interrumpido sus paseos al Luxemburgo, porque no quería hacer nada singular, y porque temía sobre todo, que Cosette notase algo; pero en aquellas horas, tan gratas para los enamorados, mientras Cosette enviaba su sonrisa á Mario, embriagado de placer, quien permanecía completamente abstraído de todo, y no veía nada en el mundo más que aquel rostro adorado, Juan Valjean le miraba con los ojos chispeantes y terribles; y él, que había acabado por no creerse capaz de un sentimiento malévolo, tenía momentos, cuando Mario estaba allí, en que creía volverse salvaje y feroz, sintiendo que se abrían y levantaban contra aquel joven, las antiguas profundidades de su alma que habían alimentado en otro tiempo tanta cólera.

Le parecía que se volvían á formar en su corazón cráteres desconocidos.

¿Cómo estaba allí aquel hombre? ¿Qué iba á hacer allí? ¿Iba á dar vueltas á escudriñar, á examinar, á probar? ¿Iba á preguntar algo? ¿Iba á dar vuelta al rededor de su felicidad para arrebatársela?

Juan Valjean añadía:



—Sí; eso es. ¿Qué viene á buscar? ¿Una aventura? ¿Qué quiere? ¡Un amorío!

¡Pues, y yo! ¡Por qué habré sido antes el hombre más miserable, y después el más desgraciado!

¿Por qué habré pasado sesenta años viviendo de rodillas, habré padecido todo lo que que se puede padecer; habré envejecido sin haber sido joven; habré vivido sin familia, sin padres, sin amigos, sin mujer, sin hijos; habré dejado sangre en todas las piedras, en todos los espinos, en todos los rincones, en todas las paredes; habré sido bueno, aunque hayan sido malos conmigo, y afable aunque hayan sido duros; me habré hecho bueno, á pesar de todo; me habré arrepentido del mal que he hecho, y habré perdonado el que me han causado; y en el momento en que recibo mi recompensa, en el momento en que toco al fin, en el momento que tengo lo que quiero, que es bueno, que lo he pagado y me lo he ganado, desaparecerá todo, se me irá de las manos?

¡Perderé á Cosette, y perderé mi vida, mi alegría, mi alma, porque á un necio le haya complacido venir á vagabundear por el Luxemburgo! Entonces sus ojos despedían una claridad lúgubre y extraordinaria.

No era ya un hombre que miraba á otro: era un enemigo que miraba á otro; un perro de presa que miraba á un ladrón.

El lector ya sabe lo demás; Mario continuó siendo insensato.

Un día siguió á Cosette á la calle del Oeste; otro día habló al portero, y el portero habló á Juan Valjean, diciéndole:

—Señor, ¿qué querrá un joven curioso que ha venido preguntando por vos?

Al día siguiente Juan Valjean se mudó, prometiéndose no volver á poner los pies, ni en el Luxemburgo, ni en la calle del Oeste, y se volvió á la calle de Plumet.

Cosette no se quejó, no dijo nada, no trató de saber el porqué; estaba ya en el período en que se teme ser descubierto y vendido.

Juan Valjean no tenía experiencia alguna de estas materias, únicas miserias agradables, y únicas también que desconocía, lo cual fué causa de que no comprendiese la grave significación del silencio de Cosette.

Solamente observó que estaba triste, y él se puso sombrío.

Por una y otra parte dominaba la inexperiencia.

Un día hizo una prueba y preguntó á Cosette.

—¿Quieres venir al Luxemburgo?

Un rayo iluminó el pálido rostro de Cosette.

—Sí,—contestó ella.

Fueron; habían pasado tres meses; Mario no iba ya; Mario no estaba allí. Al día siguiente, Juan Valjean volvió á decir á Cosette:

—¿Quieres ir al Luxemburgo?

Y ella respondió triste y sencillamente:

—No.

Juan Valjean se sintió herido por esta tristeza, y lastimado por esta dulzura.

¿Qué pasaba en aquella alma tan joven todavía, y ya tan impenetrable? ¿Qué transformación se estaba verificando en ella? ¿Qué pasaba en el alma de Cosette?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas noches en vez de acostarse, Juan Valjean permanecía sentado cerca de su lecho, con la cabeza entre las manos y se pasaba la noche entera preguntándose: "¿Qué hay en la imaginación de Cosette?" y pensando en las cosas en que ella pudiera pensar.

¡Oh! En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas dirigía hacia el claustro, á aquella altura casta, á aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas y vírgenes encerradas, en que todos los perfumes y todas las almas subían directamente al cielo!

¡Cómo adoraba aquel Eden cerrado para siempre, de que había salido voluntariamente y descendido con tan poca previsión!

¡Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia en heber vuelto Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés!

—¡Cómo!—exclamaba: "¿qué he hecho yo?"

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto.

Juan Valjean no tenía para ella peor humor ni más dureza; siempre el mismo semblante bueno y apacible; sus modales eran más tiernos y más paternales que nunca; si algo hubiera podido hacer que se adivinase su falta de alegría, habría sido su mayor apacibilidad.

Cosette por su parte languidecía.

En la ausencia de Mario padecía como había gozado en su presencia, singularmente, sin explicarlo.

Cuando Juan Valjean dejó de acompañarla á dar sus habituales paseos, un instinto de mujer murmuró confusamente en el fondo de su corazón, que no debía manifestar afición al Luxemburgo, y que si este paseo le parecía indiferente, su padre la llevaría á él.

Pero se pasaron días, semanas y meses.

Juan Valjean había aceptado tácticamente el consentimiento tácito de Cosette.

Esta lo sintió, pero ya era tarde.

El día que volvió al Luxemburgo, Mario había desaparecido; ¿qué hacer entonces? ¿Volvería á encontrarle?

Sintió oprimírsele el corazón, sin que nada bastase á dilatárselo, y cuya opresión aumentaba diariamente.

No supo ya si estaba en invierno ó en verano, si hacía sol ó llovía, si los pájaros cantaban, si era la estación de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era más bonito que las Tullerías, si la ropa que traía la lavandera estaba bien ó mal lavada, si la tía Santos había hecho buena ó mala "compra."

Quedó oprimida, absorta, atenta sólo á una idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la noche el sitio negro y profundo en que se ha desvanecido una aparición.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean, más que su palidez: continuó manifestando un semblante apacible.

Aquella palidez era más que suficiente para alarmar á Juan Veljean.

Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?



Y ella respondía:

—No tengo nada.

Y después de un rato de silencio, como ella le viese también triste, le decía:

—Y vos, padre mío, ¿tienes algo?

—¿Yo? Nada,—contestaba él.

Aquellos dos séres, que se habían amado tan exclusivamente y con tierno amor, y que habían vivido tanto tiempo el uno para el otro, sufrían á la sazón el uno al par del otro, y á causa del otro; sin decirlo, sin querer, y sonriendo.

## VIII

### *La cadena.*

El más desgraciado de los dos era Juan Valjean. La juventud, aún enmedio de sus pesares, tiene siempre luz propia.

En ciertos casos, Juan Valjean padecía tanto, que llegaba á ser pueril, pues es propio del dolor hacer aparecer en el hombre el lado de niño.

Presentía de un modo inevitable que Cosette se le escapaba de las manos; hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y brillante.

Estas ideas pueriles, ya lo hemos dicho, y seniles al mismo tiempo, le dieron por su misma puerilidad una noción bastante justa de la influencia de los adornos de pasamanería sobre la imaginación de los jóvenes.

Sucedióle una vez, que vió pasar por la calle un general á caballo, vestido de gala, el conde Coutard, comandante general de París, y envidió á quel hombre cubierto de dorados; pensó en la felicidad que causaría el ponerse aquel traje y en que seguramente, si Cosette le viese así, se deslumbraría; que cuando le diese el brazo y pasase por delante de la verja de las Tullerías le presentarían las armas, y que esto bastaría á Cosette, y le quitaría la idea de mirar á los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estas tristes ideas.

Enmedio de la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido á vivir á la calle de Plumet, solían algunas veces ir á ver la salida del sol; placer conveniente á los que entran en la vida, y á los que salen de ella.

Pasearse muy de mañana para el que ama la soledad, equivale á pasearse de noche, con la alegría de la naturaleza: las calles están desiertas, y los pájaros cantan.

Cosette, que era un pájaro, se despertaba muy temprano.

Estas excursiones matinales se preparaban durante la víspera; él proponía, y ella aceptaba.

Areglábase todo como un complot; salían antes de amanecer, y todas estas cosas eran otros tantos placeres para Cosette.

Estas inocentes estravagancias agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como hemos dicho, visitar los lugares poco frecuentados, los rincones solitarios, los lugares del olvido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas noches en vez de acostarse, Juan Valjean permanecía sentado cerca de su lecho, con la cabeza entre las manos y se pasaba la noche entera preguntándose: "¿Qué hay en la imaginación de Cosette?" y pensando en las cosas en que ella pudiera pensar.

¡Oh! En aquellos momentos, ¡qué miradas tan dolorosas dirigía hacia el claustro, á aquella altura casta, á aquel jardín del convento, lleno de flores ignoradas y vírgenes encerradas, en que todos los perfumes y todas las almas subían directamente al cielo!

¡Cómo adoraba aquel Eden cerrado para siempre, de que había salido voluntariamente y descendido con tan poca previsión!

¡Cómo se lamentaba de su abnegación y de su demencia en heber vuelto Cosette al mundo, pobre héroe del sacrificio, cogido y derribado por su mismo desinterés!

—¡Cómo!—exclamaba: "¿qué he hecho yo?"

Por lo demás, Cosette ignoraba todo esto.

Juan Valjean no tenía para ella peor humor ni más dureza; siempre el mismo semblante bueno y apacible; sus modales eran más tiernos y más paternales que nunca; si algo hubiera podido hacer que se adivinase su falta de alegría, habría sido su mayor apacibilidad.

Cosette por su parte languidecía.

En la ausencia de Mario padecía como había gozado en su presencia, singularmente, sin explicarlo.

Cuando Juan Valjean dejó de acompañarla á dar sus habituales paseos, un instinto de mujer murmuró confusamente en el fondo de su corazón, que no debía manifestar afición al Luxemburgo, y que si este paseo le parecía indiferente, su padre la llevaría á él.

Pero se pasaron días, semanas y meses.

Juan Valjean había aceptado tácticamente el consentimiento tácito de Cosette.

Esta lo sintió, pero ya era tarde.

El día que volvió al Luxemburgo, Mario había desaparecido; ¿qué hacer entonces? ¿Volvería á encontrarle?

Sintió oprimírsele el corazón, sin que nada bastase á dilatárselo, y cuya opresión aumentaba diariamente.

No supo ya si estaba en invierno ó en verano, si hacía sol ó llovía, si los pájaros cantaban, si era la estación de las dalias ó de las margaritas, si el Luxemburgo era más bonito que las Tullerías, si la ropa que traía la lavandera estaba bien ó mal lavada, si la tía Santos había hecho buena ó mala "compra."

Quedó oprimida, absorta, atenta sólo á una idea, con la mirada vaga y fija, como cuando se mira en la noche el sitio negro y profundo en que se ha desvanecido una aparición.

Pero tampoco dejó traslucir nada á Juan Valjean, más que su palidez: continuó manifestando un semblante apacible.

Aquella palidez era más que suficiente para alarmar á Juan Veljean.

Algunas veces le preguntaba:

—¿Qué tienes?



Y ella respondía:

—No tengo nada.

Y después de un rato de silencio, como ella le viese también triste, le decía:

—Y vos, padre mío, ¿tienes algo?

—¿Yo? Nada,—contestaba él.

Aquellos dos séres, que se habían amado tan exclusivamente y con tierno amor, y que habían vivido tanto tiempo el uno para el otro, sufrían á la sazón el uno al par del otro, y á causa del otro; sin decirlo, sin querer, y sonriendo.

## VIII

### *La cadena.*

El más desgraciado de los dos era Juan Valjean. La juventud, aún enmedio de sus pesares, tiene siempre luz propia.

En ciertos casos, Juan Valjean padecía tanto, que llegaba á ser pueril, pues es propio del dolor hacer aparecer en el hombre el lado de niño.

Presentía de un modo inevitable que Cosette se le escapaba de las manos; hubiera querido luchar, retenerla, entusiasmarla con alguna cosa exterior y brillante.

Estas ideas pueriles, ya lo hemos dicho, y seniles al mismo tiempo, le dieron por su misma puerilidad una noción bastante justa de la influencia de los adornos de pasamanería sobre la imaginación de los jóvenes.

Sucedióle una vez, que vió pasar por la calle un general á caballo, vestido de gala, el conde Coutard, comandante general de París, y envidió á quel hombre cubierto de dorados; pensó en la felicidad que causaría el ponerse aquel traje y en que seguramente, si Cosette le viese así, se deslumbraría; que cuando le diese el brazo y pasase por delante de la verja de las Tullerías le presentarían las armas, y que esto bastaría á Cosette, y le quitaría la idea de mirar á los jóvenes.

Un acontecimiento inesperado vino á mezclarse con estas tristes ideas.

Enmedio de la vida aislada que llevaban, y desde que habían ido á vivir á la calle de Plumet, solían algunas veces ir á ver la salida del sol; placer conveniente á los que entran en la vida, y á los que salen de ella.

Pasearse muy de mañana para el que ama la soledad, equivale á pasearse de noche, con la alegría de la naturaleza: las calles están desiertas, y los pájaros cantan.

Cosette, que era un pájaro, se despertaba muy temprano.

Estas excursiones matinales se preparaban durante la víspera; él proponía, y ella aceptaba.

Areglábase todo como un complot; salían antes de amanecer, y todas estas cosas eran otros tantos placeres para Cosette.

Estas inocentes estravagancias agradan á la juventud.

El flaco de Juan Valjean era, como hemos dicho, visitar los lugares poco frecuentados, los rincones solitarios, los lugares del olvido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Existían entonces en las cercanías, lindando casi con los muros de París, algunos campos pobres, casi confundidos con la ciudad, donde brotaba en el verano un trigo raquítico, y que en otoño, después de hecha la recolección, no tenía aspecto de campos segados, sino de terrenos pelados.

Juan Valjean los frecuentaba con predilección, y Cosette no lo llevaba á mal; porque esto significaba la soledad para él y la libertad para ella.



Allí se convertía en niña, podía correr y jugar; se quitaba el sombrero, le ponía sobre las rodillas de Juan Valjean, y hacía ramilletes; miraba las mariposas sobre las flores pero no las cogía. La mansedumbre y la ternura nacen con el amor, y la joven, que alimenta un ideal tembloroso y frágil, tiene lástima de las alas de la mariposa.

Tejía guirnaldas de amapolas, se las ponía en la cabeza, y atravesadas y penetradas por el sol, purpúreas hasta la radiación, formaban sobre aquel fresco semblante rosado una corona de áscuas matinales.



Una mañana, pues, de Octubre, atraídos por la perfecta serenidad del otoño de 1831, habían salido, y estaban al amanecer junto al portillo de Maine.

No era aún la aurora, era el alba; momento encantador y sombrío.

Algunas constelaciones esparcidas por el azul pálido y profundo, la tierra completamente negra, el cielo blanco del todo, las yerbecillas trémulas; en todas partes sobrecogimiento del crepúsculo.

Una alondra, que parecía mezclarse con las estrellas, cantaba á una altura prodigiosa, y hubiérase dicho que aquel himno de la pequeñez al infinito, calmaba á la inmensidad.

Al Oriente el Val de Gráce detallaba en el horizonte iluminado con una claridad de acero su masa obscura; Vénus deslumbrante subía por detrás de esta cúpula, y parecía un alma que sale de un edificio tenebroso.

Todo era paz y silencio; en la calzada no había un alma; á lo lejos se veían confusamente algunos obreros que iban á su trabajo.

Juan Valjean se había sentado en una estrecha calle de árboles, y sobre unos maderos colocados á la puerta de una carpintería.

Tenía el rostro vuelto hacia el camino, y la espalda al Oriente; olvidábase del sol que iba á salir; estaba sumergido en una de esas absorciones profundas en que se concentra el alma entera, que lo aprisionan todo incluso la mirada, y equivale á cuatro paredes.

Hay meditaciones que podrían llamarse verticales; y cuando se ha llegado á su fondo, se necesita tiempo para subir á la superficie.

Juan Valjean había descendido á lo más profundo de uno de esos ensueños.

Pensaba en Cosette, en su felicidad posible, si no se interponía nada entre ella y él, en aquella luz con que ella iluminaba su vida, y era la respiración de su alma.

Era feliz en aquella meditación.

Cosette, de pie á su lado, abarcaba con la vista el firmamento, y miraba cómo iban tiñéndose las nubes de color de rosa.

De repente exclamó:

—Padre, parece que viene algo por allí.

Juan Vajean alzó los ojos.

Cosette tenía razón.

La calzada que conduce al antigua portillo de Maine es una prolongación de la calle de Sévres, y está cortada en ángulo recto por el boulevard interior.

En el mismo ángulo de la calzada y el boulevard, en el lugar en que bifurcaban las dos vías, oíase un ruido difícil de explicarse á aquella hora, distinguiéndose una especie de grupo vago.

Alguna cosa uniforme salía del boulevard y entraba en la calzada.

Aquel grupo iba creciendo, y parecía moverse con orden; y sin embargo, era una cosa horrible y asombrosa; parecía un carruaje, pero no se podía distinguir la carga.

Había caballos, ruedas, gritos y chasquidos de látigo.

Poco á poco fueron marcándose los perfiles, aunque sumergidos aún en las tinieblas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era un carro en efecto, que acababa de dar vuelta á la esquina del voulevard y que se dirigía al portillo, cerca del cual estaba Juan Valjean.

Otro carro del mismo aspecto seguía al primero, después un tercero, luego un cuarto, y así desembacaron sucesivamente hasta siete, de tal modo, que las cabezas de los caballos tocaban siempre la trasera del carro que les precedía.

En estas carretas se agitaban sombras; veíanse chispas entre el crepúsculo como si brillasen en él sables desnudos; oíase un sonido férreo como si se movieran cadenas; á medida que aquello avanzaba, crecían las voces; era, en fin, una cosa formidable como las que salen de la caverna de los sueños.

A medida que se aproximaba, iba aquello tomando forma, y se bosquejó detrás de los árboles con la vaguedad de una aparición; blanqueó toda aquella masa; la luz del día, que se elevaba poco á poco, derramaba una claridad pálida sobre aquel hormiguero sepulcral y vivo á un mismo tiempo; las cabezas de las sombras se convirtieron en rostros cadavéricos.

He aquí lo que era:

Siete carretas marchaban en fila por el camino: las seis primeras tenían una estrustura singular: parecían carromatos de toneleros; eran una especie de escaleras de mano montadas sobre dos ruedas, y formando angarilla en su extremidad anterior; cada carromato, ó por mejor decir, cada escalera, iba tirada por cuatro caballos, uno tras otro.

Sobre estas escaleras transportábanse extraños racimos de hombres.

Por razón de la escasa luz de la hora no se les veía, se les adivinaba.

Iban veinticuatro en cada carreta; doce á cada lado, recostados unos en otros, de cara á los transeuntes, y las piernas al aire; así cominaban aquellos hombres.

Llevaban á la espalda algo que sonaba: era una cadena; algo al cuello que brillaba: era una argolla.

Cada uno tenía su argolla, pero la cadena era de todos; de modo, que aquellos veinticuatro hombres, cuando tenían que bajar del carro y andar, estaban encadenados por una especie de unidad inexorable, y serpenteaban por el suelo, con la cadena por vértebra, ni más ni menos que un "milpies".

Delante y detrás de cada carreta iban de pie dos hombres armados de fusiles, teniendo bajo su pie uno de los extremos de la cadena.

Las argollas eran cuadradas.

La séptima carreta era un gran furgón con barandilla de estacas, pero sin toldo; tenía cuatro ruedas y sin caballos, y llevaba un ruidoso montón de calderos de hierro, de marmitas de metal, de esfufas y de cadenas; mezclados con esto iban algunos hombres atados y echados á lo largo; parecían enfermos.

Este furgón descubierto estaba guarnecido de cañizos ó zarzos viejos que parecían haber servido para los suplicios antiguos.

Las carretas ocupaban el centro del camino.

A uno y otro lado marchaban, en doble fila, guardias de infame aspecto con tricornios chatos como los soldados del Directorio, sucios, rotos, sórdidos, embutidos en uniformes de Inválidos, y pantalones de sepulturero, grises y azules por mitad, casi destrozados, con charreteras encarnadas, correas amarillas, machetes, fusiles y varas: especies de soldados postizos.



Estos esbirros parecían un compuesto de la abyección del mendigo y de la autoridad del verdugo.

El que aparecía como jefe, llevaba en la mano un látigo de postillón.

Todos estos detalles, sombreados por el crepúsculo, se dibujaban cada vez mejor á medida que el día clareaba.

A la cabeza, y detrás del convoy, iban gendarmes á caballo, graves y con los sables desenvainados.

Era tan largo este tren, que en el momento que la primera carreta llegaba al portillo, apenas desembocaba la última en el boulevard.

Una multitud, salida de no se sabe dónde, y formada en un instante, como sucede en París se oprimía y miraba desde ambos lados de la calzada.

Oíase en las callejuelas próximas gritos de personas que se llamaban, y el ruido de los zuecos de los hortelanos que corrían para ver el espectáculo.

Los hombres amontonados en las carretas se dejaban traquetear en silencio.

Estaban lívidos por el frío de la madrugada.

Todos llevaban pantalones de lienzo, y los pies desnudos metidos en zuecos.

El resto del traje pertenecía á la fantasía de la miseria.

Sus arreos eran horriblemente heterogéneos; porque no hay nada más fúnebre que el arlequín de los andrajos.

Sombreros desfondados, casquetes de hule, horribles gorros de lana, chaquetas negras destrozadas por los codos; los había llevando sombreros de mujer, y algunos cubrían su cabeza con canastos viejos; veíanse pechos velludos, y al través de las roturas de los vestidos se distinguían pinturas en la carne, templos del Amor, corazones con llamas y Cupidos.

Descubríanse también herpes y manchas de otras enfermedades.

Dos ó tres tenían una cuerda de esparto atada á las traviesas del carro, y suspendido por bajo de ellos como un estribo en que apoyaban los pies.

Uno de ellos traía en la mano, y lo llevaba á la boca, algo que tenía todas las apariencias de un pedrusco negro; era un pedazo de pan que iba comiendo.

No había allí más que ojos secos, apagados ó brillantes de siniestro fulgor.

La escolta juraba y maldecía, los encadenados no chistaban; de cuando en cuando oíase el ruido de un varazo sobre unas espaldas ó una cabeza; algunos de aquellos hombres bostezaban; los harapos eran terribles; colgaban los pies, los hombres oscilaban, las cabezas se chocaban, los hierros crujían, las pupilas radiaban ferozmente, los puños se crispaban ó se abrían inertes como la mano de un muerto; detrás del convoy una multitud de chicos reía á carcajadas.

Aquella fila de carretas, fuese lo que fuere, era lúgubre.

Tal vez el día siguiente, tal vez dentro de una hora, podía caer un aguacero, seguido de otro, y después otro, calando aquellos vestidos destrozados; y aquellos hombres, una vez mojados, no se secarían, y una vez helados, no se calentarían; sus pantalones de lienzo se pegarían á sus huesos con el agua, el agua llenaría sus zuecos, los latigazos no podrían impedir el castañeteo de los dientes, la cadena seguiría unciéndolos por el cuello, sus pies seguirían en el aire; era imposible no temblar viendo á aquellas criaturas humanas uncidas en tal forma, y pasivas bajo las frías nubes de otoño, entregadas á la lluvia, al viento, á todas las furias del aire, como los árboles y las piedras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los varazos no respetaban á los enfermos, que yacían atados y sin movimiento en la séptima carreta, y que parecían haber sido echados allí como sacos llenos de miseria.

De repente salió el sol, brilló el inmenso rayo del Oriente. Hubiérase dicho que prendía fuego en aquellas cabezas feroces.

Desatáronse las lenguas, estalló un incendio de burlas, de juramentos y de canciones.

La luz horizontal, extendiéndose á lo ancho, cortó en dos partes toda la fila, iluminando las cabezas y las espaldas, y dejando los piés y las ruedas en la obscuridad.

Los pensamientos aparecieron en los rostros; aquel instante fué espantoso; demonios visibles arrancada la máscara, almas espantosas desnudas por completo.

Aquella cohorte iluminada aparecía tenebrosa.

Algunos, alegres, tenían en la boca cañones de pluma, con los que soplando arrojaban todos los insectos de la miseria sobre la multitud, dando la preferencia á las mujeres.

La aurora marcaba con la obscuridad de las sombras aquellos tristes perfiles, no había entre todos aquellos hombres uno solo que no fuese asqueroso á causa de su miseria; y era un conjunto tan monstruoso, que pudiera decirse que cambiaba la claridad del sol en la luz del relámpago.

La carreta que abría la marcha había entonado y salmodiaba á voz en grito con espantosa jovialidad un pot-pourri de Desaugiers, famoso á la sazón, titulado "la Vestal"; los árboles temblaban lúgubremente, en las alamedas, algunos vecinos escuchaban con semblante de idiota beatitud las bufonadas cantadas por aquellos espectros.

En aquel convoy iban mezclados todos los desastres como en un caos; allí se veía el ángulo facial de todos los animales, de los viejos y de los adolescentes; cráneos calvos, barbas grises, monstruosidades cínicas, resignaciones esquivas, risas salvajes, actitudes insensatas, viejos con casquetes, especie de cabezas de jóvenes con rizos en las sienes, rostros de muchachas, y por lo mismo horribles, flacos, rostros de esqueleto, á los cuales no faltaba más que la muerte.

En la primera carreta iba un negro, que quizá habría sido esclavo, el cual podía comparar ambas cadenas.

El espantoso nivel de la bajeza, la deshonra, había pasado por aquellas frentes; en aquel grado de abatimiento, todos sufrían las últimas transformaciones en las últimas profundidades; la ignorancia, cambiada en imbecilidad, era lo mismo que la inteligencia trocada en desesperación.

Entre aquellos hombres no había elección posible; todos se presentaban á la vista como lo más escogido del cieno.

Era evidente que el ordenador de aquella procesión inmunda, quien quiera que fuese, no los había clasificado.

Aquellos seres habían sido atados y apareados confusamente en el desorden alfabético probablemente, y cargados al acaso en las carretas.

Sin embargo, los horrores agrupados concluyen por producir un resultado, toda suma de desgraciados da un total; de cada cadena salía un alma común, y cada carreta tenía su fisonomía.

Al lado de la que cantaba había otra que aullaba; una tercera mendigaba;



había una que rechinaba los dientes; otra que amenazaba á los mirones; otra que blasfemaba de Dios; la postrera callaba como la tumba.

Dante hubiera creído ver los siete círculos del infierno en marcha.

Marcha siniestra de los condenados hacia los suplicios, no en el formidable y fulgurante carro del Apocalipsis, sino lo que es más sombrío, en la carreta de las gemonías.

Uno de los guardias, que llevaba un gancho al extremo de la vara, removía de cuando en cuando aquel montón de basura humana.

Una vieja que había entre la muchedumbre se los enseñaba con el dedo á un chiquelo de cinco años, y le decía: "¡Aprende, tunante!"

Como fuesen aumentando los cantos y las blasfemias, el que parecía capitán de la escolta hizo sonar el látigo, y á esta señal, una serie de espantosos varazos, que parecía una granizada, cayó sobre las siete carretas; muchos dieron un rugido y arrojaron espumarajos de rabia. Esto redobló la algazara de los pilluelos que habían acudido como nubes de moscas sobre aquellas llagas.

La mirada de Juan Valjean se había vuelto aterradora.

Sus ojos no eran sino ese vidrio, que reemplaza la mirada en algunos desgraciados, la cual parece no tener conciencia de la realidad, y en que brilla la reverberación del espanto y de la catástrofe.

No veía un espectáculo; sufría una alucinación.

Quiso levantarse, huir, escapar, pero no pudo mover los pies.

Muchas veces las cosas que vemos nos atan y retienen.

Permaneció clavado, petrificado, estúpido, preguntándose al través de una confusa angustia inexplicable, lo que significaba aquella persecución sepulcral, y de donde salía aquel pandemonium que le perseguía.

De pronto se llevó la mano á la frente, movimiento propio de cuando recordamos algo súbitamente; se acordó de que aquel era en efecto el itinerario, que aquella vuelta se daba siempre para evitar el encuentro posible de las personas reales en el camino de Fontainebleau, y que hacía treinta y cinco años había pasado él mismo por aquel portillo.

Cosette no estaba menos asustada, aunque lo estuviera de distinto modo.

No comprendía nada: le faltaba el aliento; no le parecía posible lo que veía, y por fin exclamó:

—¡Padre! ¿Qué es eso que llevan esas carretas?

Juan Valjean respondió:

—Presidiarios.

—¿Y á dónde van?

—A los penales.

En aquel momento sonaron multiplicados los varazos de cien manos; mezcláronse con ellos los sablazos de plano. Parecía aquello una furia de látigos y varas; los presidiarios se encorvaron; de este suplicio resultó una obediencia repugnante, y todos se callaron, despidiendo miradas de lobos encadenados. Cosette temblaba de pies á cabeza.

—Padre,—dijo,—¿son hombres esos?

—A veces,—respondió el desgraciado Juan Valjean.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era, en efecto, la cadena que salía antes de amanecer de Bicetre; tomaba el camino de Mans para evitar el de Fontainebleau, á donde estaba el rey.

Este rodeo hacía durar el espantoso viaje tres ó cuatro días más; pero para ahorrar á las personas reales la vista del suplicio, bien podía éste prolongarse.

Juan Valjean volvió á su casa anonadado.

Semejantes encuentros son choques, y el recuerdo que dejan parece un desquiciamiento.

Por eso Juan Valjean, al volver con Cosette á la calle de Babilonia, no notó que ésta le hizo otras preguntas sobre lo que acababan de ver; tal vez iba demasiado absorto en su abatimiento para oir sus palabras y para contestarlas.

Solamente por la noche, cuando Cosette se separó de él para irse á acostar, le oyó decir á media voz, y como hablando consigo mismo:

—¡Creo que si encontrase en mi camino á uno de esos hombres, moriría con sólo verle de cerca, Dios mío!

Afortunadamente la casualidad hizo que el día que siguió á aquella mañana tan trágica, y con motivo de una solemnidad oficial, hubiese fiestas en París, revista en el campo de Marte, justas en el Sena, funciones en los Campos Elíseos, fuegos artificiales en la Estrella, é iluminaciones en todas partes.

Juan Valjean, violentando su costumbre, llevó á Cosette á estas funciones, á fin de distraerla del recuerdo de la víspera, y de borrar con el alegre tumulto de París aquella cosa abominable que había pasado por ante sus ojos aterrados.

La revista con que se solemnizaba la fiesta hacía muy natural la circulación de uniformes; Juan Valjean se puso el de guardia nacional, con el vago sentimiento interior de un hombre que se esconde.

Por lo demás, pareció que había conseguido el objeto que se proponía en el paseo.

Cosette, que miraba como una obligación el agradar á su padre, y para la cual era nuevo cualquier espectáculo, aceptó la distracción con sencilla gracia, fácil y ligera de la adolescencia, y no hizo ni un gesto desdeñoso ante esa gamella de alegría, que se llama una fiesta pública; de modo que Juan Valjean pudo creer que había conseguido borrar todo rastro de la repugnante visión.

Algunos días después, una mañana que hacía un sol hermosísimo, estaban ambos en la escalinata del jardín, otra infracción de las reglas que parecía haberse impuesto Juan Valjean y de la costumbre que Cosette había adquirido de permanecer en su cuarto: estaba la joven con peinador, de pie, con ese traje negligente de la mañana que envuelve adorablemente á las jóvenes, y que parece una nube sobre un astro; con la cabeza al sol, sonrosada por haber dormido bien, observada con ternura por su padre conmovido, mientras deshojaba una margarita.

Cosette ignoraba la seductora leyenda: "te amo un poco, apasionadamente", etc. ¿Quién se la había de haber enseñado? Daba vueltas á aquella flor, instintiva é inocentemente sin sospechar, que, deshojar una margarita es deshojar un corazón.

Si hubiese una cuarta Gracia llamada la Melancolía sonriéndose, Cosette se habría parecido á esta Gracia.

Juan Valjean estaba fascinado contemplando aquellos deditos en la flor, olvidándolo todo en la radiación que despedía la joven.



Un pitirojo piaba entre las ramas allí cerca; nubes blancas cruzaban el cielo tan regocijadamente, que parecían acabar de ser puestas en libertad.

Cosette seguía deshojando su flor atentamente; pero en aquel momento seductor volvió de repente la cabeza con la delicada lentitud del cisne, y dijo á Juan Valjean:

—Padre, ¿qué viene á ser eso del presidio?

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Socorros de abajo que pueden ser socorros de arriba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE B

# LIBRO CUARTO.

## SOCORROS DE ABAJO QUE PUEDEN SER SOCORROS DE ARRIBA.

### I

### Herida exterior, curación interna.

La vida de ambos volvíase sombría gradualmente.

No les quedaba ya sino una distracción que en otro tiempo había sido su felicidad, era ésta: llevar pan á los que tenían hambre, vestido á los que tenían frío.

En estas visitas á los pobres, en que Cosette acompañaba á su padre con frecuencia, encontraba algunos restos de su antigua expansión; y á veces, cuando el día se había aprovechado, cuando habían socorrido muchas miserias, y reanimado y vuelto el calor á muchos pequeñuelos, Cosette estaba un poco alegre por la noche.

En esa época fué cuando hicieron la visita al chiribitil de Jondrette.

Al día siguiente á aquella visita, presentóse Juan Valjean en el pabellón, tranquilo como siempre; pero con una grande herida en el brazo izquierdo, muy inflamada, muy virulenta, que parecía una quemadura, y que explicó de cualquier manera.

Aquella herida le tuvo más de un mes con calentura y sin salir de casa; no quiso ver á ningún médico, y cuando Cosette le instaba, le decía: "Llama al médico de los perros".

Cosette le curaba por mañana y tarde con un cuidado tan celestial y manifestándose tan satisfecha de serle útil, que Juan Valjean sentía renacer toda su antigua alegría, y desvanecerse sus temores y sus ansiedades, y contemplaba á Cosette diciendo: "¡Oh, bendita herida! ¡Oh, bendito mal!"

Cosette viendo enfermo á su padre, había abandonado el pabellón, y había vuelto á tomar afición á la casita y al antepatio.

Pasaba casi todo el día al lado de Juan Valjean, y le leía los libros que quería, casi siempre descripciones de viajes.

Juan Valjean renacía; su felicidad revivía con rayos inefables; el Luxembur-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette: todas aquellas nubes de su alma se disipaban.

Y acaba por decirse: "No pasaban de ser todo ilusiones mías; soy un viejo loco."

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thénardier, acaecido en el desván de Jondrette tan inesperadamente, había pasado por él como un soplo que se desliza.

Había conseguido escapar; su pista estaba perdida; ¿qué le importaba lo demás?

Sólo pensaba en ello para compadecer á aquellos miserables.

—Están ya presos, y por lo tanto imposibilitados de hacer daño,—se decía él; —pero ¡qué lástima de familia! ¡qué desgracia!

En cuanto á la repugnante visión del portillo de Maine, Cosette no había vuelto á hablar de ella.

En el convento, Sor Santa Matilde había enseñado de Música á Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma, y algunas noches, en el humilde cuarto del herido, cantaba tristes canciones que complacían á Juan Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esta estación, que Juan Valjean dijo á Cosette:

—No bajas nunca; quiero que pasees por él.

—Como querais padre,—contestó Cosette.

Y por obedecer á su padre, volvió á pasear por el jardín, casi siempre sola, porque, como hemos dicho, Juan Valjean, que probablemente temía ser visto por la verja, no paseaba casi nunca.

La herida había sido una diversión.

Cuando Cosette vió que su padre padecía menos, y que se iba curando y parecía feliz, sintió un contento que apenas echó de ver, tan dulce y naturalmente se presentaba.

Era el mes de Marzo, crecían los días, desaparecía el invierno, que se lleva siempre consigo alguna parte de nuestras tristezas; vino después Abril, esa aurora del estío, fresca como toda aurora, alegre como la infancia, llorosa alguna vez como un niño recién nacido.

La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de encanto, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas y de las flores al corazón del hombre.

Cosette era muy joven aun para que esta alegría de Abril, semejante á ella, no la penetrase.

La obscuridad fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo.

En la primavera hay alguna luz en las almas tristes, así como á medio día hay claridad en los sótanos. Cosette misma no estaba ya tan triste.

Por la mañana, hácia las diez, después de almorzar, cuando había conseguido llevar á su padre un cuarto de hora al jardín, y pasear al sol delante de la escalinata, sosteniéndole del brazo enfermo, no se apercibía de que se reía fácilmente y que era dichoso.

Juan Valjean, satisfecho, la veía reponerse sonrosada y fresca.



—¡Oh, bendita herida, repetía por lo bajo.

Estaba agradecido á los Thénardier.

Al estar curado de su herida, había vuelto á sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo, solo, por las regiones desdeshabitadas de París sin toparse con alguna aventura.

## II

### *La tía Plutarco no se apura mucho para dar la explicación de un fenómeno.*

Una noche, el niño Gravoche no había comido; recordó que tampoco había cenado el día anterior; lo cual se le hacía muy pesado.

Tomó, pues, la resolución de hacer la prueba de cenar.

Fuese á rondar más allá de la Salpetriére, por lugares desiertos, donde se encuentran las gangas; donde no hay nadie, suele encontrarse algo. Y así pasando, llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de esas anteriores excursiones había visto allí un antiguo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y en el cual había un manzano regular.

Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, de donde se podía hacer saltar alguna manzana.

Una manzana es una cena; una manzana es la vida.

La que perdió á Adán podía salvar á Gavroche.

El jardín daba á una callejuela solitaria sin empedrar y orillada de malezas, esperando las edificaciones, y separado por un seto.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frutera, y examinó el seto; un seto no es más que un salto.

Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta; la hora era magnífica.

Gavroche iba á saltar; mas se detuvo de repente.

Se oía hablar en el jardín, y Gavroche se puso á mirar por entre los cañizos del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto al otro lado, precisamente en el punto en que hubiera caído al dar el salto que proyectaba, había una piedra tendida, que servía de banco: en este banco estaba el viejo del jardín, y delante, de pie, la vieja.

La vieja murmuraba; Gavroche, que era poco discreto, escuchó:

—¡Señor Mabeuf!—decía la vieja.

—¡Mabeuf...! —pensó Gavroche.—Me choca ese nombre.

El viejo, interpelado, no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

—¿Qué hay, tía Plutarco?

—¡Tía Plutarco!—pensó Gavroche.—Otro nombre chocante.

La tía Plutarco volvió á hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación.

—El casero no está contento.

—¿Por qué?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

go, el rondador desconocido, la frialdad de Cosette: todas aquellas nubes de su alma se disipaban.

Y acaba por decirse: "No pasaban de ser todo ilusiones mías; soy un viejo loco."

Su felicidad era tal, que el horrible encuentro de los Thénardier, acaecido en el desván de Jondrette tan inesperadamente, había pasado por él como un soplo que se desliza.

Había conseguido escapar; su pista estaba perdida; ¿qué le importaba lo demás?

Sólo pensaba en ello para compadecer á aquellos miserables.

—Están ya presos, y por lo tanto imposibilitados de hacer daño,—se decía él; —pero ¡qué lástima de familia! ¡qué desgracia!

En cuanto á la repugnante visión del portillo de Maine, Cosette no había vuelto á hablar de ella.

En el convento, Sor Santa Matilde había enseñado de Música á Cosette. Cosette tenía la voz de una avecilla con alma, y algunas noches, en el humilde cuarto del herido, cantaba tristes canciones que complacían á Juan Valjean.

Llegaba la primavera; el jardín estaba tan admirable en esta estación, que Juan Valjean dijo á Cosette:

—No bajas nunca; quiero que pasees por él.

—Como querais padre,—contestó Cosette.

Y por obedecer á su padre, volvió á pasear por el jardín, casi siempre sola, porque, como hemos dicho, Juan Valjean, que probablemente temía ser visto por la verja, no paseaba casi nunca.

La herida había sido una diversión.

Cuando Cosette vió que su padre padecía menos, y que se iba curando y parecía feliz, sintió un contento que apenas echó de ver, tan dulce y naturalmente se presentaba.

Era el mes de Marzo, crecían los días, desaparecía el invierno, que se lleva siempre consigo alguna parte de nuestras tristezas; vino después Abril, esa aurora del estío, fresca como toda aurora, alegre como la infancia, llorosa alguna vez como un niño recién nacido.

La naturaleza en este mes tiene resplandores llenos de encanto, que pasan del cielo, de las nubes, de los árboles, de las praderas y de las flores al corazón del hombre.

Cosette era muy joven aun para que esta alegría de Abril, semejante á ella, no la penetrase.

La obscuridad fué desapareciendo de su espíritu insensiblemente y sin sospecharlo.

En la primavera hay alguna luz en las almas tristes, así como á medio día hay claridad en los sótanos. Cosette misma no estaba ya tan triste.

Por la mañana, hácia las diez, después de almorzar, cuando había conseguido llevar á su padre un cuarto de hora al jardín, y pasear al sol delante de la escalinata, sosteniéndole del brazo enfermo, no se apercibía de que se reía fácilmente y que era dichoso.

Juan Valjean, satisfecho, la veía reponerse sonrosada y fresca.



—¡Oh, bendita herida, repetía por lo bajo.

Estaba agradecido á los Thénardier.

Al estar curado de su herida, había vuelto á sus paseos solitarios y crepusculares.

Sería un error creer que se puede pasear de este modo, solo, por las regiones desdeshabitadas de París sin toparse con alguna aventura.

## II

### *La tía Plutarco no se apura mucho para dar la explicación de un fenómeno.*

Una noche, el niño Gravoche no había comido; recordó que tampoco había cenado el día anterior; lo cual se le hacía muy pesado.

Tomó, pues, la resolución de hacer la prueba de cenar.

Fuese á rondar más allá de la Salpetriére, por lugares desiertos, donde se encuentran las gangas; donde no hay nadie, suele encontrarse algo. Y así pasando, llegó hasta unas casuchas que le parecieron ser el pueblecillo de Austerlitz.

En una de esas anteriores excursiones había visto allí un antiguo jardín, frecuentado por un anciano y una anciana, y en el cual había un manzano regular.

Al lado del manzano había una especie de frutera mal cerrada, de donde se podía hacer saltar alguna manzana.

Una manzana es una cena; una manzana es la vida.

La que perdió á Adán podía salvar á Gavroche.

El jardín daba á una callejuela solitaria sin empedrar y orillada de malezas, esperando las edificaciones, y separado por un seto.

Gavroche se dirigió hacia el jardín; encontró la callejuela, reconoció el manzano, identificó la frutera, y examinó el seto; un seto no es más que un salto.

Iba declinando el día; la callejuela estaba desierta; la hora era magnífica.

Gavroche iba á saltar; mas se detuvo de repente.

Se oía hablar en el jardín, y Gavroche se puso á mirar por entre los cañizos del seto.

A dos pasos de él, al pie del seto al otro lado, precisamente en el punto en que hubiera caído al dar el salto que proyectaba, había una piedra tendida, que servía de banco: en este banco estaba el viejo del jardín, y delante, de pie, la vieja.

La vieja murmuraba; Gavroche, que era poco discreto, escuchó:

—¡Señor Mabeuf!—decía la vieja.

—¡Mabeuf...! —pensó Gavroche.—Me choca ese nombre.

El viejo, interpelado, no se movía. La vieja repitió:

—¡Señor Mabeuf!

El viejo, sin levantar la vista, respondió:

—¿Qué hay, tía Plutarco?

—¡Tía Plutarco!—pensó Gavroche.—Otro nombre chocante.

La tía Plutarco volvió á hablar, y el viejo tuvo que aceptar la conversación.

—El casero no está contento.

—¿Por qué?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Se le deben tres plazos.

—Dentro de tres meses se le deberán cuatro.

—Dice que os mandará á dormir á otra parte.

—Iré.

—La hortelana quiere que se le pague; ya no fia leña. ¿Con qué váis á calentaros este invierno? No tendremos lumbre.

—Basta el sol.

—El carnicero nos niega ya el crédito, y no quiere dar más carne.

—Está bien. Digiero mal la carne; es muy pesada.

—¿Y qué comeremos?

—Pan.

—El panadero quiere que se le dé algo á cuenta; y dice, que si no hay dinero, no hay pan.

—Bueno.

—¿Y qué comeremos?

—Nos quedan las manzanas del manzano.

—Pero señor, no se puede vivir así, sin dinero.

—¡Y si no tengo!

La anciana se fué, y el anciano se quedó solo meditando.

Gavroche meditaba por otro lado.

Era ya casi de noche.

El primer resultado de la meditación de Gavroche fué, que en vez de escalar el seto, se acurrucó debajo del matorral.

Las ramas se separaban un poco en la parte baja de la maleza.

—¡Calla!—exclamó interiormente.—¡Una alcoba!

Y se agachó.

Estaba casi recostado en el banco del señor Mabeuf; oía casi respirar al octogenario.

Y entonces, para comer, trató de dormir.

Sueño de gato, sueño de un solo ojo.

Gavroche dormitaba espiando.

La blancura del cielo crepuscular blanqueaba la tierra, y la calleja formaba una línea pálida entre dos filas de arbustos obscuros.

De repente, sobre esta línea blanquecina, aparecieron dos sombras.

Una iba delante, y la otra algunos pasos detrás.

—¡Dos personas!—murmuró Gavroche.

La primera sombra parecía ser un viejo encorvado y pensativo, vestido más que sencillamente, que andaba lentamente á causa de la edad, y que salía á pasear á la luz de las estrellas.

La segunda era recta, firme, pequeña.

Regulaba su paso al de la primera; pero en la lentitud voluntaria de la marcha se descubría la esbeltez y la agilidad.

Aquella sombra tenía cierto no sé qué de esquiva é inquieta, con todo el contorno de lo que entonces se llamaba un elegante; el sombrero era de buena forma, la levita negra, bien hecha, probablemente de buen paño, y ajustada al talle.



Levantaba la cabeza con cierta gracia robusta, y por debajo del sombrero se entreveía en el crepúsculo el pálido esbozo de un adolescente.

Este esbozo llevaba una rosa en la boca.

Esta segunda sombra era muy conocida de Gavroche; era Montparnasse.

En cuanto á la otra, no hubiera podido decir sino que era un pobre viejo. Gavroche se puso al momento en observación sin desamparar su sitio.

Uno de los dos tenía evidentemente proyectos sobre el otro; y Gavroche estaba muy bien situado para ver el resultado.

La alcoba se había trocado muy á su gusto en escondrijo.

Montparnasse "de caza", á semejante hora y en aquel sitio, era muy peligroso.

Gavroche sentía que su corazón de pilluelo se conmovía de lástima hácia el buen viejo.

Pero ¿qué hacer? ¿Intervenir? ¿Había de socorrer una debilidad á otra?

Sería únicamente dar motivo para que se riese Montparnasse.

Gavroche no dejaba de conocer, que para aquel temible bandido de diez y ocho años, el viejo primero, y el niño después, se reducía á dos bocados.

Mientras que Gavroche deliberaba, tuvo lugar el ataque, brusco y repugnante.

Ataque del tigre contra el onagro, de la araña contra la mosca.

Montparnasse de improviso tiró la rosa, saltó sobre el viejo, le agarró el cuello, le acogotó, y se encabritó sobre él.

Gavroche apenas pudo ahogar un grito.

Un momento después, uno de aquellos hombres estaba debajo del otro, rendido, jadeante, forcejeando, con una rodilla de mármol sobre el pecho.

Sólo que no había ocurrido lo que Gavroche esperaba.

El que estaba en tierra era Montparnasse; el que estaba encima era el pobre viejo.

Todo esto sucedía á pocos pasos de Gavroche.

El viejo había recibido el choque, y le había rebotado tan terriblemente, que en un abrir y cerrar de ojos el agresor y la víctima habían cambiado de papel.

—¡Vaya un inválido valiente!—pensó Gavroche.

Y no pudo estarse de batir palmas; pero fué un aplauso perdido, porque no llegó hasta los combatientes, que estaban absortos y aturdidos, uno por otro, y mezclando sus alientos en la lucha.

Vino el silencio.

Montparnasse dejó de forcejear, y Gavroche se dijo:—"¡Estará muerto!"

El viejo no había pronunciado una palabra, ni lanzado un grito. Enderezóse, y Gavroche oyó como decía á Montparnasse:

—Levántate.

Montparnasse se levantó, pero el viejo no le había aún soltado. Montparnasse tenía la actitud humillada y furiosa en un lobo que hubiese sido dominado por un cordero.

Gavroche miraba y escuchaba, haciendo esfuerzos para duplicar ojos y oídos.

Se divertía extraordinariamente.

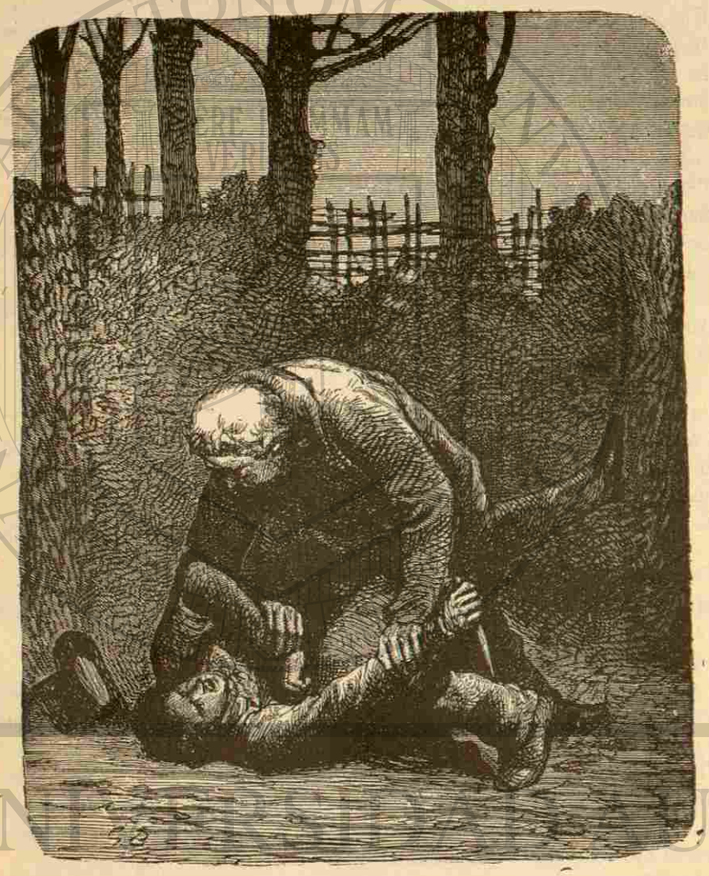
Fué recompensado en su ansiedad de espectador, pudiendo cojer al vuelo este diálogo, que tomaba en la obscuridad cierto acento trágico:

El pobre viejo preguntaba, y Montparnasse respondía:

—¿Qué edad tienes?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Diez y nueve años.
—Eres fuerte y de buena figura. ¿Por qué no trabajas?
—Porque me aburre.
—¿Qué eres?
—Haragán.



—Habla formalmente. ¿Puedo hacer algo por tí? ¿Qué quieres ser?
—Ladrón.

Hubo un momento de silencio. El viejo parecía estar profundamente pensativo; seguía inmóvil sin soltar á Montparnasse.

De cuando en cuando, el joven bandido, vigoroso y ágil, sentía sobresaltos de fiera cogida en una trampa.

Daba una sacudida, intentaba la zancadilla, retorcía sus miembros, trataba de escaparse.



El viejo aparentaba no notarlo, teníale cogidos ambos brazos con una sola mano, con la indiferencia soberana de una fuerza absoluta.

La meditación del viejo duró un buen espacio; después, mirando fijamente á Montparnasse, levantó suavemente la voz, y le dirigió, entre aquella obscuridad en que se encontraban, una especie de alocución solemne, de que Gavroche no perdió ni una sílaba:

—Hijo mío, tú entras por pereza en la más laboriosa de las existencias. ¡Ah! ¡Tú te declaras haragán! Pues prepárate á trabajar.

"¿Has visto una máquina terrible llamada el laminador? Es preciso tener mucho cuidado, porque es una cosa tan poco ruidosa como feroz: si te coje el faldón de la levita, se lleva todo el cuerpo.

"Esta máquina es la ociosidad.

"Detente, mientras estás á tiempo, y sálvate.

"De otra manera todo se acabó; dentro de poco estarás entre las ruedas; y una vez cogido, no esperes ya nada.

"¡Ea, á trabajar, perezoso; ya no hay descanso! La mano de hierro del trabajo implacable te ha cogido.

"Ganar tu vida, tener una tarea, cumplir un deber; ¿no quieres esto? ¿Te desagrada ser como los demás? Pues bien; serás distinto. El trabajo es la ley; el que la rechaza disgustado, le tiene por suplicio. No quieres ser obrero, serás esclavo.

"El trabajo sólo te deja por un lado para cogerte por otro; no quieres ser su amigo, serás su negro; rechazas el honrado cansancio de los hombres, sufrirás el sudor de los condenados.

"Donde los demás canten, tú gruñirás.

"Verás de lejos trabajar á los demás hombres, y te parecerá que descansan.

"El labrador, el segador, el marinero, el herrero, se te aparecerán en la luz como los bienaventurados de un paraíso.

"¡Qué irradación la del yunque!

"Guiar una carreta, atar las mieses, ¡que felicidad!

"El buque en libertad entregado á los vientos, ¡qué delicia!

"¡Ytú, perezoso, cava, arrastra, rueda, anda! ¡Tira de tu cabestro, animal de carga, en el tiro del infierno!

¡Ah! ¿No hacer nada es tu único objeto? Pues bien; no pasarás una semana, ni un día, ni una hora, sin humillación.

"No podrás hacer nada sino con angustia; tus músculos crugirán á cada instante; lo que para los demás sea blanda pluma, será dura roca para tí.

"Las cosas más sencillas estarán para tí llenas de dificultades; la vida en tu derredor se convertirá en monstruosa.

"Ir, venir y respirar, serán para tí otros tantos trabajos terribles. Tu pulmón te hará el efecto de un peso de cien libras.

"Venir acá antes de ir allá será un problema de difícil resolución.

"Todo el que quiere salir de su casa, no tiene que hacer otra cosa que empujar la puerta, y ya está fuera.

"Tú, si quieres salir, tendrás que perforar una pared.

"Para salir á la calle, no tiene cualquiera que hacer más que bajar la escalera;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero tú romperás las sábanas, harás con sus tiras una cuerda, pasarás por la ventana, te suspenderás colgado de este hilo sobre un abismo, de noche, enmedio de la tempestad, enmedio de la lluvia, enmedio del huracán; y si la cuerda no alcanza, sólo encontrarás un medio de bajar: tirarte.

"Tirarte á ciegas, en el precipicio, de una altura cualquiera, abajo, á lo desconocido; ó bien te subirás por un cañón de chimenea, con peligro de quemarte; ó te deslizarás por un conducto de letrina, con peligro de asfixiarte.

"Y no te hablo de los agujeros que hay que ocultar, de las piedras que hay que quitar y poner veinte veces al día, ni de los yesones que hay que esconder debajo del jergón.

"Se presenta una cerradura; cualquiera lleve en el bolsillo una llave hecha por un cerrajero. Tú, si quieres pasar adelante, estás condenado á hacer una obra maestra espantosa; cogerás una moneda de cobre, la cortarás en dos placas, y ¿con qué herramientas?

"Tendrás que inventarlas; eso te corresponde.

"Después ahondarás lo interior de estas placas, cuidando de no tocar á la superficie; abrirás alrededor la muesca de un tornillo, de modo que se ajusten exactamente una á otra, como una caja á su tapa, y que atornilladas no se sospeche nada.

"Para los vigilantes, porque estarás vigilado, esto será sólo una moneda de cobre; para tí será una caja. ¿Y qué meterás en esa caja? Un pedacito de acero; un muelle de reloj, al que habrás hecho dientes, y será una sierra.

"Con esta sierra, de la longitud de un alfiler, y oculta en una moneda de cobre, deberás cortar el pestillo de la cerradura, la barra del cerrojo, el asa del candado, el hierro de la ventana y el grillete de la pierna; y hecha esta obra prodigiosa, realizados estos milagros de arte, de industria, de habilidad y de paciencia, si se llega á saber que eres tú el autor, ¿cuál será tu recompensa? El calabozo.

"Este es tu porvenir.

"La pereza, el placer, ¡qué precipicios! No hacer nada, es tomar un terrible partido. No lo olvides.

"¡Vivir ocioso de la substancia social! ¡Ser inútil, es decir, ser perjudicial! Esto conduce directamente al fondo de la miseria.

"¡Infeliz del que quiere ser parásito! Será la escoria, el gusano del cuerpo social.

"¡Ah! ¡No te gusta trabajar! No tienes más que un pensamiento: beber bien, comer bien, dormir bien.

"Pues beberás agua, comerás pan negro, dormirás en una tarima con una cadena enroscada á tus miembros, cuyo frío sentirás por la noche en las carnes.

"Romperás esta cadena, y huirás.

"Bien; pero te arrastrarás entre las matas, y comerás yerbas como los animales de la selva.

"Y volverás á ser preso; y entonces pasarás los años en un profundo foso, en lo bajo de una muralla, buscando á tientas el jarro para beber, embotando en tus dientes un horrible pedazo de pan negro, que no querrían ni los perros; comiendo habas que los gusanos han roído antes que tú.

"Serás una cucaracha en una cueva.



"¡Ah! ¡Ten piedad de tí mismo, pobre niño, que mamabas aún no hace veinte años, y que tendrás madre todavía! Yo te conjuro, escúchame.

"Quieres gastar paño fino, zapatos lustrosos, pelo rizado, perfumar tu cabeza, agradar á las jóvenes, ser elegante; pues bien, te cortarán el pelo al rape, te pondrán una chaqueta roja y unos zuecos.



"Quieres llevar sortijas en los dedos, y llevarás una argolla al cuello; y si miras á una mujer, te darán un palo.

"¡Entrarás allí á los veinte años, y saldrás á los cincuenta!

"Entrarás joven, sonrosado, fresco, con ojos brillantes, dientes blancos y hermosos cabellos, y saldrás cascado, encorvado, lleno de arrugas, sin dientes, horrible, y con el pelo blanco.

"¡Ah, pobre criatura! ¡Y como te equivocas, infeliz! ¡La holgazanería te aconseja mal; el trabajo más rudo es el robar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Créeme, no emprendas la penosa profesión de perezoso; no es nada cómodo ser bribón.

"Es más cómodo ser hombre honrado.

"Anda ahora, y piensa en lo que te he dicho.

"Pero, ¿qué es lo que me querías? ¿Mi bolsa? Aquí la tienes".

Y el viejo, soltando á Montparnasse, le puso en la mano su bolsillo, que Montparnasse tuvo un instante en la mano tomándole á peso; después de lo cual, con la misma precaución maquinal que si le hubiesen robado á él, le dejó caer suavemente en la faltriquera del faldón de su levita.

Dicho y hecho todo esto, el buen viejo volvió la espalda, y continuó paseando.

—¡Estúpido!—murmuró Montparnasse.

¿Quién era aquel viejo? El lector lo habrá sin duda adivinado.

Montparnasse, estupefacto y sin acertar á moverse, miró cómo desaparecía en el crepúsculo; pero esta contemplación le fué fatal.

Mientras el viejo se alejaba, aproximábasele Gavroche.

Gavroche, con una mirada de reojo se había asegurado de que el señor Mabeuf, dormido tal vez, seguía en el banco, y saliendo luego el pilluelo de la maleza, se arrastró en la sombra por detrás de Montparnasse, que continuaba inmóvil.

Así llegó hasta él sin ser visto ni oído; metió la mano en la faltriquera de atrás de la levita de negro paño fino, cogió el bolsillo, retiró la mano, y volviéndose á rastras, hizo una evolución de culebra en la obscuridad.

Montparnasse, que no tenía motivo alguno para estar prevenido, y que meditaba, quién sabe si por primera vez en su vida, nada advirtió.

Gavroche en cuanto llegó á donde estaba el señor Mabenf, tiró el bolsillo por encima del seto, y huyó á todo correr.

La bolsa cayó á los pies del señor Mabeuf.

El ruido le despertó.

Inclinóse, y recogió la bolsa. Abrióla sin darse cuenta de ello.

La bolsa tenía dos divisiones: en la una había algunos cuartos; en la otra seis napoleones de oro.

El señor Mabeuf, muy asustado, llevó aquello á su ama.

—Ha caído del cielo,—dijo á la tía Plutarco.



Cuyo fin no se parece al principio.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO QUINTO.

CUYO FIN NO SE PARECE AL PRINCIPIO.

## I

### La soledad y el cuartel en combinación.

El dolor de Cosette, tan punzante aún y tan vivo cuatro ó cinco meses antes, había entrado en convalescencia sin ella advertirlo.

La naturaleza, la primavera, la juventud, el amor hacia su padre, la alegría de los pájaros y de las flores, infiltraban poco á poco, día por día, gota á gota, en aquella alma tan virgen y tan joven, una cosa muy parecida al olvido.

¿Se apagaba completamente el fuego, ó se iban formando solamente capas de ceniza? El hecho es, que no sentía ya apenas nada doloroso ni abrasador.

Un día pensó de repente en Mario.

—¡Calle!—dijo.—Ya no pienso en él.

Durante la misma semana se fijó, al pasar por delante de la verja del jardín, en un lindo oficial de lanceros, con talle de avispa, brillante uniforme, mejillas de niña, sable debajo el brazo, bigotes encerados y chascás charolado. Además: pelo rubio, ojos azules, cara redonda, vana insolente y linda; todo lo contrario de Mario.

Llevaba su cigarro en la boca.

Cosette pensó que aquel oficial pertenecía al regimiento acuartelado en la calle de Babilonia.

Al día siguiente le vió pasar otra vez, y notó la hora.

Desde aquel momento le vió pasar casi todos los días.

Los camaradas del oficial notaron que había en aquel jardín "mal cuidado" y detrás de aquella verja barroca, una linda muchacha, que estaba allí, casi siempre, cuando pasaba el bizarro teniente, el cual no es desconocido del lector, pues se llamaba Teódulo Guillenormand.

—¡Hola!—decíanle.—Hay ahí una muchacha que se fija en tí; obsérvalo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Para esto tengo el tiempo... —respondía el lancero,—si tuviera que fijarme en todas las muchachas que me miran!

Esto sucedía precisamente en los momentos en que Mario, descendiendo hasta la agonía, decíase:

—¡Si pudiese solamente volver á verla antes de morir!

Si se hubiera realizado su deseo; si hubiera visto en aquel instante á Cosette mirando á un lancero, no habría podido pronunciar una palabra; habría muerto de dolor.

¿Y de quién habría sido la culpa? De nadie.

Mario tenía uno de esos temperamentos que se sumergen en la tristeza y viven en ella.

Cosette, por el contrario, se sumergía, pero volvía á salir.

Cosette, además, atravesaba el momento peligroso, fase fatal del ensueño femenil, abandonado á sí mismo, en que el corazón de una joven aislada se asemeja á los sarmientos de la vid que así se enraman por casualidad al chapitel de una columna de marmol, como al poste de una taberna.

Momento rápido y decisivo, crítico para toda huérfana, ya sea pobre ó rica, porque la riqueza no impide una mala acción, realizándose casamientos desiguales, porque la verdadera desigualdad es la de las almas; de igual manera que más de un joven ignorado, sin nombre, sin familia y sin fortuna, es un chapitel de mármol que sostiene un templo de elevados sentimientas y de grandes ideas, existen hombres de mundo, satisfechos y opulentos que calzan botas brillantes, y hablan charolado, que si se les mira, no al exterior, sino al interior, es decir, á lo que está reservado á la mujer, no son más que un poste estúpido, obscuramente manejado por las pasiones violentas, inmundas y vinosas; es decir, el poste de una taberna.

¿Qué había en el alma de Cosette?

Una pasión calmada ó adormecida: amor en estado flotante; algo que era límpido, brillante; turbio á cierta profundidad, sombrío más abajo.

La figura del lindo oficial se reflejaba en la superficie.

¿Había algún recuerdo en el fondo? ¿Muy en el fondo?

Tal vez; pero Cosette no lo sabía.

En esto sobrevino un incidente singular.

## II

### Miedos de Cosette.

Durante la primera quincena de Abril hizo Juan Valjean un viaje.

Esto sucedía, como sabe el lector, algunas veces muy de tarde en tarde; y estaba ausente uno ó dos días á lo más.

¿Dónde iba? Nadie lo sabía, ni la misma Cosette.

Sólo una vez, en uno de sus viajes, le había acompañado ésta en coche hasta la esquina de un callejón sin salida, en cuya esquina había leído: "Callejón de la Planchette".

Allí se había apeado, y el coche había regresado con Cosette á la calle de Babilonia.



Generalmente Juan Valjean hacía estos viajes cuando faltaba dinero en casa.

Juan Valjean estaba, pues, ausente; al marcharse había dicho: "Volveré dentro de tres días".

Por la noche, Cosette estaba sola en la sala.

Para matar el fastidio había abierto el piano y empezado á cantar, acompañándose ella misma, el coro de Euryanthe: "¡Cazadores perdidos en los bosques!" que es quizá lo más bello que existe en música.

Cuando hubo acabado se quedó pensativa.

De repente creyó oir que andaban por el jardín.

No podía ser su padre, porque estaba ausente; ni la tía Santos, porque se había acostado.

Eran las diez de la noche.

Se dirigió á la ventana de la sala que estaba cerrada, y aplicó el oído.

Le pareció que oía el paso de un hombre que andaba suavemente.

Subió con rapidez al primer piso, á su cuarto, abrió un ventanillo que había en el postigo, y miró al jardín.

La luna estaba en su cuarto lleno alumbrando como el día.

No había nadie.

Abrió la ventana.

El jardín estaba absolutamente silencioso; y lo que se veía en la calle, desierto como siempre.

Cosette pensó haberse engañado; había creído oir aquel ruido, y todo era un alucinamiento producido por el sombrío y prodigioso coro de Weber, que abre ante el espíritu abismos insondables, que aparecen trémulos á la vista como un bosque vertiginoso en que se oye el crujido de las ramas muertas bajo el paso inquieto de los cazadores, casi envueltos en el crepúsculo.

Y no pensó más en ello.

Además, Cosette no era de naturaleza asustadiza.

Había en sus venas algo de la sangre de gitana y aventurera de desnudos pies.

Recuérdese que era mejor alondra que paloma, y tenía su fondo de valor y de energía.

Al día siguiente, más temprano, á la caída de la noche, se estaba paseando por el jardín, y en medio de los confusos pensamientos en que estaba sumergida, creyó oir claramente un ruido semejante al de la víspera, como de alguna persona que anduviera en la obscuridad bajo los árboles, y no muy lejos de ella; pero ella se decía que nada se asemeja tanto á los pasos sobre la yerba como el roce de dos ramas que se separan por sí mismas, y no hizo caso; además, no veía nada.

Salió de la "maleza"; tenía que atravesar un espacio alfombrado de menuda yerba para llegar á la gradería del pabellón.

La luna, que acababa de aparecer á sus espaldas, proyectó su sombra delante de ella, sobre aquella alfombra, en cuanto salió de la espesura.

Cosette se paró aterrorizada.

Al lado de su sombra, la luna proyectaba claramente sobre el césped otra sombra igualmente espantosa y terrible; una sombra que llevaba sombrero redondo.

Parecía la de un hombre que estuviese de pie junto á la espesura y á pocos pasos detrás de Cosette.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Permaneció un minuto sin poder hablar, ni gritar, ni moverse, ni volver la cabeza.

Pero al fin, reuniendo todo su valor, se volvió resueltamente.

No había nadie.

Miró al suelo; la sombra había desaparecido.



Entró nuevamente en la espesura, registró valerosamente todos los rincones, llegó hasta la verja, y no encontró á nadie.

Quedóse verdaderamente helada. ¿Había sido también aquello una alucinación? ¡Cómo! ¡Dos días seguidos! Una alucinación, pase; ¿pero dos?

Lo que la inquietaba sobre todo, era el que la sombra no fuera seguramente un fantasma, porque los fantasmas no llevan sombrero redondo.

Al día siguiente volvió Juan Valjean.

Cosette le refirió lo que había creído ver y oir.

Esperaba que su padre la tranquilizaría y que encogiéndose de hombros, le diría: "Eres una loquilla".



Juan Valjean se puso pensativo.

—Puede no ser nada,—dijo.

Separóse con algún pretexto, y se fué al jardín. Cosette observó que examinaba la verja con mucha atención.

Por la noche se despertó; esta vez estaba segura de oir pasos cerca de la escalinata, por bajo de su ventana, y la abrió.

En efecto, en el jardín vió á un hombre con un garrote en la mano.

Iba ya á gritar, cuando la luna iluminó el rostro del hombre. Era su padre.

Volvió, pues, á acostarse, pensando:

—¡Está inquieto, en realidad!

Juan Valjean pasó aquella noche y las dos siguientes en el jardín, y Cosette le observó por el ventanillo.

La tercera noche la luna estaba en su cuarto menguante, y salía más tarde. Sería como la una; Cosette oyó una carcajada, y la voz de su padre, que la llamaba:

—¡Cosette!

Saltó de la cama, se puso una bata, y abrió la ventana.

Su padre estaba en el jardín en el césped.

—Te despierto para tranquilizarte,—la dijo.—Mira; aquí tienes la sombra del sombrero redondo.

Y le enseñó sobre el césped una sombra que se proyectaba á la luz de la luna, y que parecía, en efecto, la de un hombre con sombrero redondo.

Era la silueta producida por el recortado de un tubo de chimenea de hierro con chapitel, que se elevaba por encima de un tejado vecino.

Cosette se echó á reir también; se borraron todas sus lúgubres suposiciones, y á la mañana siguiente, cuando almorzaba con su padre, se chanceó sobre el siniestro jardín visitado por las sombras de los tubos de chimenea.

Juan Valjean se tranquilizó completamente, y Cosette no se paró á examinar si el cañón de chimenea estaba en la misma dirección que la sombra que había visto ó había creído ver, y si la luna estaba en el mismo punto del cielo.

No se interrogó acerca de la singularidad de un cañón de chimenea, que teme ser sorprendido en flagrante delito, y se retira cuando ven su sombra; porque la sombra había desaparecido cuando Cosette se volvió, y Cosette creía estar segura de ello.

La joven se tranquilizó por completo.

La demostración le pareció evidente, y creyó que era un efecto de imaginación, lo mismo que los pasos de alguno que anduviese por el jardín por la tarde ó la noche.

Sin embargo, algunos días después ocurrió un nuevo incidente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III

### *Enriquecido con comentarios de la tía Santos.*

En el jardín y cerca de la verja que daba á la calle, había un banco de piedra, guardado por una cerca de carpintos, de las miradas de los curiosos, pero hasta el cual podía llegar el brazo de un transeunte á través de la verja y del follaje.

Una tarde del propio mes de Abril, había salido Juan Valjean; y Cosette después de haberse puesto el sol, se había sentado en dicho banco.

El viento penetraba por entre los árboles; Cosette meditaba; una tristeza, sin objeto, iba apoderándose poco á poco de ella; esa tristeza invencible que produce la tarde, y que proviene tal vez del misterio de la tumba entreabierto á esa hora.

Fantina estaba quizá en aquella sombra.

Cosette se levantó, dió lentamente una vuelta por el jardín, andando sobre la hierba inundada de rocío, y diciéndose á través de la especie de sonambulismo melancólico en que estaba sumergida:

—Debe una calzar chanclos ciertamente para andar por el jardín á estas horas; es fácil constiparse.

Después volvió de nuevo al banco.

En el momento en que iba á sentarse, observó en el sitio que había ocupado una gran piedra, que no estaba antes.

Cosette miró pensativa aquella piedra, preguntándose qué significaba.

Pero de repente, la idea de que aquella piedra no se había ido sola al banco, de que alguno la había puesto allí, de que un brazo había pasado á través de la verja; esta idea, decimos, se le presentó, y le dió miedo; un miedo verdadero esta vez, porque la piedra estaba allí, y no era posible dudar; no la tocó; huyó sin atreverse á mirar detrás de sí; se refugió en la casa; cerró en seguida los postigos con barras y la puerta-vidriera de la escalinata con cerrojos, y preguntó á la tía Santos:

—¿Ha vuelto mi padre?

—Todavía no, señorita.

(Hemos ya dicho de una vez para siempre que la tía Santos era tartamuda. Permítasenos no ortografiar sus palabras como tal nos repugna la notación musical de una enfermedad.)

Juan Valjean, como hombre pensativo y paseante nocturno, solía retirarse bastante tarde por la noche.

—Santos,—dijo Cosette.—¿teneis cuidado de cerrar bien por la noche las ventanas, las que dan al jardín, al menos con barras, y de poner bien los pasadores de hierro en los anillos?

—¡Oh! podeis estar tranquila, señorita.

La tía Santos no dejaba de hacerlo, y Cosette lo sabía bien; pero no pudo menos de añadir:

—¡Qué desierto está esto!

—Es verdad,—dijo la tía Santos.—La asesinarían á una sin tener tiempo para decir ¡uf! con eso de no dormir el señor en casa. Pero no temáis nada, señorita:



cierro las ventanas como si fuera una fortaleza. ¡Ah, mujeres solas! ¡Esto hace temblar! Figuraos que entran hombres en el cuarto por la noche, y le dicen á una: "¡Cállate!" y empiezan á cortarle la cabeza. No es tanto la muerte, porque al fin se muere una, y sabe demasiado que se ha de morir; pero es una cosa horrible sentir que os pone esa gente la mano encima. ¡Y luego sus puñales! ¡Oh, qué mal deben cortar, Dios mío!



—¡Callad,—dijo Cosette,—cerradlo todo bien.

Atemorizada del melodrama improvisado por la tía Santos, y quizá también por el recuerdo de las apariciones de la otra semana, no se atrevió á decirle: "Id á ver la piedra que han puesto en el banco," de miedo de volver á abrir la puerta del jardín, y de que entrasen los "hombres."

Hizo cerrar por todas partes las puertas y ventanas, hizo que la tía Santos registrase la casa desde la cueva al granero: se encerró en su cuarto, echó los cerrojos, miró debajo de los muebles y debajo de la cama; se acostó y durmió mal.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Toda la noche estuvo viendo la piedra, grande como una montaña, y llena de cavernas.

Cuando salió el sol,—es propio del sol naciente hacernos reír de todos nuestros terrores nocturnos, y la risa que produce es siempre proporcionada al miedo que se ha tenido,—al salir el sol, decimos, se despertó Cosette, pensó horrorizada en su sueño, y se dijo: "¿Qué he estado soñando? ¡Lo mismo es esto que los pasos que me parecía haber oído la otra semana de noche en el jardín! ¡Lo mismo que la sombra del cañón de chimenea! ¿Voy á volverme ahora cobarde?

El sol que entraba por las rendijas de los postigos, y coloreaba de púrpura las cortinas de damasco, la tranquilizó de tal manera, que todo se borró en su imaginación, inclusa la piedra.

—No había piedra ninguna en el banco, como no había ningún hombre con sombrero redondo en el jardín. He soñado lo de la piedra como lo demás.

Vistióse; bajó al jardín; corrió al banco y sintió un sudor frío.

La piedra estaba allí.

Pero aquello no duró más que un momento; el miedo de noche es curiosidad de día.

—¡Bah!—dijo:—veamos lo que es.

Y levantó la piedra, que era bastante grande.

Debajo había algo que parecía una carta.

Era un sobre de papel blanco; Cosette le cogió, y vió que no tenía ni dirección escrita por un lado, ni oblea por el otro; pero aunque estaba abierto no estaba vacío.

Entreveíanse papeles dentro.

Cosette examinó; ya no tenía miedo, ni curiosidad, sino un principio de impaciencia.

Sacó del sobre lo que contenía, que era un cuadernillo de papel, de hojas numeradas, en cada una de las cuales tenía algunas líneas que paracieron á Cosette de bonita y elegante letra.

Cosette buscó su nombre, pero no le había; buscó una firma, tampoco la había.

¿A quién iba dirigido aquello?

A ella probablemente, puesto que una mano había depositado aquel paquete en su banco.

¿De quién venía aquello?

Una fascinación irresistible se apoderó de ella; trató de separar los ojos de aquellos papeles que temblaban en su mano; miró al cielo, á la calle, á las acacias llenas de luz, á las palomas que volaban sobre un tejado próximo, y después su vista cayó rápidamente sobre el manuscrito, y se dijo que debía leer lo que contenía.

He aquí lo que leyó:



## IV

### *Un corazón bajo una piedra.*

La reducción del universo á un solo sér, la dilatación hasta Dios de un solo sér, he aquí el amor.

El amor es la salutación de los ángeles á los astros.

¡Qué triste está el alma cuando está triste por el amor!

¡Qué vacío como el de la ausencia del sér que por sí solo llena el mundo! ¡Oh! ¡Cómo es verdad que el sér amado se convierte en Dios! Se comprendería que Dios tuviese celos, si el Padre de todo no hubiera hecho evidentemente la creación para el alma, y el alma para el amor.

Basta una sonrisa vislumbrada á lo lejos bajo las alas de un sombrerito de crespón blanco con adornos de lila, para que el alma entre en el palacio de los sueños.

Dios está detrás de todo; pero todo oculta á Dios. Las cosas son negras, las criaturas son opacas. Amar á un sér es hacerle transparente.

Ciertos pensamientos son oraciones. Hay momentos en los cuales sea la que fuere la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

Los amantes que están separados, engañan la ausencia con mil cosas quiméricas, que tienen, no obstante, su realidad. Aunque estén privadas de verse, y no pueden escribirse, tienen una multitud de medios misteriosos de correspondencia. Se envían el canto de los pájaros, el perfume de las flores, la risa de los niños, la luz del sol, los suspiros del viento, los rayos de las estrellas, toda la creación. ¿Y por qué no? Todas las obras de Dios están hechas para servir al amor. El amor es bastante poderoso para emplear á toda la naturaleza en sus mensajes.

¡Oh primavera, tú eres la carta que le escribo!

El porvenir pertenece más á los corazones que á las almas. El amor es lo único que puede ocupar y llenar la eternidad. El infinito necesita lo inagotable.

El amor es una parte del alma misma, es de la misma naturaleza que ella. Como ella es una chispa divina; como ella es incorruptible, indivisible, imperecedero. Es una partícula de fuego que está en nosotros, que es inmortal é infinita, á la cual nada puede limitar, ni amortiguar. Se la siente arder hasta en la médula de los huesos, y se la ve brillar hasta en el fondo del cielo.

¡Oh amor, adoración, deleite de dos almas que se comprenden, de dos corazones que se cambian, de dos miradas que se penetran! ¿Vendréis á mí, no es ver-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, felicidades? ¡Paseos de dos almas en la soledad! ¡Días benditos y radiantes! Alguna vez he soñado que de cuando en cuando se desprendían algunas horas de la vida de los ángeles, y venían aquí abajo á atravesar por el destino de los hombres.

Dios no puede añadir nada á la dicha de los que se aman más que la duración sin fin. Una eternidad de amor, después de una vida de amor, es un aumento, en efecto; pero acrecentar en su intensidad misma la felicidad inefable que el amor da al alma desde este momento, le es imposible aún á Dios mismo. Dios es la plenitud del cielo; el amor es la plenitud del hombre.

Contempláis una estrella por dos motivos, porque es luminosa y porque es impenetrable; pues á vuestro lado tenéis una radiación más dulce y un misterio mayor, la mujer.

Todos, sin excepción, tenemos nuestros seres respirables. Si éstos nos faltan, nos falta el aire y nos ahogamos. Entonces morimos. Morir por falta de amor es horrible. ¡Es la asfixia del alma!

Cuando el amor ha fundido y mezclado dos seres en una unidad angélica y sagrada, estos séres han hallado el secreto de la vida; no son más que los dos términos de un mismo destino; no son más que las dos alas de un mismo espíritu. ¡Amad, pues! ¡Elevaos!

El día en que una mujer que pasa delante de nosotros desprende luz al andar, estamos perdidos; es que la amamos. Ya no podemos hacer sino una cosa; pensar en ella con tal insistencia, que ella se vea obligada á pensar en nosotros.

Lo que el amor empieza, sólo puede ser acabado por Dios.

El amor verdadero se desespera y se encanta por un guante perdido, ó por un pañuelo encontrado, y necesita la eternidad para sus sacrificios y sus esperanzas. Se compone á la vez de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño.

Si sois piedra, sed imán; si planta, sensitiva; si hombre, amor.

Nada basta al amor. Si se tiene la felicidad, se desea el paraíso; si se tiene el paraíso, se desea el cielo.

¡Oh! vosotros los que os amais, todo esto se halla en el amor. Aprended á encontrarlo. El amor tiene como el cielo la contemplación, y además el deleite.

¿Va ella todavía al Luxemburgo?—No, señor.—¿Es en esta iglesia donde oye misa, verdad?—Ya no viene.—¿Vive todavía en esta casa?—Se ha mudado.—¿A dónde ha ido á vivir?—No lo ha dicho.

¡Qué cosa tan sombría es ignorar las señas de la casa de nuestra alma!



El amor tiene niñerías, las otras pasiones tienen pequeñeces. ¡Vergüenza para las pasiones que empequeñecen al hombre! ¡Honor á la que le hace niño!

Una cosa extraña me sucede. ¿Sabéis cuál? Estoy en la obscuridad. Existe un sér que al irse se me ha llevado el cielo.

¡Oh! Estar echados juntos en la misma tumba con las manos enlazadas, y de cuando en cuando, en medio de las tinieblas, acariciarnos suavemente un dedo; esto satisfaría mi eternidad.

Los que padecéis porque amáis, amad más aún. Morir de amor, es vivir.

Amad. Una transfiguración sombría y estrellada se mezcla con este suplicio. Hay éxtasis en la agonía.

¡Oh, dicha de las aves! Tenéis el canto, porque tenéis nido.

El amor es una respiración celestial del aire del paraíso.

Corazones profundos, espíritus ilustrados, tomad la vida como Dios la ha hecho; la vida es una larga prueba, una preparación ininteligible para el destino desconocido. Este destino, el verdadero, principia para el hombre en el primer escalón interior de la tumba. Entonces se le aparece algo, y comienza á distinguir lo definitivo. ¡Lo definitivo! Pensad en esta palabra. Los vivos ven lo infinito; lo definitivo no se deja ver más que de los muertos. Mientras esperáis, amad y padeced, esperad y contemplad. ¡Desgraciado el que no haya amado más que cuerpos, formas, apariencias! La muerte se lo arrebatará todo. Procurad amar las almas, y volveréis á encontrarlas.

He encontrado en la calle un joven muy pobre que amaba. Su sombrero era viejo, su vestido usado y raído por los codos; el agua le entraba por los zapatos, y los astros penetraban en su alma.

¡Qué cosa tan grande es ser amado! ¡Pero aún es más grande amar! El corazón se hace heroico á fuerza de pasión. No se compone sino de pureza; se apoya solamente en lo más grande y elevado. En él no puede germinar un pensamiento indigno, como no puede germinar una ortiga en un ventisquero. El alma elevada y serena, inaccesible á las pasiones y á las emociones vulgares, que domina las nubes y las sombras de este mundo, las locuras, las mentiras, los odios, las vanidades, las miserias, habita en el azul del cielo, y no siente más que las conmociones profundas y subterráneas del destino, como las cumbres de las montañas sienten los temblores de tierra.

Si no hubiera alguien que amase, se extinguiría el sol.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V

### *Cosette después de la carta.*

Durante esta lectura, Cosette iba poniéndose pensativa poco á poco.

En el instante en que levantó los ojos de la última línea del cuaderno, el lindo oficial pasó triunfante por delante de la verja.

Cosette lo encontró repugante.

Volvió á fijarse en el cuaderno.

Está escrito, pensaba Cosette, con una letra encantadora; de la misma mano, pero con diversa tinta, ya negra, ya blanquecina como cuando se echa la tinta en el tintero, y por consiguiente en distintos días.

Era, pues, aquello, un pensamiento que se había derramado allí, suspiro á suspiro, irregularmente, sin orden, sin elección, sin objeto, al azar.

Cosette no había leído nunca nada semejante.

Aquel manuscrito en que veía más luz que obscuridad, le causaba el mismo efecto que un santuario entreabierto.

Cada una de sus misteriosas líneas resplandecía á sus ojos, inundaba su corazón de una luz extraña.

La educación que había recibido le había hablado siempre del alma y nunca del amor; así como si se hablase del tizón sin hablar de la llama.

Aquel manuscrito de quince páginas le revelaba suave y repentinamente todo el amor, el destino, la vida, la eternidad, el principio y el fin.

Era como una mano que se hubiese abierto y le hubiese arrojado súbitamente un puñado de rayos.

Descubría en aquellas líneas una naturaleza apasionada, ardiente, generosa, honrada; una voluntad sagrada, un inmenso dolor, y una esperanza inmensa; un corazón oprimido, y un éxtasis manifestado.

¿Y qué era aquel manuscrito ? Una carta. Una carta sin señas, sin nombre, sin fecha, sin firma, apremiante y destinteresada, enigma compuesto de verdades; mensaje de amor escrito para ser llevado por un ángel, y leído por una virgen; cita dada fuera de la tierra; billete amoroso de un fantasma á una sombra.

Era un ausente tranquilo y oprimido, que parecía dispuesto á refugiarse en la muerte, y que enviaba á la ausente el secreto de su destino, la clave de la vida; el amor.

Aquello había sido escrito con los pies en la tumba y el dedo en el cielo.

Aquellas líneas, que habían caído una á una sobre el papel, podrían llamarse gotas del alma.

Pero ¿de quién podían ser aquellas páginas? ¿Quién las había escrito?

Cosette no dudó ni un instante. Sólo un hombre.

¡El!

Habíase iluminado su alma; todo había vuelto á aparecer; sentía una alegría indecible y una angustia profunda.



¡Era él! ¡El, quien escribía! El, que estaba allí! ¡El, que había pasado el brazo á través de la verja! Mientras ella le olvidaba, él la había encontrado.

Pero ¿le había olvidado? ¡No! ¡Nunca!

Era una locura creerlo un solo instante; le había amado y adorado siempre.

El fuego se había cubierto, y había estado oculto algún tiempo; pero ella le veía; no había hecho más que ahondar un poco, y ya brillaba de nuevo y la abrasaba toda entera.

Aquel cuaderno era como una chispa de otra alma caída en la suya.

Sentía renacer el fuego; nuevamente se penetraba de cada palabra de manuscrito:

—¡Ah, sí!—decía.—¡Cómo reconozco todo esto! Es lo que he leído en sus ojos.

Cuando acababa de leer por tercera vez, el teniente Teódulo volvió á pasar delante de la verja haciendo sonar las espuelas, lo que hizo que levantara Cosette los ojos y que le pareciese soso, tonto, necio, vano, fatuo, desagradable, impertinente y feo.

El oficial creyó que debía dirigirle una sonrisa.

Cosette se volvió avergonzada é indignada. De buena gana le hubiera tirado algo á la cabeza.

Marchóse, pues, entró en la casa, y se encerró en su cuarto para volver á leer el manuscrito, para aprendérselo de memoria y para pensar.

Cuando lo hubo leído y releído, le besó y se lo guardó en el corsé.

Era ya un hecho; Cosette había caído en la profundidad del amor seráfico; acababa de abrirse el abismo Edén.

Cosette pasó todo el día sumida en una especie de aturdimiento.

Apenas pensaba; sus ideas estaban en el estado de un ovillo enredado en su cerebro; no acertaba á conjeturar; esperaba al través de su turbación ¿el qué? algo vago.

No se atrevía á prometerse nada, y nada quería desechar; cruzaban su frente sombras pálidas, y temblaba su cuerpo.

Parecíale á veces que penetraba en lo quimérico, y se decía: "¿Es esto real?" Y tentaba el papel querido bajo su vestido, le oprimía contra su corazón, sentía los dobleces sobre su pecho; y si Juan Valjean la hubiera visto en aquel momento, se habría estremecido ante aquella alegría luminosa y desconocida que brotaba de sus ojos.

—¡Oh, sí!—pensaba ella.—¡Es indudablemente él! ¡Esto es de él para mí!

Y creía que una intervención de los ángeles, que una casualidad celestial lo había puesto á su alcance.

¡Oh transfiguraciones del amor! ¡Oh sueños! Aquella casualidad celestial, aquella intervención de los ángeles, era la bolita de pan lanzada de un ladrón á otro ladrón; del patio de Carlomagno á la cueva de los Leones, por encima de los tejados de la Fuerza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## VI

### *Los viejos están hechos para ser oportunos.*

Llegada la noche salió Juan Valjean, y Cosette se vistió.

Peinóse del modo que le sentaba mejor, y se puso un vestido, cuyo cuerpo había recibido una tijeretada más, y descubría por la escotadura el nacimiento del cuello; era, como dicen las jóvenes, "algo inocente".

No lo era en realidad, ni en grado mínimo, pero era más bonito que otro.

¡Se vistió de aquel modo sin saber por qué!

¿Quería salir? No.

¿Esperaba alguna visita? Tampoco.

Al anochecer bajó al jardín. La tía Santos estaba ocupada en la cocina, que daba al patio de detrás.

Empezó á pasear bajo los árboles, separando las ramas de cuando en cuando con la mano, porque las había muy bajas.

Así llegó al banco. Allí estaba todavía la piedra.



Sentóse, y dejó caer su blanca mano sobre la piedra, como si quisiese acariciarla y manifestarle agradecimiento.

De pronto sintió esa impresión indefinible que experimentamos aún sin ver, cuando está detrás de nosotros alguien de pie.

Volvió la cabeza, y se levantó. Era él.

Tenía la cabeza descubierta; parecía pálido y flaco; apenas se distinguía su traje negro.

El crepúsculo blanqueaba su hermosa frente, y cubría sus ojos de tinieblas.

Tenía algo propio de la muerte y de la noche, bajo un velo de incomparable dulzura.

Su rostro aparecía iluminado por la claridad del día que muere, y por el pensamiento de un alma que se va.

Parecía que no era aún fantasma; pero que no era ya hombre.

Su sombrero estaba caído á algunos pasos entre la yerba.

Cosette, próxima á desfallecer, no dió ni un grito.

Retrocedió lentamente, porque se sentía atraída.

El no se movió. Cosette sentía la mirada de sus ojos, que no podía distinguir entre el velo inefable y triste que le rodeaba.

Cosette, al retroceder, encontró un árbol y se apoyó en él; sin que aquel árbol, hubiera caído al suelo.

Entonces oyó su voz, aquella voz que realmente no había oído nunca, y que apenas sobresalía del susurro de las hojas, y que murmuraba:

—Perdonadme aquí estoy. Tengo el corazón henchido; no podía vivir como estaba, y he venido. ¿Habéis leído lo que he puesto en ese banco? ¿Me conocéis? No tengáis miedo de mí. ¿Os acordáis de aquel día, hace ya mucho tiempo, en que me mirásteis? Fué en el Luxemburgo, junto al Gladiador. ¿Y del día que pasásteis cerca de mí? El 16 de Junio y el 2 de Julio, hace cerca de un año. ¡Cuánto tiempo he pasado sin veros!

"He preguntado á la alquiladora de sillas, y me ha dicho que ya no os veía. Vivíais en la calle del Oeste en un tercer piso de una casa nueva; ya véis que lo sé. Yo os seguía. ¿Qué había de hacer? Después desaparecísteis. Creí veros pasar una vez cuando estaba yo leyendo los periódicos bajo los arcos del Odeon, y corrí; pero no, era una joven que llevaba un sombrero como el vuestro.

"Por la noche vengo aquí. No temáis, nadie me ve; vengo á mirar de cerca vuestras ventanas. Ando muy quedo para que no lo oigáis, porque podríais tener miedo. La otra noche estaba detrás vuestro; os volvísteis y huí. Una vez os oí cantar, y fuí dichoso. ¿Os incomoda que os oiga cantar á través de las persianas? Esto no os molesta, ¿verdad?

"Ya lo véis, sois mi ángel; dejadme venir; creo que me voy á morir. ¡Si supiérais! ¡Os adoro! Perdonadme; os hablo, y no sé lo que os digo. Os incomodo tal vez. ¿Es verdad que os incomodo?

—¡Oh, madre mía!—dijo Cosette.

Y se dobló sobre sí misma como si se muriera.

El la cogió; ella desfallecía. Tomóla en sus brazos, la apretó estrechamente sin tener conciencia de lo que hacía, y la sostuvo vacilante.

Estaba como si tuviese la cabeza llena de humo; veía pasar relámpagos ante



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus ojos; sus ideas se desvanecían; le parecía que realizaba un acto religioso, y que cometía una profanación.

Por lo demás, no experimentaba el menor deseo hacia aquella mujer seductora, cuyas formas sentía sobre su pecho.

Estaba perdido de amor.

Le tomó una mano y se la puso sobre el corazón.

Sintió el papel que tenía allí, y balbuceó:

—¿Me amábais, pues?

Cosette respondió en una voz tan baja, que no era sino un suspiro casi imperceptible:

—¡Cállate; ya lo sabes!

Y ocultó su frente ruborizada en el pecho del joven altivo y embriagado.

Cayó él sobre el banco, y ella á su lado.

No tenían ya palabras.

Las estrellas empezaban á brillar.

¿Cómo fué que sus labios se encontraron?

¿Cómo es que el pájaro canta, que la nieve se funde, que la rosa se abre, que Mayo extiende su fragancia, que el alba blanquea detrás de las negras arboledas en la cumbre ondulante de las colinas?

Un beso; esto fué todo.

Los dos se estremecieron, y se miraron en la sombra con ojos deslumbradores.

No sentían ni el frío de la noche, ni la frialdad de la piedra, ni la humedad de la tierra, ni la yerba mojada. Se miraban, y tenían el corazón lleno de pensamientos.

Se habían cogido las manos sin saberlo.

Ella no le preguntaba nada; no pensaba ni aún por dónde había entrado, y cómo había penetrado en el jardín.

¡Le parecía ya tan sencillo que estuviese allí!

De cuando en cuando la rodilla de Mario tocaba la rodilla de Cosette, y ambos se estremecían.

Por intervalos, Cosette tartamudeaba alguna palabra vaga.

Su alma temblaba en sus labios como una gota de rocío en una flor.

Poco á poco se hablaron.

La expansión sucedió al silencio, que es la plenitud.

La noche brillaba serena y espléndida sobre sus cabezas.

Aquellos dos seres puros como dos espíritus, se lo dijeron todo; sus sueños, sus felicidades, sus éxtasis, sus quimeras, sus desfallecimientos; como se habían adorado de lejos, como se habían deseado, y su desesperación cuando habían dejado de verse.

Se confiaron en una intimidad ideal, que nada podía aumentar lo que tenían más oculto y misterioso.

Se contaron con una fe cándida en sus ilusiones todo lo que el amor, la juventud y el resto de la infancia que había en ellos les hacía pensar.

Aquellos dos corazones se derramaron uno en otro, de modo que al cabo de una hora, él poseía el alma de ella y ella el alma de él.

Se penetraron, se encantaron, se deslumbraron.



Cuando acabaron, cuando se lo hubieron dicho todo, ella reposó su cabeza en el hombro de Mario, y le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamo Mario,—dijo él.—¿Y vos?

Yo me llamó Cosette.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El niño Gavroche.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO SEXTO.

## EL NIÑO GAVROCHE.

### I

### *Endiabladuras del viento.*

Desde 1823, mientras que el bodegón de Montfermeil se obscurecía y desaparecía poco á poco, no en el abismo de una bancarrota, sino en la cloaca de las pequeñas deudas, los Thénardier habían tenido otros dos hijos, varones ambos. Con estos eran cinco, dos hembras y tres varones; lo cual era mucho.

La Thénardier se había desembarazado de los dos últimos, cuando eran aún pequeñitos, con una felicidad singular.

Hemos dicho desembarazado, y realmente esta es la palabra, porque en aquella mujer no había más que un fragmento de naturaleza; fenómeno del que hay otros ejemplos.

Como la mariscala de Lamothe Houdancourt, la Thénardier sólo era madre para sus hijas.

Allí terminaba su maternidad.

Su odio al género humano empezaba en sus hijos; por el lado de éstos su maldad estaba, por así decirlo, cortada á pico, y su corazón tenía en este lugar una lúgubre escarpadura.

Como ya hemos visto, detestaba al mayor, y execraba á los otros dos.

¿Por qué? Porque sí.

El más terrible de los motivos, y la más indiscutible de las respuestas: Porque sí.

—No necesito una manada de chicos,—decía la tal madre.

Expliquemos como los Thénardier habían llegado á librarse de sus dos últimos hijos, y hasta á sacar provecho de ellos.

Aquella muchacha Magnon, de quien hemos hablado en otro lugar, era la misma que había conseguido sacar una pensión al buen señor Guillenormand para los dos hijos que tenía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vivía en el muelle de los Celestinos, en el ángulo de la antigua calle del Almizcle, que ha hecho lo posible por cambiar en buen olor su mala fama.

Muchos recordamos la gran epidemia del garrotillo que devastó hace treinta años los barrios ribereños del Sena en París, y de que la ciencia se aprovechó para experimentar en gran escala la eficacia de las insuflaciones de alumbre, tan útilmente reemplazadas hoy por la tintura externa de yodo.

En aquella epidemia la Magnon perdió en un mismo día sus dos hijos, pequeños aún, uno por la mañana y otro por la tarde.

Esto fué un gran golpe, porque aquellas criaturas eran muy necesarias á su madre; representaban ambas dieciséis duros al mes.

Estos dieciséis duros eran pagados exactamente en nombre del señor Guillenormand, por su procurador Barge, ujier ó alguacil retirado, que vivía en la calle del Rey de Sicilia.

Muertos los niños, la pensión quedaba enterrada.

La Magnon buscó un expediente.

En aquella tenebrosa masonería del mal, de que formaba parte, se guarda el secreto, y se prestan todos mutuo auxilio.

La Magnon necesitaba dos hijos, la Thénardier los tenía, y precisamente del mismo sexo, y de la misma edad.

Buen acomodo para la una, y una buena colocación para la orta.

Los hijos de la Thénardier se convirtieron en hijos de la Magnon.

Esta se mudó del muelle de los Celestinos á la calle Clocheperce. En París la identidad que liga á un individuo á sí mismo se rompe de una calle á otra.

El estado civil, no advertido por nada, no reclamó, y la substitución se hizo del modo más fácil del mundo.

Sólo la Thénardier exigió, por préstamo de sus hijos, dos duros al mes, que la Magnon prometió, y aun pagó.

No hay que decir que el señor Guillenormand continuó pagando.

Cada seis meses iba á ver á los niños, y no notó el cambió.

—Señor,—le decía la Magnon.—¡cómo se os parecen!

El señor Guillenormand se encogía de hombros sonriendo.

Thénardier, que encontraba fáciles todos los disfraces, aprovechó esta ocasión para convertirse en Jondrette.

Sus dos hijas y Gavroche apenas habían tenido tiempo de notar que tenían dos hermanitos.

En cierto grado de miseria se apodera del alma una especie de indiferencia espectral, y se ve á los séres como larvas.

Las personas más allegadas aparecen á veces como vagas formas de sombra, que apenas se distingen del fondo nebuloso de la vida, confundiéndose fácilmente en lo invisible.

La noche del día en que había hecho entrega de sus dos hijos á la Magnon, con voluntad expresa de renunciar á ellos para siempre, la Thénardier había tenido ó aparentado tener, un escrúpulo, y había dicho á su marido:

—¡Pero esto es abandonar á estas criaturas!

Thénardier, magistral y flemático, cauterizó el escrúpulo con está sentencia:

—¡Juan Jacobo Rousseau hizo todavía más!



La madre pasó entonces del escrúpulo á la inquietud.

—¿Y si la policía nos persiguiese? Dime, amigo mío, ¿es esto permitido?

Thénardier respondió:

—Todo es permitido. Nadie verá en esto más que una transparencia. Por otra parte, en muchachos que no tienen un sueldo, á nadie le importa mirar muy de cerca.

La Magnon era una especie de elegante del crimen. Se vestía con esmero.

Dividía su habitación, amueblada de una manera afectada y miserable, con una astuta ladrona inglesa afrancesada.

Esta inglesa, naturalizada parisiense, recomendable por sus buenas relaciones, íntimamente ligada á las medallas de la Biblioteca y á los diamantes de la actriz Mars, fué después célebre en los anales judiciarios. Llamábanle la señorita Miss.

Los dos niños que, por decirlo así, cayeron en suerte á la Magnon, no tuvieron de que quejarse.

Recomendados por los dieciséis duros, estaban cuidados como todo lo que es explotado; no estaban mal vestidos ni mal alimentados; se les trataba como á unos "señoritos," mejor por su falsa madre que por la verdadera.

La Magnon se hacía la señora, y no hablaba en germania delante de ellos.

Así pasaron algunos años.

Thénardier auguraba bien.

Un día que la Magnon le entregaba sus diez francos mensuales, le dijo:

—Será preciso que "el padre" les dé educación.

Pero de repente, aquellos dos pobres niños, bastante protegidos hasta allí aun por su mala suerte, fueron lanzados bruscamente en la vida y obligados á empezar á recorrerla.

Un arresto en masa de malhechores como la de la cobacha de Jondrette, que necesariamente había de complicarse con requisitorias y prisiones ulteriores, es un verdadero desastre para esa horrible contra-sociedad oculta, que vive bajo la sociedad pública; una aventura de ese género arrastra tras sí toda clase de derrumbamientos en ese mundo sombrío.

La catástrofe de los Thénardier produjo la catástrofe de la Magnon.

Un día, poco tiempo después que la Magnon hubo dado á Eponina el billete relativo á la calle Plumet, se verificó en la calle de Clocheperce una repentina visita de la policía; la Magnon fué presa, lo mismo que la señorita Miss, y toda la vecindad, que era sospechosa, tuvo que pasar por la redada.

Los dos chiquitines estaban jugando en aquel momento en un patio, y no vieron nada de la catástrofe.

Cuando volvieron hallaron la puerta cerrada y la casa vacía.

Un zapatero de un portal de enfrente les llamó, y les dió un papel que su "madre" había dejado para ellos.

En el papel había escritas unas señas: Barge, recaudador de rentas, calle del Rey de Sicilia, número 8.

El hombre del portal les dijo:

—Ya no vivís ahí. Id allá. Está muy cerca. La primera calle á la izquierda. Preguntad el camino con este papel.

Los chicos se fueron, el mayor conduciendo a l menor, y llevando el papel que



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debía guirlos en la mano. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal, y apenas sostenían el papel.

Al dar vuelta de la calle de Clochepere, se lo arrancó una ráfaga de viento, y como caía la noche, el chiquillo no pudo encontrarle.

Comenzaron, por lo tanto, á vagar al azar por las calles.

## II

### Donde el pequeño Gavroche saca partido de Napoleón el Grande

La primavera en París suele ser interrumpida por brisas ásperas y rudas, que le dejan á uno, no precisamente helado, pero sí aterido de frío; estas brisas, que entristecen los más hermoso días, causan el mismo efecto que aquellos soplos de aire glacial que penetra en un cuarto templado, por las rendijas de las ventanas ó por las puertas mal cerradas.

Parece que la sombría puerta del invierno se ha quedado entreabierta, y deja penetrar el aire.

En la primavera de 1832, época en que apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa, aquellas brisas fueron más acres y punzantes que nunca; era que estaba medio abierta una puerta más fría aún que la del invierno; era la puerta del sepulcro.

Sentíase en las tales brisas el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos fríos tenían de particular que no excluían una fuerte tensión eléctrica; y estallaron en aquella época frecuentes tempestades acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el mes de Enero, y las gentes se habían vuelto á poner los abrigos, el niño Gavroche, temblando siempre alegremente de frío bajo sus harapos, estaba de pie y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores del Olmo de San Gervasio.

Llevaba un pañuelo de lana de mujer, sacado de no sabemos donde, el cual había habilitado de tapa-bocas; parecía que estaba admirando profundamente una figura de cera escotada y adornada con flores de azahar, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa á los transeuntes entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podía "birlar" del escaparate una pastilla de jabón, que iría á vender en seguida por dos sueldos á un "peluquero" de las afueras.

Muchos días almorzaba con una de aquellas pastillas, y llamaba á este género de trabajo, para el cual tenía cierto talento, "hacer la barba á los barberos".

Contemplando, pues, la novia de cera y flechando á la vez la pastilla, decía entre dientes:

—Martes. No es martes. ¿Es acaso martes? Quizá es martes. Sí, martes es.

Nunca se ha sabido á qué se refería este monólogo.



Si por casualidad se refería á la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano, y dirigía de cuando en cuando una mirada de soslayo á aquel enemigo, á aquel pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente desenvainado.



Mientras que Gravoche examinaba la figura, el escaparate y los jabones de Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con esmero y menores que él, uno como de siete años, y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte, y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una súplica.

Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor, y el frío hacía temblar los dientes del mayor.

El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujan-

debía guirlos en la mano. Tenía frío; sus deditos hinchados se cerraban mal, y apenas sostenían el papel.

Al dar vuelta de la calle de Clochepere, se lo arrancó una ráfaga de viento, y como caía la noche, el chiquillo no pudo encontrarle.

Comenzaron, por lo tanto, á vagar al azar por las calles.

## II

### Donde el pequeño Gavroche saca partido de Napoleón el Grande

La primavera en París suele ser interrumpida por brisas ásperas y rudas, que le dejan á uno, no precisamente helado, pero sí aterido de frío; estas brisas, que entristecen los más hermoso días, causan el mismo efecto que aquellos soplos de aire glacial que penetra en un cuarto templado, por las rendijas de las ventanas ó por las puertas mal cerradas.

Parece que la sombría puerta del invierno se ha quedado entreabierta, y deja penetrar el aire.

En la primavera de 1832, época en que apareció la primera gran epidemia de este siglo en Europa, aquellas brisas fueron más acres y punzantes que nunca; era que estaba medio abierta una puerta más fría aún que la del invierno; era la puerta del sepulcro.

Sentíase en las tales brisas el aliento del cólera.

Bajo el punto de vista meteorológico, estos vientos fríos tenían de particular que no excluían una fuerte tensión eléctrica; y estallaron en aquella época frecuentes tempestades acompañadas de relámpagos y truenos.

Una tarde en que estas brisas soplaban rudamente, de modo que parecía haber vuelto el mes de Enero, y las gentes se habían vuelto á poner los abrigos, el niño Gavroche, temblando siempre alegremente de frío bajo sus harapos, estaba de pie y como en éxtasis delante de una peluquería de los alrededores del Olmo de San Gervasio.

Llevaba un pañuelo de lana de mujer, sacado de no sabemos donde, el cual había habilitado de tapa-bocas; parecía que estaba admirando profundamente una figura de cera escotada y adornada con flores de azahar, que daba vueltas en el escaparate, mostrando su sonrisa á los transeuntes entre dos quinqués; pero en realidad observaba la tienda para ver si podía "birlar" del escaparate una pastilla de jabón, que iría á vender en seguida por dos sueldos á un "peluquero" de las afueras.

Muchos días almorzaba con una de aquellas pastillas, y llamaba á este género de trabajo, para el cual tenía cierto talento, "hacer la barba á los barberos".

Contemplando, pues, la novia de cera y flechando á la vez la pastilla, decía entre dientes:

—Martes. No es martes. ¿Es acaso martes? Quizá es martes. Sí, martes es.

Nunca se ha sabido á qué se refería este monólogo.



Si por casualidad se refería á la última vez que había comido, hacía ya tres días, porque era viernes.

El barbero en su tienda, templada por una buena chimenea, afeitaba á un parroquiano, y dirigía de cuando en cuando una mirada de soslayo á aquel enemigo, á aquel pilluelo helado y descarado que tenía las dos manos en los bolsillos, pero el espíritu evidentemente desenvainado.



Mientras que Gravoche examinaba la figura, el escaparate y los jabones de Windsor, dos niños, de estatura desigual, vestidos con esmero y menores que él, uno como de siete años, y otro de cinco, hicieron girar tímidamente el picaporte, y entraron en la tienda pidiendo algo, una limosna quizá, con un murmullo lastimero, que parecía más bien un gemido que una súplica.

Hablaban ambos á la vez, y sus palabras eran ininteligibles, porque los sollozos ahogaban la voz del menor, y el frío hacía temblar los dientes del mayor.

El barbero se volvió con rostro airado, y sin abandonar la navaja, empujan-

Los dos niños seguían detrás de él.

Al pasar por delante de uno de esos estrechos enrejados de alambre que indican una panadería, porque el pan se pone como el oro entre rejas de hierro, se volvió Gavroche, y dijo:

—¡Ah, monigotes! ¿Se ha comido ya?

—Señor,—respondió el mayor,—no hemos comido nada desde esta mañana.

—¿No teneis, pues, ni padre ni madre?—repuso magestuosamente Gavroche.

—Si tal, señor; tenemos papá y mamá, pero no sabemos dónde están.

—A veces vale más eso que saberlo,—dijo Gavroche, que era todo un pensador.

—Ya hace dos horas,—continuó el mayor,—que estamos andando. Hemos buscado algo que comer por los rincones, y no hemos encontrado nada.

—Lo se,—dijo Gavroche.—Los perros se lo comen todo.

Y continuó después de un momento de silencio:

¡—Ah! Hemos perdido á los autores de nuestros días. No sabemos qué hemos hecho de ellos. Esto no está bien, picarillos. Es muy tonto eso de perderse como personas mayores. ¡Ah! Sin embargo, es preciso aguzar.

Por lo demás, no les hizo ninguna pregunta. ¿Hay nada más sencillo que no tener domicilio ?

El mayor de los dos niños, entregado ya casi por completo á la pronta indiferencia de la infancia, exclamó:

—Pero es extraño, sin embargo. Mamá nos había dicho que nos llevaría á comprar romero bendito el domingo de Ramos.

—¡Novatos!—respondió Gavroche.

—Mamá,—añadió el mayor,—es una señora que vive con la señorita Miss.

—Como suena,—replicó Gavroche.

En esto se había parado, y andaba hacía rato tentando y registrando todos los rincones que tenía en sus andrajos.

Por fin, levantó la cabeza con una expresión que quería parecer satisfecha, pero que en realidad era triunfante.

—Calma, monines. Ya tenemos con que cenar los tres.

Y sacó de uno de sus bolsillos un sueldo.

Y sin dejar á los chicos tiempo para alegrarse, los empujó delante de sí hácia la tienda de un panadero, y puso el sueldo sobre el mostrador, gritando:

—¡Mozo! cinco céntimos de pan.

El panadero, que era el amo en persona, cogió un pan y un cuchillo.

—¡En tres pedazos, mozo!—gritó Gavroche.

Añadiendo con dignidad:

—Somos tres.

Y viendo que el panadero, después de haber examinado á los tres comensales, había tomado un pan moreno, metióse profundamente el dedo en la nariz, con una aspiración tan imperiosa como si tuviese entre los dedos un polvo de tabaco de Federico el Grande, y dirigió al rostro del panadero este apóstrofe indignado:

—¿Kek se kca?

Los lectores que crean ver en esta interpelación de Gavroche una palabra rusa ó polaca, ó uno de esos gritos salvajes que los Yoways y los Botocudos se dirigen de una orilla á otra del río, al través de las soledades, deben saber que no pasa de



ser una frase que dicen todos los días ellos (nuestros lectores), y que ocupa el lugar de esta otra: "¿qué es eso.?"

El panadero comprendió perfectamente, y respondió:

—¿Qué? Es pan; pan muy bueno de segunda clase.

—Pan negro, habeis querido decir,—replicó Gavroche, tranquilo y fríamente desdeñoso.—¡Pan blanco, mozo! Pan jabonado. Yo convido.

El panadero no pudo dejar de reirse, y cortando el pan blanco, quedóse mirándoles de una manera compasiva, que chocó á Gavroche.

—¡Ah, pastelero!—dijo éste.—¿Qué nos estáis midiendo?

Puestos los tres cabo á cabo, apenas medían seis piés.

Cuando hubo cortado el pan, guardóse el panadero el sueldo, y Gavroche dijo á los dos niños:

—Jamad.

Los chicos le miraron sorprendidos.

Gavroche se echó á reir.

—¡Calla! Es verdad; no entienden todavía. ¡Son tan pequeños!

Y repuso:

—Comed.

Al mismo tiempo dió á cada uno un pedazo de pan.

Y pensando que el mayor, que le parecía más digno de su conversación, merecía alguna distinción especial, y debía perder todo temor para satisfacer su apetito, le dijo, dándole el mayor pedazo.

—Echa ese cartucho en el fusil.

Había un pedazo más pequeño que los otros dos, y se quedó con él.

Los pobres niños estaban hambrientos. Gavroche lo conoció.

Mientras comían el pan con buenos dientes ocupaban la panadería, cuyo dueño, después de haber cobrado, los contemplaba de no muy buena gana.

—Volvamos á la calle,—dijo Gavroche.

Y tomaron la dirección de la Bastilla.

De cuando en cuando, al pasar por delante de las tiendas iluminadas, el más pequeño se detenía para ver la hora en un reloj de plomo, que llevaba colgado del cuello en un cordón.

—Es verdaderamente un tontuelo,—decía Gavroche.

Y después, murmuraba pensativo entre dientes:

—Es igual. Si tuviese yo monigotes, les ataría más corto.

Cuando iban ya acabando el pedazo de pan, llegaban al ángulo de aquella lúgubre calle de los Bailes, en cuyo fondo se descubre el postigo bajo y repulsivo de la cárcel de la Fuerza.

—¡Calla! ¿Eres tú, Gavroche?—preguntó álguien.

—¡Calla! ¿Eres tú, Montparnasse?—dijo Gavroche.

Era un hombre que acababa de abordar al pilluelo, y el cual no era otro que Montparnasse, disfrazado con anteojos azules, pero no desfigurado para Gavroche.

—¡Diablo!—prosiguió Gavroche.—Llevas un pelaje color de cataplasma de harina de linaza, y anteojos azules como un médico. ¡Tienes apariencia, palabra de viejo!

—Chist,—prorrumpió Montparnasse,—no tan alto.

Y se llevó vivamente á Gavroche lejos de la luz de las tiendas.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los dos chiquitines seguían maquinalmente cogidos de la mano.

Cuando estuvieron bajo la obscura archivolta de una puerta cochera, al abrigo de las miradas y de la lluvia, le preguntó Montparnasse:

—¿Sabes adónde voy?

—A la abadía de "Monte á Regret"—le contestó Gavroche.

—¡Farsante!

Y Montparnasse añadió:

—Voy á buscar á Babet.

—¡Ah!—exclamó Gavroche;—ahora se llama Babet.

Montparnasse bajó la voz:

—No ella, sino él.

—¡Ah! ¡Babet!

—¡Sí! ¡Babet!

—Yo le creía á la sombra.

—Salió á la luz,—respondió Montparnasse.

Y contó rápidamente el pilluelo que aquella misma mañana Babet había sido transladado á la Conserjería; y se había escapado, tomando la izquierda en vez de tomar la derecha en el "corredor de instrucción."

Gavroche admiró esta habilidad.

—¡Vaya un saca muelas!—dijo.

Montparnasse añadió algunos pormenores sobre la evasión de Babet, y concluyó diciendo:

—¡Oh! No es esto todo.

Gavroche, mientras escuchaba había cogido un bastón que Montparnasse llevaba en la mano, y tirando maquinalmente de la parte superior apareció la hoja de un puñal.

—¡Ah!—prorrumpió, rechazando vivamente el puñal,—has traído tu gendarme disfrazado de paisano. Montparnasse guiñó el ojo.

—¡Caramba!—añadió Gavroche.—¿Vas á agarrarte con los corchetes?

—No lo sé,—respondió Montparnasse con aire indiferente.—Siempre es bueno llevar un alfiler por si acaso.

Gavroche insistió:

—¿Qué vas á hacer esta noche?

Montparnasse tomó de nuevo el tono grave, y dijo mascando las sílabas:

—Negocios.

Y cambiando bruscamente de conversación:

—¡A propósito!

—¿Qué?

—Una aventura que me pasó el otro día. Figúrate que me encuentro á un individuo; me regala un sermón y la bolsa. Meto ésta en la faltriquera, y un minuto después registro en la faltriquera, y ya no había nada.

—Más que el sermón,—añadió Gavroche.

—Pero, y tú,—repuso Montparnasse,—¿adónde vas ahora?

Gavroche le señaló sus dos protegidos, y dijo:

—Voy á acostar á estos chicos.

— Acostarlos á dónde?

—En mi casa.



—¿Cómo en tu casa?

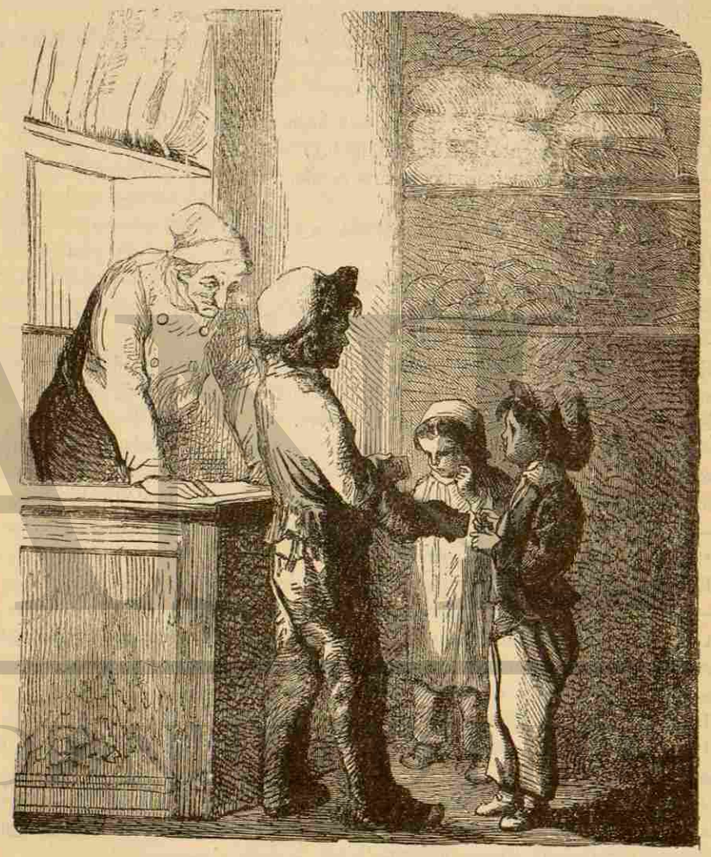
—En mi propia casa.

—¿Tienes tú casa?

—¡Vaya si la tengo! Estoy domiciliado.

—¿Y dónde?

—En el elefante,—dijo Gavroche.



Montparnasse, aunque de carácter poco asustadizo, no pudo contener una exclamación:

—¡En el elefante!

—Y qué? ¡Sí, en el elefante!—respondió Gavroche.—¿Kekcaa?

Esta es otra palabra de una lengua que nadie escribe y que todo el mundo habla. Kekcaa significa: ¿Y por qué no?

La profunda observación del pilluelo volvió la calma y el buen sentido á Mont-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parnasse, quien pareció tener ya mejor concepto respecto á la habitación de Gavroche.

—¡En rigor!—dijo.—Sí, el elefante. ¿Y se está allí bien?

—Muy bien,—respondió Gavroche.—Allí, en verdad no hay aires colados como debajo de los puentes.

—¿Y cómo entras?

—Entrando.

—¿Hay entonces algún agujero?—preguntó Montparnasse.

—¡Cáspita! Pero no se debe decir. Entre las patas delanteras. Los soplones no lo han visto aún.

—Y tú trepas. Ya comprendo.

—Un cambio de mano, cric, crac, y está hecho; luego nadie.

Después de un momento de silencio, añadió Gavroche:

—Para estos pequeñuelos buscaré una escalera.

Montparnasse se echó á reir.

—¿Dónde diablos te has encontrado esos mochuelos?

Gavroche respondió con sencillez:

—Son unos monigotes que me ha regalado un peluquero.

Entre tanto, Montparnasse se había quedado pensativo.

—Me has conocido con facilidad,—murmuró.

Sacó del bolsillo dos objetos pequeños, que no eran más que dos cañones de pluma rodeados de algodón, y se introdujo uno en cada ventana de la nariz.

Esto le transformaba la nariz por completo.

—Eso te cambia,—dijo Gavroche.—Así estás menos feo. Deberías ir siempre de ese modo.

Montparnasse era un guapo mozo; pero Gavroche era un burlón.

—Sin que te rías,—dijo Montparnasse,—¿qué tal te parezco?

Había variado el timbre de su voz.

En un momento, Montparnasse se hallaba desconocido.

—¡Oh!.... Haznos el "polichinela,"—exclamó Gavroche.

Los niños, que no habían oído nada hasta entonces, y que estaban ocupados en meterse los dedos en la nariz, se aproximaron al oir este nombre y miraron á Montparnasse con un principio de alegría y de admiración.

Desgraciadamente, Montparnasse estaba pensativo.

Puso la mano en el hombro de Gavroche, y le dijo, acentuándolas bien, estas palabras:

—Oye lo que te digo, muchacho: si me encontrase en la plaza con mi dogo, mi daga y mi diga, y vinieses á prodigarme diez buenos sueldos, me dignaría ganarlos, porque no soy el jueves lardero.

Esta frase extraña produjo en el pilluelo un singular efecto.

Volvióse con presteza, miró á su alrededor con sus ojuelos brillantes, y descubrió á algunos pasos un agente de policía que estaba de espaldas.

Gavroche dejó escapar un "Ah!, entiendo!" que reprimió en seguida, y dijo sacudiendo la mano de Montparnasse:

—Pues bien, buenas noches, me voy á mi elefante con mis monines. Por si acaso alguna noche me necesitas, ven á buscarme allí. Vivo en el entresuelo, no hay portero; preguntarás por el señor Gavroche.



—Está bien,—contestó Montparnasse.

Y se separaron, dirigiéndose Montparnasse hacia la Greve; y Gavroche hacia la Bastilla.

El pequeñuelo de cinco años, arrastrado por su hermano, que era arrastrado á su vez por Gavroche, volvió varias veces la cabeza para ver marcharse á "Polichinela".

La frase enigmática con que Montparnasse había avisado á Gavroche la presencia de un agente de policía, no contenía más secreto que la asonancia "dig" repetida algunas veces de diverso modo.

Esta sílaba "dig", no pronunciada aisladamente, sino mezclada artísticamente con las palabras de una frase, quiere decir: "Alerta, que no se puede hablar con libertad".

Había además en las palabras de Montparnasse una belleza literaria que no observó Gavroche: la frase "mi dogo", "mi daga" y "mi diga", locución de la germanía ó gerigonza del Temple, que significa "mi perro", "mi puñal" y "mi mujer", muy usada entre los pillos y granujas del gran siglo en que escribía Moliére y dibujaba Callot.

Hace veinte años se veía aún en el ángulo Sudeste de la plaza de la Bastilla, cerca del remanso del canal formado en el antiguo foso de la cárcel ciudadela, un extraño monumento que se ha borrado ya de la memoria de los parisienses, y que merecía haber dejado alguna huella, porque era una idea del "miembro del instituto, general en jefe del ejército de Egipto".

Decimos monumento, aunque no era más que un maniquí; pero este maniquí, boceto prodigioso, cadáver grandioso de una idea de Napoleón, á la que dos ó tres vendabales sucesivos habían empujado y llevado cada vez más lejos de nosotros, habíase hecho ya histórico, y había tomado un carácter definitivo, que contrastaba con su aspecto provisional.

Era un elefante de cuarenta pies de alto, construído de madera y mampostería; tenía encima su torre, que parecía una casa, pintada primitivamente de verde por un pintor de brocha gorda, y después de negro por el cielo, la lluvia y el tiempo.

En aquel ángulo deshabitado y descubierto de la plaza, la ancha frente del coloso, su trompa, sus colmillos, su torre, su enorme grupa, sus cuatro pies semejantes á otras tantas columnas, dibujaban por la noche en el cielo estrellado un perfil sorprendente y terrible.

No se sabía lo que significaba; era una especie de símbolo de la fuerza popular; era una cosa sombría, enigmática é inmensa; era un fantasma poderoso y visible, y de pie, al lado del espectro invisible de la Bastilla.

Pocos extranjeros visitaban aquel edificio; ningún transeunte se fijaba en él.

Caía ya en ruinas; en cada estación, los pedazos de yeso que se desprendían de sus costados, le producían llagas feísimas. "Los ediles", como se dicen en jerigonza elegante, le habían olvidado desde 1814.

Y allí estaba en su rincón, triste, enfermo, ruinoso, rodeado de una empalizada consumida, y manchada á cada instante por cocheros borrachos; muchas grietas le cruzaban el vientre; de la cola le salía un madero, y entre sus piernas crecían altas yerbas; y como el nivel de la plaza se elevaba hacía treinta años al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rededor por ese movimiento lento y continuo que levanta insensiblemente el piso de las grandes ciudades, estaba en un hoyo, pareciendo que la tierra se hundía bajo su peso.

Era inmundo, despreciado, repugnante y soberbio; feo á los ojos del habitante, melancólico á los ojos del pensador.

Tenía algo de la basura que se va á barrer y algo de la majestad que se va á decapitar.

Como ya hemos dicho, por la noche cambiaba de aspecto.

La noche es el verdadero centro de todo lo que es sombra.

Desde la caída del crepúsculo, el viejo elefante se transfiguraba; tomaba una figura tranquila y temerosa, en la formidable serenidad de las tinieblas.

Como pertenecía á lo pasado, le convenía la noche; la obscuridad sentaba bien á su grandeza.

Este monumento, rudo, abultado, pesado, áspero, austero, casi deforme, pero seguramente majestuoso, y lleno de cierta gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de estufa gigantesca, adronada con su cañón que ha reemplazado á la sombría fortaleza de nueve torres, como reemplaza la clase media al feudalismo.

Es cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita.

Esta época pasará, va pasando ya; se principia á comprender que si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; ó en otros términos, que lo que mueve y arrastra al mundo no son las locomotoras, son las ideas.

Uncid las locomotoras á las ideas; está bien, pero no toméis al caballo por el jinete.

En fin; el hecho es, volviendo á la plaza de la Bastilla, que el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande, y el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido únicamente hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el pomposo nombre de Columna de Julio, este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba rodeado todavía en 1832 de una inmensa camisa de madera, que por nuestra parte echamos de menos, y de una vasta empalizada de tablas, que acababa de aislar al elefante.

Hacia este rincón de la plaza, apenas iluminado por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos "monigotes".

Permítasenos detenernos aquí un instante, y recordar que estamos entre la simple realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia, y desperfectos de un monumento público, á un muchacho que había sido sorprendido durmiendo en el interior del elefante de la Bastilla.

Consignado este hecho, sigamos refiriendo.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Muñecos, no tengáis miedo!

Después entró por el hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante, y ayudó á los niños á pasar la brecha.

Los dos niños, algo asustados, seguían á Gavroche sin decir una palabra, y se



entregaban á aquella pequeña providencia harapienta que les había dado pan y les había prometido albergue.

Había en el suelo una escalera de mano, que servía de día á los trabajadores de una obra inmediata.

Gavroche la levantó con singular vigor, y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante.

Hacia el punto en que terminaba la escalera, se distinguía' un agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche enseñó la escalera y el agujero á sus huéspedes, y les dijo:

—Subid y entrad.

Los dos chiquillos se miraran aterrorizados.

—¡Tenéis miedo, monigotes!—exclamó Gavroche.

Y añadió:

—Vais á ver.

Agarróse al pie rugoso del elefante, y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la rendija; entró por ella como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció, y un momento después, los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era su cabeza, que asomaba al borde del tenebroso agujero.

—¡Eh!—gritó.—¡Subid ahora, muñequillos! ¡Ya veréis que bien se está aquí!

—Sube tú,—añadió, dirigiéndose al mayor;—yo te daré la mano.

Los chicos se dieron con los hombros; el pilluelo les infundía miedo y confianza á un tiempo, y luego llovía muy fuerte.

El mayor se arriesgó, y el pequeño, viendo subir á su hermano, y que se quedaba solo entre las patas de aquel enorme animal, estuvo á punto de llorar; pero no se atrevió.

El grande subía temblando por los peldaños de la escalera; Gavroche mientras tanto le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos, ó de un carretero á las mulas:

—¡No tengas miedo!

—¡Así, así!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Daca la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo á su alcance le cogió repentina y vigorosamente por el brazo, y le atrajo á sí.

—¡Ya te has colado!—le dijo.

El chiquillo había pasado el agujero.

—Ahora,—dijo Gavroche,—aguardad. Caballero, tenga usted la bondad de sentarse.

Y saliendo por la rendija como había entrado, se deslizó con la agilidad de un titi por la pata del elefante, cayendo de pie sobre la yerba, cogió al pequeñuelo de cinco años por mitad del cuerpo, y le plantó en medio de la escalera.

Después empezó á subir detrás de él, gritándole al mayor:

—Yo le empujo: cógele tú.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En un instante fué subido el chiquillo, empujado, arrastrado, metido por el agujero sin que tuviese tiempo de darse cuenta de nada; Gavroche, que entró detrás de él, pegó una patada á la escalera, que cayó sobre la yerba, dió entonces una palmada y gritó:

—¡Ya estáis aquí! ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosión, añadió:

—¡Cominillos, estáis en mi casa!

Gavroche estaba, en efecto, en su casa.

¡Oh utilidad increíble de lo inútil! ¡Caridad de todo lo grande! ¡Bondad de los gigantes!

Aquel monumento desmesurado, que había contenido un pensamiento del emperador, se había convertido en la jaula de un pilluelo.

El muñeco había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los burgueses endomingados que atravesaban los días de fiesta por delante del elefante de la Bastilla, decían midiéndole con la vista al nivel de su cabeza con cierto desprecio.

—¿De qué sirve eso?

Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo y de la lluvia, para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre, y del sueño sobre la nieve que produce la muerte, á un pequeño sér sin padre ni madre, sin pan, sin ropa, sin asilo.

Servía para recoger al inocente que la sociedad rechazaba.

Servía para remediar en algo una falta pública.

Era una cueva abierta para el que encontraba cerradas todas las puertas.

Parecía que el viejo y miserable mastodonte, invadido por los gusanos y por el olvido, cubierto de verrugas, de mataduras y de úlceras, vacilante, carcomido, abandonado, condenado; especie de mendigo colosal que pedía en vano la limosna de una mirada benévola en medio de aquella explanada, había tenido lástima de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba descalzo, sin techo bajo el cual cobijarse, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentándose de desperdicios.

Véase de qué servía el elefante de la Bastilla.

Aquella idea de Napoleón, despreciada por los hombres, había sido acogida por Dios.

Lo que sólo hubiera sido ilustre, se había hecho augusto.

El emperador habría necesitado para realizar lo que meditaba, el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol; á Dios le bastaba aquella vieja trabazón de tablas, vigas y yeso.

El emperador había tenido un pensamiento digno del genio; con aquel elefante titánico, armado, prodigioso, elevando su trompa, llevando su torre, y haciendo salir de todas partes á su alrededor aguas alegres y vivificantes, quería formar la encarnación del pueblo. Dios había hecho una cosa más grande; alojaba allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado era una rendija visible apenas por fuera, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que sólo gatos y chiquillos pudieran pasar por ella.

—Empecemos,—dijo Gavroche,—por decir al portero que no estamos en casa.



Y penetrando en lo obscuro, con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió á internarse en la obscuridad.

Los niños oyeron el chirrido del palito azufrado sumergido en la botellita fosfórica.



GOBIERNO DEL ESTADO DE N. LEON MONTERREY
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

Las cerillas con fósforo no se conocían aún; el eslabón Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una claridad súbita les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento.

El hacha, que despedía más humo que luz, hacía confusamente visible lo interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en torno suyo, y experimentaron algo semejante á lo que sentiría quien se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó más bien, lo que debió experimentar Jonás en el vientre de la ballena bíblica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se les aparecía un esqueleto gigantesco y los envolvía.

En lo alto, una gruesa viga obscura, de la cual partían de distancia en distancia macizas viguetas cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y de un lado á otro vastas telarañas hacían el efecto de polvorosos diafragmas.



Veíanse aquí y allí, en los rincones, grandes manchas negruscas, que parecían dotadas de vida, y que se agitaban rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre el fondo del vientre habían llenado la concavidad, de modo que se podía caminar sobre ellos como sobre un tablado.

El menor de los niños se arrimó á su hermano, y dijo á media voz:

—¡Qué obscuridad!

Esta frase llamó la atención de Gavroche.

El aspecto petrificado de los dos niños hacía necesaria una explosión:



—¿Qué estáis diciendo?—exclamó.—¡Cómo se entiende! ¿Es cosa de burlas? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitais acaso las Tullerías? ¿Sereis unos majaderos? Decídmelo. Os prevengo que no pertenezco al batallón de los torpes. ¡Ah ya! Eso es que sois los pinches del mostacero del papa.

Un poco de aspereza, es conveniente á los miedosos; les alienta.

Los niños se arrimaron á Gavroche.

Este, paternalmente enternecido de su confianza, pasó de "lo grave á lo dulce," y dirigiéndose al más pequeño:

—Bestia,—le dijo, pronunciando la injuria en tono cariñoso;—lo abscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frío, aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, aquí no hay una alma; en la calle no hay luna siquiera, aquí hay una luz; ¡por vida de!....

Los dos niños empezaron á mirar aquella habitación con menos miedo; pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplarla.

—Listos,—dijo.

Y los empujo hácia lo que podríamos llamar el fondo del cuarto.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche era completa; es decir, tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo de tejido de lana gris muy caliente, y casi nuevo.

Veamos ahora lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, y unidos por una soga en su vértice, de modo que formaban una pirámide.

Esta pirámide sostenía un enrejado de alambre de latón colocado por cima, y artísticamente aplicado y amarrado con ataduras de alambre de hierro, de modo que nada podía pasar entre él y el suelo.

El enrejado no era más que un pedazo de esas alambreras de que se hacen las pajareras en los corrales.

La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como una jaula.

El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

Ese enrejado es el que hacía las veces de cortina.

Gavroche apartó un poco las piedras que le sujetaban por delante, y se separaron así los dos paños, que caían uno sobre el otro.

—¡Muñecos, á cuatro patas!—dijo Gavroche.

E hizo entrar con precaución á sus huéspedes en la alcoba; entró luego detrás de ellos, arrastrándose; volvió á acercar las piedras, y así quedó herméticamente cerrada la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Por pequeños que ellos fueran, ninguno podía estar de pié en la alcoba.

Gavroche seguía teniendo el cabo de vela en la mano.

—Ahora,—les dijo,—sornad. Voy á suprimir el candelero.

—Señor,—preguntó el mayor de los dos hermanos á Gavroche, indicando el enrejado,—¿qué es esto?

—¿Eso?—dijo Gavroche gravemente.—Es para las ratas. ¡Sornad!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero se creyó obligado á añadir algunas palabras para instruír á aquellas criaturas, y continuó:

—Estas son cosas del Jardín Botánico. Eso sirve para los animales feroces. "Allay" un almacén lleno. "Nay" más que subir una pared, saltar por una ventana, y pasar una puerta, y se obtiene todo lo que se quiere.

Y mientras así hablaba, arropaba con una punta de la manta al más pequeño, el cual dijo para sí:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡Qué caliente!

Gavroche dió una mirada de satisfacción á la manta.

—También es esto del Jardín Botánico,—dijo.—Se la he "tomado" á los monos.

Y enseñando al mayor la estera en que estaba acostado, estera muy espesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la girafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto, y yo se lo he cogido. Por eso no se han enfadado. Les he dicho: "Es para el elefante."

Después de otra pausa, continuó:

—Se salta la tapia, y se la pega uno al gobierno. "Velay."

Los dos niños contemplaban con cierto respeto temeroso y estupefacto aquel sér intrépido é ingenioso, vagamundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural, y cuya fisonomía se componía de todas las muecas de un viejo saltimbanquis, mezcladas con la más sencilla y encantadora sonrisa.

—Señor,—dijo tímidamente el mayor,—¿conque no teneis miedo á los agentes de órden público?

Gavroche se limitó á contestar:

—¡Monigote! No se dice los agentes de órden, se dice los corchetes.

El menor tenía los ojos abiertos, pero escuchaba sin decir nada.

Como estaba al borde de la estera, y el mayor en medio, Gavroche le arropó con la manta, como lo hubiera podido hacer una madre, levantó la estera bejo su cabeza con unos harapos, con objeto de que le sirviese de almohada. Después se volvió hácia el mayor:

—¿Eh? ¡Se está muy bien aquí! ¿Qué tal?

—¡Ah, sí!—respondió el mayor, mirando á Gavroche con la expresión de un ángel salvado.

Los dos pobres chiquitines, que estaban calados, empezaban á calentarse.

—¡Ah!—continuó Gavroche.—¿Por qué llorabais?

Y mostrando al pequeño á su hermano, añadió:

—Un cominillo como ese, no diré que no; pero llorar un grandullón como tú, es de torpes; parece uno un becerro.

—¡Diantre!—dijo el niño,—no teníamos absolutamente donde cobijarnos.

—¡Caracoles!—respondió Gavroche,—no se dice cobijar, se dice empollar.

—Y además, teníamos miedo de estar solos así por la noche.

—No se dice la noche, se dice la obscura.

—Gracias, señor,—dijo el niño.

—Oye,—añadió Gavroche.—Es preciso no berrear nunca por nada. Yo cuidaré de vosotros. Ya vereis como nos divertimos. En verano iremos á los pozos de nieve con Navet, uno de mis camaradas, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre las barcas delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiar á las lavanderas, que gritan y alborotan. ¡Si supierais que malas son!



"Iremos á ver al hombre esqueleto; todavía vive en los Campos Elíseos; es muy flaco el tal parroquiano.

"Después os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Tengo billetes; conozco á los actores, y aún he representado una vez en una pieza. Eramos todos monigotes como ese, y corríamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro.

"Iremos á ver á los salvajes. No es verdad que sean tales salvajes; llevan un vestido de punto color de rosa que imita carne, pero que les hace arrugas, y hasta en los codos se notan los zurcidos con hilo blanco.

"Después iremos á la Opera; entraremos con los alabarderos. Los alabarderos son los que aplauden, y su cuerpo está muy bien organizado; pero yo no iría con ellos por la calle. Figúrate que en la Opera hay quien paga veinte sueldos; pero estos son tontos, y se les llama paganos.

"Luego iremos á ver guillotinar, os enseñaré el verdugo. Vive en la calle del Marais; el señor Sansón, tiene una caja buzón para las cartas á la puerta. ¡Ah! Se divierte uno en grande.

En aquel momento cayó una gota de sebo en el dedo de Gavroche, y le recordó las realidades de la vida.

—¡Cáspita!—dijo.—Se acabó el pabilo. ¡Atención! no puedo gastar más de dos sueldos mensuales en luz. Cuando uno se acuesta es para dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas de Paul de Kock. Además de que la luz podría pasar por las rajas de la puerta cochera, y los corchetes no tendrían que hacer más que mirar.

—Y luego,—observó tímidamente el mayor, único que se atrevía á hablar con Gavroche y á contestarle,—podría caer una chispa en la paja, y hay que cuidar de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa,—reparó Gavroche;—se dice asar los trapos.

La tempestad arreciaba, oíase á través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metidos, que llueva,—dijo Gavroche.—Me divierte ver correr el agua de la cuba por las patas de la casa. El invierno es un animal; pierde su género, pierde su trabajo, porque no puede mojarnos, y esto hace que gruña el viejo aguador.

Esta alusión al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en calidad de filósofo del siglo XIX, fué seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante.

Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el rayo, cual si bubiese caído allí.

Los dos chiquillos dieron un grito, y se levantaron con tal rapidez, que casi separaron el enrejado; pero Gavroche volviendo hácia ellos su rostro atrevido, aprovechó el trueno para lanzar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Ese es un hermoso trueno, sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el Dios bueno, caramba! Está casi tan bien hecho como en el teatro del Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó ligeramente á los dos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien, y exclamó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Puesto que Dios enciende su luz, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir, jóvenes humanos. Es muy malo no dormir; porque os haría desternillar el gañote ó como dicen en el gran mundo, heder el aliento. ¡Envolveos bien en la "vellosa!" Voy á pagar. ¿Estais ya?

—Sí,—murmuró el mayor,—estoy bien. Tengo la cabeza como sobre pluma.

—No se dice la cabeza; se dice el troncho,—díjole Gavroche.

Los dos niños se apretaron uno contra otro.

Gavroche acabó de arreglarlos sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas, y después les repitió por tercera vez la exclamación en lengua hiératica:

—Sornad.

Y apagó el cabo de vela.

Apenas quedaron á obscuras, un temblor singular empezó á conmover el enrejado que cubría á los tres muchachos.

Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido met.álico. Como si garras ó dientes arañasen la alambrera.

Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, oyendo este cencerro por encima de su cabeza, helado de espanto, empujó con el codo á su hermano; pero éste "sornaba" ya, como le había mandado Gavroche.

Entonces el pequeñuelo, no pudiendo con el miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche; pero en voz muy baja y conteniendo el aliento:

—¡Señor!

—¡Eh!—dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Ratas,—respondió Gavroche y volvió á descansar la cabeza en la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban á millares en el esqueleto del elefante, y que eran aquellas manchas negras vivas de que hemos hablado, habían permanecido quietas ante la luz mientras ardió la vela, pero en cuanto aquella caverna, que venía á ser su ciudad, había vuelto á la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama "carne fresca," se habían arrojado sobre la alcoba de Gavroche, habían trepado hasta el vértice, y mordían las mallas como si tratasen de agujerear aquella cobertera de nuevo género. El niño, sin embargo, no podía dormir.

—¡Señor!—volvió á decir.

—¡Eh!—dijo Gavroche.

—¿Son las ratas?

—¡Ratones!

Esta explicación tranquilizó un poco al niño.

Había visto algunas veces ratones blancos, y no les tenía miedo.

No obstante, volvió á alzar la voz:

—¡Señor!

—¡Qué!—repuso Gravoche.

—¿Por qué no teneis gato?

—He tenido uno,—contestó Gavroche;—traje uno, pero se lo comieron.

Esta segunda explicación desbarató el buen efecto de la primera, y el chiquitín volvió á temblar, de modo que por cuarta vez comenzó el diálogo entre él y Gavroche.



—¡Señor!

—¡Qué!

—¿Quién fué el comido?

—El gato.

—¿Y quién se comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado de estos ratones que se comían á los gatos, prosiguió:

—¡Señor! ¿Nos comerán á nosotros esos ratones?

—¡Vaya!—prorrumpió Gavroche.

El terror del niño llegaba á su colmo; pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. ¡Cállate y duerme!

Gavroche al mismo tiempo tomó la mano del pequeñín por encima de su hermano.

El niño apretó aquella mano y se tranquilizó.

El ánimo y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió el silencio; el ruido de las voces había ahuyentado y asustado á las ratas; y aunque al cabo de un rato volvieron á roer el enrejado, los tres muchachos, sumergidos en el sueño, no oían ya nada.

Pasáronse las horas de la noche.

La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla; un viento invernal, mezclado con la lluvia, soplaba á fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones obscuros, buscando á los vagabundos nocturnos, y pasaban por delante del elefante; el monstruo de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar como satisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y los hombres á las tres pobres criaturas dormidas.

Para comprender lo que sigue, es preciso recordar, que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podía ser visto ni oído del centinela.

Hacia el fin de la hora que precede inmediatamente al alba, salió corriendo un hombre de la calle de San Antonio, cruzó la plaza, dió la vuelta á la gran empalizada de la columna de Julio, y se deslizó por la cerca hasta colocarse bajo el vientre del elefante.

Si una luz cualquiera hubiera iluminado á aquel hombre, se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia, al verle calado hasta los tuétanos.

Cuando llegó bajo el elefante, lanzó un grito extraño é impropio de toda lengua humana, y que sólo podría reproducir un papagayo.

Repitió dos veces este grito, que sólo podemos representar ortográficamente así:

—¡Kirikikiú!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y tierna, respondió desde el vientre del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó, y dió paso á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un muchacho, que bajó por la pata del elefante, y fué á caer cerca de aquel hombre.

Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto á este grito "kirikikiú", era sin duda lo que el chico quería decir con "Preguntarás por el señor Gavroche".

Al oirle, se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su "alcoba", separando un poco el enrejado, que había vuelto á cerrar cautelosamente; después había abierto la trampa y descendido.

El hombre y el muchacho se reconocieron silenciosamente en la obscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á echar una mano.

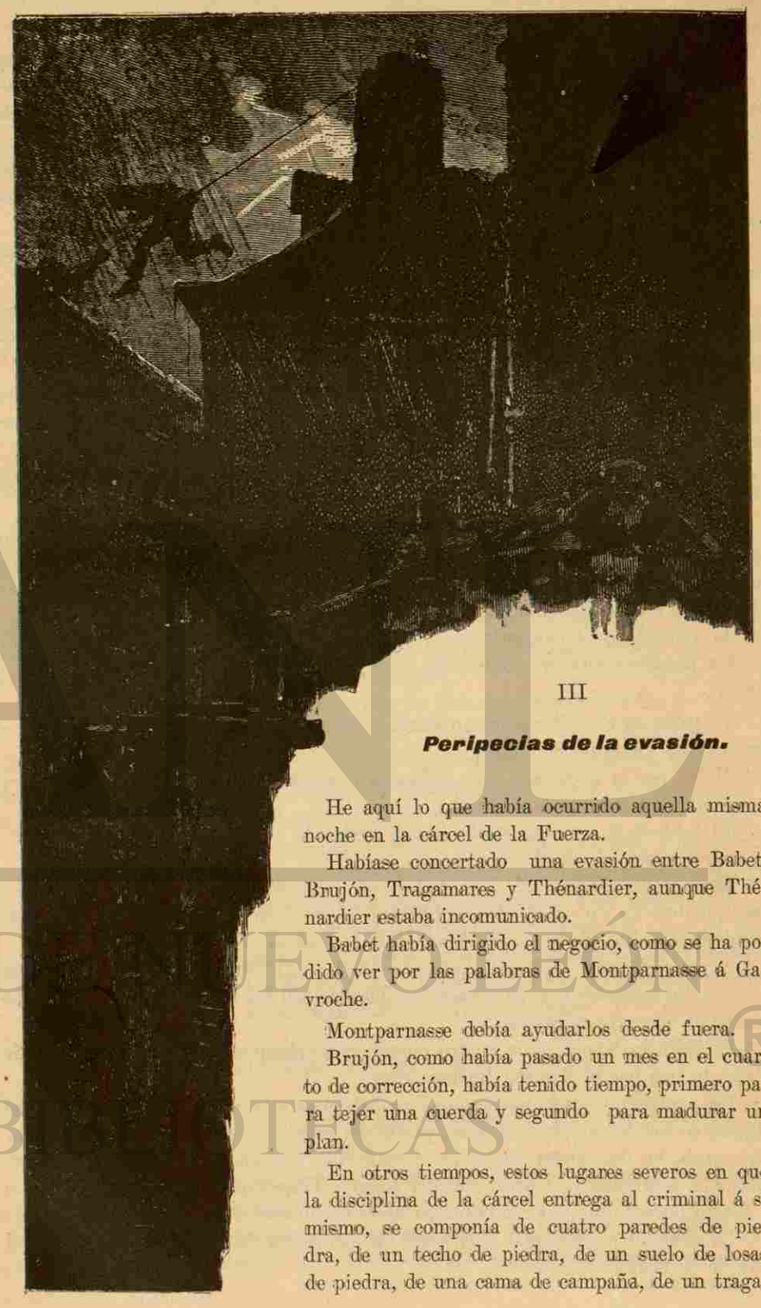
El pilluelo no pidió ninguna explicación.

—Aquí me tienes,—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnasse, serpenteando rápidamente á través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á dicha hora bajan al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus capotes para guarecerse de la lluvia, ni miraron siquiera á aquellos extraños transeuntes.





## III

### Peripecias de la evasión.

He aquí lo que había ocurrido aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamares y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado.

Babet había dirigido el negocio, como se ha podido ver por las palabras de Montparnasse á Gavroche.

Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo, primero para tejer una cuerda y segundo para madurar un plan.

En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la cárcel entrega al criminal á sí mismo, se componía de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un traga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un muchacho, que bajó por la pata del elefante, y fué á caer cerca de aquel hombre.

Era Gavroche. El hombre era Montparnasse.

En cuanto á este grito "kirikikiú", era sin duda lo que el chico quería decir con "Preguntarás por el señor Gavroche".

Al oirle, se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su "alcoba", separando un poco el enrejado, que había vuelto á cerrar cautelosamente; después había abierto la trampa y descendido.

El hombre y el muchacho se reconocieron silenciosamente en la obscuridad.

Montparnasse se limitó á decir:

—Te necesitamos. Ven á echar una mano.

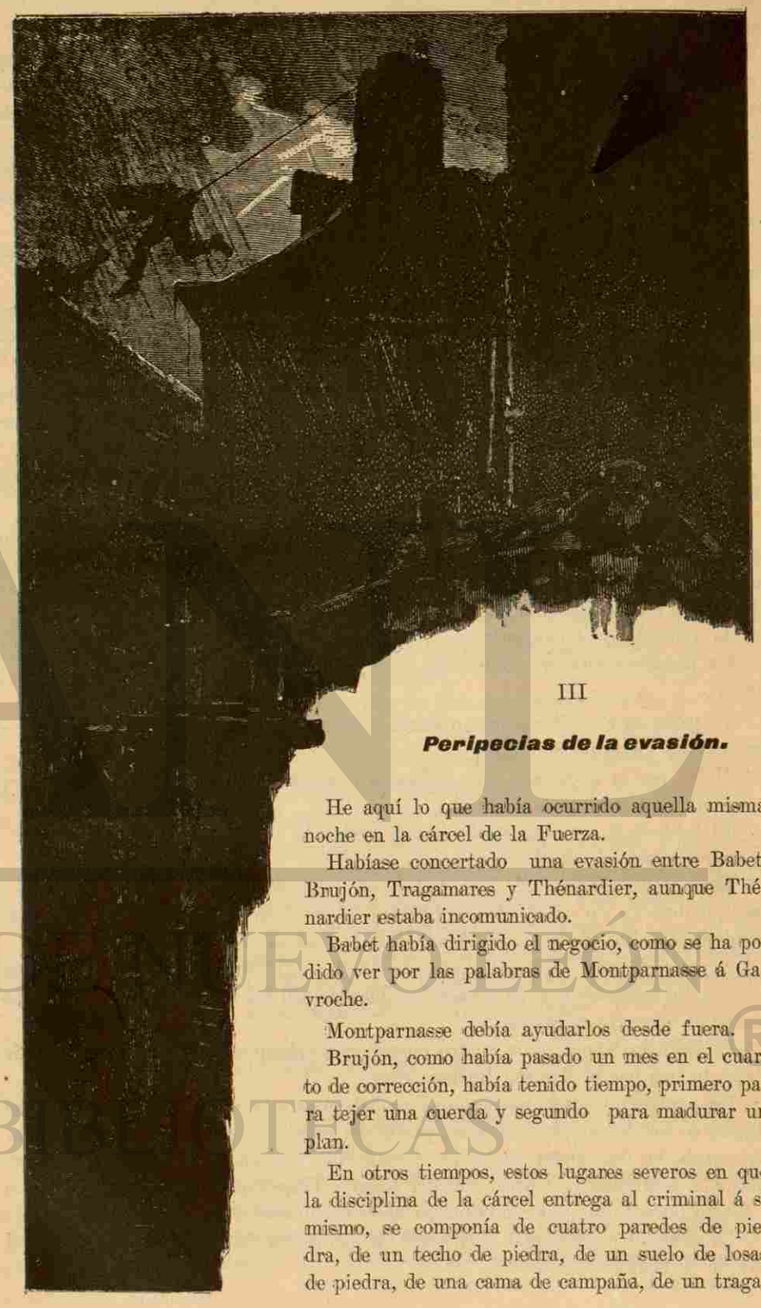
El pilluelo no pidió ninguna explicación.

—Aquí me tienes,—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnasse, serpenteando rápidamente á través de la larga fila de carretas de los hortelanos que á dicha hora bajan al mercado.

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus capotes para guarecerse de la lluvia, ni miraron siquiera á aquellos extraños transeuntes.





## III

### Peripecias de la evasión.

He aquí lo que había ocurrido aquella misma noche en la cárcel de la Fuerza.

Habíase concertado una evasión entre Babet, Brujón, Tragamares y Thénardier, aunque Thénardier estaba incomunicado.

Babet había dirigido el negocio, como se ha podido ver por las palabras de Montparnasse á Gavroche.

Montparnasse debía ayudarlos desde fuera.

Brujón, como había pasado un mes en el cuarto de corrección, había tenido tiempo, primero para tejer una cuerda y segundo para madurar un plan.

En otros tiempos, estos lugares severos en que la disciplina de la cárcel entrega al criminal á sí mismo, se componía de cuatro paredes de piedra, de un techo de piedra, de un suelo de losas de piedra, de una cama de campaña, de un traga-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luz enrejado, y de una puerta forrada de hierro, y que se llamaban "calabozos".

Hoy día el calabozo se considera como una cosa demasiado horrible, y se compone de una puerta de hierro, de un tragaluz enrejado, de una cama de campaña, de un suelo de losas de piedra, de un techo de piedra, de cuatro muros de piedra y se llama el "cuarto de corrección".

A eso del medio día se ve en él un poco.

El inconveniente de estos cuartos, que, como se ve, no son calabozos, es dejar pensar á los seres á quienes se debería hacer trabajar.

Brujón, pues, había meditado, y había salido del cuarto de corrección con una cuerda.

Como se le consideraba muy peligroso en el patio de Carlomagno, se le trasladó al Edificio Nuevo; y lo primero que encontró allí fué á Tragamares, y lo segundo un clavo; á Tragamares, es decir, el crimen; un clavo, esto es, la libertad.

Brujón, cuyo carácter debemos pintar completamente ahora, era, bajo una apariencia de complexión delicada y una languidez profundamente estudiada, un ganapán pulido, inteligente y ladrón, de mirada agradable y sonrisa atroz.

Su mirada era el resultado de su voluntad, y su sonrisa el resultado de su naturaleza.

Sus primeros estudios en el "arte" se habían dirigido á los tejados; había introducido grandes progresos en la industria de los ladrones de plomo, que levantan las planchas de las azoteas y arrancan los canalones por el procedimienot llamado entre ellos de "tocino gordo".

Lo que en aquel momento hacía más favorable una tentativa de evasión, era que los plomeros estaban reparando y componían parte del empizarrado de la cárcel.

El patio de San Bernardo no estaba enteramente aislado del patio de Carlomagno y del patio de San Luis.

Había por la parte más alta andamios y escalas, ó en otros términos puentes y escaleras del lado de la libertad.

El Edificio Nuevo, que estaba lo más agrietado y ruinoso que puede imaginarse, era el punto más débil de la cárcel.

Las paredes estaban tan desgastadas por el salitre, hasta el extremo de ser necesario cubrir de un entablado las bóvedas de los dormitorios, porque solían desprenderse de ellos piedras, que caían sobre las camas de los presos.

A pesar de esta decrepitud, se cometía la falta de encerrar en el Edificio Nuevo á los acusados más peligrosos, de guardar allí las "causas graves", como se dice en el lenguaje carcelario.

El Edificio Nuevo tenía cuatro dormitorios sobrepuestos y una armadura de tejado encima que se llamaba Buenos Aires.

Un ancho caño de chimenea, que probablemente había sido de alguna cocina antigua de los duques de la Fuerza, partía del piso bajo, atravesaba los cuatro pisos, cortaba en dos partes todos los dormitorios, figurando una especie de pilar aplastado, que pasaba al otro lado del techo. Tragamares y Brujón estaban en el mismo dormitorio, y por precaución habían sido encerrados en el piso bajo.

La casualidad hacía que la cabecera de sus camas estuviese apoyada en aquel caño de chimenea.



Thénardier estaba precisamente sobre la cabecera de ellos, en esa armadura ó cubierta llamada Buenos Aires.

El transeunte que se detiene en la calle Cultere Sainte Catherine, más allá del cuartel de los bomberos, delante de la puerta cochera de la casa de baños, descubre un patio lleno de flores y de arbustos en cajones, en cuyo fondo se eleva entre dos alas una pequeña rotonda blanca, adornada con postiguillos verdes, el sueño bucólico de Rousseau.

No hace aún diez años, por cima de esta rotonda alzábase una tapia negra, enorme, horrible, desnuda, á la cual se hallaba unida.

Aquella era la pared del camino de ronda de la Fuerza.

Ese muro detrás de esa rotonda, era Milton visto por detrás de Berquin.

Por muy alto que fuera este muro, estaba dominado todavía por un tejado, más negro aún, que se divisaba más allá.

Era el tejado del Edificio Nuevo.

Descubríanse en él cuatro buhardillas con reja, que eran las ventanas de Buenos Aires.

Una chimenea salía del tejado; era la misma que atravesaba por los dormitorios.

Buenos Aires, aquella cúpula del Edificio Nuevo, era una especie de desván extensísimo abuhardillado, cerrado con triples rejas, y puertas forradas de hierro y tachonadas de clavos enormes.

Cuando se entraba en él por la parte del Norte, quedaban á la izquierda los cuatro tragaluces, á la derecha, haciendo frente, cuatro cuartos cuadrados, bastante grandes, separados por estrechos corredores de mampostería hasta determinada altura, y desde allí al techo por barrotes de hierro.

Thénadier estaba incomunicado en uno de esos cuartos desde la noche del 3 de Febrero.

No se ha podido saber por qué medios había adquirido, y tenido oculta, una botella, de aquel vino inventado, dicen, por Desrues, que contiene un narcótico, y que la banda de los "adormecedores" ha hecho célebre.

Hay en muchas cárceles empleados alevosos, mezcla de carceleros y ladrones, que auxilian en las evasiones, que venden á la policía una domesticidad infiel, y que hacen saltar las portezuelas de los coches que transportan á los presos.

En aquella misma noche, pues, en que Gavrochillo había recogido á los dos niños perdidos, Brujón y Tragamares, que sabían que Babet, escapado por la mañana, les esperaba en la calle con Montparnasse, se levantaron silenciosamente, y empezaron á agujerear con el clavo encontrado por Brujón el caño de chimenea que estaba tocando á su cama.

Los yesones que se desprendían caían sobre la cama, de modo que no producían el menor ruido.

El turbión y los truenos conmovían las puertas en sus goznes, y producían en la cárcel un estrépito horrible y conveniente.

Algunos presos, que se despertaron, aparentaron volverse á dormir, y dejaron trabajar á Tragamares y á Brujón.

Brujón era diestro y Tragamares vigoroso; así es que antes que llegase el menor ruido al vigilante acostado en la celda enrejada que daba al dormitorio, esta-

ba ya agujereado el caño, escalada la chimenea, forzada la reja que cerraba el orificio superior, y en el tejado los dos temibles bandidos.

La lluvia y el viento redoblaban; el tejado estaba resbaladizo.

—"¡Qué obscura más á propósito para una escampavía!"—dijo Brujón.

Un abismo de seis pies de ancho y ochenta de profundidad los separaba de la pared de ronda.

En el fondo de aquel abismo veían brillar en la obscuridad el fusil de un centinela.

Ataron por un lado, á los restos de los barrotes de la chimenea que acababan de retorcer, la cuerda que Brujón había hilado en su calabozo; echaron el otro cabo por cima del muro de ronda, atravesaron de un salto el abismo, se agarraron al caballete del muro, pasaron las piernas por encima, se deslizaron uno tras otro por la cuerda hasta el cabriol del muro que tocaba con la casa de baños; tiraron hacia sí la cuerda, saltaron al patio de la casa de baños, le atravesaron, empujaron el postiguillo del portero, á cuyo lado colgaba el cordón; tiraron de éste, con lo que se abrió la puerta cochera, y se encontraron en la calle.

No hacía más de tres cuartos de hora que se habían puesto de pie sobre sus camas en las tinieblas, con el clavo en la mano y el proyecto en la mente.

Algunos momentos después se unieron á Babet y á Montparnasse, que vagaban por los alrededores.

Al tirar de la cuerda, rompióse ésta, quedando un trozo atado á la chimenea en el tejado.

No habían tenido más contratiempo que el de haberse desollado las manos por completo.

Thénardier estaba prevenido aquella noche, sin que se pudiese saber de qué manera había recibido aviso y no dormía.

A eso de la una, en medio de la obscuridad de la noche, vió pasar dos sombras por el tejado, por entre la lluvia y el viento, y por delante del tragaluz que daba frente á su calabozo.

Una de aquellas sombras se detuvo en el tragaluz el tiempo suficiente para dirigir una mirada; era Brujón.

Thénardier le conoció, y comprendió lo bastante.

Thénardier, designado como peligroso, y detenido como acusado de una emboscada nocturna á mano armada, estaba vigilado por un centinela de vista, que era relevado cada dos horas, y se paseaba con el fusil cargado por delante de su calabozo.

Buenos Aires estaba iluminado por un farol de pared.

El preso tenía unos grillos de cincuenta libras de peso.

Todos los días, á las cuatro de la tarde, un carcelero, escoltado de dos perros de presa, porque esto se hacía aún en aquella época, entraba en su calabozo, ponía cerca de su cama un pan negro de dos libras, un cántaro de agua y una escudilla de un caldo bastante claro, en que nadaban algunas habichuelas; reconocía los grillos, y golpeaba en los barrotes.

Aquel hombre volvía dos veces por la noche con sus perros.

Thénardier había conseguido que le permitieran conservar una clavija de hierro que usaba para colgar el pan en una hendidura de la pared, con objeto, decía él, de "ponerle á salvo de las ratas".



Como estaba vigilado, no se había hallado inconveniente ninguno en dejarle aquella clavija.

Sin embargo, luego se recordó que el carcelero había dicho:

—Más valdría que la clavija fuese de madera.

A las dos de la mañana fueron á relevar al centinela, que era un soldado viejo, y fué reemplazado por un quinto.

Algunos momentos después, el carcelero, acompañado de sus perros, pasó la revista, y se retiró sin haber notado nada, excepto "la mucha mocedad y el aire solano del bisoño".

Dos horas después, á las cuatro, cuando fueron á relevar al quinto, le encontraron dormido y tirado en el suelo como un tronco, junto al calabozo.

En cuanto á Thénardier, ya no estaba allí.

Los grillos yacían rotos por el suelo.

Había un agujero en el techo, y otro más arriba en el tejado.

Faltaba una tabla de la cama, que había desaparecido.

Hallóse en el calabozo una botella medio vacía, que contenía el resto del vino narcotizado con que se había dormido al centinela.

La bayoneta de éste había desaparecido también.

Al descubrirse todo esto, se creyó que Thénardier estaría ya fuera de alcance.

Pero en realidad, si no estaba ya en el Edificio Nuevo, se veía aún en gran peligro.

Thénardier, al llegar al tejado del Edificio Nuevo, había encontrado el resto de la cuerda de Brujón que colgaba de los barrotes de la trampilla superior de la chimenea; pero siendo muy corto aquel cabo roto, no había podido evadirse por encima del camino de ronda, como lo habían hecho Brujón y Tragamares.

Cuando se vuelve de la calle de los Bailes para entrar en la del Rey de Sicilia, se encuentra casi de repente, á la derecha, una sucia hondonada.

Había allí en el siglo último una casa, de que no queda más que la pared del fondo, verdadera tapia maciza que se eleva hasta la altura de un tercer piso por entre los edificios contiguos.

Distínguese esta ruina por dos grandes ventanas cuadradas, que aún existen; la de enmedio, que está hacia la derecha, está atravesada por una viga carcomida, sujeta por otro madero.

A través de estas ventanas se distinguía antes una alta y lúgubre pared, que era un trozo de la muralla de camino de ronda de la Fuerza.

El hueco que la casa demolida ha dejado en la calle, está ocupado en su mitad por una empalizada de tablas podridas, sostenidas por cinco guarda cantones de piedra.

En ese cercado se oculta una casilla apoyada contra la pared ruinosa.

La empalizada tiene una puerta, que hace algunos años se cerraba con sólo picaporte.

A la cima de esta pared era dónde había conseguido llegar Thénardier á las tres de la madrugada.

¿Cómo había llegado hasta allí? Nunca se supo ni ha podido explicarse.

Los relámpagos debieron auxiliarle y molestarle á un tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Se sirvió de las escalas y andamios de los pizarreros para pasar de un tejado á otro, de un cercado á otro, de una manzana á otra, de los edificios del patio de Carlomagno á los del patio de San Luis, después al muro de la ronda, y luego al solar de la calle del Rey de Sicilia?

En este trayecto había soluciones de continuidad que lo hacían al parecer imposible.

¿Había usado la tabla de la cama como un puente desde el tejado de Buenos Aires hasta la tapia del camino de ronda; y arrastrándose por el caballete como una culebra alrededor de la cárcel hasta el solar?

Pero la tapia del camino de ronda de la Fuerza formaba una línea almenada y desigual, subía y bajaba, descendía hacia el cuartel de bomberos, y se elevaba hacia la casa de baños, estaba cortada por varios edificios, y no tenía la misma altura por el palacio Lamoignon que por la calle Pavée; por todas partes presentaba líneas verticales y ángulos rectos; además los centinelas habrían visto en este caso el sombrío perfil del fugitivo; y aún así, el camino recorrido por Thénardier resulta casi inexplicable.

De ambas maneras resultaba imposible la fuga.

Thénardier, iluminado por esa terrible sed de libertad que transforma los precipicios en fosos, las rejas de hierro en cañizos de mimbres, la debilidad en fuerza, el gotoso en gamo, la estupidez en instinto, el instinto en inteligencia, y la inteligencia en genio; Thénardier, decimos, ¿había inventado é improvisado un tercer medio?

Nunca llegó á saberse.

No siempre es posible explicarse las maravillas de una evasión.

El hombre que se escapa, lo repetimos, está inspirado; hay algo de las estrellas y del relámpago en el misterioso fulgor de la huida, el esfuerzo hacia la libertad no es menos sorprendente que el vuelo hacia lo sublime; y se dice de un ladrón escapado: "¿Cómo lo ha hecho para escalar este muro?" Lo mismo que se dice de Corneille: "¿quién le inspiró tal concepto?"

Sea como fuere, Thénardier goteando sudor, empapado por la lluvia, destrozados los vestidos, desolladas las manos, ensangrentados los codos, despedazadas las rodillas, había llegado á lo que los niños llaman "el corte" de la pared ruinosa; y allí, faltándole las fuerzas, se había echado á lo largo.

La altura vertical de un tercer piso le separaba del empedrado de la calle.

La cuerda que tenía era muy corta.

Allí quedaba esperando, pálido, rendido, perdida toda esperanza, cubierto aún por la obscuridad de la noche, pero pensando en que iba á venir el día, aterrorizado ante la idea de oir dentro de algunos instantes las cuatro en el próximo reloj de San Pablo, hora en que irían á relevar al centinela, le encontrarían dormido y verían el techo agujereado; allí estaba mirando estupefacto una profundidad terrible, á la luz de dos faroles, el suelo mojado y negro, aquel suelo deseado y espantoso que era la muerte y era la libertad.

Se preguntaba si sus tres cómplices de evasión habrían salido bien, si le habrían esperado, y si vendrían en su auxilio.

Escuchaba.

Excepto una patrulla, nadie había pasado por la calle desde que estaba allí.



Casi todos los hortelanos de Montreuil, de Charonne, de Vincennes y de Bercy que iban al mercado, bajaban por la calle de San Antonio.

Dieron las cuatro.

Thénardier tembló.

Pocos instantes después, aquel rumor espantadizo y confuso que sigue á una evasión descubierta, estalló en la cárcel.



El ruido de puertas que se abren y se cierran, el chirrido de las rejas sobre sus goznes, el tumulto del cuerpo de guardia, las roncas voces de los carceleros, el choque de las culatas de los fusiles en los patios, llegaban hasta él.

Algunas luces subían y bajaban á las ventanas enrejadas de los dormitorios; una antorcha corría por el piso superior del Edificio Nuevo; los bomberos del cuartel próximo habían sido llamados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sus cascos, iluminados en medio de la lluvia por la antorcha, iban y venían á lo largo de los tejados.

Al mismo tiempo, Thénardier veía del lado de la Bastilla una claridad pálida, que blanqueaba lúgubremente la parte baja del cielo.

Estaba, pues, en lo alto de un muro de diez pulgadas de ancho, sufriendo echado el aguacero, entre dos abismos, uno á la derecha y otro á la izquierda, sin poder moverse, presa del vértigo de una caída posible, y del horror de una prisión segura; su pensamiento, como el badajo de una campana, iba de una á otra de estas ideas.

Muerto, si caigo; preso, si me quedo.

En esta angustia, vió de pronto en la calle, obscura todavía, un hombre que se deslizaba á lo largo de la pared, y que venía del lado de la calle Pavée; vióle detenerse en la hondonada, encima de la cual estaba él como suspendido.

A aquel hombre se le unió otro que marchaba con la misma precaución, después un tercero, y por último un cuarto individuo.

No bien se hallaron reunidos aquellos hombres, alzó uno de ellos el picaporte de la puerta de la empalizada, y entraron los cuatro en el recinto en que está la casilla.

Hallábanse precisamente debajo de Thénardier.

De seguro se habían juntado allí en aquella hondonada para poder hablar sin ser vistos de los transeuntes ni del centinela que guarda la puerta de la Fuerza á pocos pasos más allá.

Debemos decir igualmente que la lluvia tenía acorralado al centinela dentro de su garita.

No pudiendo Thénardier distinguir sus rostros, prestó oído á sus palabras con la atención desesperada del miserable que se ve perdido.

Thénardier sintió como que pasaba algo por delante de sus ojos parecido á la esperanza, cuando oyó á aquellos hombres hablar en germania, esto es, en la gerigonza con que se entienden en cárceles y presidios.

El primero decía por lo bajo, pero claramente:

—Chalémonos. ¿Qué querelamos "icigó?" (Vámonos. ¿Qué hacemos aquí?)

El segundo respondió:

—Brijinda hasta babiñar el casinoben. Y luego los chineles van á nacar, y hay un jundunar que está de rendiqué. Nos loyarán "icicaille". (Llueve hasta apagar el infierno. Y luego los esbirros van á pasar, y hay un soldado que está de centinela. Nos cogerán "aquí".)

Estas dos palabras "icigó" é "icicaille" de la germania francesa, que ambas significan "aquí", y que pertenecen, la primera al habla de las afueras de París y la segunda á la del barrio del Temple, fueron rayos de luz para Thénardier.

Por el "icigó" reconoció á Brujón, que era vago de las afueras, y por el "icicaille" á Babet, que, entre todos sus oficios, tenía el de prendero en el Temple.

La antigua germania del gran siglo no se habla ya sino en el Temple, y Babet era el único quizá que la hablase con toda pureza. Sin el "icicaille", Thénardier no le habría reconocido de ningún modo, porque había enteramente desnaturalizado su voz.

Mientras tanto, el tercero había intervenido en la conversación:

—Nada apremia todavía, esperemos un poco. ¿Quién nos dice que no necesite de nosotros?



En este lenguaje, que era el ordinario, reconoció Thénardier á Montparnasse, quien ponía su elegancia en comprender todos los géneros de gerigonza y no hablar ninguno.

En cuanto al cuarto, se estaba callado, pero sus anchas espaldas le denunciaban. Thénardier no dudó un momento; era Tragamares.

Brujón replicó casi impetuosamente, pero siempre en voz baja y en germania:

—¿Qué estás diciendo? El hostelero no ha podido escaparse. ¡Quiá! ¡Si no conoce el oficio! ¡Para hacer tiras de la camisa y giras de las sábanas, y tejer con ellas una cuerda, agujerear las puertas, fabricar documentos falsos y llaves ganzuas, cortar los grillos, suspender la cuerda por fuera, esconderse, disfrazarse, se necesita ser muy ducho! El viejo no habrá podido hacerlo; no sabe trabajar.

Babet añadió, pero siempre en esa pura germania clásica que hablaban Pualler y Cartucho, y que es respecto á la gerigonza atrevida, nueva, imaginativa y vigorosa que usaba Brujón, lo que la lengua de Racine es á la lengua de Andrés Chenier:

—A tu posadero le habrán cogido en el garlito. Se necesita ser largo, y él no pasa de aprendiz. Se habrá dejado engañar por algún soplón, quizá, quizá por algún borrego que habrá hecho de compadre. Oye Montparnasse, ¿oyes esos gritos en la cárcel? ¿Ves cuántas luces? Le cogieron, no te quepa duda. Ya tiene para veinte años de presidio. Yo no tengo miedo, no soy ningún gallina, ya lo sabes; pero no se puede hacer nada en su favor, ó si nos metemos en ello, nos harán bailar. No te enfades, vente con nosotros; vamos á beber una botella de lo rancio en buena compañía.

—No se debe dejar á los amigos en apuro,—murmuró Montparnasse.

—Te digo que está cogido. A estas horas el posadero no vale un comino. Nada podemos hacer ya. Vámonos. Creo á cada instante estar en manos de los corchetes.

Unicamente Montparnasse se resistía ya débilmente; la verdad es que aquellos cuatro hombres, con esa fidelidad que se guardan los bandidos para no abandonarse jamás unos á otros, habían estado rondando toda la noche alrededor de la Fuerza, á pesar del peligro, con la esperanza de ver salir á Thénardier por lo alto de algún muro.

Pero la noche, por cierto magnífica para ellos, era de lluvia y viento á propósito para que nadie transitase por las calles; así iban teniendo frío, y sus vestidos mojados, su calzado roto, el ruido poco tranquilizador que acababa de estallar en la cárcel, las horas que habían pasado, las patrullas que habían visto, la esperanza que se agotaba y el miedo que volvía, todo esto los impulsaba á retirarse.

Hasta el mismo Montparnasse, que era un poco, tal vez, yerno de Thénardier, cedía también.

Thénardier estaba anhelante sobre la tapia como los náufragos de la "Medusa" en su balsa, viendo el buque que se les había aparecido desvanecerse en el horizonte.

No se atrevía á llamarlos; un grito que se oyese podía hacérselo perder todo. Se le ocurrió una idea, la última, como un relámpago; sacó el cabo de cuerda de Brujón que se había metido en el bolsillo y que había dasatado de la chimenea del Edificio Nuevo, y lo dejó caer en el recinto de la empalizada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El cabo fué á parar á los pies de ellos.

—¡Una cuerda!—dijo Babet.

—¡Es la mía!—exclamó Brujón.

—Ahí está el posadero,—dijo Montparnasse.

Alzaron todos los ojos. Thénardier alargó un poco la cabeza.

—¡Pronto!—añadió Montparnasse.—¿Tienes tú el otro cabo de cuerda, Brujón?

—Sí.

—Atalos ambos, le echaremos la cuerda, él la sujetará al muro, y tendrá lo bastante para bajar.

Thénardier se arriesgó á alzar la voz:

—Estoy transido.

—Ya te calentarás.

—No me puedo mover.

—Te dejarás escurrir, y nosotros te recibiremos.

—Tengo las manos hinchadas.

—Ata solamente la cuerda á la pared.

—No podré.

—Será preciso que suba alguno de nosotros,—dijo Montparnasse.

—¡Tres pisos!—prorrumpió Brujón.

Una antigua cañería de barro y yeso, que había servido en otro tiempo de conducto de chimenea á la cocinilla de la casucha, subía á lo largo de la pared casi hasta el sitio donde se distinguía á Thénardier.

Esa cañería, toda agrietada y llena de hendiduras, se ha hundido ya desde entonces; pero todavía se advierten sus vestigios. Era muy estrecha.

—Por ahí se podría subir,—observó Montparnasse.

—¡Por ese caño!—exclamó Babet.—¡Un hombre, jamás! Un chico sería menester.

—Un monicaco, sí,—añadió Brujón.

—¿Y dónde hallar ahora ese muchacho?—dijo Tragamares.

—Esperad,—dijo Montparnasse.—Tengo lo que hace falta.

Abrió suavemente la puerta de la empalizada, se aseguró de que no pasaba nadie por la calle, salió con precaución, volvió á cerrar la puerta tras sí, y partió corriendo en dirección de la Bastilla.

Transcurrieron siete ú ocho minutos, ocho mil siglos para Thénardier; Babet, Brujón y Tragamares, no descosían sus labios; abrióse por fin la puerta y apareció Montparnasse sofocado conduciendo á Gavroche.

La lluvia continuaba, con lo que la calle seguía completamente desierta.

Gavrochillo entró dentro de la empalizada, y miró aquellas figuras de bandidos con aire tranquilo.

Chorreábale el agua por los cabellos.

Tragamares le dirigió la palabra:

—¿Mochuelo, eres hombre tú?

Gavroche se encogió de hombros y respondió:

—Un chavó como yo sina un manú, y manuces como sangue sinelan chaborós. (Un mozuelo como yo es un hombre, y hombres como vosotros son muchachos).



—¡Bien cortada tiene la lengua el chabal!—exclamó Babet, siempre en germanía.

—No es de paja mojada el niño de París,—añadió Brujón.

—¿Qué hace falta?—preguntó Gavroche.

Montparnasse respondió:

—Trepar por ese caño.

—Con esta cuerda,—dijo Babet.

—Y atarla luego,—añadió Brujón.

—En lo alto del muro,—repuso Babet.

—Al travesaño de la ventana,—agregó Brujón.

—¿Y después?—dijo Gavroche.

—¡Esto es todo!—respondió Tragamares.

El pilluelo examinó la cuerda, la cañería, la pared, las ventanas, é hizo ese inexplicable y desdeñoso ruido con los labios, que significa:

—¡Vaya una habilidad!

Allá arriba hay un hombre á quien puedes salvar,—observó Montparnasse.

—¿Quieres?—interrojó Brujón.

—¡Vaya una barbaridad!—respondió el chicuelo, como si la pregunta le pareciese irracional.

Y se quitó los zapatos.

Tragamares cogió á Gavroche de un brazo, le subió sobre el tejado de la casilla, cuyas tablas carcomidas cedían con el peso del muchacho, y le dió la cuerda que Brujón había empalmado durante la ausencia de Montparnasse.

El pilluelo se dirigió á la cañería, en la que era fácil penetrar, gracias á una ancha hendidura que tocaba al tejado.

En el momento en que iba á subir, como viese Thénardier acercarse la salvación y la vida, se inclinó hacia el borde de la pared; entonces la primera claridad del día blanqueó su frente inundada de sudor, sus pómulos lívidos, su nariz afilada y salvaje, su barba gris y erizada, y Gavroche le conoció:

—¡Calla!—exclamó.—¡Es mi padre...! ¡Oh! ¡Vaya! ¡No le hace!

Y cogiendo la cuerda con los dientes, comenzó resueltamente el escalamiento.

Llegó á lo alto del muro, horcajó por cima como sobre un caballo, y ató sólidamente la cuerda á la parte superior de la ventana.

Un momento después, Thénardier estaba en la calle.

En cuanto llegó al suelo, en cuanto se vió fuera de peligro, ya no se sintió fatigado, ni transido, ni tembloroso; desvanecióse como el humo todo lo terrible que acababa de pasar por él, despertóse toda aquella extraña y feroz inteligencia, y hallóse en pie y libre, dispuesto á marchar delante de ella.

He aquí cuál fué la primera palabra de aquel hombre:

—Y ahora ¿á quién vamos á comer?

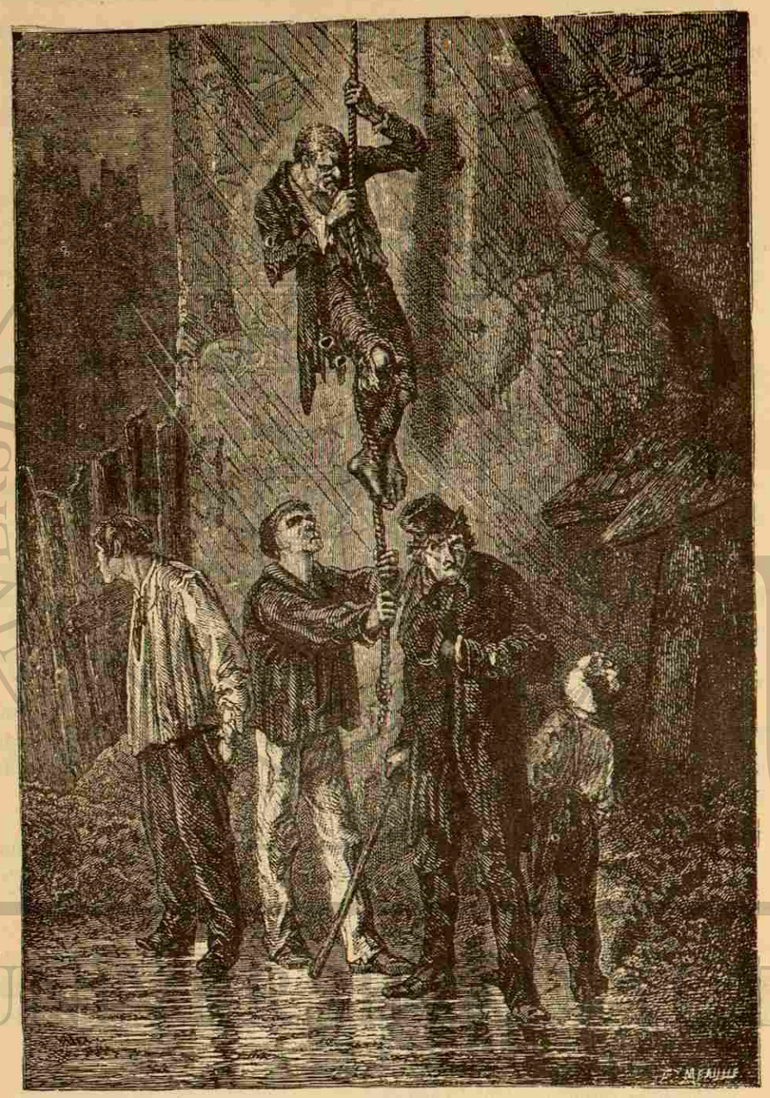
Inútil es explicar el sentido de esa palabra horriblemente transparente, que significa á la vez matar, asesinar y despojar.

"Comer", sentido verdadero: "devorar".

—Entendámonos bien,—dijo Brujón.—Despachemos en tres palabras, y separémonos luego. Había un negocio de buen aspecto en la calle Plumet, calle desierta, casi aislada, con verja podrida cerrando el jardín; mujeres solas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



—¡Y bien! ¿Por qué no?—preguntó Thénardier.

—Tu hija Eponina fué á verlo,—respondió Babet.

—Y contestó con un bizcocho á Magnon,—añadió Tragamares.—Nada hay que hacer por allí, pues.

—Sí, sí,—dijo Brujón,—hay que verlo.

Mientras tanto, ninguno de aquellos hombres aparentaba fijarse en Gavroche.



quien durante ese coloquio se había sentado en uno de los travesaños bajos de la empalizada; esperó algunos instantes, quizá á ver si su padre se volvía hácia él; se puso luego sus zapatos, y dijo:

—¿Se acabó ya? ¡Eh, los hombres! Ya salísteis del apuro. Me voy, tengo que ir á despertar á mis monigotes.

Y se fué.

Los cinco hombres salieron uno tras otro de la empalizada.

Cuando Gavroche hubo desaparecido por la esquina de la calle de los Bailes, Babet apartó á Thénardier á un lado, y le preguntó:

—¿Has reparado en ese chiquillo?

—¿Qué chiquillo?

El chico que ha trepado hasta la pared y te ha subido la cuerda.

—No, apenas.

—Pues bien; no sé, pero me parece que es tu hijo.

—¡Bah!—prorrumpió Thénardier.—¡Puede que sí!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Germania.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D
DIRECCIÓN GENERAL DE BI

# LIBRO SEPTIMO.

## LA GERMANIA.

### I

### *Origen.*

Pigritia es una palabra terrible.

Engendra un mundo, el "piger", léase el "robo"; y un infierno, la "pigraria" ó sea el hambre.

Así es que la pereza es madre.

Tiene un hijo, el robo, y una hija, el hambre.

¿A dónde estamos en este momento? En la germania.

¿Y qué es la germania. Es á un tiempo nación é idioma; es el robo bajo sus dos especies: pueblo y lengua.

Cuando, hace treinta y cuatro años, el narrador de esta grave y sombría historia, introducía en un libro escrito con el mismo objeto que éste á un ladrón hablando en germania, produjo esto asombro y clamoreo.

—¡Qué, qué es eso! ¡Germania! ¡Pero la Germania es atroz! ¡Es la jerigonza de la chusma, del presidio, de la cárcel, de todo lo más abominable de la sociedad! Etc. etc.

Nunca hemos comprendido ese género de objeciones.

Después, dos eminentes novelistas, de los cuales uno es observador profundo del corazón humano, y el otro un amigo intrépido del pueblo; Balzac y Eugenio Sue, hicieron hablar á los bandidos en su lengua natural, como había hecho en 1828 el autor del "Ultimo día de un condenado", y se suscitaron las mismas reclamaciones.

Repitióse como antes: "¿Qué pretenden los escitores con esa jerigonza repugnante? ¡La germania es odiosa! ¡La germania hace estremecer!"

¿Quién lo niega? sin duda alguna.

Cuando se trata de sondar un abismo, una llaga ó una sociedad, ¿ha sido nunca una falta penetrar muy adentro, llegar hasta el fondo?

Siempre habíamos creído que esto era algunas veces un acto de valor, y por lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos una acción sencilla y útil, digna de la atención simpática que merece el deber aceptado y cumplido.

¿Por qué no se ha de explorar y estudiarlo todo? ¿Por qué detenernos en el camino?

El pararse es efecto de la sonda, y no del que sondea.

En verdad que ir á buscar en el último fondo del orden social, allí donde acaba la tierra y empieza el fango, registrar en esos cenegales, perseguir, coger y arrojar todavía palpitante sobre la superficie, ese idioma abyecto que chorrea cieno así expuesto á la luz, ese vocabulario pustuloso del que cada palabra parece un anillo inmundo de un mostruo de lodo y de tinieblas, no es empresa cómoda ni halagüeña.

Nada tan lúgubre como contemplar así, al desnudo, á la luz del pensamiento, el hormiguero espantoso de la germania.

Parece, en efecto, como si fuera una especie de animal horrible creado para vivir en la noche, y al que se le arranca de su cloaca. Creése ver una terrible maleza viva y erizada que tiembla, se mueve, se agita, reclamada por la sombra que amenaza y mira.

Tal palabra parece una garra, tal otra un ojo apagado y sangriento: tal frase parece moverse como una tenaza de langosta.

Todo eso vive con esa vitalidad repugnante de las cosas que se han organizado en la desorganización.

Ahora bien; ¿desde cuándo el horror excluye la ciencia? ¿Desde cuándo la enfermedad rechaza al médico?

¡Qué significaría un naturalista que se negase á estudiar la víbora, el murciélago, el escorpión, la escolopendra, la tarántula, y que las relegase á las tinieblas, diciendo: ¡Qué feos!

El pensador que no se fijara en la germania, se asemejaría al cirujano que volviese la cabeza ante una úlcera ó una verruga; sería un filólogo vacilando en examinar un hecho de la lengua; sería un filósofo dudando en escudriñar un hecho de la humanidad. Porque es preciso decirlo á los que lo ignoran: la gemania es á un tiempo mismo un fenómeno literario y una consecuencia social.

¿Qué es la germania propiamente dicha? Esa jerigonza, ¿qué es?

La germania es la lengua de la miseria.

Aquí podría interrumpirnos alguno, generalizando el hecho; lo cual algunas veces es una manera de atenuarle. Puede decírsenos que todos los oficios, todas las profesiones, hasta los accidentes todos de la jerarquía social y las formas todas de la inteligencia, tienen su jerigonza:

El comerciante que dice: "Montpeller disponible, Marsella buena calidad."

El agente de Bolsa que dice: "Trasferencia, prima, fin de mes...."

El jugador que dice: "Tercera de triunfo, fallo á espadas...."

El escribno de diligencia en las islas normandas que dice: "El feudatario deteniéndose en su feudo no puede reclamar los frutos de este feudo durante el embargo herencial de los inmuebles del renunciador...."

El autor dramático que dice: "Soltaron el oso...."

El cómico que dice: "Arrebaté."

El filósofo que dice: "Triplicidad fenomenal...."

El cazador que dice: "Está escamada, huye la pista...."

El frenólogo que dice: "Amatividad, combatividad, secretividad...."



El soldado de infantería que dice: "Mi corneta...."

El ginete que dice: "Mi montura...."

El maestro de esgrima que dice: "Tercera, cuarta, á fondo...."

El impresor que dice: "Sacar pliego...."

Todos: impresor, maestro de esgrima, ginete, soldado, frenólogo, cazador, filósofo, cómico, autor dramático, escribano, jugador, agente de Bolsa y comerciante, hablan en germania.

El pintor que dice: "Mi granuja...."

El notario que dice: "Mi salta arroyos...."

El barbero que dice: "Mi pescadilla...."

El remendón que dice: "Mi ramplón...."

Hablan también en germania.

En rigor, si se quiere también, hablando en absoluto, todas esas diferentes maneras de decir la derecha y la izquierda: el marinero, "babor" y "estribor"; el maquinista de teatro, "lado patio" y "lado jardín;" el sacristán, "lado de la Epístola" y "lado del Evangelio," son germania.

Hay la germania de las encopetadas, como la hubo de las marisabidillas; el palacio de Rambouillet confinaba algo con el "Patio de los Milagros".

Hay también la germania de las duquesas, como lo prueba la siguiente frase de un billete amoroso escrito por una gran señora, muy linda por cierto, en tiempo de la Restauración: "Encontrareis en esas "chismerías" una infinidad de razones para que yo me liberte."



Merlan.



Saute-Ruisseau.



Rapin.

Las cifras diplomáticas son germania; la cancillería pontificia, diciendo 26 por "Roma, grkztntgzyal" por "envío," y "abfxustgrnogkzu au XI" por "duque de Módena," hablan en germania.

Los médicos de la Edad Media, que, para decir zanahoria, rábano y nabo, decían: "Opoponach, perfroschinum, reptitalmus, dracatholicum angelorum, postmegorum," hablan en germania.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Guiaf.

El fabricante de azúcar, que dice: "Virgen, terciado, clarificado, terrón, pilón, bastardo, común, tostado en panes" este honrado industrial habla en germanía.

Cierta escuela crítica que decía hace veinte años: "La mitad de Shakespeare, es un juego de palabras y retruécanos, hablaba en germanía.

El poeta y el artista, que, con sentido profundo, calificaron al noble señor de Montmorency de "plebeyo," si no entendía de versos ni de estatuas, hablan en germanía.

El académico clásico que llama á las flores "Flora," á las frutas "Pomona," al mar "Neptuno," al amor "los fuegos," á la belleza "los atractivos," á un caballo "un corcel," á la escarapela blanca ó tricolor "la rosa de Belona," al sombrero de tres picos "el triángulo de Marte," ese académico clásico habla en germanía.

El álgebra, la medicina y la botánica tienen su germanía.

La lengua que se emplea á bordo, esa lengua admirable del mar, tan completa y pintoresca, que hablaron Juan Bart, Duquesne, Suffren y Duperré, que se mezcla con el silbido del aparejo, con el ruído de la bocina, con el choque de las hachas de abordaje, con el vaivén, con el viento, con la ráfaga y el cañón, es toda una germanía heróica y explendente, que viene á ser la jerigonza atroz de la ignominia lo que el león al chacal.

Sin duda alguna todo eso es muy cierto. Pero, dígase lo que se quiera, ese modo de comprender la palabra "germanía" es una extensión con la que todo el mundo no estará conforme.

Para nuestro concepto, conservamos á esa palabra su antigua aceptación precisa, circunscrita y determinada, y restringimos la germanía á la germanía.

La germanía verdadera, la germanía por excelencia, si es que estas dos palabras pueden acoplarse, la germanía inmemorial que era un reino, no es otra cosa, repetimos, sino la lengua fea, inquieta, cazurra, traidora, ponzoñosa, cruel, torcida, vil, profunda, fatal de la miseria.

Hay en la extremidad de todas las degradaciones y de todos los infortunios, una



última miseria que se subleva y que se decide á entrar en lucha contra el conjunto de los hechos afortunados y de los derechos reinantes; lucha horrible, que, ora astuta, ora violenta, á un tiempo malsana y feroz, ataca el orden social á alfilerazos por medio del vicio y á martillazos por medio del crimen.

Para las necesidades de esa lucha, la miseria ha inventado una lengua de combate, que es la germanía.

Hacer sobrenadar y mantener por cima del olvido, por cima del abismo, aunque no sea más que un fragmento de un lenguaje cualquiera que el hombre ha hablado, y que se perdería, es decir, uno de los elementos buenos ó malos que componen ó complican la civilización, es extender los datos de la observación social, es servir á la misma civilización.

Igual servicio rindió Plauto, con voluntad ó sin ella haciendo hablar en fenicio á dos soldados cartagineses; igual servicio prestó Moliére haciendo hablar el levantino y toda clase de patuá á tantos personajes.

Aquí vuelven á suscitarse las objecciones: el fenicio ¡magnífico! El levantino, ¡en buena hora! El patuá, ¡pase! Pero ¿la germanía? ¿A qué fin conservar la germanía? ¿Para qué es bueno "hacer sobre nadar" la germanía?

A esto solo respondemos una cosa. Ciertamente, si la lengua que habló una nación ó una provincia es digna de interés, hay algo que es más digno todavía de atención y estudio, la lengua que ha hablado una miseria.

Es la lengua que ha venido hablando en Francia, por ejemplo, desde hace cuatro siglos, no sólo una miseria, sino la miseria, toda la miseria humana posible.

Y luego, volvemos á insistir en ello, estudiar las deformidades y dolencias sociales, y señalarlas para curarlas, no es una tarea en que sea permitida la elección.

El historiador de costumbres y de ideas no tiene la misión menos austera que el historiador de acontecimientos.

A este incumbe la superficie de la civilización, las luchas de las coronas, los nacimientos de príncipes, los casamientos de reyes, las batallas, las asambleas, los grandes hombres públicos, las revoluciones á la luz del día, todo lo exterior.

Al otro historiador le pertenece el interior, el fondo, el pueblo que trabaja, que sufre y espera; la mujer abatida, el niño que agoniza, las guerras sordas de hombre á hombre, las ferocidades obscuras, las preocupaciones, las iniquidades convenidas, los rechazos y repercusiones subterráneas de la ley, las evoluciones secretas de las almas, los estremecimientos indistintos de las multitudes; los hambrientos, los descalzos, los rotos, los desheredados, los huérfanos, los desgraciados y los infames, todas las larvas que vagan en la sombra.

Le es preciso descender, con el corazón lleno de caridad y de severidad á un mismo tiempo, como hermano y como juez, hasta esas casa matas impenetrables donde se arrastran confundidos los que se desangran y los que hieren, los que lloran y los que maldicen, los que ayunan y los que devoran, los que sufren el mal y los que lo causan.

¿Tienen por ventura estos historiadores de los corazones y de las almas, deberes menos positivos que los analistas de los hechos exteriores? ¿Puede creerse que Alighieri tenga menos que decir que Maquiavelo?

Lo inferior de la civilización, más profundo quizá y más sombrío, ¿es acaso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando se desconoce la caverna?

Empero, como de algunas palabras de lo que precede podría inferirse una separación manifiesta entre ambas clases de historiadores, debemos advertir al pasar que semejante separación no existe en nuestro espíritu.

Nadie es buen historiador de la vida patente, visible, ostentosa y pública de los pueblos, si al propio tiempo no es, hasta cierto punto, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interno, si no saber ser, siempre que fuere preciso, historiador de lo externo.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos, y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre y se engendran mútuamente con frecuencia.

Todos los lineamientos que la Providencia traza en la superficie de una nación, tienen en el fondo sus paralelos sombríos, pero distintos, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos de la superficie.

Estando la verdadera historia mezclada en todo, en todo se mezcla el historiador verdadero.

El hombre no es un círculo con un solo centro, sino que es una eclipse con dos focos. Los hechos son el uno, las ideas el otro.

La germania no es otra cosa sino un vestuario donde el lenguaje, teniendo que cometer alguna mala acción, se desfigura. Allí se reviste de frases enmascaradas, metáforas de andrajos.

Así es que parece horrible.

Apenas puede reconocérsela. ¡Y es ella la lengua francesa, la gran lengua humana!

Y hí está pronta á salir á la escena y á replicar al crimen, y dispuesta para desempeñar todos los papeles del repertorio del mal.

Y ya no anda, sino que cojea, y cojea, con las muletas del Patio de los Milagros, muleta que se metamorfosea en maza.

Esa lengua se llama truhanería. Todos los espectros, sus ayudas de cámara, la han acicalado para la farsa; y se arrastra y se empina con la cualidad del reptil.

Ya está dispuest para representar todos los personajes; el falsario la ha hecho tortuosa, el envenenador le ha dado color de verde-gris, el incendiario la ha tiznado de hollín, y el asesino le presta su tinte rojo.

Cuando se oye ese lenguaje, por el lado de las gentes honradas, á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que en él hablan por defuera. Distínguense las preguntas y las respuestas; percíbese, sin comprenderle, un murmullo repugnante, que suena casi como el acento humano, pero más semejante al alarido que á la palabra. Tal es la germania.

Las palabras son deformes y están impregnadas de cierta bestialidad fantástica. Parece que oye uno hablar á las hidras.

Es lo ininteligible en lo tenebroso. Es una jerigonza que rechina y cuchichea, completando el crepúsculo con el enigma.

Resulta obscuro en la desgracia, pero aún más obscuro resulta en el crimen; estas dos obscuridades amalgamadas componen la germania. Sombría en la atmósfera, sombría en sus actos y sombría en sus voces.



¡Espantoso idioma reptil que vá, viene, brinca, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma plomiza, compuesta de lluvia, de noche de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno, pleno día de los miserables!

¡Tengamos lástima de los castigados! ¡Ay! Y en verdad ¿qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo? ¿Qué sois vosotros que me oís? ¿De dónde venimos? ¿Estamos bien seguros de no haber hecho nada antes de nacer?

La tierra no deja de tener su parecido como una cárcel. ¡Quién sabe si es el hombre un sentenciado de la Justicia divina!

Mirad de cerca la vida. Está hecha de manera que por todas partes sentimos el castigo.

¿Sois acaso de los que llaman felices? Pues bien. Estais tristes todos los días. Todos los días teneis un gran pesar ó un pequeño cuidado.

Ayer temblabais por una salud que os es querida, hoy temeis por la vuestra; mañana será una inquietud de dinero, pasado mañana la diatriba de un calumniador, al otro la desgracia de un amigo; después los tiempos que corren, luego algún objeto roto ó pérdida, más tarde un placer que la conciencia y la columna vertebral os reprochan; otra vez, la marcha de los negocios públicos. Sin contar las penas del corazón. Y así sucesivamente.

Disípase una nube, fórmase otra. Un día apenas, entre ciento, de plena alegría y completo sol. ¡Y eso que perteneceis al corto número de los felices!

En cuanto á los demás hombres, pesa sobre ellos la noche eterna.

Los espíritus reflexivos hacen poco uso de esta locución: los dichosos y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo evidente de otro mundo, no hay felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos: he ahí el objeto. He ahí porque gritamos: ¡enseñanza, ciencia! Aprender á leer, es encender el fuego: cada sílaba deletreada es una chispa.

Por lo demás, quien dice luz no dice necesariamente alegría. Se sufre en la luz: el exceso abrasa. La llama es enemiga del ala. Arder sin cesar de volar; ese es el prodigio del genio.

Cuando ya sepais y cuando ameis, sufrireis todavía. El día nace entre lágrimas.

Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

## II

### Raíces.

La germania es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades; la filosofía social se ve solicitada hácia sus meditaciones más dolorosas, en presencia de ese dialecto enigmático, á la vez marchitado y rebelde.

Aquí sí que hay castigo visible. En cada sílaba se manifiesta su sello.

Las palabras de la lengua vulgar aparecen en esa jerga como contraídas y arrugadas por el hierro candente del verdugo; algunas parece que humean todavía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

menos importante que lo superior? ¿Se conoce bien la montaña cuando se desconoce la caverna?

Empero, como de algunas palabras de lo que precede podría inferirse una separación manifiesta entre ambas clases de historiadores, debemos advertir al pasar que semejante separación no existe en nuestro espíritu.

Nadie es buen historiador de la vida patente, visible, ostentosa y pública de los pueblos, si al propio tiempo no es, hasta cierto punto, historiador de su vida profunda y oculta; y nadie es buen historiador de lo interno, si no saber ser, siempre que fuere preciso, historiador de lo externo.

La historia de las costumbres y de las ideas penetra la historia de los sucesos, y recíprocamente. Son dos órdenes de hechos diferentes que se corresponden, que se encadenan siempre y se engendran mútuamente con frecuencia.

Todos los lineamientos que la Providencia traza en la superficie de una nación, tienen en el fondo sus paralelos sombríos, pero distintos, y todas las convulsiones del fondo producen levantamientos de la superficie.

Estando la verdadera historia mezclada en todo, en todo se mezcla el historiador verdadero.

El hombre no es un círculo con un solo centro, sino que es una eclipse con dos focos. Los hechos son el uno, las ideas el otro.

La germania no es otra cosa sino un vestuario donde el lenguaje, teniendo que cometer alguna mala acción, se desfigura. Allí se reviste de frases enmascaradas, metáforas de andrajos.

Así es que parece horrible.

Apenas puede reconocérsela. ¡Y es ella la lengua francesa, la gran lengua humana!

Y hí está pronta á salir á la escena y á replicar al crimen, y dispuesta para desempeñar todos los papeles del repertorio del mal.

Y ya no anda, sino que cojea, y cojea, con las muletas del Patio de los Milagros, muleta que se metamorfosea en maza.

Esa lengua se llama truhanería. Todos los espectros, sus ayudas de cámara, la han acicalado para la farsa; y se arrastra y se empina con la cualidad del reptil.

Ya está dispuest para representar todos los personajes; el falsario la ha hecho tortuosa, el envenenador le ha dado color de verde-gris, el incendiario la ha tiznado de hollín, y el asesino le presta su tinte rojo.

Cuando se oye ese lenguaje, por el lado de las gentes honradas, á la puerta de la sociedad, se sorprende el diálogo de los que en él hablan por defuera. Distínguense las preguntas y las respuestas; percíbese, sin comprenderle, un murmullo repugnante, que suena casi como el acento humano, pero más semejante al alarido que á la palabra. Tal es la germania.

Las palabras son deformes y están impregnadas de cierta bestialidad fantástica. Parece que oye uno hablar á las hidras.

Es lo ininteligible en lo tenebroso. Es una jerigonza que rechina y cuchichea, completando el crepúsculo con el enigma.

Resulta obscuro en la desgracia, pero aún más obscuro resulta en el crimen; estas dos obscuridades amalgamadas componen la germania. Sombría en la atmósfera, sombría en sus actos y sombría en sus voces.



¡Espantoso idioma reptil que vá, viene, brinca, se arrastra, babea y se mueve monstruosamente en esa inmensa bruma plomiza, compuesta de lluvia, de noche de hambre, de vicio, de mentira, de injusticia, de desnudez, de asfixia y de invierno, pleno día de los miserables!

¡Tengamos lástima de los castigados! ¡Ay! Y en verdad ¿qué somos nosotros mismos? ¿Qué soy yo que os hablo? ¿Qué sois vosotros que me oís? ¿De dónde venimos? ¿Estamos bien seguros de no haber hecho nada antes de nacer?

La tierra no deja de tener su parecido como una cárcel. ¡Quién sabe si es el hombre un sentenciado de la Justicia divina!

Mirad de cerca la vida. Está hecha de manera que por todas partes sentimos el castigo.

¿Sois acaso de los que llaman felices? Pues bien. Estais tristes todos los días. Todos los días teneis un gran pesar ó un pequeño cuidado.

Ayer temblabais por una salud que os es querida, hoy temeis por la vuestra; mañana será una inquietud de dinero, pasado mañana la diatriba de un calumniador, al otro la desgracia de un amigo; después los tiempos que corren, luego algún objeto roto ó pérdida, más tarde un placer que la conciencia y la columna vertebral os reprochan; otra vez, la marcha de los negocios públicos. Sin contar las penas del corazón. Y así sucesivamente.

Disípase una nube, fórmase otra. Un día apenas, entre ciento, de plena alegría y completo sol. ¡Y eso que perteneceis al corto número de los felices!

En cuanto á los demás hombres, pesa sobre ellos la noche eterna.

Los espíritus reflexivos hacen poco uso de esta locución: los dichosos y los desgraciados. En este mundo, vestíbulo evidente de otro mundo, no hay felices.

La verdadera división humana es ésta: los luminosos y los tenebrosos.

Disminuir el número de los tenebrosos, aumentar el de los luminosos: he ahí el objeto. He ahí porque gritamos: ¡enseñanza, ciencia! Aprender á leer, es encender el fuego: cada sílaba deletreada es una chispa.

Por lo demás, quien dice luz no dice necesariamente alegría. Se sufre en la luz: el exceso abrasa. La llama es enemiga del ala. Arder sin cesar de volar; ese es el prodigio del genio.

Cuando ya sepais y cuando ameis, sufrireis todavía. El día nace entre lágrimas.

Los luminosos lloran, aunque no sea más que por los tenebrosos.

## II

### Raíces.

La germania es la lengua de los tenebrosos.

El pensamiento se conmueve en sus más sombrías profundidades; la filosofía social se ve solicitada hácia sus meditaciones más dolorosas, en presencia de ese dialecto enigmático, á la vez marchitado y rebelde.

Aquí sí que hay castigo visible. En cada sílaba se manifiesta su sello.

Las palabras de la lengua vulgar aparecen en esa jerga como contraídas y arrugadas por el hierro candente del verdugo; algunas parece que humean todavía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tales frases hacen el efecto del hombro marcado de un ladrón, puesto bruscamente al desnudo.

La idea se niega casi á dejarse expresar por esos sustantivos vigilados por la justicia.

La metáfora es algunas veces tan descarada, que se conoce que ha estado expuesta á la vergüenza de la argolla.

Por lo demás, á pesar de todo esto y á causa también de todo esto, esa jerigonza extraña tiene de derecho su casilla en la gran estantería imparcial, donde hay sitio para el ochavo oxidado como para la medalla de oro, llamada literatura.

La germanía, quiérase ó no se quiera, tiene su sintáxis y su poesía. Es un idioma.

Sí; por lo deforme de ciertos vocablos, se reconoce que ha andado en la boca de Mandrin, y por lo expléndido de ciertas metonimias se advierte que ha pasado por los labios de Villón.

Este verso tan delicado y tan célebre:

¿Dó están las nieves de "antan"?

es un verso de germanía. Antan, antaño, "ante annum," es una palabra de la germanía de Thunas, que significaba el "año pasado," y por extensión, "en otro tiempo."

Todavía podía leerse hace treinta y cinco años, cuando salió la gran cadena de presidiarios en 1827, en uno de los calabozos de Bicetre, esta máxima, grabada con un clavo en la pared por un rey de Thunas condenado á presidio: "Los dabs d'antan trimaient siempre pour la piérre du Coesre."

Esto quiere decir: "Los reyes de antaño iban siempre á hacerse consagrar."

En la mente de aquel rey del crímen, la consagración era el presidio.

La palabra "decarade," que expresa el arranque de un carruaje pesado al galope, se atribuye á Villón, y es digna de él. Es la palabra que echa chispas por las cuatro patas, resume en una onomatopea magistral todo este verso admirable de La Fontaine:

Tiraban de un coche seis fuertes caballos

Bajo el punto de vista puramente literario, pocos estudios habrá más curiosos y fecundos que el de la germanía. Es todo un idioma dentro del idioma, una especie de excrecencia enfermiza, un ingerto malsano que ha producido una vegetación, una parásita que tiene sus raíces en el viejo tronco galo, y cuyo follaje siniestro se arrastra por una gran parte de la lengua. Esto es en cuanto á lo que podría llamarse el primer aspecto, el aspecto vulgar de la germanía.

Pero para aquellos que estudian la lengua como debe estudiarse, es decir, como los geólogos estudian la tierra, la germanía aparece como un verdadero aluvión.

Conforme que se profundiza más ó menos hondamente, se encuentra en la germanía, por bajo del antiguo francés popular, el provenzal, el castellano, el italiano, el levantino, lengua de los puertos del Mediterráneo, el inglés, y el alemán, el romance en sus tres variedades; romance francés, romance italiano, romance propiamente tal, el latín; en fin, el vasco, y el celta.

Formación profunda y extraña; edificio subterráneo fabricado en común por todos los miserables.

Cada raza maldita ha depositado su capa; cada sufrimiento ha dejado caer una piedra; cada corazón ha dado un guijarro.

Una multitud de almas perversas, bajas ó irritadas, que han atravesado la vida



y han ido á desvanecerse en la eternidad, están allí casi enteras y en cierto modo visibles todavía bajo la forma de una palabra monstruosa.

¿Se quieren voces castellanas? La antigua germanía gótica las tiene en abundancia. Ahí está "boffette," que viene de bofetón; "vantane," después "vanterne," que viene de ventana; "gat," que viene de gato; "acite," que viene de aceite.

¿Se quieren voces italianas? Ahí está "spade", que viene de "spada"; "carvel", que viene de "caravella" (barco).

¿Se quieren inglesas? Ahí está "bischot", obispo, que viene de "bishop"; "raille", espía, que viene de "rascal", "rascalión", bribón; "pilche", estuche, que viene de "pilcher", vaina.

¿Se quieren alemanas? Ahí está "caleur", mozo, de "kellner"; "hers", señor, de "herzog", duque.

¿Se quieren latinas? Ahí está "frangir", romper, de "frangere"; "affurer", robar, de "fur"; "cadene", cadena, de "catena".

Hay una palabra que reaparece en todas las lenguas del continente con una especie de poderío y autoridad misteriosa; es la palabra "magnus". Escocia ha hecho de ella su "mac", que designa el jefe de la tribu, Mac Farlane, Mac Callumore; el gran Farlane, el gran Callumore. (Obsérvese, sin embargo, que "mac", en celta, significa hijo). La germanía ha sacado el "meck", y luego el "meg", es decir, Dios.

¿Se quieren voces del vascuence? Ahí está "gahisto", el diablo, que viene de "gaiztoa", malo; "sorgabon", buenas noches, que viene de "gabon".

¿Se quieren del celta? Ahí está "blavín", pañuelo, que viene de "blavet", agua que salta; "menesse", mujer (en mal sentido), que viene de "meinec", lleno de piedras; "barant", arroyo, de "baranton", fuente; "goffeur", cerrajero, de "goff", herrero; la "guedouze", la muerte, que viene de "guenn du", blanca negra.

¿Se quiere historia, en fin? La germanía llama "malteses" á los escudos, su recuerdo de la moneda que corría en las galeras de Malta.

Además de los orígenes filológicos que acaban de indicarse, la germanía tiene otras raíces más naturales aún, y que salen, por así decirlo, del espíritu mismo del hombre.

Primeramente, la creación directa de las palabras, que es donde está el misterio de las lenguas.

Pintar con palabras que tiene, sin saber cómo ni por qué, figuras; he ahí el fondo primitivo de todo lenguaje humano, y que podría llamarse el granito de su construcción.

La germanía abunda en palabras de este género; palabras inmediatas, creadas de un golpe, no se sabe dónde ni por quién, sin etimologías, sin analogías, sin derivados; palabras sueltas, bárbaras, alguna vez repugnantes, que tienen una fuerza singular de expresión, y que por ello viven.

El verdugo, "taule"; la selva, "sabri"; el miedo, la fuga, "taf"; el lacayo, "larbin"; el general, el prefecto, el ministro, "phoros"; el diablo "rabouin".

Nada tan extraño como esas palabras que enmascaran y evidencían. Algunas, como "rabouin", por ejemplo, son al mismo tiempo grotescas y terribles, y producen el efecto de una mueca ciclópea.

En segundo lugar, la metáfora. La cualidad de una lengua que quiere de-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cirlo todo ocultándolo todo, es una abundancia de figuras. La metáfora es un enigma donde se refugia el ladrón que medita un golpe y el preso que combina una evasión.

Ningún idioma es más metafórico que la germania. "Devisser le coco',' torcer el cuello; "tortiller", comer; "étre gerbé", ser juzgado; un "rat", un ladrón de pan; "il lansquine", llueve, antigua figura notable, que en cierto modo lleva su fecha con ella, que asimila las largas líneas oblícuas de la lluvia á las picas espesas é inclinadas de los lansquenetes ó sacanates, y que contiene en una sola palabra la metonimia popular; "il pleut des hallebardes" ("llueven chuzos").

Algunas veces, á medida que la germania va de la primera época á la segunda, las palabras pasan del estado salvaje y primitivo al sentido metafórico. El diablo deja de ser el "rabouin" y se convierte en "el panadero", el que mete en el horno. Es más ingenioso, pero menos grande. Algo como Racine después de Corneille, como Eurípides después de Esquilo.

Hay ciertas frases de germania que participan de las dos épocas, y tienen á un tiempo el carácter bárbaro y el carácter metafórico, las cuales parecen fantasmagorías. "Les sorgueurs vont sollicer des gails á la lune" (los vagos van á robar caballos por la noche); esto pasa ante la mente como un grupo de espectros. No se sabe lo que se ve.

En tercer lugar, los expedientes. La germania vive de los mismos recursos que le presta el lenguaje. Usa de éste á su antojo, le toma al azar y se limita con frecuencia, cuando urge la necesidad, á desnaturalizarle sumaria y groseramente.

A veces con las palabras usuales así deformadas y complicadas con palabras de germania pura, se componen locuciones pintorescas, en las que se advierte la mezcla de los elementos precedentes, la creación directa y la metáfora: "Le dab jaspine, je marroune que la roulotte de Pantin trime dans le sobri:" ladra el perro, es de creer que la diligencia de París pasa por el bosque.

"Le dab est sinve, la dabuge est merloussière, la fée est bative:" el señor es bestia, la señora es astuta, la hija es linda.

Lo más frecuente, á fin de desorientar á los que escuchan, es añadir única é indistintamente á todas las palabras de la lengua une especie de colilla ignoble, una terminación en gue, en lla, en orgue ó en uche. ¿Legue paracella buenorgue estella frituoche? Frase que dirigió Cartouche á un llavero á fin de saber si la suma ofrecida para la evación le convenía.

La terminación en "mar" es una de las que se han usado más modernamente.

Siendo la germania el idioma de la corrupción, se corrompe presto.

Además, como trata siempre de esconderse, en cuanto es comprendida se transforma.

Al revés de otra vegetación; en ella todo rayo de luz mata cuanto toca.

Por eso la germania vá descomponiéndose y recomponiéndose sin cesar; trabajo obscuro y rápido que no se detiene jamás.

Así es que recorre más camino en diez años que la lengua en diez siglos.

Así "larton" (pan), se convierte en "lartif;" gail (caballo), se convierte en "gaye;" "fertanche (paja), en "fertille momignar (muñeco), en "momacque;" "figues" (ropas), en "frusques;" "chique" (iglesia), en "egrugoir;" "colabre" (cuello), en "colas."

El diablo es primeramente "gahísto," después "rabouin," luego "panadero."



El clérigo es el "ratichón," después el "jabalí."

El puñal es el "veintidos," después "surin," luego "lingre."

Los agentes de policía son los "railles", luego los "roussins," después "rousses," después mercaderes de agujetas, galladores, cascantes.

El verdugo es el "taule," después "charlot," luego "l'atiguer," luego "becquillar."

En el siglo XVII, batirse, era "darse tabaco;" en el XIX, es "mascarse el gaznate." Veinte locuciones diferentes han pasado entre esos dos extremos.

Cartouche hablaría en hebreo para Lacenaire.

Todas las palabras de esa jerigonza están en perpétua fuga, como los hombres que las pronuncian.

Sin embargo, de cuado en cuando, y á causa de ese mismo movimiento, la antigua germania reaparece y vuelve á hacerse nueva. Hay puntos principales en que se mantiene.

El Temple, en París, conservaba la germania del siglo XVII; Bicetre, cuando era cárcel, conservaba la germania de Thunas. Allí se oía la terminación en "anche" de los tunos antiguos: ¿"Bebanches tú" (bebes tú)? "Así creanche" (así cree).

Mas no por eso deja de ser una ley el movimiento perpetuo.

Si por un momento llega á fijarse el filósofo en esa lengua para observarla, se ve desvanecerse sin cesar, y cae en dolorosas y útiles meditaciones.

No hay estudio más eficaz y fecundo en enseñanzas. Ni una metáfora; no existe una etimología de germania que no contenga una lección.

Entre esos hombres, "batir" es "fingir;" se bate una enfermedad; la astucia es su fuerza.

Para ellos la idea del hombre no se separa de la idea de la sombra. La noche se dice "la sorgue," el hombre "l'orgue." El hombre es un derivado de la noche.

Se han acostumbrado á considerar á la sociedad como una atmósfera que les mata, como una fuerza fatal, y hablan de su libertad, como pudieran hablar de su salud. Un hombre preso es un "enfermo;" un hombre sentenciado, es un "muerto."

Lo más terrible para el prisionero, dentro de las cuatro paredes de piedra que le sepultan, es una especie de castidad glacial; así es que llama al calabozo el "castus."

En ese fúnebre lugar, siempre aparece la vida exterior bajo su aspecto más risueño.

El encarcelado tiene grillos en los piés; ¿crees acaso que piensa que los piés son para andar? No, piensa que con ellos se baila.

Así es que cuando llega á romper sus hierros, su primera idea es que ya puede bailar, y llama por lo mismo á la sierra "bastringue" (sala de baile).

Un "nombre" es un "centro;" profunda asimilación.

El bandido tiene dos cabezas, una que razona sus acciones y le guía durante su vida entera, otra que tiene sobre sus hombros el día de su muerte; á la cabeza que le aconseja el crímen la llama la "sorbona," y á la que le expía, el "troncho."

Cuando ha llegado el hombre á no llevar más que andrajos sobre el cuerpo y vicios en el corazón; cuando se halla al final de esa doble degradación material y moral que caracteriza en sus dos acepciones la palabra "andrajoso," está ya preparado para el crímen; por eso la germania no dice "un andrajoso," sino un "aderezado."

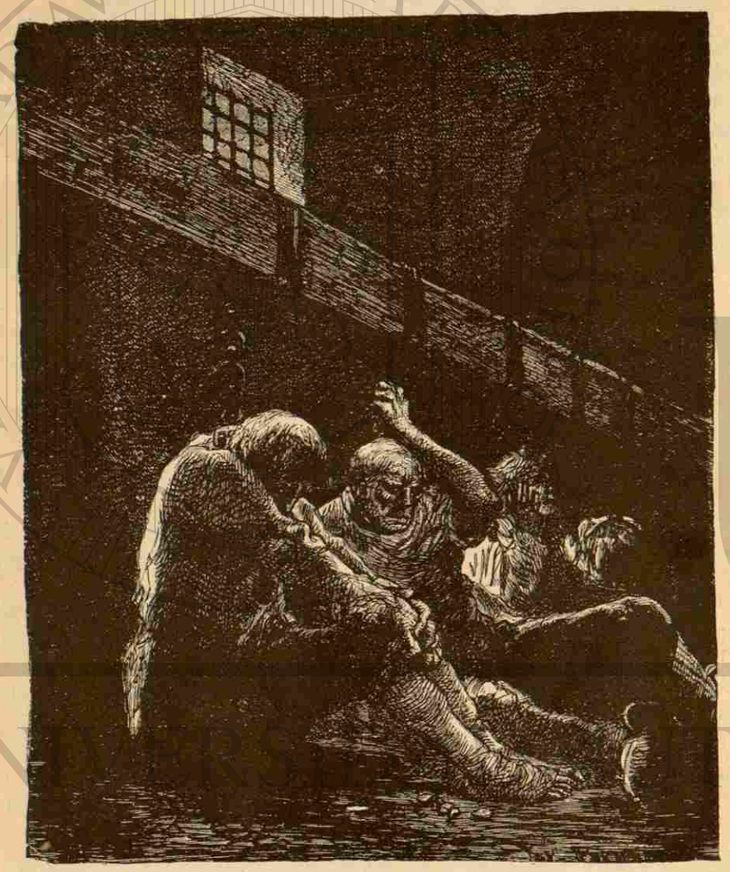


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué es el presidio? Un brasero de condenación, un infierno. El presidiario se llama "un leño."

En fin, ¿qué nombre dan los malhechores á la prisión? "El colegio." Todo un sistema penitenciario puede salir de esta palabra.

¿Se quiere saber dónde han nacido la mayor parte de las canciones de presidio, esos refranes llamados "lirlonfa" en su vocabulario especial?



Pues atended:

Había en el Chatelet de París un subterráneo muy grande, que estaba á ocho piés bajo el nivel del Sena. No tenía ni ventanas ni respiraderos; la única abertura era la puerta; los hombres podían entrar allí, el aire no.

Este subterráneo tenía por techo una bóveda de piedra, y por suelo diez pulgadas de fango.



Había estado embaldosado; pero las baldosas se habían podrido y agrietado con el rezumo de las aguas.

A ocho piés del suelo atravesaba de parte á parte aquel subterráneo una larga viga maciza, de la cual pendían, de trecho en trecho, cadenas de tres piés de largo, en cuyo extremo había una argolla.

Encerrábase en aquella cueva á los condenados á presidio hasta el día que salían para Tolón.

Los empujaban hasta debajo de aquella viga, donde á cada cual le esperaba su herramienta oscilando en las tinieblas.

Las cadenas, esos brazos pendientes y las argollas, esas manos abiertas, cogían aquellos miserables por el cuello.

Remachábanse los hierros y se les dejaba allí.

La cadena resultaba corta y no podían echarse. Permanecían inmóviles dentro de aquella cueva, en aquella noche, bajo aquella viga, casi colgados, obligados á hacer esfuerzos inauditos para alcanzar el pan ó el cántaro, con la bóveda sobre la cabeza, el cieno á media pierna, corriéndoles el excremento por las corvas, destrozados de fatiga, doblándose por las caderas y rodillas, agarrándose con las manos á la cadena para reposar, no pudiendo dormir sino de pié y despertándose á cada instante por el rozamiento de la argolla. Algunos de ellos ni siquiera llegaban á despertar.

Para comer, subían con el talón á lo largo de la tibia hasta la mano el pan que les arrojaban en el lodo.

¿Cuánto tiempo permanecían así?

Un mes, dos meses, á veces hasta seis; hombre hubo que se pasó allí un año.

Tal era la antesala de los presidios donde se entraba á veces por haber robado una liebre al rey.

En ese sepulcro-infierno ¿qué hacían?

Lo que se puede hacer en un sepulcro, agonizar, y lo que se puede hacer en un infierno, cantar, porque donde no hay esperanza, queda el canto.

En las aguas de Malta, cuando se acercaba una galera, oíanse los cantos antes que el ruído de los remos.

El pobre cazador furtivo Survincent, que había pasado por la prisión subterránea del Chatelet, decía: "Las rimas son las que me han sostenido."

Inutilidad de la poesía. ¿Para qué sirve la rima?

En aquel subterráneo es donde nacieron casi todas las canciones de germanía. Del calabozo del gran Chatelet de París viene aquel melancólico mote de la galera de Montgomery: "Timaloumisaine, timaloumison."

La mayor parte de estas canciones son lúgubres; algunas son alegres; una hay tierna:

Aquí está el teatro
Del niño dardero

Hágase lo que se quiera, nunca se podrá arrancar ese eterno resíduo del corazón del hombre, el amor.

En ese mundo de acciones sombrías, cada cual guarda su secreto. El secreto es propiedad de todos.

El secreto, para esos miserables, es la unidad que sirve de base á la unión.

Romper el secreto, es arrancar á cada miembro de esa comunidad feroz algo de sí mismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Delatar, en la lengua enérgica de germania, se dice: "Comer el bocado," como si el delator sacase para sí un poco de la substancia de todos y se alimentase con un bocado de la carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora vulgar responde: "Ver treinta y seis candelas."

Aquí interviene la germania y dice á su vez: "Candela, humo." Con lo que el lenguaje usual ha hecho "humazo," sinónimo de bofetón.

Así, por una especie de penetración de abajo arriba, ayudando la metáfora, esa conductora incalculable, la germania sube de la caverna á la Academia; y diciendo Pulailer: "Yo enciendo mi humo" (candela), le hace escribir á Voltaire: "Langleviel de la Baumelle merece cien humazos" (bofetones).

Una investigación en la germania trae un descubrimiento á cada paso. El estudio profundo de ese extraño idioma conduce al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable: vosotros, yo, cualquiera que pasa; el "pantre." ("Pan," todo el mundo).

La germania es el verbo convertido en presidiario.

Que pueda el principio pensador del hombre ser empujado hasta nivel tan bajo, puede ser arrastrado y agarrotado allí por las obscuras tiranías de la fatalidad; que pueda quedar sujeto á lazos desconocidos en ese principio, es desconsolador.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ay! ¿No acudirá nadie en socorro del alma humana entre las sombras? ¿Es acaso su destino esperar allí por siempre jamás al espíritu, al libertador, al inmenso ginete de los pegasos y de los hipógrifos, al caballero de color de aurora, que desciende del empíreo entre dos alas, al radiante caballero del porvenir?

¿Tendrá ella que llamar siempre inútilmente en su auxilio la lanza de luz del ideal?

¿No hay ya para esa pobre alma aherrojada más que el sudario de la materia, las ignominias del oprobio?

¿Está condenda á oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y entrever, cada vez más cerca, bajo las aguas asquerosas, aquella cabeza draconiana, aquellas fauces arrojando baba, aquella ondulación serpenteante de garras, de hinchamientos y de anillos?

¿Habrá de permanecer allí, sin un rayo de luz, sin una esperanza, entregada á esa aproximación formidable del mónstruo, sintiéndola vagamente, temblando, despavorida, retorciendo los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?



## III

### *Germania que llora y germania que ríe.*

Como se vé, la germania toda entera, lo mismo la germania de hace cuatrocientos años que la germania de hoy día, está penetrada de ese sombrío espíritu simbólico que dá á todas las palabras, ora un aspecto dolorido, ora un aire amenazador.

Se adivina en ellas la antigua tristeza feroz de aquellos truhanes del Patio de los Milagros que jugaban á las cartas con naipes peculiares suyos, de los cuales se han conservado algunos.

El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho hojas enormes de trébol, especie de personificación fantástica de la selva.

Al pié de ese arbol se veía una hoguera en que tres liebres asaban á un cazador puesto en su asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de la que salía la cabeza de un perro.

Nada tan lúgubre como esas represalias en pintura, en una baraja de naipes, teniendo á la vista las hogueras en que se quemaban á los contrabandistas y las calderas en que se cocía á los monederos falsos.

Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino de la germania, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían todas ese carácter impotente y humillado.

Todos los cantares, de que se han recogido algunas melodías, eran humildes y lastimeros hasta hacer llorar.

El "pigre" se llama el "pobre pigre", y siempre es la liebre que se esconde, el ratón que se escapa, el pájaro que huye.

Apenas reclama, se concreta á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros:

"Je n'entrave que le dait comment meck, le daron des ourges, peut atiger ses momes et ses momignards et les lacher criblant sans etre agité lui-meme." (No comprendo cómo Dios, padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y á sus pequeñuelos, y oírlos gritar sin atormentarse á sí propio.)

El miserable, siempre que tiene ocasión de pensar, se hace pequeño ante la ley y raquítico ante la sociedad; se está boca abajo, suplica, se vuelve del lado de la piedad; se le ve reconocer su falta.

Hácia mediados del último siglo verificóse un cambio. Los cánticos de las cárceles, los ritornelos de los ladrones tomaron, por así decirlo, un gesto característico y jovial. El plañidero "maluré" fué reemplazado por "larifa."

Encuéntrase en el siglo XVIII, en casi todas las canciones de las cárceles y presidios, como entre las chusmas, una alegría diabólica, y enigmática.

Se oye allí este estribillo estridente y saltón que parece iluminado por una luz fosforecente y como arrojado en el bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano.

Mirlababi surlababo,
Mirliton ribouribette
Surlababi mirlababo,
Mirliton ribouribo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Delatar, en la lengua enérgica de germania, se dice: "Comer el bocado," como si el delator sacase para sí un poco de la substancia de todos y se alimentase con un bocado de la carne de cada uno.

¿Qué es recibir un bofetón? La metáfora vulgar responde: "Ver treinta y seis candelas."

Aquí interviene la germania y dice á su vez: "Candela, humo." Con lo que el lenguaje usual ha hecho "humazo," sinónimo de bofetón.

Así, por una especie de penetración de abajo arriba, ayudando la metáfora, esa conductora incalculable, la germania sube de la caverna á la Academia; y diciendo Pulailer: "Yo enciendo mi humo" (candela), le hace escribir á Voltaire: "Langleviel de la Baumelle merece cien humazos" (bofetones).

Una investigación en la germania trae un descubrimiento á cada paso. El estudio profundo de ese extraño idioma conduce al misterioso punto de intersección de la sociedad regular con la sociedad maldita.

El ladrón tiene también su carne de cañón, la materia robable: vosotros, yo, cualquiera que pasa; el "pantre." ("Pan," todo el mundo).

La germania es el verbo convertido en presidiario.

Que pueda el principio pensador del hombre ser empujado hasta nivel tan bajo, puede ser arrastrado y agarrotado allí por las obscuras tiranías de la fatalidad; que pueda quedar sujeto á lazos desconocidos en ese principio, es desconsolador.

¡Oh, pobre pensamiento de los miserables!

¡Ay! ¿No acudirá nadie en socorro del alma humana entre las sombras? ¿Es acaso su destino esperar allí por siempre jamás al espíritu, al libertador, al inmenso ginete de los pegasos y de los hipógrifos, al caballero de color de aurora, que desciende del empíreo entre dos alas, al radiante caballero del porvenir?

¿Tendrá ella que llamar siempre inútilmente en su auxilio la lanza de luz del ideal?

¿No hay ya para esa pobre alma aherrojada más que el sudario de la materia, las ignominias del oprobio?

¿Está condenda á oír llegar espantosamente en el espesor del abismo al Mal, y entrever, cada vez más cerca, bajo las aguas asquerosas, aquella cabeza draconiana, aquellas fauces arrojando baba, aquella ondulación serpenteante de garras, de hinchamientos y de anillos?

¿Habrá de permanecer allí, sin un rayo de luz, sin una esperanza, entregada á esa aproximación formidable del mónstruo, sintiéndola vagamente, temblando, despavorida, retorciendo los brazos, encadenada para siempre á la roca de la noche, sombría Andrómeda, pálida y desnuda en las tinieblas?



## III

### *Germania que llora y germania que ríe.*

Como se vé, la germania toda entera, lo mismo la germania de hace cuatrocientos años que la germania de hoy día, está penetrada de ese sombrío espíritu simbólico que dá á todas las palabras, ora un aspecto dolorido, ora un aire amenazador.

Se adivina en ellas la antigua tristeza feroz de aquellos truhanes del Patio de los Milagros que jugaban á las cartas con naipes peculiares suyos, de los cuales se han conservado algunos.

El ocho de bastos, por ejemplo, representaba un gran árbol con ocho hojas enormes de trébol, especie de personificación fantástica de la selva.

Al pié de ese arbol se veía una hoguera en que tres liebres asaban á un cazador puesto en su asador, y detrás, en otra hoguera, una marmita humeante, de la que salía la cabeza de un perro.

Nada tan lúgubre como esas represalias en pintura, en una baraja de naipes, teniendo á la vista las hogueras en que se quemaban á los contrabandistas y las calderas en que se cocía á los monederos falsos.

Las diversas formas que tomaba el pensamiento en el reino de la germania, hasta la canción, hasta la burla, hasta la amenaza, tenían todas ese carácter impotente y humillado.

Todos los cantares, de que se han recogido algunas melodías, eran humildes y lastimeros hasta hacer llorar.

El "pigre" se llama el "pobre pigre", y siempre es la liebre que se esconde, el ratón que se escapa, el pájaro que huye.

Apenas reclama, se concreta á suspirar; uno de sus gemidos ha llegado hasta nosotros:

"Je n'entrave que le dait comment meck, le daron des ourges, peut atiger ses momes et ses momignards et les lacher criblant sans etre agité lui-meme." (No comprendo cómo Dios, padre de los hombres, puede atormentar á sus hijos y á sus pequeñuelos, y oírlos gritar sin atormentarse á sí propio.)

El miserable, siempre que tiene ocasión de pensar, se hace pequeño ante la ley y raquítico ante la sociedad; se está boca abajo, suplica, se vuelve del lado de la piedad; se le ve reconocer su falta.

Hácia mediados del último siglo verificóse un cambio. Los cánticos de las cárceles, los ritornelos de los ladrones tomaron, por así decirlo, un gesto característico y jovial. El plañidero "maluré" fué reemplazado por "larifa."

Encuéntrase en el siglo XVIII, en casi todas las canciones de las cárceles y presidios, como entre las chusmas, una alegría diabólica, y enigmática.

Se oye allí este estribillo estridente y saltón que parece iluminado por una luz fosforecente y como arrojado en el bosque por un fuego fátuo, tocando el pífano.

Mirlababi surlababo,
Mirliton ribouribette
Surlababi mirlababo,
Mirliton ribouribo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto se cantaba degollando á un hombre en una cueva ó en un rincón de un bosque.

Síntoma grave. En el siglo XVIII disípase la antigua melancolía de esas clases doloridas.

Sueltan la carcajada; búrlanse del gran "meg" (Dios) y del gran "dab" (rey).

Al darles á Luis XV, llaman al rey de Francia "marqués de Pantin." Y están ya casi alegres.

Sale de esos miserables una especie de luz ligera, como si ya nada les pasase en la conciencia.

Esas tríbus lamentables de la sombra no tienen ya únicamente la audacia de las acciones, si que también la audacia negligente del ingenio; indicio de que van perdiendo el sentimiento de su criminalidad, y de que comprenden que hasta entre los pensadores y los reflexivos encuentran cierto apoyo, aunque indefinible todavía.

Indicio de que el robo y el pillaje comienzan á infiltrarse hasta con doctrinas y sofismas, que les hacen perder algo de su fealdas, prestando una gran parte á los sofismas y á las doctrinas.

Indicio en fin, de que si no surge alguna diversión, está cercana alguna explosión prodigiosa.

Detengámonos un momento.

Señalaremos un hecho.

¿A quién acusamos aquí? ¿Es al siglo XVIII? ¿Es á su filosofía?

No por cierto.

La obra del siglo XVIII es sana y buena. Los enciclopedistas, con Diderot á la cabeza; los fisiócratas, con Turgot á la cabeza; los filósofos, con Voltaire á la cabeza; los utopistas, con Rousseau á la cabeza, son las cuatro legiones sagradas á las que debe la humanidad su inmenso avance hácia la luz.

Son las cuatro vanguardias del género humano en dirección á los cuatro puntos cardinales del progreso: Diderot hácia todo lo bello, Turgot hácia lo útil, Voltaire hácia lo verdadero, Rusceau hácia lo justo.

Pero al lado, y por bajo de los filósofos había los sofistas, vegetación venenosa mezclada con la frondosidad saludable, cicuta de la selva vírgen.

Mientras que el verdugo quemaba en la escalera principal del Palacio de Justicia los grandes libros libertadores del siglo, escritores hoy día olvidados publicaban, con privilegio del rey, cierta clase de escritos extrañamente desorganizadores, ansiosamente leídos por los miserables.

Algunas de esas publicaciones, cosa singular, patrocinadas por un príncipe, se encuentran en la "Biblioteca secreta."

Estos hechos, profundos pero ignorados, pasaban desapercibidos en la superficie. A veces, la obscuridad misma de un hecho es la que constituye su peligro. Es obscuro, porque es subterráneo.

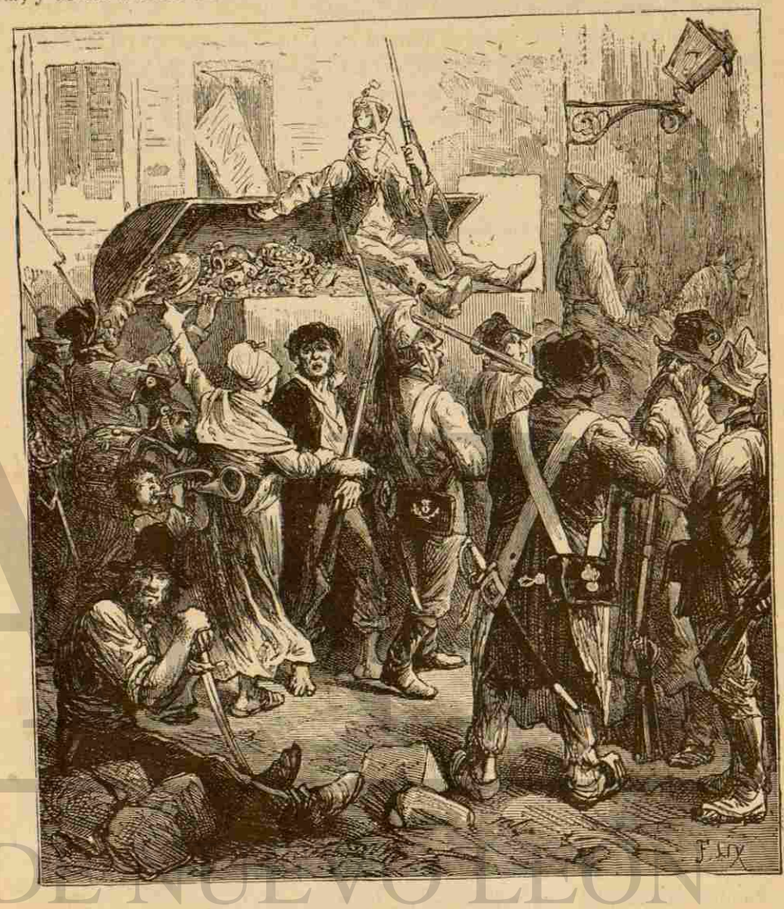
De todos los escritores, el que quizá ahondó más entonces en las masas la galería menos sana, fué Restif de la Bretonne.

Este trabajo, peculiar á toda Europa, hizo más estragos en Alemania que en ninguna otra parte.

En Alemania, durante cierto período, resumido por Schiller en su drama famoso de "Los Bandidos," el robo y el pillaje se erigían en protesta contra la pro-



piedad y el trabajo; se asimilaban ciertas ideas elementales, espaciosas y falsas, justas en apariencia, absurdas en realidad; se envolvían con esas ideas, desaparecían en cierto modo de ellas, tomaban un nombre abstracto y pasaban al estado de teoría; y de esa manera circulaban en las multitudes laboriosas, pacientes y honradas,



sin notarlo siquiera ni los químicos imprudentes que habían preparado la mixtura, ni las masas que la absorbían.

Siempre que se produce un hecho de esta índole, resulta grave.

El sufrimiento engendra la cólera; y mientras la clases prósperas se ciegan ó se adormecen, lo cual es siempre cerrar los ojos, el odio de las clases desgraciadas enciende su tea á la luz de algún ánimo disgustado ó contrahecho que medita en un rincón, y se pone á examinar la sociedad.

El exámen del odio ¡cosa terrible!

De ahí provienen, si la desgracia de los tiempos lo quiere, esas aterradoras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmociones que se llamaban antiguamente "jacquerías," junto á las cuales las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, porque no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión de la estrechez contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las "jacquerías" son temblores del pueblo.

Ese peligro, inminente quizá en Europa hácia fines del siglo XVIII, fué el que vino á paralizar la revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolución francesa, que no es otra cosa que lo ideal armado de la cuchilla, se levanta, y con un solo movimiento brusco cierra la puerta del mal abriendo la del bien.

Deslinda la cuestión, promulga la verdad, expulsa el miasma, sanea el siglo y corona al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y se aprovecha de su obra; y hoy día la catástrofe social que indicábamos anteriormente, es simplemente imposible. ¡Ciego es quien la acusa! ¡Necio quien la teme! La revolución es la vacuna de la "jacquería."

Gracias á la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre. No hay ya Edad media en nuestra constitución.

No estamos ya en los tiempos en que espantosos hormigueos interiores producían irrupciones en que se oía bajo los piés la carrera obscura de un ruído sordo, en que aparecían á la superficie de la civilización indefinibles levantamientos de galerías de topos, en que se agrietaba el suelo, en que se abría el techo de las cavernas, y en que derepente se veía salir de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho, desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber.

La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo todo entero se dilata en el individuo sublimado; no hay pobre que, teniendo su derecho, no tenga su irradiación; el hombriento siente sobre de sí la honradez de la Francia; la dignidad de ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina.

De ahí la incorruptibilidad; de ahí el aborto de las ambiciones funestas; de ahí los ojos heróicamente bajos ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de emancipación, en un 14 de Julio, ó en un 10 de Agosto, no hay ya populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y engrandecidas es: "¡Muera el ladrón!"

El progreso es hombre y es honrado; lo ideal y lo absoluto no sirven ya de tapujo.

¿Por quienes fueron escoltados en 1848 los furgones que contenían las riquezas de las Tullerías? Por los traperos del barrio de San Antonio.

El Andrajo dió la guardia al tesoro. La virtud hizo resplandecer á los harapientos.

Estaba allí, en aquellos furgones, en cajas apenas cerradas, algunas hasta entreabiertas, entre cien estuches deslumbradores, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, teniendo por remate el carbunclo real del regente, que valía



treinta millones de francos; y guardaban ellos, con los pies descalzos, aquella corona.

Nada, pues, de "jacquería." Lo siento por los hábiles, puesto que desaparece en último término ese antiguo coco, y ya en adelante no podrá nadie servirse de él en política.

Se ha roto el gran resorte del espectro rojo. Y todo el mundo lo sabe. El espantajo ya no espanta á nadie.

Los pájaros se permiten familiaridades con el manequí, los estiércoles le caen encima, los burgueses se ríen á su pié.

## IV

### *Los dos deberes: velar y esperar.*

Siendo esto así, se ha disipado en verdad todo peligro social.

No hay ya "jacquería"; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre á la cabeza; pero medite cómo respira.

La apoplegía no es de temer, pero sí la tisis.

La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener, como Briareo, cien manos que tender por todas partés á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el debe y haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad á la necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social en provecho de los que padecen y de los que ignoran; más luz y bienestar; tal es, y no lo olviden las almas simpáticas, la primera de las obligaciones fraternales; tal es, y sépanlo los corazones egoístas, la primera de las necesidades políticas.

Y digámoslo también, todo ello no es más que un principio.

La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos más, porque no es este el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El acrecentamiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material.

El saber es un viático; el pensar es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo.

Una inteligencia falta de saber y de reflexión, se debilita.

Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que se muere de hambre de luz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conmociones que se llamaban antiguamente "jacquerías," junto á las cuales las agitaciones puramente políticas son juegos de niños, porque no son ya la lucha del oprimido contra el opresor, sino la rebelión de la estrechez contra el bienestar. Todo se derrumba entonces.

Las "jacquerías" son temblores del pueblo.

Ese peligro, inminente quizá en Europa hácia fines del siglo XVIII, fué el que vino á paralizar la revolución francesa, ese acto inmenso de probidad.

La revolución francesa, que no es otra cosa que lo ideal armado de la cuchilla, se levanta, y con un solo movimiento brusco cierra la puerta del mal abriendo la del bien.

Deslinda la cuestión, promulga la verdad, expulsa el miasma, sanea el siglo y corona al pueblo.

Puede decirse de ella que ha creado al hombre por segunda vez, dándole una segunda alma: el derecho.

El siglo XIX hereda y se aprovecha de su obra; y hoy día la catástrofe social que indicábamos anteriormente, es simplemente imposible. ¡Ciego es quien la acusa! ¡Necio quien la teme! La revolución es la vacuna de la "jacquería."

Gracias á la revolución, las condiciones sociales han cambiado. Las enfermedades feudales y monárquicas no están ya en nuestra sangre. No hay ya Edad media en nuestra constitución.

No estamos ya en los tiempos en que espantosos hormigueos interiores producían irrupciones en que se oía bajo los piés la carrera obscura de un ruído sordo, en que aparecían á la superficie de la civilización indefinibles levantamientos de galerías de topos, en que se agrietaba el suelo, en que se abría el techo de las cavernas, y en que derepente se veía salir de la tierra cabezas monstruosas.

El sentido revolucionario es un sentido moral.

El sentimiento del derecho, desarrollado, desarrolla el sentimiento del deber.

La ley de todos es la libertad, que concluye donde empieza la libertad de otro, según la admirable definición de Robespierre.

Desde 1789, el pueblo todo entero se dilata en el individuo sublimado; no hay pobre que, teniendo su derecho, no tenga su irradiación; el hombriento siente sobre de sí la honradez de la Francia; la dignidad de ciudadano es una armadura interior; el que es libre, es escrupuloso; el que vota, reina.

De ahí la incorruptibilidad; de ahí el aborto de las ambiciones funestas; de ahí los ojos heróicamente bajos ante las tentaciones.

El saneamiento revolucionario es tal, que en un día de emancipación, en un 14 de Julio, ó en un 10 de Agosto, no hay ya populacho. El primer grito de las muchedumbres iluminadas y engrandecidas es: "¡Muera el ladrón!"

El progreso es hombre y es honrado; lo ideal y lo absoluto no sirven ya de tapujo.

¿Por quienes fueron escoltados en 1848 los furgones que contenían las riquezas de las Tullerías? Por los traperos del barrio de San Antonio.

El Andrajo dió la guardia al tesoro. La virtud hizo resplandecer á los harapientos.

Estaba allí, en aquellos furgones, en cajas apenas cerradas, algunas hasta entreabiertas, entre cien estuches deslumbradores, la antigua corona de Francia, toda de diamantes, teniendo por remate el carbunclo real del regente, que valía



treinta millones de francos; y guardaban ellos, con los pies descalzos, aquella corona.

Nada, pues, de "jacquería." Lo siento por los hábiles, puesto que desaparece en último término ese antiguo coco, y ya en adelante no podrá nadie servirse de él en política.

Se ha roto el gran resorte del espectro rojo. Y todo el mundo lo sabe. El espantajo ya no espanta á nadie.

Los pájaros se permiten familiaridades con el manequí, los estiércoles le caen encima, los burgueses se ríen á su pié.

## IV

### *Los dos deberes: velar y esperar.*

Siendo esto así, se ha disipado en verdad todo peligro social.

No hay ya "jacquería"; la sociedad puede estar tranquila por este lado; no se le subirá ya la sangre á la cabeza; pero medite cómo respira.

La apoplegía no es de temer, pero sí la tisis.

La tisis social se llama miseria.

Lo mismo se muere minado que aplastado.

No nos cansaremos de repetirlo: pensar ante todo en la multitud desheredada y dolorida, consolarla, darle aire y luz, amarla, ensanchar magníficamente su horizonte, prodigarle la educación bajo todas sus formas, ofrecerle el ejemplo del trabajo, nunca el de la ociosidad, aminorar el peso de la carga individual aumentando la noción del fin universal, limitar la pobreza sin limitar la riqueza, crear vastos campos de actividad pública y popular, tener, como Briareo, cien manos que tender por todas partés á los débiles y á los oprimidos, emplear el poder colectivo en ese gran deber de abrir talleres á todos los brazos, escuelas á todas las aptitudes y laboratorios á todas las inteligencias, aumentar el salario, disminuir el trabajo, equilibrar el debe y haber, es decir, proporcionar el goce al esfuerzo y la saciedad á la necesidad; en una palabra, hacer despedir al aparato social en provecho de los que padecen y de los que ignoran; más luz y bienestar; tal es, y no lo olviden las almas simpáticas, la primera de las obligaciones fraternales; tal es, y sépanlo los corazones egoístas, la primera de las necesidades políticas.

Y digámoslo también, todo ello no es más que un principio.

La verdadera cuestión es ésta: el trabajo no puede ser una ley sin ser un derecho.

No insistimos más, porque no es este el lugar de hacerlo.

Si la naturaleza se llama Providencia, la sociedad debe llamarse Previsión.

El acrecentamiento intelectual y moral no es menos indispensable que el mejoramiento material.

El saber es un viático; el pensar es de primera necesidad; la verdad es un alimento como el trigo.

Una inteligencia falta de saber y de reflexión, se debilita.

Si hay algo más doloroso que un cuerpo agonizante por falta de alimento, es un alma que se muere de hambre de luz.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El progreso entero tiende hacia la solución de esos problemas.

Llegará un día en que todo el mundo se asombre.

El género humano, subiendo siempre, conseguirá que las capas más profundas salgan naturalmente de la zona de la desgracia.

La desaparición de la miseria se hará por una simple elevación de nivel.

No es cuerdo dudar de esta solución bendita.

Es verdad que lo pasado tiene mucha vida aún á la hora en que escribimos. Es más, revive.

Este rejuvenecimiento de un cadáver es cosa sorprendente. Anda y se acerca; parece triunfante; ese muerto es un conquistador.

Lleva con su legión las supersticiones; con su espada, el despotismo; con su bandera, la ignorancia: en poco tiempo ha ganado diez batallas; avanza, amenaza, se ríe y está á nuestras puertas.

En cuanto á nosotros, no por eso desesperamos. Vendamos el terreno donde acampa Aníbal.

Nosotros, los que creemos, ¿qué podemos temer?

No hay retroceso de ideas, como no le hay de ríos.

Pero que reflexionen los que no quieren el porvenir. Diciendo "no" al progreso, no es el porvenir lo que condenan, sino á sí mismos.

Se crean una enfermedad sombría; se inoculan el mal de lo pasado.

No hay más que una manera de negarse á ser "mañana": morir.

Pero nosotros no queremos ninguna muerte: la del cuerpo, lo más tarde posible; la del alma, nunca.

Sí, el enigma dirá su palabra; hablará la esfinge; el problema se resolverá.

Sí, el pueblo bosquejado por el siglo XVIII, será acabado por el siglo XIX.

¡Quién lo dude será un idiota!

La perfección futura, el estado próximo del bienestar universal, es un fenómeno divinamente fatal.

Los hechos humanos están regidos por inmensos impulsos simultáneos que los conducen á todos, y en tiempo dado, al estado lógico; es decir, al equilibrio; ó mejor á la equidad.

Una fuerza terrena y celestial á la vez, surge de la humanidad y la gobierna; esta fuerza hace milagros; para ella los desenlaces maravillosos no son más difíciles que las peripecias extraordinarias.

Auxiliada por la ciencia, que viene del hombre, y por el éxito que viene de otra parte, se asusta poco de esas contradicciones en la enunciación de los problemas que le parecen imposibles al vulgo.

No es menos hábil para sacar una solución del contraste de las ideas que una enseñanza del contraste de los hechos; y todo se puede esperar de ese misterioso poder del progreso, que el mejor día pone al Oriente frente al Occidente en el fondo de un sepulcro, y hace conversar á los imanes con Bonaparte en lo interior de la gran pirámide.

Entre tanto, no nos paremos, no vacilemos, no nos detengamos en la grandiosa marcha de las inteligencias.

La filosofía social es esencialmente la ciencia y la paz; tiene por objeto y debe tener por resultado el disolver las iras por medio del estudio de los antagonismos. Examina, escudriña, analiza, y después recompone; procede por vía de reducción, separando siempre el odio.



Que una sociedad desaparezca ante el viento que se desencadena sobre los hombres, lo hemos visto más de una vez; la historia está llena de naufragios de imperios y de pueblos: costumbres, leyes, religiones, todo desaparece el día menos pensado ante lo desconocido, ante el huracán que pasa y lo arrastra todo.

Las civilizaciones de la India, de la Caldea, de la Persia, de la Asiria y de Egipto, han desaparecido unas tras otras.

¿Por qué? Lo ignoramos.

¿Cuáles fueron las causas de esos desastres? No lo sabemos.

Habrían podido salvarse esas sociedades? ¿Fué suya la culpa? ¿Han alimentado algún vicio fatal que las ha perdido? ¿En qué cantidad entra el suicidio en esas muertes terribles de una nación y de una raza?

Cuestiones son todas ellas sin respuesta.

La sombra cubre las civilizaciones condenadas.

Hacían agua, puesto que se fueron á pique; no hay por lo tanto nada que decir.

Y vemos con singular asombro, en el fondo de ese mar que se llama lo pasado, detrás de esas olas colosales que se llaman siglos, cómo zozobran esos inmensos buques llamados Babilonia, Nínive, Tarsis, Tebas y Roma, bajo el soplo espantoso que sale de todas las bocas de la obscuridad.

Pero estas tinieblas se quedan allí; aquí tenemos luz.

Ignoramos los males de las civilizaciones antiguas, pero conocemos las enfermedades de la nuestra; en todas partes tenemos sobre ella el derecho de la luz; contemplamos sus bellezas y ponemos al descubierto sus deformidades.

Donde tiene un dolor, le sondeamos; y consignado el padecimiento, el estudio de la causa nos lleva al descubrimiento del remedio.

Nuestra civilización, obra de veinte siglos, es á un tiempo un monstruo y un prodigio; y bien vale la pena de que se la salve. Y se la salvará.

Consolarla, es ya mucho: iluminarla, es algo más.

Todos los trabajos de la filosofía social moderna deben converger hacia ese fin.

El pensador moderno tiene un gran deber: auscultar la civilización.

Lo repetimos: esta auscultación es un estímulo; y con esta insistencia en el estímulo queremos concluir estas páginas, entreacto austero de un drama doloroso.

Bajo la mortalidad social se descubre la inmortalidad humana.

Porque el globo tenga acá ó allá esas heridas que se llaman cráteres, y esos herpes llamdaos solfataras; porque haya un volcán que se abra y arroje su pus, el globo no muere.

Los males del pueblo no matan al hombre.

Y sin embargo, el que estudia la clínica social tiembla á cada instante.

Los más fuertes, como los más sensibles, como los más lógicos, tienen sus horas de desfallecimiento.

¿Llegará el porvenir?

Parece que bien puede hacerse semejante pregunta cuando se advierten tantas sombras terribles.

Sombras colocadas frente á frente de los egoístas y de los miserables.

Del lado de los egoístas, las preocupaciones, las tinieblas de una educación rica, el apetito aumentado por la embriaguez, un aturdimiento de prosperidad que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

asombra, el temor de padecer, que en algunos llega hasta la aversión hacia los que padecen, una satisfacción implacable: el "yo" tan hinchado que cierra las puertas del alma.

Del lado de los miserables, la ambición, la envidia, el odio que se produce viendo gozar á los demás, las profundas sacudidas de la fiereza humana hacia el hartazgo, corazones llenos de bruma, la tristeza, la fatalidad, la necesidad, la ignorancia impura y sencilla.

¿Debemos continuar elevando los ojos al cielo?

El punto luminoso que en él se distingue, ¿es de los que se apagan?

Es horroroso ver así lo ideal perdido en las profundidades, pequeño, aislado, imperceptible, brillante, pero rodeado de todas esas grandes amenazas negras, monstruosamente amontonadas en derredor suyo; y sin embargo, no corre más peligro que el que corre una estrella entre las fauces de una nube.



Encantos y desolaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO OCTAVO.

## ENCANTOS Y DESOLACIONES.

### I

### *Plena luz.*

El lector ha comprendido ya, que habiendo conocido Eponina, á través de la verja, al inquilino de la calle Plumet, á donde la había enviado Magnón, había empezado por alejar á los bandidos de la calle Plumet, y luego había llevado allí á Mario; quien, después de muchos días de éxtasis ante aquella verja, arrastrado por la fuerza que impulsa al hierro hacia el imán, y al amante hacia las piedras que forman la casa de su amor, había concluído por entrar en el jardín de Cosette, como Romeo en el jardín de Julieta.

Pero le había sido más fácil que á Romeo, porque éste tuvo que escalar una pared, y Mario no tuvo que hacer sino forzar un poco una de las barras de la decrépita verja, que vacilaba en su alvéolo enmohecido, como los dientes en als encías de los viejos.

Mario era delgado, y pasó fácilmente.

Como jamás había nadie en la calle, y Mario sólo entraba de noche en el jardín, no corría peligro de ser visto.

A partir de aquella hora bendita y santa en que un beso unió dos almas, Mario seguía yendo todas las noches.

Si en aquel momento de su vida Cosette hubiera caído en el amor de un hombre poco escrupuloso y libertino, se habría perdido; porque hay naturalezas generosas que se entregan por completo, y Cosette era una de ellas.

Una de las magnanimidades de la mujer es ceder.

El amor á esa altura en que es absoluto, se complica con una indefinible y celestial ceguedad del pudor.

¡Y cuántos peligros corréis, oh almas nobles!

Muchas veces dáis el corazón y nosotros tomamos el cuerpo; y os queda luego el corazón y le miráis en la sombra extremecidas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El amor no tiene términos medios; ó pierde ó salva.

El destino humano está encerrado en ese dilema; dilema de perdición ó salud que ninguna fatalidad le establece tan inexorablemente como el amor.

"El amor es la vida, cuando no es la muerte; es cuna, pero ataúd también".

El mismo sentimiento dice sí y no, en el corazón humano.

De todas las cosas que Dios creó, el corazón humano es la que despide más luz; ¡oh, sí! pero también más sombra.

Dios quiso que el amor que Cosette encontrase fuese uno de esos amores que salvan.

Durante el mes de Mayo de 1832, hubo todas las noches en aquel pobre jardín salvaje, bajo el follaje, cada día más embalsamado y más frondoso, dos seres respirando castidad é inocencia, sumergidos en las felicidades celestes, más cercanos á los arcángeles que á los hombres; puros, castos, embriagados, explendentes, que brillaban el uno para el otro en las tinieblas.

Parecíale á Cosette que Mario tenía una corona, y á Mario que Cosette tenía un nimbo.

Se acercaban, se miraban, se cogían las manos, se apretaban uno contra otro; pero había una distancia que no atravesaban. Y no era que la respetasen, sino que la ignoraban.

Mario tenía una barrera, la pureza de su Cosette; Cosette tenía un apoyo, la lealtad de Mario. El primer beso había sido el último.

Mario después no había pasado de tocar con sus labios la mano, ó el vestido, ó un rizo de los cabellos de Cosette.

Cosette era para él un perfume y no una mujer; la respiraba.

Ella no le negaba nada; él nada la pedía. Ella era feliz y él estaba satisfecho.

Vivían en ese feliz estado, que se podría llamar el deslumbramiento de un alma por un alma.

Era aquello el inefable primer abrazo de dos virginidades en lo ideal; los cisnes encontrándose en las aguas de la pureza.

En aquella hora del amor en que la voluptuosidad se calla absolutamente bajo el poderío del éxtasis, Mario, el puro y seráfico Mario, hubiera sido más bien capaz de subir á casa de una mujer pública que de levantar el vestido de Cosette á la altura del tobillo.

Una vez, á la luz de la luna, Cosette se bajó á coger algo del suelo, se entreabrió su corpiño y dejó ver el nacimiento de su garganta.

Mario apartó los ojos.

¿Qué pasaba entre aquellos dos séres?

Nada; se adoraban.

Por la noche, cuando estaban allí, el jardín parecía un lugar viviente y sagrado.

Todas las flores se abrían en torno suyo y les enviaban perfumes, y ellos abrían sus almas y las derramaban sobre las flores.

La vegetación ardiente y vigorosa temblaba llena de savia y de alegría en torno de aquellos dos inocentes, y ellos se decían palabras de amor que hacían extremecer los árboles.

¿Y qué palabras eran esas?

Soplos, nada más.

Y aquellos soplos bastaban á turbar y conmover toda aquella naturaleza.



Poder mágico que apenas se podía comprender si se leyesen en un libro todas aquellas conversaciones nacidas para ser arrastradas y disipadas como el humo por el viento bajo las hojas.

Quitad á los murmullos de dos amantes aquella melodía que sale del alma, y que los acompaña como una lira, y lo que queda no es más que sombra.

Y decís: "¡Qué! ¡No es más que eso!"

—¡Sí; niñerías, repeticiones, risas por cualquier cosa, tonterías, bobadas, lo más sublime y profundo que existe; las solas cosas que merecen ser dichas y oídas!

El hombre que no ha dicho ni escuchado nunca semejantes tonterías y pequeñeces, es un imbécil ó un perverso.

Sí; porque eso es la inocencia.

Cosette decía á Mario:

—¿Sabes?....

(Con todo eso y al través de esa celeste virginidad, y sin que les hubiera sido posible al uno ni al otro decir el cómo, se tuteaban.)

—¿Sabes? Me llamo Eufrasia.

—¿Eufrasia? No, hija, no; tu te llamas Cosette.

—¡Oh! Cosette es un nombre muy feo que me pusieron cuando era niña. Pero mi verdadero nombre es Eufrasia. ¿No te gusta este nombre?

—Sí.... Pero Cosette no es feo.

—¿Te gusta más que Eufrasia?

—Pues.... Sí.

—Entonces también á mi me gusta más. Es verdad, es muy bonito. ¡Cosette! llámame Cosette.

Y la sonrisa con que acompañaba estas palabras hacía de este diálogo un idilio digno de un bosque que estubiera en el cielo.

Otras veces le miraba ella fijamente, exclamando:

—Caballero, sois muy lindo, muy guapo; teneis talento; no sois tonto en modo alguno; sabeis más que yo; pero os desafío á pronunciar esta palabra: ¡Te amo!

Y Mario, enmedio de un placer celestial, creía oír una estrofa entonada por una estrella.

O bien ella le daba un golpecito porque tosía, diciéndole:

—No tosais, caballero. No quiero que nadie tosa en mi casa sin mi permiso. Es muy feo eso de toser é inquietarme. Quiero que estés bueno; porque si estuvieras malo, sería yo muy desgraciada. ¿Qué quieres que le haga?

Y esto era sencillamente una cosa divina.

Una vez Mario la dijo á Cosette:

—Figúrate que hubo un día en que creí que te llamabas Ursula.

Y esto les dió que reír toda la noche.

Otra vez, en medio de una de aquellas pláticas, exclamó Mario:

—¡Oh! ¡Un día en el Luxemburgo tuve deseos de acabar de estropear á un invalido!

Pero se detuvo, y no fué más allá. Le habría sido preciso hablar á Cosette de la liga, y esto era imposible.

Existía entre ellos una especie de barrera desconocida, la carne, ante la cual retrocedía con cierto espanto sagrado aquel inmenso é inocente amor.

Mario se figuraba que era aquello vivir con Cosette, y que no había un más allá



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el mundo; ir todas las noches á la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto á ella en aquel banco, mirar al través de los árboles las titilaciones del comienzo de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, tutearse, aspirar la misma flor uno en pos del otro, siempre é indefinidamente.

Entre tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Cada vez que sopla el viento arrastra más sueños de hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi salvaje, no rechazaba absolutamente la galantería, no. "Hacer cumplimientos" á quien se ama, es el primer modo de hacer caricias; es una prueba de audacia.

El cumplimiento obsequioso es como un beso al través del velo.

El deleite envuelve en él su germen, ocultándose.

Los requiebros de Mario, saturados de quimeras, eran, por así decirlo, celestiales.

Los pájaros, cuando vuelan por lo alto, al lado de los ángeles, oyen forzosamente palabras como esas. En ellas se mezclaba, sin embargo, la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivo de que Mario era capaz.

Es lo que se dice en la gruta, preludio de lo que ha de decirce en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las caballerescas hipérboles del arrullo; todos los refinamientos de la adoración colocados en un ramillete y exhalando un suave perfume celestial, un inefable susurro de corazón á corazón.

—¡Oh!—murmuraba Mario:—¡Qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pié, me trastorna. ¡Qué resplandor desprendes cuando se abre tu pensamiento! Siempre hablas con asombroso juicio. Hay instantes en que me parece que eres un sueño. Habla; yo te escucho, yo te admiro. ¡Oh! ¡Qué raro y qué encantador es todo esto! Estoy verdaderamente loco. Sois adorable, señorita. Estudio tus piés con el microscopio y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía:

—Te amo un poco más, por el tiempo que ha transcurrido, desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los dominguillos de sauco sobre el clavo.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la trasparencia, la blancura, el candor, la luz.

Podía decirse de ella que era diáfana.

Causaba á todo el que la veía una sensación como el abril y la aurora; aparecía el rocío en sus ojos.

Cosette era la condensación del resplandor boreal en forma de mujer.

Era, por cierto, muy sencillo que Mario, adorándola, la admirase.

Pero la verdad es, que aquella colegiala, tierna flor del convento, hablaba con penetración exquisita y decía á cada momento toda clase de palabras propias y delicadas.

Lo que en otra hubiera sido cháchara, era en ella conversación; no se engañaba en ningún asunto, y sabía siempre apreciar lo justo.

La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible.

Nadie puede decir cosas tiernas y profundas á la vez como una mujer.

Dulzura y profundidad; hé ahí la mujer; hé ahí el cielo.

En aquella felicidad plena asomaban á cada instante lágrimas en sus ojos.



Un insectillo aplastado, una pluma caída de un nido, una rama de arbol desgajada, los enternecía, y aquellos éxtasis, dulcemente impregnados de melancolía, parecía que sólo pedían una lágrima.

El síntoma más grande del amor en un enternecimiento que llega á veces á lo insoportable.

Y después de esto, porque tales contradiciones son el juego de los relámpagos en amor, se reían de buena gana y con expansiva libertad, y tan familiarmente, que parecían algunas veces un par de niños.

Sin embargo, aún ignorándolo los mismos corazones ébrios de castidad, se encuentran siempre en la inolvidable naturaleza.

Allí está con su objeto sublime y brutal; y cualquiera que sea la inocencia de las almas, se siente, en la conversación íntima más púdica, el adorable y misterioso matiz que separa á dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten siempre.

Los amantes se aman, se sonríen, se ríen, se hacen muecas tan imperceptibles para los demás como expresivas para ellos, con la punta de los labios; entrelazan los dedos de las manos, se tutean, sin que todo ello se oponga para nada á la eternidad.

Dos amantes se ocultan en la noche, en el crepúsculo, en lo invisible, como los pájaros, como las rosas; se fascinan un á otro en la sombra con sus corazones, que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean, y al mismo tiempo el grandioso movimiento de los astros sigue llenando el infinito.

## II

### *El aturdimiento de la felicidad completa.*

Existían vagamente agobiados de felicidad.

No habían notado que el cólera diezmaba á París precisamente en aquel mismo mes.

Se habían hecho todas las confianzas posibles; pero no habían pasado más allá de sus nombres.

Mario había dicho á Cosete que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su padre era coronel y había sido un héroe, y que estaba disgustado con su abuelo, que era muy rico.

Le había indicado también que era barón; pero esto no había producido el menor efecto en Cosette.

¿Mario, barón? No lo comprendía; no sabía lo que esta palabra quería decir. Para ella, Mario era Mario.

Cosette, por su parte, le había dicho que se había educado en el convento del Petit Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, á pesar de ello, pobre, y que se privaba de todo, no privándola á ella de nada.

Y ¡cosa rara! en la especie de sinfonía en que vivía Mario, desde que visitaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el mundo; ir todas las noches á la calle Plumet, separar el complaciente hierro de la verja del presidente, sentarse junto á ella en aquel banco, mirar al través de los árboles las titilaciones del comienzo de la noche, poner en contacto el pliegue de la rodilla de su pantalón con la falda de Cosette, acariciarle la uña del dedo pulgar, tutearse, aspirar la misma flor uno en pos del otro, siempre é indefinidamente.

Entre tanto, las nubes pasaban sobre sus cabezas. Cada vez que sopla el viento arrastra más sueños de hombre que nubes del cielo.

Aquel casto amor, casi salvaje, no rechazaba absolutamente la galantería, no. "Hacer cumplimientos" á quien se ama, es el primer modo de hacer caricias; es una prueba de audacia.

El cumplimiento obsequioso es como un beso al través del velo.

El deleite envuelve en él su germen, ocultándose.

Los requiebros de Mario, saturados de quimeras, eran, por así decirlo, celestiales.

Los pájaros, cuando vuelan por lo alto, al lado de los ángeles, oyen forzosamente palabras como esas. En ellas se mezclaba, sin embargo, la vida, la humanidad, toda la cantidad de positivo de que Mario era capaz.

Es lo que se dice en la gruta, preludio de lo que ha de decirce en la alcoba; una efusión lírica, la estrofa y el soneto mezclados, las caballerescas hipérboles del arrullo; todos los refinamientos de la adoración colocados en un ramillete y exhalando un suave perfume celestial, un inefable susurro de corazón á corazón.

—¡Oh!—murmuraba Mario:—¡Qué hermosa eres! No me atrevo á mirarte. Por eso te contemplo. Eres una gracia. No sé lo que tengo. El bajo de tu vestido, cuando asomas la punta del pié, me trastorna. ¡Qué resplandor desprendes cuando se abre tu pensamiento! Siempre hablas con asombroso juicio. Hay instantes en que me parece que eres un sueño. Habla; yo te escucho, yo te admiro. ¡Oh! ¡Qué raro y qué encantador es todo esto! Estoy verdaderamente loco. Sois adorable, señorita. Estudio tus piés con el microscopio y tu alma con el telescopio.

Y Cosette respondía:

—Te amo un poco más, por el tiempo que ha transcurrido, desde esta mañana.

Preguntas y respuestas iban como podían en este diálogo, cayendo siempre de acuerdo sobre el amor, como los dominguillos de sauco sobre el clavo.

Cosette era la sencillez, la ingenuidad, la trasparencia, la blancura, el candor, la luz.

Podía decirse de ella que era diáfana.

Causaba á todo el que la veía una sensación como el abril y la aurora; aparecía el rocío en sus ojos.

Cosette era la condensación del resplandor boreal en forma de mujer.

Era, por cierto, muy sencillo que Mario, adorándola, la admirase.

Pero la verdad es, que aquella colegiala, tierna flor del convento, hablaba con penetración exquisita y decía á cada momento toda clase de palabras propias y delicadas.

Lo que en otra hubiera sido cháchara, era en ella conversación; no se engañaba en ningún asunto, y sabía siempre apreciar lo justo.

La mujer siente y habla con el tierno instinto del corazón, que es infalible.

Nadie puede decir cosas tiernas y profundas á la vez como una mujer.

Dulzura y profundidad; hé ahí la mujer; hé ahí el cielo.

En aquella felicidad plena asomaban á cada instante lágrimas en sus ojos.



Un insectillo aplastado, una pluma caída de un nido, una rama de arbol desgajada, los enternecía, y aquellos éxtasis, dulcemente impregnados de melancolía, parecía que sólo pedían una lágrima.

El síntoma más grande del amor en un enternecimiento que llega á veces á lo insoportable.

Y después de esto, porque tales contradiciones son el juego de los relámpagos en amor, se reían de buena gana y con expansiva libertad, y tan familiarmente, que parecían algunas veces un par de niños.

Sin embargo, aún ignorándolo los mismos corazones ébrios de castidad, se encuentran siempre en la inolvidable naturaleza.

Allí está con su objeto sublime y brutal; y cualquiera que sea la inocencia de las almas, se siente, en la conversación íntima más púdica, el adorable y misterioso matiz que separa á dos amantes de dos amigos.

Se idolatraban.

Lo permanente y lo inmutable subsisten siempre.

Los amantes se aman, se sonríen, se ríen, se hacen muecas tan imperceptibles para los demás como expresivas para ellos, con la punta de los labios; entrelazan los dedos de las manos, se tutean, sin que todo ello se oponga para nada á la eternidad.

Dos amantes se ocultan en la noche, en el crepúsculo, en lo invisible, como los pájaros, como las rosas; se fascinan un á otro en la sombra con sus corazones, que ponen en sus ojos; murmuran, cuchichean, y al mismo tiempo el grandioso movimiento de los astros sigue llenando el infinito.

## II

### *El aturdimiento de la felicidad completa.*

Existían vagamente agobiados de felicidad.

No habían notado que el cólera diezmaba á París precisamente en aquel mismo mes.

Se habían hecho todas las confianzas posibles; pero no habían pasado más allá de sus nombres.

Mario había dicho á Cosete que se llamaba Mario Pontmercy, que era abogado, que vivía de escribir para los libreros, que su padre era coronel y había sido un héroe, y que estaba disgustado con su abuelo, que era muy rico.

Le había indicado también que era barón; pero esto no había producido el menor efecto en Cosette.

¿Mario, barón? No lo comprendía; no sabía lo que esta palabra quería decir. Para ella, Mario era Mario.

Cosette, por su parte, le había dicho que se había educado en el convento del Petit Picpus, que su madre había muerto como la de él, que su padre se llamaba Fauchelevent, que era muy bueno, que daba muchas limosnas, que era, á pesar de ello, pobre, y que se privaba de todo, no privándola á ella de nada.

Y ¡cosa rara! en la especie de sinfonía en que vivía Mario, desde que visitaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette, lo pasado, aún lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano, que lo que Cosette le contaba le satisfacía por completo.

No se le ocurrió siquiera hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thénardier, de la quemadura y de la extraña actitud y singular huída de su padre.

Mario había olvidado enseguida todo aquello; no sabía por la noche ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado; tenía en el oído una música que le ensordecía para cualquier otro pensamiento; sólo se daba cuenta de su existencia durante las horas en que veía á Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra.

Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales.

Que es así como viven esos sonámbulos que se llaman enamorados.

¡Ah! ¿Quién no ha pasado por algo parecido? ¿Por qué llega una hora en que se ha de abandonar ese cielo? ¿Por qué continúa luego la vida?

El amor reemplaza casi al pensamiento; es una completa abstracción de todo lo demás.

¡Idle á pedir lógica á la pasión!

No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, como no hay ninguna figura gemétrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y Mario no existía nada más que Mario y Cosette.

El universo en su derredor estaba como caído en un abismo.

Vivían en un minuto de oro.

No miraban adelante ni atrás; Mario apenas pensaba en que Cosette tuviese padre. En su cerebro había algo semejante á un deslumbramiento que todo lo borra.

¿De qué hablaban aquellos amantes?

Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decían todo; esto es, el todo de los enamorados, que es la nada.

Pero el padre, las realidades, aquel desván, aquellos bandidos, aquella aventura, ¿qué les importaba?

¿Estaban seguros de que había existido aquel sueño?

Eran dos, se adoraban, no había más que esto; todo lo demás no existía.

Es probable que este desvanecimiento del infierno detrás de nosotros es inherente á la llegada al paraíso.

¿Acaso se ha visto á los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha sufrido? Ya no se sabe; todo eso lo cubre una nube de rosa.

Así vivían, pues, aquellos dos séres, á grande altura, con toda la inverosimilitud que hay en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafín; entre el fango y el éter; en la nube; apenas carne y hueso; alma y éxtasis de pies á cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra, pero con bastante humanidad aún para desaparecer en lo azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia fuera del destino; ignorando la miseria del ayer y del hoy como del mañana; maravillados, pasmados, flotantes, aligerados por momentos para la desaparición en lo infinito; casi dispuestos á emprender el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh letargo expléndido de la realidad llena de idealismo!

Algunas veces, por más que Cosette fuese tan bella, cerraba Mario los ojos en su presencia. Con los ojos cerrados es como se ve el alma.



Mario y Cosette no se preguntaban adónde aquello podía conducirles.

No alcanzaban á ver un más allá.

Es una extraña pretensión de los hombres la de querer que el amor conduzca á alguna parte.

## III

### Principio de sombra.

Juan Valjean, por su parte, nada sospechaba.

Cosette, algo menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto le bastaba á Juan Valjean par ser feliz.

Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imágen de Mario que llenaba su alma, no perjudicaban en nada la pureza incomparable de su hermosa frente casta y risueña.

Estaba en la edad en que las vírgenes llevan su amor como los ángeles su azucena.

Estaba, pues, tranquilo Juan Valjean.

Y luego, cuando dos amantes se entienden, todo va perfectamente bien; y un tercero cualquiera que pudiera turbar su amor, queda envuelto en una perfecta obscuridad con solo algunas precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados.

Así es que Cosette nunca hacía objeciones á Juan Valjean. ¿Quería pasear? Sí papaíto. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Quería pasar la noche al lado de Cosette? Perfectamente; simpre ella tan contenta.

Como Juan Valjean se retiraba ordinariamente á las diez de la noche, no iba en tales noches Mario al jardín hasta después de la hora indicada, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta ventana de la escalinata.

No hay que decir que durante el día no parecía Mario por allí.

Juan Valjean no se acordaba ya ni de la existencia de tal hombre.

Sólo una vez, una mañana, le dijo á Cosette:

—¡Calle! ¡Cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Mario, en un momento de trasporte, había estrechado á Cosette contra la pared.

La vieja Santos, que se acostaba muy temprano, no pensaba más que en dormir después de concluido su trabajo, y lo ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no ponía nunca los piés en la casa.

Cuando estaba con Cosette, se ocultaba en un ángulo cerca de la escalinata para que no le viesen ni oyesen desde la calle.

Sentábanse allí, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, mirando las ramas de los árboles.

Durante aquellos instantes, aunque hubiera caído un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrían notado; de tal modo la fantasía del uno se absorbía y sumergía profundamente en la del otro.

¡Purezas límpidas! ¡Horas diáfanas, casi todas iguales!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cosette, lo pasado, aún lo más reciente, se había hecho para él tan confuso y lejano, que lo que Cosette le contaba le satisfacía por completo.

No se le ocurrió siquiera hablarle de la aventura nocturna del caserón de los Thénardier, de la quemadura y de la extraña actitud y singular huída de su padre.

Mario había olvidado enseguida todo aquello; no sabía por la noche ni lo que había hecho por la mañana, ni dónde había almorzado, ni quién le había hablado; tenía en el oído una música que le ensordecía para cualquier otro pensamiento; sólo se daba cuenta de su existencia durante las horas en que veía á Cosette. Y entonces, como estaba en el cielo, era natural que olvidase la tierra.

Ambos llevaban con languidez el peso indefinible de los deleites inmateriales.

Que es así como viven esos sonámbulos que se llaman enamorados.

¡Ah! ¿Quién no ha pasado por algo parecido? ¿Por qué llega una hora en que se ha de abandonar ese cielo? ¿Por qué continúa luego la vida?

El amor reemplaza casi al pensamiento; es una completa abstracción de todo lo demás.

¡Idle á pedir lógica á la pasión!

No hay encadenamiento lógico absoluto en el corazón humano, como no hay ninguna figura gemétrica perfecta en la mecánica celeste.

Para Cosette y Mario no existía nada más que Mario y Cosette.

El universo en su derredor estaba como caído en un abismo.

Vivían en un minuto de oro.

No miraban adelante ni atrás; Mario apenas pensaba en que Cosette tuviese padre. En su cerebro había algo semejante á un deslumbramiento que todo lo borra.

¿De qué hablaban aquellos amantes?

Ya lo hemos dicho: de las flores, de las golondrinas, del sol poniente, de la salida de la luna, de todas las cosas importantes; se lo decían todo; esto es, el todo de los enamorados, que es la nada.

Pero el padre, las realidades, aquel desván, aquellos bandidos, aquella aventura, ¿qué les importaba?

¿Estaban seguros de que había existido aquel sueño?

Eran dos, se adoraban, no había más que esto; todo lo demás no existía.

Es probable que este desvanecimiento del infierno detrás de nosotros es inherente á la llegada al paraíso.

¿Acaso se ha visto á los demonios? ¿Los ha habido? ¿Se ha tenido miedo? ¿Se ha sufrido? Ya no se sabe; todo eso lo cubre una nube de rosa.

Así vivían, pues, aquellos dos séres, á grande altura, con toda la inverosimilitud que hay en la naturaleza; ni en el nadir, ni en el zenit, entre el hombre y el serafín; entre el fango y el éter; en la nube; apenas carne y hueso; alma y éxtasis de pies á cabeza; demasiado sublimes para andar por la tierra, pero con bastante humanidad aún para desaparecer en lo azul, en suspensión, como átomos que esperan el precipitado; en apariencia fuera del destino; ignorando la miseria del ayer y del hoy como del mañana; maravillados, pasmados, flotantes, aligerados por momentos para la desaparición en lo infinito; casi dispuestos á emprender el vuelo eterno.

Dormían despiertos en aquel arrullo. ¡Oh letargo expléndido de la realidad llena de idealismo!

Algunas veces, por más que Cosette fuese tan bella, cerraba Mario los ojos en su presencia. Con los ojos cerrados es como se ve el alma.



Mario y Cosette no se preguntaban adónde aquello podía conducirles.

No alcanzaban á ver un más allá.

Es una extraña pretensión de los hombres la de querer que el amor conduzca á alguna parte.

## III

### Principio de sombra.

Juan Valjean, por su parte, nada sospechaba.

Cosette, algo menos soñadora que Mario, estaba alegre, y esto le bastaba á Juan Valjean par ser feliz.

Los pensamientos de Cosette, sus tiernas ilusiones, la imágen de Mario que llenaba su alma, no perjudicaban en nada la pureza incomparable de su hermosa frente casta y risueña.

Estaba en la edad en que las vírgenes llevan su amor como los ángeles su azucena.

Estaba, pues, tranquilo Juan Valjean.

Y luego, cuando dos amantes se entienden, todo va perfectamente bien; y un tercero cualquiera que pudiera turbar su amor, queda envuelto en una perfecta obscuridad con solo algunas precauciones, siempre las mismas para todos los enamorados.

Así es que Cosette nunca hacía objeciones á Juan Valjean. ¿Quería pasear? Sí papaíto. ¿Quería quedarse? Muy bien. ¿Quería pasar la noche al lado de Cosette? Perfectamente; simpre ella tan contenta.

Como Juan Valjean se retiraba ordinariamente á las diez de la noche, no iba en tales noches Mario al jardín hasta después de la hora indicada, cuando oía desde la calle que Cosette abría la puerta ventana de la escalinata.

No hay que decir que durante el día no parecía Mario por allí.

Juan Valjean no se acordaba ya ni de la existencia de tal hombre.

Sólo una vez, una mañana, le dijo á Cosette:

—¡Calle! ¡Cómo tienes la espalda de yeso!

La noche anterior, Mario, en un momento de trasporte, había estrechado á Cosette contra la pared.

La vieja Santos, que se acostaba muy temprano, no pensaba más que en dormir después de concluido su trabajo, y lo ignoraba todo como Juan Valjean.

Mario no ponía nunca los piés en la casa.

Cuando estaba con Cosette, se ocultaba en un ángulo cerca de la escalinata para que no le viesen ni oyesen desde la calle.

Sentábanse allí, contentándose muchas veces con apretarse las manos veinte veces por minuto, mirando las ramas de los árboles.

Durante aquellos instantes, aunque hubiera caído un rayo á treinta pasos de ellos, no lo habrían notado; de tal modo la fantasía del uno se absorbía y sumergía profundamente en la del otro.

¡Purezas límpidas! ¡Horas diáfanas, casi todas iguales!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta clase de amor es una colección de hojas de lirio y plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardín los separaba de la calle.

Cada vez que Mario entraba y salía, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se advertía el menor desperfecto.

Se iba generalmente á media noche, volviéndose á casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía á Bahorel:

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora de madrugada.

Bahorel respondía:

¿Qué quieres? No es nuevo ni aún raro el que se encierre un petardo en un seminarista.

Algunas veces Courfeyrac se cruzaba de brazos, y poniéndose serio, le decía á Mario:

—¡Andais descaminado, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos ese reflejo de un paraíso invisible en Mario; estaba poco acostumbrado á las pasiones inéditas; se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones á Mario para que volviese á lo real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, se me antoja que te has instalado en la luna, reino del delirio, provincia de las iluciones, capital de la pompa de jabón. Vamos, sé bueno y franco: ¿Quién es ella?

Pero no había medio de "hacer hablar" á Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían este nombre inefable: "Cosette."

El amor verdadero es luminoso como la aurora, y silencioso como la tumba.

Courfeyrac había notado únicamente en Mario que tenía una taciturnidad radiante.

En aquel alegre mes de Mayo, Mario y Cosete conocieron estas inmensas felicidades:

Querellarse tratándose de vos, sólo para tutearse luego más á gusto.

Hablar largamente y con los más minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente; nueva prueba de que en esa ópera seductora que se llama el amor, el libreto es casi nada;

Para Mario, oír á Cosette hablar de telas;

Para Cosette, oír á Mario hablar de política;

Escuchar, juntas las rodillas, el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babilonia;

Contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la hierba;

Callarse ambos á un tiempo; placer mayor aún que conversar;

Etc., etc.

Entretanto, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza baja según su costumbre, al volver la esquina de la calle de Plumet, oyó que le decían al lado:

—Buenas noches, señor Mario.

Alzó la cabeza y reconoció á Eponina.

Esto le causó un efecto singular.

Ni una sola vez había vuelto á acordarse de aquella muchacha desde el día en



que le había llevado á la calle Plumet; no la había vuelto á ver, y se había borrado por completo de su memoria.

Tenía motivos para estarle agradecido, y le debía su felicidad presente; sin embargo, le disgustó encontrarla.

Es un error creer que la pasión, cuando es pura y feliz, conduce al hombre á un estado de perfección; le conduce simplemente, como hemos dicho, á un estado de olvido.

En tal situación el hombre se olvida de ser malo; pero olvida también el ser bueno.

El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos se desvanecen.

En cualquier otro tiempo, Mario habría sido de otro modo distinto para Eponina.

Absorbido por Cosette, ni aún se había explicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thénardier, que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre porque se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes.

Presentamos á Mario tal como era; hasta el nombre de su padre desaparecía un poco bajo los explendores de su amor.

Respondió, pues, con cierto embarazo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Eponina?

—¿Por qué me tratais de vos? ¿Os he hecho algo?

—No,—respondió él.

Es verdad que nada sentía contra ella; todo lo contrario. Pero conocía que no podía hacer otra cosa; llamando de tú á Cosette, debía tratar de vos á Eponina.

Como Mario se callase, díjole ella.

—Decid, pues....

Y se detuvo. Parecía que le faltaban palabras á aquella criatura, en otro tiempo tan poco aprensiva y tan atrevida.

Trató de sonreír y no pudo. Volvió á decir:

—¿Y bien?

Luego se calló nuevamente y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario,—dijo luego, de repente; y se fué.

## IV

### Cab: rueda en inglés y ladra en germania.

El día siguiente, que era 3 de Junio de 1832, fecha que debemos consignar á causa de los sucesos graves que estaban suspendidos en el horizonte de París en estado de nubes cargadas, Mario, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos alegres pensamientos en el corazón, cuando vió entre los árboles del boulevard á Eponina, que se dirigía hácia él.

Dos días seguidos de encontrarse era demasiado.

Se volvió rápidamente, salió del boulevard, cambió de camino y se fué á la calle Plumet por la calle de Monsieur.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esta clase de amor es una colección de hojas de lirio y plumas de paloma.

Todo lo ancho del jardín los separaba de la calle.

Cada vez que Mario entraba y salía, ajustaba cuidadosamente la barra de la verja, de modo que no se advertía el menor desperfecto.

Se iba generalmente á media noche, volviéndose á casa de Courfeyrac. Courfeyrac decía á Bahorel:

—¿Lo creerás? Mario se retira ahora de madrugada.

Bahorel respondía:

¿Qué quieres? No es nuevo ni aún raro el que se encierre un petardo en un seminarista.

Algunas veces Courfeyrac se cruzaba de brazos, y poniéndose serio, le decía á Mario:

—¡Andais descaminado, joven!

Courfeyrac, hombre práctico, no veía con buenos ojos ese reflejo de un paraíso invisible en Mario; estaba poco acostumbrado á las pasiones inéditas; se impacientaba, y hacía frecuentes reflexiones á Mario para que volviese á lo real.

Una mañana le dirigió esta pregunta:

—Querido, se me antoja que te has instalado en la luna, reino del delirio, provincia de las iluciones, capital de la pompa de jabón. Vamos, sé bueno y franco: ¿Quién es ella?

Pero no había medio de "hacer hablar" á Mario. Antes le hubieran arrancado las uñas que una de las tres sílabas sagradas que componían este nombre inefable: "Cosette."

El amor verdadero es luminoso como la aurora, y silencioso como la tumba.

Courfeyrac había notado únicamente en Mario que tenía una taciturnidad radiante.

En aquel alegre mes de Mayo, Mario y Cosete conocieron estas inmensas felicidades:

Querellarse tratándose de vos, sólo para tutearse luego más á gusto.

Hablar largamente y con los más minuciosos detalles de personas que no les importaban nada absolutamente; nueva prueba de que en esa ópera seductora que se llama el amor, el libreto es casi nada;

Para Mario, oír á Cosette hablar de telas;

Para Cosette, oír á Mario hablar de política;

Escuchar, juntas las rodillas, el ruido de los coches que pasaban por la calle de Babilonia;

Contemplar el mismo planeta en el cielo, ó el mismo gusano de luz en la hierba;

Callarse ambos á un tiempo; placer mayor aún que conversar;

Etc., etc.

Entretanto, se aproximaban algunas complicaciones.

Una noche que Mario iba por el boulevard de los Inválidos, con la cabeza baja según su costumbre, al volver la esquina de la calle de Plumet, oyó que le decían al lado:

—Buenas noches, señor Mario.

Alzó la cabeza y reconoció á Eponina.

Esto le causó un efecto singular.

Ni una sola vez había vuelto á acordarse de aquella muchacha desde el día en



que le había llevado á la calle Plumet; no la había vuelto á ver, y se había borrado por completo de su memoria.

Tenía motivos para estarle agradecido, y le debía su felicidad presente; sin embargo, le disgustó encontrarla.

Es un error creer que la pasión, cuando es pura y feliz, conduce al hombre á un estado de perfección; le conduce simplemente, como hemos dicho, á un estado de olvido.

En tal situación el hombre se olvida de ser malo; pero olvida también el ser bueno.

El agradecimiento, el deber, los recuerdos esenciales é importunos se desvanecen.

En cualquier otro tiempo, Mario habría sido de otro modo distinto para Eponina.

Absorbido por Cosette, ni aún se había explicado claramente que aquella Eponina se llamaba Eponina Thénardier, que llevaba un nombre escrito en el testamento de su padre, el mismo nombre porque se hubiera sacrificado generosamente algunos meses antes.

Presentamos á Mario tal como era; hasta el nombre de su padre desaparecía un poco bajo los explendores de su amor.

Respondió, pues, con cierto embarazo:

—¡Ah! ¿Sois vos, Eponina?

—¿Por qué me tratais de vos? ¿Os he hecho algo?

—No,—respondió él.

Es verdad que nada sentía contra ella; todo lo contrario. Pero conocía que no podía hacer otra cosa; llamando de tú á Cosette, debía tratar de vos á Eponina.

Como Mario se callase, díjole ella.

—Decid, pues....

Y se detuvo. Parecía que le faltaban palabras á aquella criatura, en otro tiempo tan poco aprensiva y tan atrevida.

Trató de sonreír y no pudo. Volvió á decir:

—¿Y bien?

Luego se calló nuevamente y bajó los ojos.

—Buenas noches, señor Mario,—dijo luego, de repente; y se fué.

## IV

### Cab: rueda en inglés y ladra en germania.

El día siguiente, que era 3 de Junio de 1832, fecha que debemos consignar á causa de los sucesos graves que estaban suspendidos en el horizonte de París en estado de nubes cargadas, Mario, al caer la noche, seguía el mismo camino que la víspera, con los mismos alegres pensamientos en el corazón, cuando vió entre los árboles del boulevard á Eponina, que se dirigía hácia él.

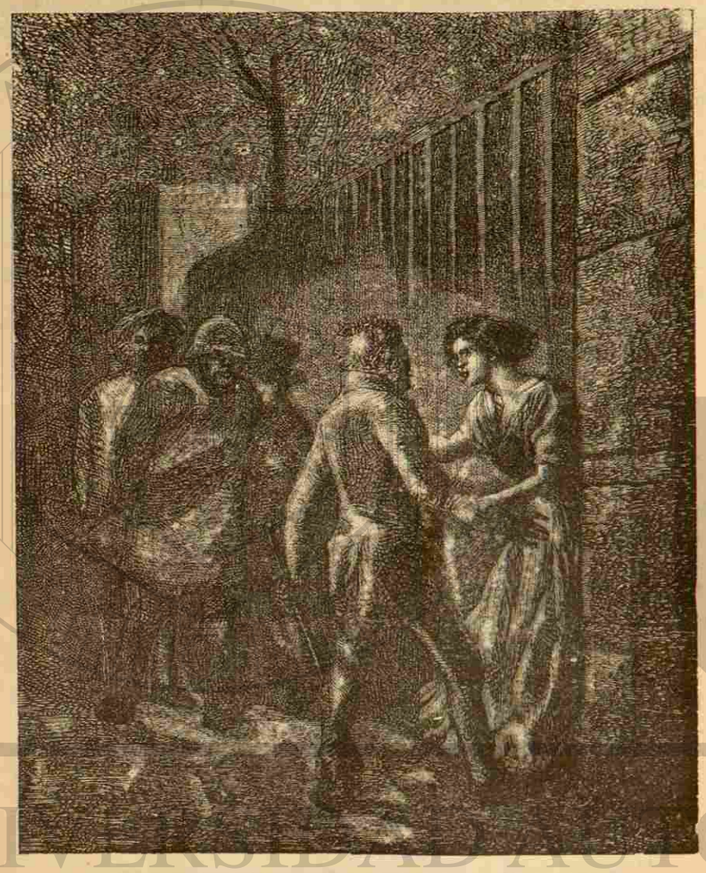
Dos días seguidos de encontrarse era demasiado.

Se volvió rápidamente, salió del boulevard, cambió de camino y se fué á la calle Plumet por la calle de Monsieur.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Eponina le siguió hasta la calle Plumet, lo que no había hecho nunca hasta entonces, pues se había contentado con verle pasar por el boulevard sin tratar de pararle.

Sólo la víspera le había hablado.



Eponina le siguió, pues, sin que él lo supiese; le vió separar el hierro de la verja y penetrar en el jardín.

—¡Calle!—dijo.—¡Entra en la casa!

Se acercó á la verja, tentó los hierros uno después de otro, y dió fácilmente con el que Mario había separado.

Entonces murmuró á media voz, con lúgubre acento:

—¡Nada de eso, Lisette!

Sentóse en el estribo de la verja, y al lado del hierro, como si le estuviese guardando.

Aquel punto era precisamente el extremo de la verja que tocaba á la casa próxima, formándose allí un ángulo obscuro, en el que Eponina se pudo ocultar completamente.



Así permaneció más de una hora sin moverse y sin respirar, entregada á sus imaginaciones.

Hácia las diez de la noche, una de las dos ó tres personas que pasaban por la calle Plumet, un viejo que se había retardado y pasaba muy de prisa por aquel sitio desierto y de malísima fama, costeando el averjado, al llegar al ángulo de la verja con el jardín, oyó una voz sorda y amenazadora que decía:

—¡Ya no me admiro de que venga todas las noches!

El transeunte miró en derredor, no vió á nadie, no se atrevió á mirar á aquel rincón, tuvo miedo y redobló el paso.

Aquel transeunte hizo bien en marcharse corriendo, porque pocos momentos después seis hombres, que iban separados y á corta distancia uno de otro á lo largo de la pared, y que habrían podido confundirse con una patrulla de policía, entraron en la calle Plumet.

El primero que llegó á la verja del jardín se detuvo y esperó á los demás; un segundo después estaban reunidos todos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baja y en germanías.

—Aquí es,—dijo uno de ellos.

—¿Hay algún "cab" (perro) en el jardín?—preguntó otro.

—No lo sé. Pero por si acaso, he traído una morcilla que le haremos tragar.

—¿Has traído la pasta para romper los vidrios sin hacer ruido?

—Sí.

—La verja es muy vieja,—dijo el quinto, que tenía voz de ventrílocuo.

—Tanto mejor,—dijo el segundo que había hablado.—Así no sonará al forzarla, ni nos costará mucho trabajo entrar.

El sexto, que no había abierto aún la boca, se puso á examinar la verja, como había hecho Eponina una hora antes, empuñando sucesivamente cada una de las barras y moviéndolas con precaución. Así llegó al hierro que Mario solía separar.

Cuando iba á cogerle, una mano que salió bruscamente de la sombra le agarró el brazo; al mismo tiempo se sintió rechazado por medio del pecho, y oyó una voz que le decía sin gritar:

—Hay un "cab" (perro).

Y vió á una joven pálida delante de sí.

El hombre sintió esa conmoción que produce siempre lo inesperado.

Quedóse terriblemente atónito; nada hay tan formidable como las fieras inquietas; su aspecto atemorizado es temible. Retrocedió y murmuró:

—¿Quién es esa tunantuela?

—Vuestra hija.

En efecto, era Eponina que hablaba á Thénardier.

A la aparición de Eponina los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujón, se habían acercado sin ruido, sin precipitación, sin decir una palabra, con la siniestra prontitud propia de estos hombres nocturnos.

Veíanseles algunos útiles repugnantes en la mano. Gueulemer tenía una de esas pinzas cortas á las que los vagos llaman tenaza.

¡Ah! ¿Qué haces ahí? ¿Qué nos quieres? ¿Estás loca?—exclamó Thénardier,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gritando todo lo que se puede gritar en voz baja.—¿Quieres acaso impedirnos de trabajar?

Eponina se echó á reír, y saltó á su cuello.

—Estoy aquí, padre mío, porque estoy aquí. ¿No me es permitido sentarme ahora sobre las piedras? Vos sois el que no debe estar aquí. ¿A qué venis, si esto es un bizcocho? Ya se lo dije á la Magnón. No hay nada que hacer aquí. Pero, abrazadme, padre mío. ¡Cuánto tiempo hace que no os he visto! ¿Estáis ya fuera? ¡Libre!

Thénardier trató de librarse de los brazos de Eponina, y murmuró:

—Está bien. Ya me has abrazado. Sí, estoy fuera. No estoy dentro. Ahora vete.

Pero Eponina no dejaba de acariciarle.

—Papaíto, ¿cómo lo habeis hecho? Mucha habilidad habeis de tener por haber salido de allí. ¡Contadmelo! ¿Y mi madre? ¿Dónde está mi madre? Dadme noticias de mamá.

Thénardier respondió:

—Está buena; no sé; déjame; dígote que te vayas.

—No quiero irme ahora,—dijo Eponina con un melindre de niño enfadado.—¿Me rechazais después de cuatro meses que no os he visto, y cuando apenas he tenido tiempo de abrazaros?

Y volvió á echar los brazos al cuello de su padre, á pesar de la resistencia de éste.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Qué tonta eres!—dijo Babet.

—Despachemos,—dijo Gueulemer,—que pueden pasar los corchetes.

La voz del ventrílocuo midió estos versos:

No es día ni es hora ya
De gritar papá ó mamá.

Eponina se volvió hácia los cinco bandidos.

—¡Calle! Brujón. Buenas noches, Babet. Buenas noches, Claquesous. ¿No me conoceis ya, Gueulemer? ¿Qué tal va, Montparnase?

—Sí, se acuerdan de tí,—dijo Thénardier.—Pero buenas noches, y largo. Déjanos tranquilos.

—Esta es la hora de los lobos y no de las gallinas,—dijo Montparnasse.

—Ya ves que tenemos que hacer aquí,—añadió Babet.

Eponina cogió la mano de Montparnasse.

—¡Ten cuidado!—díjole este.—Te vas á cortar, tengo la navaja abierta.

—Mi querido Montparnasse,—respondió Eponina dulcemente,—es preciso tener confianza en las personas. Yo soy quizá la hija de mi padre. Babet, Gueulemer, á mí es á quien se encargó el dar luz á este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba en germania. Desde que conoció á Mario se le había hecho imposible este horrible lenguaje.

Apretó con su pequeña mano, huesosa y débil como la de un esqueleto, los gruesos dedos de Gueulemer, y continuó:

—Ya sabéis que no soy tonta. Por lo general se cree lo que digo. Os he prestado servicios algunas veces. Pues bien; me he informado, y os expondríais inútilmente. De seguro. Os juro que no hay nada que hacer en esta casa.

No hay más que mujeres solas,—dijo Gueulemer.

—No. Los inquilinos se han mudado.



—Pero las luces parece que no,—prorrumpió Babet.

Y enseñó á Eponina á través de la copa de los árboles una luz que se paseaba por la buhardilla del pabellón.

Era la tía Santos que había velado para poner la ropa blanca á secar.

Eponina intentó un último recurso:

—Pues bien,—dijo;—esta gente es pobrísima, y viven en una casucha donde no hay un ochavo.

—¡Vete al diablo!—exclamó Thénardier.—Cuando hayamos registrado la casa, y puesto la cueva arriba y el granero abajo, ya te diremos lo que hay dentro, y si son francos, sueldos ó céntimos.

Y la empujó para pasar adelante.

—Mi buen amigo Montparnasse,—dijo Eponina,—á vos os lo ruego; vos que sois un buen muchacho; no entreis.

—Ten cuidado; mira que te vas á cortar,—respondió Montparnasse.

Thénardier añadió con su acento decisivo:

—Lárgate, muchacha, y deja á los hombres que hagan su negocio.

Eponina soltó la mano, que había vuelto á coger á Montparnasse, y dijo:

—¿Os empeñais, pues, en entrar en esta casa?

—Algo hay de eso,—contestó el ventrílocuo con acento burlón.

Entonces ella se recostó en la verja, hizo frente á los seis bandidos armados hasta los dientes, y que parecían en la noche unos demonios, y dijo con voz firme y baja.

—Pues bien, yo no quiero.

Ellos se detuvieron estupefactos.

El ventrílocuo, sin embargo, acabó su risa burlona.

Ella continuó:

—Amigos, id bien. La cosa cambia de aspecto. Ahora hablo yo. Si entrais en el jardín, si tocais á esta verja, yo grito, golpeo en las puertas, despierto á la vecindad, y hago que os prendan á los seis, llamando á los agentes de policía.

—Y lo hará como lo dice,—dijo Thénardier en voz baja á Brujón y al ventrílocuo.

Ella meneó la cabeza y añadió:

—¡Empezando por mi padre!

Thénardier se aproximó á ella.

—No tan cerca, buen hombre,—le dijo Eponina.

El retrocedió, murmurando entre dientes:

—Pero, ¿qué es lo que tiene esta chica?

Y añadió:

¡Perra!

Echándose á reír de una manera terrible.

—Seré lo que querais, pero no entrareis. No soy hija de perro, puesto que soy hija de lobo. Sois seis; ¿y eso qué importa? Sois hombres; pues bien, yo soy mujer. No me dais miedo; marchaos, os digo que no entreis en esta casa; porque no quiero. Si os acercais, ladro. Ya os lo he dicho; el "cab" (perro) soy yo, y no me importais todos juntos un bledo. Seguid vuestro camino adelante, que ya me fastidiais. Idos donde queráis, pero no vengáis aquí, os lo prohibo. Vosotros á puñaladas y yo á zapatazos, me es igual. ¡Adelante pues!

Y dió un paso hacia los bandidos; estaba espantosa, y soltó una carcajada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Carámba! Que no tengo miedo. En verano tendré hambre, en invierno tendré frío. ¡Serán fanfarrones estos brutos de hombres creyéndose que inspiran miedo á una mujer! ¿De qué? ¡Miedo! ¡Ah! Sí. ¡Vaya! ¡Por qué teneis queridas torpes que se esconden debajo de la cama cuando alhuecais la voz! ¡Por eso! ¡Yo no tengo miedo de nada!

Y mirando fijamente á Thénardier, añadió:

—¡Ni aún de vos, padre!

Luego prosiguió, paseando sobre los bandidos sus sangrientas pupilas de espectro:

—¡Qué me importa á mí que me recojan mañana del arroyo de la calle Plumet, asesinada á puñaladas por mi padre, ó que me encuentren dentro de un año en las redes de Saint Cloud, ó en la isla de los Cisnes, en medio de tapones de corcho podridos y de perros ahogados!

Le fué preciso detenerse aquí; la había acometido una tos seca; su aliento salía como un estertor de su pecho angosto y débil.

Luego repuso:

—No tengo que hacer más que gritar, y vienen, y pataplum. Sois seis; yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento cauteloso para acercarse á Eponina.

—¡No os acerquéis!—gritó ella.

Thénardier se detuvo y la dijo con dulzura:

—Pues bien; no, no me acercaré; pero no hables tan alto. Hija, ¿quieres que no trabajemos? Tenemos que ganarnos la vida. ¿No tienes ya cariño á tu padre?

—Me aburrís,—dijo Eponina.

—Pero es preciso que vivamos, que comamos...

—¡Reventad!

Y esto diciendo, se sentó en el estribo de la verja, cantando:

Mi brazo gordito,
Mi pierna bien hecha
Y el tiempo perdido.

Tenía el codo puesto sobre la rodilla y la barba sobre la mano, meneando el pie con aire de indiferencia.

Su vestido roto dejaba ver sus descarnadas clavículas.

Un farol cercano iluminaba su actitud y su perfil; no podía verse nada más resuelto y sorprendente.

Atónitos los seis ladrones, y sombríos de que los tuviera así en jaque una mujer, se retiraron á la sombra que proyectaba el farol, y allí celebraron una especie de consejo con movimientos de hombros, humillados y furiosos.

Ella entre tanto los miraba con aire pacífico y esquivo.

—Algo le pasa,—dijo Babet.—¿Qué razón? ¿Estará tal vez enamorada del perro? ¡Lástima es que perdamos esto! Dos mujeres, un viejo que vive en el fondo del patio, buenos cortinajes en las ventanas. El viejo debe ser un quirol (judío). ¡El negocio no me parece despreciable!

—Pues bien; entrad vosotros,—dijo Montparnasse.—Yo me quedaré con la muchacha; y si chista...

E hizo relucir á la luz del farol la navaja que llevaba abierta en la manga.



Thénardier no decía palabra, y parecía dispuesto á todo.

Brujón que tenía algo de oráculo, y que, como ya hemos dicho, era el "inventor del golpe"; no había hablado aún, y parecía pensativo. Estaba por no retroceder ante ningún obstáculo, sabiéndose como se sabía que había robado, sólo por bravear, uno de los cuartelillos de la policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba mucha autoridad entre sus compañeros.

Babet le preguntó:

—¿Y tú no dices nada, Brujón?

Brujón permaneció un instante silencioso; después movió la cabeza en diversos sentidos, decidiéndose por fin á levantar la voz:

—Vamos á ver: esta mañana tropecé con dos gorriones picoteándose; esta noche tropiezo con una mujer que riñe. Todo esto es de mal augurio. Vámonos.

Y se fueron.

Al marcharse, Montparnasse murmuró:

—Es igual; pero si hubieran querido, yo le habría dado el golpe de gracia.

Babet respondió:

—Yo no. Siempre guardo respeto á las espaldas de las damas.

Al estar en el extremo de la calle se pararon, y en voz sorda cambiaron entre sí este diálogo enigmático:

—¿A dónde iremos á dormir esta noche?

—Debajo de Pantín (París).

—¿Llevas la llave de la reja, Thénardier?

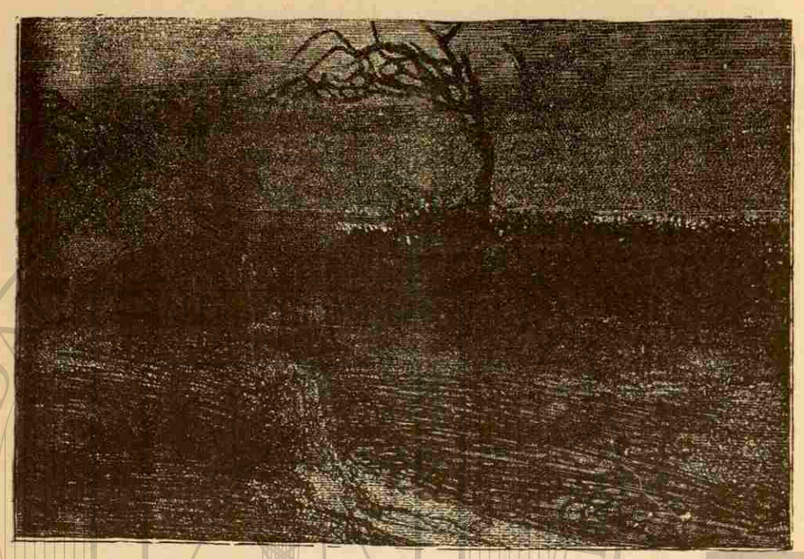
—¡Diantre!

Eponina, que no apartaba de ellos la vista, les vió tomar el camino por donde habían venido.

Después se levantó, y arrastrándose detrás de ellos arrimada á las paredes y á las casas, fué siguiéndoles hasta el boulevard.

Allí se separaron; y vió á aquellos seis hombres perderse en la obscuridad, como fundiéndose entre las sombras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## V

### Cosas de la noche.

Después de marcharse los bandidos, la calle de Plumet volvió á tomar su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no habría asombrado en un bosque.

El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas ásperamente cruzadas, las hierbas crecidas, todo eso existe de una manera sombría; el hormigueo salvaje entrevé allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre distingue á través de la bruma lo que está por encima del mismo; y las cosas ignoradas de nosotros, los vivos, se miran allí cara á cara, en la noche.

La naturaleza erizada y feroz se asusta á la aproximación de ciertas cosas en que ella cree adivinar lo sobrenatural.

Las fuerzas de la sombra se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios.

Los dientes y las garras temen lo que es inasible.

La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de la presa, los instintos armados de uñas y mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y husmean con inquietud el impasible perfil del espectro vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su temblorosa hopalanda, el cual les parece vivir una vida muerta y terrible.

Semejantes brutalidades, que no son sino materia, temen confusamente tener que habérselas con la inmensa obscuridad condensada en un sér desconocido.



Una figura negra, atravesándosele al paso, detiene instantáneamente á una bestia feroz.

Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que surge del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca abierta.

## VI

### Mario retrocede hasta la realidad, llegando á dar las señas de su casa á Cosette.

Mientras que aquella perra con figura humana daba la guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante una mujer, Mario permanecía al lado de Cosette.

Nunca había estado el cielo tan estrellado y hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las plantas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habían correspondido mejor á las melodías interiores del amor; nunca Mario había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste á Cosette.

Cosette había llorado; tenía los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube de su admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después sentóse ella en el banco junto á la escalinata; y mientras que él se sentaba á su lado tembloroso, continuó así:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tenia negocios que tal vez nos harían partir.

Mario se extremeció de pies á cabeza.

Al fin de la vida, morir es partir; pero al principio, partir es morir.

Hacía unas seis semanas que Mario, poco á poco, lentamente, por grados, iba tomando cada día posesión de Cosette, posesión enteramente ideal, pero profunda.

Como hemos dicho ya, en el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; después se toma el cuerpo antes que el alma, y aún algunas veces no se llega á tomar del todo el alma.

Los Foblás y los Proudhomme añaden: "porque no la hay"; pero el sarcasmo es afortunadamente una blasfemia.

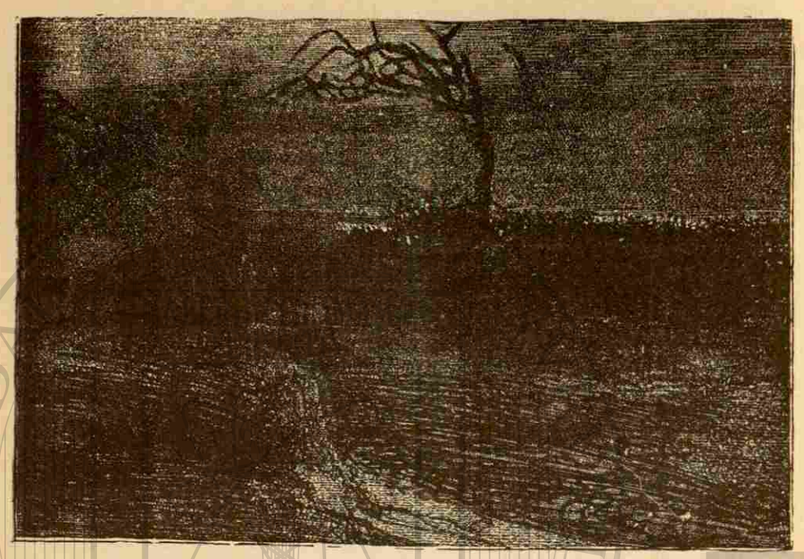
Mario, pues, poseía á Cosette como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma, y la poseía con increible convicción.

Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume; las irradiaciones profundas de sus ojos azules, la suavidad de su cútis cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenía al cuello, todos sus pensamientos.

Habían convenido en no dormirse jamás sin soñar el uno con el otro, y se habían cumplido la palabra.

Poseía, pues, todos los sueños de Cosette.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## V

### Cosas de la noche.

Después de marcharse los bandidos, la calle de Plumet volvió á tomar su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no habría asombrado en un bosque.

El arbolado, los sotos, los brezos, las ramas ásperamente cruzadas, las hierbas crecidas, todo eso existe de una manera sombría; el hormigueo salvaje entrevé allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por debajo del hombre distingue á través de la bruma lo que está por encima del mismo; y las cosas ignoradas de nosotros, los vivos, se miran allí cara á cara, en la noche.

La naturaleza erizada y feroz se asusta á la aproximación de ciertas cosas en que ella cree adivinar lo sobrenatural.

Las fuerzas de la sombra se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios.

Los dientes y las garras temen lo que es inasible.

La bestialidad sedienta de sangre, los voraces apetitos hambrientos en busca de la presa, los instintos armados de uñas y mandíbulas, que tienen el vientre por principio y por fin, miran y husmean con inquietud el impasible perfil del espectro vagando bajo un sudario, de pie, envuelto en su temblorosa hopalanda, el cual les parece vivir una vida muerta y terrible.

Semejantes brutalidades, que no son sino materia, temen confusamente tener que habérselas con la inmensa obscuridad condensada en un sér desconocido.



Una figura negra, atravesándosele al paso, detiene instantáneamente á una bestia feroz.

Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que surge del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una boca abierta.

## VI

### Mario retrocede hasta la realidad, llegando á dar las señas de su casa á Cosette.

Mientras que aquella perra con figura humana daba la guardia en la verja y los seis bandidos retrocedían ante una mujer, Mario permanecía al lado de Cosette.

Nunca había estado el cielo tan estrellado y hermoso, ni los árboles tan temblorosos, ni las plantas tan embalsamadas; nunca los pájaros se habían dormido entre las hojas con más suave arrullo; nunca todas las armonías de la serenidad universal habían correspondido mejor á las melodías interiores del amor; nunca Mario había estado tan conmovido, tan feliz, tan extasiado. Pero había encontrado triste á Cosette.

Cosette había llorado; tenía los ojos encarnados.

Aquella era la primera nube de su admirable sueño.

Las primeras palabras de Mario fueron:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—¡Ya verás!

Después sentóse ella en el banco junto á la escalinata; y mientras que él se sentaba á su lado tembloroso, continuó así:

—Mi padre me ha dicho esta mañana que estuviese dispuesta, porque tenia negocios que tal vez nos harían partir.

Mario se extremeció de pies á cabeza.

Al fin de la vida, morir es partir; pero al principio, partir es morir.

Hacía unas seis semanas que Mario, poco á poco, lentamente, por grados, iba tomando cada día posesión de Cosette, posesión enteramente ideal, pero profunda.

Como hemos dicho ya, en el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; después se toma el cuerpo antes que el alma, y aún algunas veces no se llega á tomar del todo el alma.

Los Foblás y los Proudhomme añaden: "porque no la hay"; pero el sarcasmo es afortunadamente una blasfemia.

Mario, pues, poseía á Cosette como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma, y la poseía con increible convicción.

Poseía su sonrisa, su aliento, su perfume; las irradiaciones profundas de sus ojos azules, la suavidad de su cútis cuando le tocaba la mano, la encantadora señal que tenía al cuello, todos sus pensamientos.

Habían convenido en no dormirse jamás sin soñar el uno con el otro, y se habían cumplido la palabra.

Poseía, pues, todos los sueños de Cosette.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La m raba sin cesar; movía á veces con su aliento los ligeros y nacientes cabellos que aterciopelaban la nuca de Cosette, y se decía, que no había ni uno solo de aquellos cabellos que no perteneciese á Mario.

Contemplaba y adoraba todo lo que ella se ponía; el lazo de cintas, sus guantes, sus adornos, sus botitas como objetos sagrados de su pertenencia.

Pensaba que era el dueño de aquellos lindos peines de concha que ostentaba en la cabeza; y aún se decía, por un sordo y confuso murmullo de deleite que se dejaba sentir, que no había ni un solo hilo de su vestido, ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé que no fuese suyo.

Junto á Cosette se consideraba cerca de su bien, cerca de su felicidad, cerca de su dueña y de su esclava.

Parecía que habían mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver á tomar cada uno la suya, les habría sido imposible conocerlas.

Habrían tenido que disputar:

—Esta es la mía.

—No; es la mía.

—Te aseguro que te engañas.

—Ese soy yo.

—Lo que tomas por tuyo es mío.

Mario era un algo que formaba parte de Cosette; Cosette era otro algo que formaba parte de Mario.

Mario conocía que Cosette vivía en él; tener á Cosette, poseerla, no era para él distinto de respirar.

En medio de aquella fe, de aquella embriaguez, de aquella posesión virginal, inaudita y absoluta, de aquella soberanía, cayeron estas palabras: "Vamos á partir". La agreste voz de la realidad le gritó: "¡Cosette no es tuya!"

Mario despertó.

Hacía seis semanas que vivía, como hemos dicho, fuera de la vida; esta palabra, ¡partir! le hizo volver á ella violentamente.

No halló una palabra que responder; Cosette sintió solamente que su mano estaba helada, y le dijo á su vez:

—¿Qué tienes?

El respondió tan bajo, que apenas lo oyó Cosette.

—No comprendo lo que has dicho.

Y ella añadió:

—Esta mañana, mi padre me ha dicho que tenga prontas todas mis cosas, y esté dispuesta para partir; que prepare mi ropa para encerrarla en una maleta, que se veía obligado á hacer un viaje; que teníamos que partir; que necesitábamos una maleta grande para mí, y otra pequeña para él, y que lo preparase todo en una semana, porque tal vez iríamos á Inglaterra.

—¡Pero eso es monstruoso!—exclamó Mario.

Y ciertamente, en aquel momento, en el ánimo de Mario ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación del más atroz tirano, ninguna acción de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII hubiera igualado en ferocidad á ésta: El señor Fauchelevent se lleva á su hija á Inglaterra, porque tiene allí negocios.

Preguntó, pues, con voz débil:

—¿Y cuándo partirás?



—No lo ha dicho.

—¿Y cuándo volverás?

—No lo ha dicho.

Mario se levantó y dijo fríamente:

—Cosette, ¿iréis?

Cosette volvió hacia él sus hermosos ojos preñados de angustia, respondiendo con acento extraviado:

—¿A dónde?

—A Inglaterra. ¿Iréis?

—¿Por qué me hablas de vos?

—Os pregunto si iréis.

—¿Qué quieres que haga?—dijo ella juntando las manos.

—¿Es decir, que iréis?

—¡Si va mi padre!

—¿Iréis, pues?

Cosette tomó la mano de Mario estrechándola sin responder.

—Está bien,—dijo Mario.—Entonces yo me iré á otra parte.

Cosette sintió, más bien que comprendió, el significado de esta frase de despecho ó de amenaza; palideciendo con la conmoción de modo que su rostro apareció blanco en la obscuridad, y balbuceó:

—¿Qué quieres decir?

Mario la miró; luego alzó lentamente los ojos hacia el cielo, y respondió:

—Nada.

Cuando bajó los párpados, vió que Cosette se sonreía mirándole.

La sonrisa de la mujer amada tiene una claridad que desvanece las tinieblas.

—¡Qué tontos somos! Mario, se me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—¡Parte, si partimos los dos! Te diré dónde. Ven á buscarme donde esté.

—Mario era entonces un hombre completamente despierto. Había vuelto á la realidad; y dijo á Cosette:

—¡Partir con vosotros! ¿Estás loca? Es preciso dinero para eso, y yo no lo tengo. ¡Ir á Inglaterra! Ahora debo más de diez luises á Courfeyrac, un amigo á quien tú no conoces. Tengo un sombrero viejo que no vale tres fran os, una levita sin botones por delante, mi camisa está toda rota, llevo los codos por fuera, mis botas se calan; hace seis semanas que no pienso en nada, y no te lo he dicho. Cosette, soy un miserable.

Tú no me ves más que por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de día, me darías una limosna! ¡Ir á Inglaterra! ¡Y no tengo con qué pagar el pasaporte!

Y se recostó contra un árbol que había allí, de pie, con las dos manos sobre la cabeza, con la frente contra la corteza, sin sentir ni la aspereza que le desgarraba la frente, ni la fiebre que agitaba sus sienes, inmóvil, y próximo á caer al suelo como la estatua de la Desesperación.

Así permaneció largo rato. En esos abismos se podría permanecer una eternidad: por fin se volvió, y oyó detrás de sí un ruido sofocado y triste.

Era Cosette que sollozaba.

Lloraba hacía ya más de dos horas al lado de Mario, que estaba soñando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario se acercó, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salía por bajo del vestido; y la besó.

Ella se lo permitió sin dejar su silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religión del amor.

--No llores,—dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy á marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso, que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas:

—¡Te adoro!

El continuó con una entonación de voz, que no era sino una inexplicable caricia:

—No llores. Dí, ¿quieres hacerme el favor de no llorar por mí?

—¿Me amas?—dijo ella.

Mario le tomó la mano.

—Cosette, nunca he dado mi palabra de honor á nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; conozco que al darla está mi padre á mi lado. Pues bien; te doy mi palabra de honor sacratísima que, si te vas, me muero.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y serena, que Cosette tembló. Sintió ese frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera, y sobrecogida por ello cesó de llorar.

—Ahora escucha,—dijo él;—no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un día para obtener tal vez toda la vida.

Y Mario añadió á media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus costumbres, y no recibe á nadie más que de noche.

—¿De quién hablas?—preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, entonces?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de sus pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa por lo que pueda suceder; vivo en casa de ese amigo, llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:



"Calle de la Verrerie, 16".

Cosette entre tanto había vuelto á contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡Dímela para que pase bien la noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces?—dijo Cosette.—¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Qué triste voy á estar! ¿Qué vas á hacer tú mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios y pensaré en tí hasta entonces para que salgas de ella en bien. No te pregunto más porque no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche de mañana cantando el coro de "Euryanto", que tanto te gusta, y que viniste á oir una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré á la noche á las nueve en punto; te lo prevengo. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo has oído? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decir nada más, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor mismo, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba, con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea ¡ah! que él mismo tenía por insensata é imposible.

Había tomado un partido violento.

## VII

### *Un corazón viejo y un corazón joven colocados de frente.*

El señor Guillenormand contaba á la sazón noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Guillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en aquella casa antigua de su propiedad. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y que no se encorvan ni aún con los pesares.

Sin embargo, hacía ya algún tiempo que su hija decía: "Mi padre va decayendo".

Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el bastón, y con acompañamiento de voces, la puerta de la escalera cuando Vasco tardaba en abrirle.

La revolución de Julio apenas le había exasperado durante seis meses. Había visto casi sin inmutarse en el "Monitor" esta agrupación de palabras: "Humblot Conte, par de Francia".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario se acercó, cayó de rodillas prosternándose lentamente, cogió la punta del pie que salía por bajo del vestido; y la besó.

Ella se lo permitió sin dejar su silencio.

Hay momentos en que la mujer acepta como una diosa sombría y resignada la religión del amor.

--No llores,—dijo Mario.

Y ella murmuró:

—¡Qué he de hacer, si voy á marcharme y no puedes venir!

Y él respondió:

—¿Me amas?

Cosette le contestó sollozando esta frase del paraíso, que nunca es tan seductora como al través de las lágrimas:

—¡Te adoro!

El continuó con una entonación de voz, que no era sino una inexplicable caricia:

—No llores. Dí, ¿quieres hacerme el favor de no llorar por mí?

—¿Me amas?—dijo ella.

Mario le tomó la mano.

—Cosette, nunca he dado mi palabra de honor á nadie, porque mi palabra de honor me causa miedo; conozco que al darla está mi padre á mi lado. Pues bien; te doy mi palabra de honor sacratísima que, si te vas, me muero.

Había en el acento con que pronunció estas palabras una melancolía tan solemne y serena, que Cosette tembló. Sintió ese frío que produce al pasar una cosa sombría y verdadera, y sobrecogida por ello cesó de llorar.

—Ahora escucha,—dijo él;—no me esperes mañana.

—¿Por qué?

—Ni me esperes hasta pasado mañana.

—¡Oh! ¿por qué?

—Ya lo verás.

—¡Un día sin verte! Eso es imposible.

—Sacrifiquemos un día para obtener tal vez toda la vida.

Y Mario añadió á media voz, y aparte:

—Es un hombre que no cambia nunca sus costumbres, y no recibe á nadie más que de noche.

—¿De quién hablas?—preguntó Cosette.

—¡Yo! No he dicho nada.

—¿Qué esperas, entonces?

—Espérame hasta pasado mañana.

—¿Lo quieres?

—Sí, Cosette.

Cosette entonces le cogió la cabeza entre sus manos, alzándose sobre la punta de sus pies para igualar su estatura, tratando de ver en sus ojos la esperanza.

Mario continuó:

—Creo que conviene que sepas las señas de mi casa por lo que pueda suceder; vivo en casa de ese amigo, llamado Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16.

Metió la mano en el bolsillo, sacó un cortaplumas, y con la hoja escribió en el yeso de la pared:



"Calle de la Verrerie, 16".

Cosette entre tanto había vuelto á contemplar sus ojos.

—Dime lo que piensas, Mario; tienes una idea. Dímela. ¡Oh! ¡Dímela para que pase bien la noche!

—Mi pensamiento es éste: Es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—¿Y qué haré yo hasta entonces?—dijo Cosette.—¡Tú estás libre, vas y vienes! ¡Qué felices sois los hombres! ¡Yo me quedo sola! ¡Oh! ¡Qué triste voy á estar! ¿Qué vas á hacer tú mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios y pensaré en tí hasta entonces para que salgas de ella en bien. No te pregunto más porque no quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche de mañana cantando el coro de "Euryanto", que tanto te gusta, y que viniste á oir una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré á la noche á las nueve en punto; te lo prevengo. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo has oído? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decir nada más, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor mismo, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba, con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea ¡ah! que él mismo tenía por insensata é imposible.

Había tomado un partido violento.

## VII

### *Un corazón viejo y un corazón joven colocados de frente.*

El señor Guillenormand contaba á la sazón noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Guillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en aquella casa antigua de su propiedad. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse, y que no se encorvan ni aún con los pesares.

Sin embargo, hacía ya algún tiempo que su hija decía: "Mi padre va decayendo".

Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el bastón, y con acompañamiento de voces, la puerta de la escalera cuando Vasco tardaba en abrirle.

La revolución de Julio apenas le había exasperado durante seis meses. Había visto casi sin inmutarse en el "Monitor" esta agrupación de palabras: "Humblot Conte, par de Francia".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba á Mario á pie firme, esta es la frase, con la convicción de que aquel picaruelo extraviado llamaría algún día á su puerta; pero en ciertos momentos tristes llegaba á decirse que por poco que Mario tardase en venir...

Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de no ver más á su nieto.

No volver á ver á Mario era una idea que aún no había cuajado en su cerebro; esta idea, que empezaba á manifestarse, le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre con los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el niño ingrato que se había marchado con tanta indiferencia.

En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol.

El señor Guillenormand era, ó se creía por lo menos, incapaz de dar un paso hacia su nieto; "antes reventar", decía.

El no encontraba en sus hechos culpa ninguna; pero pensaba en Mario con profundo enternecimiento, y con la muda desesperación de un viejo que anda en las tinieblas.

Principiaba á perder los dientes, lo cual aumentaba su tristeza.

El señor Guillenormand, sin confesárselo á sí mismo, porque esta declaración le hubiera enfurecido y avergonzado, no había amado á ninguna querida tanto como á Mario.

Había mandado colocar en su cuarto, junto á la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora de Pontmercy, retrato hecho cuando tenía ella dieciocho años.

Contemplaba sin cesar este retrato, llegando á decir un día contemplándolo:

—Encuentro que se le parece.

—¿A mi hermana?—dijo la señorita Guillenormand.—Sí, se parece.

El viejo añadió:

—Y á él también.

Otra vez, estando sentado juntas las rodillas y los ojos casi cerrados, en actitud de abatimiento, su hija se atrevió á decirle:

—Padre, ¿continuáis tan enfadado con él?

—¿Con quién?—preguntó él.

—Con ese pobre Mario.

El señor Guillenormand levantó su decaída cabeza, puso su delgado y arrugado puño sobre la mesa, y gritó con el acento más vibrante é irritado:

—¡Pobre Mario, dices! Ese caballerito es un tuno, un miserable bribón, un vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma; un orgulloso, un perverso.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que asomaba en sus ojos.

Tres días después rompió un silencio que duraba cuatro horas para decirle á su hija de repente:

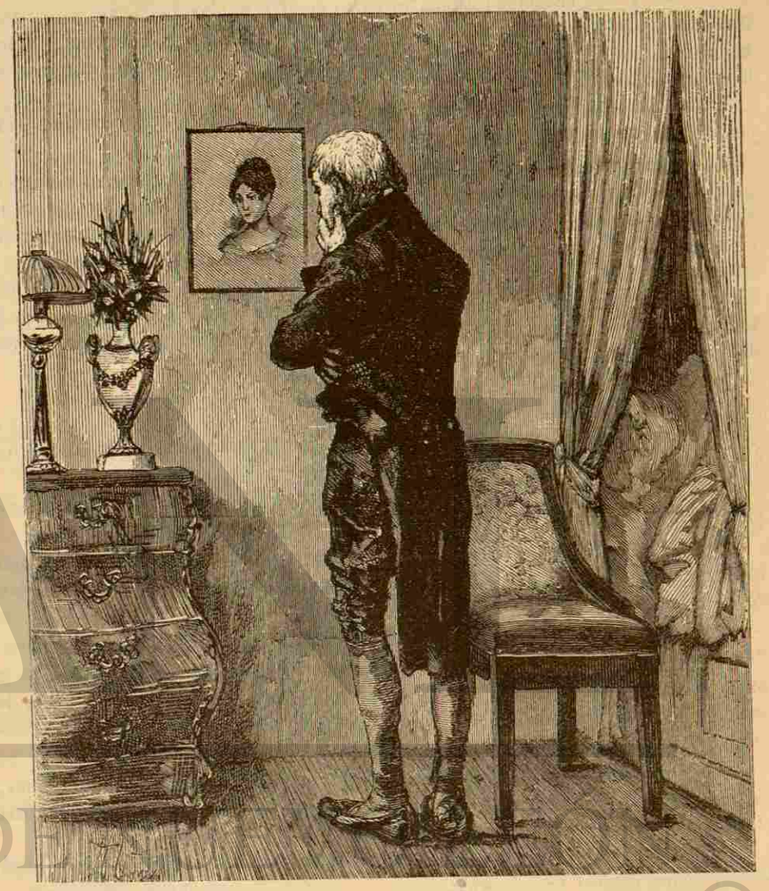
—Tuve el honor de rogar á la señorita Guillenormand que no me hablase nunca de él.



La tía de Mario renunció á toda tentativa, y formó este diagnóstico profundo:

—Mi padre no ha querido nunca á mi hermana después de su calaverada. Es natural que deteste á mi sobrino.

"Después de su calaverada" significaba después de haberse casado con el coronel.



Por lo demás, como puede haberse conocido, la señorita Guillenormand había visto defraudada su tentativa de substituir con su favorito el oficial de lanceros á Mario.

El substituto Teódulo no había cuajado; el señor Guillenormand no había aceptado el "quid pro quo", porque el vacío del corazón no se acomoda á un alma cualquiera.

A Teódulo, por su parte, aunque codiciando la herencia, le repugnaba la servidumbre de agradar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El buen hombre fastidiaba al lancero, y el lancero le chocaba al buen hombre.

El teniente Teódulo era alegre sin duda, pero charlatán; frívolo, y luego vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía también sus queridas, y hablaba mucho de ellas, es verdad; pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenían un defecto.

El señor Guillenormand estaba ya harto de oirle hablar de sus aventuras afortunadas que le ocurrían al rededor de su cuartel en la calle de Babilonia. Y luego, el teniente Guillenormand se presentaba alguna que otra vez de uniforme con la escarapela tricolor.

Todo esto le hacía buenamente imposible; y el señor Guillenormand había acabado por decirle á su hija:

—Ya estoy cansado de Teódulo. Me gustan poco los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú, si quieres; no sé si preferir los acuchilladores á los que andan arrastrando el sable. El crujido de las espadas en la batalla es menos rastrero que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, gallardearse como un matasiete y apretarse el talle como una muchacha, gastar corsé debajo de la coraza, es ser doblemente ridículo. El que es hombre verdaderamente, está á igual distancia de la fanfarronada que de la puerilidad. Ni Fierabrás, ni corazón de almíbar. Guárdate tu Teódulo.

Su hija le contestó:

—Sin embargo, es vuestro nieto.

Sin embargo, Guillenormand, que era abuelazo hasta la punta de los dedos, dió á entender que no era en modo alguno tío abuelo.

En realidad, como tenía ingenio y comparaba, Teódulo sólo había servido para hacerle sentir más la falta de Mario.

Una noche, la del 4 de Junio, lo cual no impedía que el señor Guillenormand tuviera una buena lumbre en la chimenea, había despedido á su hija, que cosía en la pieza inmediata.

Estaba solo en su cuarto de pinturas pastoriles, con los pies sobre los morrillos, medio rodeado por un ancho biombo chinesco de nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en un sillón de tapicería, con un libro en la mano pero sin leer, y vestido, según su moda, de "increíble". Parecía un antiguo retrato de Garat.

Si hubiera salido con aquel traje á la calle, le habrían seguido los muchachos; pero su hija, cuando salía, le echaba encima un gran gabán de obispo, que cubría el frac de solapas y el faldón-cola de bacalao.

En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaba nunca bata. "Eso le hace á uno parecer viejo", decía.

El señor Guillenormand pensaba en Mario amorosa y amargamente; y como de ordinario, dominaba la amargura. Su dolorosa ternura acababa por convertirse en indignación.

Se hallaba en esa situación en que se trata de tomar un partido y aceptar lo que mortifica.

Estaba ya dispuesto á decirse que no había razón para que Mario volviese; pues si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y por consiguiente, era preciso renunciar á verle.



Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluído, y que moriría sin ver "aquel caballerito".

Pero toda su naturaleza se rebelaba, y su vieja paternidad no podía consentirlo.

—¡Quiá!—decía,—¡no vendrá...!

Tal era su dolorosa muletilla.

Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea una mirada triste é irritada.

Cuando estaba en lo más profundo de estas cavilaciones, su antiguo criado Vasco entró y preguntó:

—¿Puede el señor recibir al señorito Mario?

El viejo se incorporó pálido y semejando un cadáver que se levanta al impulso de una sacudida galvánica.

Toda su sangre había refluído á su corazón, y balbuceó:

—¿Qué señorito Mario?

—No sé,—respondió Vasco, intimidado y desconcertado por el aspecto de su amo.—Nicolasita es la que acaba de decirme: "ahí está un joven, que dice ser el señorito Mario".

El señor Guillenormand tartamudeó en voz baja:

—Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y fija la vista en la puerta. Abrióse ésta, y apareció un joven; era Mario.

Mario se detuvo á la puerta, como esperando que le dijeran que entrase.

Su traje, casi miserable, apenas se notaba en la obscuridad que producía la pantalla. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El señor Guillenormand, como sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos instantes sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo á desfallecer; veía á Mario como á través de un deslumbramiento.

Era él; era efectivamente Mario.

¡Por fin! ¡después de cuatro años!

Apoderóse de él, por así decirlo de repente y al primer golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, crecido, hecho un hombre, de agradable porte y aire simpático.

Tuvo intenciones de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse. Oprimióse de alegría su corazón; le ahogaban y rebosaban de su pecho palabras afectuosas.

Toda aquella ternura se abrió paso y llegó á sus labios, efecto del contraste que constituía su modo de ser, brotó de ellos la dulzura, y dijo bruscamente:

—¿A qué venís aquí?

Mario respondió con embarazo:

—Señor...

El señor Guillenormand hubiera querido que Mario se arrojase en sus brazos; así fué que quedó descontento de Mario y de sí mismo.

Conoció que había sido brusco, y que Mario estaba frío; y era para él una insoportable é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en lo interior, y ser tan duro exteriormente.

Volvió á su amargura, é interrumpió á Mario con aspereza:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Entonces, ¿á qué la visita?

Este "entonces" significaba: "Si no vienes á abrazarme, ¿á qué vienes?"

Mario miró á su abuelo, á quien su palidez daba el aspecto de un busto de mármol.

—Señor...

El viejo repuso con voz severa:

—¿Venís á pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto suponer á Mario en camino para que el "niño" se doblegase.

Mario tembló; le exigía la desobediencia á su padre; bajó los ojos y respondió:

—No, señor.

—Entonces,—exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera,—¿qué me queréis?

Mario juntó las manos, dió un paso, y dijo con voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Guillenormand; un momento antes le hubieran enternecido, pero era ya tarde.

El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su elevada estatura dominaba á Mario que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos, señorito! ¡Un adolescente pidiéndole compasión á un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida, y yo salgo de ella; vos vais al teatro, á los bailes, al café, al billar; tenéis talento, agradáis á las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo á la lumbre á mitad del verano; vos sois rico de las únicas riquezas positivas que existen, y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad y el aislamiento. Vos tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo siquiera cabellos blancos. He perdido los dientes, y voy perdiendo las piernas y la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre: la calle Charlot, la calle de Chaume y la calle de Saint-Claude; así estoy. Vos tenéis delante un porvenir lleno de resplandor; yo empiezo á no ver gota, tanto voy penetrando en la noche. Vos estáis enamorado, no hay que decirlo; ¡á mí nadie me ama ya en el mundo! ¡Y venís implorando compasión! ¡Cáspita, Moliére ha olvidado esta escena! Si es así como os chanceáis en el tribunal, señores abogados, os felicito cordialmente. Sois unos graciosísimos burlones.

Y el octogenario añadió luego con acento airado y grave:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que me queréis?

—Señor,—dijo Mario,—sé que mi presencia os enoja; pero vengo solamente á pediros una cosa; después me iré en seguida.

—¡Sois un necio!—dijo el anciano.—¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento, que tenía en el corazón: "¡Pero pídeme perdón! ¡Ven á mis brazos!"

El señor Guillenormand conocía que Mario iba á abandonarle dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento le entibiaba, que su dureza le rechazaba. Deciase todo esto, agrandando su dolor; pero, á medida que éste se cambiaba en cólera, iba aumentándose en dureza también.

Hubiera querido que Mario le comprendiese, y Mario no le comprendía, lo cual le ponía furioso.



Y repuso:

—¡Cómo! ¿Me habéis faltado á mí, á vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para iros que sé yo donde; habéis afligido á vuestra pobre tía; habéis querido, porque eso se adivina, y es más cómodo, llevar la vida de mozo, hacer el currutaco, volver á casa á cualquier hora, divertiros; no habéis dado señales de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague; habéis roto vidrios y os habéis hecho camorrista; y al cabo de cuatro años venís á mi casa, y no tenéis que decirme más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura, no produjo sino el silencio de Mario.

El señor Guillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó á Mario amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís á pedirme algo? Decid. ¿Qué queréis? ¿Qué es ello? Hablad.

—Señor,—dijo Mario con la mirada de un hombre que conoce que va á caer en un precipicio,—vengo á pediros vuestro permiso para casarme.

El señor Guillenormand hizo sonar la campanilla y Vasco abrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Un segundo después volvióse á abrir la puerta, y la señorita Guillenormand no entró, pero se dejó ver.

Mario estaba de pie, mudo, con los brazos caídos; parecía un criminal.

El anciano iba y venía en todas direcciones por el cuarto. Volvióse hacia su hija, y la dijo:

—Nada; es Mario. Dadle los buenos días; el señorito se quiere casar. Ahí tenéis. Podéis ya retiraros.

La voz breve y ronca del anciano anunciaba una gran plenitud de ira.

La tía miró á Mario con aire extraviado, aparentando apenas conocerle; no hizo un gesto; ni pronunció una sílaba, y desapareció ante la voz de su padre, más veloz que una paja ante el huracán.

Entre tanto, el señor Guillenormand se había recostado sobre la chimenea.

—¡Casarse! ¡A los veintiún años! ¡Lo habéis así arreglado! No necesitáis más que pedirme permiso. Una formalidad. Sentaos, caballero. Ha pasado una revolución desde que no he tenido el honor de veros y han vencido los jacobinos. Estaréis muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? Vosotros lo conciliáis esto fácilmente. La república sirve de salsa á la baronía. ¿Tenéis la condecoración de Julio? ¿Habéis tomado alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de San Antonio, frente á la calle de Nonaindiéres, una bala rasa incrustada en la pared en el tercer piso de una casa, con esta inscripción: "28 de Julio de 1830." Id á verla: produce buen efecto. ¡Ah! ¡Vuestros amigos hacen cosas muy lindas! Y á propósito: ¿No van á hacer ahora una fuente en el sitio del monumento del duque de Berry? ¿Con que, quereis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto: ¿con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Mario tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿Tendréis ya una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis con vuestro oficio de abogado?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Nada,—dijo Mario con cierta firmeza y resolución casi feroz.

—¡Nada! ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os tengo señaladas?

Mario no respondió.

El señor Guillenormand continuó:

—Entonces, ya comprendo. ¿Es que es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

—La señorita Fauchelevent.

—¡Fauche . . . . ! ¿qué?

—Fauchelevent.

—¡Pst!—prorrumpió el viejo.

—¡Señor!—exclamó Mario.

El señor Guillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo.

—Perfectamente; veintiún años, sin posición, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á la plaza por un cuarto de peregil.

—¡Señor!—dijo Mario con la angustia de la última esperanza que se desvanece.—Yo os lo suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me postro á vuestras plantas. Dadme vuestro permiso para casarme!

El viejo soltó una carcajada estridente y lúgubre, á través de la cual tosía y hablaba.

—¡Já¡ ¡Já! ¡Já! Os habréis dicho: ¡pardiez! ¡Voy á buscar á ese viejo pelucón, á ese absurdo bodoque! ¡Qué lástima que no tenga yo veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta de aviso! ¡Cómo me arreglaría yo sin él! Pero es lo mismo; yo le diré: "Viejo chocho, eres muy feliz en verme; tengo ganas de casarme; quiero casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, y ella no tiene camisa; pero quiero echar á un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria con una mujer á cuestas; este es mi capricho: ¡y es preciso que consintais! Y el viejo fósil consentirá". Anda, hijo mío, como quieras, átate la soga, cásate con tu "Pujavientos", con tu "Contravientos"..... ¡Jamás, caballero, jamás!

—Padre mío.....

—Nunca.

Mario perdió toda esperanza al oír el acento con que fué pronunciado aquel "nunca."

Atravesó el cuarto lentamente, con la cabeza inclinada, tembloroso, y pareciéndose más al que se muere que al que se vá.

El señor Guillenormand le siguió con la vista; y en el momento en que se cerraba la puerta y Mario iba á desaparecer, dió cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á Mario por el cuello, volvióle enérgicamente al aposento, arrojóle sobre un sillón, y le dijo:



—¡Cuéntame eso!

Sólo esta frase, padre mío, que se le había escapado á Mario, había causado aquella resolución.

Mario le miró asustado. El flexible semblante del señor Guillenormand no expresaba más que una ruda é inefable bondad.

El abuelo se había convertido en padre afectuoso.

—Vamos á ver, habla; cuéntame tus amoríos; charla, dímelo todo. ¡Caramba! ¡Y qué tontos son los muchachos!

—¡Padre mío!—repitió Mario.

El rostro del anciano se iluminó por completo de un indecible resplandor.

—Sí, esto es; ¡llámame padre, y verás.

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Mario pasó repentinamente del desaliento á la esperanza, y quedó como aturdido y confuso.

Estaba sentado junto de la mesa; la luz de las bujías hacía resaltar lo estropeado de su traje, que el señor Guillenormand examinaba con asombro.

—Pues bien, padre mío,—dijo Mario.

—¡Ah!—interrumpió el señor Guillenormand.—¿Cómo es eso? ¿No tienes, en efecto, ni un sueldo? Vas vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa, que puso sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

—Padre mío,—continuó Mario,—mi buen padre, ¡si supieseis! La amo. No podeis figuraros ..... La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, á donde ella iba á pasear. Al principio no fijé la atención; pero después yo no sé como me he ido enamorando. ¡Oh! ¡Qué desgraciado me ha hecho esto!! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á partir. Nos vemos en el jardín por la noche. Su padre quiere ir á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case, porque si no, voy á volverme loco. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada.... Vive en un jardín donde hay una verja en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

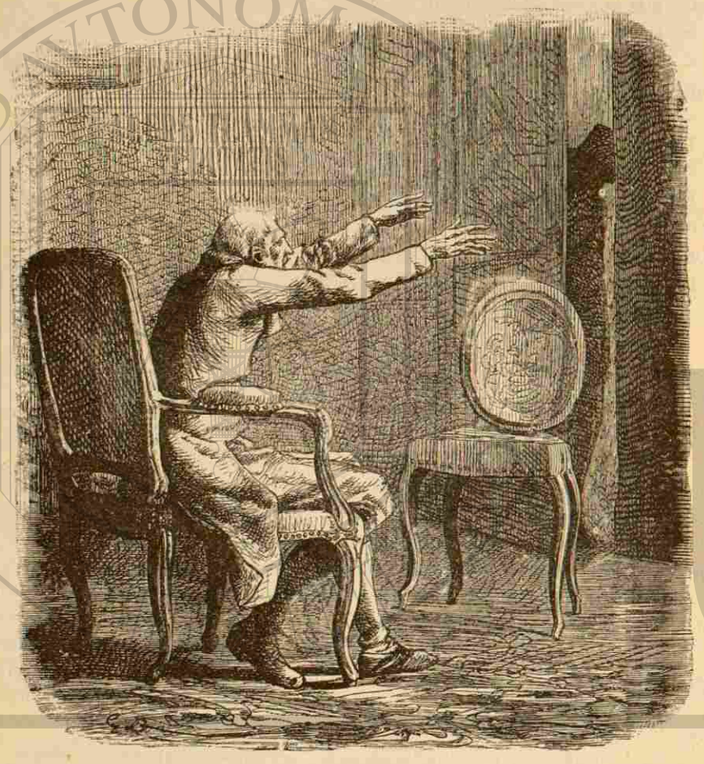
El señor Guillenormand se había sentado alegremente al lado de Mario. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco.

Al oír "calle Plumet" detuvo la aspiración, y dejó caer el tabaco sobre sus rodillas.

—¡Calle Plumet! ¿Calle Plumet, dices? ¡Veamos! ¿No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me ha hablado ya; el lancero, el oficial. Un mariquita, amigo mío, un mariquita. ¡Vaya, sí, calle Plumet! La que se llamaba antes calle Blomet. Ahora me acuerdo; he oido hablar de esa verja de la calle Plumet. En un jardín, una Pamela. No tienes mal gusto; dicen que es muy aseadita. Aquí, entre nosotros; yo creo que ese tonto de lancero le ha hecho la corte; no sé hasta donde habrá llegado; pero, en fin, eso no es nada; además de que no hay que creerle, porque es muy vanidoso al hablar de sus aventuras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Mario, me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado, porque eso es propio de tu edad, y mejor quiero que seas enamorado que jacobino; mejor quiero verte enamorado de unos zagalejos, ¡caramba! de veinte zagalejos, que del señor Robespierre. En cuanto á mí, en materia de "descamisados" no me gustan más que las mujeres. Las muchachas bonitas son siempre las muchachas bonitas; ¡qué diablo! y á esto no puede hacerse objección alguna.



"¡Con que la niña te recibe á escondidas del papá! Eso está muy puesto en el orden. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿Y sabes tú eso cómo se arregla? No se toma la cosa con demasiado calor; no se precipita uno en lo trágico; no se acaba por un casamiento yendo á parar al registro de la alcaldía. Es preciso ser mozo de provecho; es preciso tener sentido común.

Tropezad, mortales, pero no os caséis.

"Cuando llega un caso parecido se anda en busca del abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos paquetes de luises en su antiguo cajón, y se le dice: "abuelo, esto me pasa." Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta, y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven, y tú serás viejo. Anda, hijo mío, anda; que ya dirás tú también esto mismo á tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. ¡Diviértete, caramba!" ¡Nada mejor! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno; pero ¿eso qué importa? ¿ya tú me comprendes?"



Mario, petrificado, y sin poder pronunciar una palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó á reir, guiñó el ojo, le dió un golpecito en la rodilla, le miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo alzando cariñosamente los hombros:



—¡Tonto! ¡Tómala por querida!

Mario palideció. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decirle su abuelo. Aquella confusión de calle Blomet, de Pamela, de cuartel y del lancero, había pasado por delante de Mario como una fantasmagoría.

Nada de aquello podía referirse á Cosette, que era una azucena.

El viejo divagaba sin duda; pero todo había concluido en una palabra que Mario había comprendido y que era una injuria mortal á Cosette. La frase "tómala por querida," había penetrado en su corazón como una espada. Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y seguro.

Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza, y dijo:

—Hace cinco años insultó usted á mi padre; hoy á insultado á mi esposa. Yo no le pido á usted nada. Adios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El señor Guillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse, pero antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta y Mario había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo á sus piés, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretara la garganta.

Por fin se levantó del sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr á los noventa y un años, la abrió, y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Acudió su hija, y luego los criados, y les dijo con angustioso aliento:

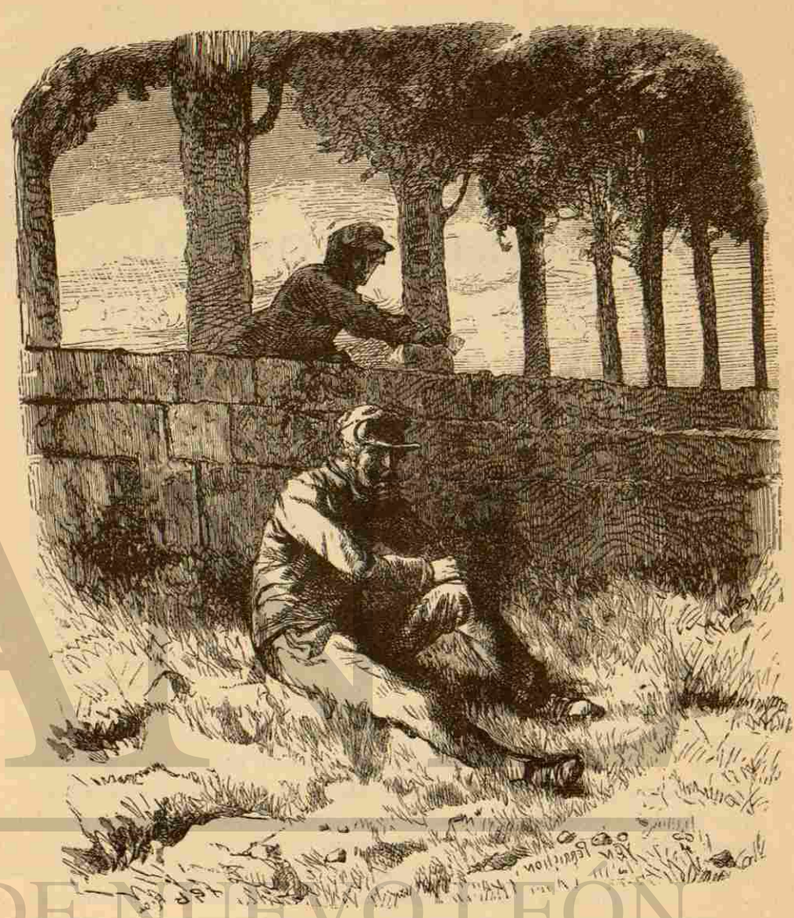
—¡Corred detrás de él! ¡Cogedle! ¿Qué le he hecho yo? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora ya no volverá!

Se dirigió á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus viejas y temblorosas manos, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Vasco y Nicolasita le sujetaban por detrás, y gritó:

—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Pero Mario ya no podía oirle, porque en aquel instante volvía la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza, y agitando los labios con aire estúpido; sin tener en los ojos y en el corazón más que un algo lúgubre y profundo como la noche.



¿A dónde van?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO NOVENO.

## ¿A DONDE VAN?

### I

### *Juan Valjean.*

Aquel mismo día, á eso de las cuatro de la tarde, Juan Valjean estaba sentado, solo, en uno de los declives más solitarios del Campo de Marte.

Ya fuese por prudencia ó por ese deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que van penetrando poco á poco en todas las existencias, salía á la sazón muy poco con Cosette.

Vestía su traje de obrero con su pantalón gris; la ancha visera de la gorra le ocultaba el rostro.

Estaba tranquilo, y era feliz respecto de Cosette porque se había desvanecido lo que le había asustado durante algún tiempo; pero hacía una semana ó dos que le perseguía una ansiedadad de diversa naturaleza.

Un día, paseándose por el boulevard había visto á Thénardier, y gracias á su disfraz, éste no le había conocido; pero desde entonces, Juan Valjean le había vuelto á ver varias veces, y adquirido la certeza de que rondaba su barrio. Esto bastaba para determinarle á tomar una gran resolución.

Estando allí Thénardier, estaban todos los peligros á un tiempo.

Además, París no estaba tranquilo. Las agitaciones políticas ofrecían el inconveniente para todo el que tuviera que ocultar algo de su vida, que la policía andaba inquieta y recelosa, y que buscando la pista de un hombre como Pepin ó Morey, podía muy bien encontrarse como un hombre como Juan Valjean.

Se había decidido á abandonar á París, y hasta la Francia, é ir á Inglaterra.

Había, pues, prevenido á Cosette, porque quería partir antes de ocho días.

Estaba, como decimos, sentado en la cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro á toda clase de pensamientos; Thénardier, la policía, el viaje, y la dificultad de hacerse con un pasaporte.

Todas estas cosas le inquietaban igualmente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Además, un hecho inexplicable que acaba de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, aumentaba su desasosiego.

Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes de que Cosette hubiese abierto su ventana, había echado de ver este letrero, grabado en la pared, probablemente con un clavo:



"16, Calle de la Verrerie."

La obra debía ser reciente, porque los perfiles estaban aún blancos sobre la ennegrecida argamasa, y porque una mata de ortigas que había al pié de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente durante la noche.

Pero ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso, era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

Entonces recordó los extraños incidentes que habían alarmado ya á la casa;



meditó sobre aquella inscripción y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita detrás de allí donde él estaba sentado.

Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado y vuelto á doblar, y como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló, y leyó estas palabras, escritas con lapiz en gruesos caractéres:

"Mudaos."

Juan Valjean se levantó vivamente; pero nadie había en lo alto del talus. Buscó por todas partes, y descubrió un sér más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris, y pantalón de pana color de polvo, que saltando el parapeto, desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean volvió á entrar inmediatamente en su casa muy pensativo.

## II

### Mario.

Mario había salido muy trastornado de la casa del señor Guilenormand.

Había entrado en ella con pocas esperanzas, y salía completamente desesperado.

Por lo demás, y cuantos han observado el corazón humano, lo comprenderán, el lancero, el oficial, el nécio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube.

El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha á quema ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el drama lo perdería la verdad.

Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo.

Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene.

Lo que anonada á Otelo, se desliza sencillamente en Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera Mario cometido mil crímenes.

Púsose á andar por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiera acordarse.

A las dos de la madrugada entró en casa de Courfeyrac, y se dejó caer, vestido, sobre su colchón.

Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible y pesado sueño que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Al despertarse vió á Courfeyrac, Enjolrás, Feuilly y Combeferre; de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Parecióle que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa poco tiempo después de ellos. Se metió en el bolsillo los dos ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Además, un hecho inexplicable que acaba de sorprenderle, y que le tenía aún impresionado, aumentaba su desasosiego.

Aquel día por la mañana se había levantado temprano, y paseándose por el jardín antes de que Cosette hubiese abierto su ventana, había echado de ver este letrero, grabado en la pared, probablemente con un clavo:



"16, Calle de la Verrerie."

La obra debía ser reciente, porque los perfiles estaban aún blancos sobre la ennegrecida argamasa, y porque una mata de ortigas que había al pié de la pared estaba cubierta de polvo de yeso.

Aquello había sido escrito probablemente durante la noche.

Pero ¿qué era? ¿Una dirección? ¿Una señal para otros? ¿Un aviso para él? En todo caso, era evidente que había sido violado el jardín, y que había penetrado en él algún desconocido.

Entonces recordó los extraños incidentes que habían alarmado ya á la casa;



meditó sobre aquella inscripción y se guardó muy bien de hablar de él á Cosette por miedo de asustarla.

En medio de estos pensamientos se fijó en una sombra que el sol proyectaba, sin duda de alguien que acababa de detenerse en lo alto de la cuestecita detrás de allí donde él estaba sentado.

Iba á volverse, cuando cayó sobre sus rodillas un papel doblado y vuelto á doblar, y como si una mano le hubiera dejado caer sobre su cabeza.

Cogió el papel, lo desdobló, y leyó estas palabras, escritas con lapiz en gruesos caractéres:

"Mudaos."

Juan Valjean se levantó vivamente; pero nadie había en lo alto del talus. Buscó por todas partes, y descubrió un sér más grande que un niño y más pequeño que un hombre, vestido con blusa gris, y pantalón de pana color de polvo, que saltando el parapeto, desaparecía en el foso del Campo de Marte.

Juan Valjean volvió á entrar inmediatamente en su casa muy pensativo.

## II

### Mario.

Mario había salido muy trastornado de la casa del señor Guilenormand.

Había entrado en ella con pocas esperanzas, y salía completamente desesperado.

Por lo demás, y cuantos han observado el corazón humano, lo comprenderán, el lancero, el oficial, el nécio, el primo Teodulo, no había dejado sombra alguna en su espíritu, ni la más pequeña nube.

El poeta dramático podría esperar algunas complicaciones de esta revelación hecha á quema ropa al nieto por el abuelo; pero lo que con esto ganaría el drama lo perdería la verdad.

Mario estaba en esa edad en que no se cree nada malo; después viene la edad en que se cree todo.

Las sospechas no son más que arrugas, y la primera juventud no las tiene.

Lo que anonada á Otelo, se desliza sencillamente en Cándido. ¡Sospechar de Cosette! Antes hubiera Mario cometido mil crímenes.

Púsose á andar por las calles, recurso de todos los que padecen, y no pensó en nada de que pudiera acordarse.

A las dos de la madrugada entró en casa de Courfeyrac, y se dejó caer, vestido, sobre su colchón.

Había salido ya el sol cuando se durmió, con ese horrible y pesado sueño que deja ir y venir las ideas en el cerebro.

Al despertarse vió á Courfeyrac, Enjolrás, Feuilly y Combeferre; de pie, con el sombrero puesto, preparados para salir, y muy afanosos.

Courfeyrac le dijo:

—¿Vienes al entierro del general Lamarque?

Parecióle que Courfeyrac hablaba en chino.

Salió de casa poco tiempo después de ellos. Se metió en el bolsillo los dos ca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chorrillos que Javert le había entregado para la aventura del 3 de Febrero, y que se habían quedado en su poder.

Los cachorrillos estaban cargados aún.

Sería difícil decir qué obscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlos consigo.

Todo el día lo pasó vagando, sin saber por dónde iba; estaba lloviendo á intervalos; pero no lo notaba; compró para comer un bollo de dos sueldos en un despacho de pan, se lo guardó en el bolsillo, y no volvió á acordarse de él.

Parece también que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía.

Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de estos momentos.

Ya no esperaba nada, ni temía nada; había dado este paso desde la víspera.

Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía sino una sola idea clara: que á las nueve vería á su amada Cosette.

Esta última felicidad era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra.

Por intervalos, paseando por las calles más desiertas, le parecía oír en París ruí dos extraños, y saliendo de su meditación, decía: "¿Es que pelean?"

Al caer la noche, á las nueve en punto, como se lo había prometido á Cosette, estaba en la calle Plumet.

Cuando se acercó á la verja todo lo olvidó.

Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto á Cosette; iba á verla, y todas las demás ideas se borraron; no sentía sino profunda alegría.

Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y almirable; en el espacio que pasan llenan por completo el corazón.

Mario abrió la verja, y se precipitó en el jardín.

Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre.

Atravesó la espesura y llegó al ángulo cerca de la escalinata.

—Me espera allí,—dijo para así.

Cosette no estaba.

Levantó los ojos y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardín, y vió que estaba desierta.

Entonces dió la vuelta á la casa, y perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa á deshora, llamó fuertemente á la ventana.

Llamó y volvió á llamar, expuesto á ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oír que le preguntara:

—¿Qué quereis?

Esto era nada comparado con lo que sospechaba.

Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó á Cosette.

—¡Cosette!

—¡Cosette!—repitió imperiosamente.

Todo había concluído.

No había nadie en el jardín, no había nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y más vacía que una tumba, y se fijó después en el banco de piedra donde había pasado horas tan felices al lado de Cosette.

Entonces se sentó en la escalinata con el corazón lleno de dolor y de resolución,



bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo, que, puesto que Cosette se había marchado, no tenía que hacer ya sino morir.

De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba á través de los árboles:

—¡Señor Mario!

—¿Quién es?—dijo.

—Señor Mario, ¿estáis ahí?

—Sí.

—Señor Mario,—añadió la voz,—vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida.

Se parecía á la voz ronca y áspera de Eponina.

Mario corrió á la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza, y vió una figura, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en el crepúsculo.

## III

### El señor Mabeuf.

La bolsa de Juan Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella podía convertirse en monedas de oro, y no había podido adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que lo había hallado á disposición del que lo reclamase.

La bolsa, en efecto, se perdió.

No hay que decir que nadie la reclamó, sin que sirviese de socorro al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo á menos.

Los ensayos sobre el añil no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz.

El año anterior debía el salario á su ama, y á la sazón debía, como hemos visto el alquiler de la casa.

El Monte de Piedad, después de cumplidos terce meses, había vendido las planchas de su "Flora," y algún calderero había hecho de ellas cacerolas.

Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de su "Flora," que poseía aún, había cedido á bajo precio á un librero chalán, planchas y textos como de saldos.

Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó á comerse el dinero de aquellos ejemplares.

Cuando vió que este miserable recurso se agotaba, renunció á su jardín abandonando el cultivo.

Antes, mucho tiempo antes había renunciado á los dos huevos y el pedazo de carne que comía de cuando en cuando.

Sólo se alimentaba con pan y patatas; había vendido sus últimos muebles; des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chorrillos que Javert le había entregado para la aventura del 3 de Febrero, y que se habían quedado en su poder.

Los cachorrillos estaban cargados aún.

Sería difícil decir qué obscuro pensamiento tenía en su cabeza al llevarlos consigo.

Todo el día lo pasó vagando, sin saber por dónde iba; estaba lloviendo á intervalos; pero no lo notaba; compró para comer un bollo de dos sueldos en un despacho de pan, se lo guardó en el bolsillo, y no volvió á acordarse de él.

Parece también que se bañó en el Sena, sin tener conciencia de lo que hacía.

Hay momentos en que se tiene un horno bajo el cráneo, y Mario estaba en uno de estos momentos.

Ya no esperaba nada, ni temía nada; había dado este paso desde la víspera.

Esperaba la noche con impaciencia febril; no tenía sino una sola idea clara: que á las nueve vería á su amada Cosette.

Esta última felicidad era todo su porvenir; después sólo le quedaba la sombra.

Por intervalos, paseando por las calles más desiertas, le parecía oír en París ruí dos extraños, y saliendo de su meditación, decía: "¿Es que pelean?"

Al caer la noche, á las nueve en punto, como se lo había prometido á Cosette, estaba en la calle Plumet.

Cuando se acercó á la verja todo lo olvidó.

Hacía cuarenta y ocho horas que no había visto á Cosette; iba á verla, y todas las demás ideas se borraron; no sentía sino profunda alegría.

Esos minutos en que se vive un siglo tienen una cosa soberana y almirable; en el espacio que pasan llenan por completo el corazón.

Mario abrió la verja, y se precipitó en el jardín.

Cosette no estaba en el sitio en que le esperaba siempre.

Atravesó la espesura y llegó al ángulo cerca de la escalinata.

—Me espera allí,—dijo para así.

Cosette no estaba.

Levantó los ojos y vió que los postigos de la ventana estaban cerrados. Dió la vuelta al jardín, y vió que estaba desierta.

Entonces dió la vuelta á la casa, y perdido de amor, loco, asustado, exasperado de dolor y de inquietud, como un amo que entra en su casa á deshora, llamó fuertemente á la ventana.

Llamó y volvió á llamar, expuesto á ver abrirse la ventana y asomar por ella la sombría cabeza del padre, y oír que le preguntara:

—¿Qué quereis?

Esto era nada comparado con lo que sospechaba.

Cuando hubo golpeado la ventana, gritó y llamó á Cosette.

—¡Cosette!

—¡Cosette!—repitió imperiosamente.

Todo había concluído.

No había nadie en el jardín, no había nadie en la casa.

Mario fijó sus ojos desesperados en aquella casa lúgubre, tan negra, tan silenciosa y más vacía que una tumba, y se fijó después en el banco de piedra donde había pasado horas tan felices al lado de Cosette.

Entonces se sentó en la escalinata con el corazón lleno de dolor y de resolución,



bendijo su amor en el fondo de su pensamiento, y se dijo, que, puesto que Cosette se había marchado, no tenía que hacer ya sino morir.

De repente oyó una voz que parecía salir de la calle, y que gritaba á través de los árboles:

—¡Señor Mario!

—¿Quién es?—dijo.

—Señor Mario, ¿estáis ahí?

—Sí.

—Señor Mario,—añadió la voz,—vuestros amigos os esperan en la barricada de la calle de Chanvrerie.

Esta voz no le era enteramente desconocida.

Se parecía á la voz ronca y áspera de Eponina.

Mario corrió á la verja, separó el hierro móvil, pasó la cabeza, y vió una figura, que le pareció la de un joven, desaparecer corriendo en el crepúsculo.

## III

### El señor Mabeuf.

La bolsa de Juan Valjean había sido inútil al señor Mabeuf, porque éste, en su venerable austeridad infantil, no había aceptado el regalo de los astros; no había admitido que una estrella podía convertirse en monedas de oro, y no había podido adivinar que lo que caía del cielo viniera de Gavroche.

Había llevado la bolsa al comisario de policía del barrio, como objeto perdido, puesto por el que lo había hallado á disposición del que lo reclamase.

La bolsa, en efecto, se perdió.

No hay que decir que nadie la reclamó, sin que sirviese de socorro al señor Mabeuf.

Por lo demás, el señor Mabeuf continuaba viniendo á menos.

Los ensayos sobre el añil no habían dado mejor resultado en el Jardín Botánico que en su jardín de Austerlitz.

El año anterior debía el salario á su ama, y á la sazón debía, como hemos visto el alquiler de la casa.

El Monte de Piedad, después de cumplidos terce meses, había vendido las planchas de su "Flora," y algún calderero había hecho de ellas cacerolas.

Perdidas, pues, sus planchas, y no pudiendo completar los ejemplares descabalados de su "Flora," que poseía aún, había cedido á bajo precio á un librero chalán, planchas y textos como de saldos.

Nada le quedó de la obra de toda su vida. Empezó á comerse el dinero de aquellos ejemplares.

Cuando vió que este miserable recurso se agotaba, renunció á su jardín abandonando el cultivo.

Antes, mucho tiempo antes había renunciado á los dos huevos y el pedazo de carne que comía de cuando en cuando.

Sólo se alimentaba con pan y patatas; había vendido sus últimos muebles; des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pués todo lo que tenía doble en materia de ropa de cama, vestidos y mantas; después sus herbarios y sus estampas; pero aún conservaba los libros más preciosos, entre los cuales había algunos rarísimos. como: "Los cuadritos históricos de la Biblia," edición de 1560; "La concordancia de las Biblias," de Pedro de Besse; "Las Margaritas de la Margarita," de Juan de la Haye, con dedicatoria á la reina de Navarra; el libro del "Cargo y dignidad de Embajador," por el señor de Williers Hotman; un "Florilegium rabbinicum," de 1644; un "Tíbulo," de 1567, con esta expléndida inscripción: "Venetiis, in aedibus Manutianis;" y en fin, un "Diógenes Laercio," impreso en Lyón en 1644, en que se hallaban las famosas variantes del manuscrito 411 del siglo XIII, del Vaticano y las de los dos manuscritos de Venecia 393 y 394, tan fructuosamente consultados por Enrique Estienne, y todos los pasajes en dialecto dórico, que no se encuentran más que en el célbre manuscrito del siglo XII de la biblioteca de Nápoles.

El señor Mabeuf no encendía nunca lumbre en su cuarto, y se acostaba con el día para no encender luz.

Parecía que no tenía vecinos, porque evitaban su encuentro cuando salía; él lo había notado.

La miseria de un niño conmueve á una madre; la miseria de un mozo conmueve á una muchacha; pero la miseria de un viejo no conmueve á nadie, y es de todas las infelicidades la más fría.

Pero el señor de Mabeuf no había perdido enteramente su serenidad de niño; sus ojos despedían aún luz cuando se fijaban en sus libros, y se sonreía cuando contemplaba el Diógenes Laercio, que era ejemplar único.

Su armario con cristales era lo único que había conservado además de lo indispensable.

Un día le dijo la tía Plutarco:

—No tengo con que traer comida.

Lo que ella llamaba comida era un pan y cuatro ó cinco patatas.

—Fiado,—dijo el señor Mabeuf.

—Ya sabeis que me lo niegan.

El señor Mabeuf abrió su biblioteca, miró mucho tiempo sus libros, uno después de otro, como un padre obligado á diezmar á sus hijos los miraría antes de elegir; después cogió uno de repente, se le puso debajo del brazo, y salió.

A las dos horas volvió sin nada debajo del brazo, y poniendo treinta sueldos sobre la mesa, dijo:

—Traed comida.

Desde aquel momento la tía Plutarco vió cubrirse el cándido semblante del señor Mabeuf de un velo sombrío, que no desaparecía nunca.

El día siguiente, el otro, todos los demás, fué preciso hacer otro tanto.

El señor Mabeuf salía con un libro, y volvía con una moneda de plata.

Como los libreros chalanes le veían obligado á vender, le compraban por veinte sueldos los libros porque había dado veinte francos alguna vez á ellos mismos.

Así concluyó toda su biblioteca, tomo á tomo.

En algunos momentos se decía: "Sin embargo, tengo ochenta años," como si tuviese alguna esperanza de llegar antes al fin de sus días que al fin de sus libros.

Su tristeza iba en aumento; pero una vez tuvo una alegría.

Salió con un Roberto Estienne, que vendió en treinta y cinco sueldos en el mue-



lle de Malaquais, y volvió con un Alde que había comprado por cuarenta en la calle de Grés.

—Debo cinco sueldos,—dijo muy alegre á la tía Plutarco.

Aquel día no comieron.

Pertenecía á la Sociedad de Horticultura donde sabían su pobreza.



El presidente de esta sociedad fué á verle, le prometió hablar de él al ministro de Agricultura y Comercio, y lo cumplió:

—¡Cómo!—exclamó el ministro.—¡Ya lo creo! ¡Un sabio anciano! ¡Un botánico! ¡Un hombre inofensivo! ¡Es preciso hacer algo por él!

Al día siguiente el señor Mabeuf recibió una invitación para comer con el ministro. Enseñó la carta temblando de alegría á la tía Plutarco, diciéndola:

—¡Nos hemos salvado!

El día fijado fué á casa del ministro. Notó que su corbata arrugada, su antiguo frac cuadrado y sus zapatos embetunados, asombraban á los porteros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nadie le habló, ni aun el ministro.

A eso de las diez de la noche, como estuviese todavía esperando una palabra, oyó á la mujer del ministro, hermosa señora, descotada, á quien no había atrevido á acercarse, que preguntaba:

—¿Quién es ese caballero anciano?

Volvióse á su casa á pié, á media noche, bajo una fuerte lluvia. Había vendido un Elzevir para pagar el coche á la ida.

Tenía la costumbre de leer todas las noches, antes de acostarse, algunas páginas de su Diógenes Laercio; sabía bastante griego para encontrar un placer en las particularidades del texto que poseía; ya no tenía otros goces.

Pasáronse algunas semanas; pero de pronto la tía Plutarco cayó enferma.

Hay una cosa más triste que no tener para comprar pan en la tahona, y es no tener para comprar medicinas en la botica: una noche el médico rectó una poción muy cara.

Además agravándose la enferma, necesitaba una persona que la cuidara.

El señor Mabeuf abrió la biblioteca, y ya no tenía nada; había vendido hasta el último volúmen; no le quedaba más que su Diógenes Laercio.

Se puso el ejemplar único bajo el brazo y salió; era el 4 de Junio de 1832.

Fué á la puerta de Santiago, á casa del sucesor de Royol, y volvió con cien francos

Puso el montoncito de napoleones sobre la mesa de noche de la vieja criada, y se volvió á su cuarto sin decir una sola palabra.

Al día siguiente, en cuanto amaneció, se sentó en el guardacantón que había en el jardín, y pudo vérsele por cima del seto toda la mañana inmóvil, con la cabeza inclinada, y la vista vagamente fija en sus marchitos cuadros.

Llovía á intervalos, pero el viejo no lo notaba.

A medio día estalló en París un ruido extraordinario; parecía que se oían tiros de fusil y clamores populares.

El señor Mabeuf levantó la cabeza.

Vió pasar un jardinero y le preguntó:

—¿Qué es eso?

El jardinero respondió con su azadón al hombro y con el acento más tranquilo:

—Un motín.

—¡Cómo! ¿Un motín?

—Sí, se están batiendo.

—¿Y por qué se baten?

—¡Diablo!—prorrumpió el jardinero.

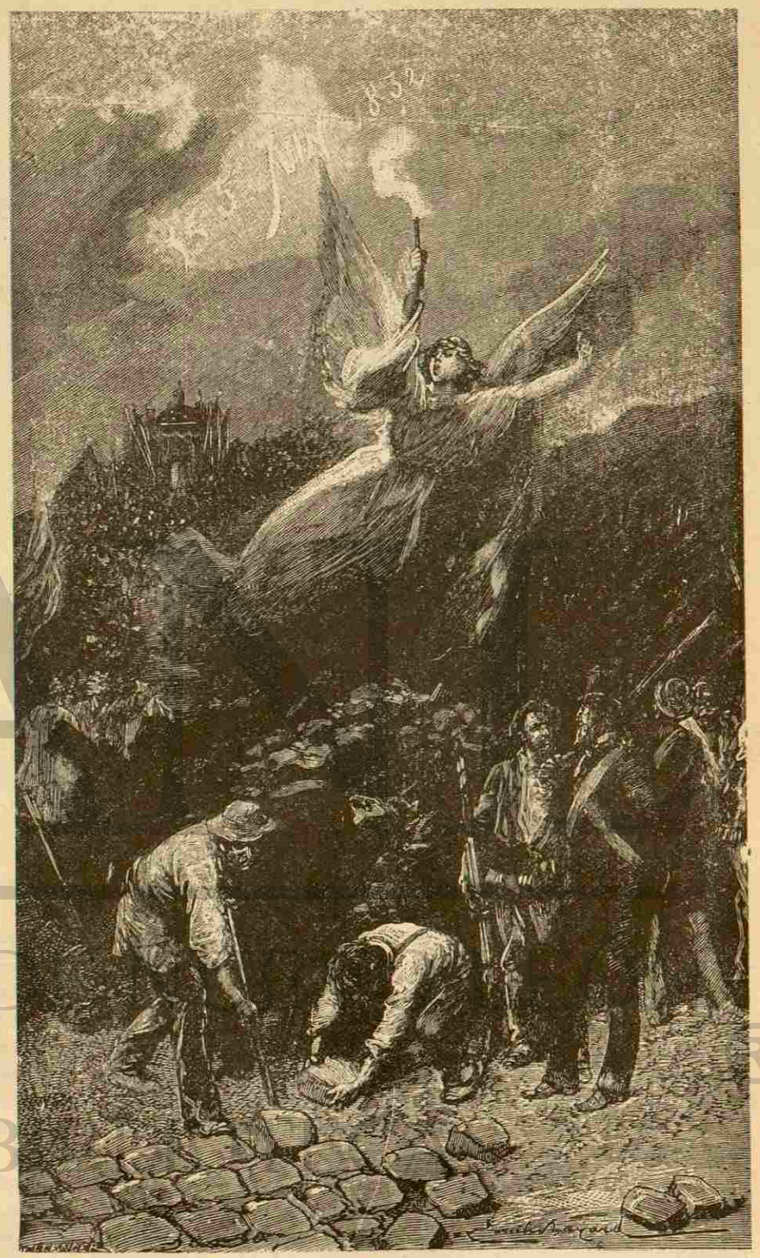
—¿Hácia qué lado?—preguntó el señor Mabeuf.

—Por la parte del Arsenal.

El señor Mabeuf volvió á entrar en su casa, buscó maquinalmente un libro para llevárselo debajo del brazo, no le encontró, y dijo:

—¡Ah, es verdad!

Y salió con aire extraviado.



El 5 de Junio de 1832.

# LIBRO DÉCIMO.

## EL 5 DE JUNIO DE 1832.

### I

### *El exterior de la cuestión.*

¿De qué se compone un motín?

De todo y de nada.

De electricidad, que se desarrolla poco á poco, de una llama que se forma de súbito, de una fuerza vaga, de una ráfaga que pasa.

Esta ráfaga encuentra cabezas que hablan, cerebros que piensan, almas que padecen, pasiones que arden, miserias que aullan, y las arrastra.

¿Adónde?

Al acaso....

A través del Estado, á través de las leyes, á través de la prosperidad y de la insolencia de los demás.

Las convicciones irritadas, los entusiasmos agriados, las indignaciones conmovidas, los instintos de guerra comprimidos, los ánimos jóvenes exaltados, las ceguedades generosas; la curiosidad, el placer por los cambios de objeto, la sed de lo inesperado, el sentimiento que hace experimentar placer al leer el cartel de un nuevo espectáculo, y al oír en el teatro el silbato del maquinista; los odios vagos, los rencores, las contrariedades, toda vanidad que cree haber fracasado su destino; el malestar, los sueños insensatos, las ambiciones rodeadas de abismos; todo el que espera de un derrumbamiento una salida, y en fin, más abajo, la turba, ese lodo que se convierte en fuego; tales son los elementos del motín.

Cuanto hay de más grande y más ínfimo, los seres que vagan alrededor de todo esperando la ocasión, perdidos, gentes sin profesión, vagabundos de las encrucijadas, los que duermen por la noche en un desierto de casas, sin más techo que las frías nubes del cielo; los que piden cada día su pan al azar y no al trabajo, los desconocidos de la miseria y de la nada, los brazos desnudos, los piés descalzos, pertenecen al motín.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo el que tiene en el alma una rebelión secreta contra un hecho cualquiera del Estado, de la vida ó de la suerte, linda con el motín, y desde que se presenta empieza á temblar y á sentirse frecuentemente conmovido por el torbellino.

El motín es una especie de tromba de la atmósfera social, que se forma de repente en ciertas condiciones de temperatura, y que en sus remolinos sube, corre, truena, arranca, corta, rompe, demuele, desarraiga, arastrando consigo los ánimos grandes y los pequeños, al hombre fuerte y al débil, al tronco de árbol y la arista de la paja.

¡Desgraciado aquel á quien arrastra lo mismo que aquel con quien choca!

Los estrella uno contra otro.

Comunica á los que cóje un poder extraordinario. Lleva al primero que encuentra con la fuerza de los sucesos, y hace de todo proyectiles; convierte un canto en bala, y un mozo de cordel en general.

Si hemos de creer á ciertos oráculos de la política recelosa, bajo el punto de vista del poder, un motín es cosa de desear.

Para ellos es un axioma que el motín afirma á los gobiernos cuando no los derriba; porque pone á prueba el ejército, concentra los ciudadanos, estira los músculos de la policía, y pone de manifiesto las fuerzas de la osadía social.

Es un ejercicio gimnástico, casi higiénico. El poder se siente mejor después de un motín, como el hombre después de una fricción.

El motín, hace treinta años, se consideraba además bajo otros puntos de vista.

Para todo hay su teoría que se llama á sí misma "del sentido común." Felinto contra Alcestes; mediación ofrecida entre lo verdadero y lo falso, explicación, admiración, atenuación un poco altiva, que porque tiene cierta mezcla de culpa y de excusa, se cree la sabiduría, cuando no es más que la pedantería.

De ahí ha salido toda una escuela política, llamada del justo medio.

Entre el agua fría y el agua caliente, hay el partido del agua tibia.

Esa escuela, con sus falsas profundidades enteramente superficiales, que disecan los efectos sin remontarse á las causas, censura desde lo alto de una semi-ciencia las agitaciones de la plaza pública.

Oigamos á la tal escuela:

"Los motines que complicaron la revolución de 1830, quitaron á este gran acontecimiento una parte de su pureza.

"La revolución de Julio había sido un majestuoso huracán popular, seguido inmediatamente de la calma; pero los motines volvieron á nublar el cielo; hicieron que degenerase en querella esta revolución, tan notable al principio por su unanimidad.

"En la revolución de Julio, como en todo progreso que se realiza por una sacudida, había habido fracturas secretas; el motín las hizo sensibles, y pudo decirse: ¡Ah! ¡Esto está roto!

"Después de la revolución de Julio, sólo se sentía la libertad; después de los motines se sintió la catástrofe.

"Cualquier motín cierra las tiendas, hace bajar los fondos, asusta á la Bolsa, suspende el comercio, suspende los negocios, precipita las quiebras; huye el dinero, las fortunas privadas se inquietan, el crédito público se ve perdido y la industria desconcertada; los capitales retroceden, el trabajo es menos retribuído; en todas partes reina el miedo, la reacción repercute en todas las ciudades.



"De ahí nacen precipicios profundos.

"Se ha calculado que el primer día de motín cuesta á Francia veinte millones de francos, el segundo cuarenta, y el tercero sesenta.

"Un motín de tres días cuesta ciento veinte millones; es decir, que no teniendo en cuenta más que este resultado económico, equivale á un desastre, á un naufragio ó una batalla perdida que destruye una escuadra de sesenta navíos de línea.

"Sin duda, históricamente, los motines tuvieron sus bellezas; la guerra de las calles no es menos grandiosa, ni menos patética que la guerra del campo; en la una está el alma de los bosques, y en la otra el corazón de las ciudades; la una tiene á Juan Chuan, y la otra á Juana de Arco.

"Los motines enrojecieron espléndidamente todos los rasgos más originales del carácter parisiense, la generosidad, el destinterés, la alegría tempestuosa, los estudiantes probando que el valor forma parte de la inteligencia, la guardia nacional inquebrantable, los vivacs de los tenderos, las fortalezas de los pilluelos, y el desprecio de la muerte en los transeuntes.

"Las escuelas y los regimientos vinieron á las manos y chocaron unas contra otros.

"Bien considerado todo, entre los combatientes no había más que una diferencia, la de edad; eran de la misma raza, los mismos hombres estóicos que mueren á los veinte años por sus ideas, y á los cuarenta por su familia.

"El ejército, siempre triste en las guerras civiles, oponía la prudencia á la audacia.

"Los motines, al mismo tiempo que manifestaron la intrepidez popular, educaron en el valor al ciudadano.

"Pero, ¿vale todo esto la sangre vertida?

"Y á esa sangre añádase el porvenir obscurecido, el progreso comprometido, la inquietud entre los mejores, los liberales honrados desesperanzados, el absolutismo extranjero viendo con placer estas heridas abiertas por sí mismas á la revolución, los vencidos de 1830 triunfando y diciendo: ¡Ya lo habíamos dicho!

"Agréguese á esto, que si París tal vez se engrandece, de seguro se empequeñece la Francia; y añádase por último, pues debe decirse todo, los asesinatos que deshonraban con frecuencia la victoria del orden convertido en ferocidad sobre la libertad enloquecida.

"Suma total, los motines han sido funestos".

Así habla esa casi sabiduría con que la burguesía, esa especie de semipueblo, se queda tan satisfecha.

Por nuestra parte, rechazamos esa palabra tan extensa, y por consiguiente tan cómoda: los motines.

Entre un movimiento popular y otro movimiento popular, hacemos una distinción.

No nos preguntamos si un motín cuesta tanto como una batalla.

Y en primer lugar, ¿por qué una batalla?

Aquí surge la cuestión de la guerra.

¿Acaso es menos un azote la guerra que es el motín una calamidad?

Además, ¿son calamidades todos los motines?

Aún cuando el 14 de Julio costase ciento veinte millones de francos, ¿qué tiene eso que ver?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La instalación de Felipe V en España costó á Francia dos mil millones; por el mismo precio preferiríamos el 14 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones, y no son más que palabras.

Dado un motín, examinémoslo en sí mismo.

En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, no es sino cuestión del efecto; nosotros buscamos la causa; precisamos.

## II

### El fondo de la cuestión.

Existe el motín y existe la insurrección; son dos cóleras diversas, una equivocada, otra con razón.

En los Estados democráticos, únicos fundados en la justicia, sucede á veces que una fracción es usurpadora; entonces todo se levanta y la reivindicación necesaria de su derecho, puede llegar hasta á tomar las armas.

En todas las cuestiones que llegan á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción es insurrección; el ataque de la fracción contra el todo es motín; según estén las Tullerías habitadas por el rey ó por la Convención, son justa ó injustamente atacadas.

El mismo cañón asestado contra la multitud no tiene razón el 10 de Agosto, y la tiene el 14 de vendimiario.

Su apariencia es, pues, semejante, al fondo distinto; los suizos defienden lo falso. Bonaparte lo verdadero.

Lo que el sufragio universal ha hecho con su libertad y con su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado.

La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot.

La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de rails, la demolición de d'oks, los extravíos de la multitud, la injusta oposición del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau expulsado de Suiza á pedradas, son motines.

Israel contra Moisés, Atenas contra Foción y Roma contra Escipión, son motines.

París contra la Bastilla, es la insurrección.

Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón, es la rebelión misma, rebelión impía. ¿Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Cristóbal Colón por América con la brújula; Alejandro como Colón descubre un mundo.

Estos dones de mundos á la civilización son tales acrecentamientos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo, y la multitud hace traición al pueblo.

¿Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los falsificadores políticos, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora del triunfo popular se alza con el trono, se hace vendeana, y de insurrección en contra, se trueca en motín de favor? ¡Sombría obra maestra de la ignorancia!



El falsificador político escapa á las horcas reales, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca.

¡Mueran las gabelas! supone un ¡viva el rey!

Matadores de la noche de San Bartolomé, degolladores de Septiembre, destructores de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdetes, Cadenettes, compañeros de Jehú, caballeros de Brassard; he aquí el motín.

La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se reconoce; no sale siempre del temblor de las masas agitadas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no suenan los somatenes siempre á bronce.

El extremecimiento de la pasión y de la ignorancia es distinto de la sacudida del progreso.

Levantaos, sí, pero para engrandeceros; mostradme hacia donde vais; solo hay insurrección marchando adelante.

Cualquier otro levantamiento es malo; todo paso violento hacia atrás, es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano.

La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines en otras manos no dejan al motín sino su lodo.

Dantón contra Luis XVI es la insurrección; Herbert contra Dantón es el motín.

De ahí proviene que si la insurrección, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurrección suele ser un volcán, el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, como hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un bullanguero; Camilo Desmoulins un gobernante.

A veces, insurrección es insurrección.

La solución de todo por el sufragio universal es un hecho absolutamente moderno, y toda la historia anterior á este hecho desde hace cuatro mil años, llena de violaciones del derecho y de sufrimientos de los pueblos, cada época de la historia lleva consigo la protesta que le es posible.

Bajo los Césares no hubo insurrecciones, pero hubo un Juvenal.

El "facit indignatio" reemplaza á los Gracos.

Bajo los Césares hay el desterrado de Siena, é igualmente el autor de los "Anales".

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos, que también él condena al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme, y arroja sobre Roma Nínive, sobre Roma Babilonia, sobre Roma Sodoma, la flamígera reverberación del Apocalipsis.

Juan, sobre su peñasco, es el esfinge sobre su pedestal; puédese no compren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La instalación de Felipe V en España costó á Francia dos mil millones; por el mismo precio preferiríamos el 14 de Julio.

Por otra parte, negamos esas cifras que parecen razones, y no son más que palabras.

Dado un motín, examinémoslo en sí mismo.

En todo lo que dice la objeción doctrinaria expuesta más arriba, no es sino cuestión del efecto; nosotros buscamos la causa; precisamos.

## II

### El fondo de la cuestión.

Existe el motín y existe la insurrección; son dos cóleras diversas, una equivocada, otra con razón.

En los Estados democráticos, únicos fundados en la justicia, sucede á veces que una fracción es usurpadora; entonces todo se levanta y la reivindicación necesaria de su derecho, puede llegar hasta á tomar las armas.

En todas las cuestiones que llegan á la soberanía colectiva, la guerra del todo contra la fracción es insurrección; el ataque de la fracción contra el todo es motín; según estén las Tullerías habitadas por el rey ó por la Convención, son justa ó injustamente atacadas.

El mismo cañón asestado contra la multitud no tiene razón el 10 de Agosto, y la tiene el 14 de vendimiario.

Su apariencia es, pues, semejante, al fondo distinto; los suizos defienden lo falso. Bonaparte lo verdadero.

Lo que el sufragio universal ha hecho con su libertad y con su soberanía, no puede ser deshecho por las calles.

Lo mismo sucede en las cosas de pura civilización; el instinto de las masas, ayer previsor, puede estar mañana turbado.

La misma ira es legítima contra Terray y absurda contra Turgot.

La destrucción de máquinas, el pillaje de los almacenes, la ruptura de rails, la demolición de d'oks, los extravíos de la multitud, la injusta oposición del pueblo al progreso, Ramus asesinado por los escolares, Rousseau expulsado de Suiza á pedradas, son motines.

Israel contra Moisés, Atenas contra Foción y Roma contra Escipión, son motines.

París contra la Bastilla, es la insurrección.

Los soldados contra Alejandro, los marineros contra Cristóbal Colón, es la rebelión misma, rebelión impía. ¿Y por qué? Porque Alejandro hace por Asia con la espada lo que Cristóbal Colón por América con la brújula; Alejandro como Colón descubre un mundo.

Estos dones de mundos á la civilización son tales acrecentamientos de luz, que toda resistencia es criminal.

Algunas veces el pueblo se miente fidelidad á sí mismo, y la multitud hace traición al pueblo.

¿Hay, por ejemplo, nada más extraño que esa larga y sangrienta protesta de los falsificadores políticos, legítima rebelión crónica, que en el momento decisivo, en el día de la salvación, en la hora del triunfo popular se alza con el trono, se hace vendeana, y de insurrección en contra, se trueca en motín de favor? ¡Sombría obra maestra de la ignorancia!



El falsificador político escapa á las horcas reales, y con un resto de cuerda al cuello, enarbola la escarapela blanca.

¡Mueran las gabelas! supone un ¡viva el rey!

Matadores de la noche de San Bartolomé, degolladores de Septiembre, destructores de Aviñón, asesinos de Coligny, asesinos de la señora de Lamballe, asesinos de Brune, Miqueletes, Verdetes, Cadenettes, compañeros de Jehú, caballeros de Brassard; he aquí el motín.

La Vendée es un gran motín católico.

El rumor del derecho en movimiento se reconoce; no sale siempre del temblor de las masas agitadas; hay furores locos, como hay campanas rajadas; no suenan los somatenes siempre á bronce.

El extremecimiento de la pasión y de la ignorancia es distinto de la sacudida del progreso.

Levantaos, sí, pero para engrandeceros; mostradme hacia donde vais; solo hay insurrección marchando adelante.

Cualquier otro levantamiento es malo; todo paso violento hacia atrás, es un motín; el retroceso es una vía de hecho contra el género humano.

La insurrección es el acceso de furor de la verdad; los adoquines que mueve la insurrección despiden la chispa del derecho.

Esos adoquines en otras manos no dejan al motín sino su lodo.

Dantón contra Luis XVI es la insurrección; Herbert contra Dantón es el motín.

De ahí proviene que si la insurrección, en estos casos dados, puede ser, como ha dicho Lafayette, el más santo de los deberes, el motín puede ser el más fatal de los atentados.

Hay también alguna diferencia en la intensidad del calórico; la insurrección suele ser un volcán, el motín es con frecuencia fuego de paja.

La rebelión, como hemos dicho, parte algunas veces del poder. Polignac es un bullanguero; Camilo Desmoulins un gobernante.

A veces, insurrección es insurrección.

La solución de todo por el sufragio universal es un hecho absolutamente moderno, y toda la historia anterior á este hecho desde hace cuatro mil años, llena de violaciones del derecho y de sufrimientos de los pueblos, cada época de la historia lleva consigo la protesta que le es posible.

Bajo los Césares no hubo insurrecciones, pero hubo un Juvenal.

El "facit indignatio" reemplaza á los Gracos.

Bajo los Césares hay el desterrado de Siena, é igualmente el autor de los "Anales".

Y no hablamos del gran desterrado de Patmos, que también él condena al mundo real con una protesta en nombre del mundo ideal; hace de la visión una sátira enorme, y arroja sobre Roma Nínive, sobre Roma Babilonia, sobre Roma Sodoma, la flamígera reverberación del Apocalipsis.

Juan, sobre su peñasco, es el esfinge sobre su pedestal; puédese no compren-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derle; es un judío, y es cómo si hablara en hebreo; pero el hombre que escribe los "Anales" es un latino, ó, mejor dicho, un romano.

Reinando los Nerones de una manera sombría, sombríamente deben ser pintados.

El trabajo del buril por sí solo sería pálido; es preciso verter en los blancos una prosa concentrada y mordiente.

Los déspotas entran por algo en la mente de los pensadores. Palabra encadenada es palabra terrible.

El escritor duplica y triplica su estilo, cuando un amo le impone silencio al pueblo.

De este silencio nace cierta plenitud misteriosa que se filtra y se solidifica como bronce en el pensamiento.

La compresión de la historia produce la concisión en el historiador.

La solidez granítica de tal prosa célebre no es más que un apisonamiento hecho por el tirano.

La tiranía obliga al escritor á contracciones de diámetro, que son acrecentamientos de fuerza.

La frase ciceroniana, apenas suficiente para Verres, se embotaría contra Calígula.

A menor extensión del período, mayor intensidad de golpe.

Tácito piensa con el brazo contraído.

La honradez de un gran corazón, condensada en justicia y en verdad, fulmina como el rayo.

Sea dicho de paso, es de notar que Tácito no esté históricamente sobrepuesto á César; estánle reservados los Tiberios.

César y Tácito son dos fenómenos sucesivos, cuyo encuentro parece misteriosamente evitado por aquel que al sacar los siglos á la escena, arregla las entradas y salidas.

César es grande, Tácito es grande; Dios dirige estas dos grandezas evitando que choquen una contra otra.

El justiciero, hiriendo á César, podía herir demasiado y ser injusto, y Dios no lo quiere.

Las grandes guerras de Africa y de España, los piratas de Cilicia destruídos, la civilización introducida en la Galicia, en Bretaña, en Germania, toda esta gloria cubre al Rubicón. Hay en esto una especie de delicadeza de la justicia divina, dudando en dejar caer sobre el usurpador ilustre al historiador formidable, haciendo á César gracia de Tácito, y concediendo circunstancias atenuantes al genio.

En verdad que el despotismo es despotismo siempre, aún bajo el déspota de genio. Hay corrupción bajo los tiranos ilustres; pero la peste moral es más repugnante aún bajo los tiranos infames.

En tales reinados, nada vela la vergüenza; y los autores de ejemplos, Tácito, como Juvenal, abofetean más provechosamente en presencia del género humano, á esa ignominia sin réplica.

Roma apesta más en tiempos de Vitelio que en tiempos de Sila.

Bajo Claudio y bajo Domiciano hay una deformidad de bajeza correspondiente á la fealdad del tirano; la villanía de los esclavos es un producto directo del déspota; de esas conciencias corruptas se exhala el miasma del reflejo del amo; los poderes públicos son inmundos, los corazones pequeños, las conciencias romas; las almas repugnantes; así sucede con Caracalla, así con Cómodo, así con Heliogábalo, mientras que del senado romano bajo César, no sale más que el olor del fiemo natural de los nidos de águila.



De ahí, pues, la venida, al parecer tardía, de los Tácitos y Juvenales; el demostrador sólo aparece á la hora de la evidencia.

Pero Juvenal y Tácito, como los Isaías en los tiempos bíblicos, y como Dante en la Edad media, son el hombre; el motín y la insurrección son la multitud, que tan pronto tiene razón, como no la tiene.

En la generalidad de los casos, el motín sale de un hecho material; la insurrección es siempre un fenómeno moral.

El motín es Masaniello; la insurrección es Espartaco.

La insurrección confina con la inteligencia, el motín con el estómago.

Gaster se irrita; pero Gaster, en verdad, no tiene razón siempre.

En las cuestiones de hambre, el motín. Buzancais, por ejemplo, tiene un punto de partida verdadero, patético y justo. Sin embargo, no pasa de motín.

¿Por qué? Porque teniendo razón en el fondo, no la tiene en la forma. Terrible, aún teniendo derecho, violento aunque fuerte, ha herido al acaso; ha marchado como el elefante ciego, rompiéndolo todo; ha dejado detrás de sí cadáveres de ancianos, de mujeres y de niños; ha vertido sin saber por qué la sangre de seres inofensivos é inocentes.

Alimentar al pueblo, es un buen fin; pero destrozarle es un mal medio.

Todas las protestas armadas, aún las más legítimas, aún el 10 de Agosto, y el 14 de Julio, empiezan por la misma agitación.

Antes que el derecho se desprenda, hay tumulto y espuma.

Al comenzar la insurrección es motín, como es torrente, el río. Ordinariamente llega á desembocar á este océano: revolución.

Algunas veces, sin embargo, nacida en las altas montañas que dominan el horizonte moral, la justicia, la prudencia, la razón, el derecho; formada de la más pura nieve de lo ideal, después de una larga caída de roca en roca, después de haber reflejado el cielo en su transparencia, y haber crecido con cien afluentes en el majestuoso camino del triunfo, la insurrección se pierde de repente en alguna quebrada popular, como el Rhin en un pantano sin fondo.

Todo esto se refiere á lo pasado; el porvenir se presenta de otra manera.

El sufragio universal tiene de admirable, que disuelve el motín en su principio, y dando el voto á la insurrección, le quita las armas.

La desaparición de las guerras, de la guerra de las calles, como de la guerra de las fronteras, es el progreso inevitable.

Sea el Hoy lo que quiera, el Mañana es la paz.

Por lo demás, insurrección, motín, cualquiera que sea su diferencia, estos matices apenas existen para el ciudadano propiamente tal.

Para él, todo es sedición, rebelión pura y simple, rebelión del perro contra el amo; intención de morder que hay que castigar con la cadena y el encierro; ladrido, aullido, hasta el día en que la cabeza del perro, crecida de repente, se esboza vagamente en la sombra con cara de león.

Entonces el burgués grita: ¡Viva el pueblo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de esta explicación, ¿qué viene á ser para la historia el movimiento de Junio de 1832? ¿Un motín, ó una insurrección?

Una insurrección.

Podrá sucedernos, al traer á la escena este acontecimiento terrible, que le llamemos alguna vez motín, pero sólo para calificar los hechos de la superficie; haciendo siempre la distinción necesaria entre la forma ó motín, y el fondo ó insurrección.

Este movimiento de 1832 tuvo en su rápida explosión y en su lúgubre extinción, tal magnitud, que aún aquellos que no ven en él más que un motín, hablan de él con respeto. Para éstos es como un residuo de 1830.

Las imaginaciones conmovidas, dicen, no se calman en un día; una revolución no se corta á pico; tiene siempre necesariamente ciertas ondulaciones antes de volver al estado de paz, lo mismo que una montaña antes de extinguirse en la llanura.

No hay Alpes sin Jura, ni Pirineos sin Asturias.

Esta crisis patética de la historia contemporánea, que la memoria de los parisienses llama la "época de los motines", es seguramente una hora característica entre las más tempestuosas de este siglo.

Digamos la última frase antes de entrar en la narración.

Los hechos que vamos á referir pertenecen á esa realidad dramática y viva que el historiador desprecia muchas veces por falta de tiempo y de espacio.

En ella, sin embargo, insistimos en decirlo, en ella está la vida, la palpitación, el estremecimiento humano.

Los pormenores, creemos haberlo dicho ya, son, por hablar así, el follaje de los grandes acontecimientos, y se pierden en la lontananza de la historia.

La época llamada "de los motines" abunda en hechos de este género.

Los procesos judiciales, por otras razones que las de la historia, no lo han revelado todo; quizá tampoco lo han profundizado.

Vamos, pues, nosotros á sacar á luz, entre particularidades conocidas y publicadas, cosas que no se han sabido, hechos sobre los cuales ha pasado el olvido de unos á la muerte de otros.

La mayor parte de los actores de estas escenas gigantescas han desaparecido; al día siguiente se callaban; pero nosotros podemos decir de lo que contamos: "lo hemos visto".

Cambiaremos algunos nombres, pasaremos por alto otros, porque la historia refiere y no denuncia; pero pintaremos cosas verdaderas.

En las condiciones del libro que escribimos, no manifestaremos más que un lado y un episodio, seguramente el menos conocido, las jornadas de los días 5 y 6 de Junio de 1832; pero lo haremos de modo que el lector entrevea, bajo el sombrío velo que vamos á levantar, la fisonomía verdadera de aquella espantosa aventura pública.



## III

### *Un entierro: ocasión de renacer.*

En la primavera de 1832, aunque hacía tres meses que el cólera tenía helados los espíritus y velada la agitación con cierta lúgubre tranquilidad, París estaba hacía tiempo dispuesto para una conmoción. Como hemos dicho ya, la gran ciudad parece un cañón; cuando está cargado, basta una chispa para que salga el tiro.

En Junio de 1832 la chispa fué la muerte del general Lamarque.

Lamarque era un hombre de fama y de acción.

Había tenido sucesivamente, bajo el Imperio y bajo la Restauración, las dos clases de valor necesarias en ambas épocas: el valor de los campos de batalla, y el valor de la tribuna.

Tenía tanta elocuencia como había tenido valor; su palabra parecía una espada

Como Foy, su antecesor, después de haber mantenido á gran altura el mando militar, mantenía á gran altura la libertad.

Sentábase entre la izquierda y la extrema izquierda, era querido del pueblo, porque aceptaba las probabilidades del porvenir, y querido de la multitud, porque había servido bien al emperador.

Era, con los condes Gerard y Drouet, uno de los mariscales "in petto" de Napoleón. Los tratados de 1815 le sublevaron como una ofensa personal. Odiaba á Wellington con un odio directo que agradaba á la multitud desde diecisiete años, y sin fijarse apenas en los acontecimientos intermedios, guardaba majestuosamente la tristeza de Waterloo.

En su agonía, en su última hora, había apretado contra su pecho una espada que le habían dedicado los oficiales de los Cien Días.

Napoleón murió pronunciando la palabra "ejército"; Lamarque pronunciando la palabra patria.

Su muerte, prevista ya, era considerada por el pueblo como una pérdida y por el gobierno como una oportunidad.

Aquella muerte fué un duelo. Como todo lo que es amargo, puede el duelo cambiarse en revuelta. Así fué.

La víspera y la mañana del 5 de Junio, día fijado para el entierro del general Lamarque, el arrabal de San Antonio, por el cual debía pasar el entierro, tomó un aspecto temible.

Aquella tumultuosa red de calles se llenó de rumores.

Armábanse todos como podían.

Los carpinteros llevaban la herramienta de sus talleres "para derribar las puertas".

Uno de ellos se había hecho un puñal de un gancho de zapatero rompiendo el gancho y aguzando la espiga.

Otro, con la fiebre por "atacar", dormía vestido hacía tres días.

Un aserrador, llamado Lombier, encontró á un compañero, que le preguntó:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿A dónde vas?

—¡Pst! No tengo armas.

—Pues ¿y entonces?

—Me voy á la carpintería á coger un compás.

—¿Para qué?

—No lo sé,—decía Lombier.

Otro llamado Jacqueline, hombre de recursos, se acercaba á cada uno de los obreros que pasaban, y les decía:

—¡Ven!

Les pagaba un cuartillo de vino y añadía:

—¿Tienes trabajo?

—No.

—Pues vé á casa de Filspierre, entre el portillo de Montreuil y el de Charonne, y te darán trabajo.

En casa de Filspierre encontraban armas y cartuchos.

Ciertos jefes conocidos "corrían la posta", es decir, iban de una á otra parte para reunir la gente.

En la taberna de Barthelemy, cerca del arco del Trono, en el figón de Capel, en el petit Chapeau, los bebedores se acercaban con aire sombrío, y se les oía decir:

—¿Dónde tienes tu pistola?

—Debajo de la blusa. ¿Y tú?

—Debajo de la camisa.

En la calle Traversiere, delante del taller Roland, y en la plaza de la Casa Quemada, frente al taller del instrumentista Bernier, cuchicheaban algunos grupos. Distinguíase entre ellos un tal Mavot, que nunca estaba una semana en un taller, pues los maestros le despedían, "porque les obligaba á disputar con él diariamente".

Mavot fué muerto al día siguiente en la barricada de la calle Menilmontant.

Pretot, que debía morir también en la lucha, seguía á Mavot, y á esta pregunta: "¿qué quieres?" respondía: "la insurrección".

Algunos obreros, reunidos en la esquina de la calle de Bercy, esperaban á un tal Lemarin, agente revolucionario del arrabal de San Marcelo.

Las órdenes de aviso se cambiaban casi públicamente.

El 5 de Junio, pues, con un día mezclado de lluvia y sol, el entierro del general Lamarque atravesó las calles de París con la pompa militar oficial, algo aumentada con las precauciones.

Dos batallones con los tambores enlutados y los fusiles á la funerala, diez mil guardias nacionales con el sable al cinto, las baterías de la arartillería y de la guardia nacional, escoltaban el féretro.

El carro fúnebre era conducido por jóvenes. Los oficiales de Inválidos le seguían inmediatamente, llevando ramas de laurel.

Después venía un gentío innumerable, agitado, extraño, los seccionarios de los Amigos del Pueblo, la Escuela de Jurisprudencia, la de Medicina, los proscritos de todas las naciones, banderas españolas, italianas, alemanas, polacas, banderas tricolores horizontales, toda clase de enseñas posibles, niños agitando ramas verdes, picapedreros y carpinteros, que á la sazón se habían declarado en huelga,



impresores que se distinguían por sus gorros de papel, marchando de dos en dos, de tres en tres, dando gritos, agitando palos casi todos, sables algunos de ellos, sin orden, y á pesar de esto con un solo pensamiento, ora en tropel ora en columna.

Algunos pelotones habían elegido sus jefes; un hombre armado con un par de pistolas, perfectamente visible, parecía pasar revista á otros, cuyas filas se abrían para dejarle paso.



En las calles de los boulevares, en las copas de los árboles, en los balcones, en las ventanas, en los tejados, hormigueaban las cabezas, de hombres, mujeres y chiquillos, llenos los ojos de ansiedad.

Pasaba una multitud armada y otra multitud asustada miraba.

El gobierno, por su parte, observaba; observaba con la mano en el puño de la espada.

Podíase ver dispuestos á marchar, llenas las cartucheras, y cargados fusiles y carabinas, en la plaza de Luis XV, cuatro escuadrones de carabineros, montados, con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATEM DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los clarines al frente; en el barrio Latino y en el Jardín Botánico, la guardia municipal, escalonada de calle en calle; en el Merdcado de Vinos, un escuadrón de dragones; en la plaza de Greve, una mitad del 12o. de ligeros, y la otra mitad en la Bastilla; el 6o. de dragones en los Celestinos, y la artillería llenando la plaza del Louvre.

El resto de las tropas estaba retenido en los cuarteles, sin contar los regimientos de los alrededores de París.

El poder, inquieto, tenía suspendidos sobre la muchedumbre amenazadora veinticuatro mil soldados dentro de la población, y treinta mil en las afueras. En el acompañamiento circulaban diversos rumores más ó menos absurdos.

Se hablaba de intrigas legitimistas; se hablaba del duque de Reichstad, á quien Dios señalaba para la muerte en el momento mismo en que la multitud le designaba para el imperio.

Un individuo, cuyo nombre permanece desconocido, anunciaba que, á una hora dada, dos contramaestres ganados abrirían al pueblo las puertas de una fábrica de armas.

En las frentes descubiertas de la mayor parte de los asistentes dominaba un entusiasmo mezclado de abatimiento.

Veíanse igualmente aquí y allá entre aquella multitud, presa de tantas emociones violentas, pero nobles y verdaderos, rostros malhechores, y labios innobles que decían: "¡Robemos!"

Hay ciertas agitaciones que remueven el fondo de los pantanos, y que hacen subir á la superficie del agua nubes de cieno. Fenómeno á que no es extraña la policía "bien montada".

El acompañamiento caminaba con una lentitud febril desde la casa mortuoria por las calles principales hasta la Bastilla.

Llovía de cuando en cuando; pero la lluvia no incomodaba á aquella muchedumbre.

En el tránsito habían ocurrido varios incidentes: el ataúd paseado alrededor de la columna Vendome, piedras tiradas contra el duque de Fitz James que estaba en un balcón con el sombrero puesto, el gallo galo arrancado de una bandera popular y arrastrado por el lodo, un gendarme herido de un sablazo en la Puerta de San Martín, un oficial del 12o. de ligeros diciendo en alta voz: "Yo soy republicano", la escuela politécnica llegando después, según su consigna forzada, con los gritos de "¡Viva la escuela politécnica! ¡Viva la república!" marcaban el curso de la comitiva.

En la Bastilla, las grandes filas de temibles curiosos procedentes del arrabal de San Antonio, se unieron con el acompañamiento, y empezó á levantarse cierta conmoción terrible en medio del gentío.

Oyóse á un hombre que le decía á otro:

—Fíjate bien en aquel de la perilla roja. Pues ese dirá cuando hemos de hacer fuego.

Parece ser que aquella misma perilla roja se encontró después ejerciendo el mismo cargo en otro motín, el de Quénisset.

El féretro pasó la Bastilla, siguió por el Canal, atravesó el puente pequeño, llegando á la explanada del puente de Austerlitz.

Allí se detuvo.

En aquel momento, el gentío, mirado á vista de pájaro, ofrecía el aspecto de un cometa, cuya cabeza estuviese en la explanada, y cuya cola, desarrollada por el muelle Bourdón, cubriera la Bastilla, y se prolongara por los boulevares hasta la puerta de San Martín.



Trazóse un círculo al rededor del carro fúnebre; la inmensa comitiva guardó silencio. Lafayette habló, y dió el último adiós á Lamarque.

Fué aquel un momento tierno y augusto; todas las cabezas se descubrieron, todos los corazones palpitaron.

De pronto se presentó en medio del grupo un hombre á caballo, vestido de negro, con una bandera roja, y según otros, con una pica coronada por el gorro frigio.

Lafayette volvió la cabeza y Exelmans abandonó el cortejo.

Aquella bandera roja levantó una tempestad y desapareció. Uno de esos horribles clamores parecidos á una marejada conmovió á la multitud desde el boulevard de Bourdón hasta el puente de Austerlitz.

Alzáronse dos gritos prodigiosos: "¡Lamarque al Panteón! ¡Lafayette á la Casa del Ayuntamiento!"

Al oir estas exclamaciones, algunos jóvenes arrastraron el carro fúnebre de Lamarque por el puente de Austerlitz, y á Lafayette en un coche por el muelle de Morland.

En la muchedumbre que rodeaba y aclamaba á Lafayette, se distinguía y era señalado un alemán, llamado Ludwig Snyder, que murió luego centenario, el cual había hecho la guerra de 1776, y peleado en Trentón á las órdenes de Washington, y en Braudywine á las de Lafayette.

Entre tanto, por la orilla izquierda, la caballería municipal se ponía en movimiento, é iba á ocupar el puente; por la orilla derecha los dragones salían de los Celestinos, y se desplegaban á lo largo del muelle Morland.

El grupo que conducía á Lafayette los vió repentinamente en la esquina del muelle, y gritó: "¡Los dragones! ¡Los dragones!"

Estos avanzaban al paso, en silencio, con las pistolas en las pistoleras, los sables envainados, las carabinas en bandolera, con sombrío aire de espera.

A doscientos pasos del puente pequeño hicieron alto.

El coche en que iba Lafayette llegó hasta ellos; abrieron sus filas, le dejaron pasar, y volvieron á cerrarse interceptando á los que le seguían.

En aquel momento se tocaban los dragones y la multitud; las mujeres huyeron con terror.

¿Qué pasó en aquel minuto fatal? No hay quien pueda decirlo.

Fué el terrible y tenebroso momento del choque de dos nubes.

Unos dicen que hacia la parte del Arsenal se oyó una trompeta tocando ataque; otros que un muchacho dió una puñalada á un dragón.

El hecho es que se oyeron tres tiros, el primero mató al jefe de escuadrón Cholet, el segundo á una vieja sorda que estaba cerrando una ventana en la calle de Contrescarpe, y el tercero quemó la charretera de un oficial.

Una mujer gritó: "¡Se empieza muy pronto!" y de repente se vió al lado opuesto al muelle Morland, un escuadrón de dragones, que se había quedado en el cuartel, desembocar al galope, con el sable desnudo, por la calle de Bassompierre y el boulevard Bourdón, barriendo todo lo que se les ponía delante.

Y entonces ya no hay más que decir; se desencadenó la tempestad, llovieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las piedras, sonaron los fusiles; unos se precipitan por los ribazos pasando el estrecho brazo del Sena, cegado hoy día: los almacenes y cobertizos de la isla Louviers, vasta ciudadela hecha de por sí, se erizó de combatientes; arrancáronse las estacas, disparáronse pistoletazos, bosquejóse en fin una barricada.

Los jóvenes rechazados atravesaron el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga, atacando á la guardia municipal; acudieron los carabineros, acuchillaron los dragones, dispersándose la multitud en todas direcciones; un rumor de guerra surgió de los cuatro extremos de París gritando ¡á las armas! Se corre, se tropieza, se huye, y se resiste.

La cólera comunica el motín, como el viento la llama.

## IV

### *El hervor de otros tiempos.*

Nada tan extraordinario como las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes al mismo tiempo.

¿Estaba previsto? Sí.

¿Estaba preparado? No.

¿De dónde sale todo? De las piedras de la calle.

¿De dónde cae? De las nubes.

La insurrección tiene en unas partes el carácter de un complot; en otras el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud, y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto, al que se mezcla una alegría formidable.

Empieza por el clamoreo, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, los culatazos chocan en las puertas cocheras, y las criadas ríen en los patios de las casas, diciendo: "¡Va á haber jarana!"

No había transcurrido todavía un cuarto de hora, y he aquí lo que ya pasaba en veinte puntos de París.

En la calle de Santa Cruz de la Bretonerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salían un momento después, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta de un crespón; á la cabeza iban tres hombres armados, con sable el uno, otro con un fusil y el tercero con una pipa.

En la calle de Nonaindieres, un burgués bien vestido, panzudo, de voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden dominarse, ofrecía públicamnte cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro Montmartre, varios hombres, con los brazos desnudos, paseaban una bandera negra en que se leían estas palabras en letras blancas: "República ó muerte."

En la calle de Jeuneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar, aparecían grupos agitando banderas, en que se leía en letras de oro la palabra "sección" y un número. Una de estas banderas era roja y azul con una imperceptible faja blanca.



En la calle ancha de San Martín se saqueaba una fábrica de armas, y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michelle-Compte, y la otra en la calle del Temple.

En algunos minutos, las mil manos de la muchedumbre se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y ochenta y tres pistolas

A fin de que hubiera más gente armada, cogía uno el fusil y otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Greve, varios jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casas de mujeres para tirar. Uno de ellos llevaba un mosquete de rueda.

Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos.

Una de aquellas mujeres dijo después: "Yo no sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo dijo."

Un grupo invadía una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro de fusil, yacía en la calle de la Perla.

Además, en la orilla derecha del río, en la izquierda, en los muelles, en los boulevares, en el barrio latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y seccionarios, leían proclamas y gritaban: "¡A las armas!" Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; en una palabra; hacían barricadas.

Obligaban á los burgueses á ayudarles; entraban en las casas, y hacían entregar á las mujeres el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con blanco España en la puerta: "Están entregadas las armas."

Algunos firmaban, "con sus nombres" recibos de fusiles y de sables, y decían: "Mandad por ellos mañana á la alcaidía."

Desarmaban en la calle á los centinelas aislados y á los guardias nacionales que se dirigían á su punto de reunión. Arrancábanse las charreteras á los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un tropel armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche, y aún disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salían á enjambres de sus posadas, y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guarda cantones distribuían armas. Se saquó el depósito de maderas de la calle Trasnonain para hacer barricadas.

En un solo punto hacían resistencia los habitantes, en la esquina de las calles de Santa-Avoye y Simón le Franc, donde destruían ellos mismos la barricada.

En un solo punto se replegaban los insurrectos abandonando una barricada principiada, la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie.

El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las piedras, sonaron los fusiles; unos se precipitan por los ribazos pasando el estrecho brazo del Sena, cegado hoy día: los almacenes y cobertizos de la isla Louviers, vasta ciudadela hecha de por sí, se erizó de combatientes; arrancáronse las estacas, disparáronse pistoletazos, bosquejóse en fin una barricada.

Los jóvenes rechazados atravesaron el puente de Austerlitz con el féretro á paso de carga, atacando á la guardia municipal; acudieron los carabineros, acuchillaron los dragones, dispersándose la multitud en todas direcciones; un rumor de guerra surgió de los cuatro extremos de París gritando ¡á las armas! Se corre, se tropieza, se huye, y se resiste.

La cólera comunica el motín, como el viento la llama.

## IV

### *El hervor de otros tiempos.*

Nada tan extraordinario como las primeras agitaciones de un motín. Todo estalla en todas partes al mismo tiempo.

¿Estaba previsto? Sí.

¿Estaba preparado? No.

¿De dónde sale todo? De las piedras de la calle.

¿De dónde cae? De las nubes.

La insurrección tiene en unas partes el carácter de un complot; en otras el de una improvisación.

El primero que llega se apodera de la corriente de la multitud, y la lleva donde quiere. Principio lleno de espanto, al que se mezcla una alegría formidable.

Empieza por el clamoreo, se cierran las tiendas, desaparecen los escaparates; después se oyen algunos tiros aislados, huye la gente, los culatazos chocan en las puertas cocheras, y las criadas ríen en los patios de las casas, diciendo: "¡Va á haber jarana!"

No había transcurrido todavía un cuarto de hora, y he aquí lo que ya pasaba en veinte puntos de París.

En la calle de Santa Cruz de la Bretonerie, una veintena de jóvenes, de barba y cabellos largos, entraban en una taberna, y salían un momento después, llevando una bandera tricolor horizontal, cubierta de un crespón; á la cabeza iban tres hombres armados, con sable el uno, otro con un fusil y el tercero con una pipa.

En la calle de Nonaindieres, un burgués bien vestido, panzudo, de voz sonora, calvo, frente elevada, barba negra y uno de esos bigotes rebeldes que no pueden dominarse, ofrecía públicamnte cartuchos á los transeuntes.

En la calle de San Pedro Montmartre, varios hombres, con los brazos desnudos, paseaban una bandera negra en que se leían estas palabras en letras blancas: "República ó muerte."

En la calle de Jeuneurs, en la del Cuadrante, en la de Montorgueil, en la de Mandar, aparecían grupos agitando banderas, en que se leía en letras de oro la palabra "sección" y un número. Una de estas banderas era roja y azul con una imperceptible faja blanca.



En la calle ancha de San Martín se saqueaba una fábrica de armas, y otras tres tiendas de armeros, la primera en la calle Beaubourg, la segunda en la calle Michelle-Compte, y la otra en la calle del Temple.

En algunos minutos, las mil manos de la muchedumbre se apoderaban de doscientas treinta escopetas, casi todas de dos cañones, de sesenta y cuatro sables y ochenta y tres pistolas

A fin de que hubiera más gente armada, cogía uno el fusil y otro la bayoneta.

Enfrente del muelle de la Greve, varios jóvenes armados de mosquetes se instalaban en casas de mujeres para tirar. Uno de ellos llevaba un mosquete de rueda.

Llamaban, entraban y se ponían á hacer cartuchos.

Una de aquellas mujeres dijo después: "Yo no sabía lo que eran cartuchos; mi marido me lo dijo."

Un grupo invadía una tienda de curiosidades de la calle de Vieilles-Haudriettes y allí se armaban de yataganes y armas turcas.

El cadáver de un albañil, muerto de un tiro de fusil, yacía en la calle de la Perla.

Además, en la orilla derecha del río, en la izquierda, en los muelles, en los boulevares, en el barrio latino, en el cuartel de los Mercados, hombres jadeantes, obreros, estudiantes y seccionarios, leían proclamas y gritaban: "¡A las armas!" Rompían los faroles, desenganchaban los coches, desempedraban las calles, echaban abajo las puertas de las casas, desarraigaban los árboles, registraban las cuevas, rodaban los toneles, amontonaban las piedras, los adoquines, los muebles, las tablas; en una palabra; hacían barricadas.

Obligaban á los burgueses á ayudarles; entraban en las casas, y hacían entregar á las mujeres el sable y el fusil de sus maridos ausentes, y escribían con blanco España en la puerta: "Están entregadas las armas."

Algunos firmaban, "con sus nombres" recibos de fusiles y de sables, y decían: "Mandad por ellos mañana á la alcaidía."

Desarmaban en la calle á los centinelas aislados y á los guardias nacionales que se dirigían á su punto de reunión. Arrancábanse las charreteras á los oficiales.

En la calle del Cementerio de San Nicolás, un oficial de la guardia nacional, perseguido por un tropel armado de palos y estoques, se refugió con gran dificultad en una casa, de donde no pudo salir hasta la noche, y aún disfrazado.

En el barrio de Santiago, los estudiantes salían á enjambres de sus posadas, y subían por la calle de San Jacinto al café del Progreso, ó bajaban al café de los siete Billares, calle de los Maturinos. Allí, delante de las puertas, algunos jóvenes subidos en guarda cantones distribuían armas. Se saquó el depósito de maderas de la calle Trasnonain para hacer barricadas.

En un solo punto hacían resistencia los habitantes, en la esquina de las calles de Santa-Avoye y Simón le Franc, donde destruían ellos mismos la barricada.

En un solo punto se replegaban los insurrectos abandonando una barricada principiada, la calle del Temple, después de haber hecho fuego contra un destacamento de la guardia nacional, y huían por la calle de la Corderie.

El destacamento recogió en la barricada una bandera roja, un paquete de cartuchos y trescientas balas de pistola.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los guardias nacionales desgarraron la bandera, y se llevaron los pedazos en la punta de sus bayonetas.

Todo lo que referimos aquí lenta y sucesivamente se verificaba á un tiempo en todos los puntos de la ciudad, enmedio de un tumulto inmenso, como un tropel de relámpagos en un solo trueno.

En menos de una hora salienron de la tierra veintisiete barricadas solamente en el barrio de los Mercados.

En su centro estaba aquella famosa casa, número 50, que fué la fortaleza donde se resistió Jeanne y sus ciento seis compañeros, y que, flaqueada por un lado por la barricada de San Merry, y por el otro por una barricada en la calle Maubuée, dominaba tres calles, la de Arcis, la de San Martín y la de Aubry-le Boucher, á que daba frente.

Dos barricadas formando escuadra se dirigían una por la calle Montorgueil hasta la Grande Truandería, y otra por la calle Geofroy Lagevin hasta la calle de Santa-Avoye.

Eso sin contar innumerables barricadas en otros veinte barrios de París, en la Marais, en la montaña de Santa Genoveva, una en la calle de Ménilmontant, donde se veía una puerta cochera arrancada de sus goznes; otra cerca del puentecillo del Hotel Dieu, con un ómnibus desenganchado y tumbado á trescientos pasos de la Prefectura de policía.

En la barricada de la calle de Menetriers, un hombre bien vestido distribuía dinero á los trabajadores.

En la de la calle Grenetat se presentó un ginete y entregó al que parecía jefe de la barricada un rollo, que parecía un cartucho de dinero, diciéndole: "Tomad para pagar los gastos, vino, etc."

Un joven rubio sin corbata, iba de una barricada á otra dando el santo y seña.

Otro, sable en mano y una gorra azul de polizonte, colocaba centinelas.

En lo interior, más allá de las barricadas, las tabernas y los portales estaban convertidos en cuerpos de guardia.

Por lo demás, el motín estaba dirigido según la más ingeniosa táctica militar.

Las calles estrechas, desiguales, tortuosas, llenas de ángulos y recodos, habían sido elegidas con acierto; y los alrededores de los Mercados en particular, laberinto de calles más embrollado que un bosque.

La sociedad de los Amigos del Pueblo, se decía que había tomado la dirección de la insurrección en el barrio de Santa Avoye.

A un hombre que mataron en la calle de Ponceau, y fué registrado, se le encontró un plano de París.

En realidad, la dirección del motín pertenecía á una especie de impetuosidad desconocida que reinaba en la atmósfera.

La insurrección había bruscamente levantado las barricadas con una mano, y se había apoderado con la otra, de casi todos los cuerpos de guardia.

En menos de tres horas, como un reguero de pólvora que se inflama, los insurrectos habían invadido y ocupado en la orilla derecha del Sena, el Arsenal, la alcaldía de la Plaza Real, todo el Marais, la fábrica de armas de Popincourt, la Galiota, el Chateau d'Eau, todas las calles próximas á los Mercados; en la orilla izquierda, el cuartel de Veteranos, Santa Pelagia, la plaza Mauvert, el polvorín de los Dos Molinos, y todas las barreras.



A las cinco de tarde eran dueños de la Bastilla, de la Lingerie, de Blancs Monteaux; sus avanzadas llegaban á la plaza de las Victorias, amenazando el Banco, el cuartel de Petits Peres y la casa de Correos.

Los amotinados ocupaban en perfecta posesión la tercera parte de París.

En todas partes se había empeñado gigantescamente la lucha. Con los desarmes, con las visitas domiciliarias, con las tiendas de armeros saqueadas, había resultado que el combate empezado á pedradas continuaba á tiros.

A eso de las seis de la tarde, el pasaje de Saumón se convirtió en campo de batalla.

Los insurrectos estaban en un extremo, y la tropa en el opuesto; se fusilaban desde una puerta á otra.

Un observador, un curioso, el autor de este libro, que había ido á ver de cerca el volcán, se encontró cogido entre dos fuegos dentro del pasaje, sin tener, para guarecerse de las balas, más que el hueco de las medias columnas que separan las tiendas; y estuvo en esta peligrosa situación casi media hora.

Entretanto, el tambor tocaba llamada, los guardias nacionales se vestían y armaban apresuradamente, los batallones partían de las alcaldías y los regimientos salían de los cuarteles.

Enfrente del pasaje del Ancora, uno de los tambores recibía una puñalada. En la calle del Cisne era asaltado otro, por un grupo de jóvenes, que le rompían el tambor y le quitaban el sable.

Otro yacía muerto en la calle del Pósito de Saint-Lazaire.

En la de Michel-le-Comte caían muertos tres oficiales, uno tras otro.

Muchos guardias municipales, heridos en la calle de los Lombardos, retrocedían.

Delante de la Cour-Batave, un destacamento de guardias nacionales encontraba una bandera roja con esta inscripción: "Revolución republicana, número 127."

¿Era aquello efectivamente una revolución?

El motín había hecho del centro de París una especie de ciudadela inextricable, tortuosa y colosal.

Allí estaba el foco, alli estaba evidentemente la cuestión. lo demás no pasaba de escaramuzas, y la prueba de que todo había de decidirse allí, era que aún no había empezado el combate.

En algunos regimientos, los soldados andaban vacilantes, lo cual aumentaba la obscuridad aterradora de la crisis.

Recordaban la ovación popular que había merecido en Julio de 1830 la neutralidad del regimiento 53 de línea.

Dos hombres intrépidos probados en las grandes guerras, el mariscal Lobau y el general Bugeaud mandaban las tropas: Bugeaud á las órdenes de Lobau.

Nutridas patrullas, compuestas de batallones de línea y de compañías enteras de guardias nacionales, precedidas cada una de un comisario de policía con faja, iban reconociendo las calles sublevadas.

Los insurgentes, por su parte, ponían vigías en las esquinas de las encrucijadas, y enviaban audazmente patrullas fuera de las barricadas.

Observábanse por ambas partes.

El gobierno, con un ejército en la mano, vacilaba; acercábase la noche, y se empezaba á oír el toque de rebato en Saint-Merry.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El ministro de la Guerra, que era el mariscal Soult, el que había estado en Austerlitz, contemplaba aquello con aire sombrío.

Los antiguos marinos, acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica, brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de aquella inmensa espuma que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudían apresuradamente y en desórden. Un batallón del 12o. regimiento ligero venía á paso de carga de San Dionisio; el 14o. de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela militar se habían emplazado en el Carrousel; los cañones bajaban de Vincennes.

La soledad reinaba en las Tullerías: Luis Felipe estaba completamente sereno.

## V

### *Originalidad de París.*

Desde hacía dos años, como hemos dicho, París había visto más de una insurrección.

Exceptuando los barrios sublevados, nada es por lo regular más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París durante un motín.

París se acostumbra muy facilmente á todo, "no es más que un motín," exclama, y como París tiene tantos negocios, no se altera por tan poca cosa.

Solamente estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos; solamente estos inmensos centros de población pueden contener en su recinto, á un tiempo mismo, la guerra civil y cierta peregrina tranquilidad.

Es ya costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada ó de generala, que el tendero se limite á decir:

—Parece que en la calle de San Martín hay jaleo.

O:

—En el arrabal de San Antonio.

Regularmente añade con indiferencia:

—Por ahí, no sé dónde.

Después, cuando se oye el estrépito desgarrador y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va calentando! ¡Calle! ¡Parece que quema!

Un momento después, si el motín se acerca, cierra precipitadamente su tienda, y se pone en seguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías, y en peligro su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje, en un callejón; se toman, se pierden y se recobran barricadas; corre la sangre, la metralla acribilla las fachadas de las casas, las balas matan á los vecinos en sus alcobas y los cadáveres se amontonan en la calle; á pocas calles de aquélla se oye el chocar de las bolas de billar en los cafés.

Los teatros abren sus puertas y representan comedias alegres, los curiosos



hablan y ríen á dos pasos de los puntos en que reina la guerra; los coches hacen sus viajes; los habitantes van á comer de convite; y algunas veces esto sucede en el mismísimo barrio en que se combate.

En 1831 se suspendió un tiroteo para dar paso á una boda.



Cuando la insurrección del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martín, un viejo achacoso, que conducía un carretón con un pedazo de tela tricolor y cargado de botellas de un líquido cualquiera, iba y venía de la barricada á la tropa, y de la tropa á la barricada, ofreciendo imparcialmente refrescos á la anarquía y al gobierno.

Nada tan singular; y ese es, sin embargo, el carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital; porque para ello son ne-

El ministro de la Guerra, que era el mariscal Soult, el que había estado en Austerlitz, contemplaba aquello con aire sombrío.

Los antiguos marinos, acostumbrados á las maniobras correctas, sin más recurso ni más guía que la táctica, brújula de las batallas, estaban desorientados en presencia de aquella inmensa espuma que se llama cólera pública.

El viento de las revoluciones no es manejable.

Los guardias nacionales de las cercanías acudían apresuradamente y en desórden. Un batallón del 12o. regimiento ligero venía á paso de carga de San Dionisio; el 14o. de línea llegaba de Courbevoie; las baterías de la Escuela militar se habían emplazado en el Carrousel; los cañones bajaban de Vincennes.

La soledad reinaba en las Tullerías: Luis Felipe estaba completamente sereno.

## V

### *Originalidad de París.*

Desde hacía dos años, como hemos dicho, París había visto más de una insurrección.

Exceptuando los barrios sublevados, nada es por lo regular más extrañamente tranquilo que la fisonomía de París durante un motín.

París se acostumbra muy facilmente á todo, "no es más que un motín," exclama, y como París tiene tantos negocios, no se altera por tan poca cosa.

Solamente estas ciudades colosales pueden dar tales espectáculos; solamente estos inmensos centros de población pueden contener en su recinto, á un tiempo mismo, la guerra civil y cierta peregrina tranquilidad.

Es ya costumbre, cuando empieza la insurrección, cuando se oye el tambor, el toque de llamada ó de generala, que el tendero se limite á decir:

—Parece que en la calle de San Martín hay jaleo.

O:

—En el arrabal de San Antonio.

Regularmente añade con indiferencia:

—Por ahí, no sé dónde.

Después, cuando se oye el estrépito desgarrador y lúgubre de la fusilería y de las descargas por pelotones, el tendero dice:

—¡Se va calentando! ¡Calle! ¡Parece que quema!

Un momento después, si el motín se acerca, cierra precipitadamente su tienda, y se pone en seguida el uniforme; es decir, pone en seguridad sus mercancías, y en peligro su persona.

Mientras se fusila en una encrucijada, en un pasaje, en un callejón; se toman, se pierden y se recobran barricadas; corre la sangre, la metralla acribilla las fachadas de las casas, las balas matan á los vecinos en sus alcobas y los cadáveres se amontonan en la calle; á pocas calles de aquélla se oye el chocar de las bolas de billar en los cafés.

Los teatros abren sus puertas y representan comedias alegres, los curiosos



hablan y ríen á dos pasos de los puntos en que reina la guerra; los coches hacen sus viajes; los habitantes van á comer de convite; y algunas veces esto sucede en el mismísimo barrio en que se combate.

En 1831 se suspendió un tiroteo para dar paso á una boda.



Cuando la insurrección del 12 de Mayo de 1839, en la calle de San Martín, un viejo achacoso, que conducía un carretón con un pedazo de tela tricolor y cargado de botellas de un líquido cualquiera, iba y venía de la barricada á la tropa, y de la tropa á la barricada, ofreciendo imparcialmente refrescos á la anarquía y al gobierno.

Nada tan singular; y ese es, sin embargo, el carácter propio de los motines de París, que no se encuentra en ninguna otra capital; porque para ello son ne-

cesarias dos cosas: la grandeza de París y su alegría. Es preciso ser á un tiempo la ciudad de Voltaire y la de Napoleón.

Esta vez, sin embargo, durante la alarma del 5 de Junio de 1832, la gran ciudad sintió algo que era quizá más fuerte que ella. Tuvo miedo.

Vióse por todas partes, en los barrios más lejanos y "más desinteresados", que las puertas y ventanas estaban cerradas en pleno día.

Los valientes se armaron, los cobardes se escondieron. El transeunte indiferente ú ocupado desapareció. Muchas calles estaban desiertas como á las cuatro de la madrugada.

Hacíanse correr detalles alarmantes, difundíanse noticias fatales;

Que "ellos" eran dueños del Banco;

Que sólo en el claustro de San Merry había seiscientos encerrados, parapetados en la iglesia;

Que la tropa de línea no inspiraba confianza;

Que Armando Carrel había ido á ver al mariscal Clausel, y que el mariscal había dicho: "Contad desde luego con un regimiento".

Que Lafayette estaba enfermo; pero que, sin embargo, había dicho: "Soy de los vuestros; os seguiré á todas partes donde haya sitio para una silla".

Que era preciso estar apercibidos, pues á la noche habría gente que saquearía las casas aisladas en los extremos y rincones desiertos de París (en esto se descubría la imaginación de la policía, esa Ana Radcliffe mezclada con el gobierno);

Que se había establecido una batería en la calle Aubry-le-Boucher;

Que Lobau y Bugeaud se ponían de acuerdo, y que á la media noche ó al despuntar el alba lo más tarde, marcharían cuatro columnas á la vez sobre el centro del motín, la primera procedente de la Bastilla, la segunda de la Puerta de San Martín, la tercera de la Greve y la cuarta de los Mercados;

Que quizá las tropas evacuarían París y se retirarían al campo de Marte;

Que no se sabía lo que sucedería; pero, que de seguro, había de ser grave.

Preocupaban mucho las vacilaciones del mariscal Soult.

¿Por qué no atacaba en seguida?

Lo cierto es que estaba profundamente absorbido. El viejo león parecía olfatear en aquella sombra un monstruo desconocido.

Llegó la noche; los teatros no se abrieron; las patrullas circulaban con aire irritado; registrábase á los transeuntes, y prendíase á los sospechosos.

A las nueve pasaban ya de ochocientos los individuos presos; la prefectura de policía estaba llena, la Conserjería estaba llena, y la Fuerza llena también de presos.

Particularmente en la Conserjería, el largo subterráneo llamado la calle de París estaba cubierto de haces de paja, sobre los cuales yacían en montón los arrestados, á quienes el hombre de Lyon, Lagrange, arengaba con valentía.

Toda aquella paja, removida por todos aquellos hombres, producía el ruido de un aguacero.

En otros lados estaban acostados los presos al aire libre, unos sobre otros en medio de los patios.

Reinaba por todas partes la ansiedad y cierto temblor poco acostumbrado en París.

Los vecinos se atrancaban dentro de las habitaciones; las esposas y las madres se inquietaban; no se oía más que este clamor: "¡Ay, Dios mío! ¡Todavía no ha vuelto!" Oíase apenas á lo lejos y muy de tarde en tarde el rodar de algunos carruajes.



Escuchábase desde los portales, los rumores, los gritos, los tumultos, los ruidos sordos é indistintos de cosas de que se decía: "Es la caballería, ó "los trenes que van al galope", los clarines, los tambores, los tiros de fusil, y sobre todo aquel triste clamoreo de la campana de San Merry.

Esperábase el primer cañonazo.

En las esquinas de las calles aparecían y desaparecían hombres que gritaban: "¡Retirarse á casa!"

Y cada cual se apresuraba á echar los cerrojos á las puertas.

Decíase: "¿En qué parará todo esto?"

De un momento á otro y á medida que caía la noche, parecía iluminarse París más lúgubremente, con el formidable fulgor del motín.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



El átomo fraternizando con el huracán.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO ONCENO.

## EL ÁTOMO FRATERNIZANDO CON EL HURACÁN.

### I

### *Algunas notas aclaratorias acerca de los orígenes de la poesía de Gavroche, é influencia de un académico en dicha poesía.*

En el instante en que, la insurrección surgía del choque del pueblo con la tropa enfrente del Arsenal, produjose un movimiento de retroceso en la muchedumbre que seguía el féretro, la cual, en toda la longitud de la gran calle de los boulevares, pesaba, por así decirlo, sobre la cabeza de la comitiva, verificóse un terrible reflujo.

Conmovióse el tropel, rompiéronse las filas, corrieron todos, partieron á escape, los unos con los gritos del ataque, los otros en la palidez de la fuga.

El gran río que llenaba los boulevares se dividió en un abrir y cerrar de ojos, desbordó á derecha é izquierda, y se extendió en torrentes por doscientas calles á la vez con la impetuosidad de una esclusa suelta.

En aquel momento, un muchacho harapiento que bajaba por la calle de Menilmontant, llevando en la mano una rama de ébano silvestre en flor que acababa de coger en las alturas de Belleville, descubrió en la puerta de una prendería una pistola vieja de arzón.

Arrojó su rama florida al suelo, y gritó á la prendera:

—Señora Fulana, os tomo prestada esta máquina.

Y se escapó con la pistola.

Dos minutos después, un grupo de vecinos espantados, que huían por la calle Amelot y la calle Basse, se topó con aquel muchacho, que blandía su pistola é iba cantando:

Nada se ve de noche,
De día se ve bien,
Por un escrito apócrifo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se espeluzana el burgués;
Sombreros puntiagudos
Practicad siempre el bien.

Era Gavrochillo que iba á la guerra.

Al llegar al extremo de la calle, notó que la pistola no tenía gatillo.



¿De quién era aquella copla que le servía para marcar el paso, y todas las demás canciones, que, cuando se le ocurría, entonaba con tanta gracia? Lo ignoramos. ¿Quién sabe? Acaso suya.

Por otra parte, Gavroche estaba al corriente de todos los cantos populares en boga, mezclando con ellos sus originales gorgoritos.

Diablillo y galopín, hacia un batiburrillo con las voces de la naturaleza y las de París. Combinaba el repertorio de las aves con el repertorio de los talleres.

Conocía á muchos discípulos de artistas, tribu contigua á la suya.

Parece ser que había sido tres meses aprendiz de impresor.



Cierto día llegó á cumplir un encargo del señor Baour Lormain, uno de los cuarenta miembros de la Academia.

Gavroche era un pilluelo literario.

Por lo demás, no se figuraba ciertamente que en aquella noche lluviosa en que había ofrecido á dos pequeñuelos la hospitalidad de su elefante, era por sus propios hermanos para quienes había hecho el oficio de Providencia.

A sus hermanos por la tarde, á su padre por la mañana; tal había sido el empleo de aquella noche.

Al dejar la calle de los Bailes, al amanecer, se había vuelto á toda prisa al elefante, había sacado industriosamente de allí á los dos chicuelos, había partido con ellos un desayuno cualquiera que improvisara, y luego se había marchado, confiándolos á esa buena madre, la calle, que sobre poco más ó menos le crió á él.

Al dejarlos, les había dado cita para la noche en el mismo paraje, dirigiéndoles por despedida este discurso:

—"Yo tomo las de Villadiego, ó de otra manera, yo me najo, ó como dicen en la corte, me escurro. Monigotes, si no encontráis á papá ni á mamá, volved aquí por la noche. Os improvisaré una cena y os acostaré".

Los dos pequeñuelos, recogidos por algún vigilante de policía y enviados al depósito de la prefectura, ó robados por algún siltimbanqui, ó simplemente perdidos en el inmenso torbellino de París, no aparecieron.

El bajo fondo del mundo social contemporáneo está lleno de esos vestigios perdidos. Gavroche no había vuelto á verlos.

Habían transcurrido diez ó doce semanas desde la noche aquella; y habíale sucedido más de una vez rascarse la parte superior de la cabeza y decir:

—¿Dónde diablos estarán mis dos chiquillos?

A todo esto, había llegado con su pistola en la mano á la calle de Pont aux Choux.

Notó que no había en toda la calle más que una tienda abierta; y, cosa digna de reflexión, una pastelería.

Era, pues, una ocasión providencial de comer un pastelillo de manzana antes de entrar en lo desconocido.

Gavroche se paró, se tentó los costados, registró los bolsillos, los volvió, no encontró nada, ni un sueldo, y empezó á gritar: "¡Socorro!"

Es muy duro eso de carecer del bocado supremo.

Gavroche no por esto se detuvo en su camino.

Dos minutos después estaba en la calle de San Luis.

Al atravesar la del Parque Real sintió la necesidad de desquitarse del imposible pastelillo de manzana, y gozó el inmenso placer de rasgar en pleno día los carteles de los espectáculos.

Un poco más allá, viendo pasar un grupo de individuos bien puestos, que le parecieron propietarios, se encogió de hombros, y escupió esta bocanada de bilis filosófica:

—¡Esos rentistas, qué gordos están! ¡Cómo se regalan con los buenos bocados! ¡Preguntadles qué hacen de su dinero! No lo saben. ¡Se lo comen! ¡Y qué! ¡Todo para el vientre!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II

### *Gavroche en marcha.*

La agitación de una pistola sin gatillo ostentada en la mano en plena calle y á mitad del día, es una función pública tal, que Gavroche sentía crecer su verbosidad á cada paso.

Gritaba, entre algunos trozos de la Marsellesa que iba cantando:

—Todo va bien. Me duele mucho la pata izquierda; me he roto la crisma, pero estoy contento, ciudadanos. Los burgueses no tienen que hacer sino agarrarse bien; voy á echarles unas coplas subversivas. ¿Qué son los soplones? Gatos. ¡Por vida de Cris! No faltemos al respeto á los gatos. Ya quisiera yo tener uno chiquitín para mi pistola. Vengo de los boulevares, amigos míos, y se va calentando la cosa; ya cuece un poco, ya hierve. Ya es tiempo de espumar el puchero. ¡Adelante, hombres! ¡Que la sangre impura inunde los surcos! Yo doy mi vida por la patria, y ya no volveré á ver á mi querida, no, no, ni, ni, ya concluí, chichí; pero me es igual. ¡Viva la alegría! ¡Luchemos caramba! Estoy ya cansado de despotismo.

En aquel momento, el caballo de un guardia nacional de lanceros que pasaba á su lado cayó al suelo.

Gavroche puso su pistola en tierra, levantó al ginete y después ayudó á levantar el caballo. En seguida cogió la pistola, y continuó su camino.

En la calle de Thorigny todo era paz y silencio. Esta apatía, propia del Marais formaba contraste con el inmenso rumor que la rodeaba.

En el escaño de una puerta estaban charlando cuatro comadres.

La Escocia tiene tercetos de hechiceras, pero París tiene cuartetos de comadres, y el "tú serás rey" sería tan lúgubre dicho á Bonaparte en la encrucijada Baudoyer, como á Macbeth en la selva de Armuyr; sería, poco más ó menos, el mismo graznido.

Las comadres de la calle Thorigny sólo se cuidaban de sus asuntos.

Eran tres porteras, y una trapera con cesto y su gancho.

De pie como estaban, parecían las cuatro esquinas de la vejez, que son: la caducidad, la decrepitud, la ruina y la tristeza.

La trapera era humilde. En ese mundo al aire libre, la trapera saluda y la portera proteje.

Esto depende de la calidad de la basura, según quieren las porteras que sea aprovechable ó inútil, al antojo de quien la amontona. Hasta en el barrido puede haber bondad.

Esta trapera era un cesto agradecido, y se sonreía, ¡con que sonrisa! hablando con las tres porteras.

Decían cosas como éstas:

—¡Ah! ¡vuestro gato sigue siendo tan malo!

—¡Dios mío! Ya sabéis que los gatos son naturalmente enemigos de los perros; y los perros son los que se quejan.

—Y las gentes también.



—Sin embargo, las pulgas de los gatos no pasan á las personas.

—Y además, los perros son peligrosos. Me acuerdo de un año en que había tantos, que lo pusieron en los periódicos. Era cuando había en las Tullerías unos borregos grandes que tiraban del cochecito del rey de Roma: ¿Os acordáis del rey de Roma?

—Yo quería más al duque de Burdeos.

—Pues yo he conocido á Luis XVI, y prefiero á Luis XVII.

—¡Lo que está caro es la carne, señá Patagona!

—¡Oh! No me habléis de eso; son un horror los carniceros; un horror espantoso. No venden más que piltrafas.

En esto intervino la trapera, diciendo:

—Señoras, el comercio está paralizado. Los montones de basura están consumidos. No se tira nada; todo se come.

—Otros hay más pobres que vos, tía Vargulema.

—Sí, es verdad,—respondió la trapera con deferencia;—yo tengo una profesión.

Hubo una pausa, y la trapera cediendo á esa necesidad de hablar que reside en la misma naturaleza del hombre, añadió:

—Al volver á mi casa por la mañana desocupo la cesta, hago mi reparación (separación probablemente), y formo montoncitos en mi cuarto. Pongo los trapos en un canastillo, los tronchos en el barreño, las tiras de tela en mi baúl, las de paño en mi cómoda, los papeles viejos en el ángulo de la ventana, lo que se puede comer en una cazuela, los pedazos de vidrio en la chimenea, los zapatos detrás de la puerta, y los huesos debajo de la cama.

Gavroche, que se había parado detrás, estaba escuchando.

—Viejas,—les dijo,—¿qué tenéis que hablar de política?

El pilluelo recibió por respuesta la andanada de un sofión cuadruple.

—¡Vaya otro bribón!

—¿Qué es lo que lleva en la mano? ¡Una pistola!

—¡Miren el andrajoso galopín!

—Estos no están tranquilos mientras no derriban la autoridad.

Gavroche desdeñándolas, se limitó por toda represalía á hacerles un gesto, levantando la punta de la nariz con el dedo pulgar y abriendo enteramente la mano.

La trapera gritó:

—¡Anda, pillete sin zapatos!

La que respondía al nombre de señá Patagona chocó ambas manos escandalizada.

—Va á haber desgracias; de seguro. El galopín de al lado, que lleva perilla, sale todos los días del brazo con una mozuela de gorro de color de rosa, y hoy le he visto pasar dando el brazo á un fusil. La señá Bacheux dice, que la semana pasada hubo una revolución en... en... en... ¡dónde está el becerro...! en Pontoise, y luego, ¡le véis ahí con su pistola, á ese grandísimo tuno! Parece, según dicen, que en los Celestinos está todo lleno de cañones. ¿Qué queréis que haga el gobierno con esos haraganes que no saben qué inventar para revolver el mundo, cuando empezaba á estar un poco tranquilo, después de todas las desgra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias que pasaron? ¡Santo Dios, yo que me acuerdo de aquella pobre reina, á quien ví llevar en una carreta! Y todo eso, por supuesto, va á ser causa de que se suba el rapé. ¡Es una infamia! Ten por seguro que iré á verte guillotinar, malvado, tunantón.



—Te se cae algo, mi buena vieja, suénate,—dijo Gavroche.—Suénate ese promontorio.

Y siguió adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, vínole á las mientes la trapera, y empezó este monólogo:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tía Pincha trapos porque esta pistola sirve á tus intereses, sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente oyó un ruido detrás de sí: era la portera Patagona que la había seguido, y que desde lejos le enseñaba el puño, gritando:



—¡Eres hijo de la Inclusa!

—¡Bah!—dijo Gavroche,—dejadme reir. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Poco después pasó por delante del hotel Lamoignón, y allí hizo esta llamada:

—¡En marcha para la batalla!

Pero le sobrecogió un acceso de melancolía; miró su pistola con cierto aire de reconvención parecido al enternecimiento, diciendo:

—Yo parto, pero tu tiro no partirá.

Un gatillo puede distraer de otro. Al mismo tiempo acertó á cruzar de una puerta á otra un gato pequeño y flaquísimo, que se le marcaban todas las costillas.

Gavroche tuvo lástima, y le dijo:

—¡Pobre minino, te has zampado todo un barril, que te se ven los aros!

Después se dirigió hacia el Olmo de San Gervasio.

## III

### *Justa indignación de un peluquero.*

El digno peluquero que había echado de su tienda á los chiquillos á quienes Gavroche había abierto el vientre paternal del elefante, estaba en aquel momento afeitando á un antiguo soldado legionario que había servido en tiempos del Imperio.

Estaba charlando. El peluquero había hablado naturalmente al veterano del motín, después del general Lamarque, y de Lamarque había pasado á hablar del emperador; de lo cual resultó una conversación de barbero á soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos, y titulado: "Diálogo entre la navaja y el sable".

—Señor mío,—decía el peluquero,—¿cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabía caer; por esto no cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos? ¡Debía tener buenos caballos!

—El día en que me dió la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, enteramente blanca, con las orejas muy apartadas, la silla profunda, la cabeza delgada, y marcada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alta.

—¡Hermoso caballo!—dijo el peluquero.

—Era el favorito de su majestad.

El peluquero comprendió que después de estas palabras era conveniente un poco de silencio; se calló y dijo luego:

—El emperador sólo fué herido una vez. ¿No es verdad?

El veterano respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón, en Ratisbona. Nunca le ví más apuesto que aquel día; estaba radiante como un sueldo nuevo.

—Y vos, señor veterano, ¿habéis sido herido muchas veces?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cias que pasaron? ¡Santo Dios, yo que me acuerdo de aquella pobre reina, á quien ví llevar en una carreta! Y todo eso, por supuesto, va á ser causa de que se suba el rapé. ¡Es una infamia! Ten por seguro que iré á verte guillotinar, malvado, tunantón.



—Te se cae algo, mi buena vieja, suénate,—dijo Gavroche.—Suénate ese promontorio.

Y siguió adelante.

Cuando estaba ya en la calle Pavée, vínole á las mientes la trapera, y empezó este monólogo:

—Haces mal en insultar á los revolucionarios, tía Pincha trapos porque esta pistola sirve á tus intereses, sirve para que tengas en el cesto buenas cosas que comer.

De repente oyó un ruido detrás de sí: era la portera Patagona que la había seguido, y que desde lejos le enseñaba el puño, gritando:



—¡Eres hijo de la Inclusa!

—¡Bah!—dijo Gavroche,—dejadme reir. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Poco después pasó por delante del hotel Lamoignón, y allí hizo esta llamada:

—¡En marcha para la batalla!

Pero le sobrecogió un acceso de melancolía; miró su pistola con cierto aire de reconvención parecido al enternecimiento, diciendo:

—Yo parto, pero tu tiro no partirá.

Un gatillo puede distraer de otro. Al mismo tiempo acertó á cruzar de una puerta á otra un gato pequeño y flaquísimo, que se le marcaban todas las costillas.

Gavroche tuvo lástima, y le dijo:

—¡Pobre minino, te has zampado todo un barril, que te se ven los aros!

Después se dirigió hacia el Olmo de San Gervasio.

## III

### *Justa indignación de un peluquero.*

El digno peluquero que había echado de su tienda á los chiquillos á quienes Gavroche había abierto el vientre paternal del elefante, estaba en aquel momento afeitando á un antiguo soldado legionario que había servido en tiempos del Imperio.

Estaba charlando. El peluquero había hablado naturalmente al veterano del motín, después del general Lamarque, y de Lamarque había pasado á hablar del emperador; de lo cual resultó una conversación de barbero á soldado, que Prudhomme, si hubiera estado presente, habría enriquecido con arabescos, y titulado: "Diálogo entre la navaja y el sable".

—Señor mío,—decía el peluquero,—¿cómo montaba el emperador á caballo?

—Mal. No sabía caer; por esto no cayó nunca.

—¿Tenía buenos caballos? ¡Debía tener buenos caballos!

—El día en que me dió la cruz, me fijé en su cabalgadura. Era una yegua corredora, enteramente blanca, con las orejas muy apartadas, la silla profunda, la cabeza delgada, y marcada con una estrella negra, el cuello muy largo, las rodillas fuertemente articuladas, las costillas salientes, el lomo oblicuo, la grupa poderosa. Un poco más de quince palmos de alta.

—¡Hermoso caballo!—dijo el peluquero.

—Era el favorito de su majestad.

El peluquero comprendió que después de estas palabras era conveniente un poco de silencio; se calló y dijo luego:

—El emperador sólo fué herido una vez. ¿No es verdad?

El veterano respondió con el acento tranquilo y soberano del hombre que lo ha visto:

—En el talón, en Ratisbona. Nunca le ví más apuesto que aquel día; estaba radiante como un sueldo nuevo.

—Y vos, señor veterano, ¿habéis sido herido muchas veces?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Yo?—dijo el soldado.—¡Eh, no es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedlan un bayonetazo... aquí; en la moscowa siete ú ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús, que me rompió un dedo... ¡Ah! Y luego en Waterloo un balazo de cañón en el muslo. Nada más.

—¡Qué hermoso es eso,—exclamó el barbero con acento pindárico,—eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes que morir en mi cama de enfermedad, lentamente y poco á poco entre drogas, cataplasmas, geringas y medicinas, preferiría recibir en el pecho una bala de cañón.

—¡No tenéis mal gusto!—prorrumpió el soldado.

Apenas acababa de decirlo, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito: había sido roto violentamente en forma de estrella un vidrio del escaparate.

El peluquero se puso descolorido.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.—¡Ahí está una!

—¿Una que?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí,—dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo; era un guijarro.

El peluquero corrió hacia el cristal roto, y vió á Gavroche que huía á escape hacia el mercado de San Juan.

Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que recordaba á los dos chicos, no pudo resistir el deseo de darle los buenos días, y le tiró una piedra á los cristales.

—¡Pero no véis...!—exclamó iracundo el peluquero, que de pálido había pasado á azul.—Este hace el mal, sólo por hacer mal. ¿Quién le ha hecho nada á este pilluelo?

## IV

### *El niño se admira del anciano.*

Entre tanto, Gavroche, en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, acababa de ser incorporado á un grupo guiado por Enjolrás, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly.

Casi todos iban armados. Bahorel y Juan Prouvaire los habían encontrado, y engrosaban el grupo.

Enjolrás llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legión, y en la cintura dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabrochada; Juan Prouvaire un antiguo mosquete de caballería, y Bahorel una carabina.

Courfeyrac blandía un estoque desenvainado.

Feully, con un sable desnudo en la mano, marchaba delante gritando: "¡Viva Polonia!"

Venían del muelle Morland, sin corbatas, sin sombreros, agitados, mojados por la lluvia y el relámpago en la mirada.

Gavroche se acercó á ellos tranquilamente.



—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Ven,—le dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba, Bahorel, como un pez en el agua del motín.

Llevaba su chaleco carmesí, y soltaba palabras de esas que todo lo rompen.

Su chaleco espantó á un transeunte, que gritó asustado:

—¡Hé aquí á los rojos!

¡El rojo, los rojos!—replicó Bahorel.—¡Pícaro miedo, ciudadano! Yo por mí no tiemblo ante una amapola; el gorro encarnado no me inspira temor alguno; creedme, ciudadano burgués, dejemos el miedo á lo rojo para los animales cornudos.

Descubrió una esquina en que había un papel de lo más pacífico del mundo, un permiso para comer huevos, un precepto cuaresmal dirigido por el arzobispo de París á sus "ovejas."

Bahorel, exclamó:

—¡Ovejas! Buen modo de llamarles gansos.

Y arrancó el cartel de la esquina.

Con este acto se conquistó á Gavroche; quien desde aquel instante se puso á estudiar á Bahorel.

—Bahorel,—dijo Enjolrás,—haces mal. No deberías haber roto ese cartel, porque nada tenemos que hacer de él, y gastas inútilmente tu cólera; guarda tu repuesto, porque no debe hacerse nunca fuego fuera de línea, ni contra el alma, ni con el fusil.

—Cada cual sigue sus inclinaciones,—respondió Bahorel;—me choca esa prosa de obispo, y quiero comer huevos sin que me lo permitan. Tú tienes tu genio frío que arde; yo me divierto. Y por otra parte, yo no me gasto, antes bien cobro bríos; si he arrancado este cartel, ¡Hercle! ha sido para "abrir boca."

La palabra "Hercle" chocó á Gavroche, quien buscaba todas las ocasiones de instruirse, y había simpatizado ya con aquel destripa carteles; por lo cual le preguntó:

—¿Qué quiere decir "Hercle"?

Bahorel respondió:

—Quiero decir: sacro nombre de perro, en latín.

Estando en esto reconoció Bahorel en una ventana á un joven pálido con barba negra que los estaba mirando pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—¡Pronto, cartuchos! "Para bellum."

—¡Bello hombre! Es verdad.—dijo Gavroche, que ya empezaba á comprender el latín.

Acompañábales un cortejo tumultuoso compuesto de estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cogurda de Aix, obreros y hombres de porte, armados de palos y de bayonetas, algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones.

Un viejo que parecía de mucha edad, iba también en el grupo. No llevaba armas, dábase mucha prisa para no quedarse atrás, é iba al parecer pensativo.

Gavroche se fijó en él:

—¿Qués eso? (¿qué es eso?) —preguntó á Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Yo?—dijo el soldado.—¡Eh, no es cosa! Recibí en Marengo dos sablazos en la nuca; en Austerlitz una bala en el brazo derecho; en Jena otra en la cadera izquierda; en Friedlan un bayonetazo... aquí; en la moscowa siete ú ocho lanzazos, no importa dónde; en Lutzen un tiro de obús, que me rompió un dedo... ¡Ah! Y luego en Waterloo un balazo de cañón en el muslo. Nada más.

—¡Qué hermoso es eso,—exclamó el barbero con acento pindárico,—eso de morir en el campo de batalla! Yo, palabra de honor, antes que morir en mi cama de enfermedad, lentamente y poco á poco entre drogas, cataplasmas, geringas y medicinas, preferiría recibir en el pecho una bala de cañón.

—¡No tenéis mal gusto!—prorrumpió el soldado.

Apenas acababa de decirlo, cuando resonó en la tienda un horrible estrépito: había sido roto violentamente en forma de estrella un vidrio del escaparate.

El peluquero se puso descolorido.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó.—¡Ahí está una!

—¿Una que?

—Una bala de cañón.

—Hela aquí,—dijo el soldado.

Y recogió una cosa que rodaba por el suelo; era un guijarro.

El peluquero corrió hacia el cristal roto, y vió á Gavroche que huía á escape hacia el mercado de San Juan.

Al pasar por delante de la peluquería, Gavroche, que recordaba á los dos chicos, no pudo resistir el deseo de darle los buenos días, y le tiró una piedra á los cristales.

—¡Pero no véis...!—exclamó iracundo el peluquero, que de pálido había pasado á azul.—Este hace el mal, sólo por hacer mal. ¿Quién le ha hecho nada á este pilluelo?

## IV

### *El niño se admira del anciano.*

Entre tanto, Gavroche, en el mercado de San Juan, cuyo cuerpo de guardia había sido desarmado ya, acababa de ser incorporado á un grupo guiado por Enjolrás, Courfeyrac, Combeferre y Feuilly.

Casi todos iban armados. Bahorel y Juan Prouvaire los habían encontrado, y engrosaban el grupo.

Enjolrás llevaba una escopeta de caza de dos cañones; Combeferre un fusil de guardia nacional con el número de la legión, y en la cintura dos pistolas, que se le veían bajo su levita desabrochada; Juan Prouvaire un antiguo mosquete de caballería, y Bahorel una carabina.

Courfeyrac blandía un estoque desenvainado.

Feully, con un sable desnudo en la mano, marchaba delante gritando: "¡Viva Polonia!"

Venían del muelle Morland, sin corbatas, sin sombreros, agitados, mojados por la lluvia y el relámpago en la mirada.

Gavroche se acercó á ellos tranquilamente.



—¿Adónde vamos?—preguntó.

—Ven,—le dijo Courfeyrac.

Detrás de Feuilly iba, ó por mejor decir, saltaba, Bahorel, como un pez en el agua del motín.

Llevaba su chaleco carmesí, y soltaba palabras de esas que todo lo rompen.

Su chaleco espantó á un transeunte, que gritó asustado:

—¡Hé aquí á los rojos!

¡El rojo, los rojos!—replicó Bahorel.—¡Pícaro miedo, ciudadano! Yo por mí no tiemblo ante una amapola; el gorro encarnado no me inspira temor alguno; creedme, ciudadano burgués, dejemos el miedo á lo rojo para los animales cornudos.

Descubrió una esquina en que había un papel de lo más pacífico del mundo, un permiso para comer huevos, un precepto cuaresmal dirigido por el arzobispo de París á sus "ovejas."

Bahorel, exclamó:

—¡Ovejas! Buen modo de llamarles gansos.

Y arrancó el cartel de la esquina.

Con este acto se conquistó á Gavroche; quien desde aquel instante se puso á estudiar á Bahorel.

—Bahorel,—dijo Enjolrás,—haces mal. No deberías haber roto ese cartel, porque nada tenemos que hacer de él, y gastas inútilmente tu cólera; guarda tu repuesto, porque no debe hacerse nunca fuego fuera de línea, ni contra el alma, ni con el fusil.

—Cada cual sigue sus inclinaciones,—respondió Bahorel;—me choca esa prosa de obispo, y quiero comer huevos sin que me lo permitan. Tú tienes tu genio frío que arde; yo me divierto. Y por otra parte, yo no me gasto, antes bien cobro bríos; si he arrancado este cartel, ¡Hercle! ha sido para "abrir boca."

La palabra "Hercle" chocó á Gavroche, quien buscaba todas las ocasiones de instruirse, y había simpatizado ya con aquel destripa carteles; por lo cual le preguntó:

—¿Qué quiere decir "Hercle"?

Bahorel respondió:

—Quiero decir: sacro nombre de perro, en latín.

Estando en esto reconoció Bahorel en una ventana á un joven pálido con barba negra que los estaba mirando pasar, probablemente un amigo del A B C, y le gritó:

—¡Pronto, cartuchos! "Para bellum."

—¡Bello hombre! Es verdad.—dijo Gavroche, que ya empezaba á comprender el latín.

Acompañábales un cortejo tumultuoso compuesto de estudiantes, artistas, jóvenes afiliados á la Cogurda de Aix, obreros y hombres de porte, armados de palos y de bayonetas, algunos, como Combeferre, con pistolas sujetas en la pretina de los pantalones.

Un viejo que parecía de mucha edad, iba también en el grupo. No llevaba armas, dábase mucha prisa para no quedarse atrás, é iba al parecer pensativo.

Gavroche se fijó en él:

—¿Qués eso? (¿qué es eso?) —preguntó á Courfeyrac.

—Un viejo.

Era el señor Mabeuf.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V

### El anciano.

Digamos lo que había pasado.

Enjolrás y sus amigos estaban en el boulevard Bourdón, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolrás, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido por la calle Bassompierre gritando: "¡A las barricadas!"

En la calle Ledisguieres habían encontrado á un anciano, que iba por allí, el cual les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera bebido. Llevaba además el sombrro en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana, y aún seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac reconoció en él al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo "obrero" bibliófilo, y extrañando verle enmedio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y andando entre las balas, se le había dirigido, y el buyanguero de veinticinco años tuvo con el octogenario este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?

—Porque va á haber jaleo.

—Bueno.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Bueno.

—Y cañonazos.

—Bueno. ¿Y adónde vais vosotros?

—A derribar al gobierno.

—Está bien.

Y continuó andando con ellos sin volver á pronunciar otra palabra.

Su paso se había vuelto firme casi de repente; algunos obreros le habían ofrecido el brazo, y él había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez los movimientos de un hombre que anda y las apariencias del que duerme.

—¡Vaya un hombre templado!—murmuraban algunos estudiantes.

Corría entre el grupo el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

El grupo había tomado por la calle de Verrerie.

Gavrochillo iba delante cantando su marcha á grito herido, de suerte que venía á ser como el corneta.

Decía así:

Mira ya salió la luna,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Dice Carlos á Carlota.



Tú tú tú,
Por Chatú.
Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Por beber, van de mañana,
Como tomillo y rocío,
Dos mirlos de chirigota
Sí sí sí,
Por Passy.
Sin más que un Dios, un rey, un cuerto y una bota.

Y á aquellos dos lobeznuelos,
Embriagados como mirlos,
Decía un tigre chacota:
Don don don,
á Meudon.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Jura el uno y clama el otro,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Carlos pregunta á Carlota.
Tin tin tin,
Por Partin.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Dirigíanse á San Merry.

## VI

### Reclutas.

El grupo crecía á cada instante.

Hácia la calle de Billettes, un hombre de elevada estatura, entrecano, y en cuyo rostro rudo y atrevido se fijaron Courfeyrac, Enjolrás y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se les unió.

Gavroche, distraído con su canción, sus silbidos y sus gritos, en abrir la marcha y golpear en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en el hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado la bolsa, y he perdido el sombrero.

Y separándose del grupo, subió los escalones de cuatro en cuatro, cogiendo un sombrero viejo y la bolsa. Tomó igualmente un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que estaba oculto entre la ropa sucia.

Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamais?—contestó Courfeyrac.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V

### El anciano.

Digamos lo que había pasado.

Enjolrás y sus amigos estaban en el boulevard Bourdón, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolrás, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido por la calle Bassompierre gritando: "¡A las barricadas!"

En la calle Ledisguieres habían encontrado á un anciano, que iba por allí, el cual les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera bebido. Llevaba además el sombrro en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana, y aún seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac reconoció en él al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo "obrero" bibliófilo, y extrañando verle enmedio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y andando entre las balas, se le había dirigido, y el buyanguero de veinticinco años tuvo con el octogenario este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?

—Porque va á haber jaleo.

—Bueno.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Bueno.

—Y cañonazos.

—Bueno. ¿Y adónde vais vosotros?

—A derribar al gobierno.

—Está bien.

Y continuó andando con ellos sin volver á pronunciar otra palabra.

Su paso se había vuelto firme casi de repente; algunos obreros le habían ofrecido el brazo, y él había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez los movimientos de un hombre que anda y las apariencias del que duerme.

—¡Vaya un hombre templado!—murmuraban algunos estudiantes.

Corría entre el grupo el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

El grupo había tomado por la calle de Verrerie.

Gavrochillo iba delante cantando su marcha á grito herido, de suerte que venía á ser como el corneta.

Decía así:

Mira ya salió la luna,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Dice Carlos á Carlota.



Tú tú tú,
Por Chatú.
Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Por beber, van de mañana,
Como tomillo y rocío,
Dos mirlos de chirigota
Sí sí sí,
Por Passy.
Sin más que un Dios, un rey, un cuerto y una bota.

Y á aquellos dos lobeznuelos,
Embriagados como mirlos,
Decía un tigre chacota:
Don don don,
á Meudon.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Jura el uno y clama el otro,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Carlos pregunta á Carlota.
Tin tin tin,
Por Partin.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Dirigíanse á San Merry.

## VI

### Reclutas.

El grupo crecía á cada instante.

Hácia la calle de Billettes, un hombre de elevada estatura, entrecano, y en cuyo rostro rudo y atrevido se fijaron Courfeyrac, Enjolrás y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se les unió.

Gavroche, distraído con su canción, sus silbidos y sus gritos, en abrir la marcha y golpear en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en el hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado la bolsa, y he perdido el sombrero.

Y separándose del grupo, subió los escalones de cuatro en cuatro, cogiendo un sombrero viejo y la bolsa. Tomó igualmente un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que estaba oculto entre la ropa sucia.

Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamais?—contestó Courfeyrac.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## V

### El anciano.

Digamos lo que había pasado.

Enjolrás y sus amigos estaban en el boulevard Bourdón, cerca del Pósito, en el momento en que los dragones dieron la carga.

Enjolrás, Courfeyrac y Combeferre eran del grupo que había seguido por la calle Bassompierre gritando: "¡A las barricadas!"

En la calle Ledisguieres habían encontrado á un anciano, que iba por allí, el cual les llamó la atención porque andaba haciendo eses como si estuviera bebido. Llevaba además el sombrro en la mano, á pesar de que había estado lloviendo toda la mañana, y aún seguía lloviendo bastante fuerte.

Courfeyrac reconoció en él al señor Mabeuf, á quien conocía por haber acompañado muchas veces á Mario á su casa.

Sabiendo las costumbres pacíficas y más que tímidas del antiguo "obrero" bibliófilo, y extrañando verle enmedio de aquel tumulto, á dos pasos de las cargas de caballería, casi en medio del fuego, con la cabeza descubierta, lloviendo, y andando entre las balas, se le había dirigido, y el buyanguero de veinticinco años tuvo con el octogenario este diálogo:

—Señor Mabeuf, volveos á casa.

—¿Por qué?

—Porque va á haber jaleo.

—Bueno.

—Sablazos y tiros, señor Mabeuf.

—Bueno.

—Y cañonazos.

—Bueno. ¿Y adónde vais vosotros?

—A derribar al gobierno.

—Está bien.

Y continuó andando con ellos sin volver á pronunciar otra palabra.

Su paso se había vuelto firme casi de repente; algunos obreros le habían ofrecido el brazo, y él había rehusado con un movimiento de cabeza. Iba casi en la primera fila de la columna, teniendo á la vez los movimientos de un hombre que anda y las apariencias del que duerme.

—¡Vaya un hombre templado!—murmuraban algunos estudiantes.

Corría entre el grupo el rumor de que era un antiguo convencional, un viejo regicida.

El grupo había tomado por la calle de Verrerie.

Gavrochillo iba delante cantando su marcha á grito herido, de suerte que venía á ser como el corneta.

Decía así:

Mira ya salió la luna,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Dice Carlos á Carlota.



Tú tú tú,
Por Chatú.
Sin más que un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Por beber, van de mañana,
Como tomillo y rocío,
Dos mirlos de chirigota
Sí sí sí,
Por Passy.
Sin más que un Dios, un rey, un cuerto y una bota.

Y á aquellos dos lobeznuelos,
Embriagados como mirlos,
Decía un tigre chacota:
Don don don,
á Meudon.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Jura el uno y clama el otro,
¿Cuándo nos vamos al bosque?
Carlos pregunta á Carlota.
Tin tin tin,
Por Partin.
Con solo un Dios, un rey, un cuarto y una bota.

Dirigíanse á San Merry.

## VI

### Reclutas.

El grupo crecía á cada instante.

Hácia la calle de Billettes, un hombre de elevada estatura, entrecano, y en cuyo rostro rudo y atrevido se fijaron Courfeyrac, Enjolrás y Combeferre, pero á quien nadie conocía, se les unió.

Gavroche, distraído con su canción, sus silbidos y sus gritos, en abrir la marcha y golpear en las tiendas con la culata de su pistola sin gatillo, no se fijó en el hombre.

Al pasar por la calle de la Verrerie, y al llegar á la puerta de la casa de Courfeyrac, dijo éste:

—Me alegro, porque me he olvidado la bolsa, y he perdido el sombrero.

Y separándose del grupo, subió los escalones de cuatro en cuatro, cogiendo un sombrero viejo y la bolsa. Tomó igualmente un cofre cuadrado del tamaño de una maleta grande, que estaba oculto entre la ropa sucia.

Al bajar la escalera le gritó la portera:

—¡Señor de Courfeyrac!

—Portera, ¿cómo os llamais?—contestó Courfeyrac.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La portera se quedó atónita.

—Ya lo sabeis; soy la portera, y me llamo la tía Veuvain.

—Pues bien; si seguís llamándome señor de Courfeyrac, yo os llamaré señora de Veuvain. Ahora, hablad: ¿qué hay? ¿qué ocurre?

—Ahí está uno que quiere hablaros.

—¿Quién es?

—No sé.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto.

—¡Ah, diablo!—prorrumpió Courfeyrac.

—¡Pero es que está esperando hace más de una hora vuestra vuelta,—añadió la portera.

Y al mismo tiempo, un muchacho en traje de obrero, pálido, delgado, pequeño, con manchas rojizas en la piel, vistiendo una blusa agujerada y un pantalón de pana remendado, que tenía más bien facha de una mozuela vestida de muchacho que de hombre, salió de la portería y dijo á Courfeyrac con una voz, que no era por cierto de mujer:

—El señor Mario. ¿Quereis hacerme el favor?....

—No está.

—¿Volverá esta noche?

—Lo ignoro.

Y Courfeyrac añadió:

—Lo que es yo no volveré.

El muchacho le miró fijamente, y le preguntó:

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Adónde vais?

—¿Qué te importa?

—¿Quereis que os lleve ese cofre?

—Voy á las barricadas.

—¿Quereis que os acompañe?

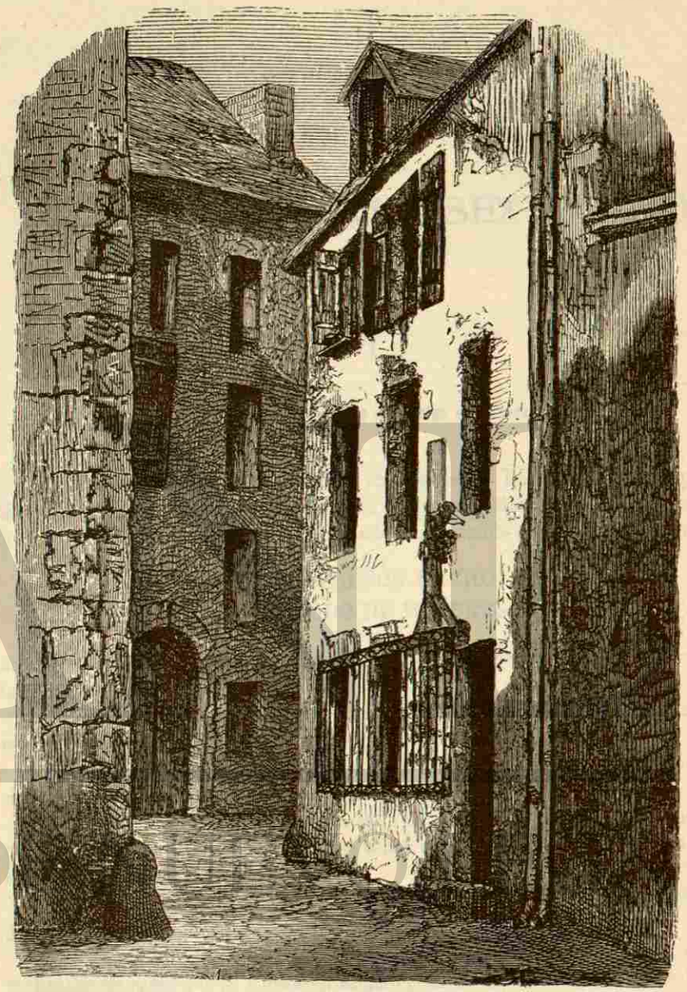
—¡Si quieres tú!....—respondió Courfeyrac.—La calle es libre; las piedras son de todos.

Y salió corriendo para reunirse otra vez con sus amigos.

Cuando los hubo alcanzado, dió el cofre para que le llevase á uno de ellos. Hasta pasado un cuarto de hora no advirtió que el muchacho les había ido siguiendo.

Una agrupación de aquel género no va precisamente adonde quiere. Ya hemos dicho que la lleva el viento.

Pasaron más allá de San Merry, encontrándose, sin saber cómo, en la calle de San Dionisio.



Corinto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ALERE FLAMMAM VERITATIS DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

# LIBRO DÉCIMO SEGUNDO.

## CORINTO.

### I

### *Historia de Corinto desde su fundación.*

Los parisienses que, al entrar hoy en la calle de Rambuteau por la parte del Mercado, notaban á su derecha, enfrente de la calle Mondetour, una cestería cuya mustra es un canastillo figurando á Napoleón el Grande con esta inscripción:

NAPOLEON HECHO
TODO DE MIMBRES.

no sospechan quizá las escenas terribles que se verificaron en aquel sitio apenas hace treinta años.

Allí estaba la calle de Chanvrerie, que en las antiguas lápidas se escribía Chanverrerie, y el célebre figón llamado Corinto.

El lector recordará cuánto hemos dicho sobre la barricada contruída en este sitio, y eclipsada después por la de San Merry.

A aquella famosa barricada de la calle de la Chanvrerie, sumergida hoy en una profunda obscuridad, es á la que vamos á dar un poco de luz, refiriendo los pormenores notables que en ella ocurrieron.

Permítasenos recurrir antes, para mayor claridad de nuestra narración, al medio sencillo que empleamos ya al hablar de Waterloo.

Las personas que quieran representarse de una manera bastante exacta las manzanas de casas que se elevan en dicha época cerca del ángulo de San Eustaquio, al Nordeste del Mercado de París, donde está hoy la entrada de la calle Rambuteau, ni tienen más que figurarse, tocando á la calle de San Dionisio por el vértice y por la base del Mercado, una N, cuyos dos palos verticales fueran las calles de la Grande Truanderie y de la Chanvrerie, y el palo trasversal la calle de la Petite-Truanderie.

La antigua calle Mondetour cortaba los tres palos por los ángulos más tortuo-



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El cruzamiento laberíntico de estas cuatro calles era tal, que tomaba, en un espacio de cien toesas cuadradas, entre el Mercado y la calle de San Dionisio por una parte, y la calle del Cisne y la de Predicadores por otra, siete manzanas de casas caprichosamente cortadas, de distintos tamaños, colocadas de través y como al acaso, y separadas apenas, como los sillares en las canteras, por estrechas distancias.

Decimos estrechas, porque no podemos dar idea más exacta de aquellas callejuelas obscuras, apretadas, angulosas, flanqueadas de caserones de ocho pisos.

Estos caserones eran tan decrépitos, que en las calles de la Chanvrerie y de la Petite Truanderie, las fachadas se apuntalaban con vigas, que iban de una casa á otra.

La calle era estrecha y el arroyo ancho, de modo que el transeunte andaba siempre sobre un suelo mojado, costeando tiendas parecidas á cuevas, grandes guarda cantones rodeados de aros de hierro, montones crecientes de basura, puertas de pasadizos armadas de enormesverjas seculares.

La apertura de la gran calle Rambuteau devastó todo esto.

El nombre Mondetour pinta maravillosamente las sinuosidades de aquellas calles. Un poco más lejos aparecían mejor expresadas aún por la calle "Pirouette," que salía á la calle Mondetour.

El transunte que pasaba desde la calle de San Dionisio á la de la Chanvrerie, la veía estrecharse poco á poco delante de sí, como si hubiese entrado en un enorme embudo prolongado.

Al final de la calle, que era muy corta, hallaba cerrado el paso del lado del Mercado por una elevada fila de casas, y creía encontrarse cortado el paso en el callejón sin salida, á no descubrir á derecha é izquierda dos, al parecer negras zanjas, donde podía escapar. Daban acceso á la calle Mondetour, la cual iba á unirse por un lado con la de Predicadores, y por el otro con la del Cisne y la Petite Truanderie.

En el fondo de aquella especie de callejón, y en el ángulo de la cortadura de la derecha, se veía una casa menos alta que las demás, formando así como un cabo saliente sobre la calle.

En dicha casa, que no tenía sino dos pisos, estaba instalado, hacía tres siglos, un ilustre figón, que producía siempre un ruido alegre en el mismo paraje indicado por el viejo Teófilo en estos versos:

Allí se mece el esqueleto horrible
De un pobre enamorado que se ahorcó.

El sitio era bueno, y los figoneros se sucedían de padres á hijos.

En tiempos de Maturin Regnier, aquel figón se llamaba la "Maceta de Rosas," y como los geroglíficos estaban de moda, tenía por muestra un poste pintado de color de rosa.

Durante el siglo último, el digno Natoire, uno de los maestros caprichosos desdeñados hoy día por la escuela rígida, habiéndose achispado muchas veces en aquel figón, en la misma mesa en que se había emborrachado Regnier, había pintado, en prueba de agradecimiento, un racimo de uvas de Corinto sobre el poste de color de rosa.

El tabernero, entusiasmado, había cambiado su título, haciendo escribir en letras doradas al pié del racimo estas palabras: "A las uvas de Corinto." De ahí el nombre de "Corinto."



Nada más propio de los borrachos que la elipsis. La elipsis es la espiral de la frase. Corinto fué poco á poco destronando la Maceta de Rosas.

El último bodegonero de la dinastía, el tío Hucheloup, ignorando ya la tradición, había hecho pintar la tabla de azul.

Este bodegón se componía de una sala baja donde estaba el mostrador, otra encima con el billar, una escalera de caracol que atravesaba el techo; vino en las mesas, humo en las paredes y y luz artificial al medio día.

En la sala baja había una escalera con su trampa para bajar á la cueva.

En el segundo piso estaban las habitaciones de los Hucheloup; se subía á ellas por una escalera, ó más bien escala, y tenía por toda entrada una puerta de escape en la sala grande del primer piso.

Debajo del tejado había dos grandes desvanes abuhardillados, que eran los nidos de las criadas.

La cocina dividía la planta baja con la sala del mostrador.

El tío Hucheloup había nacido químico tal vez; el hecho es que resultó cocinero; en su figón no solo se bebía, sino que se daba también de comer.

Hucheloup había inventado una cosa excelente, que no se comía más que en su casa, carpas rellenas que él llamaba "carpas cebadas" (carpes au gras.)

Comíanse á la luz de una vela de sebo, ó de un quinqué del tiempo de Luis XVI, en mesas que tenían, á guisa de mantel, un hule clavado. Iban los aficionados á comerlas desde muy lejos.

Hucheloup, una mañana tuvo la inspiración de anunciar á los transeuntes su "especialidad;" mojó un pincel en una olla de pintura negra, y como tenía su ortografía propia, lo mismo que su arte culinario propio también, improvisó sobre la pared esta notable inscripción:

CARPES HOGRAS

Un invierno, la lluvia y los chaparrones tuvieron el capricho de borrar varias letras y la mitad de una A, de modo que quedó el letrero en esta forma:

CARPE HO RAS

De suerte que con el auxilio del tiempo y de la lluvia, aquel humilde anuncio gastronómico se convirtió en un consejo profundo.

Asi, pues, el tío Hucheloup que no sabía ni aún su lengua, se había encontrado con que sabía latín, con que había hecho salir de la cocina la filosofía, y con que queriendo simplemente eclipsar al gran cocinero Careme, se había nivelado á Horacio.

Y lo más notable era que también aquello quería decir: "Entrad en mi bodegón."

Nada de todo eso existe hoy. El dédalo Mondetour fué abierto y ensanchado desde 1847, y probablemente no queda ya nada á la hora presente. Las calles de Chanvrerie y Corinto han desaparecido bajo el empedrado de la calle Rambuteau.

Como hemos dicho, Corinto era uno de los puntos de reunión, ya que no el cuartel general de Courfeyrac y sus amigos.

Grantaire había sido el descubridor de Corinto.

Había entrado allí á causa del "carpe ho ras," y había vuelto á causa de las "carpas au gras."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí se comía, se bebía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, no se pagaba á veces; pero siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, buen hombre acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida.

Tenía siempre la cara de mal humor; perecía querer intimidar á sus parroquianos; refunfuñaba á los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y sin embargo, mantenemos lo dicho, todos eran bien recibidos.

Esta rareza suya había acreditado su establecimiento, y acudían á él los jóvenes diciéndose: "Ven, oirás gruñir al tío Hucheloup."

Había sido maestro de armas. Se reía á carcajadas á lo mejor; tenía la voz gruesa; era un diablo bueno. Mostraba cierto fondo cómico con apariencia trágica; no quería más que causar miedo, por el estilo de esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es un estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un sér barbudo y feísimo.

Hácia 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas cebadas.

Su viuda, no muy consolable, continuó con la taberna.

Pero la cocina degeneró, llegando á ser malísima; el vino, que antes había sido solamente malo, llegó á ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo á Corinto, á pesar de ello, "por compasión," al decir de Bossuet.

La viuda Hucheloup era una mujerona carilluda y disforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación. Tenía un modo especial de decir las cosas con que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea.

Decía, por ejemplo, que en otro tiempo había sido su gran placer oír "cantar al ruiseñor en la madresierva."

La sala del primer piso, donde estaba "el comedor," era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja de billar.

Se subía por la escalera de caracol, que remataba en el ángulo de la sala por un agujero cuadrado, semejante á una escotilla de navío.

Esta sala, iluminada por un sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecía una buhardilla.

Todos los muebles de cuatro piés estaban como si solo tuvieran tres.

Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían más adorno que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, como á los dos espanta,
Una verruga habita su nariz asombrosa;
Teme uno á cada instante si sonar se le antoja
Que á parar á la boca el mejor día vaya.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día con la más perfecta tranquilidad.



Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelotte, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban á la señora Hucheloup á poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de guisotes que se servían á los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico, sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la señá Hucheloup.

Gibelotte era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera y se acostaba la última; servía á todo el mundo, inclusa la otra criada, en silencio y con dulzura; sonriendo bajo el peso del trabajo con cierta vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía sobre la puerta este verso, escrito con yeso por Courfeyrac.

Regálate si puedes, y come si te atreves.

## II

### Alegrías previas.

Laigle de Meaux, como sabemos, vivía más en casa de Joly que en otra parte.

Tenía un alojamiento, como tiene el pájaro una rama.

Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos.

Todo les era común, hasta Musichetta; eran lo que alguno ha llamado á ciertos clérigos que dicen dos misas en un día, "bini."

La mañana del 5 de Junio se fueron á almorzar á Corinto.

Joly tenía un fuerte resfriado, del cual empezaba á participar Laigle.

La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly vestía bien.

Serían como las nueve de la mañana cuando empujaron ellos la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelotte los recibieron.

—Ostras, queso y jamón,—dijo Laigle.

Y se sentaron á la mesa.

El bodegón estaba vacío; no había en la sala más que ellos dos solos.

Gibelotte, conociendo á Laigle y á Joly, empezó por ponerles delante una botella de vino.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decía:

—Pasaba por ahí, he humeado desde la calle un delicioso olor á queso de Brie, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un tabure te y se sentó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí se comía, se bebía, se gritaba, se pagaba poco, se pagaba mal, no se pagaba á veces; pero siempre se encontraba buen recibimiento. El tío Hucheloup era un buen hombre.

Hucheloup, buen hombre acabamos de decir, era un figonero con bigotes, variedad divertida.

Tenía siempre la cara de mal humor; perecía querer intimidar á sus parroquianos; refunfuñaba á los que entraban en su casa, y tenía el aspecto más propio para buscar camorra con ellos, que para servirles la sopa. Y sin embargo, mantenemos lo dicho, todos eran bien recibidos.

Esta rareza suya había acreditado su establecimiento, y acudían á él los jóvenes diciéndose: "Ven, oirás gruñir al tío Hucheloup."

Había sido maestro de armas. Se reía á carcajadas á lo mejor; tenía la voz gruesa; era un diablo bueno. Mostraba cierto fondo cómico con apariencia trágica; no quería más que causar miedo, por el estilo de esas cajas de rapé que tienen la forma de una pistola. La detonación es un estornudo.

Su mujer, la tía Hucheloup, era un sér barbudo y feísimo.

Hácia 1830 murió el tío Hucheloup, y con él desapareció el secreto de las carpas cebadas.

Su viuda, no muy consolable, continuó con la taberna.

Pero la cocina degeneró, llegando á ser malísima; el vino, que antes había sido solamente malo, llegó á ser pésimo.

Courfeyrac y sus amigos siguieron yendo á Corinto, á pesar de ello, "por compasión," al decir de Bossuet.

La viuda Hucheloup era una mujerona carilluda y disforme, con recuerdos campestres, cuya única gracia consistía en la pronunciación. Tenía un modo especial de decir las cosas con que sazonaba sus reminiscencias primaverales y de aldea.

Decía, por ejemplo, que en otro tiempo había sido su gran placer oír "cantar al ruiseñor en la madresierva."

La sala del primer piso, donde estaba "el comedor," era una pieza grande y larga, llena de taburetes, de escabeles, de sillas, de bancos y de mesas, con una mesa coja de billar.

Se subía por la escalera de caracol, que remataba en el ángulo de la sala por un agujero cuadrado, semejante á una escotilla de navío.

Esta sala, iluminada por un sola ventana estrecha, y por un quinqué siempre encendido, parecía una buhardilla.

Todos los muebles de cuatro piés estaban como si solo tuvieran tres.

Las paredes, blanqueadas con cal, no tenían más adorno que este cuarteto en honor de la señora Hucheloup:

A diez pasos admira, como á los dos espanta,
Una verruga habita su nariz asombrosa;
Teme uno á cada instante si sonar se le antoja
Que á parar á la boca el mejor día vaya.

Estos versos estaban escritos con carbón en la pared.

La señora Hucheloup estaba yendo y viniendo por delante de este cuarteto todo el día con la más perfecta tranquilidad.



Dos criadas, llamadas Matelote y Gibelotte, sin que nunca se haya sabido que tuvieran otros nombres, ayudaban á la señora Hucheloup á poner en las mesas los jarros de vino y la variedad de guisotes que se servían á los hambrientos en cazuelas de barro.

Matelote, gruesa, redonda, roja y vocinglera, antigua sultana favorita del difunto Hucheloup, era fea, más fea que cualquier monstruo mitológico, sin embargo, como conviene que la criada sea siempre menos que el ama, era menos fea que la señá Hucheloup.

Gibelotte era alta, delgada, de blancura linfática, con los ojos hundidos, los párpados caídos, siempre como fatigada y rendida, dominada por lo que podría llamarse laxitud crónica; se levantaba la primera y se acostaba la última; servía á todo el mundo, inclusa la otra criada, en silencio y con dulzura; sonriendo bajo el peso del trabajo con cierta vaga sonrisa adormecida.

Antes de entrar en la sala-comedor, se leía sobre la puerta este verso, escrito con yeso por Courfeyrac.

Regálate si puedes, y come si te atreves.

## II

### Alegrías previas.

Laigle de Meaux, como sabemos, vivía más en casa de Joly que en otra parte.

Tenía un alojamiento, como tiene el pájaro una rama.

Los dos amigos vivían juntos, comían juntos y dormían juntos.

Todo les era común, hasta Musichetta; eran lo que alguno ha llamado á ciertos clérigos que dicen dos misas en un día, "bini."

La mañana del 5 de Junio se fueron á almorzar á Corinto.

Joly tenía un fuerte resfriado, del cual empezaba á participar Laigle.

La levita de Laigle estaba ya muy usada, pero Joly vestía bien.

Serían como las nueve de la mañana cuando empujaron ellos la puerta de Corinto.

Subieron al primer piso.

Matelote y Gibelotte los recibieron.

—Ostras, queso y jamón,—dijo Laigle.

Y se sentaron á la mesa.

El bodegón estaba vacío; no había en la sala más que ellos dos solos.

Gibelotte, conociendo á Laigle y á Joly, empezó por ponerles delante una botella de vino.

Cuando estaban aún comiendo las primeras ostras, apareció una cabeza en la escotilla de la escalera, y se oyó una voz que decía:

—Pasaba por ahí, he humeado desde la calle un delicioso olor á queso de Brie, y he subido.

Era Grantaire.

Grantaire cogió un tabure te y se sentó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Gibelottte, viéndole, puso dos botellas en la mesa.

De modo que ya eran tres.

—¿Vas á beberte esas dos botellas?—preguntó Laigle á Grantaire.

Y éste respondió:

—Todos son ingeniosos; tú sólo eres ingénuo. Dos botellas no asustan nunca á un hombre.



Los otros habían empezado por comer; Grantaire empezó por beber, y apuró de un sorbo media botella.

—¿Tienes algún agujero en el estómago?—preguntó Laigle.

—Tú le tienes en el codo,—contestó Grantaire.

Y después de haber vaciado su vaso, añadió:

—¡Ah, Laigle de las oraciones fúnebres! Tu levita está vieja.

—Lo creo,—respondió Laigle.—Eso hace que hagamos buenas migas mi levita y yo; ella ha tomado todos mis pliegues, y no me incomoda para nada, puesto que se



ha amoldado á mis deformidades, y se presta con facilidad á todos mis movimientos; no la siento sino porque me abriga. Los vestidos viejos son lo mismo que los amigos antiguos.

—Es verdad,—exclamó Joly entrando en la conversación;—un traje viejo es un abrigo viejo.

—Sobre todo,—dijo Grantaire,—para la boca de un hombre resfriado.

—Grantaire,—interrogó Laigle,—¿vienes de los boulevares?

—No.

—Joly y yo acabamos de ver pasar la cabeza del entierro.

—Es un espectáculo maravilloso,—dijo Joly.

—¡Qué tranquila está esta calle!—exclamó Laigle.—¿Quién sospecharía aquí que París está trastornado? ¡Cómo se conoce que antes todo esto eran conventos! Breul, Sauval y el presbítero Lebeuf traen la lista. Los había en todo alrededor; aquí hormigueaban calzados, descalzos, tonsurados, barbudos, grises, negros, blancos, franciscanos, mínimos, capuchinos, carmelitas, recoletos, agustinos.... ¡Cómo pululaban!

—No hablemos de frailes,—dijo Grantaire,—eso da ganas de rascarse.

Y luego exclamó:

—¡Bah! Acabo de tragar una ostra mala; ya me acomete la hipocondría. Las ostras están pasadas, y las criadas son feas. Odio á la especie humana. Acabo de pasar por la calle de Richelieu, delante de la gran librería pública; aquel motín de conchas de ostras que se llama una biblioteca me quita la gana de pensar. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta tinta! ¡Cuántos garabatos! ¡Todo eso se ha escrito! ¡Qué necio ha sido el que ha dicho que el hombre es un bípedo sin pluma!

"Después he encontrado á una muchacha que me conocía, bella como la primavera, digna de llamarse floreal, y entusiasmada, alegre, feliz como un angel, la miserable, porque ayer un espantoso banquero picado de viruelas, se ha dignado solicitarla. ¡Ay! La mujer acecha al pagano lo mismo que al galán; las gatas cazan lo mismo á los ratones que á los pájaros.

"Esta doncella no hace aún dos meses era honesta en su buhardilla; ajustaba circulitos de cobre á los ojetes de un corsé, ¿cómo le llaman á eso? Cosía, tenía un catre de tijera, vivía al lado de una maceta de flores, estaba contenta. Ahora está hecha una banquera. La transformación se ha hecho esta noche.

"Por la mañana encontré á esa víctima muy alegre; y lo más horrible es que esa bribona está hoy tan linda como ayer. No se traslucía al banquero en su rostro. Las rosas tienen esta propiedad, de más ó de menos, comparadas con las mujeres, y es que las huellas que les causan los insectos son visibles.

"¡Ah! No hay moral en la tierra; y pongo por testigo al mirto, símbolo del amor; al laurel, símbolo de la guerra; al olivo, ese asno, símbolo de la paz; al manzano, que por poco atraganta á Adán con su pepita, y á la higuera, abuela de las faldas.

'En cuanto al derecho, ¿quereis saber lo que es el derecho?

"Los galos codician á Clusio, Roma proteje á Clusio, y les pregunta, ¿qué mal os ha hecho Clusio?

"Breno responde: El daño que os ha hecho Alba, el daño que os ha hecho Fidena, el daño que os han hecho los Equos, los Volscos y los Sabinos, que fueron vuestros vecinos, los Clusanos son los nuestros. Entendemos la vecindad como voso-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tros lo entendeis. Habeis robado á Alba; nosotros tomamos á Clusio.

"Roma dice: Pues no tomareis á Clusio. Breno tomó á Roma; y después gritó: "Vae victis."

"Y hé aquí lo que es derecho.

"¡Ah! En este mundo no hay más que aves de rapiña, ¡águilas! ¡águilas! Yo me encojo como gallina asustada.

Y alargó su vaso á Joly, que se lo llenó; bebióselo y prosiguió, sin detenerse casi por este vaso de vino, en que nadie reparó, ni él mismo siquiera:

—Breno, tomando á Roma, es un águila; el banquero que toma á la modistilla, es un águila. No hay más pudor en el uno que en el otro. No creamos, pues, en nada; no hay más que una realidad: beber.

"Cualquiera que sea vuestra opinión, ya estéis por el gallo flaco como el cantón de Urí, ó por el gallo gordo como el cantón de Glaris, poco importa: bebed.

"Me hablais de los boulevares, del entierro, etc.... ¿Y qué? ¡Qué va á haber otra revolución!

"Esta pobreza de medios por parte de Dios, me asombra. Es preciso que á cada momento esté dando sebo al carril de los acontecimientos. Esto se atasca, esto no marcha. Ea, pronto, una revolución.

"El buen Dios tiene siempre las manos negras de ese maldito sebo. Yo en su lugar lo haría más sencillamente, no montaría á cada instante mi maquinaria, sino que llevaría al género humano con movimiento uniforme; tejería los techos malla á malla, sin romper el hilo, y no echaría mano del acaso ni tendría repertorios extraordinarios.

Lo que vosotros llamáis progreso, impulsado por dos motores: los hombres y los sucesos. Pero ¡Lástima grande! que de cuando en cuando sea necesario lo excepcional. Para los sucsos como para los hombres la tropa ordinaria no basta; es preciso que haya genios entre los hombres y revoluciones entre los sucesos.

"Los grandes accidentes son la ley; el orden de las cosas no puede prescindir de ellos; y al ver las apariciones de los cometas, está uno dispuesto á creer que hasta el cielo tiene necesidad de actores representantes.

"En el momento en que menos se espera, Dios hace aparecer un meteoro en el firmamento; se presenta alguna estrella caprichosa subrayada por una enorme cola. Y esto mata á César; Bruto le da una pnñalada y Dios un cometazo.

"Crac; hé ahí una aurora boreal, hé aquí una revolución, hé aquí un grande hombre; 93 en gruesos caracteres, Napoleón acechando el cometa de 1811 sobre el aviso.

"¡Ah! ¡Qué hermoso cartel azul, tachonado de súbitas llamaradas! ¡Bum! ¡Bum! Espectáculo extraordinario. Alzad los ojos, papanatas; todo es descabellado; el astro como el drama.

"Buen Dios, esto es demasiado, y no es bastante. Esos recursos excepcionales tomados en su exención, parecen magnificencia, y son pobreza. Amigos míos, la Providencia necesita también de expedientes.

"¿Qué prueba una revolución? Que Dios alcanza poco. Da un golpe de Estado, porque hay solución de continuidad entre el presente y el porvenir, y porque él, siendo Dios, no ha podido reunir los dos cabos.

"Todo esto me afirma en mis conjeturas acerca de la situación de fortuna de Jehová: y al ver tanto malestar arriba y abajo, tanta mezquindad y miseria; tanta



mezquindad y pequeñez en el cielo y en la tierra, desde el pájaro que no tiene un grano de mijo, hasta mí, que no tengo cien mil francos de renta; al ver el destino humano gastada ya, aún el destino regio que enseña la trama, testigo el príncipe de Condé pendiente de la horca; al ver el invierno que no es más que un rasgón en el zenit por donde sopla el viento; al ver tantos harapos hasta en la púrpura nuevecita de la mañana sobre las colinas; al ver que las gotas de rocío son perlas falsas; al ver la escarcha ser imitación del cristal; al ver la humanidad descosida y los sucesos remendados, y tantas manchas en el sol, y tantos agujeros en la luna; al ver tanta miseria por todas partes, supongo que Dios no es muy rico.

"Advierto que tiene apariencia de riqueza; es verdad; pero se descubre la necesidad.

"No se debe juzgar á los dioses por las apariencias. Bajo el oro del cielo entrevco un universo pobre; la creación está en quiebra; por eso estoy descontento.

"Mirad, hoy es el 5 de Junio, y está el día como si fuera de noche. Desde esta mañana estoy esperando que venga el día, y no ha venido, y apuesto á que no vendrá Esto es una falta de un dependiente mal pagado.

"Sí, todo está mal arreglado; nada se ajusta bien; este viejo mundo está derrengado. Me paso á la oposición.

"Todo marcha al revés; el Universo es una pura contradicción. Sucede lo que con los hijos; los que los desean no los tienen; los que no los desean los tienen.

"Total: tengo mal humor.

"Además, Laigle de Meaux, ese calvo me entristece cuando le miro; me humilla el pensar que soy de la misma edad que esa rodilla.

"Yo critico, pero no insulto. El Universo es lo que es; hablo aquí sin mala intención, por lo que me dicta mi conciencia.

"Padre Eterno, recibid la seguridad de mi distinguida consideración. ¡Ah! Por todos los santos olímpicos, y por todos los dioses del paraíso, yo no nací para parisiense, es decir, para estar dando vueltas siempre como un volante entre dos raquetas, desde el grupo de los ociosos al grupo de los revoltosos.

"Yo nací para ser turco, para estar mirando todo el día á las bailarinas orientales esos bailes exquisitos del Egipto, lúbricos como los sueños de un hombre casto; ó aldeano de Beocia, ó hidalgo veneciano, rodeado de nobles matronas; ó principillo alemán contribuyendo con medio soldado á la Confederación Germánica, y empleando sus ocios en secar sus calcetas en su seto, es decir, en su frontera.

"¡Para uno de esos destinos he nacido yo!

"Sí, he dicho turco, y no me arrepiento. No comprendo que se hable de los turcos habitualmente mal; Mahoma tiene cosas buenas; ¡respeto al inventor de los serrallos de hurís y de los paraísos de odaliscas! ¡No insultemos al mahometismo, única religión que está adornada de gallinero!

"Apoyándome en lo cual, insisto en beber.

"La tierra es una gran majadería. Parece que van á pelear todos esos imbéciles, á romperse las narices, á matarse en pleno estío, en el mes de Junio, cuando podrían ir cogidos del brazo de una tierna joven á respirar en los campos la inmensa taza de té del heno segado.

"En verdad que se cometen muchas necedades, y de nada sirve lo pasado.

"Una antigua linterna rota que acabo de ver en una prendería, me ha sugerido una reflexión. Ya es tiempo de iluminar al género humano.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Sí, y ya estoy triste otra vez. ¡Lo que es comer una ostra y encontrarse con una revolución! Me vuelvo lúgubre.

"¡Oh! ¡espantoso mundo viejo! ¡Donde todo se anima, todo se desvirtúa, todo se prostituye, todo se mata, y á todo se acostumbra!"

Y Grantaire, después de este acceso de elocuencia, tuvo otro de tos bien merecido.

—A propósito de revolución,—dijo Joly,— perece que Mario está decididamente enamorado.

—¿Se sabe de quién?—preguntó Laigle.

—No.

—¿No?

—Te digo que no.

—¡Los amores de Mario!—exclamó Grantaire.—Los veo desde aquí. Mario es una niebla, y habrá encontrado un vapor. Es de la raza de los poetas, y quien dice poeta, dice loco. "Thymbraeus Apollo." Mario y su María, ó su Marieta, ó su Mariquita, ó su Mariana, deben ser unos amantes muy graciosos. Me explico perfectamente lo que ello ha de ser. Extasis en que se olvidan los besos. Castos sobre la tierra, pero uniéndose en el infinito. Son almas con sentidos. Duermen juntos entre las estrellas.

Grantaire empezaba su segunda botella, y tal vez su segunda arenga, cuando se presentó un nuevo personaje en la abertura cuadrada de la escalera.

Era un muchacho de ménos de diez años, harapiento, muy pequeño, descolorido, de boca grande y ojos vivos, enormemente cabelludo, calado por la lluvia, y alegre.

El muchacho, eligiendo sin vacilar entre los tres, aunque evidentemente no conocía á ninguno, dirigióse á Laigle de Meaux.

—¿Sois vos el señor Bossuet?—le preguntó.

—Ese es mi nombre,—respondió Laigle.—¿Qué me quieres?

—Esto. Uno muy rubio me ha dicho en el boulevard: "¿Conoces á la tía Hucheloup?" Y yo le he dicho: "Sí, en la calle de Chanvrerie, la viuda del viejo". Y me ha dicho: "Pues ya estás andando; allí encontrarás al señor Bossuet, y le dirás de mi parte A. B. C." Es una burla que os hace, verdad? Me ha dado diez sueldos.

—Joly, préstame diez sueldos,—dijo Laigle.

Y volviéndose hácia Grantaire:

—Grantaire, préstame diez sueldos.

Lo cual sumó hasta veinte sueldos, que Laigle dió al muchacho.

—Gracias, señor,—dijo éste.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Laigle.

—Navet, el amigo de Gavroche.

—Quédate con nosotros,—dijo Laigle.

—Almuerza con nosotros,—añadió Grantaire.

El muchacho respondió:

—No puedo; soy de la comitiva fúnebre; soy de los que van gritando: ¡Abajo Polignac!

Y alargando el pié cuanto pudo por detrás de sí, que es el más respetuoso de los saludos, se fué.

Cuando hubo desaparecido el muchacho, Grantaire tomó la palabra:



—Ese es el pilluelo puro. Hay muchas variedades en el género. El pilluelo escribano se llama salta arroyos; el pilluelo cocinero se llama marmitón; el pilluelo panadero se llama mitrón; el pilluelo criado se llama groom; el pilluelo marino se llama murgo; el pilluelo soldado se llama gazapón; el pilluelo pintor se llama rapaz; el pilluelo comerciante se llama trotón; el pilluelo cortesano se llama menino; el pilluelo rey se llama delfín; el pilluelo dios se llama Cupido.



Entre tanto, Laigle estaba meditabundo, y dijo á media voz:

—A. B. C., es decir, entierro de Lamarque.

—El muy rubio,—dijo Grantaire,—es Enjolrás que te manda avisar.

—¿Iremos?—dijo Bossuet.

—Llueve,—respondió Joly,—y yo he jurado ir al fuego, y no al agua. No quiero resfriarme.

—Yo me quedo aquí,—dijo Grantaire; prefiero un almuerzo á un entierro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Conclusión: nos quedamos,—repuso Laigle.—Pues entonces bebamos. Puede faltarse al entierro sin por eso faltar al motín.

—¡Eh! Al motín no faltaré yo,—exclamó Joly.

Laigle se frotó las manos.

—Se va, pues, á repasar la revolución de 1830. Lo cierto es que molestan al pueblo sus costuras.

—Nada me importa vuestra revolución,—dijo Grantaire.—Yo no execro al gobierno que nos rige; es la corona atemperada por el gorro de algodón; es un cetro acabando en paraguas. Pienso en ella hoy por el tiempo que hace; Luis Felipe podrá utilizar su realismo para dos fines; dirigir el extremo cetro contra el pueblo, y abrir el extremo paraguas contra el cielo.

La sala estaba obscura; grandes nubes habían acabado de suprimir el día. No había nadie en el figón, ni en la calle; todo el mundo se había ido á ver "los sucesos".

—¿Es medio día, ó media noche?—preguntó Bossuet.—No veo gota. ¡Gibelotte, una luz!

Grantaire, cariacontecido, seguía bebiendo.

—Enjolrás me desdeña.—murmuró.—Enjolrás ha dicho:—"Joly está malo. Grantaire borracho:" y ha enviado á Navet para que busque á Bossuet. Si hubiera venido á llamarme á mí, le habría seguido. ¡Tanto peor para Enjolrás! No iré á su entierro.

Tomada esta resolución, Bossuet, Joly y Grantaire no se movieron del figón.

A eso de las dos de la tarde, la mesa á que estaban sentados se veía cubierta de botellas vacías. Ardían sobre ella dos velas, una en una palmatoria de cobre perfectamente verde, y la otra en el cuello de una botella rota.

Grantaire había arrastrado á Joly y á Bossuet al vino, y Bossuet y Joly habían hecho renacer la alegría en Grantaire.

En cuanto á éste, desde las doce había pasado más allá del vino, triste origen de ensueños.

El vino para los borrachos serios sólo alcanza muy mediano aprecio.

En materia de embriaguez, hay la magia blanca y hay la magia negra; el vino no es más que la magia blanca. Grantaire era un atrevido bebedor de sueños.

Las tinieblas de una embriaguez terrible entreabierta ante él, lejos de detenerle le atraían.

Había dejado las botellas y acudido á la ponchera. La ponchera es el abismo. No teniendo á mano ni ópio, ni haschís, y queriendo llenarse el cerebro de crepúsculo, había recurrido á esa horrible mezcla de aguardiente, de cerveza fuerte y de ajenjo, que produce letargos tan terribles.

De estos tres vapores, cerveza, aguardiente y ajenjo, se hace el plomo del alma. Son tres tinieblas en que se ahoga la mariposa celeste; y en un humo membranoso vagamente condensado en alas de murciélago, se forman tres furias mudas, la pesadilla, la noche y la muerte, revoloteando sobre Psiquis adormecida.

Grantaire no estaba todavía en esa fase lúgubre; lejos de eso. Estaba prodigiosamente alegre, y Bossuet y Joly le hacían la contra.

Todos brindaban chocando los vasos; bebían y volvían á brindar con estrépito.

Grantaire añadía á la pronunciación excéntrica de las palabras y de las ideas la divagación del gesto; apoyaba con dignidad el puño izquierdo sobre la rodilla,



La taberna de Corinto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, á caballo de un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía á la criada gruesa Matelote estas palabras solemnes:

—¡Que se abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia, y tenga yo el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviendo hacia la tía Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple!

Joly gritaba ó exclamaba:

—Bartelote y Gibelotte, no déis más vino á Grantaire: se etsá comiendo locamente el dinero; desde esta mañana ha devorado en prodigalidades sin seso dos francos y ochenta y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, aunque muy bebido, había conservado su calma habitual.

Habíase sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto de pasos precipitados, y gritos de "¡á las armas!"

Se volvió, y descubrió en la calle de San Dionisio, al cabo de la calle de la Chanvrerie, á Enjolrás que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con su pistola, á Feuilly con su sable, á Courfeyrac con su espada, á Juan Provaire con su mosquete, á Combeferre con su fusil, á Bahorel con su fusil también, y todo el grupo armado y tumultuoso que le seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus dos manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh, eh!

Courfeyrac oyó las voces, vió á Bossuet, dió algunos pasos en la calle de la Chanvrerie, y dijo:

—¿Qué quieres?

Palabras que se cruzaron al mismo tiempo en el aire con estas otras.

—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada,—respondió Courfeyrac.

—¡Pues bien, aquí! Este sitio es á propósito; levántala aquí.

—Es verdad, Aguila,—dijo Courfeyrac.

Y á una señal de Courfeyrac, toda la turba se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

## III

### *La noche empieza á dominar sobre Grantaire.*

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado; la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho y á modo de callejón sin salida; Corinto formando allí una angostura; la calle Mondetour, fácil de atrancar á derecha é izquierda; no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto.



Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

A la irrupción del grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado.

Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería.

El bodegón únicamente permanecía abierto, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado á recibir á Courfeyrac.

Joly se había asomado á la ventana y gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no has tomado un paraguas? Te vas á resfriar.

Entre tanto, en pocos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada del figón, y desempedradas diez toesas de la calle.

Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cal, llamado Anceau; este carro contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados bajo montones de adoquines.

Enjolrás había levantado la trampa de la cueva, y todos los barriles vacíos de la tía Hucheloup habían ido á flanquear los de cal.

Feuilly, con sus dedos acostumbrados á iluminar delicados países de abanico, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de pedruscos; pedruscos improvisados como todo lo demás, y cogidos sin saber dónde.

Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y cruzado á lo largo sobre los barriles.

Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre.

No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habían mezclado con los trabajadores; Gibelotte iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y servía adoquines como hubiera servido vino, adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle.

Bossuet salió por cima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano "á las señoras", despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus,—dijo,—no pasan por delante de Corinto. "Non licet omnibus adire Corinthum".

Un instante después los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle Mondetour, y el ómnibus volcado completaba la barricada.

La señora Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía los ojos vagos, y miraba sin ver, exclamándose por lo bajo; sus gritos de espanto no se atrevían á salir de su garganta.

—Este es el fin del mundo,—murmuraba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

doblando en ángulo recto el brazo, con la corbata deshecha, á caballo de un taburete, el vaso lleno en la mano derecha, y dirigía á la criada gruesa Matelote estas palabras solemnes:

—¡Que se abran las puertas del palacio! ¡Que todo el mundo sea de la Academia, y tenga yo el derecho de abrazar á la señora Hucheloup! ¡Bebamos!

Y volviendo hacia la tía Hucheloup, añadía:

—¡Mujer antigua y consagrada por el uso, acércate que yo te contemple!

Joly gritaba ó exclamaba:

—Bartelote y Gibelotte, no déis más vino á Grantaire: se etsá comiendo locamente el dinero; desde esta mañana ha devorado en prodigalidades sin seso dos francos y ochenta y cinco céntimos.

Y Grantaire continuaba:

—¿Quién ha desclavado las estrellas sin mi permiso, para ponerlas en la mesa por velas?

Bossuet, aunque muy bebido, había conservado su calma habitual.

Habíase sentado en el quicio de la ventana abierta, y la lluvia le mojaba la espalda mientras contemplaba á sus dos amigos.

De repente oyó detrás de sí un tumulto de pasos precipitados, y gritos de "¡á las armas!"

Se volvió, y descubrió en la calle de San Dionisio, al cabo de la calle de la Chanvrerie, á Enjolrás que pasaba con la carabina en la mano, á Gavroche con su pistola, á Feuilly con su sable, á Courfeyrac con su espada, á Juan Provaire con su mosquete, á Combeferre con su fusil, á Bahorel con su fusil también, y todo el grupo armado y tumultuoso que le seguía.

La calle de la Chanvrerie apenas tenía el alcance de una carabina. Bossuet improvisó con sus dos manos una bocina, y gritó:

—¡Courfeyrac! ¡Courfeyrac! ¡Eh, eh!

Courfeyrac oyó las voces, vió á Bossuet, dió algunos pasos en la calle de la Chanvrerie, y dijo:

—¿Qué quieres?

Palabras que se cruzaron al mismo tiempo en el aire con estas otras.

—¿A dónde vas?

—A hacer una barricada,—respondió Courfeyrac.

—¡Pues bien, aquí! Este sitio es á propósito; levántala aquí.

—Es verdad, Aguila,—dijo Courfeyrac.

Y á una señal de Courfeyrac, toda la turba se precipitó en la calle de la Chanvrerie.

## III

### *La noche empieza á dominar sobre Grantaire.*

El sitio estaba, en efecto, admirablemente indicado; la entrada de la calle ancha, el fondo estrecho y á modo de callejón sin salida; Corinto formando allí una angostura; la calle Mondetour, fácil de atrancar á derecha é izquierda; no siendo posible ningún ataque sino por la calle de San Dionisio, es decir, de frente y al descubierto.



Bossuet, borracho, había tenido el golpe de vista de Aníbal en ayunas.

A la irrupción del grupo, se había apoderado el espanto de toda la calle; todos los transeuntes se eclipsaron, y en un abrir y cerrar de ojos, por todas partes, á derecha é izquierda, las tiendas, los establecimientos, las puertas, las ventanas, las persianas, las buhardillas, los postigos de todas dimensiones se cerraron, desde el piso bajo hasta el tejado.

Una vieja, llena de miedo, colgó un colchón delante de su ventana en una cuerda que servía para poner á secar la ropa, con objeto de amortiguar el efecto de la fusilería.

El bodegón únicamente permanecía abierto, y esto sólo por razón de que allí se había instalado el grupo.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!—exclamaba suspirando la tía Hucheloup.

Bossuet había bajado á recibir á Courfeyrac.

Joly se había asomado á la ventana y gritaba:

—Courfeyrac, ¿por qué no has tomado un paraguas? Te vas á resfriar.

Entre tanto, en pocos minutos habían sido arrancadas veinte barras de hierro de las rejas de la fachada del figón, y desempedradas diez toesas de la calle.

Gavroche y Bahorel habían cogido al pasar y derribado un carro de un fabricante de cal, llamado Anceau; este carro contenía tres toneles llenos de cal, que fueron colocados bajo montones de adoquines.

Enjolrás había levantado la trampa de la cueva, y todos los barriles vacíos de la tía Hucheloup habían ido á flanquear los de cal.

Feuilly, con sus dedos acostumbrados á iluminar delicados países de abanico, había reforzado los toneles y el carro con dos macizas pilas de pedruscos; pedruscos improvisados como todo lo demás, y cogidos sin saber dónde.

Habíanse arrancado también unos puntales de la fachada de una casa próxima, y cruzado á lo largo sobre los barriles.

Cuando Bossuet y Courfeyrac se volvieron, la mitad de la calle estaba ya cerrada por una muralla más alta que un hombre.

No hay nada como la mano popular para construir todo lo que se construye demoliendo.

Matelote y Gibelotte se habían mezclado con los trabajadores; Gibelotte iba y venía cargada de maderos; su laxitud se empleaba en la barricada, y servía adoquines como hubiera servido vino, adormecida.

Un ómnibus que llevaba dos caballos blancos, pasó por el extremo de la calle.

Bossuet salió por cima de los materiales, corrió, detuvo al cochero, hizo bajar á los viajeros, dió la mano "á las señoras", despidió al conductor, y volvió trayéndose el coche y los caballos de la brida.

—Los ómnibus,—dijo,—no pasan por delante de Corinto. "Non licet omnibus adire Corinthum".

Un instante después los caballos desenganchados se iban al acaso por la calle Mondetour, y el ómnibus volcado completaba la barricada.

La señora Hucheloup, trastornada, se había refugiado en el primer piso.

Tenía los ojos vagos, y miraba sin ver, exclamándose por lo bajo; sus gritos de espanto no se atrevían á salir de su garganta.

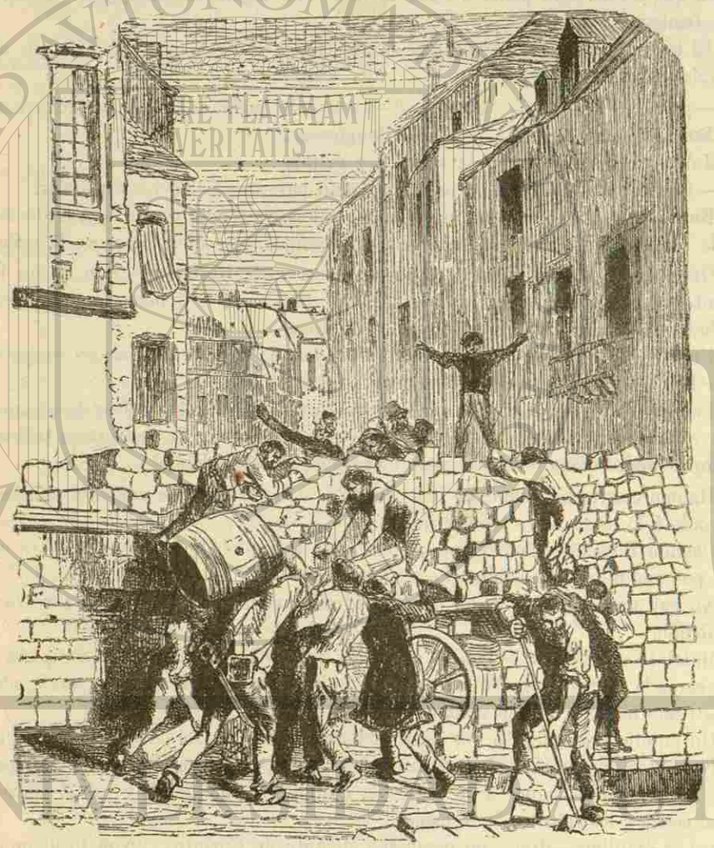
—Este es el fin del mundo,—murmuraba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Joly, dando un beso en el grueso, rojo y arrugado cuello de la señora Hucheloup, decíale á Grantaire:

—Querido, siempre he considerado el cuello de una mujer como una cosa infinitamente delicada.

Pero Grantaire llegaba ya á las más altas regiones del ditirambo. Matelote había vuelto á subir al primer piso. Grantaire la había cogido por el talle, y daba en la ventana grandes carcajadas.



—¡Matelote es fea!—gritaba.—Matelote es el sueño de la fealdad. Matelote es una quimera. Voy á descubrir el secreto de su nacimiento: Un Pigmalión gótico que hacía mascarones de catedrales, enamoróse un día de uno de ellos, del más horrible; suplicó al Amor que le animase, y resultó Matelote. ¡Miradla, ciudadanos! ¡Tiene los cabellos de amarillo de cromo, como la querida del Ticiano, y es una buena muchacha! Yo os respondo que se peleará bien; en toda muchacha de bien se encierra un héroe.



"En cuanto á la tía Hucheloup, es una vieja valerosa. ¡Mirad qué bigotes tiene! Los ha heredado de su marido. ¡Es un húsar! ¡Bah! ¡Peleará bien como tal! Dos como ella aterrarían la comarca.

"Compañeros, derribaremos el gobierno; tan cierto como que hay quince ácidos intermedios entre el ácido margárico y el ácido fórmico. Por lo demás, á mí lo mismo me da.

"Caballeros, mi padre me ha odiado siempre, porque yo no podía comprender las matemáticas; yo no comprendo más que el amor y la libertad. ¡Soy Grantaire, el bueno!

"Como nunca he tenido dinero, no tengo costumbre de tenerle; lo cual es causa de que nunca me haya hecho falta; pero si hubiera sido rico, no habría habido pobres. ¡Ya hubiérais visto! ¡Oh! ¡Si todos los buenos corazones tuviesen grandes bolsillos! ¡Cuánto mejor no iría todo! ¡Figúrome á Jesucristo con la fortuna de un Rostchild! ¡Cuánto bien no haría!

"Matelote, ¡abrázame! Eres voluptuosa y tímida. Tienes unas mejillas que solicitan el beso de una hermana, y labios que reclaman el beso de un amante.

—¡Cállate, tonel!—dijo Courfeyrac.

Grantaire respondió:

—¡Soy capitular y maestro en juegos florales!

Enjolrás, que estaba de pie encima de la barricada, con el fusil en la mano, levantó su rostro bello y austero. Ya sabemos que tenía algo del espartano como del puritano. Hubiera muerto en las Termópilas con Leónidos, y quemado á Drogheda con Cromvell.

—¡Grantaire!—exclamó.—Vete á dormir la mona fuera de aquí. Este es el lugar de la embriaguez, y no de la borrachera. ¡No deshonres la barricada!

Estas palabras irritadas produjeron en Grantaire un efecto singular, como si le hubiesen arrojado un vaso de agua fría al rostro. Pareció que había vuelto en sí.

Sentóse, apoyó los codos sobre la mesa cerca de la ventana, miró á Enjolrás con indecible dulzura, y le dijo:

—Déjame dormir aquí.

—Vete á dormir á otra parte.

Pero Grantaire, fijando de nuevo en él sus ojos tiernos y turbados, respondió:

—Déjame dormir aquí... hasta que aquí muera.

Enjolrás le miró desdeñosamente, diciendo:

—Grantaire, eres incapaz de creer, de pensar, de querer, de vivir y de morir.

Grantaire replicó con voz grave:

—Ya verás.

Murmuró algunas palabras ininteligibles, dejó caer su cabeza pesadamente sobre la mesa, y por un efecto bastante habitual del segundo período de la embriagúez, á que Enjolrás le había rudamente impulsado, se quedó dormido un instante después.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## IV

### *Prueba de consuelo hácia la viuda Hucheloup.*

Bahorel, admirado de la barricada, exclamaba:

—¡He aquí la calle decapitada! ¡Qué buen efecto hace!

Courfeyrac, al par que demolía algo de la taberna, procuraba consolar á la viuda tabernera.

—Tía Hucheloup, ¿no os quejábais el otro día de que os hubiesen llamado á juicio y declarado delincuente, porque Gibelotte había sacudido un cobertor desde la ventana?

—Sí, mi buen amigo Courfeyrac. ¡Ay, Dios mío! ¿Váis á poner también esta mesa en la barricada? Y no sólo por el cobertor, sino también por una maceta que se cayó desde la buhardilla á la calle, el gobierno me ha hecho pagar cien francos de multa. ¿No es ello una picardía?

—Pues bien, tía Hucheloup; nosotros os vengamos.

La tía Hucheloup, no comprendía al parecer, muy bien, todo el beneficio de esa reparación.

Quedaba satisfecha á la manera de aquella mujer árabe, que, habiendo recibido un bofetón de su marido, fué á ver á su padre pidiendo venganza, y diciéndole:

—Padre, debes á mi marido afrenta por afrenta.

El padre preguntó:

—¿En qué mejilla te ha dado el bofetón?

—En la izquierda.

El padre entonces le dió un bofetón en la derecha, y añadió:

—Ya estás satisfecha. Ve y dile á tu marido, que si él ha abofeteado á mi hija, yo he abofeteado á su mujer.

La lluvia había cesado; iban llegando reclutas; los obreros habían llevado bajo las blusas un barril de pólvora, una cesta de botellas de vitriolo, dos ó tres hachas de viento, y un canasto lleno de vasos y de lamparillas, "restos de la fiesta del rey", recientemente celebrada el primero de Mayo. Se decía que enviaba aquellas municiones un droguero del arrabal de San Antonio, llamado Pepín.

Rompieron el único farol de la calle de la Chanvrerie, la farola de la calle de San Dionisio, y todas las demás de las calles circunvecinas de Mondetour, del Cisne, de Predicadores, y de la grande y pequeña Truanderie.

Enjolrás, Combeferre y Courfeyrac lo dirigían todo.

A un tiempo se construían dos barricadas, apoyadas ambas en la misma casa de Corinto, formando escuadra; la mayor cerraba la calle de la Chanvrerie, y la otra la de Mondetour, por el lado de la calle del Cisne; esta última barricada, muy estrecha, estaba construída sólo de toneles y piedras. Había allí unos cincuenta trabajadores; una treintena de ellos con fusiles, porque de pasada habían saqueado la tienda de un armero.

Nada más extraño y abigarrado que aquella tropa.



Uno llevaba levita, un sable de caballería y dos pistolas de arzón; otro iba en mangas de camisa, con sombrero redondo y una bolsa de pólvora colgada al lado; un tercero estaba cubierto de un peto hecho con nueve hojas de papel, y armado con una aguja de enjalmar.

Había uno que gritaba: "¡Exterminemos hasta el postrero, y muramos en la punta de nuestras bayonetas!"

El que decía esto no llevaba bayoneta.

Otro mostraba encima de su levita unas correas y una cartuchera de guardia nacional, con la funda adornada con esta inscripción de lana roja: "Orden público".

Portafusiles con el número de las legiones, pocos sombreros, ninguna corbata, muchos brazos desnudos, y algunas picas...

Añádase á eso todas las edades, todas las fisonomías, jovenzuelos pálidos, y obreros ennegrecidos.

Todos se apresuraban, y al mismo tiempo que trabajaban, hablaban de los sucesos posibles:

Que se recibirían socorros á las tres de la mañana;

Que se contaba seguramente con un regimiento;

Que París se sublevaría...

Suposiciones terribles, con las cuales se mezclaba una especie de alegría cordial

Parecían hermanos, y ninguno sabía el nombre de los otros. Los grandes peligros tienen el privilegio de hacer fraternizar á los desconocidos.

En la cocina de Corinto se había encendido lumbre, y se fundían en un molde de balas todas las vasijas, cucharas, tenedores y demás vajilla de estaño del bodegón.

A pesar de todo se bebía también. Los pistones y municiones andaban revueltos en las mesas con los vasos de vino.

En la sala del billar, Hucheloup, Matelote y Gibelotte, relativamente afectadas por el terror, atontada la una, sofocada la otra y sobresaltada la tercera, desgarraban groseros y viejos paños de mano, y hacían hilas; tres insurrectos las ayudaban, tres mocetones cabelludos, barbudos y bigotudos, que deshilaban la tela con dedos de costurera, y las hacían temblar.

El hombre de elevada estatura que había llamado la atención de Courfeyrac, Combeferre y Enjolrás, en el instante en que se unía al grupo en la esquina de la calle de Billettes, trabajaba en la pequeña barricada y era útil; Gavroche trabajaba en la grande.

En cuanto al joven que había esperado á Courfeyrac en su casa, y le había preguntado por el señor Mario, había desaparecido poco después del momento en que fué detenido el ómnibus.

Gavroche, completamente entusiasmado y radiante, se había encargado de hacer adelantar la obra. Iba, venía, subía, bajaba, volvía á subir; metía ruido, brillaba; parecía que estaba allí para animar á todos.

¿Sentía algún aguijón? Sí, ciertamente; la miseria. ¿Tenía alas? Sí, indudablemente; su alegría.

Gavroche era un torbellino. Se le veía sin cesar; se le oía continuamente; lle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naba todo el espacio, encontrándose en todas partes á la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerle; la enorme barricada sentía su acción.

Molestaba á los transeuntes curiosos, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, ponía de buen humor á unos, daba aliento á otros, encolerizaba á algunos y movía á todos; pinchaba á un estudiante, mordía á un obrero; se paraba, volvía en seguida á su faena, volaba por encima del tumulto; saltaba de éstos á aquéllos, murmuraba, zumbaba, y hostigaba á todo aquel tiro; era la mosca del inmenso coche revolucionario.

En sus pequeños brazos estaba el movimiento continuo, y en sus pequeños pulmones el perpetuo clamor.

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más barriles! ¡Más trastos! ¿Dónde los hay? Una pellada de yeso para tapar este agujero. Es muy baja esa barricada; es preciso que suba más. Poned, poned ahí, echadlo todo, arriba con todo. Deshaced la casa. Una barricada es una tetera chinesca. Tomad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hijo exclamar á los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo.

—Los tubérculos sois vostros,—respondió Gavroche.—Una puerta-vidriera en una barricada, es cosa excelente; no impide el ataque, pero es un obstáculo más para tomarla. ¿No habeis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascos de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! El vidrio es muy traidor. ¡No teneis imaginación desenfrenada, amigos míos!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo. Iba de uno á otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no me dan un fusil?

—¡Un fusil á tí!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche.—¿Por qué no? ¡Bien tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolrás se encogió de hombros diciendo:

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los muchachos.

Gavroche volvió la cabeza con altanería, y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cojeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolrás.

—¡Boquirrubio!—replicó Gavroche.

Un elegante descarriado que pasaba curioseando por el extremo de la calle, vino á distraerles.

Gavroche le gritó:

—¡Venios con nosotros, joven! Pues qué, ¿no se ha de hacer nada para la vieja patria?

El elegante se escabulló.



## V

### *Los preparativos.*

Los periódicos de aquel tiempo, que dijeron que las barricadas de la calle de la Chanvrerie, aquella "construcción casi inexpugnable," como la llamaban, llegaba á la altura de los primeros pisos, se equivocaron. No pasaba de seis ó siete piés, término medio.

Estaba construida de manera que los combatientes pudiesen, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aún subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines sobrepuestos, y colocados á manera de gradas interiormente.

Por fuera, el frente de la barricada, compuesta de pilas de adoquines y de toneles, unidos por medio de vigas y tablas que se encabestraban en las ruedas del carro del calero Anceau y del ómuibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inextricable.

Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba espacio suficiente entre el extremo de la barricada más apartado del bodegón y las casas, de modo que era posible hacer una salida.

La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja flotando sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondetour, oculta detrás de la casa del figón, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto.

Enjolrás y Courfeyrac no habían creído conveniente hacer otra en el segundo extremo de la calle Mondetour, que abre paso á la calle de Predicadores para salir al mercado, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo poco el ser atacados por la peligrosa y difícil callejuela de los Predicadores.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folar en su estilo estratégico hubiera llamado ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, en que el figón hacía un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes.

Había unos veinte pasos de intervalo entre el muro de la barricada y las elevadas casas que formaban el fondo de la calle; de modo que se podía decir que la barricada estaba apoyada en aquellas casas, todas habitadas, pero cerradas de arriba á bajo.

Toda esta obra se hizo sin el menor obstáculo en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo ni una bayoneta.

Los pocos paisanos que se atrevían á pasar en aquel instante del motín por la calle de San Dionisio, daban una mirada á la calle Chanvrerie, veían la barricada, y apretaban el paso.

Terminadas que fueron las dos barricadas, y enarbolada la bandera, se sacó una mesa fuera del bodegón y se subió en ella Courfeyrac.

Enjolrás trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos, y Courfeyrac le abrió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

naba todo el espacio, encontrándose en todas partes á la vez; era una especie de ubicuidad casi irritante; no había nada que pudiese detenerle; la enorme barricada sentía su acción.

Molestaba á los transeuntes curiosos, excitaba á los perezosos, reanimaba á los fatigados, impacientaba á los pensativos, ponía de buen humor á unos, daba aliento á otros, encolerizaba á algunos y movía á todos; pinchaba á un estudiante, mordía á un obrero; se paraba, volvía en seguida á su faena, volaba por encima del tumulto; saltaba de éstos á aquéllos, murmuraba, zumbaba, y hostigaba á todo aquel tiro; era la mosca del inmenso coche revolucionario.

En sus pequeños brazos estaba el movimiento continuo, y en sus pequeños pulmones el perpetuo clamor.

—¡Bravo! ¡Más adoquines! ¡Más barriles! ¡Más trastos! ¿Dónde los hay? Una pellada de yeso para tapar este agujero. Es muy baja esa barricada; es preciso que suba más. Poned, poned ahí, echadlo todo, arriba con todo. Deshaced la casa. Una barricada es una tetera chinesca. Tomad, ahí tenéis una puerta vidriera.

Esto hijo exclamar á los trabajadores:

—¡Una puerta vidriera! ¿Para qué quieres que sirva una puerta vidriera, tubérculo.

—Los tubérculos sois vostros,—respondió Gavroche.—Una puerta-vidriera en una barricada, es cosa excelente; no impide el ataque, pero es un obstáculo más para tomarla. ¿No habeis robado nunca manzanas por encima de una pared cubierta de cascos de botella? Una puerta vidriera corta los callos de los guardias nacionales cuando quieren subir á la barricada. ¡Pardiez! El vidrio es muy traidor. ¡No teneis imaginación desenfrenada, amigos míos!

Por lo demás, estaba furioso con su pistola sin gatillo. Iba de uno á otro pidiendo:

—¡Un fusil! ¡Quiero un fusil! ¿Por qué no me dan un fusil?

—¡Un fusil á tí!—dijo Combeferre.

—¡Toma!—replicó Gavroche.—¿Por qué no? ¡Bien tuve uno en 1830 cuando se disputaba con Carlos X!

Enjolrás se encogió de hombros diciendo:

—Cuando los haya para los hombres, se darán á los muchachos.

Gavroche volvió la cabeza con altanería, y le respondió:

—Si te matan antes que á mí, cojeré el tuyo.

—¡Pilluelo!—dijo Enjolrás.

—¡Boquirrubio!—replicó Gavroche.

Un elegante descarriado que pasaba curioseando por el extremo de la calle, vino á distraerles.

Gavroche le gritó:

—¡Venios con nosotros, joven! Pues qué, ¿no se ha de hacer nada para la vieja patria?

El elegante se escabulló.



## V

### *Los preparativos.*

Los periódicos de aquel tiempo, que dijeron que las barricadas de la calle de la Chanvrerie, aquella "construcción casi inexpugnable," como la llamaban, llegaba á la altura de los primeros pisos, se equivocaron. No pasaba de seis ó siete piés, término medio.

Estaba construida de manera que los combatientes pudiesen, á voluntad, ocultarse detrás, ó dominar el paso, y aún subir á la cima por medio de una cuádruple fila de adoquines sobrepuestos, y colocados á manera de gradas interiormente.

Por fuera, el frente de la barricada, compuesta de pilas de adoquines y de toneles, unidos por medio de vigas y tablas que se encabestraban en las ruedas del carro del calero Anceau y del ómuibus, presentaba el aspecto de un obstáculo erizado é inextricable.

Una cortadura suficiente para que un hombre pudiese pasar por ella, dejaba espacio suficiente entre el extremo de la barricada más apartado del bodegón y las casas, de modo que era posible hacer una salida.

La lanza del ómnibus estaba puesta verticalmente; y á ella, atada con cuerdas, una bandera roja flotando sobre la barricada.

La pequeña barricada Mondetour, oculta detrás de la casa del figón, no se veía. Las dos barricadas reunidas formaban un verdadero reducto.

Enjolrás y Courfeyrac no habían creído conveniente hacer otra en el segundo extremo de la calle Mondetour, que abre paso á la calle de Predicadores para salir al mercado, queriendo sin duda conservar la posibilidad de una comunicación con el exterior, y temiendo poco el ser atacados por la peligrosa y difícil callejuela de los Predicadores.

Con esta salida libre, que constituía lo que Folar en su estilo estratégico hubiera llamado ramal de trinchera, y con la estrecha cortadura de la calle de la Chanvrerie, el interior de la barricada, en que el figón hacía un ángulo saliente, presentaba un cuadrilátero irregular, cerrado por todas partes.

Había unos veinte pasos de intervalo entre el muro de la barricada y las elevadas casas que formaban el fondo de la calle; de modo que se podía decir que la barricada estaba apoyada en aquellas casas, todas habitadas, pero cerradas de arriba á bajo.

Toda esta obra se hizo sin el menor obstáculo en menos de una hora, y sin que aquel puñado de hombres atrevidos viese aparecer una gorra de pelo ni una bayoneta.

Los pocos paisanos que se atrevían á pasar en aquel instante del motín por la calle de San Dionisio, daban una mirada á la calle Chanvrerie, veían la barricada, y apretaban el paso.

Terminadas que fueron las dos barricadas, y enarbolada la bandera, se sacó una mesa fuera del bodegón y se subió en ella Courfeyrac.

Enjolrás trajo el cofre cuadrado, que estaba lleno de cartuchos, y Courfeyrac le abrió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando aparecieron los cartuchos, temblaron los más valientes y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer más con las balas que se estaban fundiendo en el bodegón.

En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; y se guardó en reserva.

El toque de llamada que recorría todo Paris no cesaba, pero había acabado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso; un ruido que se aproximaba, ó se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, sin precipitación, con gravedad solemne.

Enjolrás colocó tres centinelas fuera de las barricadas; uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la Petit-Truanderie.

Construidas las baricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, colocados los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, donde no palpitaba el menor movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya en medio de aquella obscuridad y de aquel silencio en que se sentía avanzar algo que tenía cierto sabor trágico y terrorifico, aislados, armados, resueltos, y tranquilos, esperaron.

## VI

### *Esperando.*

Durante aquellas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso decirlo, porque ello pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; mientras una gran cacerola llena de estaño y plomo fundido para la fabricación de balas, humeaba sobre un hornillo ardiente; mientras los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras Enjolrás, á quien nada podía distraer, cuidaba de los centinelas; Combeferre, Courfeyrc, Juan Provaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros, buscaron y se reunieron como en los días más pacíficos de sus conversaciones estudiantiles, y en un rincón de aquella taberna convertido en casamata, á dos pasos del reducto que habían construído, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de su silla, aquellos jóvenes, tan próximos á una hora suprema, se pusieron á entonar versos amorosos. ¿Qué versos? Hélos aquí:

¿Te acuerdas tú de aquella dulce vida,
Cuando tiernos y jóvenes los dos,
Sin agitar el pecho otras envidias
Que del bien parecer y del amor;

Que sumando tus años á los míos
La suma á los cuarenta no alcanzó,



Y que en nuestra morada, dulce nido,
En primavara, invierno se trocó?

¡Oh, qué tiempos! Manuel sabio y valiente,
París santos banquetes celebraba,
Foy lanzaba sus rayos, y en tu berta
Había un alfiler que me pinchaba.

Todos te contemplaban. Yo abogado
Sin pleitos, á comer te convidaba
Al Prado, y tú estabas tan hermosa
Que por verte sus flores se agitaban.

Yo las oí decir: ¡Cuánta hermosura!
¡Cómo perfuma su cabello el aire!
Bajo su manteleta alas esconde,
Es su sombre la corona de angel.

Vagábamos los dos unidos siempre,
Y las gentes pensaban al mirarnos
Que el amor en nosotros desposaba
El tierno abril con el florido mayo.

Saboreando sólos, sin testigos,
Aquel fruto dulcísimo vedado,
Nunca mi boca formuló un deseo
Que por tu corazón fuera negado.

Fué la Sorbona el sitio donde siempre
Te adoraba la noche y la mañana,
Que es así como una alma tierna aplica
Su latin amoroso sobre el mapa.

Cuando en el cuarto aquel la primavera
¡Oh plazas de Maubert y del Delfín!
Alisabas tu media transparente,
Un astro vislumbraba en el confín.

Mucho leí á Platón, y ya nada me falta
Mejor que Lomennais y que Malebranche.
Tú la bondad celeste me mostrabas
Con una flor que me quisieras dar.

Te obedecía yo, y estabas tú sumisa.
¡Oh dorado desván! donde desenlazaba
Tus cintas, contemplándote en camisa
En el espejo en que te retratabas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando aparecieron los cartuchos, temblaron los más valientes y hubo un momento de silencio.

Courfeyrac los distribuyó sonriendo.

Cada uno recibió treinta cartuchos.

Muchos tenían pólvora, y se pusieron á hacer más con las balas que se estaban fundiendo en el bodegón.

En cuanto al barril de pólvora, estaba sobre una mesa aparte cerca de la puerta; y se guardó en reserva.

El toque de llamada que recorría todo Paris no cesaba, pero había acabado por no ser más que un ruido monótono del que nadie hacía caso; un ruido que se aproximaba, ó se alejaba, con lúgubres ondulaciones.

Cargaron los fusiles y las carabinas todos á la vez, sin precipitación, con gravedad solemne.

Enjolrás colocó tres centinelas fuera de las barricadas; uno en la calle de la Chanvrerie, otro en la calle de Predicadores, y el tercero en la esquina de la Petit-Truanderie.

Construidas las baricadas, designados los puestos, cargados los fusiles, colocados los centinelas, solos en aquellas calles temibles, por donde no pasaba ya nadie, rodeados de aquellas casas mudas, y como muertas, donde no palpitaba el menor movimiento humano, envueltos en las sombras crecientes del crepúsculo que empezaba ya en medio de aquella obscuridad y de aquel silencio en que se sentía avanzar algo que tenía cierto sabor trágico y terrorifico, aislados, armados, resueltos, y tranquilos, esperaron.

## VI

### *Esperando.*

Durante aquellas horas de espera, ¿qué hicieron?

Es preciso decirlo, porque ello pertenece á la historia.

Mientras los hombres hacían cartuchos, y las mujeres hilas; mientras una gran cacerola llena de estaño y plomo fundido para la fabricación de balas, humeaba sobre un hornillo ardiente; mientras los centinelas velaban arma al brazo en la barricada; mientras Enjolrás, á quien nada podía distraer, cuidaba de los centinelas; Combeferre, Courfeyrc, Juan Provaire, Feuilly, Bossuet, Joly, Bahorel y algunos otros, buscaron y se reunieron como en los días más pacíficos de sus conversaciones estudiantiles, y en un rincón de aquella taberna convertido en casamata, á dos pasos del reducto que habían construído, con las carabinas cebadas, cargadas y apoyadas en el respaldo de su silla, aquellos jóvenes, tan próximos á una hora suprema, se pusieron á entonar versos amorosos. ¿Qué versos? Hélos aquí:

¿Te acuerdas tú de aquella dulce vida,
Cuando tiernos y jóvenes los dos,
Sin agitar el pecho otras envidias
Que del bien parecer y del amor;

Que sumando tus años á los míos
La suma á los cuarenta no alcanzó,



Y que en nuestra morada, dulce nido,
En primavara, invierno se trocó?

¡Oh, qué tiempos! Manuel sabio y valiente,
París santos banquetes celebraba,
Foy lanzaba sus rayos, y en tu berta
Había un alfiler que me pinchaba.

Todos te contemplaban. Yo abogado
Sin pleitos, á comer te convidaba
Al Prado, y tú estabas tan hermosa
Que por verte sus flores se agitaban.

Yo las oí decir: ¡Cuánta hermosura!
¡Cómo perfuma su cabello el aire!
Bajo su manteleta alas esconde,
Es su sombre la corona de angel.

Vagábamos los dos unidos siempre,
Y las gentes pensaban al mirarnos
Que el amor en nosotros desposaba
El tierno abril con el florido mayo.

Saboreando sólos, sin testigos,
Aquel fruto dulcísimo vedado,
Nunca mi boca formuló un deseo
Que por tu corazón fuera negado.

Fué la Sorbona el sitio donde siempre
Te adoraba la noche y la mañana,
Que es así como una alma tierna aplica
Su latin amoroso sobre el mapa.

Cuando en el cuarto aquel la primavera
¡Oh plazas de Maubert y del Delfín!
Alisabas tu media transparente,
Un astro vislumbraba en el confín.

Mucho leí á Platón, y ya nada me falta
Mejor que Lomennais y que Malebranche.
Tú la bondad celeste me mostrabas
Con una flor que me quisieras dar.

Te obedecía yo, y estabas tú sumisa.
¡Oh dorado desván! donde desenlazaba
Tus cintas, contemplándote en camisa
En el espejo en que te retratabas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Y quién nunca podrá echar en olvido
De aquellos tiempos la lucida aurora,
De cintas y de flores y de rizos
En que hablaba el amor su lengua hermosa.

Era nuestro jardín de un tiesto el tulipán;
Tú los vidrios cubrías con tu lindo jubón;
Y la cuenca de arcilla yo solía tomar
Cediéndote la taza de piedra del Japón.

¡Y aquellas grandes penas que solía causarnos
El ver tu boa perdido, quemado tu manchón!
¡Y aquel bello retrato del divino Shakespeare
Vendido cierto día para una colación!

Era yo mendicante y tú caritativa,
Besé de agradecido tu mano tersa y blanca;
Dante in folio, ¿te acuerdas? de mesa nos servía
Para cenar alegres unas cuantas castañas.

Cuando por vez primera en mi desván alegre
Fundí un beso de fuego, de tu labio al calor,
Al verte despeinada, ruborosa la frente,
Palidecí, creyendo desde luego en Dios.

¿Recuerdas nuestras dichas, sin número, infinitas,
Y los pañuelos rotos en mil y mil girones?
¡Ay, sí! ¡cuántos suspiros que al cielo de las dichas
Volaron desde el fondo de nuestros corazones!

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el triste reposo de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético á estos versos, murmurados á media voz en el crepúsculo por Juan Provaire, que, según hemos dicho ya, era un tiernísimo poeta.

Y todos aquellos jóvenes saboreaban aquel rato de delicia contemplativa como en los felices días en que se reunían sin zozobra en la apartada sala del cafe Musain.

La preocupación política huía ante la fantasía de la juventud sentimental.

Entre tanto, se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de carnaval se ven precediendo á los coches cargados de máscaras que van á la Courtille.

Estas luminarias, como hemos dicho, venían del arrabal de San Antonio.

Habían metido la antorcha en una especie de jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del viento, y arreglada de modo que toda la luz diese sobre la bandera.

La calle y la barricada quedaban en la obscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como una enorme linterna sorda.

Esta luz extendía sobre la escarlata de la bandera un tinte de púrpura terrible.



## VII

### Un hombre reclutado en la calle de Billettes.

La noche había ya caído por completo; nadie se acercaba.

No se oían más que rumores confusos, y por instantes descargas, pero raras, débiles y lejanas.

Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas.

Estos cincuenta hombres esperaban á sesenta mil.

Enjolrás se sentía dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos.

Fué á buscar á Gavroche que se había puesto á hacer cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas colocadas sobre el mostrador, por precaución á causa de la pólvora esparcida sobre las mesas.

Además, los insurrectos habían tenido buen cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche en aquel instante estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja, y había ido á sentarse junto á la mesa menos alumbrada.

Habíale tocado un fusil de munición del mejor modelo, que sostenía entre ambas piernas.

Gavroche, hasta entonces distraído por mil cosas "divertidas," no había ni aún reparado en aquel hombre.

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y después, en cuanto el hombre se sentó, se levantó el pilluelo repentinamente, como impulsado por una idea extraña.

Los que hubieran observado á aquel hombre hasta aquel momento, le habrían visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurrectos con singular atención; pero desde que entró en la sala se sumergió en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que pasaba.

El pilluelo se aproximó á aquel hombre pensativo, y empezó á dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno.

Al mismo tiempo en su rostro infantil, á la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan: ¡Ah! ¡Bah!... ¡No es posible!... ¡Tengo telarañas en los ojos!... ¡Delirio!.... ¿Será él?... No, no es..... ¡Pero sí! ¡Pero no! etc., etc.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, agitaba el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior.

¡Y quién nunca podrá echar en olvido
De aquellos tiempos la lucida aurora,
De cintas y de flores y de rizos
En que hablaba el amor su lengua hermosa.

Era nuestro jardín de un tiesto el tulipán;
Tú los vidrios cubrías con tu lindo jubón;
Y la cuenca de arcilla yo solía tomar
Cediéndote la taza de piedra del Japón.

¡Y aquellas grandes penas que solía causarnos
El ver tu boa perdido, quemado tu manchón!
¡Y aquel bello retrato del divino Shakespeare
Vendido cierto día para una colación!

Era yo mendicante y tú caritativa,
Besé de agradecido tu mano tersa y blanca;
Dante in folio, ¿te acuerdas? de mesa nos servía
Para cenar alegres unas cuantas castañas.

Cuando por vez primera en mi desván alegre
Fundí un beso de fuego, de tu labio al calor,
Al verte despeinada, ruborosa la frente,
Palidecí, creyendo desde luego en Dios.

¿Recuerdas nuestras dichas, sin número, infinitas,
Y los pañuelos rotos en mil y mil girones?
¡Ay, sí! ¡cuántos suspiros que al cielo de las dichas
Volaron desde el fondo de nuestros corazones!

La hora, el lugar, la evocación de aquellos recuerdos de la juventud, algunas estrellas que empezaban á brillar en el cielo, el triste reposo de aquellas calles desiertas, la inminencia de la aventura inexorable que se preparaba, daban un encanto patético á estos versos, murmurados á media voz en el crepúsculo por Juan Provaire, que, según hemos dicho ya, era un tiernísimo poeta.

Y todos aquellos jóvenes saboreaban aquel rato de delicia contemplativa como en los felices días en que se reunían sin zozobra en la apartada sala del cafe Musain.

La preocupación política huía ante la fantasía de la juventud sentimental.

Entre tanto, se había encendido una antorcha en la barricada pequeña, y en la grande una de esas hachas que el martes de carnaval se ven precediendo á los coches cargados de máscaras que van á la Courtille.

Estas luminarias, como hemos dicho, venían del arrabal de San Antonio.

Habían metido la antorcha en una especie de jaula de adoquines cerrada por tres lados para abrigarla del viento, y arreglada de modo que toda la luz diese sobre la bandera.

La calle y la barricada quedaban en la obscuridad, y no se veía más que la bandera roja formidablemente iluminada como una enorme linterna sorda.

Esta luz extendía sobre la escarlata de la bandera un tinte de púrpura terrible.



## VII

### Un hombre reclutado en la calle de Billettes.

La noche había ya caído por completo; nadie se acercaba.

No se oían más que rumores confusos, y por instantes descargas, pero raras, débiles y lejanas.

Este plazo, que se prolongaba, era señal de que el gobierno se tomaba tiempo y reunía sus fuerzas.

Estos cincuenta hombres esperaban á sesenta mil.

Enjolrás se sentía dominado por esa impaciencia que se apodera de las almas fuertes en el umbral de los grandes sucesos.

Fué á buscar á Gavroche que se había puesto á hacer cartuchos en la sala baja, á la dudosa claridad de dos velas colocadas sobre el mostrador, por precaución á causa de la pólvora esparcida sobre las mesas.

Además, los insurrectos habían tenido buen cuidado de no encender luz en los pisos superiores.

Gavroche en aquel instante estaba muy pensativo, aunque no precisamente por sus cartuchos.

El hombre de la calle de Billettes acababa de entrar en la sala baja, y había ido á sentarse junto á la mesa menos alumbrada.

Habíale tocado un fusil de munición del mejor modelo, que sostenía entre ambas piernas.

Gavroche, hasta entonces distraído por mil cosas "divertidas," no había ni aún reparado en aquel hombre.

Cuando entró le siguió maquinalmente con la vista, admirando su fusil, y después, en cuanto el hombre se sentó, se levantó el pilluelo repentinamente, como impulsado por una idea extraña.

Los que hubieran observado á aquel hombre hasta aquel momento, le habrían visto espiarlo todo en la barricada y en el grupo de los insurrectos con singular atención; pero desde que entró en la sala se sumergió en el recogimiento, y parecía no ver nada de lo que pasaba.

El pilluelo se aproximó á aquel hombre pensativo, y empezó á dar vueltas en derredor suyo sobre la punta de los pies, como se hace cuando no se quiere despertar á alguno.

Al mismo tiempo en su rostro infantil, á la vez tan descarado y tan serio, tan vivo y tan profundo, tan alegre y tan entusiasta, se fueron pintando sucesivamente todos esos gestos de viejo que significan: ¡Ah! ¡Bah!... ¡No es posible!... ¡Tengo telarañas en los ojos!... ¡Delirio!.... ¿Será él?... No, no es..... ¡Pero sí! ¡Pero no! etc., etc.

Gavroche se balanceaba sobre sus talones, crispaba sus manos en los bolsillos, agitaba el cuello como un pájaro, y empleaba en un gesto de desprecio toda la sagacidad de su labio inferior.

Estaba estupefacto, vacilante, incrédulo, convencido, deslumbrado. Tenía el semblante de un jefe de eunucos en el mercado de esclavas, descubriendo una Venus entre mil mujeronas, y el gesto de un aficionado reconociendo un cuadro de Rafael entre un montón de mamarrachos.

Obraban en él á un tiempo mismo el instinto que olfatea y la inteligencia que combina.



En lo más profundo de este exámen se acercó á él Enjolrás.

—Tú eres pequeño,—le dijo,—y nadie te verá. Sal de las barricadas, deslízate á lo largo de las casas, date una mirada por las calles, y ven á decirme lo que hay.

Gavroche se empinó sobre sí mismo.

—¡Los pequeños servimos, pues, para algo! ¡Esto es una felicidad! Allá voy. Pero entre tanto, confiad de los pequeños y desconfiad de los grandes.

Y levantando la cabeza y bajando la voz, añadió señalando al hombre de la calle de Billettes:



—¿Veis aquel grande?

—¿Y qué?

—Es un espía.

—¿Estás seguro?

—Aun no hace quince días que me bajó cogido de la oreja, de la cornisa del Puente Real, adonde estaba yo tomando el fresco.

Enjolrás se separó inquieto del pilluelo y le dijo por lo bajo algunas palabras á un obrero del muelle de vinos que estaba allí.

El obrero salió de la sala, y volvió al momento acompañado de otros tres.

Entonces Enjolrás se acercó al hombre, y le preguntó:

—¿Quién sois?

A esta brusca interrogación, el hombre se sobresaltó; dirigió á Enjolrás una mirada que penetró hasta el fondo de su cándida pupila, pareciendo adivinar su pensamiento.

Sonrió entonces con la sonrisa más desdeñosa, más enérgica y resuelta del mundo, contestando con altiva gravedad:

—Ya os entiendo.... ¡Pues bien, sí!

—¿Sois un espía?

—Soy agente de la autoridad.

—¿Cómo os llamáis?

—Javert.

Enjolrás hizo una señal á los cuatro hombres, y en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Javert tuviese tiempo de volverse, le cogieron por el cuello, le derribaron y le registraron.

Se le encontró encima una tarjetita circular pegada entre dos vidrios, la cual tenía grabadas por un lado las armas de Francia y esta leyenda: "Inspección y vigilancia," y en la otra esta mención: "JAVERT, inspector de policía; edad, cincuenta y dos años," con la firma del prefecto de policía de entonces, Gisquet.

Llevaba además su reloj y su bolsillo, éste contenía algunas monedas de oro; se le dejó la bolsa y el reloj.

Detrás del reloj, en el fondo del bolsillo, descubrióse por el tacto un papel doblado, que desdobló Enjolrás, leyendo estas cuatro líneas, escritas de mano del prefecto de policía:

"En cuanto el inspector Javert, haya cumplido su misión política, se asegurará, por medio de una vigilancia especial, de si es cierto que algunos malhechores andan vagando por la ribera baja de la derecha del Sena, cerca del Puente de Jena."

Terminado el registro, levantaron á Javert, sujetáronle los brazos por detrás de la espalda, y le ataron en medio de la sala baja, al mencionado poste que había dado antiguamente nombre al bodegón.

Gavroche, que había presenciado y aprobado toda la escena con silenciosos movimientos de cabeza, se acercó á Javert y le dijo:

—Es el ratón el que ha cogido al gato.

Todo esto se había ejecutado con tanta rapidéz, que todo estaba concluído cuando empezaron á notarlo en el figón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alguién había visto al obrero del muelle de vinos, hablar misteriosamente con sus tres compañeros, examinar sus pistolas, y esconder bajo la blusa un lío de cuerdas; la curiosidad le obligó á seguirlos hasta la puerta del bodegón, pero no entró dentro con ellos.

Refirió á otros lo que había observado, y ya entonces empezó á circular aquel



rumor que donde hay mucha gente reunida, pone en movimiento, por una futilidad cualquiera á los más impacientes ó más ávidos de emociones.

Javert no había dado ni un grito; y en cuanto estuvo atado al poste, acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre, y los demás que andaban dispersos por las barricadas.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podía hacer un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía,—dijo Enjolrás.



Y volviéndose hácia Javert:

—Seréis fusilado diez minutos antes de que se tome la barricada.

Javert replicó con su acento peculiar más imperioso:

—¿Por qué no en seguida?

—Por economía de pólvora.

—Entonces matadme de una cuchillada.

—¡Polizonte,—exclamó el arrogante Enjolrás—nosotros somos jueces y no asesinos!

Después llamó á Gavroche.

—¡Tú á tu negocio! ¡Haz lo que te he dicho!

—Voy,—contestó Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

—A propósito: ¡me dareis su fusil! Yo os dejo el músico, pero quiero el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar, saltando en seguida alegremente, por la cortadura de la gran barricada.

## VIII

### Varias preguntas á propósito de un tal Cabuc, que quizá no se llamaba Cabuc.

La pintura trágica que hemos emprendido no sería completa, y el lector no vería en ella, en su relieve exacto y verdadero, esos grandes momentos del drama social y del desarrollo revolucionario en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en nuestro bosquejo un incidente lleno de cierto horror épico y feroz que ocurrió casi al tiempo mismo de marcharse Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y confunden al rodar un montón de hombres tumultuosos, á los cuales nadie pregunta de dónde vienen.

Entre los transeuntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolrás, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de esportillero, bastante usada de los hombros, que gesticulaba y vociferaba, con cierto aspecto de borracho salvaje.

Aquel hombre llamado ó apodado Cabuc, y desconocido completamente á los que pretendían conocerlo, muy ebrio, como hemos dicho, ó aparentando estarlo, se había sentado con algunos otros á una mesa que habían sacado fuera del bodegón.

El tal Cabuc, al mismo tiempo que hacía beber á sus compañeros de conversación, parecía contemplar con aire reflexivo la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y daban frente á la de San Dionisio.

De repente exclamó:

—Compañeros, mirad, desde esa casa es donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alguién había visto al obrero del muelle de vinos, hablar misteriosamente con sus tres compañeros, examinar sus pistolas, y esconder bajo la blusa un lío de cuerdas; la curiosidad le obligó á seguirlos hasta la puerta del bodegón, pero no entró dentro con ellos.

Refirió á otros lo que había observado, y ya entonces empezó á circular aquel



rumor que donde hay mucha gente reunida, pone en movimiento, por una futilidad cualquiera á los más impacientes ó más ávidos de emociones.

Javert no había dado ni un grito; y en cuanto estuvo atado al poste, acudieron Courfeyrac, Bossuet, Joly, Combeferre, y los demás que andaban dispersos por las barricadas.

Javert, recostado en el poste, y tan rodeado de cuerdas que no podía hacer un movimiento, levantaba la cabeza con la serenidad intrépida del hombre que no ha mentido nunca.

—Es un espía,—dijo Enjolrás.



Y volviéndose hácia Javert:

—Seréis fusilado diez minutos antes de que se tome la barricada.

Javert replicó con su acento peculiar más imperioso:

—¿Por qué no en seguida?

—Por economía de pólvora.

—Entonces matadme de una cuchillada.

—¡Polizonte,—exclamó el arrogante Enjolrás—nosotros somos jueces y no asesinos!

Después llamó á Gavroche.

—¡Tú á tu negocio! ¡Haz lo que te he dicho!

—Voy,—contestó Gavroche.

Y deteniéndose en el momento de partir, añadió:

—A propósito: ¡me dareis su fusil! Yo os dejo el músico, pero quiero el clarinete.

El pilluelo hizo el saludo militar, saltando en seguida alegremente, por la cortadura de la gran barricada.

## VIII

### Varias preguntas á propósito de un tal Cabuc, que quizá no se llamaba Cabuc.

La pintura trágica que hemos emprendido no sería completa, y el lector no vería en ella, en su relieve exacto y verdadero, esos grandes momentos del drama social y del desarrollo revolucionario en que la convulsión se mezcla con la fuerza, si omitiésemos en nuestro bosquejo un incidente lleno de cierto horror épico y feroz que ocurrió casi al tiempo mismo de marcharse Gavroche.

Los grupos, como es sabido, son bolas de nieve, y confunden al rodar un montón de hombres tumultuosos, á los cuales nadie pregunta de dónde vienen.

Entre los transeuntes que se habían unido al grupo dirigido por Enjolrás, Combeferre y Courfeyrac, había uno que llevaba una chaqueta de esportillero, bastante usada de los hombros, que gesticulaba y vociferaba, con cierto aspecto de borracho salvaje.

Aquel hombre llamado ó apodado Cabuc, y desconocido completamente á los que pretendían conocerlo, muy ebrio, como hemos dicho, ó aparentando estarlo, se había sentado con algunos otros á una mesa que habían sacado fuera del bodegón.

El tal Cabuc, al mismo tiempo que hacía beber á sus compañeros de conversación, parecía contemplar con aire reflexivo la casa grande del fondo de la barricada, cuyos cinco pisos dominaban toda la calle y daban frente á la de San Dionisio.

De repente exclamó:

—Compañeros, mirad, desde esa casa es donde debemos tirar. Puestos en las ventanas, ¡ni el diablo entra en la calle!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Sí; pero está cerrada la casa,—dijo uno de los bebedores.

—Y no querrán abrir,—dijo otro.

—¡Llamemos!

—No abrirán.

—¡Echemos abajo la puerta!

Cabuc corre á la puerta, que tenía un llamador muy pesado, y llama, pero no abren la puerta. Vuelve á llamar; nadie responde. Da un tercer golpe; el mismo silencio.

—¿Hay alguien por aquí?—gritó Cabuc.

Nadie se movió.

Entonces cogió un fusil y empezó á dar culatazos á la puerta.

Era una puerta antigua de pasadizo, cintrada, baja, estrecha, sólida, de encina maciza, forrada por el interior de una chapa de palastro y de una armadura de hierro; verdadera poterna de fortaleza.

Los culatazos hacían temblar la casa, pero no conmovían la puerta.

Los vecinos debieron, sin embargo, alarmarse, porque al fin se vió iluminarse y abrirse un ventanillo cuadrado del tercer piso, y aparecer en él una luz y la cara bonachona y asustada de un buen hombre de pelo entrecano, que era el portero.

El que daba los culatazos se paró.

—Señores,—dijo el portero,—¿qué se ofrece?

—¡Abre!—dijo Cabuc.

—Señores, no se puede.

—¡Abre, sea como fuere!

—¡Es imposible, señores!

—¡Yo te daré lo imposible!

—Cabuc cogió el fusil y apuntó al portero; pero estaba debajo y era de noche; éste no le vió.

—¿Quiéres abrir? ¿Sí ó no?

—¡No, señores!

—¿Dices que no?

—Digo que no, buenos....

El portero no pudo acabar, partió el tiro; la bala le entró por debajo de la barba y le salió por la nuca, después de atravesar la vena yugular.

El pobre viejo cayó sin dar un suspiro; la luz se le fué de las manos y se apagó; no viéndose después más que una cabeza inmóvil, recostada en el borde de la ventana, y un poco de humo blanquecino que subía hacia el tejado.

—¡Ahí queda!—dijo Cabuc, dando un culatazo en el suelo.

Apenas había pronunciado esta palabra, sintió una mano que le cogió del cuello con la fuerza de la garra de un águila, y oyó una voz que le decía:

—¡De rodillas!

El asesino se volvió, y vió delante de sí el rostro pálido y sereno de Enjolrás, que tenía una pistola en la mano.

Había acudido al oír la detonación.

Con la mano izquierda había cogido el cuello, la blusa, la camisa y el tirante de Cabuc.

—¡De rodillas—repitió.



Y con un movimiento soberano, el delicado joven de veinte años dobló como una caña al robusto ganapán, haciéndole caer de rodillas sobre el lodo.

Cabuc trató de resistir; pero parecía sujetado por un puño sobrehumano.

Enjolrás, pálido, con el cuello descubierto, los cabellos esparcidos y el rostro femenil, tenía en aquel momento algo de la famosa Témis de la antigüedad.

Su expresiva nariz, y sus ojos bajos, daban á su implacable perfil griego, aquella expresión de cólera y de castidad que el mundo antiguo creía propiedad de la justicia.

Todos los de la barricada habían acudido, y colocándose en círculo á cierta distancia, conociendo que era imposible pronunciar una palabra ante lo que iban á ver.

Cabus, vencido, no trataba ya de defenderse, y temblaba de piés á cabeza. Enjolrás le soltó, y sacó el reloj.

—Recógete en tí mismo!—le dijo.—Reflexiona ú ora. ¡Te queda un minuto!

—¡Perdón!—murmuró el asesino. Después bajó la cabeza, y balbuceó algunos juramentos inarticulados.

Enjolrás no apartó la vista del reloj, dejó pasar el minuto y volvió el reloj al bolsillo.

En seguida cogió por los cabellos á Cabuc, que se revolvía contra sus rodillas, aullando, y apoyó en su oreja el cañón de la pistola.

Muchos de aquellos hombres intrépidos que habían entrado tan tranquilamente en una de las terribles aventuras, volvieron la cabeza.

Oyóse la explosión; el asesino cayó al suelo, boca abajo.

Enjolrás se enderezó, paseando en derredor suyo una mirada convencida y severa.

Luego empujó el cadáver con el pié, diciendo:

—Quitad eso de ahí.

Tres hombres levantaron el cuerpo del asesino, que se agitaba en las últimas convulsiones maquinales de la vida espirante, y le arrojaron por encima de la barricada en la callejuela Mondetour.

Enjolrás se había quedado pensativo. No se sabe qué grandiosas tinieblas se esparcieron lentamente sobre su imponente severidad.

De pronto levantó la voz; todos le escucharon en silencio.

—Ciudadanos,—dijo Enjolrás:—lo que este hombre ha hecho es espantoso, lo que yo he hecho es horrible. Le he matado, por haber matado; y he debido hacerlo, porque la insurrección debe tener su disciplina. El asesinato es ahora mayor crimen que en otras circunstancias; estamos bajo los ojos de la revolución, somos los apóstoles de la república; somos las víctimas del deber, y es preciso que nadie pueda calumniar nuestra lucha. Por esto he juzgado y condenado á muerte á ese hombre. En cuanto á mí, obligado á hacer lo que he hecho, pero aborreciéndolo, me he juzgado también, y pronto vais á ver cómo me he condenado.

Los que le escucharon temblaron.

—Nosotros participamos de tu suerte,—dijo Combeferre.

—¡Gracias!—respondió Enjolrás.—Pero oidme todavía una palabra. Al matar á ese hombre he obedecido á la necesidad; pero la necesidad es un mónstruo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del viejo mundo, la necesidad se llama Fatalidad. La ley del progreso es que los mónstruos desaparezcan ante los ángeles, y que la Fatalidad se desvanezca ante la Fraternidad.

"No es este momento á propósito para pronunciar la palabra amor. No importa; yo la pronuncio y la glorifico. Amor mútuo, el porvenir es tuyo. Muerte, yo me sirvo de tí, pero te aborrezco.

"Ciudadanos, en el porvenir no habrá tinieblas, ni rayos, ni feroz ignoran-



cia, ni pena sangrienta del Talión; como no habrá Satanás, no habrá tampoco necesidad de arcángel. En lo porvenir nadie matará á nadie; le tierra resplandecerá, y el género humano amará. Ciudadanos, llegará ese día en que todo será amor, concordia, armonía, luz, alegría y vida; vendrá, sí; y para que venga, nosotros vamos á morir."

Enjolrás se calló.



Sus labios de virgen se cerraron, y quedó por un buen espacio, de pie en el sitio en que había derramado aquella sangre, con la inmovilidad del mármol. Su mirada fija hacía que se hablase por lo bajo á su alrededor.

Juan Prevaire y Combeferre, se estrechaban la mano silenciosamente, apoyados uno contra el otro en el ángulo de la barricada, miraban con cierta admiración algo compasiva á aquel joven tan grave, verdugo y sacerdote, trasparente como el cristal y duro como la roca.

Digamos, de paso, que después del combate, cuando los cadáveres fueron llevados al depósito y registrados, se encontró en el de Cabuc una cédula de agente de policía.

El autor de este libro ha tenido en sus manos, en el año 1848, el informe especial dado con ese motivo al prefecto de policía de 1832.

Añadamos que si hemos de creer una tradición de policía extraña, pero probablemente fundada. Cabuc era Claquesous. El hecho es que desde la muerte de Cabuc no volvió á hablarse más de Claquesous.

Aquel miserable no dejó huella alguna de su desaparición; parecía haberse amalgamado con lo invisible. su vida había sido toda tinieblas; su fin debió ser la noche.

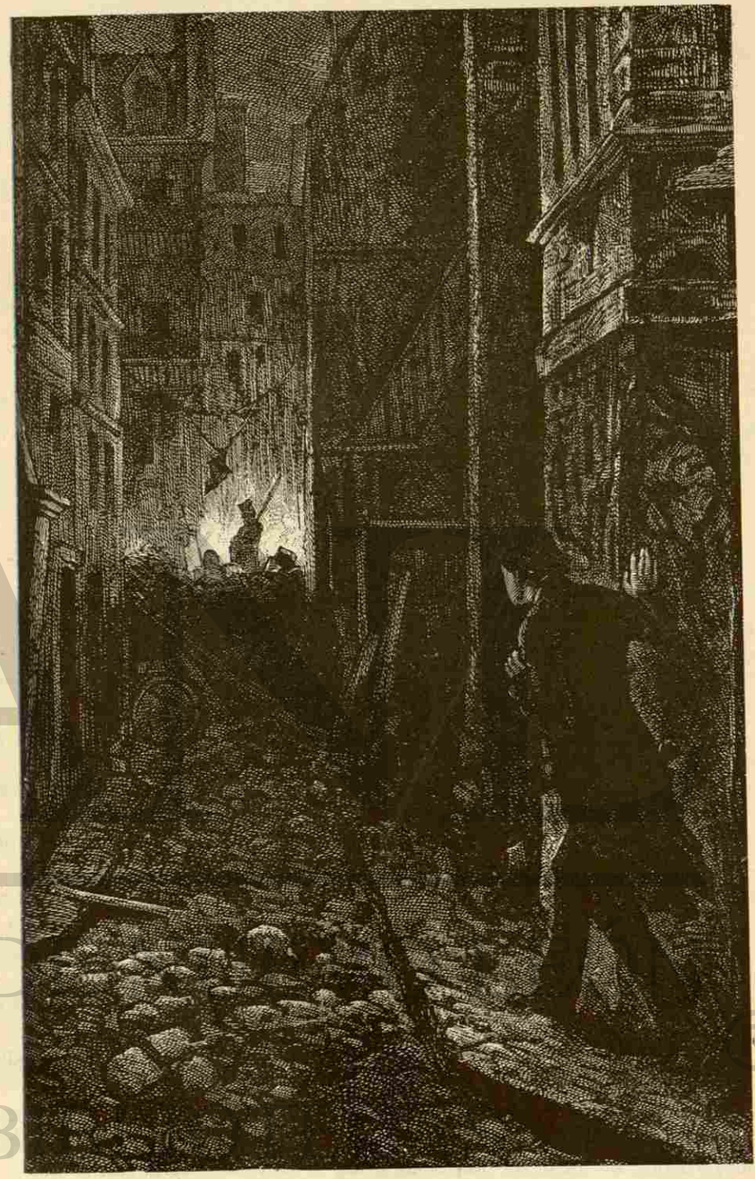
Por el contrario, todos los que componían la banda de malhechores de que él formaba parte, figuraron más ó menos, después, y su fin fué conocido bajo las diversas fases que reviste la existencia de bandido.

Todo el grupo de insurrectos se hallaba aún bajo la emoción de aquel proceso trágico, instruído y terminado tan rápidamente, cuando Courfeyrac volvió á ver en la barricada al jovencillo que por la mañana había preguntado en su casa por Mario.

Aquel muchacho de aspecto atrevido é indiferente, había vuelto por la noche á reunirse con los insurrectos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Mario entra en la sombra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA D
DIRECCIÓN GENERAL DE B

# LIBRO DÉCIMOTERCERO.

## MARIO ENTRA EN LA SOMBRA.

### I.

***Desde la calle Plumet al barrio de San Dionisio.***

Aquella voz que al través del crepúsculo había llamado á Mario á la barricada de la calle Chanvrerie, le había producido el mismo efecto que la voz del destino.

Quería morir y se le presentaba la ocasión; llamaba á la puerta de la tumba, y una mano en la sombra le entregaba la llave.

Esas lúgubres brechas que se abren en las tinieblas, ante la desesperación, son tentadoras.

Mario separó la verja que le había dejado pasar tantas veces: salió del jardín, y dijo: "¡vamos!"

Loco de dolor, no sintiendo nada fijo y sólido en su cerebro, incapaz de aceptar nada de la suerte después de aquellos dos meses pasados en la embriaguez de la juventud y del amor, abrumado á la vez por todas las cavilaciones de la desesperación, no tenía más que un deseo: acabar brevemente con la vida.

Empezó á andar rápidamente; precisamente iba armado de los dos cachorrillos que le dió Javert.

El joven á quien había creído ver, se había perdido en la obscuridad de las calles.

Mario, que había salido de la calle Plumet, por el boulevard, atravesó la explanada y el puente de los Inválidos, los Campos Elíseos, la plaza de Luis XV, y llegó á la calle de Rivoli.

Las tiendas estaban abiertas, el gas brillaba bajo los arcos, las mujeres compraban en las tiendas, se servían sorbetes en el café Laiter, y se comían pastelillos en la pastelería inglesa.

Solamente algunas sillas de posta partían al galope del hotel de los Príncipes y del hotel Mauricio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario entró por el pasaje Delorme en la calle de San Honorato.

Las tiendas estaban cerradas, los comerciantes hablaban delante de sus puertas entreabiertas, los transeuntes circulaban, los faroles estaban encendidos; desde el primer piso, todas las ventanas estaban iluminadas como de ordinario.

En la plaza del Palacio Real, había caballería.

Mario siguió por la calle de San Honorato.

A medida que se alejaba del Palacio Real, veía menos ventanas iluminadas; las tiendas estaban completamente cerradas; nadie hablaba en los umbrales; la calle se obscurecía, y al mismo tiempo se engrosaba la multitud, porque los transeuntes formaban ya muchedumbre.

Nadie hablaba al parecer, entre la muchedumbre aquella; y sin embargo, salía de la misma un murmullo sordo y profundo.

Hacia la fuente del Arbol seco, había grupos inmóviles y sombríos, que se destacaban entre los que iban y venían, como piedras en medio de una corriente.

A la entrada de la calle de Prouvaires, la multitud no andaba ya. Era una masa resistente, sólida, compacta, casi impenetrable, de personas amontonadas que hablaban en voz baja.

Apenas había allí levitas negras, ni sombreros redondos; chaquetones, blusas, gorras, cabezas erizadas y terrosas.

Aquella multitud ondulaba confusamente en la bruma nocturna.

Sus cuchicheos tenían el ronco sonido de un estremecimiento.

Aunque ninguno andaba, se oía un continuado pisoteo en el lodo.

Más allá de este espesor de muchedumbre, en la calle de Roule, en la de Prouvaires y en la prolongación de la de San Honorato, no había una sola vidriera en que brillase una luz.

Veíase perder á lo lejos en aquellas calles, la hilera solitaria y decreciente de los faroles.

Los faroles de aquel tiempo parecían grandes estrellas rojas colgadas de cuerdas, proyectando en el suelo una sombra que tenía la forma de una enorme araña.

Estas calles no estaban desiertas. Veíanse en ellas fusiles en pabellones, bayonetas que se movían y tropas que vivaqueaban.

Ningún curioso pasaba de aquel límite; allí cesaba la circulación; allí terminaba la multitud, y empezaba el ejército.

Mario iba decidido; con la voluntad del hombre desesperanzado, le habían llamado, y debía ir.

Halló medio de atravesar por entre la multitud y las tropas; sorteó las patrullas y evitó los centinelas.

Dió un rodeo, llegó á la calle Bethisy, y se dirigió hacia el Mercado.

Después de haber atravesado la zona de la multitud, había pasado el límite de la tropa; se encontraba envuelto por algo terrible.

Ni un transeunte, ni un soldado, ni una luz; nada. El silencio, la soledad, la noche, un frío que le sobrecogía. Entrar en una calle, era entrar en una cueva.

Continuó avanzando.

Dió algunos pasos. Alguién pasó corriendo por su lado. ¿Era un hombre? ¿Era una mujer? ¿Eran más de uno? No hubiera podido decirlo. Aquello había pasado, y se había desvanecido.



De rodeo en rodeo, llegó hasta una callejuela que creyó ser la de la Poterie, y hacia el medio de esta calle, encontró un obstáculo.

Extendió las manos, y tropezó con una carreta volcada; pisaba al mismo tiempo charcos de agua, baches, adoquines amontonados y esparcidos. Había allí una barricada bosquejada y abandonada.

Saltó por encima de los adoquines y se encontró al otro lado del obstáculo.



Iba siempre junto á los guarda cantones y guiándose por la pared de las casas.

Un poco más allá de la barricada, le pareció distinguir alguna cosa blanca; se acercó y vió dos bultos; eran dos caballos blancos; los del ómnibus que desenganchó Bussuet por la mañana, los cuales habían andado errantes todo el día, y concluído por pararse allí con esa pasividad sumisa de los brutos que no comprenden las acciones del hombre, como no comprende éste las de la Providencia.

Mario pasó adelante.

Cuando llegó á una calle que le pareció la del Contrato Social, un tiro que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no sabía de dónde venía y atravesaba la obscuridad, al azar, silvó á su lado mismo, y la bala fué á dar por cima de su cabeza, á una bacía colgada á la puerta de una barbería.

En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el ángulo de los pilares del Mercado, aquella bacía agujerada.

Aquel tiro de fusil era aún de vida; á partir de aquel instante, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecíase á un descenso por una escalera de gradas sombrías.

Pero no dejó por eso Mario de seguir adelante.

## II

### *París á vista de buho.*

Un ser que hubiese podido cernerse sobre París en aquel momento en alas de murciélago ó de muchuelo, hubiera descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que viene á ser como una ciudad dentro de otra atravesando por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurrectos sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío, abierto en el centro de París.

La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí terminaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento.

La policía invisible del motín, velaba en todas partes, y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar los pocos en la gran obscuridad, multiplicando los combatientes con las posibilidades de la lobreguez.

Al caer el día, todas las ventanas con luz habían recibido un balazo que las apagaba, como también alguna vez, la vida del vecino.

Así nada se movía; reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas, y en las calles una especie de horror sagrado.

Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, ni los cañones de las chimeneas, los tejados, á los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y de lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto entre aquel conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de trecho en trecho, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas; eran las barricadas.

El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre del cual se elevaban las masas inmóviles y lúgubres de la torre de Santiago, de la iglesia de San Merry, y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes elevados por el hombre, y que la noche trueca en fantasmas.



Alrededor de aquel laberinto desierto y alarmante, en los barrios donde aún no había cesado la circulación, donde aún había algunos faroles, el observador aéreo, habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y ballonetas, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que se aumentaban de minuto en minuto; formidable muralla que se estrechaba y cerraba alrededor del motín.

El barrio de la insurreción no era sino una especie de monstruosa caverna; allí todo parecía dormido ó inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra feroz, llena de peligros, de choques desconocidos y temibles; sombra en que era terrible penetrar y espantoso permanecer; donde los que entraban, temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venían; combatientes invisibles ocultos en las esquinas; los bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche.

Allí no podía esperarse otra claridad que el relámpago de los fusiles, ni otro encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte.

¿Dónde? ¿Cómo? No se sabía; pero era cierto é inevitable.

Allí, en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la Guardia Nacional y las sociedades populares, el orden y el motín, iban á buscarse á tientas.

Para unos y para otros, la necesidad era la misma.

Salir de allí muertos ó vencedores, esta era la única salida posible.

Situación tan extremada, obscuridad tan poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de resolución, y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión.

Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al nacer el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurrección fuese una revolución ó un chispazo apagado.

El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De ahí nacía la angustia, que se mezclaba con la impenetrable sombra de aquel barrio, donde todo iba á decidirse; de ahí un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oía más que un sólo ruido: ruido doloroso como el estertor de la muerte, amenazador como una maldición: el toque á rebato de San Merry.

Nada más glacial, que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede frecuentemente, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con que los hombres iban á hacer; nada se oponía á las armonías de aquel conjunto.

Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues.

Un cielo negro cubría aquellas calles muertas, como si se desplegase un inmenso sudario sobre aquella tumba inmensa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no sabía de dónde venía y atravesaba la obscuridad, al azar, silvó á su lado mismo, y la bala fué á dar por cima de su cabeza, á una bacía colgada á la puerta de una barbería.

En 1846 se veía aún en la calle del Contrato Social, en el ángulo de los pilares del Mercado, aquella bacía agujerada.

Aquel tiro de fusil era aún de vida; á partir de aquel instante, ya no encontró nada.

Todo este itinerario parecíase á un descenso por una escalera de gradas sombrías.

Pero no dejó por eso Mario de seguir adelante.

## II

### *París á vista de buho.*

Un ser que hubiese podido cernerse sobre París en aquel momento en alas de murciélago ó de muchuelo, hubiera descubierto un lúgubre espectáculo.

Todo el antiguo barrio del Mercado, que viene á ser como una ciudad dentro de otra atravesando por las calles de San Dionisio y de San Martín, en que se cruzan mil callejuelas, de las cuales habían hecho los insurrectos sus reductos y su plaza de armas, se le habría presentado como un enorme agujero sombrío, abierto en el centro de París.

La mirada se perdía allí en un abismo; y á causa de los faroles rotos y de las ventanas cerradas, allí terminaba toda luz, toda vida, todo rumor, todo movimiento.

La policía invisible del motín, velaba en todas partes, y conservaba el orden, es decir, la noche; porque la táctica necesaria de la insurrección es ocultar los pocos en la gran obscuridad, multiplicando los combatientes con las posibilidades de la lobreguez.

Al caer el día, todas las ventanas con luz habían recibido un balazo que las apagaba, como también alguna vez, la vida del vecino.

Así nada se movía; reinaba sólo el temor, la tristeza, el estupor en las casas, y en las calles una especie de horror sagrado.

Ni siquiera se distinguían las largas filas de ventanas y balcones, ni los cañones de las chimeneas, los tejados, á los vagos reflejos que salen siempre del empedrado lleno de agua y de lodo.

El que hubiera mirado desde lo alto entre aquel conjunto de sombras, habría descubierto quizá aquí y allá, de trecho en trecho, algunos resplandores que permitían ver líneas quebradas y caprichosas, perfiles de extrañas construcciones, algo parecido á luces que fueran y vinieran por entre ruinas; eran las barricadas.

El resto era un lago de obscuridad, brumoso, pesado, fúnebre, sobre del cual se elevaban las masas inmóviles y lúgubres de la torre de Santiago, de la iglesia de San Merry, y otros dos ó tres edificios, de esos que son gigantes elevados por el hombre, y que la noche trueca en fantasmas.



Alrededor de aquel laberinto desierto y alarmante, en los barrios donde aún no había cesado la circulación, donde aún había algunos faroles, el observador aéreo, habría podido distinguir el centelleo metálico de los sables y ballonetas, el sordo rumor de la artillería, y el latido de los batallones silenciosos, que se aumentaban de minuto en minuto; formidable muralla que se estrechaba y cerraba alrededor del motín.

El barrio de la insurreción no era sino una especie de monstruosa caverna; allí todo parecía dormido ó inmóvil, y como acabamos de decir, cada calle no ofrecía más que una espesa sombra.

Sombra feroz, llena de peligros, de choques desconocidos y temibles; sombra en que era terrible penetrar y espantoso permanecer; donde los que entraban, temblaban ante los que esperaban, y los que esperaban temblaban ante los que venían; combatientes invisibles ocultos en las esquinas; los bocas del sepulcro ocultas en las espesuras de la noche.

Allí no podía esperarse otra claridad que el relámpago de los fusiles, ni otro encuentro que la aparición brusca y rápida de la muerte.

¿Dónde? ¿Cómo? No se sabía; pero era cierto é inevitable.

Allí, en aquel lugar designado para la lucha, el gobierno y la insurrección, la Guardia Nacional y las sociedades populares, el orden y el motín, iban á buscarse á tientas.

Para unos y para otros, la necesidad era la misma.

Salir de allí muertos ó vencedores, esta era la única salida posible.

Situación tan extremada, obscuridad tan poderosa, que los más tímidos se sentían llenos de resolución, y los más atrevidos de terror.

Por lo demás, había por ambas partes igual furia, igual encarnizamiento, igual decisión.

Para los unos, avanzar era morir, y nadie pensaba en retroceder; para los otros, quedarse era morir, y nadie pensaba en la fuga.

Era preciso que al nacer el día quedase todo terminado, que el triunfo estuviese ya en uno ú otro bando, que la insurrección fuese una revolución ó un chispazo apagado.

El gobierno lo comprendía así, lo mismo que los partidos, lo mismo que el último ciudadano.

De ahí nacía la angustia, que se mezclaba con la impenetrable sombra de aquel barrio, donde todo iba á decidirse; de ahí un exceso de ansiedad alrededor de aquel silencio, de donde iba á salir la catástrofe.

No se oía más que un sólo ruido: ruido doloroso como el estertor de la muerte, amenazador como una maldición: el toque á rebato de San Merry.

Nada más glacial, que el clamor de aquella campana perdida y desesperada, lamentándose en las tinieblas.

Como sucede frecuentemente, la naturaleza parecía haberse puesto de acuerdo con que los hombres iban á hacer; nada se oponía á las armonías de aquel conjunto.

Las estrellas habían desaparecido; pesadas nubes cubrían el horizonte con sus melancólicos pliegues.

Un cielo negro cubría aquellas calles muertas, como si se desplegase un inmenso sudario sobre aquella tumba inmensa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mientras se preparaba una batalla política en aquel sitio que había presenciado ya tantos acontecimientos revolucionarios; mientras la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías y la clase media, en nombre de los intereses, se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras cada uno se apresuraba y evocaba la hora última y decisiva de la crisis, á lo lejos, fuera de aquel barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables del viejo París, del París miserable que desaparece bajo el explendor del París dichoso y opulento, se oía murmurar sordamente la sombría voz del pueblo.

Voz tremenda y sagrada compuesta del bramido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles y advierte á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de lo alto como la voz del trueno.

## III

### *El último extremo.*

Mario había llegado á los Mercados.

Allí todo estaba más tranquilo, más obscuro é inmóvil aún que en las calles próximas.

Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra extendiéndose bajo el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza.

Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto.

Mario se dirigió hacia aquel resplandor; siguiéndole, llegó al Marchéaux Poirées, distinguió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores, y entró en ella.

El centinela de los insurrectos que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió.

Conocía que estaba ya cerca de lo que andaba buscando, y andaba de puntillas.

Así llegó al recodo del trozo de la calle Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolrás con el exterior.

En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró en aquel trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que formaba el callejón con la calle de la Chanvrerie, que producía una larga proyección sombría, donde él mismo se había metido, divisó algún resplandor en los adoquines, que era la entrada del figón; una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas.

Todo eso estaba á diez toesas de él.

Era el interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha, le ocultaban el resto del figón, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenía que dar sino un paso.



Entonces el desgraciado joven se sentó en un guarda cantón, cruzó los brazos, y se puso á pensar en su padre.

Pensó en aquel heróico coronel Pontmercy, que había sido tan valiente soldado, que había defendido en tiempos de la república, los fronteras de Francia, y llegado con el emperador á las fronteras del Asia; que había visto á Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscow; que había dejado, en todos aquellos campos de gloria de Europa, gotas de la misma sangre que él sentía en sus venas; que había envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras cayendo sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que después de veinte años, había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia y nada contra ella.

Pensó que ya le había llegado su día, que había sonado su hora, y que después de su padre, él también iba á ser valiente, intrépido, atrevido; iba á correr el peligro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte; que iba á hacer la guerra á su vez, á bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla, á que descendía, era la calle, y que la guerra que iba á hacer, era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba á caer.

Estremecióse entonces.

Se acordó de aquella espada de su padre, vendida por su abuelo á un prendero, y que él había hechado de menos con tan dolorosa pesadumbre.

Pensó que había hecho muy bien aquella valiente y casta espada huyendo de sus manos, perdiéndose irritada en las tinieblas; que si había huído de esta manera era porque tenía inteligencia y preveía el porvenir; porque presentía el motín, la guerra de las calles, las descargas de los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; porque viniendo de Marengo y de Fiedland, no quería ir á la calle de Chanvrerie; porque después de haber hecho lo que había hecho con su padre, no quería servir el hijo para aquello.

Pensó que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su difunto padre se hubiera atrevido á empuñarla y á llevarla á aquel combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le había de quemar las manos y fulguraría á su vista como la espada del ángel.

Pensó igualmente que era una felicidad no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido, porque así era justo; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada hubiera sido subastada en almoneda, vendida á un prendero, tirada entre hierro viejo, que empleada en herir á la patria.

Después se puso á llorar amargamente.

Esto era horrible.

Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cossette era imposible; y puesto que se había ausentado, era preciso morir.

¿No le había dado su palabra de honor de que moriría?

Ella había partido sabiéndolo así; luego le agradaba que Mario muriera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mientras se preparaba una batalla política en aquel sitio que había presenciado ya tantos acontecimientos revolucionarios; mientras la juventud, las sociedades secretas, las escuelas en nombre de las teorías y la clase media, en nombre de los intereses, se aproximaban para chocar, para luchar y derribarse; mientras cada uno se apresuraba y evocaba la hora última y decisiva de la crisis, á lo lejos, fuera de aquel barrio fatal, en lo más profundo de las cavidades insondables del viejo París, del París miserable que desaparece bajo el explendor del París dichoso y opulento, se oía murmurar sordamente la sombría voz del pueblo.

Voz tremenda y sagrada compuesta del bramido de la fiera y de la palabra de Dios, que aterroriza á los débiles y advierte á los sabios, que viene siempre de abajo como el rugido del león, y de lo alto como la voz del trueno.

## III

### *El último extremo.*

Mario había llegado á los Mercados.

Allí todo estaba más tranquilo, más obscuro é inmóvil aún que en las calles próximas.

Parecía que la paz glacial del sepulcro había salido de la tierra extendiéndose bajo el cielo.

Sin embargo, por cima de las casas que cerraban la calle de Chanvrerie, por el lado de San Eustaquio, se descubría una claridad rojiza.

Era el reflejo de la antorcha que ardía en la barricada de Corinto.

Mario se dirigió hacia aquel resplandor; siguiéndole, llegó al Marchéaux Poirées, distinguió la tenebrosa embocadura de la calle de Predicadores, y entró en ella.

El centinela de los insurrectos que vigilaba al otro lado de la calle, no le vió.

Conocía que estaba ya cerca de lo que andaba buscando, y andaba de puntillas.

Así llegó al recodo del trozo de la calle Mondetour, que era la única comunicación conservada por Enjolrás con el exterior.

En la esquina de la última casa, á la izquierda, adelantó la cabeza y miró en aquel trozo de calle.

Un poco más allá de la esquina que formaba el callejón con la calle de la Chanvrerie, que producía una larga proyección sombría, donde él mismo se había metido, divisó algún resplandor en los adoquines, que era la entrada del figón; una lamparilla agonizando en una especie de muralla informe, y hombres acurrucados con fusiles entre las rodillas.

Todo eso estaba á diez toesas de él.

Era el interior de la barricada.

Las casas que flanqueaban la callejuela por la derecha, le ocultaban el resto del figón, la gran barricada y la bandera.

Mario no tenía que dar sino un paso.



Entonces el desgraciado joven se sentó en un guarda cantón, cruzó los brazos, y se puso á pensar en su padre.

Pensó en aquel heróico coronel Pontmercy, que había sido tan valiente soldado, que había defendido en tiempos de la república, los fronteras de Francia, y llegado con el emperador á las fronteras del Asia; que había visto á Génova, Alejandría, Milán, Turín, Madrid, Viena, Dresde, Berlín y Moscow; que había dejado, en todos aquellos campos de gloria de Europa, gotas de la misma sangre que él sentía en sus venas; que había envejecido antes de tiempo en la disciplina y el mando; que había vivido con el cinturón abrochado, con las charreteras cayendo sobre el pecho, con la escarapela ennegrecida por la pólvora, con la frente arrugada por el casco, en las barracas, en el campamento, en el vivac, en los hospitales de campaña, y que después de veinte años, había vuelto de las grandes guerras con una cicatriz en la mejilla, con el semblante risueño, sencillo, tranquilo, admirable, puro como un niño, habiendo hecho todo lo posible en favor de Francia y nada contra ella.

Pensó que ya le había llegado su día, que había sonado su hora, y que después de su padre, él también iba á ser valiente, intrépido, atrevido; iba á correr el peligro de las balas, á ofrecer su pecho á las bayonetas, á derramar su sangre, á buscar al enemigo, á buscar la muerte; que iba á hacer la guerra á su vez, á bajar al campo de batalla, y que este campo de batalla, á que descendía, era la calle, y que la guerra que iba á hacer, era la guerra civil.

Vió la guerra delante de sí como un precipicio en que iba á caer.

Estremecióse entonces.

Se acordó de aquella espada de su padre, vendida por su abuelo á un prendero, y que él había hechado de menos con tan dolorosa pesadumbre.

Pensó que había hecho muy bien aquella valiente y casta espada huyendo de sus manos, perdiéndose irritada en las tinieblas; que si había huído de esta manera era porque tenía inteligencia y preveía el porvenir; porque presentía el motín, la guerra de las calles, las descargas de los respiraderos de las cuevas, los golpes dados y recibidos por la espalda; porque viniendo de Marengo y de Fiedland, no quería ir á la calle de Chanvrerie; porque después de haber hecho lo que había hecho con su padre, no quería servir el hijo para aquello.

Pensó que si aquella espada estuviese allí, que si habiéndola recibido de la cabecera de su difunto padre se hubiera atrevido á empuñarla y á llevarla á aquel combate nocturno, entre franceses, en una encrucijada, de seguro le había de quemar las manos y fulguraría á su vista como la espada del ángel.

Pensó igualmente que era una felicidad no llevarla consigo, y que hubiera desaparecido, porque así era justo; que su abuelo había sido el verdadero guardián de la gloria de su padre, y que era mejor que la espada hubiera sido subastada en almoneda, vendida á un prendero, tirada entre hierro viejo, que empleada en herir á la patria.

Después se puso á llorar amargamente.

Esto era horrible.

Pero ¿qué hacer? Vivir sin Cossette era imposible; y puesto que se había ausentado, era preciso morir.

¿No le había dado su palabra de honor de que moriría?

Ella había partido sabiéndolo así; luego le agradaba que Mario muriera.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Además, era evidente que ella no le amaba, pues que se había ido de aquella manera, sin avisarle, sin decirle una palabra, sin escribirle una letra, no ignorando como no ignoraba su dirección.

¿Para qué pues, vivir ya?

Y luego, ¡haber ido allí y retroceder! ¡Haberse acercado al peligro y huir! ¡Haber ido á la barricada y alejarse! Alejarse temblando y diciendo: "¡He hecho lo bastante: he visto, y es suficiente. Esto es la guerra civil, me voy!"

¡Abandonar á sus amigos que le esperaban, que quizás le necesitaban, que eran un puñado contra un ejército! ¡Faltar á todo á la vez, al amor, á la amistad, á su palabra! ¡Dar á su cobardía el pretexto del patriotismo!

¡Oh! Esto era imposible; y si el fantasma de su padre estuviese allí en la sombra y le viese retroceder, le cruzaría con la espada de plano, gritándole: "¡Adelante, cobarde!"

Dominado por el vaivén de estos pensamientos, bajó la cabeza.

De pronto la levantó. Acababa de verificarse en su espíritu una especie de rectificación espléndida.

Hay una dilatación del pensamiento propia de la aproximación de la tumba; el estar cerca de la muerte hace que se vea la verdad.

La visión de la lucha, en la cual se sentía próximo á entrar, se le presentaba, no ya horrible, sino soberbia.

La guerra de la calle se trasfiguró súbitamente por efecto de cierto trabajo interior del alma ante los ojos de su pensamiento.

Todos los tumultuosos interrogantes del desvarío se le aparecieron otra vez en conjunto, pero sin turbarle y sin que dejara de responder á ninguno.

Veamos:

¿Por qué se indignaría su padre? ¿Acaso no hay circunstancias en que la insurrección se eleva hasta la dignidad del deber? ¿Qué había, pues, de pequeño para el hijo del coronel Potmercy en el combate que iba á empeñarse?

No era, en verdad, Montmirail, ni Champaubert; era otra cosa. No se trataba de un territorio sagrado, sino de una idea santa.

La patria se queja, en buena hora; pero la humanidad aplaude.

Pero ¿es verdad que la patria se queja?

Cierto que la Francia vierte sangre, pero la humanidad sonríe, y ante la sonrisa de la libertad, Francia olvida su herida.

Además, viendo las cosas desde punto más elevado, ¿quién vendría hablando de guerra civil?

¡La guerra civil! ¿Qué quiere decir ésto? ¿Acaso hay guerras extranjeras? ¿Acaso toda guerra entre hombres deja de ser una guerra fratricida?

La guerra no se califica por su objeto.

No hay ni guerra extranjera ni guerra civil, no hay más que guerra justa ó guerra injusta.

Hasta el día en que se concluya el gran concordato humano, la guerra, al menos la que representa el esfuerzo del porvenir que se apresura contra el pasado que se atrasa, puede ser necesaria. ¿Qué hay que censurar, pues, en esa guerra?

La guerra no es una vergüenza; la espada no se convierte en puñal sino cuando asesina al derecho, al progreso, á la razón, á la civilización, á la verdad. Entonces guerra civil ó guerra extranjera es inícua, y se llama crimen.



Fuera de esta cosa santa, la justicia, ¿con qué derecho una forma cualquiera de guerra puede condenar á otra?

¿Con qué derecho la espada de Washington renegará de la pica de Camilo Desmoulins?

Leónidas contra el extranjero, Timoleón contra el tirano, ¿cuál de estos dos es más grande? El uno es defensor, el otro libertador.

Si hemos de censurar, sin pensar en el fin, toda alarma en lo interior de las ciudades, debemos infamar á Bruto, á Marcelo, á Arnoldo, de Blankenheim, á Coligny.

¡Guerra de emboscadas! ¡Guerra en las calles! ¿Por qué no? Esa era la guerra de Ambiorix, de Arteveldo, de Marnix, de Pelayo. Pero Ambiorix luchaba contra Roma, Arteveldo contra Francia, Marnix contra España, Pelayo contra los moros; todo contra el extranjero.

Pues bien; la monarquía es extranjera, la opresión es extranjera, el derecho divino es extranjero.

El despotismo viola la frontera moral, como la invasión viola la frontera geográfica.

Expulsar al tirano ó expulsar al inglés, es en ambos casos recuperar el propio territorio.

Llega una hora en que no basta protestar; después de la filosofía es menester la acción; la viva fuerza concluye lo que la idea bosqueja. Prometeo encadenado empieza, Aristogiton concluye; la Enciclopedia ilumina las almas, y el 10 de Agosto las electriza.

Después de Esquilo, viene Trasibulo; después de Diderot, Dantón.

Las multitudes tienen cierta tendencia á admitir amo. Su masa supone apatía; una multitud se totaliza fácilmente en obediencia.

Es preciso remover, empujar, alentar bruscamente á los hombres con el beneficio mismo de su libertad, deslumbrar sus ojos con lo verdadero, arrojarles la luz á grandes puñados.

Es preciso que se vean algo deslumbrados por su propia salvación; este deslumbramiento les despierta.

De ahí procede la necesidad de los somatenes y de las guerras.

Es preciso que aparezcan grandes combatientes que iluminen á las naciones con su audacia y sacudan á esta triste humanidad, á la que cubren de sombra el derecho divino, la gloria de los Césares, la fuerza, el fanatismo, el poder irresponsable y las majestades absolutas, cohorte estúpidamente ocupada en contemplar en su explendor crepuscular, los triunfos sombríos de la noche.

¡Abajo el tirano!

¡Pero qué! ¿De quién habláis? ¿Llamáis tirano á Luis Felipe? No; ni tampoco á Luis XVI.

Ambos son los que la historia suele llamar buenos reyes: pero los principios no se dividen; la lógica de lo verdadero es rectilínea; la verdad no tiene complacencias. No debe haber, pues, concesión; toda compasión hacia el hombre debe reprimirse.

Hay derecho divino en Luis XVI, le hay "por lo de Borbón" en Luis Felipe; ambos representan, dentro de cierto espacio, la confiscación del derecho; y para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

derribar la usurpación universal, es preciso, es indispensable combatirlos, y Francia, como siempre, es la que empieza. Cuando el amo cae en Francia, cae en todas partes.

En suma, restablecer la verdad social, volver su trono á la libertad, volver el pueblo al pueblo, volver al hombre la soberanía, volver á colocar la púrpura en la cabeza de la Francia, restaurar en su plenitud la razón y la equidad, suprimir todo gérmen de antagonismo, restituyendo á cada cual lo propio, aniquilar el obstáculo que la régia corona presenta á la inmensa concordia universal; poner al género humano al nivel del derecho, ¿puede haber causa más justa, y por consiguiente guerra más grande? Tales guerras consolidan la paz.

Una enorme fortaleza de preocupaciones, de privilegios, de superticiones, de mentiras, de exacciones, de abusos, de violencias, de iniquidades, de tinieblas, permanece todavía de pie sobre el mundo con sus torres de odio.

Hay que echarla abajo. Hay que derrumbar esa masa monstruosa.

Vencer en Austerlitz es grande; pero tomar la Bastilla es inmenso.

No hay nadie que no haya advertido en sí mismo, que el alma (y esa es la maravilla de su unidad llena de ubicuidad) tiene la rara aptitud de reflexionar casi friamente en los extremos más violentos, y sucede á veces, que la pasión desolada y la profunda desesperación, aun en la agonía de sus más sombríos monólogos, tratan de ciertos asuntos y aun discuten tésis.

La lógica se mezcla con la convulsión, y el hilo del silogismo flota, sin romperse, en la lúgubre tempestad del pensamiento.

Este era el estado de ánimo de Mario.

Al mismo tiempo que así pensaba, decaído, pero resuelto, vacilando no obstante, y en fin, temblando ante lo que iba á hacer, su mirada vagaba por el interior de la barricada.

Los insurrectos estaban hablando á media voz, sin moverse; se sentía ese, casi silencio, que distingue la última fase de la espera.

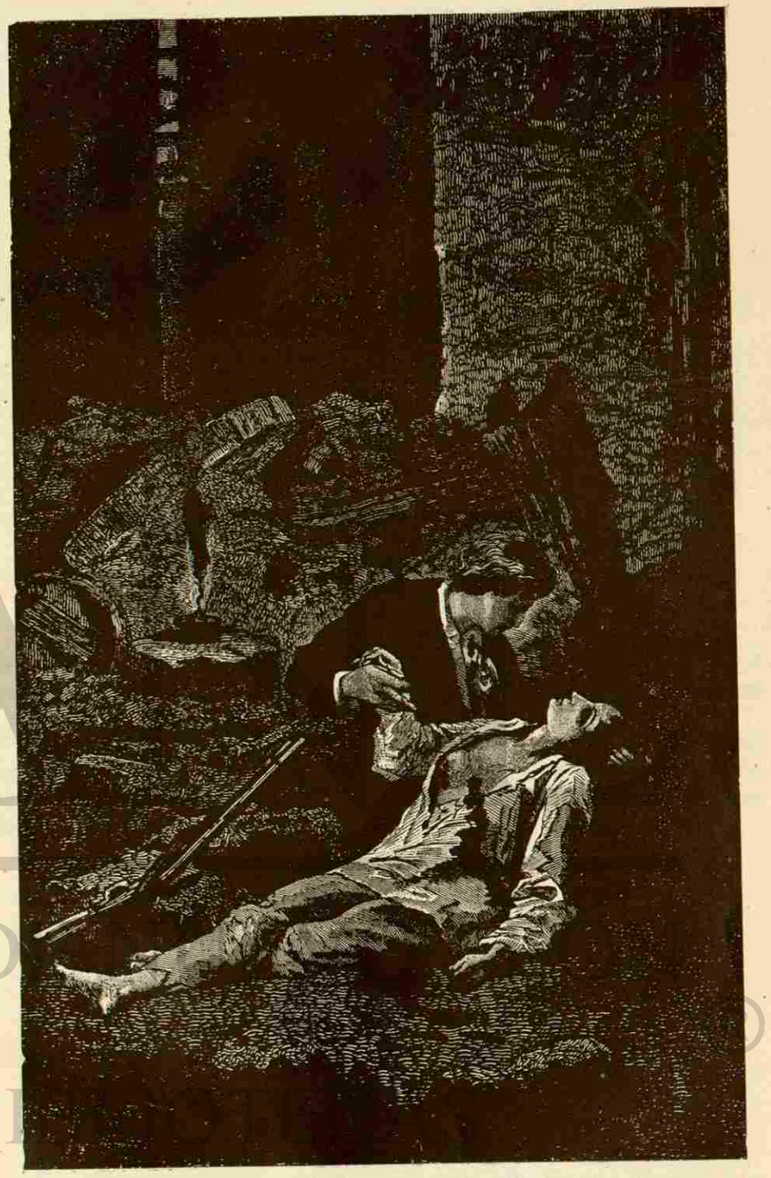
Sobre de ellos, en una ventana de un tercer piso, Mario distinguió una especie de espectador ó testigo, que le parecía singularmente atento. Era el portero muerto por Cabuc.

Desde abajo, á la reverberación de la antorcha clavada en el suelo, se descubría vagamente aquella cabeza.

Nada más singular, entre aquella claridad sombría é incierta, que aquella faz lívida, atónita, con los cabellos erizados, los ojos abiertos y fijos, la boca entreabierta é inclinada hacia la calle en actitud de curiosidad.

Hubiérase dicho que aquel muerto contemplaba á los que iban á morir.

Un prolongado reguero de sangre, salida de aquella cabeza, venía recorriendo en hilos rojizos desde la ventana á la altura del primer piso, donde se había detenido.



Grandezas de la desesperación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# LIBRO DÉCIMOCUARTO.

## GRANDEZAS DE LA DESESPERACIÓN.

### I

### *La bandera: primer acto.*

Nadie venía aún; las diez habían dado en San Merry.

Enjolrás y Combeferre habían ido á sentarse, empuñando la carabina, junto á la cortadura de la gran barricada; no hablaban, escuchaban tratando de oír hasta el ruido de los pasos más sordos y lejanos.

De repente, en medio de aquella calma lúgubre, se oyó una voz clara, joven, alegre, que parecía venir de la calle de San Dionisio, y que empezó á cantar, con la cadencia de la antigua cantinela popular. esta poesía que terminaba con un grito parecido al cantido del gallo:

Mi nariz de lágrimas,
Amigo Bugead;
Préstame gendarmes
Para hablarles yo.
Capote azulado,
Gallina al chacó.
¡Ahí tienes el colmo!
¡Co—coricó!

Ellos se apretaron la mano.

—Es Gavroche,—dijo Enjolrás.

—Nos avisa,—dijo Combeferre.

Una carrera precipitada turbó el silencio de la calle desierta; Gavroche saltó con más agilidad que un clown por cima del ómnibus, y cayó en medio de la barricada, sofocado y gritando:

—¡Mi fusil! ¡Ahí están!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un estremecimiento eléctrico recorrió toda la barricada, y se oyó el movimiento de las manos buscando los fusiles.

—¿Quieres mi carabina?—dijo Enjolrás al pilluelo.

—Quiero el fusil grande,—respondió Gavroche.

Y tomó el fusil de Javert.

Casi al mismo tiempo que entró Gavroche se habían retirado dos centinelas, el de la esquina de la calle y el vigía de la Petite-Truanderie; el de la esquina de la calle de Predicadores había permanecido en su puesto, lo que indicaba que por el lado de los puentes y del Mercado no venía nadie.

La calle de Chanvrerie, en que apenas se distinguían algunos adoquines al reflejo de la luz que se proyectaba sobre la bandera, ofrecía á los insurrectos el aspecto de un gran pórtico vagamente abierto en una humareda.

Cada cual se había colocado en su puesto de combate.

Cuarenta y tres insurrectos, entre los cuales se contaban Enjolrás, Combeferre, Courfeyrac, Bossuet, Joly Bahorel y Gavroche, se habían arrodillado en la gran barricada, con la cabeza á flor de la línea del parapeto, los cañones de los fusiles y de las carabinas enfilados por entre los adoquines como por troneras, atentos, mudos, y dispuestos á hacer fuego.

Otros seis, mandados por Feully, se habían instalado, con el fusil á la cara, en las ventanas de los dos pisos de Corinto.

Pasáronse así algunos instantes; después se oyó claramente por el lado de San Leu un ruido de pasos regular, lento, numeroso.

Aquel ruido, débil al principio, más fuerte luego, luego más sordo y sonoro, se aproximaba pesadamente sin hacer un alto, sin interrupción, con una continuidad tranquila y horrorosa.

No se oía más que eso.

Era al mismo tiempo el silencio y el ruido de la estátua del Comendador; pero aquellas pisadas de piedra tenían algo de enorme y de múltiple, que despertaba la idea de una muchedumbre al mismo tiempo que la idea de un espectro.

Parecía oirse los pasos de la terrible estátua Legión.

Los pasos se aproximaron, se aproximaron más, y se detuvieron.

Al extremo de la calle se oía como el aliento de muchos hombres.

No se veía nada, sin embargo; se distinguía únicamente en el fondo, entre aquella espesa obscuridad, una multitud de hilos metálicos, finos como agujas, y casi imperceptibles, que se agitaban, semejantes á esas indescriptibles redes fosfóricas que se perciben en el momento de dormirse, bajo los párpados cerrados, en las primeras tinieblas del sueño. Eran las bayonetas y los cañones de los fusiles, confusamente iluminados por la reverberación lejana de la antorcha.

De repente, desde el fondo de aquella sombra, una voz tanto más siniestra, cuanto que no se veía á nadie, y parecía hablar con la misma obscuridad, gritó:

—¿Quién vive?

Al mismo tiempo oyóse el choque de los fusiles que caían sobre las manos.

Hubo todavía una pausa, como si se esperase algo por ambos lados.

Enjolrás respondió con acento vibrante y altanero.

—¡Revolución francesa!

—¡Fuego!—dijo la voz.



Un relámpago iluminó todas las fachadas de la calle como si la puerta de un horno se hubiese abierto y cerrado rápidamente.

Una terrible detonación estalló sobre la barricada.

Cayó al suelo la bandera roja.

La descarga había sido tan violenta y tan compacta, que cortó el asta, es decir, la punta de la lanza del ómnibus.

Las balas que habían rebotado en las fachadas de las casas penetraron en la barricada, é hirieron á muchos hombres.

La impresión de esta primera descarga fué glacial. El ataque era violento y de tal naturaleza, que pareció grave á los más atrevidos. Era evidente que tenían que habérselas con un regimiento entero.

—Compañeros,—gritó Coufeyrac,—no gastemos pólvora en balde. Esperemos á que entren en la calle para contestarles.

—En primer lugar,—dijo Enjolrás,—icemos de nuevo la bandera.

Y la levantó de nuevo, pues había caído precisamente á sus pies.

Oíase por fuera el chocar de las bayonetas en los fusiles; la tropa cargaba las armas otra vez.

Enjolrás añadió:

—¿Quién tiene corazón aquí? ¿Quién se atreve á clavar la bandera sobre la barricada? Ninguno respondió.

Subir á la barricada en el momento en que estaban apuntando de nuevo, era morir, y el más valiente duda en condenarse á muerte. Enjolrás mismo sintió cierto temblor, repitió:

—¿No hay quien se atreva?

## II

### *La bandera: acto segundo.*

Desde que los insurrectos habían llegado á Corinto y comenzado á levantar las barricadas, nadie se había acordado del señor Mabeuf, quien sin embargo no se había separado del grupo.

Había entrado en el piso bajo de la taberna, y se había sentado detrás del mostrador.

Allí se había anonadado en sí mismo, por decirlo así; parecía que no veía ni pensaba.

Caurfeyrac y otros se le habían acercado advirtiéndole del peligro, y aconsejándole que se retirara, sin que pareciera haberlos oído.

Cuando no le hablaban, se movían sus labios como si contestase á álguien, pero en cuanto se le hablaba, permanecían inmóviles sus ojos, y se apagaban.

Algunas horas antes de que fuese atacada la barricada, había tomado una postura que no había abandonado; con ambas manos apoyadas sobre las rodillas y la cabeza inclinada hácia adelante, parecía contemplar un abismo.

Nada había podido sacarle de aquella actitud; no parecía que su pensamiento estuviese en la barricada.

Cuando ocupó cada uno su puesto de combate, no quedaron en la sala baja

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más que Javert atado al poste, un insurrecto con el sable desnudo custodiándole, y el señor Mabeuf.

En el momento de ataque, de la detonación, le conmovió una sacudida física, y como si despertase, se levantó bruscamente, atravesó la sala y apareció en la puerta del figón en el instante en que Enjolrás repetía por segunda vez su pregunta:

—¿No hay quien se atreva?

La presencia del anciano causó una especie de conmoción en todos los grupos; y se oyeron estos gritos:

—¡Es el volante! ¡El convencional! ¡El representante del pueblo!

Dirigióse hacia Enjolrás mientras los insurrectos se apartaban á su paso con religioso temor; cojió la bandera de manos de Enjolrás, que retrocedió petrificado, y sin que nadie se atreviese á detenerle ni á auxiliarle, aquel anciano de ochenta años, con la cabeza temblorosa y el pie firme, empezó á subrir lentamente la graderia interior de adoquines que formaba la barricada.

Era aquello tan sombrío y grande, que todos gritaron á su alrededor: "¡Abajo los sombreros!"

A cada escalón que subia, sus cabellos blancos, su faz decrépita, su espaciosa frente calva y arrugada, sus ojos hundidos, su boca asombrada y abierta, sustentando la bandera roja en su diestra, saliendo de súbito de la sombra, agrandándose á la claridad sangrienta de la antorcha, parecía como que fuese surgiendo de la tierra el espectro del 93 con la bandera del terror en la mano.

Cuando estuvo en lo alto del último escalón, cuando aquel fantasma tembloroso y terrible, de pie, sobre aquel montón de escombros, en presencia de mil doscientos fusiles invisibles, se levantó enfrente de la muerte, como si fuese más fuerte que ella, toda la barricada tomó en las tinieblas, cierto aspecto sobrenatural y grandioso.

Hízose aquel silencio que se produce únicamente en derredor de los prodigios.

En medio del silencio semejante, el anciano agitó la bandera roja y gritó:

—¡Viva la revolución! ¡Viva la República! ¡Fraternidad! ¡Igualdad! ¡Y muerte!

Oyóse desde la barricada un cuchicheo bajo y breve semejante al de un cura apresurado que murmura una oración.

Era probablemente el comisario de policía que hacía las intimaciones legales desde otra parte de la calle.

Después, la misma voz vibrante que había dicho ¿quién vive? gritó:

—¡Retiraos!

El señor Mabeuf, pálido, con los ojos extraviados, y las pupilas iluminadas con lúgubre fulgores, levantó la bandera sobre su cabeza, y repitió:

—¡Viva la república!

—¡Fuego!—gritó la voz.

Una segunda descarga parecida á un metrallazo fué á dar contra la barricada.

El anciano se dobló sobre sus rodillas, luego se levantó, escapósele le bandera de las manos, y cayó hacia atrás, inerte sobre el suelo, á todo lo largo, con los brazos en cruz.



La sangre corrió á chorros de todo su cuerpo. Su arrugado rostro, palido y triste, parecía mirar al cielo.

—¡Qué grandes hombres estos regicidas!—dijo Enjolrás.

Courfeyrac se inclinó al oído de Enjolrás.

—Esto únicamente para tí, sin querer disminuir tu entusiasmo; pero este hombre no ha sido nunca regicida. Le conocía; se llamaba Mabeuf, y no sé que tendría hoy, pero es un pobre infeliz; mira su cabeza.



—Cabeza de topo y corazón de Bruto,—respondió Enjolrás.

Después levantando la voz, exclamó:

—Ciudadanos, este es el ejemplo que los viejos dan á los jóvenes. Vacilábamos, y él se ha presentado; retrocedíamos, y él ha avanzado. ¡Hé aquí cómo los que tiemblan de viejos, enseñan á los que tiemblan de miedo! Este anciano es augusto á los ojos de la patria, ha tenido una larga vida y una gran muerte. Retiremos ahora el cadáver, y que cada uno de nosotros defienda á este anciano muerto co-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo defendería á su padre vivo; ¡que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de enérgica y sombría adhesión sucedió á estas palabras.

Encorvóse Enjolrás, levantó la cabeza del anciano besándola con solemnidad en la frente; después, separándole los brazos y manejándole con cierta solicitud, como si temiera hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus ensangrentados agujeros, y dijo:

—He aquí ahora nuestra bandera.

## III

### Más le hubiera valido á Gavroche tomar la carabina de Enjolrás

Cubrióse el cuerpo del señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup; seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de compaña, colocaron en ella el cadáver, y le llevaron, descubierta la cabeza, con solemne lentitud, á la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres comprometidos en la sagrada y grave empresa que estaban realizando, no se acordaban de su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó junto á Javert, que continuaba impasible, Enjolrás dijo al espía:

—¡Y tú en seguida!

Entre tanto, Gavrochillo, único que no había abandonado su puesto, quedándose en observación, creyó ver algunos hombres que se acercaban como lobos á la barricada. De repente exclamó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolrás, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Boussuet, todos salieron en tumulto de la taberna.

Era ya casi tarde.

Veíase un gran espesor de bayonetas serpenteando sobre la barricada.

Guardias municipales, de buena talla, penetraban, unos saltando el ómnibus, otros por la cortadura, empujando al pilluelo, que retrocedía, pero sin huir.

El momento era crítico. Era el primer minuto terrible de la inundación cuando el río se eleva al nivel de sus barreras, y el agua empieza á filtrarse por las hendiduras de los diques.

Un momento más y la barricada estaba perdida sin remedio.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y le mató de un tiro con su carabina, á quema-ropa; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo.

Otro había derribado á Courfeyrac, que gritaba: ¡A mí!

El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada.

El pilluelo cogió con sus pequeñas manos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió.

El guardia soltó una carcajada y levantó la bayoneta sobre el muchacho.



Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, cayendo éste de espaldas herido de un balazo en la frente.

Una segunda bala daba en mitad del pecho del otro guardia que había acometido á Courfeyrac.

Era Mario que acababa de aparecer en la barricada.

## IV

### El barril de pólvora.

Mario, siempre escondido en el recodo de la calle Mondetour, había asistido á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso.

Sin embargo, no había podido resistir mucho tiempo á tan misterioso y soberano vértigo, que podríamos llamar la atracción del abismo.

Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma para él, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando: ¡A mí! ante aquel muchacho amenazado, ante sus amigos, á quienes debía socorrer ó vengar, se desvaneció toda vacilación, y se lanzó á la pelea con sus dos pistolas en la mano.

Del primer tiro había salvado á Gavroche, y del segundo á Courfeyrac.

A los tiros y á los gritos de los guardias heridos, la columna había subido al parapeto, en cuya cumbre se veía sobresalir hasta medio cuerpo y en tumulto á guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías, empuñando el fusil.

Cubrían ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si dudasen, temiendo caer en algún lazo.

Miraban á la obscura barricada, como si mirasen á una cueva de leones; la luz de la antorcha no iluminaba más que las bayonetas, las gorras de pelo, y lo alto de los rostros inquietos é irritados.

Mario no tenía ya armas, había tirado sus pistolas descargadas; pero había visto el barril de pólvora en la sala baja, junto á la puerta.

Al volverse de lado mirando hacia aquel sitio, le apuntó un soldado; pero en el mismo punto una mano agarró el cañón del fusil tapándole la boca. Quien así se había cogido al fusil era el obrero del pantalón de pana.

Salió el tiro, le atravesó la mano, y quién sabe si el cuerpo también, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase á Mario.

Todo esto pasó en medio del humo, y fué más bien vislumbrado que visto.

Mario, que entraba al propio tiempo en la sala baja, apenas lo notó.

Sin embargo, había visto confusamente aquel fusil que le apuntaba, y aquella mano que le tapara, y había oído el tiro; pero en tales momentos, todo lo que se ve resulta vacilante y precipitado, y nada le detiene á uno; todo es sombra, y nos sentimos impulsados hacia otra sombra mayor.

Los insurrectos sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado.

Enjolrás había gritado: "¡Esperarse! ¡No tirar al acaso!" En efecto, en la confusión del primer momento podían herirse unos á otros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo defendería á su padre vivo; ¡que su presencia haga inaccesible nuestra barricada!

Un murmullo de enérgica y sombría adhesión sucedió á estas palabras.

Encorvóse Enjolrás, levantó la cabeza del anciano besándola con solemnidad en la frente; después, separándole los brazos y manejándole con cierta solicitud, como si temiera hacerle daño, le quitó la levita, enseñó sus ensangrentados agujeros, y dijo:

—He aquí ahora nuestra bandera.

## III

### Más le hubiera valido á Gavroche tomar la carabina de Enjolrás

Cubrióse el cuerpo del señor Mabeuf con un viejo pañuelo negro de la viuda Hucheloup; seis hombres hicieron con sus fusiles una camilla de compaña, colocaron en ella el cadáver, y le llevaron, descubierta la cabeza, con solemne lentitud, á la mesa grande de la sala baja.

Aquellos hombres comprometidos en la sagrada y grave empresa que estaban realizando, no se acordaban de su peligrosa situación.

Cuando el cadáver pasó junto á Javert, que continuaba impasible, Enjolrás dijo al espía:

—¡Y tú en seguida!

Entre tanto, Gavrochillo, único que no había abandonado su puesto, quedándose en observación, creyó ver algunos hombres que se acercaban como lobos á la barricada. De repente exclamó:

—¡Desconfiad!

Courfeyrac, Enjolrás, Juan Prouvaire, Combeferre, Joly, Bahorel y Boussuet, todos salieron en tumulto de la taberna.

Era ya casi tarde.

Veíase un gran espesor de bayonetas serpenteando sobre la barricada.

Guardias municipales, de buena talla, penetraban, unos saltando el ómnibus, otros por la cortadura, empujando al pilluelo, que retrocedía, pero sin huir.

El momento era crítico. Era el primer minuto terrible de la inundación cuando el río se eleva al nivel de sus barreras, y el agua empieza á filtrarse por las hendiduras de los diques.

Un momento más y la barricada estaba perdida sin remedio.

Bahorel se lanzó sobre el primer guardia, y le mató de un tiro con su carabina, á quema-ropa; el segundo mató á Bahorel de un bayonetazo.

Otro había derribado á Courfeyrac, que gritaba: ¡A mí!

El más alto de todos, una especie de coloso, se dirigía contra Gavroche con la bayoneta calada.

El pilluelo cogió con sus pequeñas manos el enorme fusil de Javert, apuntó resueltamente al gigante, y dejó caer el gatillo; pero el tiro no salió.

El guardia soltó una carcajada y levantó la bayoneta sobre el muchacho.



Pero antes que hubiera podido tocarle, el fusil se escapó de manos del soldado, cayendo éste de espaldas herido de un balazo en la frente.

Una segunda bala daba en mitad del pecho del otro guardia que había acometido á Courfeyrac.

Era Mario que acababa de aparecer en la barricada.

## IV

### El barril de pólvora.

Mario, siempre escondido en el recodo de la calle Mondetour, había asistido á la primera fase del combate, irresoluto y tembloroso.

Sin embargo, no había podido resistir mucho tiempo á tan misterioso y soberano vértigo, que podríamos llamar la atracción del abismo.

Ante la inminencia del peligro, ante la muerte del señor Mabeuf, fúnebre enigma para él, ante Bahorel muerto, ante Courfeyrac gritando: ¡A mí! ante aquel muchacho amenazado, ante sus amigos, á quienes debía socorrer ó vengar, se desvaneció toda vacilación, y se lanzó á la pelea con sus dos pistolas en la mano.

Del primer tiro había salvado á Gavroche, y del segundo á Courfeyrac.

A los tiros y á los gritos de los guardias heridos, la columna había subido al parapeto, en cuya cumbre se veía sobresalir hasta medio cuerpo y en tumulto á guardias municipales, soldados de línea y guardias nacionales de las cercanías, empuñando el fusil.

Cubrían ya más de dos tercios de la barricada, pero no saltaban dentro, como si dudasen, temiendo caer en algún lazo.

Miraban á la obscura barricada, como si mirasen á una cueva de leones; la luz de la antorcha no iluminaba más que las bayonetas, las gorras de pelo, y lo alto de los rostros inquietos é irritados.

Mario no tenía ya armas, había tirado sus pistolas descargadas; pero había visto el barril de pólvora en la sala baja, junto á la puerta.

Al volverse de lado mirando hacia aquel sitio, le apuntó un soldado; pero en el mismo punto una mano agarró el cañón del fusil tapándole la boca. Quien así se había cogido al fusil era el obrero del pantalón de pana.

Salió el tiro, le atravesó la mano, y quién sabe si el cuerpo también, porque cayó al suelo, sin que la bala tocase á Mario.

Todo esto pasó en medio del humo, y fué más bien vislumbrado que visto.

Mario, que entraba al propio tiempo en la sala baja, apenas lo notó.

Sin embargo, había visto confusamente aquel fusil que le apuntaba, y aquella mano que le tapara, y había oído el tiro; pero en tales momentos, todo lo que se ve resulta vacilante y precipitado, y nada le detiene á uno; todo es sombra, y nos sentimos impulsados hacia otra sombra mayor.

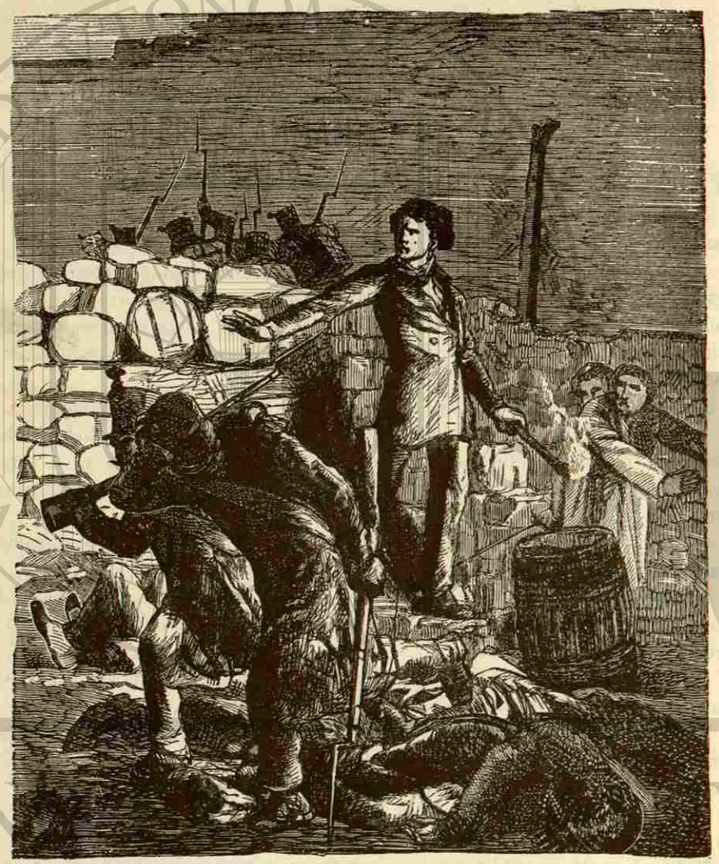
Los insurrectos sorprendidos, pero no asustados, se habían reorganizado.

Enjolrás había gritado: "¡Esperarse! ¡No tirar al acaso!" En efecto, en la confusión del primer momento podían herirse unos á otros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La mayor parte habían subido á la ventana del primer piso y á las buardillas, desde donde dominaban á la tropa.

Los más arriesgados, con Enjolrás, Courfeyrac, Juan Provaire y Combeferre, se apoyaban valerosamente en las casas del fondo, á descubierto, dando la cara á las filas de los soldados y de guardias que coronaban la barricada.



Todo esto se hizo sin precipitación, con esa gravedad extraña y amenazadora que precede al combate.

Por ambas partes se apuntaban á quemarropa; estaban tan cerca, que podían hablarse al alcance de la voz.

Cuando llegó el momento en que iba á saltar la chispa, un oficial con gola y grandes charreteras, extendió la espada, y dijo:

—¡Abajo las armas!

—¡Fuego!—gritó Enjolrás.



Las dos detonaciones partieron á un mismo tiempo, y todo desapareció entre una nube de humo.

Humo acre y sofocante, entre el cual se arrastraban dando gemidos débiles y sordos, los heridos y los moribundos.

Cuando se disipó el humo, se vió por ambos lados á los combatientes, disminuídos, pero en su mismo sitio, cargando las armas en silencio.

De repente oyóse una voz tonante que gritaba:

—Retirarse, ó hago volar la barricada!

Todos se volvieron hacia el punto de donde había partido aquella voz.

Mario había entrado en la sala baja, y había cogido el barril de pólvora; después se había aprovechado del humo y de la especie de obscura niebla que llenaba el espacio cerrado para deslizarse á lo largo de la barricada hasta el nicho de adoquines donde estaba la luz.

Coger ésta, poner en su lugar el barril de pólvora, empujar la pila de adoquines sobre el barril, cuya tapa se había abierto inmediatamente con una especie de obediencia terrible, todo esto lo había hecho Mario en el tiempo meramente indispensable para bajarse y levantarse.

En aquel momento, todos, guardias nacionales, municipales, oficiales y soldados, apiñados en el extremo de la calle, le miraban con estupor, con los piés sobre los adoquines, la antorcha en la mano, su altivo rostro iluminado por aquella resolución fatal, inclinando la llama del hachón hácia aquel promontorio terrible donde se veía el barril de pólvora roto y se le oía á él este grito aterrador:

—¡Retirarse, ó hago volar la barricada!

Mario en aquella barricada, después del octogenario, era la representación de la juventud revolucionaria después de la aparición de la revolución vieja.

—¡Volar la barricada!—exclamó un sargento.—¡Tú volarás también!

Mario respondió:

—¡Y yo también!

Y acercó la mecha al barril de pólvora.

Pero ya no había nadie en el parapeto.

Los agresores, dejando sus heridos y sus muertos, se retiraron atropelladamente hácia el extremo de la calle, perdiéndose de nuevo en la obscuridad.

Fué aquello un "sálvese el que pueda."

La barricada quedó libre.

## V

### *Fin de los versos de Juan Provaire.*

Todos rodearon á Mario, Courfeyrac se abalanzó á su cuello.

—¿Tú aquí?

—¡Qué fortuna!—dijo Combeferre.

—¡Has llegado á tiempo!—prorrumpió Bossuet.

—¡Si no es por tí, muerto estaba!—repuso Courfeyrac.

—¡Sin vos, me zampan!—añadió Gavroche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario preguntó:

—¿Quién es el jefe?

—Tú,—le contestó Enjolrás.

Mario había tenido todo el día un volcán en el cerebro; entonces sentía un torbellino, que le producía el efecto de estar en él y sacarle fuera de él, arrebatándole. Parecíale que estaba ya á una distancia inmensa de la vida.

Aquellos dos meses luminosos de amor y de alegría yendo á parar bruscamente en aquel horrible precipicio, Cosette perdida para él, la barricada, Mabeuf haciéndose matar por la república, él convertido en jefe de los insurrectos; todas estas cosas le parecían una monstruosa pesadilla.

Tenía que hacer un esfuerzo de volutad para convencerse de la realidad de cuanto le rodeaba.

Mario había vivido harto poco todavía para saber que nada hay tan inminente como lo imposible, y que lo que hay que prever siempre es lo imprevisto.

Asistía á su propio drama como á una escena que no se explica.

Entre aquella bruma en que estaba sumergido su pensamiento, no conoció á Javert, que, atado al poste, no había hecho ni un movimiento de cabeza durante el ataque de la barricada, y que veía agitarse la rebelión en su derredor con la resignación de un mártir y la majestad de un juez. Mario ni siquiera le vió.

Entre tanto los agresores no avanzaban; se les oía andar y hormiguear en el extremo de la calle, pero no se aventuraban, fuese que estuviesen esperando órdenes, ó que quisiesen recibir refuerzos antes de atacar aquel reducto inaccesible.

Los insurrectos habían puesto centinelas; algunos que eran estudiantes de medicina, curaban los heridos.

Habíanse sacado todas las mesas fuera del bodegón, excepto dos, destinadas á las hilas y á los cartuchos, y otra en que estaba tendido el señor Mabeuf; las habían agregado á la barricada, reemplazándolas en la sala baja con los colchones de la cama de la tía Hucheloup y de las criadas; en estos colchones se habían colocado los heridos.

En cuanto á las tres jóvenes que vivían en Corinto, no se sabía qué había sido de ellas; por último se las encontró escondidas en la bodega como aletargadas.

Una emoción dolorosa vino á entristecer la alegría del recobrado parapeto.

Pasóse lista, y faltó uno de los insurrectos; uno de los más queridos, uno de los más valientes: Juan Provaire.

Le buscaron entre los heridos, no estaba; entre los muertos, no estaba; sin duda había caído prisionero.

Combeferre dijó á Enjolrás:

—Nos han cogido al amigo; pero su agente es nuestro. ¿Tienes empeño en la muerte de ese soplón?

—Sí, respondió Enjolrás,—pero menos que por la vida de Juan Prevaire.

Esto pasaba en la sala baja cerca del poste al cual estaba atado Javert.

—Pues bien,—dijo Combeferre,—voy á atar mi pañuelo á mi bastón, á presentarme como parlamentario, y á ofrecerles el canje de un hombre por el nuestro.

—Atiende,—dijo Enjolrás,—poniendo su mano sobre el brazo de Combeferre.

Oíase al extremo de la calle un crujido de armas significativo.

Después se oyó una voz vigorosa que gritó:

—¡Viva la Francia! ¡Viva el porvenir!



Conocieron la voz de Juan Provaire.

Pasó un relámpago y sonó una detonación.

Volvió á suceder el silencio.

—¡Le han matado!—exclamó Combeferre.

Enjolrás miró á Javert y le dijo:

—¡Los tuyos acaban de fusilarte!

## VI

### *La agonía de la muerte después de la agonía de la vida.*

Una particularidad de este género de guerra es que el ataque de las barricadas se verifica casi siempre de frente, y por lo general los asaltantes se abstienen de buscar las revueltas á las posiciones, ya porque teman las emboscadas, ya porque teman meterse en calles tortuosas.

Toda la atención de los insurrectos se dirigía, pues, á la gran barricada, que era evidentemente el punto más amenazado, y donde debía empezar infaliblemente la lucha.

Mario, sin embargo, pensó en la barricada pequeña, y fué á ella; la encontró desierta, guardada sólo por la lamparilla temblando entre las piedras.

La calle Mondetour y las encrucijadas de la Petite Truanderie y del Cisne estaban profundamente tranquilas.

Cuando Mario se retiraba, depués de hacer su visita de inspección, oyó que le llamaban débilmente:

—¡Señor Mario!

Extremecióse, porque reconoció la misma voz que le había llamado dos horas antes por la verja de la calle Plumet.

Solamente que aquella voz parecía entonces sólo un soplo.

Miró en derredor suyo y no vió á nadie.

Mario creyó que se había engañado, que aquella voz podía ser una ilusión añadida por su espíritu á las realidades extraordinarias que pasaban ante sus ojos, y dió un paso para salir del profundo recodo en que estaba la barricada.

—¡Señor Mario!—repitió la voz.

—Aquí; á vuestros pies,—dijo la voz.

Entonces se inclinó y vió en la sombra un bulto que se arrastraba hacia él; era el que hablaba.

La lampararilla le permitió distinguir una blusa, un pantalón de pana roto, unos pies descalzos, y algo parecido á un mar de sangre. Mario entrevió un rostro pálido que procuraba alzarse hacia él, y que le dijo:

—¿Me conocéis?

—No.

—Eponina.

Mario se bajó rápidamente. Era, en efecto, aquella infeliz muchacha vestida de hombre.

—¿Cómo estais aquí? ¿qué hacéis?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¡Me muero!—dijo ella.

Hay palabras é incidentes que vigorizan al hombre decaído. Mario, exclamó sobresaltado:

—¡Estais herida! Esperad, voy á llevaros á la sala. Allí os curarán. ¿Es cosa grave? ¿Cómo he de cogeros para no haceros daño? ¿Sufrís mucho? ¡Socorro! ¡Socorro! Pero, Dios mío, ¿que habéis venido á hacer aquí?

Y trató de pasar el brazo por debajo de Eponina, para levantarla.

Al levantarla encontró su mano.

Ella dió un grito débil.

—¿Os he hecho daño?—preguntó Mario.

—Un poco.

—Pero no he hecho más que tocaros la mano.

Eponina acercó la mano á los ojos de Mario, y éste vió en medio de ella un agujero negro.

—Está atravesada.

—¿Atravesada?

—Sí.

—¿De qué?

De una bala.

—¿Cómo?

—¿No habéis visto un fusil que os estaba apuntando?

—Sí, y una mano que le tapó.

—Era la mía.

Mario se estremeció.

—¡Qué locura! ¡Pobre niña! Pero, en fin, más vale que sea así, pues eso no será nada; y voy á llevaros una cama, y os la vendarán; no se muere nadie de una mano atravesada.

Ella murmuró:

—La bala atravesó la mano; pero salió por la espalda. Es inútil moverme de aquí. Os diré cómo podeis curarme mejor que un cirujano. Sentaos á mi lado en esta piedra.

Mario obedeció; ella puso la cabeza sobre sus rodillas, y dijo sin mirarle:

—¡Oh, qué placer! ¡Qué bien estoy! ¡Así! ¡Ya no padezco!

Permaneció un instante en silencio; después volvió el rostro haciendo un esfuerzo, y miró á Mario:

—¿Sabéis, señor Mario, que me disgustaba que entráseis en aquel jardín? era una tontería, pues precisamente era yo quien os había enseñado la casa, y luego, al fin, bien había de conocer que un joven como vos.....

Aquí se detuvo; y saltando por las sombrías transiciones que estaban sin duda en su alma, añadió con sonrisa angustiosa:

—Yo debía pareceros fea, ¿verdad?

Y continuó:

—¡Ya veis, estais perdido! Ahora nadie va á salir de la barricada. Yo soy quien os he traído aquí, y vais á morir. ¡Ah! Así lo creo. Y sin embargo cuando ví que os apuntaban, puse mi mano en la boca del fusil. ¡Cosa rara! Pero es que quería yo morir antes que vos. Cuando recibí el balazo, me arrastré hasta



aquí; no me han visto, y no me han recogido. Yo os esperaba á vos, y me decía: ¿Ya no vendrá?

"¡Oh! ¡Si supierais! Me mordía la blusa; ¡sufría tanto! Pero ahora estoy bien.

"¿Recordáis aquel día que entré en vuestro cuarto y me miré en vuestro espejo, y el día que volví á encontraros en el boulevard dónde estaban trabajando unas mujeres? Me disteis cien sueldos y os contesté: No quiero vuestro dinero. ¿Recogísteis la maneda? Vos no sois rico, y no me acordé de deciros que la cogieseis. Hacía un sol hermoso; no se sentía frío. ¿Os acordáis, señor Mario? ¡Oh! ¡Qué feliz soy! ¡Todo el mundo va á morir!

Eponina tenía un aspecto insensato, grave, extraviado. Por entre la blusa desgarrada se veía su garganta desnuda. Al mismo tiempo que hablaba, apoyaba la mano sobre el pecho, donde tenía otro agujero, del cual salían á intervalos borbotones de sangre, como el chorro de vino de un tonel destapado.

Mario contemplaba aquella infortunada criatura con profundo dolor.

—¡Oh!—repuso ella de súbito.—¡Me repite otra vez! ¡Me ahogo!

Cogió la blusa y la mordió; sus piernas se estiraban sobre el pavimento.

En aquel instante, la voz de pollo del pequeño Gavroche resonó en la barricada. El muchacho se había subido sobre una mesa para cargar el fusil, y cantaba alegremente esta canción, tan popular en aquella época:

En viendo á Lafayette
Los gendarmes decían:
¡Salvémonos! ¡salvémonos! ¡salvémonos!

Eponina se incorporó, y escuchó; después dijo en voz baja:

—¡Es él!

Y volviéndose hacia Mario:

—Ahí está mi hermano. No hay necesidad de que me vea; me regañaría.

—¿Vuestro hermano?—preguntó Mario, que estaba pensando allá dentro de su dolorido y amargo corazón en los deberes que su padre le había legado con respecto á los Thénardier.—¿Quién es vuestro hermano?

—Ese chiquillo.

—¿El que canta?

—Sí.

Mario hizo un movimiento.

—¡Oh! ¡No os vayais!—dijo ella.—¡Ahora ya no será esto muy largo!

Estaba casi sentada; pero su voz era débil, interrumpida ya por el estertor.

Acercaba cuanto podía su rostro al de Mario, y añadió con cierta extraña expresión:

—Escuchad, no quiero en verdad haceros una broma; tengo en el bolsillo una carta para vos, desde ayer. Me habían encargado que la echara al correo, y me la he guardado, no queriendo que la recibiérais. Pero tal vez me guardaríais rencor, cuando dentro de poco nos volvamos á ver. Los que se mueren vuelven á verse ¿verdad? Tomad vuestra carta.

Cogió convulsivamente la mano de Mario con la suya herida, aunque parecía no sentir dolor, y llevóla al bolsillo de la blusa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario tocó realmente un papel.

—Tomadle,—dijo ella.

Mario sacó la carta.

Entonces Eponina hizo un movimiento de satisfacción y alegría.

—Ahora, por mi trabajo, prometedme.....

Y se detuvo.

—¿Qué?—preguntó Mario.

—¡Prometédmelo!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando haya muerto. Yo lo sentiré.

Dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Mario, y sus párpados se cerraron.

El creyó que aquella pobre alma había ya partido.

Eponina continuaba inmóvil; pero de repente, en el momento en que Mario la creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo en ellos la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento, cuya dulzura parecía venir ya de otro mundo.

—Mirad, señor Mario, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató todavía de sonreír, y espiró.

## VII

### Gavroche, profundo calculador de distancias.

Mario cumplió su promesa, dando un beso en aquella frente lívida, en la que perleaba un sudor glacial.

Aquel beso no era una infidelidad á Cosette; era un adiós reflexivo y dulce, á un alma agraciada.

Mario no había podido tocar, sin estremecerse, la carta que Eponina le había dado; comprendió desde luego que encerraba algo grave, y estaba impaciente por leerla.

Así es el corazón del hombre; no había apenas cerrado los ojos la desventurada muchacha, cuando Mario no pensaba ya sino en desdoblar aquel papel. Separó suavemente á Eponina, dejándola en el suelo, y se fué.

Algo interior le decía que no podía leer la carta delante de aquel cadáver.

Acercóse á una vela de la sala baja.

Era un billetito doblado y cerrado con ese distinguido esmero de las mujeres. Las señas de letra de mujer eran éstas:

"Al señor Mario de Pontmercy, en casa Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16."

Abrió el sobre, y leyó:

"Mi amado bien: ¡ay! mi padre quiere que partamos inmediatamente. Es-
"taremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7, y dentro de ocho
"días en Inglaterra.—COSETTE—4 de Junio."

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocía aún la letra de Cosette.



Lo que había pasado puede decirse en breves palabras.

Eponina lo había hecho todo.

Desde la noche del 3 de Junio, tuvo dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaba dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plument, y separar á Mario de Cosette.

Había cambiado de harapos con el primer granuja que encontró, á quien le pareció muy divertido vestirse de mujer, mientras Eponina se vestía de hombre.

Ella era quien había dado á Juan Valjean, en el Campo de Marte, el aviso expresivo de: "Mudaos."

Juan Valjean había vuelto á su casa, y dicho á Cosette:

—"Nos vamos esta noche á la calle del Hombre Armado con Santos, y la semana que viene estaremos en Londres."

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito apresuradamente dos líneas á Mario.

Pero ¿cómo hacer para echar la carta al correo? Ella no salía sola, y la tía Santos, extrañando tal encargo,, si no le hubiese dado, de seguro habría enseñado la carta al señor Fauchelevent.

En esta ansiedad, Cosette había visto á través de la verja á Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar, alrededor del jardín.

Cosette llamó á "aquel joven obrero" y dándole cinco francos y la carta, le dijo: "Llevad enseguida esta carta á su destino."

Y Eponina se guardó la carta en el bolsillo.

Al día siguiente, 5 de Junio, fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no para entregarle la carta, sino "para ver," cosa que comprenderá toda alma celosa y enamorada.

Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac, siempre "para ver." Y cuando éste le dijo: "Vamos á las barricadas," se le ocurrió de repente una idea: buscar aquella muerte como habría buscado otra cualquiera, precipitando en ella á Mario.

Siguió, pues, á Courfeyrac, se informó del sitio en que levantaban la barricada; y como estaba segura de que Mario acudiría, como todas las noches, á la cita, puesto que no había recibido la carta, fué á la calle Plument, esperó á Mario, y le dió, en nombre de sus amigos, aquel aviso, pensando llevarle á la barricada.

Contaba con la desesperación de Mario cuando no encontrase á Cosette, y no se engañaba.

Volvió enseguida á la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que había hecho.

Murió con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al sér amado, diciendo: "¡Nadie le poseerá!"

Mario cubrió de besos la carta de Cosette.

¡Ella le amaba pues!... Por un momento creyó que ya no debía morir; pero después se dijo: "Se marcha; su padre la lleva á Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme. En nada ha cambiado la fatalidad."

Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: informando á Cosette de su muerte y enviarle un supremo adiós, salvando de la catástrofe inminente que se preparaba á aquel pobre muchacho, hermano de Eponina é hijo de Thénardier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mario tocó realmente un papel.

—Tomadle,—dijo ella.

Mario sacó la carta.

Entonces Eponina hizo un movimiento de satisfacción y alegría.

—Ahora, por mi trabajo, prometedme.....

Y se detuvo.

—¿Qué?—preguntó Mario.

—¡Prometédmelo!

—Os lo prometo.

—Prometedme darme un beso en la frente cuando haya muerto. Yo lo sentiré.

Dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Mario, y sus párpados se cerraron.

El creyó que aquella pobre alma había ya partido.

Eponina continuaba inmóvil; pero de repente, en el momento en que Mario la creía dormida para siempre, abrió lentamente los ojos, apareciendo en ellos la sombría profundidad de la muerte, y le dijo con un acento, cuya dulzura parecía venir ya de otro mundo.

—Mirad, señor Mario, creo que estaba un poco enamorada de vos.

Trató todavía de sonreír, y espiró.

## VII

### Gavroche, profundo calculador de distancias.

Mario cumplió su promesa, dando un beso en aquella frente lívida, en la que perleaba un sudor glacial.

Aquel beso no era una infidelidad á Cosette; era un adiós reflexivo y dulce, á un alma agraciada.

Mario no había podido tocar, sin estremecerse, la carta que Eponina le había dado; comprendió desde luego que encerraba algo grave, y estaba impaciente por leerla.

Así es el corazón del hombre; no había apenas cerrado los ojos la desventurada muchacha, cuando Mario no pensaba ya sino en desdoblar aquel papel. Separó suavemente á Eponina, dejándola en el suelo, y se fué.

Algo interior le decía que no podía leer la carta delante de aquel cadáver.

Acercóse á una vela de la sala baja.

Era un billetito doblado y cerrado con ese distinguido esmero de las mujeres. Las señas de letra de mujer eran éstas:

"Al señor Mario de Pontmercy, en casa Courfeyrac, calle de la Verrerie, número 16."

Abrió el sobre, y leyó:

"Mi amado bien: ¡ay! mi padre quiere que partamos inmediatamente. Es-
"taremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7, y dentro de ocho
"días en Inglaterra.—COSETTE—4 de Junio."

Tal era la inocencia de estos amores, que Mario no conocía aún la letra de Cosette.



Lo que había pasado puede decirse en breves palabras.

Eponina lo había hecho todo.

Desde la noche del 3 de Junio, tuvo dos proyectos: hacer fracasar el golpe que intentaba dar su padre y los bandidos en la casa de la calle Plument, y separar á Mario de Cosette.

Había cambiado de harapos con el primer granuja que encontró, á quien le pareció muy divertido vestirse de mujer, mientras Eponina se vestía de hombre.

Ella era quien había dado á Juan Valjean, en el Campo de Marte, el aviso expresivo de: "Mudaos."

Juan Valjean había vuelto á su casa, y dicho á Cosette:

—"Nos vamos esta noche á la calle del Hombre Armado con Santos, y la semana que viene estaremos en Londres."

Cosette, aterrada con este golpe imprevisto, había escrito apresuradamente dos líneas á Mario.

Pero ¿cómo hacer para echar la carta al correo? Ella no salía sola, y la tía Santos, extrañando tal encargo,, si no le hubiese dado, de seguro habría enseñado la carta al señor Fauchelevent.

En esta ansiedad, Cosette había visto á través de la verja á Eponina, vestida de hombre, que andaba rondando sin cesar, alrededor del jardín.

Cosette llamó á "aquel joven obrero" y dándole cinco francos y la carta, le dijo: "Llevad enseguida esta carta á su destino."

Y Eponina se guardó la carta en el bolsillo.

Al día siguiente, 5 de Junio, fué á casa de Courfeyrac á preguntar por Mario, no para entregarle la carta, sino "para ver," cosa que comprenderá toda alma celosa y enamorada.

Allí esperó á Mario ó á Courfeyrac, siempre "para ver." Y cuando éste le dijo: "Vamos á las barricadas," se le ocurrió de repente una idea: buscar aquella muerte como habría buscado otra cualquiera, precipitando en ella á Mario.

Siguió, pues, á Courfeyrac, se informó del sitio en que levantaban la barricada; y como estaba segura de que Mario acudiría, como todas las noches, á la cita, puesto que no había recibido la carta, fué á la calle Plument, esperó á Mario, y le dió, en nombre de sus amigos, aquel aviso, pensando llevarle á la barricada.

Contaba con la desesperación de Mario cuando no encontrase á Cosette, y no se engañaba.

Volvió enseguida á la calle de la Chanvrerie, donde ya hemos visto lo que había hecho.

Murió con esa alegría trágica, propia de los corazones celosos que arrastran en su muerte al sér amado, diciendo: "¡Nadie le poseerá!"

Mario cubrió de besos la carta de Cosette.

¡Ella le amaba pues!... Por un momento creyó que ya no debía morir; pero después se dijo: "Se marcha; su padre la lleva á Inglaterra, y mi abuelo me niega el permiso para casarme. En nada ha cambiado la fatalidad."

Comprendió, pues, que le quedaban dos deberes que cumplir: informando á Cosette de su muerte y enviarle un supremo adiós, salvando de la catástrofe inminente que se preparaba á aquel pobre muchacho, hermano de Eponina é hijo de Thénardier.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llevaba consigo su cartera, la misma en la que había escrito tantos pensamientos de amor para Cosette, arrancó una hoja y escribió con lápiz estas líneas:

"Nuestro casamiento era imposible. He hablado á mi abuelo y se opone. Yo no tengo bienes ni tú tampoco. He ido á tu casa y no te he hallado; ya sabes la palabra que te dí, y la cumplo. Voy á morir. Te amo. Cuando leas estas líneas, mi alma estará cerca de ti, y te sonreirá."

No teniendo con que pegar esta carta, dobló el papel, y puso estas señas:

"A la señorita Cosette Fauchelevent, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, número 7."

Doblada la carta, permaneció un momento pensativo; volvió á coger su cartera, la abrió y escribió con el mismo lápiz en la primera página, estas otras líneas:

"Me llamo Mario Pontmercy. Que lleven mi cadáver á casa de mi abuelo Guillenormand, calle de las Hijas del Calvario, número 6, en el Marais."

Guardó la cartera otra vez en el bolscillo de la levita, y llamó á Gavroche.

El pilluelo acudió á la voz de Mario, con semblante alegre y servicial.

—¿Quieres hacer algo por mí?

—Todo lo que querais,—dijo Gavroche.—¡Dios santo! á no ser por vos me hubieran frito.

—¿Ves esta carta?

—Sí.

—Tómala, sal de la barricada al instante—(Gavroche inquieto empezó á rascarse la oreja), y mañana por la mañana la llevarás adonde dice el sobre, á la señorita Cosette, en casa del señor Fauchelevent, calle del Hombre Armado, número 7.

El heroico muchacho contestó:

—¡Está bien! Pero.....: durante este tiempo podrán tomar la barricada, y yo no estaré aquí.

—No atacarán la barricada hasta el amanecer, según todas las apariencias, y no será tomada hasta el medio día.

El nuevo respiro que los sitiadores concedian á la barricada, se prolongaba en efecto; era una de las intermitencias frecuentes de los combates nocturnos, que van siempre seguidas de doble encarnizamiento.

—¿Y si yo llevase la carta mañana por la mañana?

—Sería tarde. La barricada será probablemente bloqueada; se cerrarán todas las calles, y no podrás salir. Ve en seguida.

Gavroche no encontró nada que replicar; quedó indeciso y rascándose la oreja tristemente. De repente, con uno de esos movimientos de pájaro que le eran propios, cogió la carta, diciendo:

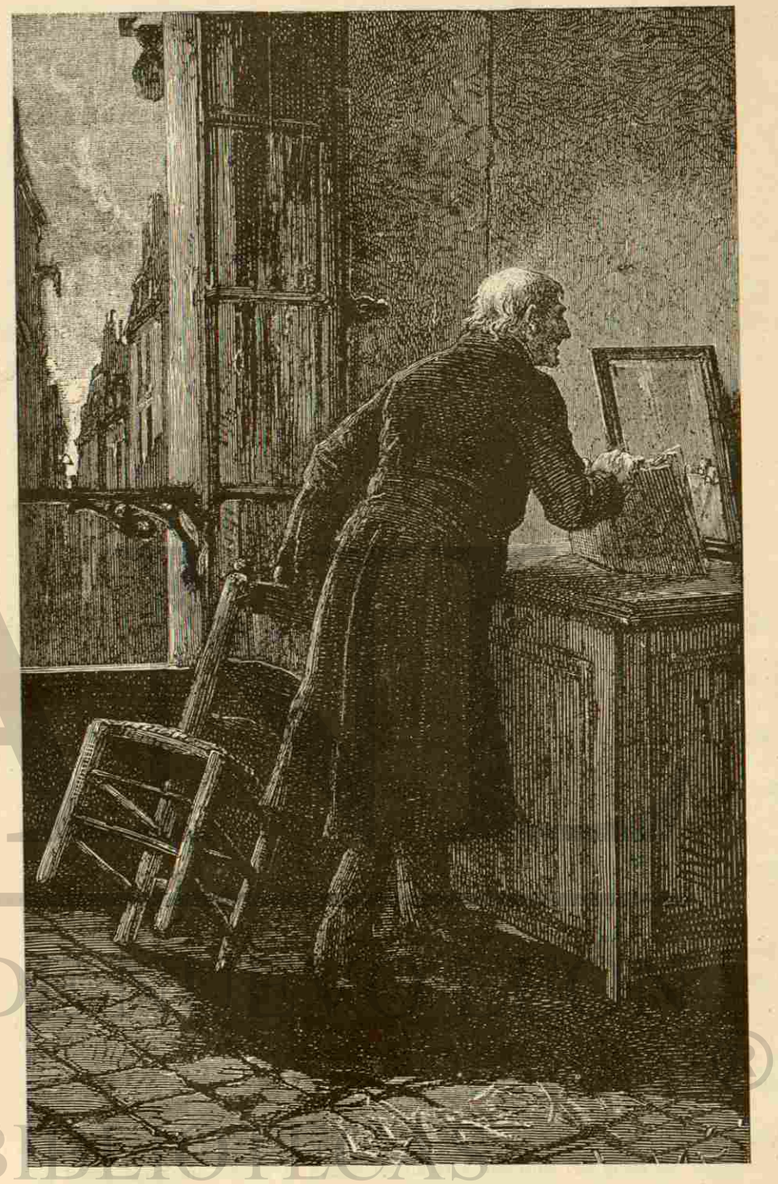
—Está bien.

Y salió corriendo por la calle Mondetour.

Se le había ocurrido una idea, que le había decidido, pero que se había callado, temeroso de que Mario le hiciese alguna objeción.

He aquí la idea:

—Apenas es aún media noche; la calle del Hombre Armado no está lejos; voy á llevar la carta desde luego, y estaré de vuelta oportunamente.



La calle del hombre armado.

# LIBRO DECIMOQUINTO.

## LA CALLE DEL HOMBRE ARMADO.

### I

### Carta canta.

¿Qué son las convulsiones de una ciudad al lado de las conmociones del alma? El hombre es una profundidad mayor aún que el pueblo.

Juan Valjean en aquel momento sentía en su interior una revolución violenta.

El abismo se había vuelto á abrir para él y temblaba como París en el umbral de un cambio formidable y obscuro.

Algunas horas habían bastado para que su destino y su conciencia se cubriesen de opacas sombras.

Y podía decirse de él, como de París: los dos principios se encuentran frente á frente: el ángel de la luz y el ángel de la noche van á luchar cuerpo á cuerpo al borde del abismo.

¿Cuál de ellos precipitará al otro? ¿Quién vencerá á quién?

La víspera de aquel día, Juan Valjean, acompañado de Cosette y de la tía Santos, se había instalado en la calle del Hombre Armado; allí le esperaba una nueva peripecia.

Cosette no había abandonado la calle Plumet, sin cierta resistencia.

La primera vez, desde que vivían juntos, la voluntad de Cosette y la de Juan Valjean se habían presentado distintas; y si no chocado, se habían contradicho al menos. Hubo objeciones por un lado, é inflexibilidad tenaz por otro.

El brusco consejo: "Mudaos," lanzado por un desconocido á Juan Valjean, le había alarmado, hasta el punto de hacerle absoluto; se creía ya descubierto y perseguido.

Cosette había tenido que ceder.

Ambos habían llegado á la calle del Hombre Armado, sin desplegar los la-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bios, sin hablar una palabra, absortos cada uno en su meditación particular; Juan Valjean tan inquieto, que no veía la tristeza de Cosette, y Cosette tan triste, que no veía la inquietud de Juan Valjean.

Juan Valjean había mandado seguirle á la tía Santos, lo cual no había hecho él nunca en sus ausencias anteriores; preveía quizá que no había de volver á la calle Plument, y no podía, ni dejarla á ella detrás de sí, ni decirle su secreto, aunque la creía fiel y reservada; pues desde la criada á la señora, la traición empieza por la curiosidad.

Pero la tía Santos, como si estuviese predestinada á servir á Juan Valjean, no era curiosa.

Decía en medio de su tartamudez, en su lenguaje de aldeana de Barneville: "Yo soy así; hago lo mío, pues dada tengo que ver con lo demás."

En aquella mudanza de la calle Plumet, que había sido casi una huída, Juan Valjean no había llevado más que la meletita embalsamada, bautizada por Cosette, con el nombre de "inseparable".

Otros bultos habrían exigido mozos, y los mozos son testigos; había mandado ir un coche á la puerta de la calle de Babilonia, y en él se había transladado.

Solamente la tía Santos, aunque difícilmente, consiguió permiso para empaquetar alguna ropa blanca, vestidos, y unos pocos objetos de tocador.

Cosette no había llevado más que un pupitre y su cartapacio.

Juan Valjean, para hacer mayor la soledad y la sombra de aquella desaparición, no había querido dejar el pabellón de la calle Plumet, hasta la caída de la tarde, lo cual había dado tiempo á Cosette para escribir su esquelita á Mario.

Cuando llegaron á la calle del Hombre Armado, era ya cerrada la noche.

Se habían acostado silenciosamente.

La nueva habitación estaba situada en un patio interior; era un segundo piso, compuesto de dos alcobas, un comedor y una cocina al lado del comedor, con un camarachón, en que había un catre de tijera, que se destinó para la tía Santos.

El comedor era al propio tiempo recibimiento, y separaba las dos alcobas; la habitación tenía todos los muebles necesarios.

La confianza se apodera de nosotros como la inquietud; tal es la naturaleza humana.

Apenas llegó Juan Valjean á la calle del hombre Armado, disminuyó su ansiedad, y fué disipándose por grados.

Hay sitios de calma que obran como mecánicamente sobre el espíritú.

La calle era obscura, los vecinos pacíficos, y Juan Valjean sintió una especie de contagio de tranquilidad en aquella callejuela del antiguo París, tan estrecha, que estaba cerrada á los coches por una viga transversal, sostenida por dos estacas; sorda y muda en medio del rumor de la ciudad, con luz crepuscular en medio del día, é incapaz de emociones, por así decirlo, entre sus filas de altos edificios seculares, que se callan como viejos que son.

Hay en aquella calle cierto olvido estancado.

Juan Valjean respiró. ¿Cómo habían de poder encontrarle allí?

Su primer cuidado, fué poner el "inseparable" á su lado.



Durmió bien. Dícese que la noche aconseja, y puede añadirse que tranquiliza.

A la mañana siguiente se despertó casi alegre. Parecióle muy bonito el comedor, que era feo, y estaba amueblado con una antigua mesa redonda, un aparador bajo, con un espejo inclinado encima, un sofá apolillado, y algunas sillas, en que estaban los paquetes que había hecho le tía Santos.

En uno de ellos, se descubría por la abertura, el uniforme de guardia nacional de Juan Valjean.

En cuanto á Cosette, había mandado á la Santos que le llevara un caldo á su cuarto, y no se la vió hasta por la tarde.

A eso de las cinco, Santos, que iba y venía muy ocupada en sus quehaceres, puso en la mesa del comedor un ave fiambre, que Cosette, por deferencia á su padre, consintió en mirar.

Hecho esto, Cosette, prtextando una jaqueca persistente, había dado las buenas noches á Juan Valjean, y se había encerrado en su alcoba.

Juan Valjean había comido un alón con apetito; y apoyado de codos sobre la mesa, serenándose poco á poco, iba recobrando su antigua serenidad.

Mientras hacía esta sobria comida, había oído con fusamente dos ó tres veces el tartamudeo de la tía Santos, como diciendo:

—Señor, hay revoltina; andan á tiros por estas calles.

Pero absorto en una multitud de combinaciones interiores, no había hecho caso; ó por mejor decir, no lo había oído.

Se levantó y comenzó á pasear de la puerta á la ventana y de la ventana á la puerta cada vez más tranquilizado.

Con la calma, iba reapareciendo también en su imaginación Cosette, su único pensamiento.

No porqué la inquietase aquella jaqueca, crisis nerviosa de poca importancia, desazón de muchacha, nube de momento, que podía durar uno ó dos días, sino que pensaba en el porvenir, y como siempre, pensaba con dulzura; y no veía ningún obstáculo para que la vida feliz recobrase su curso.

Hay horas en que todo parece imposible, como las hay en que todo parece fácil.

Juan Valjean atravesaba una de esas horas buenas, que suelen venir después de las horas trites, como el día después de la noche, por la sencilla ley de sucesión y del contraste que está en la esencia misma de la naturaleza, y que los hombres superficiales, no sabiendo que nombre darles, llaman antítesis.

En aquella calle pacífica donde se había refugiado Juan Valjean se desprendía de todo lo que le había turbado durante algún tiempo.

Por lo mismo que había visto muchas tinieblas, empezaba á descubrir un poco de luz.

Haber abandonado la calle Plumet sin complicaciones ni incidentes, era haber ya dado un gran paso.

Tal vez sería conveniente alejarse por algún tiempo, é ir á Londres.

Pues bien, iría; qué más le daba esar en Francia que en Inglaterra, con tal de tener á su lado á Cosette?

Cosette era su patria; bastaba á su felicidad; la idea de que él no fuese su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficiente para la felicidad de Cosette, idea que en otro tiempo había sido su pesadilla y su fiebre, ni aun se presentaba entonces á su ánimo.

Estaba, puede decirse, en el amortiguamiento de todos sus pasados dolores, en pleno optimismo.

Teniendo á Cosette á su lado parecíale que era suya; efecto de óptica que todo el mundo ha experimenado.

Arreglaba en sí mismo con toda facilidad el viaje á Inglaterra con Cosette; veía elaborarse su felicidad, no importaba dónde, allá en las perspectivas de su fantasía.

Mientras se paseaba lentamente de un lado á otro, su mirada se fijó en una cosa extraña.

Vió enfrente de sí, en el espejo inclinado sobre el aparador, y leyó claramente estas líneas:

"Mi amado bien: ¡ay! mi padre quiere que partamos inmediatamente. Estaremos esta noche en la calle del Hombre Armado, número 7, y dentro de ocho dias en Inglaterra.—"Cosette—4 de Junio".

Juan Valjean se detuvo sobresaltado y atónito.

Cosette, al llegar, había puesto el cartapacio sobre el aparador, delante del espejo, y en su dolorosa agonía le había olvidado, sin notar que le dejaba abierto precisamente por la hoja de papel secante, sobre la cual había apoyado para secar los renglones escritos por ella, y que había encomendado al muchacho que pasaba por la calle Plumet.

Lo escrito había quedado marcado en el papel secante.

El espejo reflejaba la escritura.

Resultaba lo que se llama en geometría la imagen simétrica, de tal modo, que la escritura al revés sobre el papel se presentaba al derecho en el espejo; así es que Juan Valjean tenía delante de sí la carta escrita durante la víspera por Cosette á Mario.

Era una cosa tan sencilla como terrible.

Juan Valjean se dirigió al espejo, volvió á leer aquellas líneas, pero no lo creyó; le parecía que se le presentaban á la luz del delirio. Era una alucinación, una cosa imposible; aquello no existía.

Poco á poco fué precisándose su percepción, miró el cartapacio de Cosette, y recobró el sentimiento de la realidad.

Tomóle en la mano y dijo:

—De aquí proviene eso.

Examinó convulsivamente los renglones estampados en el papel secante; pero lo escrito al revés formaba tales garabatos confusos, que no dió con el sentido.

Entonces dijo para sí:

—Esto no significa nada; no hay aquí nada escrito.

Y respiró, lleno de aliento todo el pecho, con indecible alivio.

¿Quién no ha tenido esas necias alegrías en momentos horribles?

El alma no se entrega á la desesperación sin haber agotado antes todas las ilusiones.

Tenía el cartapacio en la mano y contemplándole, en un estado de feliz estupidez, casi dispuesto á reirse de la alucinación de que había sido víctima.



De repente su mirada cayó de nuevo sobre el espejo, y se le presentó otra vez la visión.

Aquellos renglones se dibujaban con una claridad inexorable.

Esta vez no era ya una ilusión. La reincidencia de una visión es una realidad; era aquello palpable; era la escritura reflejada al derecho en el espejo.

Todo lo comprendió.

Juan Valjean vaciló, soltó el cartapacio y se dejó caer en el viejo sillón, al lado del aparador, con la cabeza abatida y las pupilas vidriosas y extraviadas.

Se dijo que aquello era evidente, que la luz del mundo se había eclipsado para siempre, que Cosette había escrito aquello á alguien, y enonces oyó á su alma, convertida en fiera, lanzar, en medio de las tinieblas, un sordo rugido.

¡Idle pues á quitar al león, el perro que tiene en su jaula!

¡Cosa extraña y triste! En aquel momento Mario no había recibido aún la carta de Cosette, y ya la traidora casualidad se la había dado á Juan Valjean.

Hasta aquel día ninguna prueba había sido bastante poderosa á vencer á Juan Valjean.

Se había visto sometido á pruebas horribles; la desgracia había sido pródiga con él; la ferocidad de la suerte, armada con todas las venganzas y con todos los desprecios sociales, le había hecho su víctima encarnizándose en él.

Pero Juan Valjean no había retrocedido ni decaído ante nada; había aceptado por necesidad todos los extremos había sacrificado su inviolabilidad de hombre reconquistada, entregado su libertad, arriesgado su cabeza; lo había perdido, lo había sufrido todo, y había permanecido desinteresado y estoico, hasta el punto de habérsele podido considerar á veces fuera de sí mismo como un mártir.

Su conciencia, aguerrida en todos los asaltos posibles de la adversidad, parecía inaccesible.

Pero á la sazón, cualquiera que hubiese podido ver su fuero interno, habría augurado que fácilmente aquella conciencia flaqueaba.

Y es que de todas las torturas que había sufrido en aquel prolongado interrogatorio á que le sometía el destino, era ésta la más terrible.

Jamás le habían asido tenazas semejantes. Experimentaba el sacudimiento misterioso de todas las sensibilidades latentes; sentía el atenazamiento de fibras desconocidas.

¡Ay! La prueba suprema, ó mejor dicho, la prueba única, es la pérdida del sér amado.

El pobre anciano Juan Valjean no amaba ciertamente á Cosette sino como un padre; pero ya lo hemos hecho notar anteriormente, en aquella paternidad, la viudez misma de su vida, había mezclado todos los amores; amaba á Cosette como hija; amábala como madre, como hermana; y como nunca había tenido ni amante, ni esposa; como la naturaleza es un acredor que no acepta ninguna excusa, este sentimiento, también el más necesario de todos, se había mezclado vagamente con los demás, sin conocerlo, puro con la puerza de la ceguedad, inconsciente, celestial, angélico, divino; más bien como instinto, que como sentimiento; y aún más que como instinto, como un atractivo imperceptible é invisible, pero real.

El amor, propiamente dicho, se rallaba en su gran etrnura para Cosette, como el filón de oro en la montaña, tenebroso y vírgen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Recuérdese la pintura que ya hemos bosquejado de esa su actitud de corazón.

Entre ambos no era posible unión alguna, ni aún la de las almas; y sin embargo, ello es cierto, que sus destinos estaban ligados en consorcio.

Exceptuando á Cosette, es decir, una infancia, Juan Valjean no había conocido en toda su larga vida nada de lo que se puede amar.

Las pasiones y los amores que se suceden no habían producido en él esos verdes matices sucesivos, verde tierno sobre verde sombrío, que se notan en las hojas que han pasado al invierno, y en los hombres que han pasado de los cincuenta.

En suma; toda esa fusión interior, como ya hemos insistido en ello varias veces, todo ese conjunto, cuya resultante era una gran virtud, acababa por hacer de Juan Valjean un padre para Cosette, padre extrañamente formado del abuelo, del hijo, del hermano y del marido; padre en que había hasta una madre; padre que amaba y adoraba á Cosette, y que tenía aquella hija como su luz, su morada, su familia, su patria, su paraíso.

Así, cuando vió que todo estaba decididamente concluido, que se le escapaba, que se le deslizaba de las manos, que se perdía, que era como una nube, como agua que se evaporaba; cuando tuvo ante los ojos esta evidencia terrible: "Otro es el objeto de su corazón, otro el deseo de su vida; tiene su amado, y yo no soy más que su padre, yo no existo ya;" cuando no pudo dudar más, cuando se dijo: "¡Se va de mí!" el dolor que experimentó traspasó los límites de lo posible.

¡Haber hecho todo lo que había hecho para ir á parar en aquello! ¡Cómo, pues! ¡A no ser nada!

Entonces, según acabamos de decir, se estremeció de piés á cabeza, sublevándose consigo mismo. Sintió hasta en la raíz de sus cabellos que se despertaba el egoísmo, y el "yo" bramó en el abismo de su conciencia.

Hay derrumbamientos interiores. La certidumbre de la desesperación no penetra en el hombre sin separar y romper ciertos elementos profundos, que son alguna vez el hombre mismo.

El dolor, cuando llega á ese punto, es un grito de alarma para todas las fuerzas de la cociencia.

Entonces se verifican las crisis fatales, y pocos salen de ellas semejantes á sí mismos y firmes en el deber.

Cuando se desborda el límite del padecimiento, llegan á desconcertarse las virtudes más imperturbables.

Juan Valjean volvió á tomar el cartapacio, y se convenció de nuevo, permaneciendo inclinado y como petrificado sobre aquellas líneas irrecusables, fija la vista, formándose en su interior tal nube, que no parecía sino que se derrumbaba toda su alma.

Examinó aquella revelación, á través del aumento que le presentaba la fantasía, con una tranquilidad aparente y terrible; porque la tranquilidad del hombre es espantosa cuando llega á la frialdad de la estátua.

Midió el gran pasa que su destino había dado sin que él lo sospechara; recordó sus temores del verano anterior tan locamene disipados; reconoció el precipicio; seguía siendo el mismo, con la diferencia de que Juan Valjean no estaba ya á la orilla, sino en el fondo.

¡Cosa inaudita y dolorosa! había caído sin notarlo.



Se había apagado toda luz de su vida, mientras él creía estar viendo el sol.

Su instinto no vaciló un momento. Reunió ciertas circunstancias, ciertas fechas ciertos rubores y palideces de Cosette, y se dijo: "Es él."

La adivinación del hombre desesperado es una especie de arco misterioso que siempre dá en el blanco.

Desde su primera conjetura esperaba encontrarse con Mario; no sabía su nombre, pero dió al instante con él. Descubrió claramente, en el fondo de la [illegible] ble evocación del recuerdo, al desconocido rondador del Luxemburgo, á aquel miserable buscador de amoríos, á aquel haragán de novela, á aquel imbécil, á aquel cobarde, porque es una cobardía el ir á hacer guiños de ternura á las muchachas que tienen á su lado un padre que las ama.

Luego de haber comprobado que en el fondo de aquella situación existía aquel joven, y que todo venía de ello, Juan Valjean,el hombre regenerado, el hombre que había trabajado tanto por su alma, el hombre que había hecho tantos esfuerzos para convertir toda la vida, toda la miseria y toda la desgracia en amor, miró dentro de sí mismo, y vió un espectro: el Odio.

Los grandes dolores llevan el decaimiento en sí mismos. Descorazonan el ser El hombre en quien penetran siente desaparecer algo de su interior. En la juventud, su visita es lúgubre; más tarde es siniestra.

¡Ay! Si cuando la sangre está caliente, cuando son negros los cabellos, cuando la cabeza se endereza sobre el cuerpo como la llama sobre la antorcha; cuando la rueda del destino tiene todavía todo su espesor; cuando el corazón, lleno de amor apetecible, tiene aún latidos que pueden ser correspondidos; cuando se tiene delante de sí tiempo de reparar; cuando se ofrecen á la vista todas las mujeres, todas las sonrisas, todo el porvenir y todo el horizonte; si cuando la fuerza de la vida está completa, la desesperación es una cosa terrible, ¿qué será en la vejez cuando los años se precipitan cada vez más pálidos, en la triste hora crepuscular en que comienzan á verse las estrellas de la tumba?

Durante esta meditación, entró la tía Santos.

—Juan Valjean se levantó y la preguntó:

—¿En dónde pasa esto? ¿Lo sabeis?

Santos, estupefacta, sólo pudo responderle:

—¿Os gusta?

—¿No me habeis dicho hace un momento que están batiéndose?—repuso él.

—¡Ah! Sí señor. Hácia San Merry.

Hay movimientos maquinales que proceden, sin que lo sepamos, de nuestros pensamientos más profundos.

Sin duda, á impulsos de un movimiento de este género, y del que apenas tuvo conciencia, se halló Juan Valjean en la calle cinco minutos después.

Estaba con la cabeza descubierta, sentado en el poyo de la puerta de su casa, pareciendo escuchar.

Era ya de noche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## II

### El pilluelo enemigo de las luces.

¿Cuánto tiempo pasó así? ¿Cuáles fueron los flujos y reflujos de aquella meditación trágica? ¿Se reanimó ó permaneció abatido? ¿Le encorvó el dolor hasta la ruptura? ¿Pudo levantarse aún y sentar el pié en su conciencia sobre algo sólido?

Ni él mismo hubiera podido decirlo probablemente.

La calle estaba desierta. Algunos vecinos inquietos que volvían rápidamente á sus casas apenas le vieron.

En los momentos de peligro, cada uno mira sólo para sí.

El farolero vino, como siempre, á encender el farol, que estaba colocado precisamente enfrente de la puerta del número 7, y se fué.

Si álguien hubiese examinado á Juan Valjean en aquella sombra, no le hubiera creído vivo.

Estaba así sentado en el umbral de la puerta, inmóvil como una larva de hielo. En la desesperación siéntese cierta congelación.

Oíase el toque de rebato y varios rumores tempestuosos.

En medio de todas aquellas convulsiones de la campana mezclada con el motín, el reloj de San Pablo dió gravemente las once sin apresurarse, porque el toque de rebato es el hombre y la hora es Dios.

El sonido del reloj no causó el menor efecto en Juan Valjean; no se movió.

Pero poco después oyó una violenta detonación por el lado del Mercado; al poco rato la siguió otra más violenta aún; era probablemente el ataque de la barricada de la calle de Chanvrerie, que, según hemos visto, fué rechazado por Mario.

Al oír estas dos descargas, cuya furia parecía crecer con el estupor de la noche, Juan Valjean tembló; levantóse mirando hacia el sitio de donde venía el ruido, y después cayó sobre el poyo, cruzó los brazos, dejando caer lentamente la cabeza sobre el pecho.

Así prosiguió su tenebroso diálogo consigo mismo.

De repente levantó los ojos; alguién andaba por la calle; oía los pasos muy cerca; miró á la luz del farol, y por el lado de la calle que va á los Archivos, descubrió una figura lívida, joven y alegre.

Gavroche acababa de entrar en la calle del Hombre-Armado.

Iba mirando al aire como buscando algo. Veía perfectamente á Juan Valjean, pero sin hacerle el menor caso.

Gavroche, después de haber mirado al aire, miraba al suelo; andaba de puntillas, tocando las puertas y las ventanas del piso bajo. Todas estaban cerradas con barras y cerrojo.

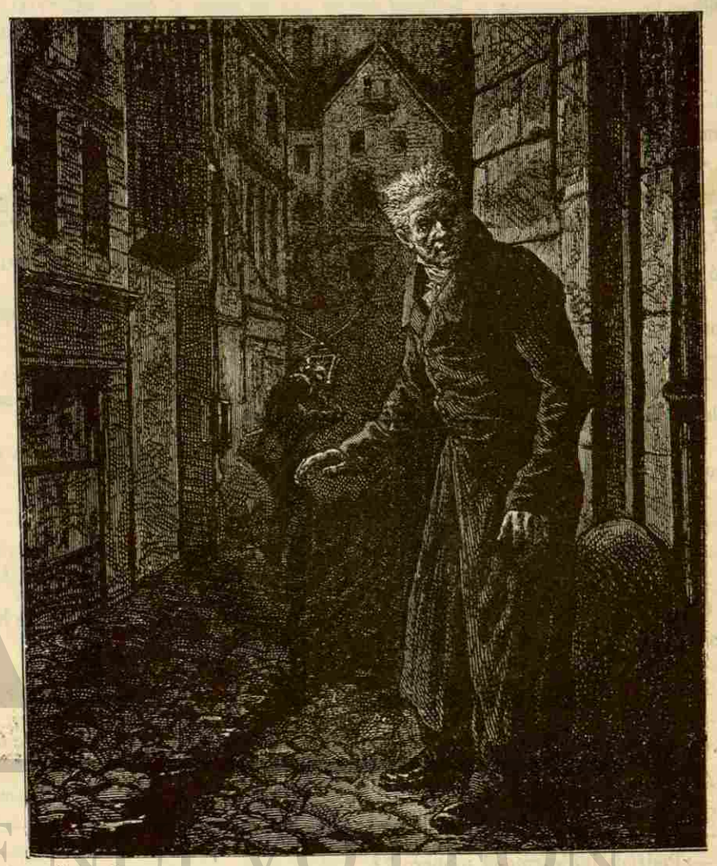
Después de haber reconocido cinco ó seis puertas cerradas de este modo, el pilluelo se encogió de hombros, y entró en materia, consigo mismo, en estos términos:

—¡Pardiez!

Y volvió á mirar al aire.



Juan Valjean, que un momento antes, en la situación de alma en que estaba, hubise preguntado ni respondido á nadie, se sintió irresistiblemente impulsado á dirigir la palabra á aquel muchacho:



—¿Chiquillo,—le dijo,—¿qué es lo que tienes?

—Tengo hambre,—contestó secamente Gavroche; y añadió:—el chiquillo seréis vos.

Juan Valjean metió la mano en el bolsillo, y sacó una moneda de cinco francos.

Pero Gavroche que pertenecía á la familia de las nevatillas, y que pasaba rápidamente de un gesto á otro, acababa de cojer una piedra. Acababa de ver el farol.

—¡Calle!—exclamó.—¿Tenéis todavía faroles por aquí? No estais por cierto en regla, amigos míos. Esto es un desorden. Reparad eso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y tiró la piedra al farol, cayendo los vidrios con tanto estrépito, que los vecinos, ocultos detrás de las cortinas de la casa de enfrente, gritaron:

—¡Hé aquí el Noventa y tres!

El farol osciló con violencia y se apagó. La calle quedó á obscuras desde luego.

—Esto es, calle vieja,—dijo Gavroche,—ponte el gorro de dormir.

Y volviéndose hacia Juan Valjean le preguntó:

—¿Cómo se llama ese monumento gigantesco que está allí al cabo de la calle? Los Archivos, ¿verdad? Sería preciso aplastarles un poco la cara á esas columnas bestiales, haciendo con ellas una bonita barricada.

Juan Valjean se acercó á Gavroche.

—¡Pobrecillo!—dijo á media voz y hablando consigo mismo.—Tiene hambre.

Y le puso en la mano la pieza de cien sueldos.

Gavroche levantó los ojos asombrado de la magnitud de aquel gran sueldo; le miró en la obscuridad, y quedó deslumbrado de su blancura.

Conocía de oídas las piezas de á cinco francos, y le gustaba su reputación; quedó pues encantado de ver una tan de cerca, y dijo:

—Contemplemos el tigre.

Miróla extasiado por algunos momentos; pero volvióse luego á Juan Valjean, le alargó la moneda y dijo majestuosamente:

—Ciudadano, me gusta más romper los faroles. Recoged vuestra fiera. A mí no se me corrompe. Eso tiene garras, pero á mí no me cogen.

—¿Tienes madre?—le preguntó Juan Valjean.

Gavroche respondió:

—Tal vez más que vos.

—Pues bien,—dijo Juan Valjean,—guarda ese dinero para tu madre.

Gavroche se sintió conmovido. Además, había notado que el hombre que le hablaba no llevaba sombrero, y esto le inspiraba confianza.

—¿De veras no es esto para que no rompa los faroles?

—Rompe todo lo que quieras.

—Sois todo un hombre,—dijo Gavroche.

Y se guardó la moneda en el bolsillo.

Aumentándose así su confianza, preguntó:

—¿Sois de esta calle?

—Sí, ¿por qué?

—¿Podríais indicarme el número 7?

—¿Para qué buscas el número 7?

El muchacho se detuvo; temió haber dicho demasiado, y se metió enérgicamente los dedos entre el pelo, limitándose á responder:

—¡Ah! Para saberlo.

Una idea súbita atravesó la mente de Juan Valjean. La angustia tiene momentos de lucidez. Así fué que le dijo al muchacho:

—¿Eres tú el que me traes una carta que estoy esperando?

—¡Vos!—exclamó Gavroche.—Vos no sois mujer.

—La carta es para la señorita Cosette, ¿no es eso?

—¿Cosette?—murmuró Gavroche.—Sí, creo que es ese el nombre.



—Pues bien,—añadió Juan Valjean;—yo soy quien tengo que entregarle la carta. Dámela.

—¿En ese caso, debéis saber que vengo de la barricada?

—Sin duda,—dijo Juan Valjean.

Gavroche metió la mano en uno de sus bolsillos, y sacó un papel plegado en cuatro dobleces.

Luego hizo un saludo militar, diciendo:

—Respétese el despacho; viene del gobierno provisional.

—Dámele,—repitió Juan Valjean.

Gavroche tenía el papel en la mano levantado sobre su cabeza.

—No creáis que es un billete amoroso; es para una mujer, pero es para el pueblo. Nosotros peleamos, pero respetamos al bella sexo. No somos como en el gran mundo, donde hay señores leones que mandan pollitos á los camellos.

—Dame, pues.

—En verdad,—continuó Gavroche,—me parecéis tener todo el aspecto de un buen hombre.

—Dámela pronto.

—¡Tomad!

Y entregó el papel á Juan Valjean.

—Y despachaos, señor Cosa; porque la señorita "Cosilla" está esperando.

Gavroche se quedó muy satisfecho de aquel juego de palabras.

Juan Valjean repuso:

—¿Hay que llevar la respuesta á San Merry?

—Haríais entonces un pan como unas hostias,—exclamó Gavroche.—Esta carta viene de la barricada de la Chanvrerie, y allá me vuelvo. Buenas noches, ciudadano.

Y diciendo y haciendo se fué, ó mejor dicho, voló como un pájaro escapado hacia el sitio de donde había venido.

Se sumergió en la obscuridad como si abriese en ella un agujero con la rígida rapidez de un proyectil.

La callejuela del Hombre Armado quedó silenciosa y solitaria; en un abrir y cerrar de ojos, aquella extraña criatura, que participaba de la sombra y del sueño, penetró en la bruma por entre aquellas filas de casas negras, perdiéndose como el humo en las tinieblas; y hubiera podido creerse que se había disipado completamente, si algunos minutos después el ruido de un vidrio roto y el estruendo de un farol cayendo al suelo, no hubiese despertado nuevamente á los burgueses indignados.

Era Gavroche que pasaba por la calle del Chaume.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## III

### *Durante el sueño de Cosette y Santos.*

Juan Valjean volvió á entrar en la casa con la carta de Mario.

Subió la escalera á tientas, satisfecho de las tinieblas como un buho que lleva ya su presa; abrió y cerró suavemente la puerta, escuchó si se oía algún ruido, se aseguró de que, según todas las apariencias, Cosette y Santos dormían, consumió tres ó cuatro pajuelas fosfóricas, de aquellas antiguas, antes de producir la luz ¡tanto le temblaba la mano! porque había algo de robo en lo que acababa de hacer.

Por fin, encendió la vela, se recostó en la mesa, desdobló el papel, y leyó:

En las emociones violentas, no se lee, se atropella, por así decirlo, el papel; se le oprime como á una víctima; se le estruja; se le clavan las uñas de la cólera ó de la alegría; se corre hacia el fin; se salta al principio; la atención es febril; comprende en conjunto, sobre poco más ó menos, lo esencial; se apodera de un punto, y todo lo demás desaparece.

En la carta de Mario á Cosette, Juan Valjean no vió más que estas palabras:

"...Muero; cuando leas esto, mi alma estará á tu lado".

Al ver ese renglón sintió un deslumbramiento horrible; se quedó un instante como pasmado del cambio de emoción que se verificaba en él; miraba la carta de Mario con una especie de asombro embriagador; tenía ante sus ojos aquel esplendor, la muerte del sér aborrecido.

Dió un terrible grito de alegría interior.

Así, pues, todo estaba ya terminado. El desenlace llegaba más presto de lo que él se habría atrevido á esperar.

El sér que oponía un obstáculo á su destino desaparecía, y desaparecía por sí mismo, libremente, de buena voluntad, sin que él hubiera hecho nada para conseguirlo; sin que fuese culpa suya, "aquel hombre" iba á morir; quizá había ya muerto.

Aquí su fiebre comenzó á echar cálculos.

No, no ha muerto todavía. Esta carta ha sido escrita indudablemente para que Cosette la lea mañana por la mañana; después de las dos descargas que he oído entre once y doce no ha habido nada, la barricada no será atacada formalmente hasta el amanecer; pero es igual, desde el momento en que "ese hombre" se ha metido en esa guerra, está perdido; será arrastrado por el engranaje de sus ruedas.

Juan Valjean se sentía desembarazado; iba á encontrarse de nuevo solo con Cosette; cesaba la competencia; empezaba de nuevo el porvenir.

No tenía que hacer más sino guardarse aquella carta en el bolsillo, y Cosette no sabría nunca lo que había sido de "aquel hombre".

"No hay más sino dejar que las cosas se cumplan. Ese hombre no puede escapar. Si no ha muerto ya, es seguro que va á morir. ¡Qué dicha!"



Diciendo todo esto allá en su interior, se puso sombrío.

Bajó y despertó al portero.

Como cosa de una hora después, Juan Valjean salía vestido de guardia nacional y armado.

El portero había encontrado fácilmente en la vecindad con qué completar su equipo.

Llevaba, pues, un fusil cargado y una cartuchera llena de cartuchos.

Dirigióse hacia los Mercados.

## IV

### *El exceso de celo de Gavroche.*

Entretanto, acababa de pasarle una nueva aventura á Gavroche.

Después de haber apedreado al farol de la calle de Chaume, llegó á la de Vieilles-Haudriettes, y no viendo ni un "perro" siquiera, creyó que era buena ocasión de entonar todas las canciones de que era capaz.

Su paso, lejos de acortarse con su canto, se aceleraba.

Y echó á volar á lo largo de las casas dormidas ó aterradas estas coplas incendiarias:

Medita el ave en las sombras,
pretendiendo que fué Atala
ayer, de un ruso en campaña.....
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Mucho, Perico, alborotas
por Mila en noche buena
me llamó junto á su reja.....
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Las garbosas picaronas
lanzan de sus ojos chispas
que acabarán con Orfila.
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Viva el amor y sus bromas,
vivan Inés y Pamela;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lisa ardió dando candela.
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Dije cuando ví de Concha
y Susana la mantilla,
entre sus pliegues me lien.
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Amor, que cubres de rosas
á Juana en tu selva amena,
mira que así me condenas.
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Estando á tu espejo, Lola,
poniéndote la camisa.
el corazón se me iba .....
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Dejando el baile á deshora,
mirad á Luz mi lucero,
digo á las luces del cielo.
Donde van las buenas mozas.
Lon la.

Gavroche, al mismo tiempo que cantaba, prodigaba la pantomima.

El gesto es el punto de apoyo del estribillo.

Su semblante, repertorio inagotable de muecas, hacía gestos más convulsivos y fantásticos que las bocas de un lienzo agujereado durante un vendaval.

Desgraciadamente, como estaba solo y era de noche, no era visto ni visible. Existen muchas riquezas perdidas de este jaez. De repente se detuvo, diciendo:

—Interrumpamos la canción.

Acababa de distinguir en el hueco de una puerta cochera lo que se llama en pintura un grupo, es decir, un sér y una cosa; era la cosa un carretón de mano, y el sér un auvernés que dormía en él.

Los brazos del vehículo se apoyaron en el suelo, y la cabeza del auvernés en la tabla del carretón.

Tenía el cuerpo arremolinado en aquel plano inclinado, y los piés tocando el suelo.

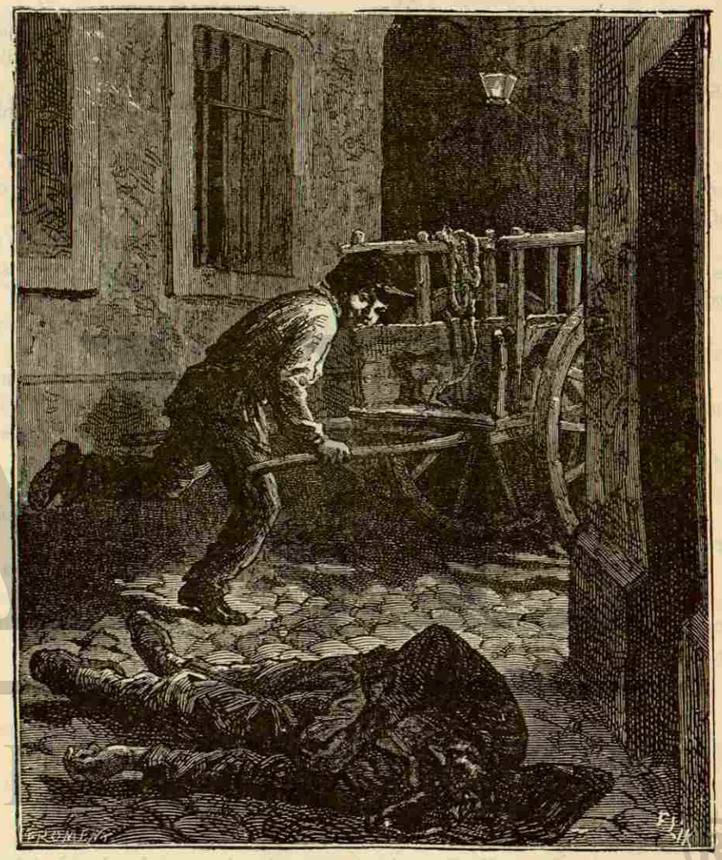
Gavroche, con su experiencia de las cosas de este mundo, conoció que estaba borracho.



Era, sin duda, algún mozo de cordel que había bebido demasiado, y dormía demasiado también.

—Ahí se vé,—pensó Gavroche,—para qué sirven las noches de verano. El auvernés se duerme en su carretón; pues yo cojo el carretoncillo para la república y dejo el auvernés á la monarquía.

Habíase iluminado de repente su inteligencia con esta idea:



—El carretón representaría un buen papel en nuestra barricada.

El auvernés roncaba.

Gavroche separó suavemente el carretón por detrás, y el auvernés por delante, es decir, por los piés, y al cabo de un minuto, el pobre hombre, imperturbable, reposaba de plano sobre el suelo.

El carretoncillo estaba libre.

Gavroche, acostumbrado á hacer frente en todas ocasiones á lo imprevisto, lo



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llevaba siempre todo consigo; metió la mano en el bolsillo, y sacó un pedazo de papel y una punta de lápiz rojo escamoteado á algún carpintero, y escribió:

"República francesa:"
"Recibí tu carretón."

Y firmó: "GAVROCHE."

Hecho esto, puso el papel en el bolsillo del chaleco de pana del auvernés, que seguia roncando; cogió el carretón, y partió hacia el Mercado, empujando el vehículo á gran galope y alborotando en aire triunfal.

Esto era peligroso, porque en la Imprenta Real habia un cuerpo de guardia.

Gavroche no pensó en ello.

Aquella guardia la montaban nacionales de las cercanías, que empezaban á despertar, cuyas cabezas iban levantándose sobre las almohadas de la cama de campaña.

Los faroles rotos á pedradas y aquel cantar á gritos, eran cosas demasiado graves en calles tan miedosas como aquellas, que desean acostarse al ponerse el sol y apagan las luces muy temprano.

Hacía una hora que el pilluelo estaba metiendo en el barrio el mismo alboroto que un moscardón en una botella.

El sargento jefe de la guardia estaba escuchando, y esperaba. Era un hombre prudente.

El estrépito del carretón rodando, llenó la medida de su espectación posible, en vista de lo cual determinó el sargento hacer un reconocimiento, diciendo:

—¡Viene toda una partida! Vayamos despacio.

Era claro que la hidra de la anarquía había salido de su agujero, y se revolvía por el barrio.

El sargento se aventuró á salir fuera del cuerpo de guardia con sordo paso.

De repente Gavroche, empujando su carretón en el instante en que iba á desembocar en la calle de Vieilles Haudriettes, se encontró frente á frente con un uniforme, un chacó, un plumero y un fusil.

Se detuvo por segunda vez, y exclamó:

—¡Calle! ¡Es él! Buenas noches, orden público.

Las admiraciones de Gavroche eran siempre breves, y se pasaban pronto.

—¿Adónde vas, granuja?—gritó el sargento.

—Ciudadano,—dijo Gavroche,— aún no os he llamado señor. ¿Por qué me insultais?

—¿Adónde vas, renacuajo?

—Señor mío,—respondió Gavroche,—ayer erais tal vez un hombre de talento, pero le habeis perdido esta mañana.

—Te pregunto ¿que adónde vas, tunante?

Gavroche respondió:

—¡Vaya un modo de hablar! Nadie os concedería los años que teneis. Deberíais vender vuestros cabellos á cien francos la pieza, y así os ganaríais quinientos francos.

—¿Adónde vas, adónde vas? ¿Adónde vas,bandido?



Gavroche replicó:

—¡Vaya unas palabrotas! La primera vez que os den de mamar, deben limpiaros mejor la boca.

El sargento cruzó la bayoneta.

—¿Me dirás por fin adónde vas, miserable?

—Mi general,—dijo Gavroche,—voy á buscar al comadrón para mi esposa, que está de parto.

—¡A las armas!—gritó el sargento.



Salvarse con lo mismo que ha sido causa de su perdición, es la sublimidad de los hombres fuertes; Gavroche midió de una ojeada toda la situación; el carretoncillo le había comprometido; el carretoncillo debía protegerle.

En el momento en que el sargento iba á caer sobre Gavroche, el carretón convertido en proyectil y empujado á toda fuerza, rodaba cobre él con furia, y dándole en medio del vientre le derribó hacia atrás en el arroyo, al mismo tiempo que se disparaba su fusil en el aire.

Al grito del sargento salieron atropelladamente los que estaban en el cuerpo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guardia; el tiro dió motivo á una descarga general al acaso, después de la cual cargaron los fusiles y empezaron de nuevo el fuego.

Este fuego á la gallina ciega duró un buen cuarto de hora, y mató no pocos cristales.

Entre tanto, Gavroche, que había retrocedido corriendó, se detuvo cinco ó seis calles más allá, y se sentó sofocado en el guarda-cantón de la esquina de la d'Enfants Rouges.

Allí se puso á escuchar.

Después de haber respirado unos instantes, se volvió hácia el sitio donde se oía el fuego graneado, levantó la mano izquierda á la altura de la nariz, y la lanzó tres veces hácia adelante, golpeándose con la derecha en la nuca; gesto soberano en el que la pillería parisiense ha condensado la ironía francesa; y que es evidentemente eficaz, puesto que dura hace ya medio siglo.

Una amarga reflexión turbó aquella alegría.

—Sí,—dijo, —me desternillo, me muero de risa, reviento de gozo; però pierdo camino, y tengo ahora que dar un rodeo. ¡Miéntras llegue á tiempo á la barricada!

Y luego emprendió nuevamente su carrera.

Así corriendo volvió á decir:

—¡Ah! ¿Y dónde estaba yo?

Entonó otra vez su canción, atravesando rápidamente las calles. El canto de Gavroche fué extinguiéndose en las tinieblas.

Pero restan espantosas
Bastillas que derribar
dentro del orden actual....
Donde van las buenas mozas
Lon la.

¿Quién juega á bolos, ó bolas?
y el viejo mundo se hundía
cuando el gran bolo corría.
Donde van las buenas mozas
Lon la.

Vieja plebe bonachona,
lanza del Louvre enseguida
á la torpe monarquía.
Donde van las buenas mozas
Lon la.

Las verjas viejas ya ro...
Carlos X se vino abajo
al santo suelo rodando.
Donde van las buenas mozas
Lon la.



La alarma del cuerpo de guardia no dejó de dar su resultado. El carretón fué conquistado, y el borracho hecho prisionero. El primero fué embargado, y el segundo no dejó de ser perseguido después ante un consejo de guerra como cómplice.

El ministerio público dió pruebas en semejante ocasión de su infatigable celo para la defensa de la sociedad.

La aventura de Gavroche, que se conserva en la tradición del barrio del Temple, es uno de los recuerdos más terribles de los antiguos vecinos del Marais, titulándose en su memoria:

"Ataque nocturno del cuartel de la Imprenta Real."

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
GOBIERNO DEL ESTADO DE N. LEON
MONTERREY, MEXICO
BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS